# El templo de los pobres

Alfred Bosch



DESTINO

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
I. El nacimiento
II. La parábola
III. La luz
IV. La música
V. El amor
VI. La fe
VII. La tierra
VIII. La roca
IX. El cielo
X. La cima
XI. La pasión
XII. La sombra
XIII. La lucha
XIV. La ceniza
XV. La sangre
XVI. La oscuridad
XVII. La derrota
XVIII. Fin de la parábola
Créditos

OceanofPDF.com

# Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



**Explora** **Descubre** **Comparte**

*OceanofPDF.com*

# Sinopsis

Jaume y Lola son hijos de trabajadores de la Sagrada Familia. Cuando se inauguran las escuelas dentro del recinto, pasan a formar parte de la primera hornada de niños educada en aquella institución de pedagogía moderna, siempre a la sombra del templo y con el privilegio de convivir con el gran arquitecto Gaudí. Los niños irán creciendo y vivirán amores, amistades y enemistades que transcurrirán en paralelo a la construcción del templo y a la evolución histórica del país. Una novela emocionante que relata unas vidas ligadas a uno de los monumentos más importantes y a unas circunstancias históricas convulsas a principios del siglo XX.

*OceanofPDF.com*

# EL TEMPLO DE LOS POBRES

Alfred Bosch

Ediciones Destino

*OceanofPDF.com*

*A aquellos que construyen y son destruidos*

*OceanofPDF.com*

# I

# El nacimiento

¿Y si llevamos la vida marcada en la frente? ¿Desde niños? En mi caso, es fácil averiguarlo; id a la Sagrada Familia a descubrirlo. Porque allí encontraréis mi principio, mi lanzamiento al mundo de los vivos, allí esculpido y expuesto por los siglos de los siglos. Yo soy parte del monumento, le pertenezco para siempre. Id allá, y quien tenga ojos en la cara que mire.

¿Cómo? ¿Que adónde hay que ir? Pues a la fachada del Nacimiento, por supuesto, ¿adónde, si no? Sobre el portal izquierdo, allá arriba, se ven las figuras de la huida a Egipto. ¿Veis aquel bebé en brazos de la Virgen? Pues ese soy yo. Quiero decir aquel pedazo de cabecita y aquel brazo rechoncho que sobresale. Ya nunca seré tan pequeño, nunca volveré a confiar tanto en mi madre, nunca me agarraré tanto al cuerpo de alguien ni desearé tanto un pecho; un pecho que todo lo da, que todo lo tiene, que todo lo resuelve. Digamos que tengo lo que pido; de entrada no se distingue señal alguna de nada.

Tampoco se ve ningún mal presagio en mi madre, la que cabalga sobre el lomo del asno, de lado..., la ternura que se le ve en las manos, aquella forma de sostenerme con un cuidado infinito... Al lado, de pie, un san José igualito a mi padre, que protesta con la boca abierta y los brazos en cruz. ¿De qué se queja? No sé, tal vez de su condición de padre adoptivo. O porque le ha

tocado cargar dos toneladas de granito y mide casi tres metros de altura... No debe de ser fácil soportar tanta masa.

¿Qué observáis en el grupo escultórico? Tal vez una estampa sagrada. Quizá, quizá... Es evidente que una familia de fugitivos siempre resulta venerable. Sumad al conductor, otro coloso de dos toneladas de piedra que tira del burro, que ignora a la familia y se centra en el animal; el mozo parece aburrido de tanta santidad, como si tuviera ganas de terminar el trabajo, llegar a la orilla del Nilo y mandar a paseo a aquel trío de atribulados. Como si quisiera desmerecer esa hora feliz, la de mi nacimiento.

¿Y cómo se me ve a mí? Pues poco, se me ve muy poco, ahí escondido. ¿Marcas en la frente? No, eso no está nada claro. Tal vez la marca de los madrugadores, porque llegué con el nuevo siglo, por la mañana temprano.

—¡Mirad cómo llora, menuda fuerza! —La comadrona se lavó en la palangana—. Los niños que llegan el primer día del año son siempre los más sanos y fuertes. —Se secó las manos en el delantal—. Y no digamos si llegan el primer día del siglo.

Mi madre yacía en el único colchón que había en aquella chabola del barrio del Poblet. Me tenía encima, acurrucado, envuelto en trapos. El agua de la cubeta procedía de una gotera en el techo, y una solitaria vela llenaba aquel belén, tan lleno de pobreza como de felicidad. Mi madre no perdió mucha sangre ni sufrió más de lo necesario. Ella y mi padre solo sufrieron de verdad por el dinero..., no sabían cómo pagarían el parto. Pero la mujer tenía muy claro lo que significaba trabajar para los pobres.

—No se preocupe, ya lo arreglaremos —le dijo a mi madre con una cara rolliza y sonriente. Luego, con una expresión más tosca, se dirigió a mi padre—. Lo que le agradecería es que me acompañara a mi casa. Este barrio..., no sé...

—Claro, faltaría más —dijo el hombre de la casa, tosiendo—. ¿Puedo dejar al bebé solo con Marie? ¿Estarán bien?

—Mejor que con usted, por supuesto... —La comadrona se echó a reír—. ¡Que lo veo hecho un manojo de nervios, hombre!

Mi padre acompañó a la mujer y al cabo de menos de una hora ya había vuelto. Entró con aire alterado. Se giró para secarse las gotas de lluvia de la cara, pero a mi madre no se le escapó su expresión.

—¿Qué te pasa, Josep? ¿Has visto al diablo?

—Nada, no pasa nada. Acabas de tener un hijo. No sufras, no pasa nada, mujer. —Y volvió a su tos crónica.

—Oye, que acabo de parir pero no estoy enferma. Cuéntamelo.

—De acuerdo, de acuerdo. Mira, es que... —Se mordió el labio—. Esto, que cuando he pasado por la Sagrada Familia, pues había revuelo: carros de caballos, policía, unos señores trajeados... Me he acercado y había un hombre tendido en el suelo, destrozado como una mala cosa... Le salía un charco de sangre enorme de la cabeza..., sangre oscura, espesa.

—Madre mía... ¿Quién era?

—No lo sé. Me han dicho que era el encargado de las obras. El jefe de los canteros, o algo así.

—¿Cómo? ¿Vicentó? ¿Seguro que era él? Pobre hombre, no puede ser...

—Me han suplicado que no contáramos nada, que no podíamos decir que en las obras había habido un accidente. —Volvió a toser—. Se ve que las desgracias del templo no se pueden contar.

—*Quelle horreur*... Espero que esto no te afecte en nada a ti, Jaumet precioso. —Me cubrió la cabeza de besos—. Mmm, qué aroma... Seguro que no, ya has escuchado a esa comadrona tan agradable..., serás un hombre fuerte y sano.

Mi parto había coincidido, casi al minuto, con aquel accidente que no podía ser accidente, porque se ve que en la Sagrada Familia no podían suceder este tipo de cosas. Todavía hoy, cuando digo el año en que nací, todo el mundo exclama: «¡Ah, el año del Vicentó!». Y es que aquel hombre tan querido y admirado, aquel pobre artesano mayor que se fue para

siempre al caer de un andamio y que dicen que hasta hizo que se le saltaran las lágrimas al maestro Gaudí, era un notable de las obras. Su historia, y el silencio impuesto acerca de la causa de su muerte, acrecentaron su figura. Y, como no podía ser víctima de un accidente, se convirtió en protagonista de un milagro. Sí, tal como os lo cuento.

El año del Vicentó no se despeñó un encargado, ni hablar; no quedó espachurrado y aplastado nadie. Nadie dejó una viuda joven, un hijo pequeño y otro en camino. No, ese año y ese día en concreto ocurrió un prodigio: que un hombre dejó este siglo sin apenas sufrir, ya que lucía una gran paz en el rostro, y al mismo tiempo nació, por designio natural y divino, una criatura que traía grandes auspicios. O sea, yo. La rueda de la vida seguía dando vueltas, caramba, qué maravilla, y el alma que se iba era reemplazada por el alma que llegaba. Ya veis, qué responsabilidad y qué carga llevaba yo encima. Era normal que Gaudí me quisiera perpetuar labrado en piedra.

De la escultura se encargó el señor Llorenç Matamala, que tenía una gran mata de pelo blanca y una larga barba que lo hacían más patriarcal que a nadie. Él sabía que yo había nacido el día del Vicentó, y no dudó en ir a buscarme para inmortalizar mi personita. Al vernos, pensó que, por el mismo precio, de paso podría fichar a mi madre y a su asno, el animal que ella acarreaba para vender arena de lavado. Y, ya puestos, quizá también podría llevarse al compañero de mi madre, con quien no estaba casada y quien tampoco —de esto estaba muy al corriente— era el padre del recién nacido.

Parece que el escultor fue al taller, a paso lento pero solemne, para advertir al maestro y arquitecto jefe. Tenía que avisar a Gaudí de que aquella familia no era muy católica, y de que tal vez los curas no la verían con buenos ojos. Dicen que el maestro interrumpió el dibujo que estaba haciendo y fulminó a su compañero y amigo:

—Llorenç, ¿y qué clase de padre se supone que era san José? —Suspiró y volvió a su tarea—. Lo que deben hacer los curas es dar gracias al cielo de que hayamos encontrado un padre putativo. Que lo tomen como una señal divina.

—Pero hay más, don Antón... La madre es... —No se atrevía a decirlo—. La madre resulta que...

—¿Qué demonios pasa con la madre, Llorenç? ¿Que no es virgen? ¿Estamos buscando a una madre virgen?

—¡No, no, de ningún modo! —El escultor no gastó ni una triste mueca de humor—. Resulta que..., vaya, que es francesa. De origen.

—Ah. —El arquitecto alzó la mirada.

Gaudí no era un ser mundano, pero no era ningún ignorante y comprendió de sobra el problema. En la imaginación popular, las francesas eran el cebo del pecado, y la gente rumoreaba que se lo dejaban hacer todo, porque eran unas frescas. Si encima tenían hijos bastardos y no estaban casadas..., la cosa se complicaba. Volvió a bajar la vista y dio una instrucción muy clara.

—Que vengan, quiero verlos.

Fue de esta manera como mi familia conoció a Antoni Gaudí. Mi padre, Josep Ferris, le cayó muy bien al artista. Bueno, el que no era mi padre pero sí que lo era, carajo, solo faltaría que no fuera mi padre, por mucho que en el barrio lo conocieran como el Putativo. Tenía un aspecto lo bastante senatorial para agradar al arquitecto, con unas entradas dignas y una barba abundante. Que fuera vegetariano, seguidor del riguroso método Kneipp, interesó muchísimo al genio, puesto que solo se alimentaba de plantas, frutas y legumbres. Además, mi padre le contó que había trabajado de herrero y de carpintero. Y que caminaba cojo y se ayudaba con un bastón por culpa de la guerra de Cuba.

—De aquello no me haga hablar, maestro, si no le importa. —Tosió—. Aquello era el infierno..., no sé si el infierno existe después de la muerte,

pero antes seguro que sí. Yo lo he visto.

—No, señor Josep, no me interesa el Caribe. Luz vertical en exceso. Venga, que le mostraré unas piezas de forja, a ver qué le parecen...

Los dos hombres se enzarzaron en una valoración de las piezas, y se olvidaron de los demás. Tuvo que intervenir el señor Llorenç, aclarándose la voz, para recordar que todavía estaba aguardando el dictamen de Gaudí. Que si tenían que trabajar con la francesa y toda la familia o qué. El maestro interpeló a mi padre:

—Se casará con esta moza, la..., ¿cómo la llaman?

—¿Marie? Pues claro que me casaré. Con ella, y abrazados a su hijo, que será también el mío. Con los desastres que he vivido, para mí ellos son la felicidad.

—Ah... ¿María, se llama? José, María, el asno y el niño... ¿El niño no se llamará Jesús?

—No —interrumpió mi madre—, se llama Jaume.

El maestro se fijó en ella, y descubrió de pronto aquella cara y esa belleza que irradiaba. Dicen que se ruborizó.

—Bien, bien... En fin, no todo puede ser tan redondo. —Dio media vuelta para volver a la mesa de trabajo—. Llorenç, inicie la escultura, y los curas que canten misa. Cada uno a su cometido. Ah, y denle un puesto de trabajo a este san José, que parece que tiene maña y conocimientos.

Así que salimos de allí con empleos para todos. Mi padre, el Putativo, como artesano de la Sagrada Familia; y mi madre, la Gabacha, como transportista para hacer recados con el asno. En paralelo, los tres teníamos que colaborar en aquella escultura, que igual que las otras tardaría muchos años en ser colocada en lo alto de la fachada.

Una eternidad que el señor Llorenç afrontaría con el mutismo y la paciencia proverbial suyos y de sus santos de piedra. De entrada, había que empezar por el modelado en yeso de las figuras, y en el caso del asno la tarea prometía ser muy laboriosa. Lo fue; la bestia no se dejaba recubrir de

yeso, no paraba de moverse, y tuvieron que sujetarla con una braga colgada del techo.

Con los demás fue más fácil. Hay que saber que la mayoría de los vecinos y de los trabajadores se desvivían por posar como modelos escultóricos, y los que lo conseguían se sentían muy orgullosos. Después tenían toda una vida para contar su experiencia. Las horas de quietud, el cuerpo embadurnado de yeso, los canutillos en la nariz para poder respirar, el calor, el frío, el mareo..., el ambiente del taller de Gaudí, lleno de cacharros, el carácter fuerte del maestro y de sus ayudantes, y luego, por supuesto, la ansiada inmortalidad. Y todo ello dirigido por el señor Llorenç, aquel hombre encorbatado y con bata blanca, de testa regia y abundante pelambrera... ¿Quién era capaz de resistirse a eso?

O sea, que mi llegada al mundo, como podéis ver, no dejó grandes marcas en mi cara, pero el ambiente se llenó de señales y avisos. No es que me consideraran de entrada un personaje muy distinguido. Yo era Jaume *el Bordillo*; de padre desconocido y de una madre demasiado joven y atractiva, y demasiado francesa, para pasar desapercibida. Añadid un cojo calzonazos que no era mi padre de verdad. Yo lo tenía todo para despertar el escarnio y el desprecio, y encima había nacido el día y el año del Vicentó, de recuerdo milagroso pero de realidad algo sórdida. Todo cincelado en piedra eterna para la fachada de la Sagrada Familia.

Era fácil imaginar que yo no tendría un camino fácil ni regalado. Pero, al principio, ninguna de las señales indicaba que mi mundo estuviera sentenciado a nada. A lo largo de los primeros años en común, dentro de esa pequeña familia de fugitivos, pobres pero contentos, nos sonreía la vida. Así lo veo ahora: entonces era posible vivir con alegría. Aún podíamos ganar.

Vicentet siempre fue mi mejor amigo. Era listo como el hambre, y por eso le llamábamos el Houdini, como el célebre mago; siempre salía airoso de cualquier situación, por complicada que fuera. Quizá el ingenio y el escapismo le venían por su condición de huérfano; en concreto, era hijo del malogrado Vicentó. No había llegado a conocer a su padre, dado que el día aquel del desastre-milagro él estaba en la barriga de su madre. Nació en primavera, y por lo tanto era solo unos meses más joven que yo. A él y a mí nos unían muchas cosas; el año, el siglo y el milenio; también el mismo barrio, la sombra alargada del templo expiatorio y, naturalmente, la sombra del Vicentó. O sea, que nos hicimos amigos.

—¿Quieres ver a la puta de Gaudí? —me propuso un día.

—¿La qué? —Yo no tendría más de ocho años; sabía que la palabrota era fuerte, pero tenía dudas sobre su significado exacto.

—Vamos, yo te la enseño. A mí me dejan entrar donde quiera, soy hijo de mi padre.

Caía la tarde y estábamos en penumbra. Nos colamos en la capilla del Rosario, terminada hacía poco. Todavía eran los años en que las donaciones iban llegando, y se podía trabajar mucho en la obra. La capilla era una joya de los artesanos canteros, fruto de las horas y horas que se habían pasado dando vida y carácter a aquellos muros. Mi amigo me empujó hasta el portal y me señaló hacia arriba. Había un montón de formas: flores, ramas, santos, animales... Era una jungla de figuras, y con poca luz y tanta floritura no conseguía ver lo que me quería enseñar Vicentet.

—Sí, mira, allí al lado. ¿Ves un monstruo? Es el demonio, y a su lado está la puta. ¿Entiendes ahora?

—Bueno, sí y no... ¿Por qué dices entonces que es la puta de Gaudí? ¿Don Antón es el demonio?

—No, tonto, Gaudí no es ningún demonio..., pero es quien dibujó esto. ¿Y sabes quién es la mujer en realidad?

—Pues no.

—¿Quieres que te la enseñe? ¿Ahora?

Me encogí de hombros y seguí estudiando las piedras. Ahora sé que ese conjunto representaba la tentación de la mujer para prostituirse, con un demonio monstruoso que le ofrecía dinero. Al otro lado había un obrero, un potencial terrorista, también acosado por un diablo, que dudaba si usar la bomba Orsini que le ofrecían. Admito que me asustó ver a aquellos personajes en compañía de criaturas bestiales, y durante unos años, en mis pesadillas, asocié a las putas y a los terroristas con el peor linaje de Satanás.

Ya anochecía. El Houdini, a pesar de ser un poco más joven que yo, había madurado rápido y presumía de conocer bien el barrio. Mis padres habían cambiado de techo al conseguir trabajo, y ahora vivíamos en una caseta más digna pero siempre dentro del mismo Poblet. En aquel entonces, la gente vivía en el vecindario del templo, en chabolas y casetas frágiles desparramadas por media docena de solares de un Ensanche que todavía no era tal cosa. Más que un barrio, eso era un despachurre de gente y de lodo, al abrigo de una iglesia que se resistía a crecer.

—Ven, es por aquí.

Nos metimos en un callejón donde había un abuelo durmiendo en un banco, un niño desnudo de cintura para abajo y tres perros muy estridentes. Como en las chabolas no había luz eléctrica, nos guiábamos con los reflejos y las sombras oscilantes de las velas. Después de un par de curvas mi amigo me asomó a una ventana.

—Está aquí, ¿la ves?

—Pues no... ¿Qué es lo que tengo que ver?

—¡La puta! ¡La mujer de la escultura!

—¿Dónde? ¿Aquí dentro? —Entorné los ojos—. Ah, sí, veo a alguien, a una mujer... Puede que se le parezca..., pero no es ninguna puta, esa...

—¿Cómo que no?

—Caramba, Vicentet..., ¿no ves que es la madre de la Chinche?

—¿Y qué?

—Que no, chaval, que no... ¡Uuuuyyy! —exclamé, al ver que otra sombra se había movido—. Me parece que es, me parece que..., no, ¡vámonos! ¡Venga, rápido, vámonos!

—Pero ahora ¿qué mosca te ha picado?

—Tengo miedo, ¡vámonos! —Le tiré del brazo—. ¡Mira, mira, mira!

Se abrió la puerta de golpe, y una torre humana se agachó para salir.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí?

La figura oscura y gigantesca tendió la mano para agarrarme la blusa. Me pude escabullir y eché a correr detrás de Vicentet, él siempre más veloz que valiente. Pero el coloso dio un silbido fuerte, y de la nada aparecieron unos perros hambrientos que nos saltaron a la ropa y a los zapatos. Estuvimos a punto de echarlos a patadas, pero de pronto un grupo de chiquillos se añadieron a la persecución, más rabiosos que los perros. Un niño muy canijo me mordió el brazo, y uno corpulento me estranguló por el pescuezo. A Vicentet lo empezaron a zurrar entre uno esquelético y una niña despeinada, pero solo a medias, porque él era muy hábil esquivando golpes. Ya se estaba deshaciendo de ellos cuando el coloso ordenó a los perros que se fueran y a los niños que pararan. Pudimos respirar.

—¡Tú! Tú eres el hijo de la Gabacha, ¿verdad? —rugió el hombre—. ¿Sabes quién soy?

Mis pies estaban pegados al suelo y yo no podía articular palabra. No entendía por qué me tocaba aguantar la bronca a mí. Mi amigo parecía invisible; ¿por qué no lo regañaban a él? Él era el culpable de todo y, en cambio, estaba a punto de irse de rositas.

—Eres el tabernero —dije con voz temblorosa.

En el barrio lo conocían como Calígula, porque había posado de legionario para una escultura romana del templo. Pero hice bien en no utilizar el mote, ya que al gigante no le gustaba y se habría podido enfadar mucho. Y detrás de nosotros teníamos a un grupo de niños dispuestos a multiplicar las iras del hombre. Uno de los chiquillos, el corpulento que me

había cogido a mí, era el hijo de Calígula; se trataba nada más y nada menos que del célebre Paquito *el Gigante*. El raquítico que había pegado a Vicentet era Pablito, y la niña despeinada era la Chinche, que, pensándolo bien, era lógico que estuviera cerca de casa de su madre.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó el tabernero, y, sin esperar respuesta, amenazó—: Si os vuelvo a pillar merodeando, os las tendréis que ver con estos. —Nos esgrimió ante las narices dos puños como garrotes—. ¿Está claro, golfos? Y tú, a ver si aprendes de tu madre y te comportas con un poco de valentía.

Asentí, y él dio la orden de que nos soltaran. Los niños protestaron porque nos querían zurrar más; sobre todo Paquito, el niño gigante. Su padre lo hizo callar con un guantazo que casi lo estampa contra el suelo. Y nosotros, por supuesto, aprovechamos el momento para poner pies en polvorosa. Salimos del laberinto, atravesamos el descampado y, pasando al otro lado, nos internamos en nuestros callejones, quizá igual de tenebrosos, pero nuestros. Allí todo el mundo nos conocía. Bajo una farola, nos repasamos la ropa, los brazos, las piernas... Estábamos bastante enteros, no había que sufrir por lo que dirían en casa. Respiramos tranquilos, creyendo que podíamos olvidarnos de la aventura.

En aquellos años íbamos a un centro educativo que habían montado los curas al que llamaban el Patronato. La escuela no formaba parte del universo inmediato del templo, estaba fuera, y se impartían clases para los más pequeños, catequesis, cursillos, teatro, música... Ahí acabarían enseñando nombres ilustres del país: el político Carrasco i Formiguera, el obispo Vidal i Barraquer, el músico Artur Martorell..., aunque entonces esos nombres a mí no me decían nada. Lo que me impresionó, al día siguiente de la aventura con Vicentet, fue la sorpresa que nos encontramos al llegar al aula. Ya estábamos en los pupitres, habiendo rezado el avemaría y todo eso,

cuando el maestro nos anunció a dos nuevos compañeros de clase. Hicieron entrar a los chiquillos, y el corazón me dio un vuelco.

—Aquí tenéis a Francisco Villar, o Paquito —el maestro señaló al niño gigante—, y también a Pablo López, que se hace llamar Pablito, ¿verdad que sí?

Ambos asintieron, pero no estaban escuchando al maestro. Lo que les interesaba era amenazarnos con la mirada a Vicentet y a mí. El gigantón realmente daba mucho miedo, más a sabiendas de quién era su padre. El raquítico tenía una cara chupada, como enfermiza, y también asustaba con aquellos ojitos hundidos y sombríos. Además, me constaba que era hijo de un soldado del cuartel. Los recién llegados se sentaron detrás de nosotros, y aquella especie de héroe de opereta que tenía al lado, el Houdini, soltó la frase atrevida de turno.

—Paquito, Pablito, os tocaremos el pito.

No lo dijo muy fuerte, pero lo escuchó toda la clase, y ya sabéis lo buenos que son los niños para hacer burla y volverse cotorras de repetición. A pesar de los esfuerzos de los maestros, pronto todo el Patronato canturreaba la bromita. Y cuando los fichajes del día pasaban por nuestro lado, los codazos y las patadas en la pierna eran cada vez más fuertes. No faltaba mucho para acabar las clases cuando un escalofrío me recorrió la espalda, y busqué el oído de mi amigo.

—Nos harán daño...

—No temas —murmuró Vicentet, con su valentía habitual—. Al salir lo arreglamos, ¿eh? Tengo un plan.

Sonó el timbre y aplicamos el plan de mi amigo, cuyo secreto consistía en salir disparados con un fuerte ataque de pánico y sin ningún destino concreto. Llegamos resoplando al terreno de Cerdeña, justo detrás del templo, y allí nos pareció que no nos seguía nadie, así que aflojamos el paso. Pero de golpe aparecieron los dos mastines, como caídos del cielo, embalados en una carga frontal y con unos palos temibles en sus manos. No

hizo falta plan alguno para dar media vuelta y salir corriendo hacia las obras, donde nos conocían y podíamos encontrar protección. Pero, justo antes de pasar la reja de la entrada, notamos ya los primeros porrazos en la espalda.

Yo tropecé y caí al suelo. No sé qué fue de Vicentet, porque a partir de ese momento ya no lo vi más. Era un amigo muy listo, el más listo que he conocido a la hora de darse a la fuga. Lo que sí vi, y noté en los huesos, fueron los palos de aquel par de delincuentes. Me cubría la cabeza con las manos, y sentía los golpes en los dedos, en las costillas, en los muslos. Y los insultos.

—¡Hijoputa, cabrón, bordillo! —iban ladrando—, ¿ya sabes quién es tu padre? ¡Hijo de perra! ¡Todos son tus padres! ¡Todos los del barrio, bordillo, bastardo!

De repente, los golpes cesaron. Y, entre los dedos, mis ojos adivinaron que ahora estaban pillando ellos. Oí sus gemidos, las prisas de la fuga y al final el silencio. Unas manos bondadosas, rugosas, me ayudaron a ponerme de pie. Las manos me abrazaron y me acariciaron el pelo. Miré hacia arriba. Era mi padre que no era mi padre, pero que era mucho más padre que ningún otro padre del mundo. Me revisó entero, por si tenía algo grave, y luego me dedicó una media sonrisa.

—Parece que saldrás de esta.

—Pero a ti te buscarán —dije a punto de lloriquear—. Estos niños son muy malos, y sus padres...

—Tranquilo, hombre, todo irá bien. Solo tienes que hacer una cosa, una sola, y todo se pondrá en orden. —Me alzó la barbilla y me miró de frente —. ¿De acuerdo?

—¿Qué?

—Llamarme padre. Eso es todo. —Tosió—. La vida mejorará, ya lo verás.

Yo eso ya lo hacía a veces, pero estaba claro que no lo hacía lo bastante a menudo. Y como aquella sola cosa me pareció una idea fácil y bonita, abracé a ese hombre a la altura de la barriga.

—Sí, padre. Eres mi padre. Siempre serás mi padre.

Y así es como aquel día, amoratado y vapuleado como estaba, terminó como uno de los mejores días de mi vida. Tenía un padre. Un hombre bueno que me quería. Los malos perdían. Eran tiempos en los que al final, por mal que fueran las cosas, siempre se tornaba todo en esperanza e ilusión. ¿Qué más podía pedirle a la vida? ¿Y acaso me importaba haber nacido pobre? ¿O bordillo? ¿O bajo la señal del año del Vicentó? Nada ni nadie estaban condenados. El mañana estaba por escribir.

Había una gran multitud reunida, ahí en el recinto del templo. Estaba todo el vecindario, todos los padres y madres y también la mayoría de los niños y de las niñas que yo conocía. En la explanada, que hacía pendiente, trabajadores con gorra y blusa, mujeres con delantal, chiquillos pequeños... Vi a muchas personas encaramadas a los bloques de piedra, las esculturas, las figuras de dragones y caracoles y las de santos. El andamio de las obras también estaba lleno a rebosar. Hacia el lado del ábside, los líderes que hablaban a la gente; un puñado de ellos vestían de obreros, y otros, los llamados radicales, iban más trajeados. Era pleno verano y, aunque era por la tarde, hacía un calor insoportable. Yo estaba allí, junto a mi padre.

—¡¿Queréis que nuestros jóvenes mueran en África?! —gritó un hombre mal afeitado—. ¡¿Deseáis que los padres de familia vayan a la guerra?! ¡¿Deseáis más huérfanos y viudas?!

Todo el mundo respondía que no, por supuesto. Nadie quería nada de todo aquello. Mi padre también lo tenía claro. Tosió mientras negaba con la cabeza; él no soportaba ninguna guerra.

—¿Y queréis que los ricos se salven de la matanza? ¿Pagando seis mil reales? ¡De ninguna manera! ¡A la huelga! ¡A la huelga!

Y dale con los gritos y aplausos. Después salió otro, informando de que mientras hablábamos se alzaban barricadas en toda la ciudad, de que habían asesinado a dos padres de familia decentes, de que ya estaban quemando un convento, y de que si era necesario quemarían todas las iglesias de la ciudad. Puesto que detrás del orador se alzaban los muros de la Sagrada Familia, yo me angustié, porque imaginé que cogerían antorchas y gasolina y empezarían a incendiarlo todo. Pero no lo hicieron, en ese momento estaban demasiado ocupados con los discursos. Fue entonces cuando invitaron a hablar a uno de los trajeados; el hombre sacó pecho y se sujetó las solapas de la americana con las manos.

—Los radicales estamos con vosotros, y dejad que os transmita un afectuoso abrazo de nuestro estimado líder, ¡don Alejandro Lerroux! —Hizo una pausa, pero la reacción del público fue escasa—. ¡No podemos aceptar el sistema de quintos, que envía a los pobres a la guerra y salva a los ricos!

Como solo recibió unos aplausos discretos, se enroscó las puntas del bigote, se aclaró la voz y subió el tono:

—¡No a la guerra! ¡Viva la lucha y viva la República!

Los aplausos fueron algo más fuertes, pero no mucho. Y entonces intervino, entre el público, una figura grande y robusta. Se me heló la sangre. También noté que mi padre apretaba el puño del bastón. El que hablaba era el tabernero enorme que hacía temblar las paredes.

—¡Farsantes! —rugió Calígula—. ¿Os sumáis a la huelga sí o no? ¿Iréis a las barricadas u os quedaréis en casa? ¡¡¡Mojaos de una vez!!!

Aquí sí que se desencadenó una ovación intensa, y cientos de voces empezaron a llamar a la huelga. Los oradores trataron de calmar a la gente, y consiguieron que el radical pudiera retomar su intervención. El hombre se afinó los bigotes.

—Compañeros, la cosa está muy delicada; ya ha habido muertos, y puede que se produzcan muchos más. —Se oyeron silbidos—. Debemos reconsiderar la huelga y las acciones de protesta. El ejército viene para acá, y esto puede terminar como...

No le dejaron continuar. La multitud lo abucheaba y le silbaba; avanzaron hacia el político y le obligaron a callar. Algunos obreros se vieron obligados a protegerlo y escoltarlo a la salida. Y, justo en ese fragor, el tabernero aprovechó la ocasión para abrirse paso, subir al estrado y dirigirse a los concentrados. Se hizo escuchar con un torrente de voz, mirando fijamente a los trabajadores congregados, pero señalando con el dedo hacia atrás, hacia los oradores que le habían precedido.

—¡¡¡Lo que tiene que hacer el comité de huelga es ir a la huelga!!! —exclamó, con una expresión tan simple que era inapelable.

Uno de los miembros del comité de huelga, precisamente, le tocó el hombro para intentar silenciarlo. Pero Calígula se lo quitó de encima con un leve manotazo. Entró en materia; dijo a los presentes dónde debían montar las barricadas, qué conventos e iglesias tenían cerca, y en qué puntos podían obtener gasolina. Mi padre desaprobó aquellas palabras, chasqueando la lengua. Pero el tabernero aún remató el tema con una consigna que daba miedo:

—¡Y cuando lo hayamos quemado todo, volvemos aquí, a dinamitar esta mona de Pascua! —Apuntó hacia atrás y a los lados, a los muros en construcción del templo—. Nos podemos ahorrar esta locura, ¡para empezar a repartir pan entre los pobres!

Descubrí por primera vez que había gente empeñada en destruir la Sagrada Familia. Aunque en esa ocasión, a decir verdad, la idea no obtuvo casi aprobación. Quizá la gente sabía que Calígula también formaba parte de las figuras de la fachada, que él también se había prestado a colaborar en aquella mona de Pascua y a volverse inmortal con aquellas piedras. Quizá lo sabían o quizá no; el caso es que la idea de desmontar la obra de Gaudí

no acabó de cuajar. Así que el tabernero volvió al éxito seguro de la huelga y de las quemas, rematándolo con vivas a los trabajadores y a la revolución social.

Lo que vivimos en las horas siguientes fue la conversión en fuego real de todo lo que el tabernero gigante había encendido en palabras. Cuando ya era de noche, acompañé a mi padre a dar una vuelta por el barrio. Al llegar al convento de las Beatas, que se encontraba a tres calles de casa, vimos a dos docenas de jóvenes que intentaban reventar la puerta. Tras ellos había grupos de mujeres que los animaban. Al cabo de poco lo consiguieron, y entraron en el interior gritando. Nosotros nos quedamos fuera, a una distancia prudente. Observamos cómo entraban muchos más, incluso algunas mujeres y chicos de mi edad.

—Pero ¡si están asaltando una escuela! ¿Cómo puede ser? —A mi padre le cogió la tos compulsiva habitual—. ¡Una escuela de niñas! —Más tos—. ¡¡¡Gratuita!!!

Fueron saliendo de dentro unos cuantos hombres y mujeres, cargados con gallinas vivas. Uno de los que salía se nos acercó y nos ofreció el animal: un pollo a dos reales. Mi padre declinó el ofrecimiento entre toses y seguimos mirando cómo salía gente equipada con barriletes de vino, sacos de todo tipo, utensilios de misa y otros trofeos. En breve, unos hombres ebrios que cantaban y que a duras penas se sostenían de pie sacaron a la calle unos sacos alargados, delgados y polvorientos, y los apuntalaron contra el muro.

—¡Es Paquito! —exclamé, identificándolo entre los alborotadores.

Mi padre chasqueó la lengua disgustado.

El hijo de Calígula y otros abrieron los sacos y expusieron su contenido. Primero aparecieron los cráneos, con risotadas macabras y cabellos aún pegados; después harapos pegados a una triste carcasa de huesos y piel. Me entró un temblor y me colgué de la manga de mi padre. Las momias de las monjas, diría que cinco en total, fueron expuestas a lo largo de la fachada.

Mi compañero de escuela y otros gamberros daban saltitos ante los cadáveres exhumados. Incluso hubo uno que se acercó a uno de los cuerpos, lo abrazó a media altura y trató de dar unos pasos de baile, pero enseguida se le desmontó el despojo entre los brazos y quedaron todos los huesos esparcidos por el suelo.

—Vámonos, Jaume. —Mi padre me tiró del brazo.

Ya nos íbamos cuando, sin previo aviso, y mientras docenas de personas salían por la puerta del convento, resonó una explosión sorda y una gran llamarada encendió la noche. A continuación, un cúmulo de personas intentaron salir a empujones; algunos tropezaron y cayeron al suelo, entre los restos de las monjas, y recibieron pisotones de los que iban detrás, con gritos y tacos que se alternaban con los chasquidos del fuego. Las Beatas ardieron como ardieron tantos conventos. Nos alejamos a toda prisa de la escena, nos encerramos en casa y durante unos días procuramos no salir.

Mi padre me hizo subir a una de las torres del templo. Con parsimonia, porque él iba muy lento. Llegamos al punto más alto, rodeado de andamios llenos de mazos, cinceles, plomadas... Aunque por lo que me dijo mi padre no se había alcanzado ni la mitad de la altura, desde aquel nivel ya se contemplaba bastante bien toda la ciudad. Él se irguió con el bastón, y yo me apoyé en una barandilla de forja. Me dedicó una sonrisa.

—Gracias a mí, no te caes al vacío.

—¿Qué quieres decir? —me ofendí—. Yo me aguanto bien...

—Esta barandilla la he hecho yo. —Señaló la barandilla labrada.

—¿Qué dices...? —exclamé tocando las curvas y las espirales del hierro —. ¿Cómo la has hecho?

Se encogió de hombros con modestia y tosió a un lado.

—Es mi trabajo. Pero ahora mira. —Levantó la vista y barrió la ciudad con un gesto—. ¿Ves todas las humaredas? A ver si adivinas de dónde viene

cada hilillo de humo.

Todavía hoy me maravilla la capacidad que tenía aquel herrero para quitar hierro a las cosas, especialmente cuando estaba conmigo. Barcelona ardía y él lo convertía en un juego. Que me pareció divertido, la verdad, y adiviné unos cuantos hilillos de humo, teniendo como tenía un sentido de la orientación muy acusado. Los más cercanos eran fáciles: las Beatas, el asilo de huérfanos, las Escuelas Teresianas, los Claretianos...

—Va, Jaume, si llegas a diez, tendrás un cucurucho de altramuces...

Hice un esfuerzo, porque aquella legumbre fresca y líquida, con la cáscara resbaladiza, me volvía loco. Pero en el resto de la ciudad era mucho más complicado situar nada, y solo pude acertar San Pedro, los Escolapios y algún otro. Mi padre me felicitó y, a pesar de mi insistencia, me dijo que no me había ganado los altramuces. El hombre también sabía ser estricto cuando era necesario. Así que bajamos y nos volvimos a refugiar en casa.

El sábado salimos a las ocho de la mañana para comprar pan y cuatro necesidades; existía un acuerdo con los huelguistas para que hasta las nueve de la mañana los comercios pudieran abrir. El panorama era desértico. En la calle se veía muy poca gente, y ni un tranvía, ni una carretilla, ni un coche... Por lo que sabíamos, no funcionaba ni la luz, ni el teléfono, ni los periódicos, ni los talleres ni las fábricas. De vez en cuando, se oían explosiones y el rumor de caballos o de botas militares resonando en el vacío de la ciudad. Por supuesto, ya no se oficiaba misa en ninguna iglesia. Las obras de la Sagrada Familia estaban paradas, y la reja del recinto, cerrada a cal y canto.

Hechas las compras, nos informaron de que en el convento de las Beatas se volvía a reunir gente. Buena parte del barrio ya iba para allá, porque decían que anunciarían el fin de la huelga. La gente, además, tenía ganas de curiosear entre los restos del incendio y las momias profanadas. Fuimos los tres; la Gabacha, el Putativo y el Bordillo, una familia feliz a pesar de los

apodos y los desprecios, ansiosa por comprobar el final de aquel desorden y volver a la vida normal.

En la esquina olía a chamusquina. Los restos de las monjas ya no estaban. A pleno día, el edificio era una carcasa sin techo, ennegrecida y llena de curiosos que entraban para remover los restos calcinados de tablas, vigas, armarios... Era en el patio donde había más gente, y por los murmullos parecía que se esperaba algún tipo de noticia. Mis padres se fueron encontrando a conocidos y se pusieron a hablar; la gente tenía ganas de charla después de esos días encerrados en casa. Cuando hacía un buen rato que estábamos ahí, y en el patio ya no cabía ni un alfiler, vimos a unos hombres que se subían a una escalera en ruinas y pedían silencio. Entre ellos acertamos a ver la silueta del tabernero del barrio.

—Vámonos, tengo miedo. —Tiré de la manga de mi padre.

—Un momento, hijo.

—Ya me lo llevo yo, Josep —dijo mi madre—; no pasa nada, quédate tú y ya nos lo contarás. ¿De acuerdo? No te preocupes. Te esperamos en casa. De verdad, tranquilo.

Nos abrimos paso, oyendo los aullidos de los huelguistas: huelga general, huelga general, barricadas, resistencia y todo aquello, hasta que conseguimos salir a la calle y respirar un poco de aire fresco. Pero enseguida nos tropezamos de cara con una formación de la Guardia Civil. Eran siniestros aquellos soldados con sombrero y capa de malvados, siempre oscuros, siempre con bigote espeso y cara de pocos amigos. Vimos cómo llegaban al convento y se colocaban en posición, el fusil a punto. Mi madre me dio un tirón en el brazo para que no me rezagara. Protesté.

—Espera, tenemos que avisar a padre. —Algo me decía que aquellos hombres armados no presagiaban nada bueno.

—*Tais-toi!* Tú calla y camina, hijo.

De repente, un chasquido. Dimos un brinco. Otro. Volvimos a saltar. Y casi sin pausa, una descarga encadenada, que no debió de ser muy larga

pero que me pareció interminable. Y, entonces, un silencio espeso, pesado. El edificio quedó cubierto con una humareda de pólvora, que se fue dispersando. A medida que todo se aclaraba, primero oímos lamentos aislados, después también unos gritos desgarradores, de dolor agudo, y luego un clamor creciente, como si se acercara una locomotora, con chillidos y silbidos y todo. La guardia civil se retiró al otro lado de la calle, y enseguida vimos por qué: la gente empujaba desde dentro, y los de delante, aunque no lo quisieran, se precipitaban sobre los uniformados.

Mi madre me azuzó. Yo me resistía, paralizado por el pánico y pensando en mi padre. Pero ella, antes madre que esposa, me dio en la nuca y me arrastró fuera del campo de batalla. Dejándome un último recuerdo de aquellos hechos, antes de perderlos de vista; cuerpos por el suelo, algunos poco más que un bulto inerte, pero algunos alzando el brazo, implorando ayuda. Y recuerdo cómo sentía vergüenza de mí mismo, porque lloraba como un mocoso y no lo podía evitar, y estaba abandonando a mi padre y tenía un miedo que no me dejaba ni respirar.

De camino a casa, nos tropezamos con el perfil del maestro Gaudí, parado en una esquina. Estaba inspeccionando su amada obra, indiferente a la guerra que estallaba en el mundo real. Al vernos pasar, no parpadeó, nos regaló unos ojos vidriosos y muy abiertos. Mi madre sí que le dedicó un saludo formal. Él reaccionó diciendo lo que le pasaba por el forro del sombrero:

—Un milagro —proclamó el arquitecto desde otro planeta—, está intacta, está intacta, ¡es un milagro! ¡Nuestro Señor nos ayuda!

Mi madre no se paró a debatir sobre las afectaciones del templo y me tiró de nuevo con fuerza para volver a casa. Y, para redondear aquella jornada de pesadillas, creo que todavía vi una escena fugaz..., pero solo lo creo; me parece recordar a un cura joven con sotana y gafas, armado con un fusil, que corría en dirección opuesta a la nuestra, hacia la pelea. De verdad que no podría jurar si lo recuerdo de verdad o es que alguien se lo inventó y me

lo explicó, o si lo fabriqué yo después. El caso es que una cosa sí que tengo clara hoy por hoy: aquel cura, fraile o seminarista tenía nombre y apellido.

Mi padre no aparecía por ninguna parte, y el maestro Gaudí, que había perdido a más obreros en los disturbios, removió cielo y tierra para localizarlos a todos. Diría que le impulsaba tanto la caridad cristiana como la obsesión por continuar con su cristiana basílica, pero, en cualquier caso, actuó él en persona. Tras el fin de semana, la plana mayor del templo convocó en la cripta a las familias afectadas. Gaudí dejó que el cura custodio del templo, el padre Gil Parés, llevara la reunión. Fue un error: el religioso no sabía callar y tampoco sabía escuchar mucho porque era duro de oído.

—Antes que nada, un mensaje de esperanza cristiana: por mucho que quemen iglesias, los hombres de fe no debemos sufrir, porque Dios Nuestro Señor no se quema ni se quemará nunca. Y, también antes de empezar, es necesaria una oración por los difuntos de esta semana tan desgraciada..., más de un centenar, dicen. ¿Y sabéis qué podemos hacer? Orar. Oremos por todos los que han sufrido incendios y ataques y profanaciones, y roguemos por los que están en la cárcel, roguemos por nuestros feligreses y roguemos por los vecinos que...

—Por caridad, padre... —le interrumpió Gaudí murmurando por debajo del bigote.

—Sí, una barbaridad..., claro que sí, maestro... Como os decía, haremos una oración extensiva a...

—¡Que no tenemos todo el día, hombre! —exclamó el arquitecto—. Manos a la obra.

—Bueno, tal vez sea buena idea entrar en materia —dijo el cura sin alterarse—. A ver, tenemos aquí una lista de nombres..., a ver..., trabajadores, feligreses, vecinos... Estamos hablando con las autoridades, y

estamos intercediendo por la buena gente..., bueno, y por la no tan buena también, es nuestro deber cristiano, porque como muy bien dijo el Señor...

Gaudí lo fulminó con los ojos. El cura lo pilló, esta vez sí; aclaró la voz y comenzó a leer la lista de los nombres sobre los que no se sabía nada. Josep Ferris estaba en esa lista, y eso era esperanzador, porque no estaba confirmado como muerto. Se nos comunicó que nos irían informando, y entonces leyeron otra lista de nombres, la lista fúnebre; a medida que iban cantando, entre nosotros se sentían los gemidos y los sollozos de sus familiares. Cuando terminaron, pidieron que se quedaran los que necesitaban asistencia espiritual. En cuanto al resto, el cura nos despidió con unas palabras que resultarían proféticas:

—Podéis ir en paz. Y recordad: si queman escuelas, tendremos que hacer más. Esta calamidad solo se resuelve con educación y trabajo social, ¿verdad, maestro?

—Sí. —Gaudí asintió con la cabeza—. Y que Dios bendiga también nuestros silencios.

Pasamos unos días muy angustiados, en los que descubrí que mi madre, aparte de querer a su hombre, lo necesitaba como el pan. No sabía ni sentarse quieta cinco minutos, no soportaba su ausencia. De vez en cuando, se daba la vuelta y soltaba un «Josep, ¿te parece que...?», y acto seguido recordaba que no estaba ahí y se ponía a respirar fuerte. Otras veces se agarraba a mí y me apretaba tanto que se veía perfectamente que en realidad nos estaba abrazando a los dos.

A media semana, finalmente, nos llegó un primer rumor; no nos lo querían comunicar oficialmente para no crear falsas expectativas, pero gente conectada con la policía nos había hecho llegar que mi padre estaba bien, que lo habían encerrado sin que pudiera recibir visitas y que ya tendríamos noticias. Y así fue: el jueves por la mañana, muy temprano, la noticia fue él en persona. Apareció en la puerta, sin afeitar y cansado, pero

entero. Entró en casa y nos abrazamos los tres. Mi madre no podía dejar de preguntar cosas mientras le sujetaba la cabeza. Él tosía.

—¿Qué te han hecho? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Te han tratado bien? ¿Adónde te han llevado? ¿De qué te acusan?

—Nada, nada. Todo en orden. Solo quiero lavarme la cara y las manos.

—Sí, claro —dijo mi madre, yendo a buscar el lavamanos—. Qué bien que ya estés aquí..., pensaba que te habrían herido..., ahí en las Beatas..., qué miedo...

—Algo aprendí en la guerra. —Mi padre tosió y se encogió de hombros —. Cuando oyes disparos, te tiras al suelo.

—Hijos míos, construiremos una escuela nueva.

El padre Parés lo anunciaba con cara de satisfacción.

—¿Ya no cabemos aquí en el Patronato? —preguntó Vicentet.

—Bueno, estamos algo hacinados, pero ese no es el mayor problema. ¿Sabéis cuál es? —Se sentó en el borde de la mesa y sacó la pasión de dentro—. Lo que ha pasado es muy grave..., ¿y creéis que la Iglesia lo ha hecho bien hasta ahora? Pues a mí no me lo parece, diría que tenemos parte de culpa.

»Tendremos que hacer una escuela orientada a los obreros —prosiguió —, y ante todo para los de la Sagrada Familia. Hay que construirla dentro del recinto, sí, a los mismos pies del templo. Que la expiación de las almas y de las familias llegue también a los niños. Una escuela joven, ¿me entendéis? Moderna, que forme a ciudadanos libres. Hay que arriesgar, no podemos educar a los niños a golpe de crucifijo, ¿verdad? La pedagogía debe ser activa, tenemos que competir con los métodos más avanzados. ¿Habéis oído hablar del método del padre Manjón? ¿No? Pues mirad...

—¿Y esta escuela la haremos nosotros? —interrumpí.

—Hombre, Jaumet, quizá vosotros con vuestras manos, ¿qué quieres que te diga? No sois albañiles, ¿verdad? Llamaremos a vuestros padres. —Se levantó de la mesa y se rascó la barbilla.

»Ya lo hemos hablado con don Antón —continuó sin pausa—, que lo tiene más que decidido: piensa lo mismo que yo, a pesar de ser un poco carca..., bueno, borrad eso, no es cosa vuestra... El caso es que la construiremos muy rápido, porque tras el verano... Aunque, bien pensado..., claro..., sí, de alguna manera tienes razón, Jaume, la haréis vosotros, claro que sí..., será vuestra, ¿me entiendes? Por descontado, la escuela la haréis todos vosotros, que la llenaréis y le daréis vida... Mira, ¿conoces la parábola del Evangelio, aquella que dice que...?

Fue de esa manera, mirad cómo son las cosas, como la tragedia de una semana terrible engendró una aventura preciosa. Nació una escuela que era fruto de una calamidad, sí, pero que llegó a tener lo que no tenía ninguna otra. Contaba con unas líneas bellas; paredes curvas que bailaban, techos ondulados como el mar. En el patio, a menudo se creaban corros de niños alegres al aire libre, en unos areneros abiertos y limpios. Contaba con directores que pensaban, y con familias pobres con niños formados por sabios. Estaba a la sombra de un monumento que se había salvado de la quema, un prodigio artístico que los incendiarios habían respetado.

Y sí, estaba permitido soñar con un final feliz. Sucediera lo que sucediese, aunque algunos pretendieran destruir el templo, en aquel momento nadie los tomaba en serio. No había condenas absurdas ni maldiciones escritas. El año del Vicentó, la miseria del barrio, los chiquillos con malos modos, la Semana Trágica..., todos los malos augurios podían ser derrotados. ¿Y cómo se los podía vencer? Pues dejad que os lo diga: con fe. La fe de verdad. No la fe beata y ciega de los papanatas, no. Con la fe de los que aprenden, crecen, inventan y construyen. ¿Que quemaban escuelas? Pues construiríamos otras nuevas. Mirad qué fácil.

*OceanofPDF.com*

# II

# La parábola

—Ese soldado romano, sáquenlo de ahí.

El vicario episcopal señaló la escultura con un gesto autoritario, de los que hacen que la rotación de la Tierra se detenga. Aclaremos que el enfado no tenía nada que ver con el tema representado en la estatua; aquel centurión que levantaba a un niño recién nacido con un brazo, y sostenía una espada con la otra, a punto de degollar a la pobre criatura, y la madre de rodillas, suplicando que no matara a su amado inocente... No, aquella violencia no molestaba a nadie, menos aún al representante de la Iglesia de Cristo. El problema era otro.

—¡Es idéntico a un bandido de la Semana Trágica, idéntico! —se quejó, consiguiendo un asentimiento perezoso del obispo y del resto de la comitiva —; no lo pueden exhibir aquí, eso es un sacrilegio.

Algún espía le había delatado que el soldado romano era Calígula, tabernero del barrio y dirigente revolucionario. El señor Llorenç, ofuscado, se vio obligado a intervenir. La silicosis se le había metido en la nariz, no podía alzar la voz, y para compensar tenía que respirar muy hondo y gesticular con su físico corpulento.

—Eminencia, nosotros siempre utilizamos modelos del barrio: trabajadores, personas de confianza..., y esta escultura ya hace tiempo que la modelamos.

La respuesta no era convincente. La gente del barrio que había asistido al acto lo tenía muy claro; todo el mundo sabía que el modelo real era Calígula, y que el individuo había sido elegido por Gaudí en persona, porque era originario del Campo de Tarragona y allí, aseguraba el maestro, los hombres conservaban facciones imperiales romanas. Cierto era lo que alegaba el escultor: todo el trabajo se había hecho mucho antes del estallido de la Semana Trágica, nadie podía haber previsto que el tabernero terminaría siendo una celebridad pirómana. Pero el caso es que lo era; un incendiario subversivo, por supuesto que lo era, y el vicario no pensaba ceder.

—Señores, tendrán que retirar a ese bandido. En deferencia al señor obispo y a todas las personalidades que están hoy aquí.

—Solamente es la copia de yeso —imploró un Matamala desesperado—, y si es necesario podemos realizar correcciones...

El vicario negó con la cabeza. De nada sirvió observar que no había para tanto, que un revolucionario de piedra no podía hacer la revolución. En realidad, para los buenos cristianos podía ser mucho peor lo de los bebés muertos. Porque todo el mundo sabía, los del obispado también, que aquellas criaturas habían sido moldeadas a partir de pequeños cadáveres de recién nacidos. Que don Antón y el señor Llorenç, eso lo sabían todos, se habían escapado más de una tarde a la Maternidad, y allí se habían distraído rebozando de yeso pequeños cuerpos, todavía tibios, de niños fallecidos poco antes. Pero nada. ¿Moldes de niños difuntos? ¿A quién le importaba tal minucia? Gaudí en persona tuvo que descender a la Tierra para dictar sentencia.

—La escultura no se toca —pontificó, palpándose algo en el bolsillo.

—Maestro —protestó el vicario episcopal—, ¿no entiende que...?

El arquitecto se sacó un huevo del bolsillo. Todo el mundo se quedó estupefacto, salvo los más asiduos, que ya habían visto salir de todo del interior de aquellos bolsillos. Gaudí alzó el huevo con los dedos.

—Eminencia, ¿sabéis qué es esto?

—¿Lo lleváis en el bolsillo? ¿Siempre? —El vicario se palpó el crucifijo que le colgaba del cuello—. ¿Y si se rompiera?

—Imposible. —Alzó un poco el huevo—. Se trata de una forma elíptica paraboloide, una de las formas naturales más resistentes que se conocen. En el bolsillo no se me romperá nunca. Pero insisto: ¿qué diría usted que es esto?

—Bueno, a fe de Dios que parece un huevo.

—Muy bien dicho. Y un huevo debe parecer un huevo. Y allá arriba —apuntó hacia el soldado romano— tenemos a un malo. Que mata inocentes. Y un malo, eminencia, debe parecer un malo. —El clérigo hizo el ademán de contestar, pero el maestro lo cortó con un gesto de las manos—. Cada cosa debe parecer lo que es. Ahora bien, si usted no está de acuerdo, al soldado romano le ponemos su cara, señor vicario, y puede ir degollando niños pequeños hasta el día del alba de los justos.

El vicario tragó saliva y renunció a retomar la discusión. Esto permitió que la comitiva arrancara, por fin, con el obispo a la cabeza (apuntando una leve mueca de gozo) y el cortejo de todos los invitados ilustres. El pueblo también se sumó. Se inauguraban unas escuelas que se habían edificado en un tiempo imposible, menos de dos meses, superando todo tipo de contratiempos. De forma que, habiendo superado el último traspié del legionario romano, solo quedaba adivinar cuál sería el siguiente.

Fuimos gigantes, dijo el poeta; y yo diría que no, que fuimos niños, seres pequeños..., aunque, eso sí, rodeados de gigantes. Vamos a decirlo alto y claro, porque es una verdad como un templo que los niños como yo pudimos crecer con figuras que rozaban el cielo, muy por encima del común de la gente. Pudimos notar su fuerza el día que se inauguraba nuestra escuela, una vez resuelto el problema de Calígula. La fuerza de

todos los invitados, la fuerza de los arquitectos y los creadores; la de los místicos y los santos, la de obispos y beatas, la de los artesanos y los especialistas; también la de políticos y pedagogos, sindicalistas y banqueros; sin olvidar las estatuas del templo y todas las almas que se habían metido dentro de aquellas estatuas. Allí confluyó todo el universo de Gaudí.

En aquel entonces nos parecía natural, todo ese talento brotando como si de flores silvestres en el campo se tratara. Pero ahora podemos decir que era muy excepcional, y para hacernos una idea podemos viajar hacia adelante y comprobar cómo, en una generación, de todo aquel grupo de genios ya no quedaba ni uno. Aquello fue fruto de una época, y nos podemos atrever a declarar, con todo el aplomo, que si la Sagrada Familia no hubiera nacido entonces, ya no habría nacido nunca.

—*Sanctus, Sanctus.* —El obispo bendecía los muros sencillos y ondulantes del colegio e iba oscureciendo los ladrillos rojizos con agua bendita. La multitud lo seguía, y en la cola los feligreses se empujaban unos a otros.

Ante el edificio, las parras y las alambradas estaban adornadas de guirnaldas, y se había improvisado un altarcito cubierto de flores. Ahí nos congregamos todos. El obispo dirigió las oraciones, y después oímos el inevitable sermón del padre Parés, que contó la parábola de la red: la escuela como una red de pesca, al igual que el reino de Dios, capturando lo mejor y dejando las sobras. Todo el mundo escuchaba con paciencia porque entendían que aquella escuela era una de las maravillas de la ciudad. Escuchaba el poeta Maragall, muy viejito, que embelesado dejaba entender que aquello ya no era arquitectura, sino poesía. También el filósofo Pujols, de planta imponente y cejas mandonas, que decía que veía música. O el millonario conde de Güell, patricio de ojos cansados, que adivinaba moderación e inversión social.

Terminada la retórica, pasamos a dar una vuelta por el interior. Era la primera vez que yo veía aquellos espacios que acabarían siendo mi paisaje diario. Recuerdo fijarme, a pesar de la multitud que llenaba las aulas, en unos techos altos, o así me lo pareció; en unas paredes largas pintadas de negro (las pizarras) y en aquellos pupitres de madera tan igualitos, con el agujero del tintero y la ranura del lápiz, alineados de dos en dos; y al instante preguntarme con quién me sentaría, quién tendría delante y detrás, si el maestro me mandaría al fondo de la clase o me pondría delante... Ante todo, lo más vital: quién se sentaría a mi lado. Y estoy seguro de que eso era lo que pensaban todos y cada uno de mis compañeros: casi ciento cincuenta, en turnos de día y noche, de los cinco a los doce años de edad.

Mientras estábamos distraídos dentro, nos llegó un bullicio del exterior, y me añadí a la multitud que se precipitó como un rebaño de ovejas hacia la explanada central. Allí, en el patio de los canteros, había un grupo de operarios formando un corro alrededor de algo. Como los demás niños, me colé entre las piernas de los mayores, y en el centro del alboroto vi al escultor Matamala acariciando la cabeza de un caracol de piedra del tamaño de un buey. También estaba ahí el maestro Gaudí, disgustado, sosteniendo en la mano una columnita, una especie de cirio de piedra. Era la antena del caracol.

—No entendéis nada —sentenció el arquitecto, con el cuello rojo y las venas hinchadas—. ¡Es un desastre, ya podemos tirar toda la estatua! ¡Casi un año de trabajo!

—Don Antón —intervino uno de los canteros—. Ha sido una chiquillada: los niños estaban jugando, uno de ellos se encaramó y...

—La chiquillada —fulminó el arquitecto— es no vigilar las piezas. ¿Cuántas veces os lo he dicho? Esto es espacio sagrado. ¡Sa-gra-do!

El señor Llorenç tal vez se sentía aún más desolado que el propio Gaudí, pero intentó rebajar la tensión. Que no se podía culpar a nadie, dijo, que ya lo arreglarían, que haciendo turnos recompondrían la pieza...

El arquitecto le confió la antena del caracol y hundió las manos en los bolsillos, tratando de contener la cólera. Al mismo tiempo, iba repasando con la mirada a todos los obreros y artesanos que tenía delante. «No entendéis nada —repetía—; nada de nada.» Y fue entonces cuando sacó la mano del bolsillo, llena de una gelatina viscosa y amarillenta, y chasqueó los dedos para sacudirse el huevo aplastado. A niños y mayores nos llegó uno de esos momentos determinantes en la vida, en que todo depende de si ríes o si lloras, y aprendes a no hacer ni lo uno ni lo otro. Alguien le ofreció un pañuelo, y él lo cogió mientras escupía las palabras:

—Basta ya de problemas. —Se limpió los dedos—. Este no es lugar para niños. No abriremos las escuelas. Se acabó. El templo es más importante.

El estupor fue general. Imaginad aquella multitud, gente excepcional y elegida, llegada adrede para inaugurar un colegio modélico, iniciativa del mismo Gaudí..., y ahora escuchaban que aquello se iba al traste. Que todo había sido un chiste. Ni el obispo, ni los empresarios, ni los genios de la profesión..., nadie osó abrir la boca, porque nadie sabía qué decir. Hasta que se adelantó un joven dandi, con el sombrero ladeado, cabello abundante y una pajarita a la moda, que tomó al maestro por el codo y le habló como si fuera un niño:

—Tiene razón, don Antón. —Le regaló una sonrisa apacible—. Esto es un cataclismo y hay que revisar el proyecto del templo de arriba abajo. De arriba abajo, faltaría más. Vamos a pasear, porque el momento es grave. Vamos, olvidemos a esta gente que no entiende nada.

Avanzó guiñando el ojo a los congregados, que fuimos abriendo el corro para dejar pasar a la extraña pareja. Embobados por el poder de persuasión de aquel personaje, medio galán, medio domador, vimos con qué facilidad se adueñó del arquitecto y de su mal genio. Pronto su nombre corrió en boca de todos: era Opisso, el dibujante, seductor y gracioso como ningún otro. Él también hizo posible aquella escuela.

—Qué fácil es ser tierra —dijo don Antón—. Venimos de la tierra y volvemos a la tierra. Trazamos una línea perfecta. Eso es la vida.

El maestro había dibujado una línea en el suelo en forma de campana. Estábamos en la escuela recién estrenada, y habíamos salido todos al patio. Primero habíamos tenido que cuidar nuestras flores, como solíamos hacer: quien no tenía adoptado un geranio, tenía una rosa o unos claveles, para regar, limpiar, desbrozar... Bajo los umbráculos de brezo, apoyados en los bancos de azulejo troceado, cuidábamos las macetas y nos ensuciábamos las manos a gusto. Pero ese día en concreto fue un día especial, que todos los alumnos recordaríamos, porque había venido a vernos el maestro. Nos dispusieron en círculo alrededor del arenero.

—A ver si alguien me puede decir por qué —nos desafió, sentado en una caja de naranjas— esta es la más bella de todas las líneas que podemos dibujar.

Nadie dijo nada; ninguno de los niños y niñas de cinco a doce años..., cerca de un centenar de chiquillos mudos mirando al arquitecto. Ninguno de los mayores tampoco, ni los señores trajeados que acompañaban al arquitecto, ni el cura ni nuestros maestros. Don Antón esgrimió su bastón, nos hizo abrir el centro del círculo, y apuntó a la arena, hacia el trazo en forma de campana.

—¿Y esto? —interrogó a los presentes.

—¿Esto? —berreó un mocoso—. ¡Es la teta de la seño!

Había sido el Melón, el graciosillo de turno, que realmente tenía un buen tarro en forma de melón. El padre Parés, joven y corpulento, se le acercó con calma y le propinó un capirotazo corto y seco. La maestra, Consuelo, un poco mayor que nosotros, se puso como un tomate. Y don Antón, todavía con el bastón en la mano, callaba. No le había sentado bien el comentario, sobre todo porque la joven maestra aludida era medio ahijada

suya. Y, a la vez, era la primera persona nacida en la Sagrada Familia, algo importante para él. Pero no regañó a nadie.

Llamó a uno de sus ayudantes, le susurró un recado al oído, y este se largó. Luego apuntó con el bastón al Melón, tan zoquete que todavía se burlaba de sí mismo, y le ordenó que tomara una piedra. En un santiamén el niño tenía entre las manos una piedra como una castaña.

—Muy bien, ¿se la tiras a tu compañero? —Gaudí señaló a Paquito, al otro lado del corro.

El Melón estudió a su compañero con una mezcla de miedo y admiración. Después observó la piedra que tenía en la mano, se encogió de hombros, y bruscamente la disparó con todas sus fuerzas. El proyectil fue derecho hacia el cuerpo de Paquito; por suerte, este se volvió a tiempo y solo le dio en las nalgas. De nuevo se produjo una carcajada general, a excepción de los dos implicados; mientras el gigante cerraba los puños, a punto para reventar la cabeza del Melón, este corrió hacia su adorado amigo, lo abrazó por la cintura y le suplicó perdón, dispuesto a soportar golpes, empujones y desprecio. Los maestros tuvieron que volver a intervenir.

El arquitecto siguió a su aire, indiferente al desbarajuste de los párvulos.

—Eso ha sido una línea recta —proclamó—. Rápida, corta, seca; pero no bella. De hecho, la trayectoria de la piedra ha sido algo poco interesante, simplón o incluso destructivo.

Y fue entonces cuando el genio de la Sagrada Familia se volvió hacia mí y me clavó aquellos ojos azules, inevitables, invencibles. Todavía cuando lo recuerdo se me salta el corazón, ya que aquellos ojos no eran ojos, sino balas, y yo no me podía resistir. Él me pidió, sin levantar la voz pero con firmeza, que recogiera la piedra y la tirara con elegancia. Ni a mí ni a nadie nos habían enseñado a tirar piedras con elegancia, pero tampoco podías desobedecer a aquellos ojos, así que cogí la piedra y la tiré arriba, suave,

hacia el otro lado del corro. La pescó en descenso la pequeña Lola, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora sí, niños. —El maestro Gaudí apuntó al dibujo del suelo, y siguió con el bastón aquella línea con forma de pecho de mujer—; habéis descubierto la línea más bella. Una línea sagrada. La parábola.

—¡Vivaaa! —gritó Lola, mostrando la piedra a todo el mundo—. ¡¡Soy una parábola!!

Se impuso un silencio. Pasó un segundo, dos, tres. De repente, estalló una risotada general; y ni tan siquiera el cura pudo contenerse. Yo tuve una reacción que todavía no sé ni cómo ni por qué me salió, quizá porque vi las caras insufribles del Melón y de Paquito y pillé el abuso que preparaban contra la pequeña, hasta entonces considerada parte de su tribu. Y yo hice, de forma inconsciente, lo que más les podía doler: rescatar a Lola de la mofa general. Robarles a la niña y apuntarme una victoria.

—Sí, Lola —me salió del alma—, estamos contigo. ¡Todos somos parábolas!

—¡¡Parábolas!! —me secundaron mis amigos; Vicentet, Guillem, las gemelas, Joanet—. ¡Los niños parábola!

—¡Mierda de parabolones! —refunfuñó el Melón, sin darse cuenta de que había acuñado un mote para la historia.

Porque fue de aquel modo como nació la pandilla de los Parabolones, para siempre asociada al mundo de la Sagrada Familia. Si había alguien que amaba aquel lugar, que lo vivía a fondo, que lo abrazaba con alegría y esperanza y ganas de crecer, éramos nosotros. Éramos niños, ya lo sé, pero eso no nos hacía menos entusiastas. Lo acabábamos de sentenciar con un nombre que nos acompañaría hasta el final de los finales.

Con todo, aún no se había terminado la jornada histórica, aún tenían que pasar más cosas memorables. Porque yo aquí os podría hacer una raya simple, explicar el final sin curvas, decir una frase con cuatro palabras escasas y dejaros sin historia. Ciertamente, podría hacer una recta estúpida

y fea. Pero os estoy diciendo que Gaudí nos prohibió la línea recta, que desafió el espíritu de Euclides, que nos enseñó que la base de todo arte que se precie era la curva, aquel serpenteo que posee un incalculable poder de seducción y de serenidad.

Si nosotros éramos los Parabolones, mosén Gil Parés era nuestra musa, y se convirtió en el padre Bola o *pare Bola*. Pronunciado en catalán, sonaba igual que «parábola»; semejante apodo acercaba nuestro grupo al cura y nos daba mucha fuerza, porque él era el alma de aquella banda de angelitos a pie de obra. Su sordera y su aire despistado nos resultaban simpáticos. Su aspecto corpulento, rubio y apuesto, aclarándose en la frente y en las ideas, nos contagiaba una convicción y una fe que tumbaban montañas. Así que el día que se fundó nuestra pandilla, haciendo corro en ese arenal, no pudo faltar el discursito de mosén Parés. El cura de la Sagrada Familia se sentía obligado a marcar las enseñanzas de aquella escuela. Al ser medio sordo se hacía preguntas a sí mismo, y se las respondía solo.

—¿Qué nos ha dicho don Antón? Nos ha dicho que una parábola seguramente es la forma más bella y —levantó el dedo— más sagrada de la creación divina. Jesús nos habla a menudo con parábolas, en el Evangelio, ¿sabéis? Sí, por supuesto. El buen samaritano, el hijo pródigo, el sembrador..., ¿recordáis? Por supuesto que lo recordáis. En fin, lo que os decía. —El hombre se daba cuenta de que iba perdiendo el interés de la parroquia—: Si vas derecho de un punto al otro, en línea recta, pierde todo el encanto. Cuando explicas una historia, o cuando construyes un edificio, más vale empezar desde una buena base y volver a esa misma base, ¿verdad?, pero habiendo descrito un arco inmensamente alto, diríamos infinito, hacia Dios Nuestro Señor, al igual que en geometría nos encontramos que...

—Es la vida, padre —interrumpió Gaudí—, es la naturaleza y es la vida. ¿Quién quiere una línea recta en un árbol o en la trayectoria de los astros? Damos una vuelta, tan estirada y suave como sea posible. Hagámoslo precioso, como tenemos que hacer con la Sagrada Familia, que queremos elevar...

—¿Cómo? —El cura acercó la oreja buena—. ¿De qué familia habláis?

—De la Sagrada, padre, de la Sagrada —dijo resignado el arquitecto.

Aquella oreja tan atascada de mosén Parés, decían las malas lenguas, estaba hecha adrede para aguantar los gritos de los niños. O para soportar las voces perversas de nuestro siglo, decían otros más realistas. El caso es que el religioso solo oía bien una voz: la de Dios, que, aseguraban, le llegaba directa al corazón, mientras que a los oídos, ni los gruñidos de Satanás.

—¡Ah, Sugrañes! —Gaudí se giró hacia su ayudante, que le llevaba unos objetos—. Muchas gracias. Ponemos la caja aquí en el suelo, delante de mí. Y el queso encima. ¿Tenemos cuchillo? Perfecto.

Sugrañes era muy meticuloso, tanto en los gestos como en el vestir, con su raya del pelo nítida, su bigote acabado en pinchos lacados, su corbata impecable. Era la mano derecha de don Antón y se mostraba tan devoto que parecía un lacayo. Con su proverbial sigilo, plantó una caja de naranjas ante el maestro, la cubrió con un paño e instaló encima, como si fuera una virgen descubierta, el queso —de aquellos gallegos, con forma cónica—, y le entregó un cuchillo al arquitecto como quien entrega una espada a un caballero.

—Aquí lo tenéis —afirmó Gaudí—: un conoide.

—Pero ¡¡si es una teta gallega!! —El Melón amenazaba de nuevo con arruinar la reunión—. La tetilla de la seño...

El maestro mató la chiquillada con unos ojos de acero, reforzados con el metal que blandía en la mano y sofocando, sin necesidad de abrir la boca, el revuelo infantil sobre los pechos de las mujeres. No estaba dispuesto a que

se burlaran de su protegida ni a interrumpir su demostración de geometría práctica. Acto seguido levantó el cuchillo y descabezó la punta del cono con un corte limpio y completamente horizontal, y alzó la pieza de arriba, la punta.

—¿Qué forma veis aquí? —Nos mostró la base de la pieza, o sea, la superficie resultante del corte—. Es muy fácil.

—Don Antón, os ha quedado un círculo, no una parábola —intervino el cura, estropeando el juego pedagógico—. No me maree a los niños.

—¡A ver, Gil! —dijo a martillazos—. ¡Quiero decir, padre! ¿Dejamos la geometría en manos de los arquitectos? ¿Y la teología para los clérigos? Muchas gracias. En efecto, tenemos un círculo. Sigamos.

El arquitecto ajustó el ángulo del cuchillo para cortar el cono en diagonal, a partir de un lado y hasta llegar a la base. Practicó el corte y a continuación mostró la sección a los niños. Silencio total. Incluso el cura enmudeció. Gaudí miraba a los niños en corro y levantaba las cejas a modo de pregunta. Guillem levantó la mano. De todos nosotros, era el más valiente; no tenía miedo ni de Paquito *el Gigante* ni de nadie, y formaba más parte integral de la Sagrada Familia que los sillares de la cripta, puesto que lo habían parido en aquel lugar del mundo y nadie lo movería de ahí.

—Es la línea más bella. ¡La parábola!

—Justo. Y veamos ahora.

El maestro volvió a esgrimir el cuchillo, pero esta vez no rebanó hasta la base, no llegó, sino que hizo un corte en diagonal de lado a lado allí donde aún se conservaba la circunferencia. Gaudí le pasó la pieza al señor Sugrañes y este, con un gesto tan obediente como aburrido, se levantó y exhibió la sección resultante. Aquello no era ninguna parábola, incluso los más pequeños lo apreciaron enseguida. Recordaba a un ojo o a una almendra, era un círculo alargado. Guillem levantó la mano otra vez.

—Es como el cometa. Lo he visto en un almanaque.

—No, hijito —intervino el cura—. El cometa tiene una cola muy larga, por eso dicen que ha sido enviado por el demonio...

—Un momento. —Gaudí apuntó al niño con el bastón—. Tú quieres decir la órbita, ¿verdad? ¿La trayectoria del cometa Halley? Pues tienes razón, porque se trata de una elipse perfecta. Una obra de Dios, padre, no del demonio.

—Ningún eclipse, don Antón. Ni de sol ni de luna.

—¡Elipse! —espetó el arquitecto.

El genio de las formas retorcidas respiró hondo y se puso a defender todas aquellas geometrías tan importantes. Por un lado, decía, nos permitían pasar de considerar la gravedad como enemiga a verla como amiga, porque se servían de la atracción de la Tierra, insistía, para tener más fortaleza. «Mirad el edificio de la escuela —decía con convicción—, tan humilde y tan fuerte.» Tanto ondular y serpentear, según Gaudí, permitía dibujar una forma más natural y, al mismo tiempo, mucho más resistente.

Nos ilustró con varios ejemplos en la naturaleza: las órbitas de los planetas y los cometas tenían forma de elipse..., y en cuanto a la parábola, o mejor dicho, paraboloide, citó un montón de casos cotidianos: la barbilla de un niño o de una mujer; los pechos de mujer, sí, de acuerdo, niños, eso ha quedado claro; un codo o una rodilla doblados; un culo puntiagudo, sí, por más gracia que os provoque, o una mano extendida, siguiendo la curva de los dedos... Aquí hizo una pausa y levantó la palma de la mano, sobreponiéndose al perfil que entonces presentaba el templo de la Sagrada Familia, que empezaba a levantarse. Y sonrió hacia dentro.

Luego estaban los hiperboloides, como la mayoría de los huesos —fémures, tibias, carpianos, metacarpianos, falanges—; helicoides, como los caracoles de mar; paraboloides hiperbólicos, como las patatas fritas de churrero, o las sillas de montar, o..., en fin, suspiró, que la creación divina no dejaba nunca de darnos lecciones. Pero las teníamos que saber ver. Por ejemplo, a partir de una elipse se puede obtener un elipsoide, y tenemos

algunos casos perfectos y deliciosos en la misma naturaleza, como una sandía o un melón.

Al oír el nombre de la fruta se formó una algarabía en torno al Melón, y una legión de niños lo empujó hacia adelante para que Gaudí le examinara la cabeza. El hombre lo observó con cuidado, sin tocarlo mucho porque el maestro no era de tocar personas, pero le hizo indicaciones con las manos, le hizo girar, levantar la barbilla, ponerse de lado...

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. Es cierto: tenemos un elipsoide impecable. Clavado.

Y es que el Melón era muy melón. Los ojos irrelevantes, la nariz corta, una boca de sonrisa tonta, menuda y carnosa..., pero en cambio un cráneo portentoso, un globo aerostático dirigible coronando un cuerpecito raquítico, que más que aguantar el tarro parecía que dependiera y que colgara de él. En resumen, era ver al Melón y tener unas ganas irrefrenables de clavarle un cuchillo para hacer rebanadas frescas, blancas y jugosas para repartir a los hambrientos.

—En realidad —continuó don Antón—, muchos niños tienen rasgos elipsoides: tú también, y tú, y tú...

Quizá fue casual, pero señaló a los más destacados de la pandilla rival: Paquito *el Gigante*, la Chinche, el Estrellas, el Cisco, el Vodevil, Pablito..., y también a la pequeña Lola, que ellos todavía consideraban su propiedad pero que estaban a punto de perder ese mismo día. Bueno, lo dicho: Gaudí los apuntó con el bastón, y allí nació la banda de los Elipsones. Los que todo lo veían mal, los que no querían hacer nada bueno, los que se peleaban con todo el mundo y también entre ellos mismos. Por si no ha quedado claro, los enemigos. Más malos que la tiña. Y deformes. Malditos Elipsones.

Para redondear la jornada, mosén Parés nos explicó la parábola del sembrador, aquel campesino que sembraba, ¿y sabéis lo que pasó? Algunas semillas cayeron en el camino y se las comieron los pájaros, otras fueron a parar a las piedras y no se aprovecharon, y unas cuantas cayeron en las malas hierbas y se malograron. Pero sabéis que no todas las semillas se perdieron, ¿verdad? Muchas cayeron al suelo, en tierra buena, y estas crecieron y dieron fruto. ¿Sabéis qué significa esto? Que todos recibiréis la misma semilla, en esta escuela, pero algunos daréis fruto y otros no. Debéis elegir. Pues eso, venga, acabó diciendo el cura, que Dios os bendiga y ya os podéis ir en paz.

Ese día, unos niños abrazamos la semilla y la hicimos crecer; otros todo lo contrario. Unos prometimos construir, y otros destruir. Unos nos agrupamos bajo el signo de la línea más bella, otros bajo el icono de una cabeza de melón. Elegimos. Unos nos conjuramos para desafiar la ley de la gravedad con la erección de aquel templo, que era nuestra vida; otros se propusieron transgredir todas las leyes, las de la naturaleza y las de los hombres, para cometer maldades.

Lo sé, éramos niños, vivir era un juego inocente y nadie podía imaginar ni de lejos adónde iríamos a parar. Ya lo sé. Pero, entonces, ¿por qué luego se me acercó la Chinche, bautizada así por lo tiñosa y harapienta que iba, y me dijo que quería ir al descampado conmigo? ¿Y cómo es que a medio camino me dijo aquello, no sé si para hacerse la graciosa o para vengarse de Paquito? ¿Cómo se explica que me rozara con los labios y me soltara aquel secreto sensacional?

—Paquito tiene seis dedos en el pie.

—¿Qué dices? —Abrí una boca de tres palmos—. ¿Seguro? ¿Solo en un pie?

—No lo sé, el otro no lo he visto. —Me cogió de la mano—. ¿Vamos a los setos?

Retiré mi mano. Aquella niña me asustaba. Y me hacía pensar en un pie de seis dedos. Malas vibraciones.

—No, mejor que no, me esperan en casa.

Así que me escapé a toda prisa de la Chinche. Pero la cosa no se acabó ahí: de vuelta a casa me tropecé con Paquito *el Gigante*, que me perforaba con la mirada.

—Lola no es tuya —me recriminó—. Sois unos pelotas. Sapos. Meapilas.

—Tú calla. —Di media vuelta, y cuando ya echaba a correr le grité lo que se merecía—: ¡Eres un deforme! ¡Monstruo! ¡¡Seisdedos, más que seisdedos!!

Si todos los niños son buenos, ¿por qué le dije eso? Bueno, tal vez fue una gamberrada sin más. Pero entonces, ¿por qué él, desde su elevada atalaya, inmensa e infantil, se enfadó tanto?, ¿y por qué, demasiado lejos para atraparme, se pasó el dedo por el cuello de un lado a otro?

—¡Estáis muertos! —chilló—. ¡Parabolones! ¡Todos muertos, con la maestra, el cura, Gaudí también! ¡Te juro que nos los cargamos a todos! ¡¡¡Empezando por esta mierda de iglesia!!! —Apuntó a la fachada del templo, donde ni siquiera se empezaban a perfilar las cuatro torres.

De acuerdo, de acuerdo, solo eran groserías aprendidas en casa, seguramente fabricadas por un padre incendiario y transmitidas a una criatura malherida, que las convertía en despropósitos. Seguro que no tenían tanta importancia, después de todo. En realidad, estábamos en los albores de la vida, y nuestra parábola no había hecho más que empezar a subir. Y eso era lo más importante. Subir, de forma emocionante, vertical. Arriba y arriba, sin otro límite que la capa del cielo.

*OceanofPDF.com*

# III

# La luz

Aquellos fueron los años más felices y los más luminosos. Años claros, risueños, juguetones, años movidos, llenos de color... Había trabajo, el templo se alzaba, a mí me encantaba ser niño, y la familia..., es que por encima de todo tenía una familia que podía ser la envidia de medio barrio. Tenía un padre bondadoso y trabajador, tenía una madre despierta y preciosa, y por cierto, ya se habían casado del todo, con papeles y anillos. Yo estaba encantado de vivir cada día con más solidez. Nuestra nueva casita aguantaba bien, la comida no nos faltaba, siempre había verduras, legumbres y pan, y los domingos, arenque o tocino. Teníamos salud y los tres nos reforzábamos mutuamente. Ya podían venir las semanas trágicas que fuera, porque nos queríamos y dormíamos sin miedo.

Eso no era poco, en unos años en los que la calle estaba repleta de niños abandonados, que mendigaban y chorizaban. Algunos iban al orfanato y otros a las cárceles. Sí, en aquella época encontrabas a niños en las cárceles, descalzos, desnudos, marcando las costillas y pasando frío en la sección de diez a dieciséis años. Cada día veíamos a familias de aragoneses, murcianos y andaluces, gente honrada y trabajadora, que deambulaban por las calles en busca de techo y plato caliente. Gente que, cuando les sonreía la suerte, acababan en una barraca como la que habíamos tenido nosotros, trabajando de sol a sol, chicos y mayores. Y enfadados con el mundo. Algunos lo

acababan odiando todo: la Sagrada Familia, la ciudad, el país, la gente... ¿Y cómo no lo iban a odiar si vivían en un mundo detestable?

¿Y cómo no había de agradecer yo a la vida todo lo que tenía? Cuando veía tanta dificultad, me sentía fuerte y vivo y alegre. Recuerdo sobre todo cuando dejaba de llover y sin decirnos nada íbamos todos hacia los campos, a menudo al descampado de la calle Nápoles, entre el templo y las Beatas, que era nuestro terreno preferido. Allí los niños éramos muy productivos, ideando más fechorías que en cualquier otro lugar. Los viejos salían con taburetes y cajas, y se sentaban a disfrutar del sol escurridizo. No faltaban los vendedores ambulantes, ofreciendo chufas, altramuces, cacahuetes y pan con tomate, ni podían faltar los botijos, que pasaban de mano en mano. Era allí donde nos solíamos reunir los niños para hacer de las nuestras.

—Niño, léeme esta carta, que me falla la vista —nos pedía la viejecita de turno, que no sabía leer, y nosotros entrábamos en acción.

La petición era bastante corriente, y sabíamos administrarla muy bien. Le pasábamos la carta a Vicentet, que leía una versión triste de lo que decía el papel. Por ejemplo, si los familiares aseguraban que se encontraban bien y con buena salud, y que esperaban la visita de la abuela, el pícaro leía lo contrario: que tenían unas fiebres infecciosas, que no fuera a verlos ni borracha. Y siempre, al final, jugaba a nuestro favor, diciendo que el dinero que se ahorraría del viaje lo dedicara a la educación de los jóvenes, que era el futuro de todos, etcétera. La viejecita, obligada, nos alargaba cinco centimitos, y claro, los rechazábamos. Que qué se había creído, que los libros iban muy caros y que como mínimo nos tenía que dar dos reales. La pobre mujer se escandalizaba.

—¡A vosotros os quería ver! —Una voz alegre nos interrumpió el negocio—. Pero, a ver, ¿qué le estáis diciendo a la abuela?

Era el joven Opisso, al que llamaban «el dibujante del pueblo». Le dije que quería hablar con él en privado, y le confesé avergonzado lo que

realmente estábamos haciendo. Me esperaba el abucheo de rigor, pero no, se puso a reír como un condenado y me dio en la nuca.

—¡Coño, qué malnacidos! Sois unos mocosos listos, ¿eh? Ja, ja, ja... Mira, te digo lo que vamos a hacer...

Volvimos a donde estaba la anciana y se dirigió directamente a ella:

—Señora, ¿no cree en la educación? ¿Quiere que los chiquillos acaben en la calle? Ellos la han ayudado a usted, y no tenían ninguna obligación; ahora lo mínimo, si usted los quiere ayudar, sería que no escatimara tanto, mujer...

La pobre viejecita lo examinó de arriba abajo, y lo vio tan amable y aseado, impecable en las formas, con aquel sombrero de ala ancha, que no se pudo negar a rascarse el fondo del bolso. Conseguimos los dos reales. Y, como es natural, nos enamoramos perdidamente de Opisso.

—Por cierto, ¿cómo tenemos al maestro Gaudí? ¿Ya se le ha pasado el berrinche? —nos preguntó sin rodeos—. ¿Un poco? ¿Ya han abierto las escuelas? Muy bien, pero todavía se le puede hacer más feliz. Venid, venid, os cuento lo que hay que hacer.

Encontró una piedra para sentarse y nosotros hicimos un círculo en el suelo, a su alrededor. Nos explicó que había trabajado en la Sagrada Familia desde que tenía doce años, hasta que se pudo ganar la vida por cuenta propia como dibujante. Conocía a Antoni Gaudí mejor que a su familia, bien, eso no era ningún gran mérito, porque, en fin, lo que se podría llamar familia, vaya pena... En cualquier caso, había hecho de recadero y todos los papeles del reparto. ¿Que había que atarle los zapatos al maestro? Opisso. ¿Que había que barrer el taller? Opisso. ¿Que necesitaban a un modelo joven para hacer las estatuas de los ángeles? Opisso. ¿Os cuento la tortura a la que me sometió? Otro día, tal vez. Ah, y de vez en cuando algún dibujo, sí, también, tenía que admitir que allí había aprendido a hacer garabatos.

—Pero lo que más me hacía disfrutar, cuando no era mucho mayor que vosotros, era llevarle bichos.

—¿Qué bichos? —preguntó Guillem, apasionado de Gaudí y de sus obsesiones.

—De todo. Le gustan los lagartos, los caracoles, las lagartijas, los sapos y las serpientes. Se vuelve loco. Y yo era un experto en torcer el cuello de las bestias —hizo el gesto con los dedos—, porque, eso sí, el maestro las quiere muertas. Para meterlas en formol.

—¿Y qué hace? ¿Se las come? —Otra vez Guillem, apodado el Hechizado porque siempre parecía encantarse con los temas curiosos.

—¡No, hombre! ¡¡Las convierte en piedra!! ¡Las quiere colgar del ábside, de los muros, en las fachadas, por todas partes! ¡Quiere un templo de reptiles, una catedral del triásico! O sea, que... —se tocó el ala del sombrero y nos dedicó un guiño— ya sabéis lo que hay que hacer para calmarlo.

—No —dijimos todos a la vez—: ¿qué hay que hacer?

—¡Pues una cacería, hostia! ¿Sois buenos para estafar a viejecitas pero no para convencer al viejo maestro? Joder, despertad o no haréis nada bueno en la vida. ¡Aún os obligarán a trabajar, memos!

El dibujante nos caía bien, estaba claro que nos caía bien. Le pedimos que nos acompañara en la cacería, y él aceptó. Mañana por la tarde, dijo, y tal vez traería a unos amigos suyos. Ah, agregó mientras se levantaba; sobre todo, nada de babosas. Don Antón detestaba las babosas, le parecían criaturas infernales y contra natura, que carecían de consistencia y de dignidad. Nada de babosas, ¿de acuerdo? Todos asentimos, lo despedimos y nos pusimos a organizar la batida de reptiles... y batracios, puntualizó Guillem. Sí, pesado, claro... Y moluscos, agregó... Lo hicimos callar y nos pusimos manos a la obra.

Al día siguiente acudimos todos a la cita, como un clavo. Yo diría que nos llegamos a congregar una docena de niños y niñas, incluso algunos que no

eran del grupo, pero que no se habían querido perder la fiesta. De estos, el más molesto era Pablito, enemigo declarado, pero no había que preocuparse, porque Guillem *el Hechizado*, Vicentet *el Houdini* y yo mismo llevábamos la voz cantante. Siempre que Pablito fuera buen chaval y obedeciera, no tendríamos problemas. También estaba la pequeña Lola, y Joanet, hijo del escultor Matamala y apodado el Comemocos por razones obvias; y las gemelas, que eran hijas de un hombre muy estricto, el capitán Secano. Este oficial de ingenieros presumía de haber criado a dos infantas invencibles, plazas inexpugnables, y por eso nos faltó tiempo para bautizar a las niñas como Ceuta y Melilla.

En el descampado de Cerdeña saludamos a Opisso, que nos recibió con alegría y nos presentó a tres amigos: primero el señor Rusiñol, un artista más bien fortachón, elegante y muy simpático; después un joven con un nombre que nos hizo reír, porque nos recordaba a los pájaros carpinteros en catalán, un tal Picasso; con esos ojos saltones, tenía una pinta tremenda de gamberro. El tercero estaba sentado en una banqueta y había armado un caballete; pintaba la Sagrada Familia, aunque, cosa absurda, también pintaba a todos los mendigos y vagabundos que estaban sentados en el suelo. Le llamaban Mir, y tenía aspecto de oficinista, calvo y de semblante serio; si lo mirabas bien, te dabas cuenta de que vivía más dentro que fuera de su trapo.

Los saludamos educadamente a todos, e informamos de que estábamos dispuestos a iniciar la cacería. Opisso puso cara de ir al grano.

—Muy bien, tropa. Os tendréis que desplegar por tres flancos —entornó los ojos y apuntó en tres direcciones—; y, cuando tengáis las capturas, venís aquí y revisamos el botín. Si queréis, os podemos ayudar a torcer el cuello de algunas bestias.

—Ya puestos —dijo el otro joven, Picasso—, nos traéis a Gaudí y le hacemos lo mismo. Sería un favor a...

—Anda, cállate —el dibujante le dio un codazo—, déjate de cachondeo, que los padres de esta prole trabajan a sueldo de don Antón...

—Seguro que paga con hostias consagradas —dijo Picasso mientras se echaba el flequillo hacia atrás.

—Paz, que haya paz —intervino Rusiñol, que parecía tener cierta autoridad.

—¿Vosotros de qué os conocéis? —preguntó de repente la pequeña Lola —. ¿Vais juntos al colegio?

Se pusieron a reír, salvo el pintor Mir, enfrascado en su tela.

—Sí, chiquilla —saltó Picasso—, pero en nuestra escuela no hay monjas. Si las hubiera, ¿sabes qué haríamos con ellas?

—Ja, ja, ja. —Rusiñol lo paró—. Olvídate de las monjas, hombre. Nosotros nos dedicamos a pintar, preciosa, y nuestra escuela se llama Los Cuatro Gatos.

Aquello nos hizo muchísima gracia, porque nos imaginamos a aquellos cuatro mozos creciditos en un aula, holgazaneando todo el día, solos y abandonados, sin que nadie les hiciera ningún caso, maullando y lamiéndose las panzas, mofándose de todo, haciendo garabatos y perdiendo el tiempo. Salvo el Mir ese, claro está, que era una república independiente.

—¡Bueno, patrullas, en marcha! —ordenó Opisso—. Grupos de tres o cuatro, y a ver qué encontráis.

Yo escogí a Lola y Pablito. Lo hice a propósito, para tenerlos más cerca. Armados con saquitos de trapo, los llevé hacia un territorio prometedor, unas rocas rodeadas de setos, y les insistí en que buscaran lagartijas y caracoles. Y a Pablito le confié una misión muy especial que, le aseguré, lo convertiría para siempre en el preferido de Gaudí.

—Babosas, Pablito, babosas. Don Antón se emociona con las babosas.

—Pues yo también, porque ya no soy ninguna niña y... —Lola quería apuntarse al mismo carro, pero la corté. A cada edad le tocaba lo suyo, aclaré.

Al cabo de media hora ya teníamos el saco bastante lleno, y volvimos a encontrarnos con los cuatro gatos. Yo tomé la precaución, cuando no me miraba nadie, de separar las babosas en una bolsa distinta, que escondí dentro de mis pantalones cortos. Opisso inspeccionó todas las demás con sus amigos: iban extrayendo las bestias, las miraban con fruición, bromeaban, y con aire muy profesional nos enseñaban cómo amnistiar a las criaturas menos interesantes y cómo matar a las que sí queríamos, con lo cual al rato ya éramos verdugos de primera. Pronto el artista dio la inspección por terminada.

—Venga, que os acompaño a ver a don Antón.

Se despidió de sus colegas con un toque de sombrero. Picasso hizo la señal de la cruz en tono de burla, y Rusiñol una media reverencia. El que pintaba no se dignó ni a levantar la cabeza.

Opisso nos hizo esperar afuera, en la puerta del taller, y subió a buscar al maestro. Al cabo de un buen rato salieron ambos cogidos del brazo, con Matamala detrás, y el joven dibujante nos animó a mostrar los trofeos. Había abundancia de bichos, con cola, con antenas, con concha, de piel viscosa... Gaudí los fue admirando, y de vez en cuando los levantaba en dirección a la iglesia, para imaginar cómo quedarían aquellos bichos empotrados en alguna fachada. Se le veía satisfecho, aunque al mismo tiempo ponía mucha energía en una discusión con Matamala que mantenía desde que había salido.

—¡Que no, Llorenç, que no tocaremos a Calígula!

—Pero, maestro, atienda. —Toda la masa corporal le sudaba copiosamente—: Tendremos un gran problema, y no merece la pena... De momento solo hemos subido la figura de yeso, todavía estamos a tiempo de cambiar.

—He dicho que la estatua no se toca. —Alzó un lagarto por la cola, cerró un ojo y lo perfiló contra el ábside del templo—. He dicho que no, y no insistas más.

—Al menos —con la nariz tapada por la enfermedad, el escultor aspiraba por la boca todo el aire que podía—, déjeme corregir los dedos del pie. No puede tener seis dedos, dejémoslo en cinco, no es necesario que nos delatemos de esa manera...

—Si Calígula tiene seis dedos, la estatua tendrá seis dedos. Y basta.

Se hizo una pausa, y aproveché para guiñar el ojo a Pablito y pasarle su saquito. Lo cogió, avanzó hacia el maestro y, con toda ceremonia, lo abrió. El arquitecto olió, miró y se echó atrás, fulminando a Pablito con unos ojos de hielo. Volvió a meter la nariz en el saquito, y entonces levantó la cabeza y resopló con fuerza; se le marcaron las venas del cuello y, sin decir palabra, dio media vuelta. Pablito no sabía ni qué cara poner, y al poco rato él y su trofeo también desaparecieron. Mis amigos y yo íbamos sacudiendo el cuerpo en silencio, hasta que nos tuvimos que girar para hacer estallar la risa. Lola preguntaba con insistencia qué era lo que había pasado. Se lo expliqué.

Se oyó una voz grave, fuerte y resonante.

—¡Ja, ja, ja, gamberros, tremendos! ¡Pandilleros! ¡¡Ja, ja, ja!! ¡Unas babosas..., al maestro..., unas babosas! No me lo puedo creer...

Opisso nos dio en la nuca y nos invitó a salir de ahí antes de que la ira divina del genio arquitecto se concretara en alguna acción furibunda. Y de ese modo terminó el día. Mi bromita nos podía haber costado muy cara, pero no fue así. Al final, Gaudí aprovechó los animales para hacer esculturas, como no podía ser de otra forma; las escuelas iniciaron su tarea, como no podía ser de otra forma, y a partir de ese día, como no podía ser de otra forma, Pablito se convirtió oficialmente en el Babosa.

Y como no podía ser de otro modo, los Parabolones, una vez bautizados y engendrados, tuvimos que comprobar qué había de cierto en la discusión entre el arquitecto y el escultor. Por eso organizamos una expedición a la estatua del soldado romano. Al igual que Copérnico tuvo que comprobar la existencia del sistema solar, Newton la fuerza gravitatoria y Darwin la

teoría de la evolución, nosotros tuvimos que comprobar cuántos dedos tenía Calígula en el pie.

Si padre e hijo compartían la misma deformidad, eso demostraba algo trascendente. Si eran una estirpe de ogros, es decir, de monstruos, entonces tenían que ser malos por narices. Aquello nos convertía a nosotros, sin ninguna duda, en los defensores de las cosas bien hechas y en los buenos de la historia. Era básico saber qué había de verdad, y puesto que ni padre ni hijo nos enseñarían los pies, pues había que subirse a la fachada del Nacimiento para verificar allí, en la escena de la matanza de los santos inocentes, si el soldado romano tenía seis dedos. Nuestra misión decidiría ni más ni menos la derrota de los Elipsones. O no.

Nos encontramos en la fachada del Nacimiento poco antes de caer la noche. Teníamos los efectivos al completo, con Vicentet *el Houdini*, Guillem *el Hechizado*, las gemelas Ceuta y Melilla, la pequeña Lola y dos fichajes inesperados: Lluís Nadal *el Estrellas*, un gordito que siempre miraba las estrellas, e Hilari *el Vodevil*, que llevaba ese apodo por ser el niño más aburrido y triste que se había visto jamás en el barrio de la Sagrada Familia. Todos ellos, más yo mismo, nos reunimos bajo la sombra alargada de las torres y preparamos la ascensión. Era importante que fuéramos muchos, porque necesitábamos muchos testigos, con uno o dos no tendríamos credibilidad.

—¿Veis dónde está la cadena, allá en el andamio? —El Hechizado apuntó a un lugar preciso, él, que lo sabía todo del monumento—. Ahora por la noche han retirado la escalerilla de acceso, pero si trepamos por aquella parte, los más fuertes podremos soltar unas cuerdas, y ayudándonos unos a otros podremos irnos aupando todos.

—El problema —dijo Vicentet en voz baja, buscando a las niñas— es que nos podemos encontrar con la Mala Cosa.

—Yo no quiero la Mala Cosa —protestó Lola.

—Vicentet, ¿por qué no te callas? —intervine—. No existe la Mala Cosa.

—¡Por supuesto que sí! —insistió el travieso—. También le llaman el Demonio Cantero. De día no se le oye la voz, porque es de piedra y puede cambiar de forma: una gárgola, una estatua..., pero cuando cae la noche...

—Deja de meternos miedo, borrico —dijo Ceuta.

—Eso, deja de hacer el burro, más que burro —añadió Melilla.

—¿Lo dejas ya? —me encaré—. Conseguirás que fracase la operación, Vicentet.

—Dicen que por la noche —hizo una pausa dramática— la bestia se esconde en la cripta y se dedica a cambiar las piedras de sitio...

—¡He dicho que basta!

Los dos nuevos, Nadal y Maestre, o sea, el Estrellas y el Vodevil, hacían gestos incómodos y se iban retirando, como para abandonar la expedición, hasta que di un golpe de autoridad.

—¡No quiero más historias! —exclamé sin gritar, pero con voz firme—. Vamos, Hechizado, empieza a trepar y los demás iremos detrás de ti.

—Claro, y qué precioso que es este portal, ¿no os parece? ¿Veis el arco, a punto de ser rematado? Realmente, te pasarías horas...

—No tenemos horas. Venga, espabila.

Pero Vicentet no paraba de dar la lata:

—Por las noches, se convierte en un gigante negro y peludo, alto como un roble, que persigue a las niñas y que hace un sonido muy bestia, de crujir, porque rompe los huesos de las pobres víctimas con las muelas y...

—Vas a cobrar, granuja —lo amenacé con el puño—, y no hables tan fuerte, que nos descubrirán.

—Pareces mi tía, siempre sufriendo —se hizo el chulo ante las niñas—. Todos tranquilos, que aquí estamos nosotros y, por lo que dicen, la Mala

Cosa se derrite por completo con la primera luz del día. Como máximo, tendremos que aguantar una sola noche de terror.

Fuimos subiendo por las cuerdas. Cuando levanté a Lola, noté que temblaba entera, de arriba abajo. Las gemelas Secano estaban más calmadas, pero respiraban con fuerza, y los dos fichajes del día no tenían claro si subían o no. Lo hicieron, aunque con el Estrellas nos costó horrores. Nunca me habría imaginado que un niño de mi misma edad pudiera acumular tantos kilos.

Pronto estuvimos todos sobre la plataforma, con Guillem indicando el camino. El día se apagaba, y la penumbra nos obligaba a parpadear. Vicentet se sacó de la manga otro tema todavía peor que el de los monstruos de piedra:

—Mi padre se despeñó desde aquí, justamente en este punto, y cayó aquí abajo. ¿Veis donde están apiladas las vigas? Ahí.

Reconozco que no supe qué hacer. Estaba hablando de su padre, y mezclaba las ganas de presumir y de asustar con la necesidad de sentir el calor del recuerdo. Soplé y negué con la cabeza, pero no lo pude interrumpir. Solo hice un comentario tímido:

—¿Seguro que lo quieres recordar, Vicentet?

—Oh, es que se llevaron su cuerpo, pero no su alma. —Se detuvo, dando importancia a lo que decía—. Su alma aún vive aquí. Yo la he visto, corriendo arriba y abajo, como le gustaba a él, llamando vagos a los trabajadores y...

De repente se oyó un ruido por encima de nosotros y todos nos pusimos a berrear, y cuando digo todos quiero decir todos. Bueno, el Vodevil solo puso cara de higo seco, pero el resto sí: desde la más pequeña al mayor, dimos saltos en el andamio y empezamos a chillar, Vicentet con más fuerza y estridencia que nadie. Pedí un poco de calma, aunque el corazón me iba a toda máquina, y dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—Son gatos, no hay que asustarse. Hay muchos gatos aquí. Deben de cazar ratones, ¿sabéis?

—Venga —suspiró el Hechizado, entre bocanadas rápidas y profundas —. Ya estamos... —Cogió aire—. Estamos a los pies de la estatua.

Era cierto: concretamente teníamos un pie ante nuestras narices, calzado con una sandalia, modelado con el yeso del señor Llorenç. Vicentet, aunque todavía desencajado del susto, se abrió paso y se acercó para ser el primero. Como anochecía, se encaramó y acompañó la inspección con los dedos de la mano. Los otros estábamos pendientes de él.

—Uno, dos, tres... —Respiró y se puso la mano en el pecho—. Esperad, que pierdo la cuenta. Uno, dos...

Los otros mirábamos a todos los lados con un ojo, vigilando que no se nos echara encima un ogro o un espíritu, pero teníamos el otro ojo pendiente del recuento de nuestro amigo, que finalmente dictó sentencia:

—¡Seis! ¡Son seis!

Se produjo una exclamación general. Fuimos pasando todos y, sí, yo también lo pude comprobar: aquel pie tenía seis dedos. El dedo meñique (es decir, el menor de los dos pequeños, claro está) quedaba un poco más levantado y hacía que, la verdad, el pie fuera bastante o muy horripilante. El otro pie quedaba muy retirado, tapado por uno de los bebés inocentes que yacía muerto en el suelo, y por lo tanto costaba mucho confirmarlo. Vicentet se subió un poco más, alargó la mano y dijo que también, que el pie derecho tenía los mismos dedos que el izquierdo: ¡seis!

La expedición había culminado su objetivo, y lo celebramos con los puños alzados y con gritos contenidos. Y fue justo en ese momento cuando se desencadenó el caos. De golpe y porrazo.

¿Fue un cuerpo humano lo que cayó? Aunque muchos años después, algunos sabiondos aseguraron que sí, otros juraron que era el espectro del

malogrado Vicentó, que nos había regalado una recreación de su histórica caída. Yo lo que recuerdo es un choque pesado y sordo en el andamio, encima de nosotros, y luego un par de rebotes más contra los palos de hierro, hasta que el peso se desplomó en el suelo. Tal como lo retuve, podía haber sido un saco de cemento, o cualquier cosa pesada y abultada. El caso es que, fuera lo que fuese, nos hizo enmudecer. Porque además, a continuación, la noche se resquebrajó con un chillido agudo, de mujer o de niño, yo diría que procedente de más arriba.

Se produjo una respuesta en forma de sinfonía de aullidos. El aria más potente fue la de Vicentet, y no estuvieron nada mal los bemoles de los recién llegados; en cambio, Lola casi no podía ni gritar, y las gemelas apenas tenían fuerzas para abrazarse. Y nuestro invitado gordito, Nadal el Estrellas, se puso a rebuznar como un asno porque, protestaba, le había caído una bazofia caliente en la cabeza.

—¿Qué es esto? —bramó mientras intentaba sacudirse de la cabeza una pasta viscosa—. ¡La Mala Cosa! ¡¡La Mala Cosa se ha fundido!! ¡¡Está caliente!! ¡Se me ha echado encima!

—Pues apesta que da miedo, esa Mala Cosa... —dijo el Vodevil, dándose cuenta de que él también tenía algo en el hombro—. ¡Qué asco!

—Apesta a mierda —dijo Ceuta.

—¡Mierda apestosa! —remató Melilla.

—Vamos, fuera, fuera, bajamos —dije dando bandazos con la mano.

En realidad, la estampida ya estaba en marcha. Vicentet *el Houdini* y Guillem *el Hechizado* ya estaban bajando, mientras Lola pedía angustiada que la ayudaran a saltar, y los otros dábamos empujones para salir del atasco, y con tanto empuje Ceuta resbaló y le quedó medio cuerpo fuera de la plataforma, de cintura para abajo. Cuando Melilla intentó ayudarla, también resbaló ella, y se quedó colgada de las manos, con los pies columpiándose en el vacío. Aquello era peor que el Rif: estábamos a punto de perder las dos plazas inexpugnables, y nadie sabía qué demonios hacer.

—¡Salvadme! ¡Que me muero! —gritó una.

—¡Me voy a morir! ¡¡¡Ayuda!!! —gritó la otra.

Poco a poco, algunos reaccionamos. Desde la plataforma, tiramos de Ceuta hacia dentro, y con algún rasguño la pudimos poner a salvo. El problema grave era Melilla, como siempre. Por suerte, el Hechizado ya estaba abajo, y empezó a colaborar, a su manera.

—¡A la derecha! ¡Melilla! A la derecha tienes un tablero en voladizo, ¡ve para allá!

—¿Un tablero de qué? —La pobre niña gimoteaba.

—¿De qué tablero hablas? —Su hermana no podía evitar hacer de eco.

—Se trata de un andamio móvil —explicó Guillem con aspecto serio—. Consiste en un cable que, a partir de dos puntos, sostiene unas plumas de hierro que a su vez aguantan un tablón travesaño sujetado por tiras de acero que...

—Nena —cortó Vicentet—, ¡tú estira el pie derecho y ponlo donde puedas!

—¿Cuál es el pie derecho? —pidió la triste doncella colgante.

—¿Con qué escribes, tú, tontita? —Otra vez el Houdini.

—Yo no... no escribo nunca con el pie —protestó la niña entre sollozos.

En ese momento le resbaló una de las manos, y la desgraciada Melilla, colgando de un solo brazo, se desequilibró. Por suerte, ese movimiento brusco la ayudó a encontrar el tablero volante con el pie, y allí se afianzó. Volvió a colgarse de las dos manos, y lentamente se desplazó hacia un lugar seguro. Al cabo de pocos segundos, que se hicieron eternos, la vimos sentada en el tablero volante, lloriqueando y frotando con los dedos una rodilla ensangrentada. A partir de ahí ya fue más fácil volver al andamio y hacerla bajar.

Una vez abajo, cuando ya creíamos que todo se había terminado, se oyeron unas carcajadas escalofriantes que nos hicieron salir corriendo hacia casa. Aún hoy, algunas voces insisten en que las risotadas eran el escarnio

del Demonio Cantero, contento de habernos provocado un susto de muerte. Yo no sé qué diablos eran, pero en todo caso serían los mismos que habían hecho los primeros ruidos, los que habían despeñado un cuerpo inerte, y que habían hecho puntería desde el nivel de arriba para defecar encima del gordito y del Vodevil, precisamente para embrutecer a dos potenciales fichajes que, mirad cómo son las cosas, a partir de ese día ya no militaron en nuestro bando.

—Se abre el Consejo de Disciplina... —mosén Parés habló con tanta solemnidad como pudo— para determinar las responsabilidades de la expedición al andamio de la fachada del Nacimiento.

Habían reunido en una clase a todos los alumnos de las escuelas de la Sagrada Familia. Sin los del turno de noche, éramos cerca de cien niños y niñas amontonados en el aula de la Purísima, la que tenía una imagen de la Virgen al fondo y que era un poco mayor. El cura presidía el tribunal, en uno de los simulacros de juicio que le encantaba hacer y que montaba a menudo. Decía que los niños teníamos que aprender a razonar, a refutar y a formarnos criterio. Como miembros del tribunal le acompañaban tres profesores de la escuela: el buen Sugrañes, la joven Consuelo y un cura muy joven que acababa de llegar, mosén Jaume Llonch, tan joven como malcarado.

El Consejo de Disciplina estaba formado por todos los alumnos, que teníamos que proponer al tribunal una resolución. Estaba claro que, si alguien debía cobrar como culpable de todo, era yo. Empezó el señor Sugrañes.

—Le corresponde el turno al acusado, he olvidado cómo se llama..., ¿el hijo de quién? ¿El Putativo? No..., quiero decir, sí, pero el hijo..., bueno, niño, ya puedes empezar.

—Gracias, señoría. Yo solo quería decir que teníamos que descubrir algo muy importante, o sea, si la estatua de Calígula contaba con seis dedos. Y sí, resulta que sí. El padre de Paquito es un monstruo, como él. En los dos pies. Eso es lo que yo quería decir.

Se armó un revuelo considerable. Paquito *el Seisdedos* se levantó y me apuntó, amenazando con darme una paliza, y entonces una multitud de batas de rayas se pusieron de mi parte, con niños y niñas que se levantaban y reclamaban paz. La maestra se asustó y fue a abrir uno de los ventanales basculantes que tan bien ventilaban el edificio, y el cura reclamó silencio. Sugrañes apoyó la cabeza en la mano y, sin inmutarse, pasó la palabra a la acusación, que se quiso lucir.

—No importa el motivo de la excursión —soltó el Estrellas, empapado en sudor—. Fue un gran desastre todo, con niñas que se podían haber hecho mucho daño. —Aquí las afectadas protestaron, pero él continuó con un punto de rabia—: ¡Fue todo una mierda!

El gallinero fue de antología: unos que reían recordando cómo había terminado el gordito y que iban repitiendo: «¡Mierda la que te regalaron!, ¡mierda la que te comiste!»; unos que no sabían de qué iba el ruido y reclamaban información; los maestros que condenaban las palabrotas y que exigían orden; y una mayoría de alumnos que simplemente querían juerga. Sugrañes tuvo que intervenir:

—A ver, señor..., ¿cómo lo llaman? Sí, el rollizo. —Más carcajadas y algarabía—. Calma, calma. Eso mismo, Estrella. ¿Este niño se llama Estrella?

—¡Protesto, y protesto mucho! —exclamó el Estrellas—. ¡Esto no es serio! ¡No hay que burlarse de nadie! Esto nos desvía de lo que nos toca hacer aquí, que es comprobar quién tiene la culpa de los hechos.

Nadal *el Estrellas* era bueno. Tenía cabeza. En ese momento lamenté haberlo perdido, porque con él habríamos ganado mucho peso, en todos los

sentidos. Pero teníamos al Houdini, que también se empleaba a fondo con sus recursos.

—Disculpa, rollizo. —Vicentet no dejaba escapar ni una—. ¿La culpa? ¿Quieres saber quién tiene la culpa? ¿Quién tiene la culpa de la cochinería maloliente que te pusieron por sombrero? ¿El fantasma de mi padre?

Media aula estalló en una carcajada clamorosa. Mosén Llonch, el cura joven, levantó la mano y con una mirada gélida nos acalló a todos.

—Señor defensor —dijo, ajustándose con delicadeza las gafas redondas de pasta—, que sea la última vez que le escucho insultar a alguien, y no digamos usar el recuerdo de su propio progenitor de una forma tan declaradamente grosera y blasfema. Las personas que hacen esto acaban en los fuegos del infierno.

Aquello me cortó el aliento. No era aquel el lenguaje habitual en una escuela que presumía de moderna y abierta. Pero, además, la cara del religioso me inquietó. No conseguía adivinar exactamente lo que me angustiaba; el caso es que no me sentía tranquilo con la presencia de aquel joven presbítero tan severo y castigador.

—Lo que os está diciendo el padre, alumnos —intervino Consuelo, para poner vaselina—, es que debéis hablar con cortesía y respeto, que...

—No, niña, no digo esto —sentenció el aludido—. Digo que Satanás os freirá.

El padre Bola tuvo que resolver el conflicto. Sordo como una tapia, puede que no lo hubiera oído todo a la perfección; pero escuchó lo bastante para darse cuenta del vuelco que estaba tomando aquel juicio popular. Aún tenían que comparecer los testigos, y faltaba toda la deliberación final, pero tomó el atajo y puso punto final al experimento. No esperó a la propuesta del Consejo de Disciplina: decidió que yo me quedaría sin patio dos días, para tener tiempo de escribir trescientas veces la expresión «seré sensato», recitar los padrenuestros y avemarías de turno y pasar página.

Se levantaron algunos brazos protestones, tanto de un bando como del otro, pero el padre no quiso conceder ninguna palabra más.

—¡La Virgen! —exclamé.

De repente recordaba dónde había visto la cara del cura joven de las gafitas redondas, mosén Llonch... En la calle, durante la Semana Trágica. ¿O era una fantasía mía? Porque yo lo recordaba con un rifle en la mano, corriendo hacia el tiroteo, a remolque de la Guardia Civil. ¿Podía ser? ¿Con un rifle? ¿Un cura?

El tiempo iba pasando y nosotros crecíamos, aunque muy despacio para nuestro gusto. La rivalidad dentro de las escuelas no desapareció, todo lo contrario: cuanto más mayores, más bestias. En las aulas, los Parabolones arrasábamos: éramos estudiosos, disciplinados y, ante todo, teníamos las familias apropiadas para aprovechar nuestra educación. Los Elipsones sacaban unas notas de pena, pero en cambio eran mucho más fuertes en la calle, lo que los hacía atractivos para los amantes de las emociones intensas. Así llegamos a aquella primavera tan alterada en que los mayores ya rondábamos los doce años.

Teníamos un frente que se nos complicaba, y estaba relacionado con los padres. Casi todos los Parabolones contábamos con padres que trabajaban en la Sagrada Familia, fuera en el taller o en la obra; nuestras familias tenían ingresos estables, y apreciábamos más o menos el templo y todo lo que significaba. Sentíamos una cierta devoción, o por lo menos un cierto respeto, hacia los asuntos de la religión. Los otros eran todo lo contrario; tenían padres alborotadores, algunos claramente incendiarios, que no participaban en las obras sino que hacían vida al margen como taberneros, vendedores ambulantes, carreteros o lo que fuera. Y eso se notaba en el sindicato.

Solo había un sindicato, que era la Confederación o CNT, y no competía con ningún otro. Las pugnas que había eran todas internas. La CNT se había creado justo después de la Semana Trágica, y ya tenía una enorme masa de seguidores. Costaba encontrar obreros que no formaran parte de ella. Mi padre era miembro, y así como defendía la mejora de las condiciones de trabajo y de los salarios, detestaba el mal uso de las siglas.

—La CNT no es para hacer política —decía—, ni para promocionar a algunos gallos que quieren jugar a las barricadas.

Con ello rechazaba a personajes como Calígula, que según él ni eran trabajadores ni nada, que se dedicaban a liarla, a subvertir cualquier orden y, al final, a hacer daño al mundo del trabajo. Entendía que quemar iglesias, cometer atentados o tirar piedras solo perjudicaba a la causa de la gente humilde, porque desataba, y acababa justificando, reacciones furiosas del poder. Y seguro que, demasiado a menudo, unos y otros iban de la mano.

—Hay infiltrados, lo sé —afirmaba a cabezazos—. Gente a sueldo de la policía. Solo quieren guerra y sangre.

—¿Y por qué queman iglesias? Dicen que Nuestro Señor los castigará.

—Claro, hijo —tosió—, pero antes de que llegue tal castigo tendremos que hacer algo. Los obreros no comemos de los incendios.

—Padre —yo con mis manías—, ¿tú crees que hay un Dios?

—No lo sé, Jaume. —Se agarró fuerte al bastón—. Aunque mientras tengamos el hábito de morir, nos conviene un Dios al otro lado.

No era un mal razonamiento, pensé. Mi padre solía elegir siempre la vía más sensata. Ni era demasiado beato ni era anticlerical: hacía lo que le parecía más útil, siempre con su mujer y conmigo en el punto de mira. Solo se dejaba llevar por las pasiones al hablar de algunas cosas, y una de ellas era la pandilla esa de holgazanes, vagos y botarates que jugaban a la revolución pero que solo provocaban quebraderos de cabeza, y que al final eran la pareja de baile perfecta para la policía, los reaccionarios y los rancios. Todo eso lo transmitía, y yo iba a la escuela bien adiestrado. Las

disputas de los mayores se contagiaban a los chiquillos. O tal vez no, ya que, más que motivos para pelearnos, lo que de verdad necesitábamos era pelearnos.

Se vio muy claro el día de la competición de pililas. Como en todas las escuelas, los niños teníamos que medir nuestros atributos; así que un día nos citamos en el descampado de Cerdeña, ocultos tras unos matorrales, para hacer las comprobaciones pertinentes. Las niñas lo tenían terminantemente prohibido, aunque sabíamos que después les alcanzarían todo tipo de rumores, ciertos o falsos. El concurso arrancó con bastante fraternidad, entre risas y vergüenzas, pero cuando verificamos que el Seisdedos la tenía menuda, como la mayoría de los suyos, la rencilla se puso cruda. La triste realidad era que el único que la tenía hermosa era el Melón.

—Vais cortos de fruta —bromeó Vicentet—; aquí el único que tiene un buen plátano es el Melón...

—¿Y vosotros qué? —desafió el Babosa—. Vamos a ver, que ahora nos reiremos.

Pero no fue el caso: a partir del momento en que Guillem *el Hechizado* desenfundó la primera maravilla, la diferencia fue creciendo y los dejó boquiabiertos. Cuando llegamos al raquítico del Comemocos, vimos que a protuberancias no lo ganaba nadie, cosa del todo inesperada en un niño tan flaco. Él fue quien destrozó la moral de los chicos de la calle, de los gamberros presumidos que sabían más que nadie de mujeres y de la ciencia del joder y del pajeo. La humillación fue tan grande que los Elipsones enmudecieron y nosotros, en cambio, empezamos a gritar vivas a la República; la portuguesa, que se acababa de proclamar y no llevaba a la cárcel.

—¡Somos los mejores! —anunció a pleno pulmón Vicentet, todavía con la minga a la vista.

—¡Guerra de ríos, venga! —desafió el Melón, el único de ellos que aún no había guardado el utensilio—. ¡Vamos, si sois tan hombres!

Enfocó el arma hacia nosotros, y la verdad es que consiguió una potencia de tiro notable. Dos de nosotros cruzamos chorros, pero no llegamos ni de lejos a su radio de alcance artillero. Había que contraatacar con la palabra soez.

—¡¡Fracasados, pichacortas!! —Vicentet hizo una señal hacia abajo con los dos pulgares—. ¡Os hundís! ¡Glugluglú, sois el *Titanic*!

Hacía poco que se había producido el famoso naufragio.

—¡Meapilas! —nos decían ellos—. Qué hacéis con los curas, ¿eh? Es por eso por lo que tenéis la picha estirada, ¿verdad?

—¡*Titanic!* ¡Pichacortas del *Titanic*!

Paquito *el Seisdedos* se adelantó y le dio un puñetazo en plena cara a Vicentet. Sin más, directo a los morros. El Houdini, qué remedio, salió volando y cayó de culo a cierta distancia..., y ya no lo vimos más. Los otros aguantamos con hombría, llegando a las manos, buscando piedras y palos por tierra, vapuleando y zurrando como si no hubiera un mañana. Al cabo de poco apareció el capitán Secano, que pasaba por allí, y en lugar de obligarnos a hacer las paces, decidió ponerse de nuestro lado y atacar al niño gigante.

La trifulca habría acabado peor que el Barranco del Lobo si no hubiera comparecido por allí el muermo de Sugrañes. Acababa de conseguir el título de arquitecto después de muchos años de esfuerzos, aunque eso no le había procurado la felicidad. Ese día, en realidad, parecía más apesadumbrado que de costumbre. No trató ni siquiera de separar las partes. Habló en voz baja y fue insistiendo hasta que le hicimos caso.

—¿Está el hijo de Torres por aquí? —Se aclaró la voz y volvió—: Busco al hijo de Torres. ¿Está aquí?

—Ah, Guillem —respondí yo, secándome la sangre que manaba de mi nariz—. ¡Eh, tú, Hechizado! ¡Te buscan aquí!

Apareció el niño, la bata de rayas desgarrada y regueros de sangre en las mejillas y en las rodillas. Como era el más valiente del grupo, también era el que cobraba más.

—Tienes que venir conmigo —dijo inexpresivo el segundo arquitecto—. Tu padre ha sufrido un accidente.

—¿Cómo? —El niño se secó la sangre de los labios con los dedos—. ¿Mi padre?

En ese momento ya se había formado un corro alrededor del arquitecto, fruto de la curiosidad.

—Ha sido un milagro. Le cayó una piedra encima y ha sobrevivido, gracias a Dios. Vamos, chico.

Se lo llevó atenazándole la nuca con los dedos, y la famosa guerra de las vergas se acabó sin más incidentes, con una victoria moral de los Parabolones, si hacemos un juicio equilibrado. Pero no fue un buen día, porque la familia de uno de los nuestros se desmoronó, de nuevo, pagando el terrible precio que la Sagrada Familia imponía a sus trabajadores y seguidores más fieles.

El templo había fortalecido familias pobres como la nuestra, pero, como buena obra faraónica, lógicamente, había dinamitado muchas otras. La de Guillem *el Hechizado* fue una de esas. Porque es verdad que la cornisa que le cayó encima al señor Torres, cantero de oficio, no lo mató de milagro, y pudimos sumar un prodigio más a aquella obra divina; pero también es cierto, digámoslo todo, que al cabo de siete semanas, cuando ya nadie recordaba al pobre artesano y la mujer hacía días que vivía de la caridad, la gangrena se complicó y el padre del Hechizado dejó este mundo. Con cuatro retoños, a la madre no le quedó otro remedio que hacer de todo para alimentarlos. Guillem era el mayor, y abandonó la escuela para llevar cuatro

céntimos a casa. Lo aceptaron como aprendiz en las obras del templo, allí donde el hijo de Torres seguro que tendría un trato decente.

—Hemos tenido suerte, hijo; mira los Torres —me decía mi madre—. No atiendas a los que nos quieren mal. Podemos dar gracias. Mi hombre es un sol, tú has salido bien, estamos juntos bajo un buen techo y tenemos un plato en la mesa.

—Pero a mí me tratan de bordillo, me llaman bastardo, y a ti...

—Nada, Jaume. Tú como Jesús, que no tenía padre en la Tierra... —Mostró esa sonrisa que movía montañas—. *À la merde. Conards.*

—Sí, madre. —La abracé—. Madre, una cosa..., ¿algún día tendré un hermanito?

—Ya lo veremos. —Me guiñó un ojo—. No digo ni que sí ni que no. De momento, demos gracias por que no nos ha pasado como a tu amigo.

—Claro, madre.

Deshicimos el abrazo y repasé nombres. La Gabacha llevaba razón: mira Guillem, sin padre; Paquito, con aquel bestia; la Chinche, con la madre aquella y sin padre... Yo había sido afortunado.

—Y el mismo don Antón, ¡vaya desgracia! Se le ha muerto Roseta, la sobrina. Aunque, *tout à fait*, qué tranquilidad...

—¿Por qué lo dices?

La sobrina del maestro, que vivía con él desde hacía muchos años en el parque Güell, era una borracha empedernida, que engullía agua del Carmen sin medida. Tenía crisis de nervios, a veces se arrastraba o rebotaba contra las paredes, chillaba y no dejaba dormir a su tío. Poco antes había muerto también el viejo Gaudí, el abuelo calderero, que era muy mayor. Al arquitecto le había desaparecido toda la familia, cuando ya tenía poca, porque de estudiante se había quedado huérfano de madre, y también había perdido a cuatro hermanos. Una triste pena. Por eso el señor Llorenç, que tampoco estaba muy fino, se había ido a vivir con él.

—¿Ahora vive con Gaudí?

—Sí, el jefe de los escultores, fuerte y apuesto. El que se parece a Gaudí pero en macho. Este ha tenido un montón de hijos. De joven él mismo era una escultura griega...

—Lo sé, madre, el señor Llorenç Matamala. El que tiene la nariz machacada.

No soportaba que mi madre hablara bien de un hombre, y menos de su aspecto físico, y si lo hacía, corría a encontrarle algún defecto, salvo si se trataba de mi padre, naturalmente. El Putativo era una mezcla de Dios y Adonis, y no podía tener rivales. Y la Gabacha no podía tener un pasado.

—Ahora mismo la única familia de don Antón —dijo mi madre— es la Sagrada Familia.

En aquella época se comentaba que el maestro no estaba entero. La quema de iglesias lo había dejado muy tocado; de pronto, su país ordenado de siempre, aquel que podía digerir un atentado aislado, pero no una subversión general, se había desmoronado. Sin avisar, su mundo se había convertido en un lugar peligroso. Gaudí se había recluido en la Sagrada Familia, su obsesión galopante, y había renunciado a otros encargos. Se había vuelto irascible, excéntrico e insoportable para extraños y conocidos. Los que lo entendían un poco se iban muriendo. Como su amigo Maragall, el poeta. O el conde de Güell, el último mecenas ilustrado.

Se estaba quedando solo. Se había peleado con todos los señores, salvo uno: el Señor del universo. Pero Él no le pagaba las obras, así que el proyecto del templo había entrado en bancarrota. Ya hacía un tiempo que las donaciones eran escasas, y la iglesia se encontraba en crisis permanente; se extendía la idea de que aquella obsesión era un capricho imposible, y de que el maestro había enloquecido. Como para darles la razón, el hombre fue adoptando la estampa de un marginado: caminaba con una lentitud exasperante, casi no comía, e incluso las suelas de sus zapatos pasaban hambre; tenía la oreja derecha sanguinolenta, llevaba una gabardina abrochada con imperdibles, no usaba calcetines (se envolvía los pies con

unas vendas de lana), la barba se le ensuciaba y solo iba al barbero una vez al año. Y en ese estado, cómo no, cayó enfermo.

Un día acompañé a mi padre hasta la casa de Gaudí. Hicimos la excursión al parque Güell, y allí entramos en una caseta bastante bonita por fuera y de austeridad monacal por dentro. Pero se estaba caliente, y de hecho, se podía oler la estufa de petróleo, medio acompañada de aromas de eucalipto. No había alfombras, ni cuadros ni mobiliario con estilo. Lo encontramos en su cama de hierro simple, algo incorporado, con un montón de planos y dibujos esparcidos por la colcha. En la cabecera de la cama, un crucifijo. En los muros, esquemas arquitectónicos. Mi padre le tendió la muestra de piedra que había subido a enseñarle y el hombre se despabiló: la miró por todos los lados y la lamió. Sí, la lamió.

—Creo que servirá, señor Josep. Veo que la ha abujardado y pulido —la olió—; esto matizará bien el juego de luces.

—Eso espero, maestro. —Carraspeó, y don Antón lo miró.

—¿Ya os tapáis con un pañuelo mojado? El bigote a solas no filtra lo bastante, ¿sabéis? —le regañó—. El silicio es muy traicionero. ¿Os silba la respiración?

—Estoy bien, maestro. —Se reprimió la tos—. ¿Y usted cómo se encuentra?

—Todavía no estoy muerto.

Lo dijo con toda la seriedad del mundo. Había tenido que irse a los Pirineos porque los médicos le habían obligado; a causa de unas fiebres de Malta, se encontraba mareado, abatido, anémico y harto del mundo. Le ordenaron que respirara aire puro y seco. Gaudí estuvo una temporada en la Cerdaña, redactó el testamento y al cabo de unos días, inexplicablemente, se reanimó. Volvió a Barcelona y entró en una fase lúgubre y creativa al mismo tiempo, durante la cual se puso a parir ideas con un frenesí propio

del que sospecha que el tiempo se le acaba; de ahí el desparrame de dibujos en la cama. No me pude resistir a preguntar:

—¿De qué son estos papeles, maestro? —Mi padre me echó una mirada severa, pero Gaudí estaba encantado de hablar conmigo.

—Son la Pasión y la Muerte. La nueva fachada del templo, la de poniente.

Me mostró algunos de los bocetos. El arco central de la fachada sería una gran parábola, perfecta. La sostenían unos pilares inclinados, estrechos y largos que recordaban las formas de los fémures. Encima, una galería con una balaustrada también compuesta de huesos..., todo muy tétrico. Y justo en el centro, presidiendo la parábola, Cristo crucificado. El maestro apuntó a la pared, donde había más dibujos. Nos explicó que los había hecho con papel vegetal, pero que cuando les aplicó la acuarela se le arrugaron, por lo cual tuvo que pedir al señor Llorenç que los aplanara con una plancha. También nos contó uno de los inventos que tenía en la cabeza:

—Quiero coronar las agujas del Nacimiento con unos angelitos. —Señaló uno de los dibujos—. Serían móviles, ¿veis? El viento ayudaría a agitar las alas, y con un juego de cables delgados también podríamos maniobrarlo todo desde tierra.

Me pareció una idea magnífica.

—¿Cuándo veremos estos ángeles?

—Yo seguramente nunca, hijito. Tú quizá sí que los verás.

Si se me permite la acotación, eso no sucedería nunca. De hecho, Gaudí mismo descartaría la idea al cabo de un tiempo, como tantas otras; el genio llegó a imaginar docenas de ideas y las olvidó también a docenas. Lo que sí que veríamos es lo que nos dijo a continuación:

—Las torres del Nacimiento sorprenderán. —Abrió los ojos y asintió con la cabeza—. Empezaron con base cuadrada y ahora se han vuelto redondas. Y hasta que lleguemos a los angelitos todavía pueden pasar muchas cosas.

Los cuatro campanarios estaban estancados desde hacía años; la crisis de las finanzas no permitía que crecieran mucho. Pero Gaudí estaba decidido a que no salieran unas torres cuadradas normales y corrientes como las de cualquier iglesia. Antes la muerte, las fiebres de Malta o lo que fuera. Con agonía o sin agonía, Gaudí sorprendería a todo el mundo; aún no sabíamos cómo, pero lo haría. Y quizá no lo remataría con querubines, sino con algún otro invento; el caso es que no dejaría indiferente a nadie.

—Es una lástima que no tengamos más donaciones —observó mi padre —; podríamos subir mucho más.

—No se lamente, señor Josep. —Don Antón bajó los ojos—. Será lo que Dios ordene. ¿Y sabequé? Cuanto más se demoren las obras, mejor; más tiempo para inventar y crear. Ahora se nos han presentado unos estudiantes, sin cobrar nada. El cielo nos regala talento, talento para maravillarnos a todos.

Esbozó una leve sonrisa con un punto pícaro. Se refería a unos jóvenes de la Escuela de Arquitectura que, ante las adversidades y dificultades crecientes, habían apostado por Gaudí y por la Sagrada Familia, sin otro interés que la fe (me refiero a la fe en el genio, tan espiritual o más que la fe religiosa). No se nos escapaba que aquel gesto había reanimado a Gaudí más que cualquier retiro en la sierra del Cadí: significaba una auténtica inyección de moral y de vida, que, como pudimos comprobar, había devuelto la pasión al buen hombre.

A continuación, el maestro volvió a sus papeles, y mi padre entendió que teníamos que dejarlo solo.

En el fondo, yo podía estar contento. Estaban ganando los míos, que eran los buenos. Los que construían, los que creaban, los que transmitían entusiasmo y devoción. ¿Que las obras iban muy lentas? Sí, pero avanzaban. ¿Que había gente mala? ¿Que los Elipsones hacían la puñeta, armaban jaleo y lo querían estropear todo? Cierto, tan cierto como que nosotros llevábamos la delantera y éramos más listos que ellos. Éramos

mejores porque ganábamos, y ganábamos porque éramos mejores. Y porque estábamos bien acompañados. Fue mi padre, volviendo de la visita a Gaudí, el que me lo recordó.

—En la guerra —se detuvo apoyándose en el bastón—, allí en Cuba, escuchaba a soldados de dieciocho o diecinueve años que llamaban a su madre. Sabían que se morían y gemían.

—¿Por qué? —pregunté; me extrañaba que aquellos que yo veía como hombres hechos y derechos reclamaran a su madre.

—Pues porque es lo más básico. Hoy —reinició la marcha— el maestro me ha dado la misma impresión. Solo, abandonado, sin familia ni consuelo.

—¿El maestro Gaudí también llama a su madre?

—No, hombre, no. —Se puso a toser—. Pero me pareció que no tenía la fuerza de lo más sólido, más vital y necesario.

—Pobre don Antón.

—Nosotros —se detuvo de nuevo sobre el bastón— poseemos la gran suerte de tener lo que es principal.

—¿Una madre?

—Sí, hijo. La familia. La madre, el padre, tú, la familia. La sagrada, o no tan sagrada. No sabes la suerte que tenemos.

Qué pedazo de hombre. Con los años he entendido que había sufrido mucho, y que eso le hacía valorar mucho más lo que encontraba en nosotros. Teníamos amor, teníamos calor, teníamos una casa pobre, pero con techo y paredes seguras. Yo podría haber tomado el camino errático de tantos críos, claro que hubiera podido. Nada está escrito en este mundo. Pero tenía una familia sólida, y por encima de todo estábamos juntos en la alegría y en la pena, y éramos, qué caray, una unión de piedra maciza, huyendo hacia Egipto o hacia donde fuera. Nada que ver con los que tenían un padre violento, que hacía de centurión romano y que se dedicaba a degollar bebés inocentes. Y que solo podía transmitir, como única herencia, unos pies repulsivos de seis dedos.

Para coronarlo, pronto nos llegó más luz. Nació mi hermano Ferriol, frágil y menudo, pero con ganas de vivir. Él ya no era ningún bastardo, era hijo legítimo de pleno derecho. Y ya lo sé, mi padre adoptivo no necesitaba enderezar ni compensar nada; él me quería con locura. Pero que mi madre tuviera el detalle de parir una criatura que era sangre de su sangre, no lo sé, qué queréis que os diga, no representó ningún estorbo. Y yo, desde que lo vi aparecer, supe que... En fin, no nos adelantemos.

*OceanofPDF.com*

# IV

# La música

—No te muevas, hombre —me advirtió con el lápiz en la mano—; que no te puedo dibujar si te mueves...

Opisso me estaba haciendo un retrato. Era algo frecuente: de vez en cuando pasaba por la Sagrada Familia y dibujaba bocetos de los obreros, de los aprendices..., incluso los publicaba en revistas ilustradas, o los colgaba en las paredes del bar de los Cuatro Gatos. Le apodaban «el dibujante del pueblo» y no era porque sí. Era un apasionado de la gente menuda, anónima y silenciosa. Además, hacía poco que se le había muerto una hija pequeña por culpa del tifus. Al hombre se le caía el mundo encima y tenía que salir y mantenerse ocupado, así que se había pasado por el taller de la Sagrada Familia y había empezado a hacer dibujos.

Su aspecto ya no era tan bohemio y risueño. El dandi se había hecho mayor de golpe; aquella boquita de piñón tan amorosa y magnética se estaba endureciendo, y con los labios besaba más cigarrillos que otra cosa. Estaba igual de delgado, pero las mejillas de la cara se le empezaban a caer y le daban un aire entristecido, rematado por unas gafas necesarias que él, presumido incorregible, ya no rechazaba. A veces le iban bien para disimular esos ojos llorosos. Y aunque continuaba con el sombrero de ala ancha y la pajarita de moda, en la frontera de los cuarenta ya no surtían el mismo efecto.

—Ya falta poco, Jaume. —Me midió la cabeza con el lápiz—. ¿Sabes que te pareces a tu madre?

—Es lo que dicen —admití—; ¿os conocéis?

Se encogió de hombros.

—¿Quién no se conoce aquí? Marie hace muchos años que apareció, y te aseguro que entonces impresionaba tanto como ahora. Bien —hizo una caída de ojos—, incluso más.

—¿Antes de que llegara mi padre?

—Uy, sí, cuando era muy joven y trabajaba de lechera. La gente decía de todo: que si era hija de un revolucionario de la Comuna de París; que si era la amante de un banquero; que si judía, pariente de Dreyfuss; que si naturista y espiritista... ¿Y sabes qué era, en realidad?

—No sé si quiero saberlo...

—No, hombre, tranquilo. ¡Cómo tengo que decirte que no te muevas, saltimbanqui! —Hizo un trazo y luego se quedó embelesado, mirando al techo—. Era... era la mujer más bella que jamás he conocido. Una criatura demasiado bonita para vivir en esta porquería de mundo.

—Ah. —Me empecé a remover en el banquillo.

—Pues sí. Y en este ambiente de meapilas, caray, ella fue la bomba. Yo creo que se vestía de fea, aposta, para ver si rebajaba las manías de la gente..., pero nada, ni por asomo, era de una belleza a prueba de harapos.

No estaba claro adónde quería ir a parar el dibujante, pero la charla no me gustaba en exceso. ¿Me estaba intentando confesar algo? Por otra parte, se le acababa de morir la hija, y no me salía ser maleducado con él. Me aclaré la voz.

—Y mi madre..., ¿cómo veía a un artista como tú?

—Eso... —hizo una pausa— se lo tendrás que preguntar a ella. Sí que te puedo decir que se divertía conmigo, en especial cuando veía la relación que yo tenía con don Antón. Una vez entró para servir unos garbanzos

cocidos al maestro cuando el viejo me tenía de rodillas y regañándome, repitiendo: «¡Castifíquese! ¡Castifíquese!».

—¿Cómo? ¿Eso decía? —No pude evitar reírme por lo bajo—. ¿Y eso por qué?

—Pues porque la noche anterior, tras acompañar al maestro hasta su casa, me había escapado al Paralelo. Alguien me delató y le dijo a Gaudí que el joven Opisso había pasado la noche en el Café Concierto Eldorado, y al día siguiente, con una resaca de camello, me obligó a hacer penitencia.

—Qué hombre más puritano.

—No, Gaudí no es puritano; los puritanos son amargados que tienen pánico a la felicidad, y él es muy feliz con sus manías. Mucho. Lo que pasa es que pretende que los demás, sobre todo sus aprendices jóvenes, sean como él. O sea, que prepárate.

—¿Y qué otras penitencias imponía? —Aproveché para esquivar del todo la conversación sobre la Gabacha.

—¡Uf, muchas! ¿No te han contado cuando hice de modelo para el ángel trompetero?

—Pues no.

Realizamos una primera incursión, discreta, en una de las dimensiones más importantes de la Sagrada Familia. Una dimensión que no se ve.

Es el segundo por la derecha. Aquel es Opisso. Mirando a la fachada, encaramados a ambos lados de la portada central hay dos pares de ángeles que tocan unas trompetas larguísimas. En la parte derecha hay dos trompeteros con túnica —justo a la misma altura que la cueva con la presentación de Jesús en el templo—. De aquel par de ángeles, él es el de la izquierda; el más joven, el que sopla más hacia arriba y más fuerte, de perfil. Gaudí le obligó a hacer de modelo cuando era un aprendiz de doce

años. Se puede ver que era un niño precioso, de largos cabellos rubios y rostro angelical.

—Entre los niños y los ángeles siempre ha habido confusión —afirmaba el dibujante—. Por eso don Antón me eligió. Fue un tormento de los gordos.

Me lo explicaba echado hacia adelante, con el mismo entusiasmo que había tenido que demostrar al soplar la trompeta. Había dejado el cuaderno en el suelo, y el lápiz solo le servía para reforzar sus gestos.

—¿Qué pasó?

—Pues yo acababa de entrar en el taller —abrió las manos—, y don Antón ya me miraba con ojo de escultor. Yo entonces era demasiado inexperto para saber que, cuando él te mira así, debes huir a toda prisa, si no te quieres ver emparedado dentro de una coraza de yeso...

El maestro lo confió a las artes de Matamala, que era el principal ejecutor; lo dejaron en calzoncillos, sobre una tarima, y lo rebozaron de pies a cabeza. Debía mantener una posición difícil, inclinado hacia adelante y aguantando una caña con la boca como si le fuera la vida. Tenía que respirar por la caña, puesto que toda la cara estaba embadurnada de yeso, incluso la nariz y las orejas y todo. Sofocado y sin aliento, Opisso se desmayó y cayó de lado, y tuvieron que romper el yeso, que ya se había endurecido en muchas partes, para reanimarlo. Al cabo de un rato volvieron a la carga, y él otra vez perdió el sentido. A la tercera fue la vencida; aguantó bien y le pudieron hacer el molde de arriba abajo.

—Qué paliza —suspiré.

—Ni que lo digas. —Recogió el cuaderno del suelo—. A ver, vamos a acabar el retrato. Y tú, cuidadín, ¿eh?; cuando veas que Gaudí empieza a mirarte como si fueras una escultura, huye como un poseso. ¡Huye hasta la otra punta de la ciudad!

—Así lo haré. —Me reí con ganas y me enderecé en el banquillo—. Oye, ¿y los otros trompeteros? Hay tres más, ¿verdad? ¿De dónde salieron?

—Sí, hay tres trompeteros más, y un ángel que toca el arpa, y otro el flautín, el laúd, el violín... ¡En fin, allá arriba hay toda una orquesta celestial! Todos por encima de la adoración de los Reyes y de los pastores. No quieras saber la historia de todos, no acabaríamos nunca.

—Pero, para los otros trompeteros, ¿cogieron otros modelos?

—Sí, por suerte. Eran los jóvenes cadetes del cuartel de aquí al lado, los chavales que hacían de cornetas. Un día estaban ensayando en la calle, frente al taller, y desafinaban mucho y molestaban al maestro. Él los hizo llamar para abroncarlos, pero cuando los vio fue mucho peor: esa mirada del maestro y directos al yesero. Pobres diablos..., alguno todavía corre por aquí. A uno lo he visto recogiendo a su hijo en tu escuela.

—¿El Babosa?

—¿Cómo?

—¡Pablito López, el que llevó un saco lleno de babosas a don Antón!

—Ah, ¿ese? Mmm, no sé..., podría ser, quizá sí... Mira. —Firmó la hoja, dando el retrato por terminado, y me la enseñó—. ¿Qué te parece? ¿Eres tú?

Estudié el dibujo y me pareció muy bien hecho, aunque no se me parecía en nada; tenía un aire de mendigo de barrio que no encajaba conmigo. Sin embargo, le dije que me gustaba muchísimo. Él arrancó la hoja del cuaderno y me la dio. Era un regalo.

—Caramba, gracias...

—De nada. Este no lo quiero exponer ni nada. Quiero que te lo quedes tú. Te lo mereces, después de escucharme las batallitas...

—No, no, es muy interesante, señor Opisso.

—Nada de «señor», me hace parecer mayor. Y lo que te decía; allí hay una auténtica orquesta, ¿sabes por qué?

—¿Para celebrar el nacimiento del niño Jesús?

—No, hombre, eso déjalo para los villancicos. Tiene que ver con la obsesión de Gaudí por algo que no se toca.

—¿El cielo?

—Uno de los cielos. El cielo que se oye pero no se ve.

—¡Que vienen, que vienen!

Toda la calle Cerdeña estaba llena de gente, el recinto de las obras también, y los alumnos de las escuelas habían salido con pañuelito para dar la bienvenida a la visitante ilustre. Un descapotable, un Hispano Suiza blanco, se abrió paso entre la multitud, y eso ya era suficiente novedad, porque no se veían demasiados coches, y menos de semejante pedigrí. Del vehículo se bajaron dos hombres voluminosos; uno era el obispo Reig, y el otro, el alcalde. Todo el mundo esperaba a la figura femenina, que salió en tercer lugar, y que despertó un suspiro de decepción entre los niños.

—¿Esa es la infanta? —iban protestando las vocecitas—. Pero si es una abuela...

Efectivamente, la popular infanta Isabel, o la Chata, tal como era conocida en Madrid, era una dama de casi setenta años, nada que ver con lo que los pequeños entendían por niños e infantes; tal vez por eso no chillaron ni pusieron mucho entusiasmo al agitar los pañuelos, y la distinguida señora se abrió paso hacia el templo en compañía de las autoridades, pero con un público cada vez más escaso. A mí me tocó acompañar a la comitiva; bien planchado y almidonado para la ocasión, tenía la tarea vital de cargar sombrillas, abrigos, misales, carpetas o lo que me pidieran los invitados. No me dieron nada, porque todos tenían sus sirvientes, pero pude seguir la visita entera.

Don Antón los recibió a pie de obra con su frialdad habitual. Besó el anillo del obispo, estrechó la mano del alcalde y dio un cabezazo discreto ante su alteza real. Estaban mosén Parés, la mayoría de los curas del templo y admiradores que no querían perderse la ocasión, como Opisso o su amigo el filósofo Pujols. La visita habría sido rápida y protocolaria si la Chata no se hubiera revelado como una mujer inquieta y sensible, y además muy

agradable de trato. El maestro aún tenía en la cabeza la visita del rey Alfonso XIII unos años antes, que había acabado muy mal. La insistencia de Gaudí en hablar solo catalán había enervado al monarca, que lo valoró aún peor que a mosén Cinto Verdaguer: «Si loco y catalanista el curita —protestó—, todavía peor el arquitecto».

Pero la infanta era una borbona sensible. Había visto a muchos reyes, había estado en el exilio y tenía un aire modesto y cercano que gustaba mucho al pueblo llano. Además, era una persona cultivada, devota de la música y las artes y la fotografía; no le faltaban ni inquietudes ni dotes de conversación. Al maestro le cayó bien desde el principio. Y ella no refunfuñó en ningún momento por el uso del catalán; es más, si no entendía algo, se lo callaba, y hacía como que su silencio se debía a la profundidad del comentario en cuestión. También mostró un acusado sentido del humor, y cuando pescaba la broma se echaba a reír sin ninguna reserva.

—Esta obra suya —elogió la infanta— estoy segura de que será eterna, maestro Gaudí.

—Claro —respondió el otro—. ¿Sabe por qué?

—Por su belleza.

—Bueno... Sobre todo porque aquí hay más piedra que en la montaña de Montjuïc. —Gaudí levantó el dedo—. Mire, derribar la Sagrada Familia costaría veinte veces más que construirla..., y tal vez me quede corto. No la tumbarán nunca.

La Chata se rio con ganas, e incluso se permitió el lujo de coger al arquitecto del brazo, gesto que al poco él rechazó educadamente. Acto seguido, ya dentro de la cripta, un comentario de la aristócrata hizo entrar a Gaudí en una dimensión desconocida, que agradecí y que agradeceré para siempre. La dama, conocida melómana, preguntó sobre la sonoridad del espacio.

—¿Se oiría bien aquí un concierto de Bach?

—¡Anda! ¿Qué dice? —Gaudí la miró como quien mira a un blasfemo —. Bach es puro ruido, todo son golpes y gritos..., como Wagner, de hecho..., no tienen suficiente melodía, y la música sin melodía es como la arquitectura sin forma. Y Wagner..., sí, es cierto que nos revela otro mundo, pero es demasiado gótico y tenebroso.

—Hombre, don Antón —protestó la Chata—, eso también lo dicen de usted, y no hay para tanto... Quizá prefiero a Liszt, y Verdi, pero...

—¡Esos sí! Esos sonarían bien.

—Sí —le dijo la Chata cerrando los ojos—; me imagino el *Coro de los esclavos* resonando aquí dentro...

—Perfectamente —rubricó el maestro—. Pero venga conmigo, venga.

Cada vez más animado, don Antón se transformó. Él, que siempre iba tan lento, tiró de la comitiva con grandes zancadas hasta subir al patio central del templo. Se encaramó a un sillar, hizo callar a todo el mundo y dio unas palmas.

—¿Las oyen? Sí, ¿verdad? Vayan aún más lejos. ¡Llorenç, al ábside! ¡Opisso, al portal! ¡Padre, a las escuelas!

Esperó un rato, hizo callar a la gente de nuevo y volvió a dar palmadas. Gritó que si las oían bien, y los otros iban respondiendo que sí, a berridos. La infanta estaba emocionada como una niña.

—¡Qué sonoridad! Y no hay nada bajo cubierto, todavía...

El comentario transfiguró a Gaudí, que abrió los ojos como platos, asintió repetidamente con la cabeza y sentenció que, una vez cubierta, la Sagrada Familia sería el mejor auditorio del mundo. E inició un monólogo memorable que nos dejó a todos pasmados.

—Será un bosque. —Miró hacia arriba, con la boca abierta, y describió un arco con las manos—. Los pilares, helicoidales, se alzarán hasta partirse y abrirse en ramas y varillas.

Las bóvedas estarían decoradas con hojas y pájaros catalanes. Los pilares centrales serían palmeras, símbolo de gloria y de martirio, y en los

laterales, habría laureles triunfantes. Por todas partes, una profusión de esculturas, con santos en las columnas, espíritus angélicos por doquier... A través de los vitrales, entraría una avalancha de luz, azul y fría por levante, amarilla y cálida por poniente. A medida que avanzara el día, los colores cobrarían vida. El lugar mejor iluminado sería el altar. De noche, en el exterior, la cruz de la torre más alta enviaría focos potentes a los cuatro puntos cardinales; no serían necesarios ni faros de navegación al aproximarse a Barcelona. Pero dentro... ¡Ah, dentro! Los rayos navegarían entre bóvedas, linternas, luciérnagas y formas parabólicas o hiperbólicas..., y habría que ir al cielo para comparar y decidir dónde te quedabas.

—No se podrá ni fotografiar —comentó la Chata, que también era aficionada al nuevo arte—. Como el paraíso; demasiada luz para muy poco objetivo...

—¡Ah, no! —El genio hizo lo que hacía a menudo: cuando le daban la razón, disputaba lo que él mismo había dicho—. No..., al paraíso no se lo conocerá por la luz. Nosotros tendremos que hacer como los ciegos, que se orientan por los sonidos, porque somos ciegos ante Dios. Los sonidos, los sonidos. Pero ya lo verá. —Hizo un gesto de pausa con la mano—. Sígame, sígame. ¿Está aquí Sugrañes? ¿Sí? ¡Sugrañes, vamos a la torre!

—¿En serio? No es nada seguro...

—¡Para arriba, hombre! Señora, ¿desea subir a la torre más alta? —La señora asintió—. No está terminada, ni mucho menos, pero ahora mismo es el punto más alto.

Vimos bajar el montacargas, con mi compañero el Hechizado dentro, encantadísimo de subir a Gaudí y a las visitas. Nos guiñamos el ojo mutuamente. Organizamos cuatro grupos para subir; a mí me tocó el primero, con las autoridades, porque tenía que velar para que la infanta no resbalara. Subimos a la jaula, sufrimos las sacudidas y los chirridos de rigor, y llegamos a la altura de la cueva central, la de la coronación de María. Allí seguimos a pie por el andamio hasta llegar a la torre del

extremo, la de San Bernabé, que era la más avanzada, y entramos en el interior para subir por la escalera de caracol, que no tenía ni barandilla.

—¿Ven este tubo de acero? —Gaudí señaló un cilindro largo, de unos tres metros, y de medio palmo de anchura, que estaba colgado en la entraña de la torre—. De momento es el único que hemos colocado, pero vendrán muchos más.

—Ah —dijo curiosa la Chata—. ¿Y qué utilidad tiene esto?

—Oh, utilidad ninguna..., tiene belleza. —Abrió los ojos de par en par —. ¡Es una campana!

La verdad es que el cilindro acababa en una forma ligeramente acampanada, remotamente hiperbólica. Gaudí pidió una herramienta de hierro y le alargaron una llave inglesa; la tomó por el mango y le dio al tubo un golpe seco y decidido. Por toda la torre resonó un sonido precioso, cálido y aterciopelado.

—Es un la. —Sonrió—. Según donde le des, puede llegar a sobretonos de re, mi y fa sostenido. Maravilloso, ¿verdad?

—Maravilloso —dijo la señora, que pidió la llave inglesa y golpeó con fuerza el tubo. Golpeó más abajo, luego más arriba, y nos tuvo a todos embobados un buen rato.

Cuando la mujer ya se había divertido bastante, el maestro le explicó que teníamos muchos estudios y ensayos, en el taller, para ver cómo sonarían y qué habría que fabricar. Si bien un carillón habitual se tocaba con ochenta y ocho teclas, habíamos previsto solo ochenta y cuatro campanas, siete por cada uno de los doce campanarios (los doce menores, aclaró Gaudí, cuatro como este en el que estábamos metidos, por tres fachadas). Con ochenta y cuatro, explicó, ya habría suficiente para hacer sonar cualquier sintonía con metales. Y luego estarían los cañones de viento, claro, que también pasarían por el interior de las torres, y que harían de la iglesia un enorme órgano al aire libre.

—Como si ahora estuviéramos dentro de un tubo de órgano. —El maestro señaló el agujero de la escalera, o sea, el alma vacía de la torre—. ¿Se lo imaginan? Los *Conciertos de Brandeburgo*, resonando...

De repente, el hombre empezó a marearse. Todo el equipo sabía que sufría vértigos, pero ese día, como tantas veces, nadie se atrevió a enfrentarse a su terquedad. De repente, tropezó y perdió el equilibrio. Vimos cómo un pie y una pierna se lanzaban al vacío; al instante, un brazo, la cabeza, el cuerpo. Lo perdíamos.

Fue la última vez que Gaudí se subió a las alturas; a partir de entonces, siguió los consejos de sus ayudantes. Por fortuna, aquella vez el desastre lo evitó el grandullón de Matamala, que *in extremis* tiró del abrigo de su amigo con todas sus fuerzas y lo estampó literalmente contra la pared interior de la torre, maciza y compacta. El golpe no fue muy armonioso, más bien sonó como de saco inerte, pero el arquitecto salvó el pellejo. Y pudimos comprobar un enésimo milagro en aquel templo. Pronto, voces de todo tipo irían explicando que no había sido el escultor robusto, sino un ángel del Señor, con alas y todo, quien lo había repescado del vacío.

Lo que nadie pudo evitar es que siguiera la visita regia. Don Antón insistió en que se encontraba de maravilla y en que quería acabar de hablar de música con una persona que, por fin, parecía que lo entendía. Ni siquiera sirvió de nada la insinuación de la Chata, en forma de invitación, cuando empezábamos a notar los estragos del hambre.

—Señor Gaudí, ¿no le gustaría comer con nosotros?

—No, yo no como. —Retomó la marcha—. Venga, vamos a ese saliente, desde allí se comprenderá todo mucho mejor. Es que yo quiero que las piedras del templo hablen. —Extendió los brazos para abarcar las obras en su conjunto—. ¡Qué digo hablar! ¡Quiero que canten, que lloren, que rujan, que entonen un aria!

—¿No está cansado, maestro? —intervino el obispo, en un acto de caridad—. Por poco abandona este mundo, y quizá valdría la pena que descansase.

—No se preocupe, eminencia, estoy bien. —Y volvió al tema del día—: La mejor época de los hombres es la vejez, como las campanas; son más resistentes cuando son jóvenes, es cierto, pero maduran con los años, y la mejor nota es aquella que sale justo antes de resquebrajarse. Como los hombres antes de morir, igual, igual.

—Maestro, por muy poco... —metió baza Opisso— hoy casi se agrieta usted.

—Nada, nada, no ha llegado mi hora. Qué prisa tienen todos...

Don Antón se entretuvo en explicar cómo había hecho pruebas con las largas campanas tubulares para los interiores de las torres: tenía las maquetas en el taller, y les iba dando con diversos materiales y comprobando el sonido. Las varas tendrían una longitud de más de veinte metros. Entre la fachada del Nacimiento y la de la Gloria cubrirían las siete notas básicas, y en la fachada restante, la de la Pasión, las torres serían auténticos tubos de órgano que sonarían con el paso de los vientos.

Para facilitar la difusión de los sonidos, en las aperturas verticales había piezas inclinadas. El maestro apuntó a aquellas losetas con pendiente, y que parecían tejas fuera de lugar, dedicadas a escupir la lluvia. Como en las antiguas catedrales francesas, donde las persianillas eran de madera, pero aquí eran de piedra, y harían esa función de matizar y forzar hacia abajo el repique de las campanas. No eran ningún adorno, insistió el arquitecto; allí nada estaba para adornar. En todo caso, volviendo a la música, todo ello se regularía desde un lugar central, y no sería necesario que la basílica tuviera ningún órgano, porque el órgano sería... Hizo una pausa con los ojos abiertos y remató: ¡el edificio entero!

En la Sagrada Familia se podría fabricar cualquier melodía a partir de las torres. Pero es que, además, afirmó gesticulando con los brazos, en el

interior se dispondrían coros de miles de fieles, perfectamente ubicados. En el gineceo, o sea, en las gradas laterales de la tribuna del segundo piso, irían los coros femeninos, más de mil quinientas mujeres y doncellas; en el ábside, setecientos niños de voces blancas; en el resto del templo, miles de hombres entonando los bajos y tenores. Las gradas tendrían barandillas de forja, simulando pentagramas con partituras de villancicos, de sinfonías barrocas, de canto gregoriano...

Alzó los ojos y describió la música como si pudiera ver desfilar las notas entre las nubes, aunque en lugar de nubes él ya vislumbraba los arcos y las linternas acabadas de la nave central. Los salmos y los himnos trepaban por el bosque de columnas y ramas, arriba, arriba, decía Gaudí, de puntillas, los brazos en alto; hacia el cielo, en un homenaje polifónico al Señor, con las campanas de las torres, miles de cantores, el aliento de los vientos, esparciéndose por el llano de Barcelona, de la montaña al mar, y el templo como una caja de música, ¡una enorme y divina caja de música!

Se hizo el silencio, como cuando el director de orquesta remata un *finale* y todo enmudece. Gaudí bajó los brazos y suspiró. Entonces reaccionamos: primero la infanta, y luego el resto, arrancamos en aplausos. El filósofo Pujols no se pudo reprimir e improvisó una encendida glosa del maestro; se colocó junto al genio y rugió con aspecto serio, la frente despejada, la nariz torcida pero fuerte y las cejas mandonas. Nadie osó interrumpirlo, a excepción de los estómagos vacíos con su runrún.

—Más que ante un arquitecto —pontificó—, estamos ante un músico de la piedra. No hay silencio en él, el viento acompaña el corte original de sus muros y sus ventanas.

—¿A qué se refiere, exactamente? —preguntó el incauto del obispo.

—Es muy sencillo, reverendísimo. —Se enroscó los bigotes de bohemio —. El templo hará cantar el barrio del Campo del Arpa. De hecho, la Sagrada Familia es una auténtica arpa del campo. Es un instrumento que, si

el rey David acercara los dedos a las torres, sonaría como los salmos más refinados de la Antigüedad.

—Claro, claro, amén. —El obispo despachó el tema.

La Chata, utilizando prerrogativas monárquicas, decidió liquidar aquella visita tan estimulante como interminable, por lo cual pidió que la lleváramos al ascensor y encabezó la retirada de la comitiva. Cuando ya nos encontrábamos en la calle y la puerta de su descapotable ya estaba abierta, fue a dar un abrazo a don Antón. Ante el estupor de todos, el hombre se dejó abrazar, y le dijo unas palabras insólitas, irrepetibles:

—Vuelva cuando quiera, señora.

—Lo haré —sonrió ella—, y no hará falta ni que pregunte dónde encontrarle; ya veo que esto le gusta tanto que se quedará a vivir aquí.

—Podría ser. —El hombre se rascó el dorso de la mano—. Aunque, más que vivir, lo que desearía es morirme aquí.

—*Rosa d'abril, Morena de la serra* —entonábamos el himno del Virolai con tanto acierto como podíamos—, *de Montserrat estel, i*l·*lumineu la catalana terra...*

Me había apuntado a los coros parroquiales. La visita de la Chata y el discurso de Gaudí me convencieron de que el canto coral era casi obligado, y pensé que sería una buena manera de mantener los vínculos entre nosotros, los del grupo, y de tener una distracción para los fines de semana, al margen de la misa y las procesiones. Arrastré a algunos compañeros; el Houdini, el Hechizado y el Comemocos, con el aliciente de saber que cantábamos con los hombres, habiendo apenas estrenado voz masculina. Las chicas estaban en el grupo de los agudos, siempre en las primeras filas del coro. Asistían las gemelas Secano y también Lola, que ya no era ni tan pequeña ni tan niña: empezaba a tener una buena melena rubia y una incipiente mirada femenina.

A todos nos gustaba mucho cantar, pero creo que se oían más gallos que en un gallinero.

—¡Qué desastre! —Mosén Jaume Llonch era el director, y no apreciaba el coro que el destino le había obsequiado—. ¡Ya me dijeron que tendría mucho trabajo con vosotros! ¡A ver, jaula de grillos, vuelta a empezar!

A nadie le convencía aquel joven cura, pero era el peaje que había que pagar si queríamos compartir cantos y buenos ratos. Mosén Llonch era apuesto, de labios carnosos y con un rostro bien perfilado, pero tan huraño e insoportable que nuestra voz más armoniosa era cuando nos uníamos todos contra él: nos juntábamos para burlarnos de él, de sus gafas repelentes y de sus rabietas históricas. Vamos, que el hombre ayudaba una barbaridad a fomentar el espíritu de equipo.

El impulsor y el dinamizador de los coros parroquiales era, como siempre, mosén Parés. Pero él no los podía dirigir.

—Va, hombre, va —replicaba a los que se lo pedían—, ¿no veis que estoy más sordo que una tapia? Esto acabaría sonando como si pisarais las colas de una manada de gatos...

Se comprometió a buscar a algún cura con conocimientos musicales, y lo encontró en la persona del sacerdote Llonch. Creo que enseguida se arrepintió, pero el padre Bola no era de los que abandonaban las cosas ni renunciaban a nada por manías personales, así que fuimos tirando con el organista, nos gustara o no. Pronto también adquirimos un órgano para la cripta, del que se encargaba oficialmente el mismo Llonch. Y de entrada la mala leche del joven cura no se notó mucho, porque nuestra atención se centraba en las grandes discusiones entre don Antón y mosén Parés. El hombre de los planos y el religioso sordo tenían ideas muy fijas sobre temas musicales, y las defendían con gran vehemencia.

Cuando los coros comenzaron a cantar en el patio central del recinto, Gaudí protestó por la orientación de las voces. Defendía que, si las voces se perdían en el vacío, tendrían menos fuerza que si resonaban en las paredes

ya construidas del ábside y de la fachada. Mosén Llonch miraba a Gaudí y a Gil Parés, de forma alterna, y pedía instrucciones. Los cantores hacíamos lo mismo, de un lado al otro. Entonces el padre Bola, que no medía sus decibelios, se puso a gritar: que el arquitecto no tenía ni la más remota idea, que dejara de interferir en los temas parroquiales y que se limitara a sus ladrillos.

—Descuide, así lo haré —concedió el arquitecto, las manos metidas dentro de las mangas.

Y el maestro se situó entre nosotros, escuchando las voces desde dentro mismo del coro, y haciendo muecas todo el rato. Hasta que mosén Parés se hartó de ver cómo Gaudí iba negando con la cabeza y dio instrucciones al organista:

—Mosén Llonch, probemos la orientación que nos sugiere el genio de la música.

Así se hizo, y todo el mundo concedió que don Antón estaba en lo cierto desde el inicio: si las voces iban hasta los muros altos de la estructura inacabada, allí acariciaban la piedra y esta hacía las veces de fiel altavoz, mejorando mucho la textura y el volumen de las canciones.

Algo similar pasó en otra ocasión, muy señalada, en la que estaba previsto que los coros de medio país vinieran a cantar para el concierto de Nochevieja. Desconfiando de nuestra potencia, mosén Llonch propuso alquilar un pequeño órgano transportable para acompañar a los coros. El arquitecto se encendió de indignación, y el joven cura no se atrevió a discutir con él; tuvo la gentileza de ceder ese puesto a mosén Parés.

—El criterio musical no lo marca un maestro de obras, por muy genial que sea —espetó el padre Bola.

—Es un error, mosén..., un organillo de estos estorba.

—¡Pues si le turba, se aguanta, don Antón! ¡Vaya a meter la nariz en sus propios asuntos!

—¡Estropearéis el sonido! —Gaudí subió el tono—. Sonará como un mosquito entre ángeles, ¡un mosquito!

—¡¿Cómo que nos lo quita?! Necesitamos un órgano pequeño para...

Dándose cuenta de las risas, mosén Parés bajó del burro; dejó de gritar y pidió un aparte con el cura músico para resolver el tema. Al poco volvieron ambos y aceptaron que no habría ningún órgano: las voces desnudas de los cantantes deberían demostrar que estaban a la altura. Así lo hicimos. Cuando llegó el día, sacamos el alma a pleno pulmón. Vino el Orfeó Català con el impecable Lluís Millet, y culminó su recital con *Adeste Fideles*. Después, el Orfeó Montserrat ofreció un repertorio clásico. Y cerramos nosotros, con piezas populares que, si bien no lucían tanto entre los sabelotodos, despertaron el entusiasmo del pueblo llano.

*El cant dels ocells*, *El noi de la mare*, *El dimoni escuat...*, nuestras canciones no solo arrancaron grandes aplausos, sino que provocaron que los espectadores se unieran al canto. De ese modo no se notaban tanto nuestros gallos y gañidos, y al mismo tiempo se inflamaban las pasiones melómanas de nuestros feligreses y vecinos. Antes de concluir la velada, mosén Parés agradeció la presencia de todos, recalcó que dedicábamos todos los cantos a la paz y, deseando que finalizara la gran guerra mundial, abrió paso a un canto general con todos los coros juntos para entonar *El cant de la senyera*. Nadie se acordaba del organillo; ese final fue apoteósico, y nos hicimos la ilusión de que nos podíamos contar entre los mejores.

Terminado el concierto, solo para nosotros y en tono de humor, como ya habíamos hecho otras veces, entonamos el *Aleluya* de Händel, pero cambiando la letra en homenaje a mosén Parés, y cantando como estribillo *¡Pare Bola!, ¡pare Bola!* Él nos miraba y meneaba la cabeza, incapaz de regañarnos, sintiéndose amado y emocionado al ver el buen ambiente que reinaba entre nosotros. El que no sonreía ni muerto era mosén Llonch. Ponía cara de soportar una blasfemia, y una escopeta en las manos no le habría desentonado del todo.

Al pasar los años, siempre que yo escuchase de nuevo la pieza de Händel, un escalofrío me subiría por la espalda. Sin darme cuenta, iría repitiendo el estribillo del padre Bola y se me dibujaría una sonrisa en los labios. Recordaría los días en que la Sagrada Familia era una familia de verdad, con unos padres artísticos y espirituales, como mosén Parés o el maestro Gaudí, que nos hacían sentir vivos y afortunados. Porque ahí tuvimos un jardín poblado de sonidos, de luces, de formas especiales y de personas excepcionales. Tuvimos un jardín que a todos, sin excepción, nos parecía indestructible.

*OceanofPDF.com*

# V

# El amor

—Escucha con atención, porque te voy a cambiar la vida.

Más que cambiarla, parecía que Gaudí me la quisiera robar. Aquella mirada... Aquella mirada que todo se lo quedaba y todo lo absorbía. Los ojos azules, algo llorosos, subrayados por arrugas de cansancio, pero más despiertos que nunca, ojos de conquistador de almas... Yo callé y escuché..., qué iba a hacer. Estaba enfrente del arquitecto y él, en su mesa, me decía lo que seguramente había dicho docenas de veces a docenas de aprendices.

—Trabajarás en el taller. —Tamborileó con los dedos en el dorso de su mano—. Y lo darás todo, ¿sí? Aquí tenemos que levantar el templo, y tenemos que rellenarlo. ¿Y sabes cómo lo vamos a rellenar, cómo haremos que crezca?

—No lo sé, maestro... ¿Con piedra?

Me observó sin prisa. Yo sí que tenía prisa. Yo ya no sabía qué hacer con sus miradas... ni conmigo mismo, con aquellas piernas y aquellos brazos demasiado largos de un chico de quince años.

—¿Piedra? —Se aclaró la voz—. No, hijo, esto es mucho más que piedra, mucho más. Si quieres piedra, ve a la montaña.

—¿La fe? ¿La familia? ¿Nuestro Señor? —Incluso al demonio habría invocado para salir del ángulo visual del genio.

—El amor, hijo. El amor.

Entonces enmudeció, sin dejar de clavarme los ojos.

En aquella época, la idea que yo tenía del amor no se asemejaba a la barba turbia, poblada de migajas, de Gaudí. Ni a la Sagrada Familia, ni al taller ni a las obras. Claro que amaba todo aquello con delirio, hoy lo sé a ciencia cierta. Pero, caramba, yo estaba despertando a la vida, y para mí el amor era una piel suave, perfumada, y besos escondidos. Le respondí que sí, por supuesto, y alegué mis obligaciones para salir de aquella madriguera.

—Maestro, tengo la despedida de las escuelas y no puedo llegar tarde. Hoy es mi último día de clase.

—Sin duda. Las escuelas..., qué gran idea. —Dio una cabezada—. Va, vete. Y recuerda lo que te he dicho: las piedras, la devoción cristiana, las bóvedas, la luz, los cantos corales, el sonido de los cinceles y de las mazas, los planos curvos..., todo lo que vas a tocar y a vivir aquí es amor.

—Sí, sí, claro.

La verdad era que no tenía una opinión formada sobre el amor, tenía otras cosas en que ocupar el tiempo. Debía asistir a la despedida de la escuela. Y, antes de eso, incluso tenía que aprovechar un rato para pasar por casa y ver qué hacía aquel microbio de hermano que acababa de nacer.

—Los niños pequeños solo te hacen perder el sueño. —Mi madre dejó el bebé en mis brazos—. Son los mayores los que te pueden hacer perder la vida.

—Madre, no te pongas trágica.

Lo acuné; era risueño aquella especie de tomatillo. Parecía poca cosa, demasiado pequeño y enclenque, pero con ganas de crecer. Yo quería compartir con él la alegría de vivir en un jardín de niños, o, mejor, en el jardín de ser niños, que yo aún no había abandonado del todo. Por otra parte, quería protegerlo, me salía el instinto paternal. Ferriol había llegado cuando yo me encontraba entre dos mundos; el paraíso de pensar que todo

es juego, todo es gratis y todo es fácil; y el otro, el mundo de los adultos, donde ya no se juega, donde lo único que sabemos del paraíso es que nosotros no estamos ahí.

Todo eso, hasta el momento en que llegó el tufillo dulce y penetrante; y tuve que ayudar a mi madre a cambiarle los pañales. También le eché una mano a la hora de hervirlos, lavarlos y tenderlos. El invento de los pañales era una paliza de las buenas, y exigía una dedicación casi exclusiva de la pobre Gabacha. De repente me entró un pensamiento de ternura, imaginándome yo mismo en miniatura y mi pobre madre sin respirar ni un minuto.

—¿Conmigo fue igual?

—No, contigo era mucho más sencillo. Era otra época, y no podíamos ni comprar gasas, ni hervirlas..., todo caía al suelo y punto. Pero tú te paseabas bien contento.

—Quizá tiene razón Gaudí.

—¿*Qu'est-ce qu'il raconte*, el sabio este?

—Dice que el amor lo mueve todo.

—¿El amor? Ese pobre hombre no ha sentido amor por ninguna criatura viva. Todo lo que quiere es de piedra.

—Quizá tengas razón. —Reí por lo bajo—. Bueno, me voy a la escuela.

Mi madre no pudo evitar prepararme una rebanada de pan con queso, y al acabar, me dio un beso ruidoso en la mejilla. Yo lo acepté todo con deportividad y me encaminé a mi último día de olor de madera de lápiz, de papel cuadriculado y de goma arábiga. Fui con el empaque de todos los que han terminado la escuela y se creen más altos, listos y poderosos que todos los que se quedan, incluidos los maestros. ¿Quién no recuerda aquel último día? Mirando por encima del hombro, con las cejas altas, perdonando vidas, anunciando que nada más salir del nido caminaremos sobre una alfombra de hazañas y laureles.

Aún no había empezado el acto, así que fui saludando a todo el mundo e hinchando el pecho cada vez más. A la primera que vi fue a Consuelo, que en los últimos años parecía haber encogido. Yo le pasaba casi un palmo, pero esto no le impedía a ella actuar como mi hermana mayor, como siempre había hecho. El orgullo le salía por las orejas, aderezado aquel día con una pizca de pena. Me abrazó un rato largo, demasiado largo para mi gusto, y me presentó a una mujer joven que había a su lado.

—¿Conoces a María Luisa? Cuidado con lo que dices —advirtió—; la moza es la hermana de mosén Parés.

Ambas sonrieron, dándome a entender que yo ya no era un alumno, que había pasado a formar parte del club de los mayores. O tal vez había algo más..., no lo sé, me regalaron una mirada de complicidad que no sé hasta dónde llegaba. En cualquier caso, la recién llegada merecía algún halago.

—Puede que os parezcáis los hermanos, sí. —La miré mejor—. Pero solo por el lado bueno..., ¡y espero que tus sermones sean más cortos!

—Che, no seas cruel..., tenemos al mejor cura de la ciudad.

Consuelo no había perdido el deje valenciano de sus padres, aunque había nacido en Barcelona. Como no dejaba de recordar el mismo Gaudí, ella era la primera persona nacida en la Sagrada Familia, concretamente en el taller del templo. Tal vez por eso era tan trabajadora y resolutiva, como si fuera un cepillo, una gubia o una tenaza. La mujer que estaba a su lado se veía más guapa y más discreta, y quizá sí que tenía una retirada al cura: alta, rubia, apacible, espiritual, con curiosidad en los ojos. Entre las dos había un entendimiento que iba más allá de la simple coincidencia. Se veía que, de una u otra forma, compartían la sombra del padre Bola.

—No dejarás del todo la escuela, espero... —me dijo la maestra—. Nos serán necesarios los veteranos, porque cada vez tenemos más niños... y son cada vez más salvajes.

—Ja, ja, ja. —Reí más fuerte de lo que era necesario—. Más salvajes que nuestra camada imposible. Y estoy seguro de que tendréis refuerzos.

—Sí, María Luisa ha venido para esto.

—Así es —dijo la hermana del cura, parpadeando brevemente.

—Vaya, me alegro.

—Tenemos mucho trabajo —insistía la maestra—. Ya sabes el ideario del padre Manjón, cómo nos anima a captar a los alumnos pobres, a extender la educación a todas las familias... Más vale hacer niños fuertes que ponerse a reparar adultos rotos. No podemos dejar a los niños pobres en la calle, ni dejar los colegios en manos de los ateos y los exaltados...

—¡Eh, yo también quiero trabajar en el colegio!

Era una de las gemelas Secano, que se agregó de forma espontánea a la conversación. Inevitablemente, la otra cayó de inmediato.

—¿El colegio? ¡Contad conmigo para trabajar!

—¿Realmente queréis ayudar? —La señorita Consuelo no acababa de verlo claro—. Sería sin cobrar un duro...

—¡Si está el Bordillo, yo estaré! —exclamó Ceuta.

—Sí, sí —rubricó Melilla—; ¡no podemos faltar, siempre con el Bordillo!

Ceuta y Melilla en campaña: la ofensiva del Rif era demasiado fuerte, y oponer una resistencia inútil y absurda no parecía muy inteligente. Dejé la puerta abierta; si el trabajo del taller me lo permitía, el curso próximo ayudaría en lo que fuera posible. Al fin y al cabo, le debía mucho a aquella escuela sin líneas rectas.

—¿Qué pasa? ¿Qué está diciendo? —Se sumó a la fiesta la que faltaba del corazón de vestales, la pequeña Lola, que cada día era menos pequeña.

—Nada, que Jaumet dará clases el año que viene —anunció Consuelo.

—¿Síííí? —Lola abrió unos ojos como platos—. Que sea de mates, de mates, que Sugrañes es muy aburrido, por favor... Quiero un profe guapo, vaaa...

El buen humor se adueñaba del patio de la escuela, y solo dejó de crecer cuando nos hicieron entrar en las aulas. Teníamos que atender a las palabras del padre Bola. Nos acomodamos todos en la clase del Ángel, presidida por una imagen de san Jorge. Habíamos arrinconado los pupitres y estábamos de pie, los más pequeños delante, nosotros detrás para no estorbar.

—Hoy, hijos, es el último día del curso. Y os preguntaréis: ¿qué hacemos a partir de ahora? —Hizo una pausa llena de suspense—. Pues la mayoría tendréis un merecido descanso, y luego vuelta a empezar, en septiembre nos veremos aquí. Pero para algunos pocos, hoy se acaban estas paredes curvas, este edificio modesto y robusto, esta escuela que en su forma misma ya es una lección de vida. ¿Y sabéis lo que os digo? Escuchad, escuchad los que tenéis oídos. Y los que tenéis ojos recordad lo que habéis visto. ¿Verdad que habéis pasado horas adormilados aquí...? Bueno, algunos igual seguíais las clases de los maestros..., pero ¿cuántas horas habéis bostezado en esta sala, o en las dos de al lado? ¿Embobados con este techo que hace olas como el mar? ¿Y nunca os habéis preguntado por qué? ¿Por qué ese techo tan observado es así? Pues porque permite que las aguas de la lluvia evacuen bien rápido, ¿sabéis? Y para que la estructura sea fuerte, ¿verdad que me entendéis? Y porque... porque... Mirad, aquí viene como anillo al dedo la parábola del buen samaritano, ¿verdad?

Nos miró a la cara, diría que uno a uno, y siguió. El discurso del día prometía.

—Jesús nos lo dijo muy claro: cuando todo esté perdido, cuando nos encontremos heridos o maltrechos a mitad del camino, cuando hayamos sido atacados y pisoteados y robados y humillados, ¿quién nos amará? Nooo, no será el sacerdote, ni el levita del templo, no será el rico ni el poderoso ni el gran predicador, ¡no! ¿Sabéis quién nos regalará su amor? Será el pobre samaritano, el que ha sido burlado y marginado y burlado..., el que no tiene dinero ni prestigio, ¡el que solo tiene amor! Por eso el Evangelio lo dice tan claro..., ¿recordáis qué dice? Amarás al Señor con

todo tu corazón, dice, toda tu alma, todas tus fuerzas, toda la mente... —Cogió aire—. ¡Ama a tu hermano más que a ti mismo! ¡Es eso, niños y niñas, es eso! ¡Amor, amor, amor!

Qué manía con el amor, pensé, se habían puesto todos de acuerdo. Como mínimo, el cura ponía un poco de pasión y no llevaba migajas de pan en la barba. Pero no había terminado, tenía el día inspirado: fue al muro que tenía justo detrás y lo golpeó con la palma de la mano.

—¡Menos de medio palmo! ¡Menos de medio palmo! ¡Y aguanta! ¿Sabéis que estas escuelas tenían que ser provisionales? ¿Sabíais eso? A ver quién de nosotros dura más que estas paredes. ¡¡Las hicimos rápido, ocho mil pesetas nos costaron, de nuestros bolsillos!! De don Antón, en buena parte, recordadlo cuando lo veáis y penséis que parece un mendigo... Bueno, no he dicho nada... Tenemos a un hombre que no quiere nada para él mismo, que todo lo hace por amor, a la familia, a vosotros, ¡a Nuestro Señor!

»¿Y por qué aguantan estas paredes tan delgadas? ¿Por qué? El amor las aguanta, el amor redondo, natural, infinito como las olas del mar..., ¡¡el amor de los que no querían una escuela cualquiera para niños cualesquiera!! Recordemos a nuestro buen samaritano: más que a ti mismo, ¿lo habéis oído? Ama a los otros más que a ti mismo..., ¡eso es lo que debe mover el mundo! —Hizo una pausa exhausto—. Y ahora, hijitos —se le humedecieron los ojos—, ahora, id a conquistar el mundo. Está ahí fuera y es para vosotros.

Me encontré al Babosa haciendo el vago con el Vodevil por uno de los callejones del Poblet. Estaban sentados en el muro de un lavadero, y básicamente se dedicaban a no hacer nada y a aburrirse. Aproveché para preguntarle al escuálido si su padre formaba parte de los trompeteros, como me había comentado el dibujante.

—¿Y a ti qué te importa? —me endiñó, mirándome con esos ojuelos hundidos en la cara.

—El mío hizo de rey David —intervino el otro, sin brizna de entusiasmo —. Está allí en la capilla con una lira en las manos. No se le parece mucho.

Caramba, otro más, pensé. Otro músico que aparecía en el templo. Realmente curioso. También era curioso lo que vi en ambos elipsones. Quizá guardaba relación con el hecho de que habían terminado la escuela y no tenían nada que hacer, que no tenían ni oficio ni beneficio y simplemente estaban aburridos, pero me olí que había algo más. Por un momento recordé aquella exhortación de amor que me había hecho el maestro. ¿La tenía que aplicar también a aquellos impresentables? ¿Había que tener paciencia con ellos, interesarme por sus vidas, tratar de entenderlos? ¿Y si no eran tan malos como creía?

—¿Os pasa algo? —pregunté.

Me miraron los dos con la frente arrugada.

—Nada. Que todo es una mierda —respondió el Vodevil.

—Y que el Español ha perdido —rubricó el otro.

El fútbol se estaba convirtiendo en una auténtica locura. La última liga la había ganado el Español, y sus seguidores lo habían celebrado con banderas del club y de España. Este año en curso, la liga pintaba diferente; desde el principio el Barcelona, mi club preferido, había tenido más tirón, y eso que los españolistas habían fichado a un portero prometedor llamado Zamora, pero de momento no daban ni una, y en el cuartel de Lepanto, donde tenían muchos seguidores, entre ellos el padre del Babosa, había auténtica preocupación.

En ese momento noté una mano que me cogía el brazo por detrás, con mucha suavidad. Me giré y chasqueé la lengua.

—Ah, eres tú. —Alcé una ceja—. Me has asustado.

Era la Chinche, que iba por el mundo de mujer fatal: calzada con tacones altos y vestida de largo con modelos que obtenía de cualquier manera. Pero

no acertaba a peinarse bien y a veces iba bebida. Aunque quería parecer una cabaretera, no engañaba a nadie, porque todo el mundo sabía que no era más que la Chinche, salvo algunos hombres que no sabían que tenía nuestra edad, ni que había intentado tocarse con todo el barrio, siguiendo el camino marcado por su madre. Ni que estaba loca por Paquito *el Seisdedos*, perdida e inútilmente loca..., y él se aprovechaba para exigirle que hiciera algún trabajo sucio, como cuando le ordenaba, o eso decían las malas voces, que se llevara a algún hombre al descampado para que los chicos le vaciaran los bolsillos.

—Mmm, qué sorpresa, Bordillo. —La chica se mordió el labio con los dientes—. ¿Qué haces perdiendo el tiempo con estos aburridos? ¿Vamos a dar un paseo? Qué dices, ¿eh?

—Quizá otro día. ¿Tú sabes qué les pasa a estos dos?

—Nada. —Se apartó el pelo de la cara—. Que su líder no les hace caso. Que está idiota perdido. Y están tristes. Ahora descubren de qué pasta está hecho...

—No te entiendo. ¿Qué le pasa al Seisdedos?

—Que ha perdido la cabeza por la estúpida de la Charnega.

—¿Quién?

—El Seisdedos.

—No, no te pregunto eso —resoplé—, quiero decir que quién es la Charnega.

—¡La pequeña Lola! Me han dicho que ahora la llamáis así, la Charnega.

—No la hemos llamado nunca así. ¿Quién lo dice?

Le clavé los ojos. Alguien estaba mintiendo, dando a entender que nosotros insultábamos a Lola para que nos cogiera manía, y que queríamos hacer creer a la niña que no la aceptábamos entre los catalanes de toda la vida porque sus padres eran murcianos, y no sé cuántas cosas que se podían llegar a fabricar con una simple palabra como aquella.

—Bueno, da igual, no me lo dirás —suspiré—. Y lo de Paquito, ¿de qué va? ¿No ve que Lola es una cría?

—¡Eso, eso! —Se le abrieron los ojos, que por cierto no eran nada feos —. Esto es lo que le digo yo, pero se ha vuelto tarumba... ¿Por qué no hablas con él? A ti te detesta, pero al mismo tiempo te respeta..., seguro que te escuchará.

—¿El Seisdedos? ¿Tú te has bebido algo? Pero si hará lo contrario de lo que yo le diga...

—Que no, hombre... Va, ayúdame... —Me acarició el brazo—. Inténtalo, haz algo..., tú no quieres que le haga daño a la niña, ¿verdad? ¡Ayúdame a separarlo de ella!

Tenía razón: me daba miedo que el Seisdedos persiguiera a la pobre Lola. La Chinche era lista y sabía cómo tocarme la fibra; lo triste era que siempre lo utilizara para seguir con malas compañías y para hacerse daño a sí misma. En fin, ese era su problema. Le dije que de acuerdo, que fuéramos a ver al gigante. Nos encaminamos a la taberna de su padre, y cuando llegamos fue ella quien entró y lo hizo salir a las mesitas de fuera. Iba cabizbajo, nunca lo había visto tan tocado.

—¿Qué quieres? —Me miró de soslayo—. No estoy de humor para peleas.

—No habrá peleas, pero debes dejar tranquila a Lola.

—Yo no le he hecho nada. Mis intenciones son buenas. Solo quiero hablar con ella, nada más, y no me dejan. La tienes secuestrada, me la has robado. Ella era de los nuestros.

—Es una niña; habla con sus padres.

Se sentó en una de las sillas de la terraza. Se derrumbó en la silla, más bien.

—Ya me gustaría..., pero los tenéis aún más secuestrados. Les habéis comido la oreja, les habéis llenado la cabeza con chismes sobre mí. ¡Que no

soy ningún malnacido, hostia! Yo también me merezco alguna oportunidad decente.

—¿Qué quieres decir? —saltó la Chinche—. ¿Que yo no soy nada decente?

Él la miró de reojo, como si fuera un pájaro que pasaba por allí, y desvió la mirada, perdiéndola en el infinito. Pasado un breve silencio volvió a levantar los ojos.

—Ya basta... Para una vez que quiero hacer algo bien hecho... Que no le quiero hacer daño, que no quiero nada inmediato, que voy a cambiar tanto como sea necesario, que estoy pensando en el futuro, en el futuro de una criatura que es un ángel... ¿Qué debo hacer? ¿Qué quieres que haga?

—¡Olvídate de esa criatura! —chilló la Chinche—. ¡Eso es lo que tienes que hacer, animal! ¿No ves que aquí tienes todo lo que quieres, imbécil?

Se señaló a sí misma de pies a cabeza, pero el otro ni siquiera la escuchó. Entonces el Seisdedos hizo algo inaudito, que no me hubiera imaginado nunca: se giró hacia mí, sentado, juntó las manos delante de la cara y me imploró.

—¡Ayúdame, tú puedes! Habla con ella, con sus padres... Te prometo que seré tu amigo más fiel, que nunca más..., nunca más...

Me incomodó ver a aquel pedazo de bestia tan abatido. ¿Y si en ese momento tenía que seguir la consigna de Gaudí, y de mosén Parés, y de todos los que me decían que el amor era la solución? Porque, después de todo, ¿es que acaso no se merecía el Seisdedos una posibilidad de enderezar el rumbo, como cualquier otro? ¿Y si yo tenía el poder de rescatarlo, de cambiarlo? ¿Y si encima me ganaba su admiración, su respeto e incluso su obediencia? ¿Y si...?

—Bueno, Paquito —suspiré—, tal vez puedo intentar hacer algo con...

No pude terminar, porque la Chinche me pegó un tirón en el brazo y me arrastró unos metros.

—Venga, nos largamos. Esto no hay quien lo aguante, este tío está enfermo. Y tú, tú —me miró por primera vez sin ningún deje de insinuación —, tú eres un inútil total. No sirves para una puta mierda.

—No tienes por qué hablar así.

—Calla y andando, que aún provocarás un desastre si no lo has hecho ya. ¿Qué cojones tienes dentro de esa cabeza?

Lo que sí avanzaba a un ritmo imparable era el amor al trabajo. Yo aprendía junto a mi padre, hacía recados simples y cargaba bultos, y poco a poco me encargaban algún pequeño trabajo de forja o de madera.

Las piezas más complicadas las teníamos que llevar a las forjas de la ciudad, puesto que en el taller de la Sagrada Familia, en los hornos que teníamos en el patio, solo nos atrevíamos con los trabajos más modestos. Recuerdo la primera obra en la que participé; yo ayudaba a mi padre, que era quien martilleaba, remachaba, aplanaba y torcía. La pieza era un paragüero bastante sencillo. A ambos lados tenía unas barras de hierro embellecidas por torsión, de unos dos metros de altura, que aguantaban todo el mueble, y en lo alto estaban los ganchos de colgar, de formas sinuosas como las que le gustaban a don Antón. En el centro, a la altura de la cintura, pusimos dos baldosas de cerámica, y a ambos lados unos aros para meter y sujetar los paraguas.

Tardamos unas semanas en acabar el paragüero, y yo me sentí muy orgulloso. Cuando lo dejamos a la entrada del taller para colgar abrigos y llenarlo los días de lluvia, mi padre y yo lo miramos de arriba abajo y nos abrazamos con fuerza, felices, como si la humanidad fuera mejor con ese objeto tan bien hecho. Después se lo contamos a mi madre y a Ferriol, y los llevamos al taller para que admiraran el fruto de la conexión entre padre e hijo. A mí me gustaba el tacto rugoso del hierro, el olor de los esmaltes y el minio, el ruido del martillo, las chispas que saltaban, el fulgor ardiente del

hierro caliente... Me gustaba todo de la forja. Y admiraba a aquel hombre cojo, que siempre tosía y que con un par de toques hábiles era capaz de crear arte.

Trabajamos codo con codo con un maestro carpintero y ebanista que era uno de los grandes del taller: Joan Munné, conocido como el Salchichón porque para desayunar se zampaba unos grandes bocadillos de embutido mojado en aceite, y su bata blanca exhibía manchas de grasa permanente. Era bajito y regordete, y de la quinta de Gaudí; a pesar de la edad, conservaba una buena mata de pelo, denso y blanco, y un bigote de morsa afinado en las puntas. Bonachón, nunca levantaba la voz, y como no se enojaba, todos coincidían en que viviría muchos años. Él era el encargado de hacer las maquetas invertidas que tanto le gustaban a Gaudí. Con unos cordeles y unas pesas, unos saquitos de perdigones, iba haciendo las parábolas marcadas por la gravedad; las mismas que, una vez invertida la forma, podían resistir mejor. Se trataba de un sistema muy curioso, llamado estereostático, que era útil para reproducir las fuerzas de una estructura.

Pues bien, el maestro carpintero tenía siempre los dedos tan aceitosos que un día, tras el desayuno, dejó todos los hilos de la maqueta embadurnados. Los ratones comenzaron a roer aquellos cordeles tan suculentos, y al cabo de unas horas cayó la maqueta entera y el trabajo de meses se fue a pique. Gaudí se encendió de cólera. Pero el Salchichón, que lo conocía desde joven, se encogió de hombros.

—Lo que le duele de verdad a don Antón —dijo con una sonrisa— es no probar ni un miserable embutido. Malditos vegetarianos. Rumiantes... A mí también me fastidiaría mucho, yo viviría amargado.

—¿Quieres que te ayudemos a recomponer la maqueta, Joan? —se ofreció mi padre con las mejores intenciones—. Así iremos más deprisa.

—Quita, quita, Josep; ya se le pasará. Toma, un trozo de bocadillo. —Le ofreció un buen pedazo—. Tú has dejado de ser vegetariano, ¿verdad?

—Sí —respondió mi padre—. Si he de criar a mis hijos, necesito carne...

—Cuánta razón. —Le hincó el diente al bocadillo—. Yo tengo cinco, y por suerte todos vamos muy bien de carne. No nos falta curva. —Se tocó la barriga satisfecho y acto seguido me ofreció el bocadillo a mí—. ¿Quieres, muchacho? —Se lo acepté—. Bien, bien, esto ayuda a crecer..., pero ¡más de latitud que de longitud!

—Evidente, eso salta a la vista. —Mi padre se rio—. ¿Seguro que no quieres... —tosió—, no quieres que te ayudemos con la maqueta?

—No, no hay ninguna prisa, y don Antón lo sabe. Tal como van las cosas, más vale que aprovechemos para currar sin prisas y con buena letra..., y es que no entran cuartos, no tenemos donaciones... Esto no lo arregla ni el papa.

El Salchichón lo decía porque lo del papa se había intentado. Hacía poco, Pío X había multiplicado por cuatro los días de indulgencia si colaborabas con el templo expiatorio, de forma que las limosnas habían pasado de proporcionarte cien días de perdón a garantizarte cuatrocientos. Toda una ganga, porque reducía de modo drástico cualquier castigo a los pecadores, fuera en esta vida o en la siguiente. Pero, incluso así, las donaciones no habían aumentado mucho; Gaudí ya no estaba tan de moda entre los ricos, y la misma Iglesia estaba en horas bajas desde la Semana Trágica. Había tantos conventos e iglesias por reconstruir que la Sagrada Familia era casi un estorbo.

Por primera vez había inquietud entre los obreros: y el jornal llegaba tarde, a veces fraccionado. Los aprendices trabajábamos por cuatro chavos; teníamos que vivir en el barrio, porque si no la paga se quemaba con el precio del tranvía. Solo comprar la vestimenta ya era una odisea (los hombres, la blusa, la gorra, los calzones y las alpargatas; y las mujeres, el delantal y la cofia). El coste de la ropa de trabajo podía subir tranquilamente a tres o cuatro meses de paga. Y no digamos en el caso de los que trabajaban en el despacho y necesitaban ir trajeados... No salía muy a cuenta.

En aquella época, la penuria era bastante corriente: si no sumabas los salarios de toda una familia, no podías vivir, y a menudo hacían falta los de la familia más amplia. Por eso los padres fichaban a los hijos, los hermanos daban voces a los cuñados, los tíos llamaban a los sobrinos..., y también funcionaba por orígenes, hasta el punto de que los oficios solían tener acentos e idiomas característicos. Por ejemplo, los afiladores eran gallegos; los canteros, maños; los picapedreros, valencianos, y los peones, en lo más bajo de la escala laboral, eran murcianos o andaluces. Los artesanos, oficiales, encargados y técnicos eran prácticamente todos catalanes; por eso muchos, apenas llegados o al cabo de una o dos generaciones, querían huir de la etiqueta ofensiva de forastero o de charnego.

Algunos de mis amigos habían entrado como yo en las obras del templo: Vicentet *el Houdini*, acompañado de la aureola de su padre, pero no de su maña y oficio, hacía de cantero; Guillem *el Hechizado*, muy entusiasta de Gaudí, se hizo ayudante mecánico, siempre con la grúa y el montacargas (él era de los que habría pagado para trabajar en la obra, y se peleaba con cualquiera que refunfuñara o criticara el templo), y también estaba el Comemocos, el hijo del señor Llorenç, que lógicamente entró como aprendiz de escultor, porque además era muy creativo.

Los elipsones no ingresaron en plantilla, salvo Lluís Nadal *el Estrellas*, que era listo y que había sido llamado por su padre, albañil de toda la vida. Pero no lo tuvo fácil en la obra porque era regordete y era víctima de todos los abusos del mundo. Además, al poco de entrar, su padre enfermó y tuvo que dejar el trabajo. El hombre se pasó dos meses en la cama, escupiendo sangre y ahogándose, hasta que fue liberado de la tuberculosis por obra y gracia de una muerte piadosa. El Estrellas no tuvo más remedio que seguir, para llevar algún sueldo de miseria a casa. Se sentía solo y desgraciado, y no trabajaba mal, pero cargaba y descargaba ladrillos con rabia.

Realmente Gaudí tenía razón: era necesario sentir amor. Si no, difícilmente podías sobrevivir en ese universo de penuria y contrariedad. Si

amabas el trabajo y te acompañaban otros que también lo amaban, todo podía cobrar sentido. Y admito que yo tuve mucha suerte, porque cada mañana deseaba ir al taller. Cuando entraba, en invierno, me invadía aquella bocanada de eucalipto hervido que usábamos para matar el hedor a petróleo de la estufa. Me tenía que descalzar, manías del maestro, y subir al primer piso, porque en la planta baja vivían el cura y los porteros con su hija, la maestra Consuelo. Cuando llegaba arriba, veía los planos extendidos en el suelo. O a Sugrañes trazando líneas con tiza en los tablones de madera. O al fotógrafo alzando la cubierta abatible del estudio para inundar el espacio de luz.

Yo adoraba aquellos baños de luz natural, que dejaban ver todas las maquetas y los modelos de yeso, y que se reflejaban en aquellos grandes espejos laterales y cenitales que aún ampliaban más el estudio. Siempre encontrabas gente del barrio haciendo de modelo, enyesados de arriba abajo, o sentados en un taburete para las fotos, o niños pequeños que recibían todo tipo de golosinas para mantenerse quietos. Y si salías a la terracita, a la sombra de unas parras, podías admirar el perfil del templo, que crecía, con una lentitud exasperante, pero crecía.

El espacio más enigmático de todos se hallaba en el ala opuesta, donde estaban los despachos en los que se diseñaba y se dirigía la obra. La primera vez que estuve allí fue para la entrevista con don Antón, el mismo día en que él insistió en que debía llevar el amor en el cuerpo. El segundo día, fijándome más, tuve la impresión de ingresar en la cueva de un mago. El maestro me llamó desde su escritorio, en el fondo de la sala, y yo fui hacia allí, entre serpientes rígidas, dragones de hierro, esqueletos que se balanceaban en el aire, una cabeza disecada de asno, botes de formol con fetos, sapos y reptiles de todo tipo...

—Pasa, hijo, pasa —decía envuelto en aquella gabardina que no se quitaba ni para dormir.

Se sentaba en el pupitre de madera noble que le había diseñado el amigo Matamala. El fiel escultor había desembarcado con él en ese taller ya hacía muchas primaveras. El día que lo estrenaron ya lo vieron claro: «Aquí moriremos», se dijeron el uno al otro.

Cuando me acerqué a Gaudí ya se estaba comiendo un desayuno de escarola y manzana al horno, y al lado tenía un vaso de leche con limón exprimido. Se había colgado una servilleta, de forma un poco precaria, de los ojales de las solapas.

—¿Algún problema? —dijo con una hoja de escarola entre los dedos—. ¿No has visto nunca comer a un arquitecto o qué?

—Pues la verdad... —El caso era que no, yo no había visto nunca comer a un arquitecto.

Detrás de él había un dibujo del proyecto de las misiones de Tánger, que había ideado de joven y que no se haría nunca, pero que ya anunciaba las formas parabólicas típicas. Arriba, una barra de hierro con lámparas que pendían de ella y que se podían ir moviendo a conveniencia. Allí tenía colgada la bolsa de la comida, que de vez en cuando abría para coger una corteza o un puñado de nueces. Había dos mesas más, para los colaboradores más estrechos, y todas, incluida la del maestro, llenas a rebosar de planos. Unas maquetas de yeso de las torres, de una altura que llegaba a la cintura, impedían que se pudiera pasar con normalidad por en medio.

De todo lo que había en ese taller, lo más impresionante era el cuartucho que Gaudí tenía a su espalda. Tras una simple cortina de separación, se podía adivinar una cama con somier de hierro fundido y un colchón panzudo como un galeón de las Indias; allí el hombre debía de dormir más hundido que en una hamaca. En aquel entonces, el maestro se refugiaba ahí los días de lluvia, pero cada vez acababa más tarde y muchas noches no volvía a su casa. Además de la cama, había una estufa de petróleo y una serie de estanterías en los muros, de las que caían papeles y rollos de

planos. Ah, y un san Jorge en un nicho, blanco como la muerte, con una lagartija espachurrada a sus pies.

Todo aparecía hacinado, pobre y sórdido en extremo. Y, a diferencia del resto del taller, el despacho era más bien sombrío. Sin embargo, aquello era el ombligo de nuestro mundo, era donde se fabricaba genio a chorro, donde se encerraba aquel viejecito que había organizado una auténtica revolución artística y espiritual. Y todo aquello, todo aquel universo nacido en una madriguera siniestra, todo, se suponía que era producto del amor. O eso decía él.

Un día, después de un ensayo, y como había hecho otras veces, le propuse a Lola acompañarla a casa. Estábamos muy animados los dos, y comentamos el acierto de habernos apuntado al canto coral.

—Así no perdemos el contacto —dijo ella—. ¡Qué bien!

—Sí, aunque la vida —me mordí el labio— nos acabará llevando hacia donde quiera.

A mis diecisiete años, filosofar y presumir ante una chica de trece años era casi obligado. Ella era más alegre y juguetona.

—A ver, Jaume —me dijo de pronto—, dime una figura que sea a la vez un triángulo, un círculo y un cuadrado.

—Eso es imposible.

Lola era aficionada a la geometría y a los números. Le gustaba el mundo de las formas, y siempre le daba vueltas a uno u otro enigma matemático. Le miré los ojos risueños, estuve pensando un rato y no adiviné nada. Ella siguió hurgando:

—Sí, hombre, seguro que en el trabajo lo has visto más de una vez.

—¿En el trabajo?

Ella insistía, pero a mí no se me ocurría nada. Entonces propuso que fuéramos al taller para enseñármelo.

—No son horas, Lola. Ahora todo está cerrado.

—Pues te quedas sin saberlo.

—De acuerdo.

En realidad no estaba de acuerdo; me despertaba mucha curiosidad, y ella siguió insistiendo. Al final pensé que tampoco era tan complicado; estábamos al lado, y los porteros seguro que nos dejaban entrar un momento. Fuimos y nos abrió nuestra maestra predilecta, Consuelo.

—Hola, Consuelo. ¿Nos dejas entrar un momento en el taller?

—Hola, jóvenes. Qué gran ensayo hoy, ¿verdad? ¡Qué tarde más magnífica! Pasad, pasad, pero no os entretengáis...

—De acuerdo, de acuerdo.

Una vez dentro, Lola me dijo que buscara una forma de sombrero de obispo, una mitra. Yo recordaba que teníamos alguna, para imaginar las futuras formas de los pinchos del templo, pero no la encontré.

—Da igual, trae un destornillador.

—¿Cómo?

—¿No llamáis así a la herramienta para sacar tornillos? Pues, hale, tráeme uno muy grueso.

No me costó nada. Se lo pasé, y ella me mostró la punta de metal, solo el trocito de más arriba.

—Mira, si cortas por aquí —hizo una raya con el dedo—, ¿qué tienes? En la base, por donde has cortado la sección, un círculo, ¿verdad? Si pones la herramienta derecha, visto de perfil tienes un triángulo, y mirándola de cara, un cuadrado... Bien, si cortas más abajo, un rectángulo. ¿Qué te parece?

Me pareció muy bien, le dije que era muy lista y que se lo enseñaría al maestro Gaudí; seguro que lo agradecería, él, que era un loco de las formas geométricas. Y también le dije que se había hecho tarde y que teníamos que marcharnos.

—Venga, Lola, pásame el destornillador, que lo dejo en su sitio y nos vamos.

—Cógemelo tú. —Lo esgrimió detrás de la nuca, y me tuve que acercar.

Cuando le estaba cogiendo la herramienta, ella alargó el cuello y sus labios chocaron contra los míos. Me sorprendió, pero no me retiré hasta después de un rato. Mirándola a los ojos, unos ojos azules cada vez más abiertos, negué con la cabeza.

—No puede ser, eres demasiado joven. —Esbocé una sonrisa tímida—. Tenemos que..., debemos ser amigos..., estamos muy bien como amigos, ¿no? ¿No crees?

—No, ya estoy harta. Quiero más.

—Lola —alargué la mano—, dame el destornillador...

—Toma —lo tiró al suelo— tu estúpido trozo de hierro. Eres lo bastante hombre para trabajar, pero no para apreciar a una chica que te quiere.

—Yo... —Recogí la herramienta y la dejé en una repisa—. Yo también te quiero, somos como hermanos, paseamos, te acompaño, te protejo.

—¡Tú eres imbécil! —Se estaba poniendo roja por momentos—. ¿Tú no entiendes nada o qué? ¡Yo lo daría todo por ti! ¡Todo! ¡Y todo es todo!

—Va, por favor, no nos peleemos... Venga, que te llevo hasta tu casa y...

—¡Ni casa ni puñetas! —Me dio un empujón en el pecho—. Yo ya soy mayor para ir sola a mi casa o a donde me dé la gana, ¿me oyes? ¡A donde me dé la gana!

—No te pongas así, Lola. —La seguí por el taller—. Yo siempre te he ayudado, he procurado que no te pasara nada...

—Pues con esas tonterías te vas al padre Bola. —Ni siquiera se giró, siguió avanzando hasta la puerta—. ¿Ahora qué? ¿Ahora vas de buen samaritano? Me importa un rábano, ¿sabes? Si eres muy bueno o eres muy malo..., ¡me da lo mismo! Te quiero a ti, ¡burro!

—No te pongas así, hablemos...

Abrió la puerta de la calle, salió y la cerró de golpe. El portazo se oyó en toda la casa, y cuando yo estaba volviéndola a abrir, la maestra bajó corriendo.

—¿Todo bien, Jaumet?

—Todo bien, Consuelo. La corriente de aire.

—Ah, debe de ser eso. Buenas noches, chico.

—Buenas noches, señorita.

Salí fuera y traté de perseguir a Lola, pero no hubo manera, debía de haber echado a correr. Quizá si la hubiera atrapado todo habría sido diferente. Quizá el desenlace habría sido otro. Quizá.

Es cierto que, más allá de la burbuja tranquila de la Sagrada Familia, el mundo vivía días alentadores, y merecía la pena observar con atención para adivinar hacia dónde iba, o no iba, la humanidad. La guerra se había terminado, e incluso antes del final ya habían empezado a caer los poderes antiguos: primero el zar de todas las Rusias; a continuación el káiser alemán, el emperador de los Austrias, el Gran Turco... Llegaban el socialismo, el comunismo, el anarquismo, el fascismo...; era como si perdiéramos la inocencia, tras la escabechina de las trincheras. Se habían acabado los uniformes de colores, las carrozas engalanadas, los valses y los salones de baile... La gente del nuevo siglo no estaba para tomaduras de pelo.

Es cierto que los mentores de Gaudí iban cayendo, uno a uno. Después de Joan Maragall, el poeta, cayó Torras i Bages, el obispo; después Prat de la Riba, el político, y aún después Eusebi Güell, el empresario. Se iba la flor y nata de cada ramo, todos ellos cercanos al maestro; era el final de una época, sin duda. Entrábamos en un mundo que ya no era de damas y caballeros, sino de luchas sin escrúpulos. Ni la aparición de la Virgen de Fátima, acaecida por aquellos tiempos, podía garantizar que la paz fuera

realmente paz. Ni siquiera contando con nuestra burbuja alrededor del templo; esa burbuja que estalló dos días después del concierto de Año Nuevo —y de mi cumpleaños—; concretamente, cuando estábamos asistiendo a la apertura del primer museo de maquetas.

—Vendrá mucha gente —me decía Guillem *el Hechizado*—. Es irresistible poder ver la forma que tendrá la fachada entera: los baptisterios, los pináculos...

—Estás borracho —le decía Vicentet—. Eso no le importa un pedo a nadie. Tú porque eres un maniático, pero el resto de los mortales se aburren aquí. ¡Nos aburrimos!

—Pues hoy —intervine— ya hemos vendido los primeros tickets para visitas guiadas organizadas. Ha venido gente.

—¡Oh, sí! Media docena mal contada, que yo los he visto. —Vicentet chasqueó la lengua—. ¿Quién quieres que se gaste la fortuna de una peseta y media para ver unas obras llenas de polvo y cuatro maquetas de cosas que no se harán nunca...? Que no, tontos, que no vendrá ni Dios...

—Yo creo que habrá mucho *tourisme* —dijo el Hechizado, imitando la pronunciación francesa—. Esto es muy original.

—Bah.

Vicentet se distanció unos pasos, y nosotros dos seguimos paseando por el museo, encajonado en el sótano de la fachada del Nacimiento, allí donde siempre se habían trabajado y guardado las maquetas. A partir de ahora, además, se exhibirían al público. A mí no me parecía mala idea, aunque quizá tenía razón el amigo cuando decía que con aquello no nos cubriríamos nunca de oro. Sea como fuere, el debate se terminó cuando aparecieron las gemelas, visiblemente asustadas.

—¿Qué hacéis aquí tan panchos? —dijo una de las Secano—. ¿No sabéis lo que le ha pasado a Lola?

—A la Charnega le ha pasado algo muy fuerte —rubricó la otra.

—Parad de llamarla así, ¡no está bien! Y no, no sé nada. —Fruncí el ceño—. ¿Qué le ha pasado? Hace unos días que no la veo..., desde el ensayo, pero...

—Muy grave —apuntó Ceuta.

—Grave de verdad —añadió Melilla.

—¿Qué le ha pasado? En fin, da igual, voy volando a verla.

—No quiere ver a nadie —me dijo el padre en la puerta—. No es nada contra ti, Jaumet, es que no está para nadie.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—De estas cosas mejor no hablar.

El hombre estaba sufriendo, y mucho. No me aguantaba la mirada y sudaba en abundancia. Bajito, rechoncho y calvo, Pepe Artigas había partido veinte años atrás de Murcia, donde era jornalero, para establecerse en Barcelona, y con mucho esfuerzo se había hecho un hueco como peón en las obras del templo. Era un hombre trabajador, leal e íntegro. Y Lola era la niña de sus ojos.

—¿Puedo hacer algo? —Me puse las manos en el pecho.

—No. Ahora es mejor que descanse.

—¿Quién es? —Se oyó una voz de mujer—. ¿Uno de aquellos cabrones del barrio?

Era la madre, la señora Paca. Se acercó a la puerta y me inspeccionó desde detrás de su marido. El hombre intentó calmarla.

—No grites, Paca. Es Jaume. Buena gente.

—¿Buena gente? Ya sé quién es..., ¡el de los paseítos! —La mujer, menuda y seca, estaba furiosa—. No quiero ver ni a un hombre en esta puerta. ¿Me has oído? ¡Ni a un hombre! ¡Que le corto la cola!

—Calla, mujer, vuelve adentro. —Pepe me dedicó una mueca y se encogió de hombros en señal de disculpa.

Pero Paca no callaba. Ni volvía adentro.

—¡En el descampado! ¡En el descampado la encontró el sereno! ¡Toda desgarrada! ¿Tú crees que es normal? ¡Os tendrían que capar a todos!

El corazón se me encogió. No podía abrir la boca.

—Mejor que te vayas, chico. —Pepe comenzó a cerrar la puerta.

—¡Animales, eso sois! A Murcia tendríamos que volver, ¡allí los hombres son hombres de verdad! ¡Toda desgarrada, pobrecita mía!

—Basta, Paca, el chico no tiene nada que ver, déjalo. —Me miró con ojos llorosos—. Vete, te lo ruego, vete.

—¡Un momento, solo una cosa! —reaccioné—. ¿Fue hace unas dos semanas, la noche del ensayo?

El hombre hizo una pausa y acto seguido asintió.

—Pero no la localizaron hasta la madrugada.

—¡En mi vida había sufrido tanto! —chillaba la madre—. ¡No os lo perdonaré nunca, nunca!

—Lo siento —lamenté—. Debería haberla acompañado a casa, pero se fue... y yo... yo... no la acompañé, no la cuidé...

Se hizo un silencio muy incómodo, en el que incluso Paca se mantuvo muda. Entonces, muy pausadamente, el padre habló desde el rincón más profundo de su alma.

—Lo sé, hijo. Pero... —apretó los labios— tú no eres su padre. Yo sí que lo soy.

Bajó la cabeza y, sin decir nada, cerró la puerta con mucha suavidad. Me quedé unos segundos ahí plantado, tratando de digerir el dolor de aquel buen hombre, aun mayor que el mío. Di media vuelta y salí a la calle. Con el aire fresco se me activó la sangre. La estampa de Pepe, la de su mujer, incluso la de Lola, dejaron paso a otras imágenes. Antes de llegar a la esquina, en mi cabeza no cabía más que una, y de forma cada vez más obsesiva, inevitable; la del grandísimo hijo de puta del Seisdedos.

No, no, nada de amor. Gaudí se equivocaba. Lo que lo movía todo era el odio. Lo veía en la fachada inacabada; todas las figuras me llamaban y me empujaban a odiar a aquel indeseable. Seguro que había sido él, y tenía que hacérselo pagar. Ni amor ni puñetas. Venganza. La Sagrada Familia lo decía, lo cantaba, lo proclamaba. Las futuras campanas tubulares, las torres que harían de órgano, los coros cándidos de voces blancas, las voces enérgicas de hombre, el rey David con la lira..., todo lo pregonaba.

*OceanofPDF.com*

# VI

# La fe

—Se puede superar todo... —Pasó los dedos por la calva—. Sí, claro, claro que se puede vencer la desgracia..., solo hay que tener fe.

—Pero tu hija... —protesté.

—Mi hija Lola —Pepe sacó pecho— es muy fuerte. Podrá con ello.

—Espero que sí. Me gustaría ayudar.

Estábamos los dos sentados en una vagoneta del trenecito que había dentro del recinto. Las vías cubrían solo unos doscientos metros, desde los depósitos de piedras y estatuas hasta la fachada y, dando una curva, siguiendo la vuelta del ábside. Las vagonetas eran pequeñas y se empujaban a pelo; servían para cargar piedras de un extremo al otro de las obras. Pepe se estaba tomando una pausa antes de llevarse una carga repleta hacia la torre de San Bernabé, la que estaba más avanzada. Yo lo había abordado para hablar de su hija, ya que la chica no tenía ganas de verme. Retomé un tema que me picaba la curiosidad.

—¿Es cierto que hiciste de modelo para una estatua? —Rechacé el cigarrillo que me ofrecía.

—El rey Salomón, el de la Biblia. —Pepe sacó las cerillas y encendió el pitillo.

—¿Y te torturaron mucho?

—Hombre, ya sabes; el señor Llorenç me embadurnó de yeso. Pero no sufrí. Ven, te lo enseño.

Caminamos hasta la fachada del Nacimiento, pasamos por debajo y nos metimos en la capilla del Rosario. Dio una calada fuerte y, con los ojos entrecerrados, apuntó a una estatua.

—Aquí.

—Puede que tengáis un parecido. —Lo inspeccioné con detalle—. ¡Es calvo! ¡Salomón está tan peladito como tú! Y las mejillas caídas, y la nariz alargada...

—La primera y única estatua calva, en aquel entonces...

Me explicó que, de pequeño, en su pueblo de Murcia le habían dicho que en Barcelona hacían estatuas a todos los hombres importantes, que las calles y las iglesias estaban a reventar de estatuas. Desde que llegó, pues, buscaba a alguien que le hiciera una figura esculpida, si podía ser ecuestre, pero, si no, de pie. Por eso fue a la Sagrada Familia, porque le informaron de que el único loco que hacía estatuas a mansalva era Gaudí. Primero los escultores se lo quitaron de encima, pero él insistió, y un día logró hablar con don Antón en persona, que pensó que, si había sido capaz de peregrinar desde Murcia, se había ganado una escultura. Le hicieron posar como el sabio Salomón, quien por alguna razón era el único que podía ser calvo; los profetas en general, y no digamos Jesucristo, debían de ser muy peludos. Así que le dieron un estilete y una tabla, y venga a hacer posturas y a escribir libros sabios. Él objetó que no lo podía hacer de verdad, que él no sabía escribir, pero le dijeron que no se preocupase.

El hombre se dejó recubrir de yeso, y terminó teniendo la estatua que ansiaba. En la Sagrada Familia quedaron tan impresionados de su tenacidad que se lo quedaron para trabajar de albañil. Y hay que decir que también inauguró la serie de calvos ilustres del templo, cuando Gaudí decidió que los sabios y poderosos no eran tan sagrados, y que podían lucir calva y unas mejillas finas; así salieron Isaac, Jacob, David y alguno más, quizá con

cuatro mechones en las sienes y en la nuca, pero de frente bien ancha y reluciente.

—Y mira, allí en el pueblo me decían que nunca llegaría a nada..., pero apenas llegué aquí, me hicieron una estatua y me convertí en un operario que no tenía ni un pelo de tonto.

—A eso se le llama tener suerte.

—Mucha. Por eso quiero a Cataluña. —Aplastó el cigarrillo y lo tiró al suelo—. Ha transformado un tonto de pueblo en un sabio, el sabio Salomón. ¿Cómo no voy a amar este país y esta iglesia que hace milagros?

Se echó a reír, como debía de haber hecho mil veces explicando aquello. Y yo le copié la risa, entre otras cosas porque quizá era la primera vez que el hombre se reía desde lo de su hija. Me aclaré la voz.

—Espero que no sea necesario ningún milagro para Lola.

—No. Tengo fe en mi hija. Saldrá adelante.

Fuimos volviendo a las obras.

—Yo lo que quisiera es pillar al Seisdedos y a toda su pandilla de capullos por...

—No, Jaume. —Se pasó la mano rugosa por la calva—. Nada de venganza. Quizá no lo hizo él...

—Pues claro que lo hizo. ¿Por qué se ha ido a la guerra, si no? ¿Para divertirse?

—¿A la guerra? ¿Al Rif?

—Sí. El Babosa, el Melón y él. Todos a Melilla.

—¿Y me estás diciendo que se han escapado por si mi hija...? ¿Tú crees? —Se detuvo un momento y sopló fuerte—. Pues ¿sabes qué te digo? Déjalo. Entiendo la nobleza de tus impulsos, pero no es así como mi hija saldrá del pozo. No necesita ningún chulo.

—¿Y qué necesita?

Llegamos de nuevo a la vagoneta y se apoyó en ella.

—Mi hija tiene que hacer lo que está haciendo. Terminar la escuela. Ayudar a la maestra, a Consuelo. Sentir el calor de las mujeres, sobre todo de las más mayores. Fortalecerse como persona, perseguir un futuro.

—Va, que te ayudo. —Me puse a empujar el vagón con él—. Pero una cosa, Pepe: ¿de verdad no quieres localizar a ese hijo de puta? ¿No te hierve la sangre?

—Sí, claro que sí. Cada día y cada noche. —Se apoyó en el vagón—. Pero Lola es más importante, y ella no necesita ni odio ni venganza. No es lo que la ayudará. Tú deberías saberlo, mira tus padres...

—¿Mis padres? —Me rasqué la barbilla—. Hombre, él sí, está claro, lleva la rabia de una guerra dentro, pero ¿mi madre?

—Pues claro. —Me miró, esta vez sí, como un sabio de la vida—. Marie es una mujer que ha tenido que superarlo todo. Y más.

—¿Sí? —Parpadeé—. No sé si lo quiero saber.

—Cuando llegó, tu madre... no tenía dónde caerse muerta, y...

Frenamos la vagoneta y puse unas piedras en las ruedas para calzarla. Le pedí un cigarrillo. Yo no fumaba, pero se lo pedí. Me pasó uno que ya estaba liado, y me lo encendió con una de sus cerillas.

—Tú sabes quién es mi padre, ¿verdad, Pepe? —Chupé del cigarrillo con fuerza—. Quiero decir mi padre biológico.

—Eso se lo tienes que preguntar a tu madre.

—Claro. —Me deshice de la colilla encendida, que estaba a la mitad—. Veo que sí lo sabes.

—Habla con ella. Es mejor.

—Me voy al taller, sabio Salomón.

—Bien hecho. —Sonrió—. Solo deja que te diga que tu madre es una luchadora, y muy inteligente. Su belleza siempre ha tapado su fuerza y su cabeza, pero es una mujer excepcional.

—Pues mucho mejor. Nada, ya nos veremos. Recuerdos a Lola.

*Yo no tenía miedo, porque era Marie de Marsella y estaba de vuelta de todo. Con las primeras víctimas no sufrí nada, la verdad: dije* c'est la vie *y me lo tomé con resignación. Cuando corrió la voz de que la mujer de Calígula, o sea, la tabernera, estaba enferma, no me alteré mucho, y cuando murió ahogada, al cabo de unos días, me pareció un simple castigo divino. Si Dios existía, más valía que la condena recayera sobre el bestia de Calígula, que había hecho tanto daño, a mí y a todos.*

*Poco después cayó un niño, compañero de clase del Ferriol. Aquello ya me pareció horrible, porque los niños no son culpables de nada. Y mi hijo estaba demasiado cerca. Y cuando llegó el invierno, y la gripe española entró en todas las escuelas de la ciudad, me alarmé de verdad. Era el paso previo para que el virus entrara en todos los hogares. Aun así, hasta que noté el calor en el cuerpo de mi hijo, estaba segura de que lo esquivaríamos. Pero no, éramos demasiado pobres y honrados para tener suerte.*

*—Este niño no se encuentra bien. —Se lo notaba con la palma de la mano—. Estás ardiendo, hijo mío.*

*—Estoy bien, madre —decía Ferriol con un hilo de voz—. Estoy bien.*

*—A la cama enseguida, hijo.*

*Justo entonces escuché tos al otro lado de la puerta, incluso antes de oír la llave en la cerradura. A continuación entró Josep, tosiendo más que nunca. Pensé,* quel con de mari, *solo me faltaba este. El hombre más bueno que conozco, pero también el más tonto. Y, encima, nada más entrar insistía en irse directo a ver a Ferriol. Le paré los pies: mucha guerra y mucha vida..., pero no entendía las cosas más elementales.*

*—No te acerques o nos iremos contagiando unos a otros.*

*—Es mi hijo —protestó él entre toses.*

*—Y que lo sea por muchos años —le dije en tono de amenaza—. Ya me cuido yo de él. Y tú... —le toqué la frente—, tú a la cama también. A nuestra*

*cama.*

*El mal bicho se nos había metido en casa.* Merde, merde, merde. *Ya lo sé, hacía meses que campaba por el mundo, pero tenerlo en casa significaba padecerlo a cada minuto y ver cómo las personas más queridas luchaban por respirar. Josep tuvo mucho dolor de garganta y dolor de cabeza, fiebre y tos, y se quejaba poco, no sé si por falta de dolor o por apocado; tenía un cuerpo habituado a no estar fino. Pero Ferriol empeoraba,* mon pauvre. *Tenía cinco años, y se pasaba el día y la noche llorando y reclamándome a gritos. Allí no dormía nadie. Le salieron las dos manchas azules en los pómulos, que se le esparcieron por las mejillas y la cara. El segundo día tenía todo el cuerpo azul, y estaba tan débil que no podía ni gritar.*

*—Mamá, no tengo aire —repetía el pequeño, apuntando a la ventana—. Mamá, no tengo aire.*

*Yo hacía lo que podía, lo juro. Como no tenía tiempo para salir a comprar y habían cerrado media ciudad, enviaba a Jaume a dar vueltas. Por suerte, me demostró que ya no era ningún niño. A veces tenía que rondar toda la mañana para encontrar pan, jabón o cosas esenciales. Lo hacía sin mascarilla, puesto que se agotaron enseguida. Y también se habían acabado las aspirinas, que eran una novedad y que, según los médicos, lo curaban todo —después se supo que no, que de hecho empeoraban la gripe—. Qué desastre todo, allí nadie solucionaba nada, aquello era peor que el burdel más pegajoso de Marsella. Al tercer día, mi hombre estaba estable, pero mi pequeño no. Tenía todo el cuerpo ennegrecido y abría la boca de par en par para buscar aliento.* Putain. *Ya casi no hablaba.*

*Nos reunimos los tres en nuestro cuarto, sin Ferriol. Mi marido, aunque acostado en la cama, estaba decaído pero muy sereno. Yo no. Quería matar y morir.*

*—Será necesario que hables con mosén Parés —me dijo Josep—. Que esté preparado.*

*—¿Qué?* Tu es fou? *No seas imbécil.*

*—Todas las iglesias están cerradas —bajó la voz—, y si sucede lo peor, no quiero que mi hijo vaya al montón del carro.*

—Ta gueule, *¡te digo que te calles! —Le levanté la mano.*

*—No seas así. —Bajó los ojos.*

*—¡Soy como me da la gana! ¡Ni montón del carro ni la* grosse merde *de los curas!*

*No tenía nada contra Gil Parés. Era un buen hombre, que me había ayudado a salir de la miseria desde que me había conocido. De hecho, le estaba agradecida. Pero lo veía como un hombre, no como un títere de no sé qué padre celestial. Y qué coño, no estaba dispuesta a dejar ir a mi hijo con esa facilidad, esa resignación, aquella... ¡que no, que no! Era impensable que Ferriol se fuera de este mundo, y punto.*

*—Madre —me dijo Jaume—, ya me ocupo yo. No te preocupes.*

*—¡Nadie tiene que preocuparse por nada! —grité—. Tú no, hijo. Y tú, lisiado, aparenta que eres su padre, ¡hostia! —Le mostré la palma de la mano y él se encogió—. Mi hijo lo conseguirá, ¿me escucháis?*

*—Entendido —dijo mi esposo, solo para hacerme callar—. Deja que llame a un médico, como mínimo.*

*—¡Cállate! ¡Atontado! —Yo había perdido el mundo de vista—. Un hijo natural que te doy y ni siquiera lo defiendes. ¡No te lo mereces, cobarde!*

*Alcé el brazo, y antes de que nadie pudiera hacer nada, le di al pobre Josep un cachete en la mejilla. Bien sonoro. Él puso unos ojos como platos, pero no se movió. Yo escondí la cara entre las manos y me arrodillé a su lado. Con el rabillo del ojo, vi cómo él aprovechaba para hacerle gestos a Jaume.*

*Cuando mi hijo mayor ya había salido, me arrastré a la cama de Ferriol.*

*—Todo irá bien,* mon petit*, todo irá bien.*

*Le acariciaba el cuerpo amoratado, las mejillas oscurecidas, los deditos trémulos. Lloraba y lo adoraba y le rogaba que no se fuera. Josep se acercó, pero le pegué cuatro gritos.*

*—¡Déjame sola con él! ¡Quiero estar con mi hijo!*

*Cuando llegaron el médico y Gil, yo estaba abrazada en la cama con un cuerpo menudo que ya no respiraba. Josep estaba a mi lado, demacrado, tosiendo, acariciándome el pelo.*

*—¿Cómo se encuentra Ferriol? —preguntó Jaume.*

*—Tu hermano... —musité, y ya no dije nada más.*

*Nadie tenía que decir nada. Nadie decía nada ni me decía nada a mí. Nadie me había dicho por qué había enfermado Ferriol; nadie me había dicho por qué tenía que irse. Nadie me había explicado qué tipo de justicia había en el tormento y en la agonía de una criatura de cinco años. Nadie me había hecho entender a mí, su madre, por qué lo había traído al mundo para decirle adiós poco después, ni cómo un cuerpo tan pequeño podía dejar un vacío tan grande. Nadie me había preparado para entender por qué, muerto mi hijo, el mundo seguiría rodando como si nada.* Mon petit. Mon pauvre petit.

Ni siquiera mosén Parés, que estaba muy afectado, podía ofrecer una explicación convincente. Usaba las fórmulas aprendidas, y supongo que repetidas en tantos casos. Pero no me servían.

—Jaume, Nuestro Señor ha querido que se ahorre sufrimientos. El mundo que vendrá —chasqueó la lengua— es un mundo que no tiene muy buena pinta.

—Pues no haberlo traído. No era necesario.

—Hay ausencias, hijo, que tienen que hacer mucho daño, y que han de hacer daño siempre —suspiró—. Si no, ¿qué significaría amar?

—Puede ser. Pero es que no sé qué hacer con mi madre, mosén —me mordí el labio—; parece que se vaya a volver loca.

—Llévala a ver el mar.

—¿El mar? ¿Por qué?

—Para que no se vuelva loca.

Lo haría tan pronto como fuera posible, pero antes tenía que montar una despedida solemne. La organicé en el patio de la Sagrada Familia, con el cura, nosotros tres y algunos más, los más íntimos. Mi padre no se mantenía derecho ni con el bastón, así que le llevé un banco de madera. No estaba el ataúd, puesto que las autoridades no nos habrían permitido tenerlo allí. Tal vez mejor, porque los ataúdes de niños son un pecado. Me reconfortó que vinieran Pepe y Lola, y también amigos y maestros de las escuelas, y algunos trabajadores de las obras. El padre Parés dedicó a mis padres la parábola de la moneda perdida.

—La mujer no dejó de buscar la moneda, no la dio por perdida. Así tenemos que perseverar con el Reino de Dios, donde encontraremos a todos los que hemos perdido. No nos podemos dar nunca por vencidos, al final nos encontraremos todos los que nos hemos amado. Y es que toda desgracia, hermanos, nos abre la puerta de alguna felicidad.

—¿Y ahora qué dice este *con de merde*? —escupió mi madre entre dientes.

—Lo ha dicho con buena intención, madre. —Le cogí la mano. La noté con nervio, temblorosa.

Al otro lado, una mano me cogió a mí. Era Lola, que me hizo sentir paz y calor en todo el cuerpo. Le dediqué una sonrisa ancha y triste, y ella me la devolvió.

Luego aparecieron don Antón, Matamala y Sugrañes, que ofrecieron el pésame a mi padre, a mi madre y a mí, en este orden. El escultor me cogió el brazo con fuerza y, con mis padres enfrente, dijo que habían estado pensando, y que viendo la enfermedad de mi padre, y la poca fuerza que le

quedaba, nos ofrecían una oportunidad única. Consuelo y los porteros de la finca se iban a un piso por decisión propia, y alguien tenía que vigilar el recinto. Eso significaba tener nuestra casa debajo del taller, y pared con pared con la del cura. No podían pagarnos gran cosa, pero la vivienda nos saldría gratis. Vi que mis padres protestaban, ofendidos por aquel despido encubierto, pero les pedí que callaran. Merecía la pena pensarlo, y les hice un gesto para que esperaran. Siempre estaríamos a tiempo de decir que no. Tal vez no era tan mala idea.

Lo que fue realmente muy mala idea fue lo que sugirió Gaudí a continuación. Quería hacer un modelo del cuerpo de Ferriol para una escultura de la fachada. Mi madre se acercó a menos de un palmo y le espetó una fresca. Sin gritar.

—Menudo cretino. ¿Y tú cuando te morirás, demente?

La escena de mi madre no ofendió a nadie, y don Antón, curiosamente, no se enojó lo más mínimo. También convencí a mis padres para que aceptaran el puesto en la portería.

—A mí me gustaría seguir con la forja —me decía él—, pero, tal como están yendo las cosas, más vale pájaro en mano...

Y arrancaba a toser y tenía que sentarse. Entonces mi madre tomaba el relevo.

—Pues yo tengo ganas de mandarlos a la mierda, la verdad. No puedo olvidar lo que me pidió hacer con Ferriol.

—Dijiste que no y se acabó, Marie. No le des más vueltas.

—*Mon Dieu*, ¡lo querían rebozar de yeso! ¡Para hacer una estatua de misa! ¿No les basta con lo que ya hemos hecho? ¿Qué se han creído? Esto es un lugar de locos, *complètement fous!*

—Aquello fue una estupidez por su parte, la verdad —admití—. Y tu reacción...

—¡Lo habría matado! —Abrió los ojos de par en par—. ¡Pobrecito mío! ¡Embadurnado de yeso! ¡¡Cretinos!!

—Tienes razón, madre. —Hice una pausa—. Pero si os parece bien, mañana hablo con ellos para ver cuándo empezamos con la portería.

—*Espèce de salauds* —sentenció ella, y entendí que me daba permiso para solucionar el tema.

El cambio fue, para nosotros, un regalo. Mi padre pudo descansar, yo mejorar el sueldo, mi madre siguió haciendo encargos, y conseguimos un lugar para vivir más que digno. No recuperaríamos a Ferriol, y no nos sacaríamos el dolor de dentro, pero por lo menos dejaríamos de sufrir por las necesidades básicas. Todo el mundo ganaba; en las obras se ahorraban un puesto de trabajo, lo que les ayudaba a afrontar mejor la crisis. Ya quedaban menos de veinte obreros, y los arquitectos habían dejado de cobrar y se ganaban la vida con otros encargos. Don Antón vivía del aire, como siempre, y conseguía más tiempo para pensar. Un auténtico peligro.

—Señores —espetó un buen día—, ¡nos hemos equivocado!

La plana mayor del proyecto estaba reunida con él, no fuera que hubiese que apagar algún incendio creativo. No sería la primera vez que todo el trabajo del equipo saltaba por los aires debido a una genialidad del sabio. Estaban el padre Bola, y Matamala, y Sugrañes, y el Salchichón, y también los técnicos más jóvenes..., y yo, que me quedé porque nadie me dijo que me fuera.

—¿Qué hemos hecho mal? —preguntó Sugrañes.

—Por suerte, nada. De momento. Estamos a tiempo de salvar las agujas.

Los que estábamos en el taller respiramos. Se trataba de las torres, las cuatro torres de la fachada del Nacimiento. Ya hacía meses, si no años, que el maestro le daba vueltas al asunto. No estaba tranquilo, pensaba que rematar aquellos pinchos era esencial, y que la forma de culminarlos marcaría toda la obra. Había hecho mil diseños: con angelitos, con cruces, con campanas... El último proyecto era irlos adelgazando y clavar en lo alto

una antena de metal, que también serviría de pararrayos. Con todo, no estaba nada convencido, y había que tomar una decisión porque la construcción subía. Poco a poco, pero subía.

—No remataremos las torres, no —dijo Gaudí rascándose las manos—. Terminarlas con una antena o un pararrayos sería un crimen.

—Pero a ver, Antón —protestó tímidamente su amigo Matamala—, era lo que teníamos previsto, y si lo tenemos que cambiar...

El maestro fue hasta la mesa, removió bártulos y pescó un alambre de cuatro dedos. Se acercó al escultor y le dijo que bajara la cabeza. El hombre lo hizo, poniéndose a la altura de Gaudí. Si bien todavía conservaba una mata generosa a ambos lados, la calva se aclaraba por momentos. El arquitecto pinzó el alambre con dos dedos, sosteniéndolo en vertical, y lo puso sobre la cabeza del señor Llorenç. Todos mirábamos de soslayo y estábamos a la espera de una explicación.

—Lo que teníamos previsto —mantuvo el alambre derecho— sería como esto; clavar un cabello en la calva de un hombre.

Señaló con la otra mano la cabeza de Matamala y el alambre solitario allá arriba. Algunos empezamos a reír, pero él nos cortó. No era ninguna broma, dijo mientras retiraba el alambre y le cacheteaba la mejilla al viejo compañero; teníamos que evitar un auténtico disparate.

—¿Y cómo lo haremos, pues? —preguntó el cura.

—Muy sencillo: en lugar de rematar las torres —tiró el alambre en la mesa—, las coronamos. Las co-ro-na-mos, ¿me entendéis?

Todo el mundo asintió, pero nadie lo había entendido. Y en ese momento él hizo, no sé si por orgullo o por indignación, algo que recordaré toda la vida: se acercó a la estantería y seleccionó un destornillador grueso, precisamente el mismo que había usado Lola, y que yo después había utilizado para explicarle al maestro la broma. Él esgrimió la herramienta y planteó la misma pregunta que me había hecho la chica: ¿qué forma reunía las figuras básicas, cuadrado, triángulo y círculo? Y esgrimió la punta del

destornillador, marcó una raya en la base del cabezal..., en definitiva, exactamente lo mismo que me había hecho Lola. Y dijo que la corona sería aquello.

—A diferencia de este destornillador, sin embargo —se le avivaron los ojos—, haremos estallar este cabezal como si fuera una mitra episcopal, una corona de vida y de colores que ofrecemos al cielo.

Y, habiendo dicho esto, ya no pudimos detenerlo.

—¿Lo veis o no lo veis? Las cuatro torres, que ya han pasado de la planta cuadrada a la redonda, se encaraman en espiral, con las rendijas que hacen las veces de ventana y muestran la progresión de las escaleras interiores, marcadas por persianas de piedra, inclinadas para escupir la lluvia. —Miró arriba, como si la torre subiera delante de él—. Pasado el *sursum corda*, arriba los corazones, vendrá el *sanctus, sanctus, sanctus*..., que se elevará a *hosanna*, la salvación, y *Excelsior*, al cielo, ¡¡¡al cielo!!!

»¿Lo veis? —Más caras de temor y asentimientos—. Una pirámide achaflanada, como el báculo de un obispo, y luego una elipse, y más arriba aún la mitra, la autoridad del cielo en la tierra, que se abrirá como una flor, o una cruz lobular con bolas de colores, veintitantas bolas o lágrimas, si lo preferís, todo policromado, una alegría de mosaico que rascará el cielo, que elevará el espíritu como ninguna otra construcción humana; ¿lo veis o no lo veis? Y luego —suspiró fuerte—, para acabar...

—¿Qué? —dijimos al unísono.

—Nada, que ya nos podremos morir.

Después de un silencio incómodo, Matamala fue el único que se atrevió a opinar con sinceridad.

—Costará mucho hacer entender esto al equipo, maestro.

—Señor Llorenç —dijo Gaudí, masticando las palabras—, siempre he sido un incomprendido, eso que decís no es nuevo. Es más, me da pánico el día en que me entiendan, porque querrá decir que me he vuelto como ellos, recto y plano.

—¿Os parece que llevemos a cabo algunas pruebas, de todos modos? —El Salchichón apuntaba al lado más práctico—. Vuestras ideas seguro que son las buenas, pero siempre va bien contrastarlo, ¿no os parece?

—Mis ideas son la verdad indisputable, Munné. Y no ha hecho falta nunca probar nada, porque contra mis tesis solo hay un argumento, y es que nadie más lo ha propuesto antes. Que yo sea el primero y el único en defender mis propuestas no las hace falsas, ¡caramba!

—No, por favor, de ningún modo —dijo el ebanista, mientras por lo bajo sonreía y pensaba en cuántas pruebas serían necesarias para contrastar todas las genialidades—. Haremos lo que hacemos siempre, don Antón.

—Claro —aventuró con tacto Sugrañes—, pero habrá que explicarse, porque también tendremos que encontrar donativos; ya sabéis que estamos en las últimas. Y si los mecenas no entienden de qué va...

—De eso ya me ocuparé yo, como siempre —sentenció Gaudí, visiblemente molesto.

Era bastante cierto que el maestro hacía de vendedor principal de la Sagrada Familia. Una vez se le había acercado un hombre inmensamente rico, que se había cubierto de oro con los negocios de la guerra, y le había entregado una limosna muy copiosa. «No es ningún sacrificio», le había dicho el potentado para hacerse el fanfarrón. Y entonces Gaudí le espetó que subiera la donación hasta que sí que fuera un sacrificio, ya que la caridad sin sacrificio no era más que vanidad, miserable vanidad.

Los miembros del equipo no insistieron en sus objeciones, sabían que era inútil. Si surgía algún riesgo inasumible, ya lo dirían en su momento. Y sobre la financiación no piaron lo más mínimo, conscientes de los enormes esfuerzos que hacía el maestro. Llevaban gastados tres millones de pesetas en cuarenta años, y faltaría medio millón más para rematar, o mejor dicho, coronar, las torres. Tenían que confiar en Gaudí como hombre anuncio, porque no tenían mucho más. Y si había que blanquear dinero del contrabando, pues ya rezarían una oración para que el Señor santificara el

destino final de aquellos billetes sucios. Y es que, al fin y al cabo, estaban haciendo un templo expiatorio..., ¿o no?

De hecho, el problema no era la procedencia de las limosnas... cuando llegaban. Ni las discusiones internas del equipo director de las obras: al fin y al cabo, en aquel equipo estaba bien claro quién mandaba y quién trabajaba. El problema de verdad era lo que estaba pasando fuera. El trabajo sufría, el trabajo gemía y el trabajo se movilizaba. Entre comunismo, espartaquismo, laborismo, anarcosindicalismo y todos los *ismos*, el mundo estaba revolucionado. Y las obras de la Sagrada Familia, nos gustara o no, formaban parte del mundo.

—¿El Noi del Sucre? O sea, ¿Salvador Seguí? No es ningún descerebrado. Es el único que puede resolver este desaguisado.

Hablábamos en casa, al atardecer, y ya habíamos encendido las velas. Mi padre mantenía su actividad en la CNT, y admiraba al nuevo líder como a un hombre realista, que defendía a los obreros y que no buscaba líos; él quería unos salarios correctos, seguridad, decencia y una vida digna para todos los trabajadores. Que en aquellos años eso pareciese revolucionario ya era harina de otro costal.

—Lo tienen encerrado, padre. No puede ayudar.

—Precisamente. —Tosió y se tapó con un pañuelo—. Por eso lo tienen que liberar y negociar con él. ¿Qué dicen en las obras?

—¿No lo sabes? —Le miré sorprendido—. Ya no hay obras, los comités no nos dejan trabajar. De todos modos, con los cortes de electricidad y con los días cortos de invierno, ¿qué trabajo quieres que hagamos?

—Claro, por eso estás en casa. —Cogió el bastón y lo agitó—. Me preocupan los folloneros, hijo. Por suerte, tenemos al Noi del Sucre y a los suyos; Pestaña, Peiró, Layret... Ninguno de ellos tiene intención de quemar nada, ni montar barricadas, ni violencia de ningún tipo.

—Saldrán todos los ociosos y agitadores, y vuelta a empezar. Como en la Semana Trágica.

—¿Y dices que no hay luz?

—No mucha. Pocas horas, y pronto no habrá nada. Como en casa..., toda la ciudad está igual. Tampoco hay tranvías y no recogen la basura.

—A ver si se sientan a negociar.

—No confío en nada. Y ya volvemos a tener a Calígula haciendo de las suyas; me llega que lo han visto rondar por comisaría. Con su hijo, por cierto, que ha vuelto de permiso.

—Todo irá bien —dijo mi padre—; ya verás, el sindicato...

—¡El sindicato saltará por los aires, coño! —exclamé, y enseguida rectifiqué—. Ojalá tengas razón, padre. Ojalá.

Entró mi madre. Había ido a comprar, sola. No había encontrado ni carbón. Había muy poco en las tiendas.

—¿Cómo está todo? —preguntó su marido.

—Lleno de soldados. A oscuras. Da miedo.

—No deberías salir sola, madre. —Me incorporé y cogí las bolsas—. Avisa y te acompañaré. En realidad, no sé por qué sales —inspeccioné las bolsas—: ya casi no encuentras nada. ¿Y por qué has comprado leche? En casa no la toma nadie...

—Al pequeño le va muy bien la leche. Lo dice el médico.

La Gabacha tenía momentos en que mantenía a su hijo con vida; cuando menos, existía dentro de su cabeza. La abracé y le di un beso en la mejilla. Mi padre y yo nos miramos. Cambié de tema, aprovechando la nueva función que teníamos como porteros del recinto.

—¿Sabéis si don Antón ronda por arriba? Quizá necesite algo...

—No está, no hay nadie. Ya os lo digo, da miedo. Estamos solos. No sé si deberíamos llevar a Ferriol a un lugar más seguro...

—Marie, por caridad... —murmuró su marido.

—Es verdad que deberíamos contar con más seguridad aquí —comenté, desviando el tema—. Quizá unos perros... Estamos dejados de la mano de Dios.

Llamaron a la puerta. Nos miramos: no esperábamos a nadie. Me dispuse a abrir, pero mi madre me frenó, hablando bajito:

—Vete a la cama, Jaume. ¡Directo a tu habitación, te he dicho! —me fulminó—. *Allez*, no quiero que te pase nada.

Fue a abrir y estuvo ahí un buen cuarto de hora. Desde la cama oía voces de hombre, secas y autoritarias. Mi padre no paraba de toser, y mi madre maldecía en francés. Cuando se fueron, esperé un rato antes de salir de la madriguera.

—¿Quién era?

—La Guardia Civil. *Des idiots.*

—¿Y qué querían? —Miré a mi madre y, viendo que no hablaba, interpelé a mi padre.

—Nada, hijo. Pasan por las casas para llevarse a los huelguistas.

—¿Los huelguistas? —Extendí los brazos—. O sea, a todos...

—Salvo a las francesas guapas y a los barbudos enfermos. —Sonrió, y a continuación frunció el ceño—. Supongo que sí, más o menos a todo el mundo..., todo el mundo que haya sido denunciado.

—¿Denunciados? No soy ningún alborotador, yo...

—A ver si se sientan a negociar.

—No quieren. —Negué con la cabeza—. Quieren detener a gente como yo, o como tú. Los exaltados están compinchados con los militares. Quieren la guerra, y nosotros estorbamos porque estamos en medio y queremos paz.

—Quizá tengas razón. Vaya tela.

Aquella vez, yo me equivoqué y no hubo guerra. El sindicato aguantó, sin ceder a provocaciones; ni los miles de detenidos, ni el estado de guerra, ni las cargas de los soldados, ni los asesinatos por parte de pistoleros a sueldo..., nada estropeó aquella enorme fuerza del mundo del trabajo,

aquella fuerza silenciosa, a oscuras, de una ciudad entera parada, congelada, sin luz, sin tranvías, sin periódicos ni trabajo ni comercios ni talleres ni obras ni misas. Al final fueron a buscar al Noi del Sucre y se pusieron a negociar. Aquella vez, mi padre se sintió satisfecho; la gente todavía podía hablar y resolver las cosas. Así que me insistió para ir al mitin de las Arenas, que había de aprobar el acuerdo final, y que debía ser, en teoría, un acto festivo y de celebración.

Frente a la multitud, había un control de la Guardia Civil, que nos paró. Mientras enseñábamos los papeles nos tropezamos con el Hechizado y el Houdini. Mi padre les dedicó un cálido saludo, no sé si para combatir el invierno o porque realmente les guardaba afecto. En el caso del mecánico, seguro que le tenía simpatía, porque lo veía trabajador y muy entregado a la Sagrada Familia. Con el otro era diferente; creía que no era merecedor de la herencia de su padre, a quien él recordaba perfectamente espachurrado en el suelo. En cualquier caso, nos juntamos y entramos en la grada. El recinto estaba lleno hasta la bandera, y se veía todo bastante bien porque habían puesto en marcha los focos. Teníamos la tarima justo ante nosotros, al otro lado de la arena, sobre la salida de los toros.

Pasadas las nueve, y enfundados en las mantas que habíamos llevado para combatir el aire gélido, salió el primer orador. Era el presidente del comité de huelga, un chico joven y espigado, bien engominado, que parecía salido del mostrador de un banco. No despertaba demasiadas pasiones, pero tenía muy asumido su papel y explicó que la huelga había sido un éxito y que la patronal había aceptado todas las condiciones. Sonaron silbidos, pero él siguió y pidió claramente que los obreros volviéramos al trabajo al día siguiente. En esas, un sector de la plaza se lo comió a gritos.

—¡Esquirol! ¿¡Y los presos!? ¡¿Qué pasa con los presos?!

A mano derecha había un núcleo de protesta, en el que destacaba un hombre enorme y de voz potente: nada más y nada menos que Calígula. Iba acompañado de gente joven como su hijo, vestido de militar, y también el Cisco, el Estrellas o el Vodevil. Eran los que alborotaban más, y no dejaron de hacerlo a lo largo del acto. Su acusación principal era cierta: no habían soltado a todos los huelguistas encarcelados. Sí que habían liberado a miles de ellos (muchos de los cuales ocupaban la arena, como el mismo Noi del Sucre), pero todavía quedaba un puñado en el castillo de Montjuïc.

—¡A Montjuïc, todos a Montjuïc! ¡¡Será nuestra Bastilla!! —exclamaban los del sector vociferante.

—No puede ser —refunfuñaba mi padre, siempre con el carraspeo de rigor—. Esos cuatro alocados lo mandarán todo a paseo.

Salió a hablar un hombre menudo y desaliñado, uno de los presos que habían liberado ese mismo día, y repitió lo mismo: que la huelga había ido muy bien, que lo habíamos ganado todo, la histórica jornada de ocho horas, la mejora de salarios, la readmisión de los despedidos..., todo ganado. Y que después de tanto sacrificio y de la victoria final, lo que necesitábamos era volver al trabajo. Los silbidos empezaron en el lado derecho, y se extendieron por toda la grada. Él insistió en que no podían mandar a la mierda todo el trabajo del comité, todas las penalidades de los represaliados, y que por respeto debían votar que sí. Había que volver al trabajo. La bronca fue aún más fuerte que con el anterior orador.

—Entonces, ¿qué pensáis votar? —pidió con una imprudencia extrema —. ¿Que sí o que no?

—Este ha perdido la chaveta —dijo mi padre, y todos asentimos—. Vamos a decir que sí, vamos a decir que sí antes de que lo tumben.

Iniciamos una ronda de gritos a favor del sí, en nuestro sector, pero no pudimos detener la ola de silbidos y de negativas que surgían del sector fanático, que se adueñó en pocos segundos de toda la plaza. El no se convirtió en un clamor masivo, rabioso, inapelable.

—La madre que los parió —dijo el Hechizado—. Esto está perdido.

—Ineptos, panda de ineptos —murmuraba mi padre, dando con el bastón contra la grada.

—Mira, ahora sale el Noi del Sucre —avisó Vicentet—. No le envidio nada...

En ese momento, nadie hubiera dado un duro por un reto que parecía imposible. Entre silbidos, emergió ese perfil tan familiar: alto, corpulento, de barriguilla de vino rancio, con el puro habitual y el sombrero de ala corta. Pidió silencio y se esperó un rato largo, con toda la paciencia del mundo, hasta que amainaron un poco las protestas. Entonces se retocó el corbatín, dio un paso adelante e hizo tambalear la grada con su voz de trueno.

—¿Los presos? ¿Reclamáis a los presos? —desafió, y se dio en el pecho con fuerza—. ¡Aquí tenéis a un preso! —Marcó una pausa—. ¿Y cuántos más hay aquí abajo? Veamos, ¿cuántos?

Se levantó un clamor afirmativo del patio de sillas. Desde el flanco derecho intentaron acallarlo, sin mucho éxito, con gritos de «¡No estamos todos! ¡¡Vamos a Montjuïc!!». El orador se encaró.

—Ah, carajo..., ¿queréis ir a Montjuïc? ¿Para asaltar el castillo mejor armado del país? ¿Para morir todos? ¡¡De acuerdo, vamos!! —Se sacó el sombrero, lo agitó en el aire y, dando un cuarto de vuelta, nos animó a seguirle.

Los asistentes se quedaron mudos. No sabían qué hacer ni cómo interpretar el gesto del líder de la CNT. No había ni aprobación ni desaprobación. Todo el mundo esperó a ver cómo proseguía la función.

—¿Qué? —Se giró y fulminó a toda la plaza—. ¿Todavía estáis aquí? Yo creía que queríais ir a morir. Veo que no, que no os habéis vuelto tarumbas. O no del todo. Muy bien. Pues ahora hablemos en serio, seamos fuertes e inteligentes, seamos merecedores de un sindicato único y revolucionario, un sindicato como no habíamos tenido nunca ninguno, ¡¡que se llama CNT!!

Surgieron los primeros aplausos; Seguí ya iba embalado.

—Escuchadme bien: si no liberan a los presos que faltan, yo mismo subiré a Montjuïc y romperé las cerraduras de las prisiones, ¡¡una a una!! —Imitó unos mazazos—. Mirad, ahora somos fuertes, ahora hemos conseguido todo lo que reivindicábamos, ahora tenemos que aferrarnos a nuestra victoria. ¡Hagámoslo por los presos, los que han salido y los que aún no han salido! ¿O es que queremos perder siempre? A ver, ¿queremos o no queremos ganar? ¡¿Queremos ganar?!

El sí fue tan mayoritario e inapelable como poco antes lo había sido el no.

—¡Compañeros, confiemos en el comité! —remachó el clavo—. Si pierde el comité, ¡perdemos todos! ¿Y sabéis quién gana? ¡La patronal gana! ¡La burguesía gana! ¡¡El Gobierno gana!! ¿Recordáis lo que pasó con la Semana Trágica? ¿Sí o no? ¡¡Pues ahora está el comité, que somos nosotros, y si gana el comité ganamos todos!! ¡Apoyemos al comité de la huelga más gloriosa, del sindicato más glorioso, de los trabajadores más gloriosos de toda la historia de Cataluña! ¿¡Sí o no!?

Fue el delirio: todos de pie y aplaudiendo, en un acto de afirmación iluminado, apasionado, diría que casi religioso; mi padre alzado, gritando, el bastón en alto —y, milagro, sin toser lo más mínimo—; y el Houdini bailando en la grada; el Hechizado con las manos sobre la cabeza, gritando: «¡Qué animal, cómo le ha dado la vuelta, cómo le ha dado la vuelta!», y yo riendo como un cretino, incapaz de reprimir mi alegría. Los obreros aprendíamos a ganar, la gente modesta podíamos hacer bien las cosas, por una vez...

Procedimos a la votación formal, pero fue un puro trámite más allá de algún revuelo que hubo a la derecha de la grada, que acabó con el tabernero y los suyos expulsados a empujones de la plaza. Una vez aclarado casi por unanimidad que la huelga se acababa el día siguiente, salimos a la calle, dispuestos a dar con algún carro o algún transporte para llegar al Poblet.

Pero, pasada la puerta, tuvimos la mala fortuna de encontrarnos a los díscolos. El hijo del gigante se nos enfrentó, como si la votación la hubiéramos decidido nosotros.

—¡Esquiroles! ¡Meapilas! —Esgrimió el puño—. ¡Y mañana nadie en la obra! ¡Quien vaya lo pagará muy caro!

Sus secuaces debían de tener otras preocupaciones, porque se habían perdido entre la multitud y lo habían dejado solo. A mí no se me escapó la oportunidad, y me envalentoné.

—Pero a ver, borracho —le endiñé—, ¿no has visto lo que han decidido los obreros? ¿De qué vas, hipopótamo? ¡Violador!

—¿Qué dices, mariquita? —Se abalanzó sobre mí—. ¡Repite lo que has dicho!

Paquito iba de uniforme y me pasaba dos palmos, pero no se dio cuenta de que se había quedado solo, y cuando me sujetó la solapa del abrigo dispuesto a romperme la cara, mis amigos reaccionaron rápido; Vicentet le frenó el brazo, y Guillem le puso la zancadilla y lo tiró al suelo. Mi padre le clavó el bastón en el pecho, impidiendo que se levantara, y yo le regalé un par de patadas en las costillas, creo que me desahogué chillando, y a partir de aquí no os puedo decir lo que pasó. Solo recuerdo gritos, mi padre abrazándome muy fuerte y el Seisdedos en el suelo, la cabeza cubierta de sangre.

—¡Basta, basta, Jaume! —exclamaba mi padre—. ¡Que lo matarás!

—¿Quién? ¿Qué? ¿Qué ha pasado? —Fui a apoyarme contra un árbol.

—Le estabas reventando la cabeza, hijo..., ¿qué mosca te ha picado? —Me pasó el brazo por el hombro.

Mis compañeros, y algún curioso ocasional, ayudaron al coloso a levantarse. Se tambaleaba, pero pasado un rato se pudo mantener derecho. Se aguantaba la cabeza con la palma de la mano, que manaba sangre, y tenía todo el abrigo con regueros largos. Vino hacia mí, siempre vigilado por mis amigos, y me dedicó un puño enorme.

—Te acordarás de esto. Lo pagarás, Bordillo.

Le quería decir que dejara en paz a Lola, que dejara de perseguir niñas, que parara de abusar, pero no lo hice. No me salieron las palabras. Estaba asustado. Tenía miedo de él, miedo de sus amenazas, y sobre todo miedo de mí mismo, de un yo enloquecido, desconocido, explosivo, que había perdido el control y había hecho algo que no conseguía recordar.

—¡Ya os llegará la hora! —gritó el Seisdedos, señalándonos a todos—. ¡Y al del Sucre también! ¡¡Maricas, nenazas, monaguillos!!

Lo dejamos ir, renqueante y aguantándose la barbilla con las manos, dejando un hilillo de sangre en la acera.

Y yo no dejaba de pensar en cómo me había podido descontrolar de aquella manera. Y en cómo me podía llegar a intrigar, o incluso gustar, aquella versión de mí mismo.

Al día siguiente, las obras de la Sagrada Familia se reanudaron. Guillem *el Hechizado* tuvo mucho que ver; al chico se lo comía la angustia, porque hacía más de un mes que lo veía todo parado, por causa de la huelga. Removió cielo y tierra, fue personalmente a visitar a los albañiles y a los canteros, y consiguió un lleno laboral; los trabajos se iniciaron enseguida y a muy buen ritmo. El Estrellas, que se presentó en su puesto, debió de informar puntualmente a sus camaradas, pero al cabo de unos días, y viendo que no había ningún tipo de revancha, dimos por finalizado el asunto.

Dos semanas más tarde, estalló una tormenta en pleno día. Fue una típica tormenta, con un primer granizo, ráfagas de lluvia y viento muy fuerte. Los trabajadores se refugiaron bajo la fachada y el andamio, y a mí me tocó salir con Sugrañes para asegurarnos de que el chaparrón no dañaba nada ni a nadie. Cuando llegamos a la obra, nos encontramos a media docena de trabajadores acurrucados bajo las plataformas, y un poco más allá, al Hechizado, que, entre rayos y truenos, gritaba a un peón.

—¿Cómo dices?, ¿que has dejado Portland ahí? ¿Al aire libre? El cemento se debe cubrir, ¿me oyes? —El otro iba diciendo que sí, pero no dejaba la protección de los maderos—. ¡¡Hay que taparlo o se dañará!! ¿No lo entiendes?

—¡Ya te ayudo yo, Guillem! —grité—. Allí veo una tela, ¿te la traigo?

Asintió, y yo fui a recogerla. Pesaba como un muerto, pero con la ayuda de mi amigo la arrastré hasta dentro del ascensor. Entonces el Hechizado me cerró el paso y accionó el motor, saltó dentro de la jaula y fue remontando. Desde abajo observamos todos sus movimientos: cómo llegaba al nivel que tocaba, cómo sacaba la tela, cómo tiraba de ella por el andamio y la extendía sobre unas grandes palanganas. A continuación emprendió el camino de vuelta, empapado como un pollo: volvió a entrar en el montacargas, activó el mecanismo y comenzó a bajar, mojado pero con una sonrisa de oreja a oreja.

De repente, lo recuerdo a la perfección, se encendió el mundo, y estalló un trueno que parecía una bomba..., una bomba caída sobre nosotros. Guillem dio un salto, la espalda arqueada y el cuerpo temblando. Cayó dentro de la jaula, que se había quedado parada. Y el cable del ascensor empezó a chasquear, a bailar huérfano y a desprender olor a chamusquina. Sacudí a un obrero, luego a otro, y a otro.

—¿Cómo podemos llegar al ascensor? Dime, ¿cómo podemos subir ahí arriba? ¡¡Ayudad, hostia, ayudad!!

Nadie sabía qué hacer. Me volví hacia el arquitecto, pero estaba tan paralizado o más que los operarios. Vi a dos obreros que llevaban botas de caucho y guantes de goma; fui y le cogí el calzado y los guantes a uno, y tiré de la oreja al otro para que me ayudara. Fuimos subiendo por el andamio, hasta que pudimos saltar al interior de la jaula. Ahí yacía Guillem, desplomado como un saco de patatas. Me acerqué y no le supe encontrar el pulso.

—Creo que está muerto —dije sin aliento.

—Un momento. —El obrero que me acompañaba tomó la iniciativa.

Le acercó el dedo a la yugular.

—Está vivo —dijo con una cabezada.

—La Virgen —suspiré—. Venga, vamos, bajémoslo.

El peón hizo un par de movimientos expertos y accionó un mecanismo manual, una polea, para que el montacargas descendiera. Con la ayuda de la gravedad, bajamos rápido.

En el suelo había un corro de gente esperando: estaba Gaudí, el cura y la plana mayor de las obras y del templo, y también estaba la madre del Hechizado, que se agarraba al cura. Habían llamado a un coche de alquiler, que llegó enseguida y se llevó al chico inconsciente, en compañía de su madre, hacia el hospital. El círculo de gente se deshizo y arrancaron las especulaciones sobre el qué y el quién y el cómo. La conclusión fue la de siempre: había sucedido un milagro, porque era humanamente imposible que un rayo como aquel partiera a alguien por la mitad y que ese alguien sobreviviera.

Más en privado, vi que el debate real era sobre el culpable del accidente. Podía ser la víctima imprudente, podía ser yo mismo, que lo había empujado a subir solo, o podía ser Gaudí, que aún no había instalado ningún pararrayos. Las malas lenguas fueron perdiendo intensidad con el paso de los días. El milagro no; el milagro aguantó como prodigio sobrenatural, y es evidente que ese relato se sostuvo porque el Hechizado se aferró a la vida. ¡Tan solo había quedado impedido! Así que se le modificó levemente el apodo, pasando a ser el Electrizado, y ya está, ascendió al podio mágico de los personajes consagrados de aquella santa casa.

Pero quedaba claro que nunca más trabajaría en las obras, ni en ninguna parte, paralizado de cintura para abajo. Los médicos no pronosticaron ninguna solución milagrosa para el futuro; tenían muy claro que el chico no recuperaría nunca las piernas. Entre todos le ayudamos a comprar una silla de ruedas; esto le permitió moverse tanto como quiso, e incluso salir a

veces para hablarles de la Sagrada Familia a los turistas —cuatro curiosos, claro, aquello no daría nunca un duro, y él lo hacía por amor al arte y para distraerse—. Un día me confesó su sufrimiento.

—No estoy tranquilo, Bordillo. Nos quieren hacer mucho daño.

—Hombre..., ¿estás seguro? —Me rasqué la cabeza, pensando que quizá el rayo le había afectado la azotea.

—Lo que te digo. —Bajó la voz—. Mi accidente no fue tal accidente.

—No fue mi culpa —protesté—; tú me impediste subir, yo...

—No, no es nada de eso —susurró, aún más bajito—. Creo que hubo sabotaje.

—¿Cómo? —Me tapé la boca con la mano.

—En plena tormenta, cuando subí al montacargas, vi que lo habían estropeado de arriba abajo.

—No te entiendo, el problema fue un rayo...

—Exacto, amigo, exacto. Pero las asas eran de madera y había recubrimientos de goma en todas partes. Protegido como estaba, no tendría que haberme electrocutado. Pero lo habían manipulado todo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, Bordillo. Lo que oyes. Tienen gente en las obras. Y querían provocar un mal mayor. Una catástrofe.

Solo podía sospechar en una dirección, porque solo tenía unos enemigos en el mundo. No parecía nada casual que él, la persona que más había hecho para terminar la huelga en las obras del templo, hubiera sufrido aquel accidente. Por culpa de una jaula de hierro manipulada... Y pocos días después de haber convencido a todos los obreros para que volvieran al trabajo. No era casualidad.

—Lo que dices es muy grave, Guillem. —Respiré hondo—. Si van de ese palo, esto acabará muy mal. Perdona —miré la silla de ruedas—, quiero decir peor aún. Cualquier día se pasan a los cuchillos y a las pistolas.

—Podría ser. Quieren hacer daño a la Sagrada Familia como sea.

—Siempre, amigo, siempre. —Yo también forcé una sonrisa.

—¿Has oído eso de Marruecos?

Lola, que había venido a verme a las obras, me lanzó la pregunta sin saludar siquiera.

—No. ¿Qué ha pasado, Lola? ¿La guerra, otra vez?

—Sí, una carnicería en un lugar que se llama Annual. Miles y miles de chicos muertos, heridos, desaparecidos.

—No será entre los rifeños, ¿verdad?

—De los nuestros.

—Caramba. Si me esperas un momento, ahora acabo.

—Te espero fuera, Jaume.

Habíamos vuelto a vernos de nuevo. Cuando murió Ferriol, ella se me acercó. No vino por pena ni por caridad; vino a mí porque me quería, y la agonía de mi hermano pequeño la convenció de que no nos teníamos que encallar con rencillas. La tragedia nos obligaba a escoger entre lo que era importante y lo que no lo era. Y lo más importante era vivir, ir de cara y no esconder los sentimientos. Yo también olvidé las reticencias que había tenido en el pasado. Los dos estábamos contentos de ser jóvenes, de estar a salvo, y de poder compartir nuestra alegría. Aquella chica me gustaba, era una buena compañía, y pensaba que cada día lo sería más. Fui a ver a su padre y le pedí el derecho de *conversar* con su hija, que era lo que hacían entonces los pretendientes con buenas intenciones.

—Escucha —le pregunté mientras me ponía la gorra—, y eso de la guerra, ¿qué quiere decir?

—Que ha muerto mucha gente.

—Muchos de los soldados que fueron —me rasqué la barbilla— no volverán...

—Supongo.

No hablábamos nunca ni del Seisdedos ni de sus colegas. Él volvía a estar en el frente, y de alguna manera su recuerdo se borraba. El tabernero de vez en cuando mencionaba cosas de su hijo y de las hazañas que le atribuían en las montañas del Rif, pero más allá de eso evitábamos el tema. Yo nunca había vuelto a evocar la escena del mitin, y mucho menos lo que le había pasado a Lola unos años atrás —y ella tampoco—. Pero, con la masacre de Annual, quizá las cosas cambiaban definitivamente, para siempre. Quizá podíamos respirar.

—Lola..., ¿tú quieres que él desaparezca del mapa?

—¿Por qué? Me da igual.

—Sería la superación definitiva del problema, te podrías olvidar de todo.

Nunca nos habíamos acercado tanto a una conversación abierta y sincera. Y explosiva.

—Jaume, tú tienes veintiún años. Yo cumpliré dieciocho. ¿Qué tal si tenemos fe en nosotros y vamos superando cosas?

—Me parece muy bien. Ahora, si lo fríen ahí en la guerra...

—Déjalo. Mira que eres bordillo a veces.

—Ya..., pero si él se esfuma...

—¡Que no! Que no fue él, caramba. —Me miró y negó con la cabeza—. No fue el Seisdedos.

*OceanofPDF.com*

# VII

# La tierra

—Han matado al Noi del Sucre —dijo mi padre, entrando en casa—. Lo han acribillado.

—¿Cómo? No puede ser. —Negué con la cabeza—. ¿Quién ha sido? ¿La policía?

—Iban de paisano, y han usado una Browning y una Star, ninguna de ellas es de la policía... Igual eran unos esbirros de la patronal.

Cerró la puerta tras él y se sentó en la mesa, dejándose caer y resoplando. Habían abatido al más adorado de los sindicalistas, con una trayectoria fulgurante, que había ganado huelgas y luchas obreras, y había conseguido que muchos trabajadores se lo creyeran a pies juntillas y pensaran que los llevaría a su hora de gloria. Había caído el mejor de los mejores; en la calle, herido de muerte, con toda su corpulencia, su elocuencia y sus esperanzas. Mi padre se secó la frente con el pañuelo y le pidió a su mujer si le podía preparar una limonada para combatir el calor. Le rogué a mi madre que se sentara y preparé la bebida yo mismo.

—¡O unos locos del sindicato —grité desde la cocina—, los más alocados..., los que siempre la quieren joder!

—No digas eso. —Tosió y agradeció el vaso lleno, que se tragó rápido —. Mmm... Gracias, hijo. Creo que exageras, la verdad; en la CNT no hay gente tan loca.

—¿Que no? —intervino la Gabacha—. Vaya pandilla. Ayer me dijeron que habían vuelto los chicos de la guerra. ¡Y tan amigos! El hijo del tabernero bestia, el hijo del militroncho, el hijo de la fulana...

—¿Cómo? ¿Han vuelto? ¿Del Rif?

—*Eh oui.* De aquella porquería de guerra en que estaban.

—Esos sinvergüenzas —me dirigí a mi padre—. Nos matarán. Te matarán. Son lo peor.

—Lo dices por rabia, hijo. No tienes motivos de peso para...

—¿Que no tengo motivos? Hicieron daño a Lola; quien fuera, pero le hicieron daño. Y están en contra de la Sagrada Familia, en contra del país, en contra de todo. No me extrañaría que Calígula estuviera detrás de todo esto; con sus amigos zumbados, se dedica a fabricar odios. Tendremos que cortarlo en seco.

—Pues eso —apuntó la Gabacha—; que alguien haga lo que hay que hacer, y ya está. Panda de mariposones.

—Hay que actuar con motivo, Marie. —Mi padre se mordió el bigote.

—*Je me'n fous* del motivo. —Dio un manotazo en el aire—. No podéis descansar. Debéis estar siempre al acecho. El tabernero ahora tiene a su hijo por aquí. Y a sus amigos.

—Pues yo creo que madre va bien encaminada —indiqué—. Esto del Noi del Sucre...

—Va, en serio. —Tosió—. ¿Tú también insinúas que lo mataron ellos? Descansa un poco, Jaume. Tienes una obsesión...

—Padre, ¡no todos los del sindicato son buena gente! —Me levanté—. ¡¡Cuándo lo entenderás!! Tú y tu CNT angelical... ¡Que hay malhechores! ¡Locos! ¡Cri-mi-na-les! ¿Lo entiendes o no lo entiendes?

La Gabacha, que seguro que pensaba como yo, dio un respingo y me cogió el brazo.

—Hijo, muestra respeto por tu padre.

—¿Cómo? Pero si... si no es ni mi padre... Y, ya que estamos, ¿alguien me puede decir quién es mi padre? ¿Algún día podremos hablar de verdades aquí?

—*Ça suffit!!* ¡¡Pide perdón a tu padre!!

—Sabéis perfectamente que tengo razón, no he dicho nada que no...

—Discúlpate. Ahora mismo. O *fous le camp* de esta casa y sal ahora mismo por la puerta.

Respiré hondo. Bajé la cabeza. Me disculpé entre dientes. Mi padre me respondió, muy flojito, que aceptaba las disculpas y que no pasaba nada. Y me tocó con gran suavidad la mano.

—Entiendo que te has dejado llevar por la pasión, y que lo que quieres es que nos defendamos del peligro. Lo entiendo, hijo.

—Pues sí, es eso.

Mi padre, generoso, me sirvió una salida en bandeja.

—Así pues, ¿realmente crees que está tan mal la cosa? ¿Que hay libertarios compinchados con los soldados? ¿Tú crees?

—¿Compinchados? —Cogí la limonada y me la acabé de un trago—. Por favor... Pero ¡¡si van siempre juntos!! ¡Si han vuelto de hacer la guerra, de hacer juntos las peores maldades!

—Jaume. —Mi madre me hizo una nueva advertencia.

—Lo siento, es que no entiendo cómo... Date cuenta, padre, estamos en peligro. Todos los que queremos construir algo corremos peligro. Tenemos unos destructores enfrente..., con uniforme o sin él... Pero si ya iban juntos y hacían daño cuando estábamos en la escuela..., ¿es que no lo ves?

—Qué mundo más extraño nos ha tocado.

—¿Extraño? No tanto. Militares, patrones, reaccionarios..., ¡con incendiarios y asustados! Alguien quiere eliminar a los que están en medio, los que trabajan para hacer mejoras, para que el país prospere, para hacer subir las cosas. ¿Por qué no detuvieron al más destacado de todos?

—¿Te refieres al Noi del Sucre? —Me miró con cara de desconfianza—. ¿Tú crees que para poderlo matar?

—Lo creo.

Allí se acabó la conversación. Pero no se acabó la cadena de desgracias. Al poco, el capitán general de Cataluña daba un golpe de Estado y todo quedaba prohibido. Ni activistas, ni obreros ni patriotas: todo aplastado. Comenzaba la dictadura militar de Primo de Rivera. Y aquellos que pensaban que ayudaría con la Sagrada Familia, que aquel orden cuartelero nos beneficiaba, vieron que se equivocaban de cabo a rabo. El templo simbolizaba muchas cosas, pero era fruto del trabajo, y surgía de la tierra y volvía a la tierra... Aquello era ante todo un monumento a la creación. Sus peores enemigos eran los destructores profesionales, y esos militares lo eran: enemigos del talento, de la labor y de la tierra.

—¿Dónde está don Antón? —El cura entró sin llamar, mientras estábamos comiendo. Las gotas de sudor le caían por el cuello y le desaparecían dentro de la sotana.

Lo calmamos y lo invitamos a comer lentejas con nosotros. El padre Parés venía de dar vueltas durante horas, porque había quedado con el maestro y no aparecía. Era el día de Cataluña, el Once de Septiembre, había disturbios en el centro y el clérigo sufría por el anciano, que había salido de madrugada. Creía que se podía haber metido en líos: «Es tan despistado...», repetía. Le pedimos que se terminara el plato y que no se angustiara, que después empezaríamos una ronda de hospitales y de comisarías. Que sí, que el arquitecto realmente era muy distraído, por tanto lo más probable era que se hubiera confundido con la hora.

—No lo creo —dijo el padre Bola—, es despistado, pero muy rutinario.

Tenía razón, aunque no ganábamos nada dándole la razón y poniéndonos nerviosos. Terminamos rápido y salimos él y yo, tras informar a mis padres

de cuál sería nuestro recorrido, por si nos habían de buscar. Mi madre subió al taller para informar a la gente del equipo, sabiendo además que allí había un teléfono para hacer gestiones. Con el cura bajamos hasta el centro y ahí nos separamos; él se acercó al hospital de los pobres y yo fui a la primera comisaría de la lista. Por las calles todavía había grupos de activistas, escondiéndose las banderas catalanas bajo la ropa; y, a poca distancia, grupos armados de Guardia Civil y policía. Yo iba con gorra, camisa y pantalones limpios, para parecer buena persona, pero era joven, y en los alborotos callejeros ser joven era una de las peores ideas que podías tener.

Cuando llegué a la puerta del cuartel policial, me hicieron entrar con las manos arriba. Una vez dentro, un agente me registró y, sin escuchar nada de lo que le decía, me castigó en un rincón de una sala oscura, llena de gente de pie; gente que como yo había ido de visita y preguntaban si estaban detenidos, sin obtener respuesta. Al cabo de mucho rato, me pusieron en la cola del pasillo, y cuando llegué a la mesa del final el agente ni siquiera levantó la vista. Me dijo que firmara el papel y que no hiciera ninguna tontería. Y a continuación me condujeron a los calabozos. La casualidad quiso que entrara en una celda con tres hombres, uno de los cuales me resultaba muy conocido.

—¡Maestro! ¡Qué alegría encontrarle aquí!

—Joven —me dedicó una mirada un poco nublada—, no sé si realmente este es un lugar para alegrías..., pero ¿quién es usted?

—Caramba, don Antón, soy Jaume, el chico de la portería.

—Ah, tal vez sí, ahora que te veo mejor..., pues bienvenido, hijo. No sé por qué esto está tan oscuro. —Se sentó en el banquillo y simuló coger aire con las manos—. Y dicen que quieren descubrir verdades, ¿aquí? ¿Con tan poca luz?

—Precisamente, maestro, no quieren que se sepa nada. Es exactamente lo contrario. Pero a ver, dígame: ¿cómo ha acabado aquí?

—Un misterio. —Se rascó el dorso de las manos—. Por terco, supongo.

El arquitecto me explicó que había bajado de madrugada a la iglesia de San Justo y Pastor, para oír una misa en recuerdo de los mártires catalanes del Once de Septiembre histórico. No le habían permitido entrar, dado que, según la policía, allí al único que podían dejar pasar era al señor obispo. Él había insistido, siempre hablando en catalán con unos agentes cada vez más molestos, y entonces se lo habían llevado al calabozo. Cuando le pidieron que se identificara, no le creyeron. No veían ningún arquitecto ni genio en aquel anciano. Creyeron que era un mendigo que les intentaba tomar el pelo.

Se podía llegar a entender, dijo. Para empezar, le habían pedido diez duros de multa para soltarlo, y él no llevaba nada excepto el crucifijo y el rosario. Bueno, y una mandarina, que había acabado siendo todo su alimento. Llevaba un sombrero abollado y un bastón de palo sin adornos; una americana gris raída por las puntas y llena de manchas; los pantalones viejos sostenidos con una cuerda, como si fuera un franciscano; la camisa lucía varios agujeros y, como le faltaban unos cuantos botones, estaba sujetada con imperdibles. Y las alpargatas, abiertas por delante, dejaban escapar las puntas deshilachadas de las gasas sucias con que se enroscaba los pies.

Llamé al vigilante, y cuando finalmente me hizo caso, le aclaré quién era ese señor mayor que tenían encerrado en el calabozo. Dijo que no le contara cuentos, y no me permitió llamar a nadie. Le rogué que no se equivocara más, y entonces llamó a Gaudí para que se acercara a los barrotes.

—*¡A ver, identifíquese!*

—Soy Antoni Gaudí i Cornet —dijo siempre en catalán—, arquitecto de profesión, y vivo en el parque Güell de Barcelona.

—*¡Hable en español!*

—No me apetece —dijo el maestro, mirándolo de frente y conservando el idioma—. Me sentiría muy cobarde si abandonara mi lengua materna en este momento de persecución.

Le apreté el brazo con la mano. La cara del policía se iba encendiendo.

—*¡Tú lo que eres es un pordiosero! ¡Un andrajoso separatista! ¡Venga,* callarsus *y* sentarsus*! ¡A tomar por culo!*

—Tendría mucha más autoridad —espetó el arquitecto sin parpadear— si usted al menos hablara bien el castellano.

—*¡Se sienten, coño!*

Me lo llevé lejos de aquel uniformado y nos sentamos en el banco de madera. Al lado teníamos a dos detenidos. A uno de ellos lo soltaron enseguida, pero el otro se quedó porque no tenía los cinco duros que le pedían. Era un vendedor ambulante y desde el principio nos trató con todo el respeto. Nos explicó que no tenía nada que ver con los disturbios del día, simplemente pasaba por ahí con la carretilla y lo habían pillado. Estaba preocupado por si recuperaría sus pertenencias. Y no hablaba ni una palabra de catalán, pero encontró admirable que aquel señor mayor defendiera su lengua con tanta dignidad. Un idioma, opinó, no podía hacer daño a nadie.

De repente, una mujer que iba de visita interrumpió la conversación.

—Señor Gaudí —se puso las manos en las mejillas—, ¿qué hace usted aquí?

—De momento, hablar mi lengua, que no es poco.

—Pero, buen hombre, ¿no se han dado cuenta de quién es usted? ¡Aquí encerrado en una jaula, por el amor de Dios!

Se dirigió al guardia y protestó con todo su cuerpo. Vista la agitación de brazos y manos, el vigilante empezó a dudar si se estaba equivocando con aquel anciano. Al final, le dijo a la dama que fuera a buscar a alguien con dinero y autoridad que pudiera pagar la multa, y que trajera algo de comida a los detenidos. Así lo hizo la buena mujer. Al cabo de unos minutos, ya volvía con pan y un vaso de leche, y prometió que iba a buscar a alguien que nos sacara de ahí.

Mientras nos comíamos lo que había traído, Gaudí no paró de hablar. Yo aproveché; nunca había tenido ocasión de monopolizarlo tanto.

—Mira, hijo. —Pegó un mordisco al mendrugo, y después de masticar un rato prosiguió—: Cataluña y España tienen líneas distintas. Nosotros somos ondulantes, mediterráneos, y ellos son rectos y llanos como la meseta.

—Por lo tanto, ¿está a favor de que nos separemos?

—Eso dependerá de ellos. —Arrancó unas migajas y se las metió en la boca—. Si insisten en allanarnos, claro que sí. Si aceptan nuestras curvas y formas encorvadas... Aunque no lo veo claro, cada vez cuesta más ver cómo podemos fundirnos, unos y otros.

—El policía debe de tener razón —puse una mueca irónica—, sois un andrajoso separatista.

—Andrajoso, mucho —rio por lo bajo—, sobre todo si hay que pedir limosna. Separatista..., no lo sé..., es que yo ya nací separado. Mira; ellos son abstracción y extremo, nosotros somos equilibrio y síntesis..., ¿por qué? Pues debido a la tierra, la tierra lo marca todo. Castilla no tiene matices de luz, no tiene formas, no es creadora. ¿Cómo te lo diría? —Se rascó la barba y le cayeron migajas—. Nosotros somos griegos, o fenicios..., ellos son cíclopes. Romanos, si lo prefieres. Tienen fuerza. Tienen ley. No tienen debate, como nosotros. Y a nosotros nos sobra debate; si aparcásemos nuestras disputas, conseguiríamos grandes cosas.

—Ya —tercié—, pues hay muchos que dicen que los catalanes nunca hemos hecho nada importante.

—¿Eso dicen? —Se terminó el tazón de leche—. Dicen tantas cosas... Pero, bueno, si fuera así, si realmente no hubiéramos hecho nada grande en la historia, pues razón de más para intentarlo ahora.

Y se quedó tan ancho.

—¿Por eso debemos terminar la Sagrada Familia?

—No, la tenemos que acabar porque así lo quiere el amo —apuntó hacia arriba—, a sabiendas de que no tiene prisa y de que no la acabaré yo. Y quizá tú tampoco, hijo, tal vez tú tampoco.

—Vamos a ver —quería exprimir al máximo aquella conversación—, todo eso está muy bien, pero si somos tan griegos y mediterráneos... A mí me han llegado a decir que el templo no tiene nada de clásico, que es como un gótico de nibelungos y bosques fantásticos de teutones.

—Tonterías. ¿Quién dice eso? —Encogí los hombros, pero él tampoco esperó respuesta—. Ninguna fantasía, joven. Nosotros vemos imágenes, tenemos imaginación, pero no fantasía. La fantasía es para los vikingos del norte. Ellos viven en sombras y tinieblas repletas de fantasmas y de duendes en la oscuridad. Aquí no: la Sagrada Familia es lo más helénico que hay hoy en la Tierra.

—Los novecentistas le van a triturar si escuchan eso. —Él abrió los ojos de par en par—. ¡Ríase usted de ese policía con cara de perro!

—Ahora me has gustado, hijo. —Alzó levemente la comisura de los labios—. Los novecentistas, peores que policías con cara de perro. Buen retrato.

—No, caray, no he dicho eso...

—¡Buena, buena! —Rio por debajo del bigote—. Mira, la Sagrada Familia es lo que habrían hecho los griegos. Así de claro. Fidias, Praxíteles, Calícrates... hoy habrían hecho lo que estamos haciendo nosotros, no repetir como unos monos lo que hicieron hace dos mil años... ¡Es que cae por su propio peso, por Dios!

—Sí, pero dicen —decidí tirar del hilo, arriesgándome a ganarme alguna reprimenda— que aquella armonía de formas sencillas, aquellas líneas tan rectas y aquellas geometrías tan planas, siempre iguales...

—¡Disparates! ¡Dicen disparates! —me fulminó—. ¡El Partenón tiene las columnas inclinadas! —Marcó un ángulo con las manos—. ¡¡Para combatir la gravedad!! ¡Inclinadas!

—¿Sabe qué decía mi hermano pequeño, Ferriol? —Me mordí el labio —. En paz descanse...

—No lo sé. —Cambió de actitud de repente y me miró con dulzura—. Aunque seguro que decía cosas más acertadas que los novecentistas...

—Decía que el templo... —hice una pausa—, que era como un gallinero, lleno de gallos y gallinas.

Don Antón se quedó inmóvil. Me clavó los ojos y aclaró la voz. Finalmente habló, muy lentamente.

—Tu hermanito, además de ser un santo inocente, debía de ser un visionario, como tantos niños..., a pesar de que algunos se estropean después. Un gallinero..., claro. Una policromía de crestas, picos, plumas, las patas granuladas... Lo veo, lo veo... Cuatro torres con cuatro crestas. —Pensativo, se rascó los pelos de la barba, y aún le cayeron hilillos de mandarina—. ¿Sabes? Hoy ha merecido la pena que nos encerraran aquí.

—Yo lo veo igual, ha sido un mal trago muy bien aprovechado... Y, ya que estamos —traté de exprimirlo un poco más—, ¿por qué la Sagrada Familia tiene cuatro torres por fachada? ¿Tiene algo que ver con lo que estábamos hablando?

—Pues, la verdad... —Se enderezó, e hizo pantalla con la mano tras la oreja—. Escucha, creo que es la voz del padre Parés..., ¡sí, es él!

—¡Don Antón! ¡Oh, Jaume! ¡¡Los dos!! —Esquivó al policía, que lo quería parar—. ¡Qué alegría! ¡Y qué trance más espantoso! Ahora saldréis de aquí, ¡¡ahora mismo!!

—No lo hemos pasado mal, mosén —dijo Gaudí.

—¡Ya sé que estáis mal! ¿Cómo vais a estar, si no? ¡¡Fatal!! Qué vergüenza..., el gran Gaudí entre barrotes..., qué escándalo...

El padre Bola pagó todas las multas, incluso la del vendedor ambulante, que irrumpió en sollozos y besó la mano de Gaudí. El maestro retiró los dedos, pero no por modestia, sino por su habitual rechazo al contacto de la piel. Entonces don Antón hizo algo curioso: pidió a los policías que no dieran ninguna publicidad a su estancia allí, ya que no quería que aquellos hechos fueran utilizados por unos o por otros. Tras el gesto, que los

guardias agradecieron, salimos al exterior. Lucía un sol estival, de aquellos que suelen molestar, pero todos hicimos lo mismo: exponer las mejillas al calor para recuperar tantas horas oscuras. Gaudí insistió en que volviéramos a pie y, muy pausadamente, remontamos la ruta de vuelta.

Unas calles más arriba vivimos una escena divertida y bastante habitual: una señora de cierta edad se acercó al maestro pensando que era un mendigo y le ofreció una moneda. Gaudí le dedicó una sonrisa y no aceptó la pieza. Tuvo que ser el cura quien mantuviera una conversación aparte con la mujer y le explicara quién era ese supuesto mendigo. Yo, mientras veía la cara ruborizada de la dama, y al cura que intentaba calmarla, me acerqué a Gaudí y le insistí sobre el tema de las cuatro torres.

—Otro día, hijo. —Golpeó con el bastón en la acera—. Quizá cuando coronemos la primera torre.

—¡No os mováis! ¿Qué queréis, que os embadurne de yeso, como hacíamos antes?

Joanet Matamala *el Comemocos* seguía técnicas algo diferentes de las de su padre. En lugar de hacer los moldes de yeso a tamaño natural, una práctica enormemente incómoda para todos, utilizaba una cámara de fotografiar, tomaba instantáneas desde todos los ángulos, y luego dibujaba los bocetos o esquemas necesarios. A partir de ese trabajo, y sin necesidad de tener a los figurantes horas y horas en posturas difíciles, acometía las estatuas. A Lola y a mí, como ya habíamos hecho público nuestro compromiso, nos había suplicado que hiciéramos de modelos para los esponsales de José y María. Éramos la pareja ideal, decía: jóvenes, guapos, buena gente y escultóricos en potencia. Detrás de nosotros, teníamos al cura dando la bendición.

Gaudí y Matamala habían decidido que el noviazgo de los padres de Jesús ocuparía la cueva que había encima del portal de la Esperanza —el de

la izquierda, del lado del mar—. Bajo un arco con estalactitas que evocaban las formas invertidas de Montserrat, una especie de colgantes gruesos, se abría una caverna donde un sacerdote debía bendecir con las manos extendidas a los novios. El sacerdote estaba de pie, pero José y María habían de estar arrodillados, el uno de cara al otro, agarrándose la punta de las manos extendidas. En aquella posición, la cavidad quedaba bien poblada, pero la escena un poco forzada. La estampa resultaba tan devota y entregada que no sabías si los prometidos se juraban felicidad o reunían fuerzas para afrontar juntos el martirio.

—¿Queda mucho suplicio? —Lola se quejaba del dolor de rodillas—. Tengo que estirar las piernas...

—Quietos, quietos de una vez —repetía el escultor.

—A ver si sabéis esta —Lola no podía callar—: solo tengo una cara, pero tengo millones de caras. ¿Quién soy?

—¿Ya estamos con las adivinanzas? ¡Ja, ja, ja! —Procuré no moverme —. ¿Una cara? No sé..., podría ser... ¿Dios Nuestro Señor?

—Mira que llegas a ser cortito...

Reconozco que ella tenía una capacidad de abstracción que me superaba. Yo necesitaba tocar las cosas.

—No sé, chica, no lo sé. Me rindo.

—¿Padre? ¿Joanet? —Lola quiso asegurarse una victoria total.

—Yo ya nací rendido, hija mía —dijo el cura, y el escultor no se dignó ni contestar.

—Es que si os rendís tan rápido —refunfuñó—, no tiene ninguna gracia.

—Oye, que estamos aquí agarrotados... Además, ¿qué quieres decir? ¿La gracia consiste en demostrar que soy muy torpe?

—Naturalmente. —Rio—. ¿Ya tenéis respuesta? Una cara, millones de caras.

—Ni puñetera idea, Lola. Di.

Los otros emitieron un murmullo para añadirse a mi rendición. Lola se hinchó, hizo una pausa dramática y lo anunció:

—Es la Tierra.

—¿Qué tierra?

—La única que hay, especie de sapo. La nuestra. Tiene una sola cara porque es una esfera, pero tiene millones porque en ella viven millones de personas.

—Ah. Ahora que lo dices, tal vez sí... Demonio de chica... —Me rasqué la cabeza.

—Demonio de chica —repitió el cura—. Con perdón, ¿eh?

—¡Venga, va, Joanet! —exclamé—, ¡date prisa con esta comedia!

Mi problema principal no era tanto el peso que tenían que soportar las rodillas como aquella posición, inclinado hacia adelante, con las manos extendidas; muy romántica pero que me desequilibraba y amenazaba con provocar una caída de bruces —en dirección a la novia, eso sí—. A alguien se le ocurrió plantar un cesto de rosas en el suelo entre los dos, para ayudar a marcar una cierta barrera, pero la verdad es que añadía una nota hortera a la estampa. También me hacía reír la figura que se erguía detrás de nosotros: mosén Parés haciendo el avión con los brazos, en señal de bendición. Lo habían disfrazado de rabino, con un sombrero puntiagudo y una barba postiza.

—A ver qué dice el señor obispo —bromeaba el cura— cuando se entere de que el cura custodio de la Sagrada Familia es ¡un sacerdote judío!

—Pues cuando le revelemos —seguí el juego— que el líder más carismático del obispado es en realidad un judío, ¿qué hará?

—¿Ah, sí? —preguntó Lola, viéndome la cara de mofa—. ¿Qué judío es líder del obispado?

—Uno al que llaman Jesucristo...

Nos echamos a reír, y poco faltó para que los novios nos precipitáramos el uno contra el otro, el padre Bola disfrazado de Caifás se desplomara

encima, y todos aplastáramos la cesta de rosas...

—No pasaréis nunca hambre, hijos —pregonaba el supuesto rabino judío —; ¡este capazo de rosas no os lo podréis acabar ni en toda una vida conyugal!

Y venga a reír, con Lola haciendo la payasa simulando que masticaba pétalos de flor, el cura diciendo las cosas a medias, y yo uniéndome a la fiesta.

—Lola —le dije en voz baja—, puestos a elegir, vale más ser una comeflores que un Comemocos...

En fin, días de rosas y risas. Íbamos a los ensayos de canto coral, dábamos algún concierto por los barrios, y cuando era necesario íbamos a hacer suplencias a las escuelas. Cuando faltaba algún maestro, Consuelo o la hermana del cura nos llamaban. Lola enseñaba matemáticas, geometría y ciencias en general, y yo más bien trabajos manuales y cosas de letras. Y, por encima de todo, evitábamos hablar de lo que había pasado esa noche de años atrás. Solo recuerdo una ocasión en la que resultó inevitable. Era un sábado por la noche en un banco del parque de la Ciudadela.

—El Seisdedos y los suyos ya vuelven a estar por aquí —le comenté—. Han vuelto de Marruecos, pero parece que quieren organizar una guerra privada aquí, en el país.

—Lo sé —suspiró, y luego me sorprendió con una de aquellas salidas que enamoraban—: Olvídate. Lo que tenemos que hacer nosotros es reforzar la Sagrada Familia.

—¿Cuál? ¿Qué quieres decir? —Esbocé media sonrisa.

—Toda. Quiero decir toda. Y todo. —Me miró de soslayo, por si lo estaba captando, y adivinó que no—. Todo es todo, Jaume: lo vivido, lo que nos ha traído hasta aquí, lo que nos une. El templo, tus padres, los míos, las escuelas; nuestra escultura, que un día veremos colgada ahí en la fachada, los dos arrodillados y dándonos las manos para siempre. Quiero decir todo: tu trabajo y el mío, los hijos que quiero tener contigo; toda la ciudad, todo

el país. La familia pequeña, la que no está pero que vendrá en carne y hueso, la que crecerá en piedra, la que...

Ella, que no era la mujer más besucona del mundo, me dio un beso de tornillo que por poco me ahoga.

—Esta —sentenció—, esta Sagrada Familia.

—Creo que lo he entendido —dije mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Mira, Jaume, algún día —me susurró con los ojos húmedos— quizá querrás no haber nacido. Días así te llegarán..., yo los tuve. Y querrás matar a alguien, querrás morir. Pues no. La forma de derrotar los peores días no es con muerte y destrucción. La forma es esta. El día que no puedas más, fabrica un momento como este. O recuérdalo.

—Sí.

Lola y yo habíamos crecido juntos, y ella era la pequeña. Siempre la había querido, de aquella manera en que amamos a las personas que nos han acompañado siempre, sobre todo a las más pequeñas y frágiles. Pero tardé en desearla, en estar loco por ella, en necesitarla. En todo momento la había tenido ahí y, como siempre estaba, no la había extrañado nunca. Mirando atrás, diría que no me desperté hasta que le hicieron daño..., o no, debo ser sincero. Hasta que le hicieron daño y encima desapareció de forma tan dolorosa. Entonces entendí que no soportaba perderla.

Ella, lista como era, lo sabía, y tengo la esperanza de que esto le ayudara a superar su trance, a sabiendas de que mi amor había estallado, precisamente, a partir del gran dolor. El resto llegó solo. Si no podíamos estar el uno sin el otro, nos teníamos que unir. Y la última puerta se abrió en un banquete de bodas en Montserrat, en la boda de los hijos del Salchichón; y digo de los hijos, en plural, no porque se casaran entre ellos, sino porque se casaron dos a la vez. El hombre me había invitado, ya que en los últimos tiempos yo frecuentaba el taller de maquetas, en el sótano de la fachada del

Nacimiento, donde montaba y desmontaba jaulas de madera para poder mover las maquetas arriba y abajo.

Munné paseaba su buen humor entre las maquetas de la fachada terminada, o de las nuevas torres, coronadas por formas torcidas y bolas policromadas. Iba con bata y corbata, pero ante todo con la barriga manchada generosamente de grasas, y mientras impartía órdenes bondadosas a los operarios me contaba las virtudes de sus hijos:

—Me han salido buena gente —se enorgullecía—, de aquellos que no se lastiman y que tampoco lastiman a nadie, ¿verdad que me entiendes? Yo ya me puedo morir tranquilo.

—Hombre, ¿estás seguro?

—Sí. No es fácil llegar a este punto. Bueno, si Nuestro Señor todavía me quiere conceder algunos choricitos y morcillas, no me opondré, pero a ver si tú llegas a poder decir lo que digo yo. Te aviso, muchacho: lo tienes complicado, y aún más con estos tiempos. Mira, ahora el mayor ha terminado los estudios de...

Y venga a darle al pico, porque no era un personaje de verbo escaso. Yo aprovechaba el tiempo, ordenaba las herramientas en los estantes, arrimaba las jaulas con maquetas contra las paredes, doblaba los caballetes y vaciaba los cubos, y le iba diciendo que sí, que llevaba mucha razón. Así que cuando casó a sus hijos, en la primavera del año 25, no dudó en invitarme. Era el día más feliz de su vida; tanto público cautivo, ahí en la montaña sagrada, y su gran familia sagrada. Estaba don Antón, y Sugrañes, el equipo de técnicos, los canteros, carpinteros, herreros, albañiles..., toda la fauna de las obras. Tras su discursito a las dos parejas, aderezado con cierto exceso de ratafía, dijo a una de las novias:

—Aquí hay unos a los que se les pasará el arroz. —Nos señaló—. Tíraselo, ¿de acuerdo?

Le indicó el ramo. La novia frunció el ceño pero aceptó. Cuando estaba a punto de tirar el ramo, saltó Vicentet, que no se perdía ni una.

—¡Un momento, un momento!

—¿Y ahora qué pasa? —protestó el Salchichón—. ¿Le quieres evitar un desastre de por vida a tu amigo?

Se produjeron risitas, y Vicentet no se cortó:

—De ninguna manera, le deseo la misma penitencia que a todo el mundo. Pero para que la bomba caiga con la máxima potencia destructiva, e-xi-jo a la novia que dispare el ramo hacia arriba, describiendo un arco de catenaria perfecto.

Todo el universo humano de la Sagrada Familia estalló en una risotada colectiva, y la novia tiró el ramo. Y Lola, que de geometría sabía más que nadie, adivinó la trayectoria y cazó con gran elegancia el ramo parabólico. Éramos los siguientes.

Teníamos que resolver el problema de los rayos. En esto el responsable era nada más y nada menos que el propio Gaudí, y habíamos tenido que soportar más de un *milagro* derivado de algún rayo..., como tristemente había comprobado unos años antes el Electrizado. Todos los incidentes se habrían podido resolver con un simple pararrayos, pero don Antón lo había impedido. No quería de ninguna manera que un pincho metálico brotara de un lugar imprevisto y provocara un auténtico atentado a la vista. La prioridad estética pasaba por delante del peligro eléctrico.

Un día el Salchichón me explicó que en su momento el encargado de las obras, el célebre Vicentó, le había hecho unas cuantas advertencias serias al arquitecto sobre los rayos y sobre la estructura del arco central de la fachada del Nacimiento.

—¿De verdad? ¿Y qué hizo el maestro?

—Pues nada. —El hombre le pegó un mordisco al bocadillo.

—¿Tomó alguna medida?

—¡No, qué va, qué dices! Eso habría sido rebajarse. —Otra buena dentellada, que dejó una rodaja de longaniza colgándole de los dientes—. Metió una bronca al Vicentó y a todo el equipo, y les dijo que, si no volvían al trabajo de inmediato, los despacharía.

—Y después murió el Vicentó.

—Sí, chico. Un par de días después, pobrecito. —Recuperó la rodaja de longaniza con la lengua—. Se desprendió un sillar del arco, que rompió el andamio e hizo caer al jefe de los picapedreros. Y después los rayos..., ya lo sabes.

—Esto es muy grave. Los accidentes se podían haber evitado...

—No, Jaumet.

—¿Cómo que no?

—Que en la Sagrada Familia no hay accidentes, ¡caray! —Masticó con energía—. Solo hay milagros. ¡Mi-la-gros!

Pensé que había que hacer algo, y si nadie se decidía, tendría que intervenir yo mismo. La oportunidad se dio a las pocas semanas, cuando don Antón se trasladó definitivamente al taller; no solo para trabajar, o para dormir ahí las noches que se hacía tarde, no: se instaló de forma permanente, cenando y durmiendo allí cada noche. La razón oficial era que quería seguir más de cerca las obras, pero en realidad se encontraba muy solo: se le habían muerto todos los familiares y amigos, y en el parque Güell se aburría de mala manera. Llorenç Matamala estaba tan agónico que ya no subía a la casita del parque, y por lo tanto Gaudí decidió que sería mejor vivir en el taller, a dos calles del escultor, así podría visitarlo a diario.

Tuvimos a don Antón como quien dice a pensión completa, y partir de aquel momento nos pudimos ganar su confianza. Vivíamos abajo y en realidad éramos sus cuidadores. Mi madre le llevaba la cena caliente, siempre en forma de legumbres y de verduras hervidas; le lavaba alguna prenda, cuando el hombre se lo permitía, y le suministraba velas, petróleo para la estufa, un mínimo de limpieza doméstica... Él la respetaba y

permitía que le regañara de vez en cuando, lo que me hacía sospechar: otro candidato en la lista de sospechosos..., vaya tortura la vida de un bastardo.

Por la mañana, no había que hacer mucho: el maestro se levantaba a las seis, bajaba para una ducha fría, y salía en ayunas hacia la iglesia de San Juan. Cuando volvía al taller, se contentaba con un vaso de leche y lechuga, o a veces una manzana al horno; y mi madre le daba frutos secos porque sabía que a lo largo del día, aunque no interrumpiera el trabajo para comer, iría mordisqueando. También sabíamos que regalaría una parte del rancho a su nuevo amigo del escritorio. No es que nos gustara mucho, pero no se podía hacer nada.

—Ven, pequeño, ven —le decía mientras se quitaba la zapatilla y dejaba unas migajas encima.

Al poco aparecía el amigo; un ratón blanco de cola rosada, que se encaramaba a la zapatilla. El maestro subía el calzado con el roedor hasta la mesa, cuidadosamente, y observaba complacido cómo el animal se lo comía todo en cuatro movimientos atropellados. A menudo los arquitectos jóvenes del equipo tenían que esperar, echando chispas, a que acabara la rutina del almuerzo del ratón para empezar a discutir cálculos estructurales. Cuando se volvía tan rematadamente franciscano, Gaudí podía ser exasperante. Más de una vez había tenido que intervenir Lola, que ya ejercía una inesperada autoridad.

—A ver, maestro —lo regañaba—, ¿dejamos de molestar a los seres de la creación y volvemos a ser un creador, que es lo que tiene que ser?

El otro le consentía todo.

—Ay, si te hubiera conocido cuarenta años atrás —refunfuñaba mientras despedía al ratón—, ¡ya habríamos terminado el templo!

Y volvían al trabajo, hasta caer la tarde. Entonces el maestro, hiciera frío o calor, lloviera o nevara, se iba a la Barcelona vieja; allí solía asistir a la misa de San Felipe Neri, donde tenía a su confesor. Compraba el periódico, y siempre que se sentía con fuerzas volvía a pie. Alguna vez subía al

tranvía, pero no le apetecía porque, se quejaba, aquellos trastos iban demasiado rápido y eran juguetes asesinos. Portadores de la muerte, decía literalmente. Del tren que corría por el infierno, o sea, el metro, que acababa de inaugurarse en el centro de Barcelona, no quería ni oír hablar.

Cuando llegaba a la portería, llamaba a la puerta, ya que tenía la manía de no usar las llaves, y entonces sabíamos que le teníamos que preparar algo antes de ir a dormir. Podían ser tranquilamente las diez o las once de la noche. La Gabacha le subía espárragos, naranjas, leche con azúcar o lo que fuera, y se quedaba con él un rato hasta que se aseguraba de que se lo había comido todo.

—Va a desfallecer, don Antón —insistía ella—. Tiene que comer. *Il faut absolument.*

—No me gusta comer, es una pérdida de tiempo —mascullaba el viejo —. Y los gordos son unos sacrílegos. No son gente respetable.

—Pues no es necesario que se preocupe por ese pecado, maestro. Su dieta le alejará del infierno. ¿Un poco de vino?

A veces tenía suerte y el arquitecto aceptaba la botella. La tomaba con ambas manos, la depositaba sobre la mesa, la frotaba fuerte para escuchar el sonido que hacía, y, dependiendo de este, llenaba el vaso o no. Sea como fuere, mi madre no se iba hasta que el hombre doblaba la servilleta en formas geométricas y la guardaba, como un maniático, en el agujero de siempre del estante de siempre.

El caso es que le cogimos tanta confianza que un día la familia en pleno lo secuestramos y le convencimos de que instalara un pararrayos en la Sagrada Familia. No lo hizo el arquitecto segundo, ni el responsable técnico, no fueron las autoridades ni los sacerdotes más influyentes de la Iglesia. No, no, fuimos nosotros, que lo invitamos al comedor de casa en una encerrona histórica y le dijimos que nos lo debía. Que sin pararrayos no habría ni comida, ni ropa limpia, ni duchas, ni charlas amistosas..., ni

enigmas geométricos, agregó Lola. Aquí el genio se enderezó y admitió que tenía que capitular.

—Pero no antes de ver la gran culminación.

—¿Qué culminación? —Lo miramos extrañados.

—¿Cuál os pensáis que puede ser, bobos? ¡La cosa más importante que sucederá en este templo!

Se refería a la coronación del primer campanario de la Sagrada Familia. Cuarenta y tres años después de poner la primera piedra, una torre llegaba a la cima. El pararrayos tendría que esperar unos meses más.

—Por supuesto que es bonito. —Gaudí miraba hacia arriba, los ojos encendidos.

—Ha costado acabar —le decía el cura.

—Nada de acabar; esto no es el final, ¡esto es el principio! —exclamó, y el resto fuimos asintiendo—. Hoy empieza todo, hoy ha nacido la Sagrada Familia.

El arquitecto hablaba en tono festivo y también en serio. Con la coronación de la torre de San Bernabé, la primera de todas, Gaudí marcaba el patrón de toda la obra. Y aquella frase tan gastada de «ahora ya me puedo morir» cobraba todo su significado, porque a partir de ese momento ningún sucesor le podría adulterar en exceso la obra; el maestro había fabricado la pauta y la forma definitiva del templo, en una muestra entera de arriba abajo, y ya no sería fácil traicionarlo. He aquí las prisas para dejar lista la primera aguja. Para dotar a la posteridad de un modelo incuestionable. Y completo, desde la tierra hasta el cielo.

—Cómo me gustaría que Guillem estuviera aquí —dije a los compañeros mientras subíamos al montacargas.

De hecho, le había visitado un par de días antes de la inauguración, y él me había aturdido con su anecdotario: que si Bernabé no era uno de los

apóstoles auténticos, al menos no era de los doce «pata negra» —lo dijo así —; que si lo aceptaron más tarde en el grupo de discípulos porque se ve que les regaló sus propiedades; que si el templo le dedicaba una torre porque habían tenido que eliminar a Judas Iscariote por malo, y también a Juan y a Mateo por tener torre propia como evangelistas; que entonces habían convocado a los apóstoles reservistas para poder sumar doce campanarios, cuatro por fachada —el apóstol Pablo, sobre todo, que era más tardío, y los desconocidos Matías y Bernabé—; que si no era curioso que el primer apóstol que se hubiera culminado fuera uno de los últimos...

—Los últimos serán los primeros —recité.

—Eso mismo. Y recuerda que, aunque ahora se estrene una de las torres menores, la Sagrada Familia es ya el edificio más alto de España.

—Ah, caramba. ¿Eso es bueno o es malo?

—Eso es un hecho. Por cierto, ¿sabes si Gaudí ha conseguido el mosaico veneciano? —me preguntó el Electrizado.

—No. ¿Qué mosaico?

—Dijo que no haría los adornos del pináculo con Manises, ¿no lo recuerdas? Que la baldosilla de Valencia era demasiado barata; que debía ser material bueno, el más vidrioso, para soportar las inclemencias de allá arriba...

—Quizá sí, ahora que lo dices...

—¿Quizá sí? A ver, Bordillo, ¿tú trabajas en la Sagrada Familia? ¿No sabes que la culminación de la torre se ha retrasado un par de años por esta historia de los azulejos?

—Mira, si tuviera que estar pendiente de todas las obsesiones del maestro, no me preocuparía de otra cosa. Yo hago lo que se me pide y no discuto.

—Tú lo que eres es un superviviente —sentenció mi amigo.

—Eso espero. —Sonreí.

El caso es que a la hora de subir a la torre, un par de días después de la conversación, yo era de los mejor documentados, y pude presumir ante los compañeros de ascensor. Y cuando tuvimos que dejar la plataforma y continuar subiendo por la escalera de caracol interior de la torre más cercana, me pude lucir todavía más, porque teníamos la cerámica justo delante y se veía perfectamente la policromía brillante y dura que ofrecía.

—De acuerdo, fanfarrón —me endiñó Vicentet entre jadeos—, lo sabes todo. Ahora descansa.

—Muy bien, ya me callo.

Al llegar a donde se interrumpía la torre en la que trabajábamos, con una vista imponente de la torre recién terminada de San Bernabé, nos encontramos por sorpresa a don Antón. Rodeado de sus incondicionales, había querido subir al mirador natural, el punto más alto de la inacabada torre vecina. Quizá pensaba que sería la última vez que tendría tal ocasión, o quizá simplemente le hacía ilusión ver de cerca el primer campanario terminado. El caso es que había vencido el vértigo y la edad, y ahí estaba plantado, asomando medio cuerpo fuera del muro inacabado, contemplando la torre sin descanso.

La expresión más precisa para describir lo que hacía sería «babear». Y babeaba sin pudor, porque a su lado no había ni obispos, ni generales ni millonarios, que lo habían abandonado en ese día tan singular. Estaba el padre Bola, el Salchichón, Sugrañes... No eran gente con la que había que disimular.

—Se verán desde el mar —suspiró reconfortado—; quizá se podrán leer las letras y todo. *Sanctus, sanctus, sanctus!*

—Es impresionante —aclamó el cura—, Nuestro Señor no podría tener un templo mejor.

—Me cago en... Si no le gusta a Dios —era el Salchichón en acción—, yo abandono. Os aviso que no pienso hacer otro templo más grande.

—Vendrán a admirarlo de todo el mundo —Gaudí entraba en éxtasis— para besar el cielo desde aquí.

Me parecieron palabras muy bellas, pero no todo el mundo coincidió.

—Este hombre —Vicentet me confiaba en la oreja—, ¿qué ha bebido exactamente?

—Calla, burro, que te oirán —lo regañé—. Además, no tiene por qué ingerir nada, tienes su droga ahí delante.

Una vez saciados, iniciamos el descenso. Algunos tomaron el ascensor y algunos de los más jóvenes, yo entre ellos, bajamos por el andamio. Así pude repasar, descendiendo, las estatuas que marcaban las vivencias y las personas de mi vida: los ángeles trompeteros, los esponsales de José y María, la huida a Egipto, la matanza de los inocentes... Me pareció gracioso que algún día pudiera venir de visita alguien de China, de Calcuta o de Potosí y que viera nuestras caras petrificadas. Gente de todo el mundo, atravesando el planeta para ver aquella fábula de nuestras modestísimas vidas. Si es que algún día aquella iglesia llegaba a interesar a algún extranjero, claro.

Una vez abajo, pisando tierra firme, me acerqué a don Antón para felicitarle. Realmente era un gran día, y como las alegrías solían escasear, valía la pena animarle. A pesar de las penurias materiales, los obstáculos de las autoridades, los altibajos del país, las adversidades humanas y personales de todo tipo, habíamos tocado el cielo. Se lo dije muy claro:

—Me ha encantado la expresión que ha utilizado, porque la Sagrada Familia no es tanto un rascacielos como un besacielos.

—Claro, joven. —Se le humedecieron los ojos—. Nosotros no rascamos, no hacemos ningún daño, no construimos por vanidad humana. Nosotros mostramos amor al Altísimo.

—Pues eso, maestro. Gracias por todo.

—No se merecen. —Se enfundó las manos dentro de las mangas—. Por cierto, ¿has reflexionado sobre las torres agrupadas de cuatro en cuatro?

—Bueno. —Fruncí el ceño—. Son doce apóstoles y tres fachadas, por lo tanto tocan a cuatro por lado.

—Correcto. ¿Nada más?

—No. Pero estoy abierto a lo que sea.

—Hijo, no te contentes nunca con una sola explicación. Piensa que los argumentos celestiales siempre van acompañados de un relato muy terrenal.

La tierra. Siempre la tierra. Gaudí no era, en contra de lo que decían muchos, un pirado que había dejado de tocar el suelo con los pies. Estaba en la tierra, y mucho. Amaba su tierra. Cataluña estaba presente en todo lo que hacía: en la flora y la fauna, en las inscripciones, que eran en latín o en catalán, no en cualquier otra lengua. Él no sentía nunca la necesidad de hablar otro idioma que no fuera el de su tierra. En la fachada del Nacimiento, todas las estalactitas recordaban la montaña de Montserrat. En todos sus edificios, esparcidos por Barcelona, figuraban las cuatro barras e imágenes del patrón san Jorge.

—De cuatro en cuatro. —El maestro sacó una mano de la manga y la alzó, escondiendo el pulgar y enseñando los cuatro dedos—. Esto es una fachada de la Sagrada Familia.

En aquella época, el signo que había hecho Gaudí era más bien subversivo. Simbolizaba las cuatro barras de Cataluña, y la dictadura española podía arrastrar a gente al cuartelillo por realizar ese gesto en público.

—¿Las cuatro barras?

—Que nunca te baste una sola explicación.

—El cielo y la tierra —afirmé.

—Tú lo has dicho, joven. Y yo cada vez más cerca de la tierra. Que será el cielo.

*OceanofPDF.com*

# VIII

## La roca

—Padre, ¿tiene un momento? —Lo detuve cuando salía de la cripta todo ensimismado.

—Ah, hola, Jaume —se rascó la cabeza—; te tengo *in mente*, sí, no sufras, pero ahora estoy absorto en otras cosas.

—Quería hablar de la boda, pero, vaya, no es necesario que sea hoy.

—Pues lo siento, hijo. —Se abrió el cuello de la sotana—. Hoy no podrá ser.

—Bueno, lo entiendo. —Esbocé una sonrisa—. ¿Pasa algo grave?

El hombre estaba desbordado por las circunstancias. El Gobierno Militar había dado fuerza a los sectores más conservadores de la Iglesia, y habían empezado a cuestionar las obras del templo. Que si aquello era una locura, que si era demasiado caro, que si había que convertirlo en parroquia, acabar con aquella comedia y echar a Gaudí. También se hablaba de destituirlo a él, al cura custodio, por ser demasiado abierto y catalanista, y ante todo por defender siempre al arquitecto, que no quería oír hablar de una parroquia de barrio, donde las misas y los bautizos pasarían por delante del monumento. Todo eran problemas con los que presumían de católicos militantes.

—¡Ya no sé quién me da más miedo —confesó el religioso—, si los anarquistas o los de misa!

—Hay días, mosén, que parece que vayan juntos...

—A fe de Dios que sí. —Se sacó el pañuelo y se secó el cuello—. De momento ya nos han obligado a despedir al pobre Sugrañes...

Era una destitución nominal, porque el sucesor de Gaudí seguía acudiendo al trabajo como siempre, e ignoro si cobraba su sueldo, pero en todo caso se trataba de una simple medida pasajera. Le habían acusado de separatista, y él había optado por renunciar cautelarmente al puesto y calmar a la tropa más cavernícola.

—Qué injusticia. Debemos frenarlo.

—Drenarlo no lo drenaremos —respondió el cura—, pero quizá los podríamos frenar. La próxima semana me voy a Roma.

—¿A pedir ayuda al papa?

—El santo padre tiene todo un mundo por atender. —Se persignó—. Pero sí, pediré bendición papal para el templo, para las obras y para todos los trabajadores. A ver si lo protegemos un poco.

Buena parte de los problemas los teníamos dentro, dijo, y recalcó que dentro quería decir en el interior de la iglesia, incluso entre los curas del templo mismo. Si el papa daba una pequeña ayuda, sería más fácil frenar a toda aquella pandilla de carcas. No drenarlos, como sugería yo, pero quizá sí frenarlos.

—Sí, sí —suspiré—. Pero solo dígame una cosa: a pesar de todo lo que me decís, la boda sigue adelante, ¿verdad?

—Sí, me temo que esa moda sigue. —Se encogió de hombros—. Pero, vamos, tú tranquilo porque la boda va sobre ruedas, tal como estaba prevista. Hablamos en breve, ¿de acuerdo?

El padre Bola me dio suavemente en la mejilla, como solía hacer desde que era un niño, y se apresuró hacia el taller. Tenía que compartir sus angustias con su amigo y genio admirado. No cabía esperar de Gaudí ninguna solución práctica, pero quizá sí la fe y la fuerza de convicción necesaria. Yo iría a hablar con Lola, ya que hacía un par de días que no nos veíamos. Le quería contar la conversación; todo seguía en pie, pero el pobre

cura tenía un montón de problemas en la parroquia, y vete a saber si eso afectaría nuestros planes. Subí a su casa.

—Está enferma —me dijo su madre—. No sé si te querrá ver.

Paca iba con bata y zapatillas, y también con aquella expresión agria y seca que yo conocía tan bien de otras ocasiones. Respiré hondo e insistí. No quería ser maleducado, advertí, pero es que su hija era mi prometida, nos íbamos a casar muy pronto y tenía todo el derecho a hablar con ella. Si quería una buena relación con su futuro yerno y —alcé el dedo— con sus futuros nietos, más le valía dejarme pasar.

—Hombre, no hay que ponerse así —se retiró un poco—, que yo lo hago por la salud de ella.

—Ni salud ni puñetas. —Di un paso adelante, pero me volvió a cerrar el paso—. Vamos a ver, Paca, ¿tendremos que llegar a las manos?

—¿No te han enseñado modales? ¡Que podría ser tu madre, chico!

—No he tenido tanta suerte, señora. Déjeme pasar.

—Madre, déjale entrar —se oyó la voz de la muchacha—. Pasa, Jaume, no estoy muy fina, pero tú siempre puedes pasar.

Me deslicé hacia dentro, tras una incómoda refriega con la pechuga de la inminente suegra.

—Lola —le tomé la mano—, me podías haber avisado..., estaba preocupado por ti y, además, tengo noticias que seguro que te alegrarán. El cura me ha dicho que el bodorrio...

—Estoy con jaqueca, Jaume. ¿Me lo cuentas en otro momento?

Entramos en su habitación y nos sentamos en la cama.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿No estarás dudando?

Se produjo una pausa que duró un segundo más de la cuenta.

—Esto..., no, hombre, no te preocupes. Creo que he pillado la gripe, eso es todo.

—Así, ¿tiramos adelante, pues? Puede que nos llamen en cosa de días, ¿estarás lista?

Le apreté el brazo. Ella dio un salto dolorida.

—¿Qué tienes?

—Nada, ya te lo he dicho. Me duelen un poco todos los huesos.

—Mientras no sea la gripe española..., mira el pobre Ferriol, empezó que no lo podías ni tocar, me acuerdo de...

—Jaume, déjalo. No te preocupes, la gripe esa que dices hace más de cinco años que pasó. Solo estoy acatarrada.

—De acuerdo, te dejo descansar. Quieres descansar, ¿verdad?

—Gracias por ser tan comprensivo. —Me besó en la mejilla—. Nos vemos mañana o pasado, ¿te va bien?

—Sí, por supuesto.

Me fui algo cabizbajo. ¡Un beso en la mejilla! Me había besado en la mejilla..., la mujer de mi vida... Quizá era porque estaba enferma, tal vez era por culpa de su madre, que rondaba por allí como un sargento de guardia, quizá era la crisis típica de justo antes de casarse... si es que existía tal cosa. Volví a casa con el recuerdo incómodo de cuando la habían forzado, el recuerdo de aquella Lola que no tenía ganas de estar conmigo.

—Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos contra la casa, pero esta no se derrumbó, porque estaba construida sobre una roca.

El cura iba desgranando la parábola de las dos casas, la lectura que él mismo había escogido para acompañar nuestros esponsales. Los cimientos, las raíces, la fortaleza; aquello era lo que marcaría la suerte de nuestro matrimonio. Y lo que marcaría también la suerte de todo lo que se levantara encima de aquella buena base. Los hijos, la familia, la fe, el templo. Continuó con su sermón. Se notaba que se lo estaba pasando bien.

—En cambio, ya sabéis qué pasa con quien escucha estas palabras y no las pone en práctica, ¿verdad? —Abrió los ojos y sonrió con complicidad

—. Cae la lluvia, se desbordan los ríos, soplan los vientos y la casa se derrumba. ¡¡La ruina es completa!!

Lola y yo estábamos ante el altar. Ella estaba radiante, no quedaba ni un rastro de incertidumbre en su cara; era toda luz, y con la faz derrotaba las penumbras de la cripta. Quién lo hubiera dicho unos días atrás, cuando la fui a ver a su casa. Quién lo hubiera dicho años atrás, cuando ella era un gusanillo y siempre andaba sucia, cuando se pelaba las rodillas en el patio y lloraba con cada caída. Quién hubiera dicho que sería una diosa. Sí, quién lo hubiera dicho. La Charnega convertida en mi esposa. La que según otros se había pasado de bando, pero que respecto a mí era la más devota, la más leal, la más generosa... Aquella era Lola, y me había elegido a mí para construir la casa sobre la roca. Quién lo hubiera dicho.

La cripta, aquella gruta con olor a cueva donde tanto habíamos jugado al escondite, era un lugar especial. Era ahí donde nos habíamos aburrido con las misas, donde el latín sonaba más lúgubre y macizo que en ninguna parte. Donde el templo se hundía hacia las profundidades de la tierra. Por encima teníamos que erigir una basílica cada vez más enorme, pero en ningún lugar como en la cripta se distinguían las raíces del gran templo, nervios gruesos de piedra, que se abrazaban a las entrañas del mundo y encontraban en la roca, profunda y dura, la base más sólida. Era un buen lugar para casarse.

—Jaume, ¿quieres recibir por esposa a Dolores, y prometes serle fiel en la prosperidad y en...? —El cura encauzaba el ritual.

—¡Sí, por supuesto! —me precipité, provocando algún murmullo.

—Bien dicho. —El sacerdote me guiñó el ojo—. Dolores, ¿quieres recibir por esposo a Jaume y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad?

—Sí, quiero.

—Pues *ego coniungo vos in matrimonium*...

Y así hasta culminar la ceremonia. En el momento de salir, un intenso chaparrón estival nos obligó a quedarnos dentro de la cripta, y tuvimos

ocasión de saludar a casi todo el mundo..., a los más íntimos, los trabajadores de la obra, los miembros de la parroquia, los antiguos compañeros de escuela y las respectivas familias: mi madre mirando de reojo al cura, desconfiando como siempre de los que mandan —o así lo creía yo—; mi padre haciendo de Magdalena, tosiendo y secándose las lágrimas con la manga; y el señor Artigas compitiendo con él, y la señora Artigas, la inigualable Paca, gritando a pleno pulmón que su hija era tan cursi que se casaba por amor; con un bordillo, añadía en voz más baja.

Me hizo una especial ilusión ver al Electrizado, en polo positivo, emocionado de haber bajado la escalera de caracol con silla de ruedas —ayudado por otros, claro—. «Ha faltado poco para que me la pegue contra el mosaico del suelo —iba diciendo juguetón—; qué privilegio morir así en la cripta de Gaudí.» También iba en silla de ruedas el escultor Matamala, ya con muy poca mata en la cabeza, muy enfermo, la cara toda vendada y casi sin voz. El hombre había insistido en salir de la cama, ignorando cualquier recomendación médica; no sucedía cada día que casaran en vivo a una pareja que ya habían casado antes en piedra.

Entre los invitados se encontraba, asimismo, gente de gran relieve. En la capilla de la Moreneta me encontré a Rusiñol y Opisso entreteniendo a las maestras de escuela, Consuelo y la hermana del cura, María Luisa. No pude compartir mucho tiempo con ellos, pero aquel era sin duda el rincón más atractivo de la celebración.

—¿Cubistas? ¡Qué dicen, señoras! —exclamó el pintor veterano—. ¿Montañas de cubos? Esos inventos no valen para nada. Miren, aquí Gaudí podía haber hecho un cubo —peinó la cripta con las manos— y nos habría dejado sin Sagrada Familia.

Las dos jóvenes se rieron con un punto de exageración.

—Está de acuerdo, ¿señor Opisso? —le preguntó la maestra con un interés algo más que cultural—. He oído decir que ahora los artistas más modernos rechazan la línea curva, que ha pasado a ser antiestética...

—¿La línea curva? ¿Antiestética? Señoras... —protestó el dibujante, tomando distancia y admirando con las manos las figuras de las dos mujeres —, ¿antiestética? ¡Vaya majadería!

Reinaba el buen humor, como no podía ser de otra manera. Ya cerca de la salida, pillé a un grupo alrededor de don Antón. Estaban los ayudantes del taller, la Chinche —la única de los enemigos, que no paraba de mirarme —, y también naturalmente el Houdini, el Salchichón, el padre Bola, Ceuta y Melilla, el Comemocos y, en el centro de todo, Lola, discutiendo con el maestro. También estaban los ayudantes del arquitecto, sobrecogidos al ver cómo Gaudí se dignaba debatir con una chica. Ella era una polemista de categoría, pero ese día discutía con más fuerza que nunca. Y Gaudí se la tomaba muy en serio.

—¡Qué disparate! No tienes razón. —El maestro la miraba directo a los ojos, y eso mismo ya era motivo de espectáculo.

—Tengo mucha razón, se lo demostraré. —Lola llevaba el velo de la cara levantado, y desafiaba al genio a medio palmo de su nariz—. Y si lo demuestro, lo tendrá que reconocer.

—Claro, lo admitiré —respondió él ante el murmullo general, y obligado a guardar la reputación de ser más terco que una mula.

—Y si lo admite —afirmó ella mientras respiraba hondo—, dejará que colabore en los cálculos de las obras.

Se había excedido. Una cosa era que don Antón acabara reconociendo los motivos de alguien, pero que se rindiera hasta el punto de fichar a la persona para ayudar a diseñar su obra maestra, encima tratándose de una mujer... Todo el mundo esperaba una respuesta fulminante. Pero no, no pasó nada de eso. De repente estalló un trueno, caído muy cerca, y cuando acabó de retumbar habló el genio del modernismo.

—Nuestro Señor responde con un estruendo celestial —señaló con el dedo hacia arriba—, y yo no tengo nada que añadir.

Una exclamación de sorpresa recorrió, sin excepción, las caras de todos los presentes, a los que progresivamente se iban añadiendo más personas. La cosa se estaba poniendo interesante, y si Lola se salía con la suya, eso sería una revolución en el universo Gaudí.

—¿No acepta que compare la Sagrada Familia con un cubo? —recapituló Lola.

—¿Un cubo? De ninguna manera. Todo lo contrario. Ni una sola similitud. Nada.

Qué curioso..., venía de otra conversación donde también se había citado el cubo como la forma más opuesta a la Sagrada Familia. Tanta casualidad era imposible... Bueno, el caso es que mi mujer hacía una típica apuesta de las suyas; el problema era que, enfrente, Lola no me tenía solo a mí: tenía a un público que presumía que ella no ganaría nunca jamás, porque estaba diciendo un disparate y porque estaba obligada a defenderlo ante la mente más privilegiada de la geometría aplicada. Aun así, yo conocía a esa mujer mejor que nadie, y sabía que si ella jugaba fuerte era por algo. Debía de sentirse muy segura. Resonó otro trueno, y Lola prosiguió:

—Os daré no una, sino tres razones para sostener lo que he dicho. En cada argumento, tenéis que responder si digo o no la verdad. Será muy rápido y fácil.

—Hecho. —El hombre le dedicó un saludo gracioso, como poniéndose a sus órdenes.

—Mirad, primera semejanza. —Hizo una pausa dramática—. Tanto la Sagrada Familia como un cubo tienen la planta cuadrada; esto se verá muy claro cuando esté construido el claustro perimetral alrededor del templo.

—Rigurosamente cierto —admitió Gaudí.

—Segunda. —Sonrió—. Tenemos tres caras visibles y tres caras ocultas.

—¿Qué caras oculta el templo? —saltó el Salchichón—. Ahora no me vengas con que tendremos que hacer el doble de estatuas.

Hubo una risa dispersa, pero el maestro alzó las manos para imponer silencio.

—Vas a por todas —refunfuñó poniendo morritos—, pero sí, eso también es verdad. Las tres fachadas que dan a la calle se verán bien, las tres contrafachadas que dan al interior no serán visibles. Y en un cubo siempre hay tres caras ocultas, que quedan en el reverso. Bien jugado.

—Pues vamos a por la tercera —respiró—. El contorno está definido por doce perfiles largos, doce líneas, agrupadas de cuatro en cuatro.

Las caras de estupor fueron antológicas. Ni el Salchichón ni el cura tenían palabras, que ya es no tener palabras. Hasta que, de repente, el silencio se rompió con un trueno, a poca distancia, que hizo temblar las columnas compactas de la cripta.

—La Creación ha hablado —admitió Gaudí a regañadientes—, y has ganado. Solo tengo una objeción que hacer.

La gente pensó que saldría con una reflexión pitagórica de gran calado. Pero no.

—¿Por qué demonios...? —negó ligeramente con la cabeza—, ¿por qué no te conocí hace veinticinco años?

Se desató un buen festival; la gente reía, aplaudía, silbaba, y yo no sabía muy bien qué cara poner. Lola resolvió el momento viniendo hacia mí, agarrándome el brazo y proclamando *urbi et orbe*:

—Hace veinticinco años pasaban cosas más importantes, maestro —subió el mentón—, porque nacía el mejor hombre que ha dado esta tierra: mi marido.

La alegría volvió a imperar, y todo el mundo irrumpió en gritos de «¡vivan los novios!», «¡que se besen!», junto con todo lo que nos recordaba que estábamos en plena boda. Y como no paraba de llover, la buena sintonía duró un rato largo, rompiéndose solo por la llegada de uno de los peones que habíamos dejado vigilando fuera. El hombre iba empapado de arriba

abajo, gritaba y no se le entendía mucho, hasta que lo calmamos y le exigimos que hablara vocalizando.

—Un rayo —consiguió decir—; ha caído de lleno sobre el taller.

Se creó una estampida, e incluso los novios salimos a ver qué había pasado. Lola arrastraba el vestido, y yo trataba de aguantar la cola, llenándome de barro hasta los tobillos...

—Ha sido un milagro —anunció Sugrañes, que por una vez en la vida había corrido más que nadie—. No hay víctimas, y la lluvia ha impedido un incendio. Apenas hay una cornisa afectada.

Apuntó hacia arriba, hacia la zona de la claraboya retráctil, y después hacia el suelo, delante de la puerta, donde habían caído ladrillos y cristales rotos. Aquello era todo. Pero nos miramos unos a otros y con las caras ya lo decíamos todo: el maldito pararrayos era urgente. Habíamos culminado la primera torre, don Antón ya no tenía excusas, y cualquier día el milagro sería de los que dejan muertos. Los invitados fueron regresando hacia la cripta, y puesto que en ese momento nada más caían cuatro gotas, me entretuve en mirar los desperfectos. Justo en ese momento se me acercó la Chinche. La miré. La pobre no conseguía vestirse con estilo ni para una boda, pero socarrona era un rato largo.

—¿Qué, el novio? ¿Pasado por agua? ¿Ya el primer día?

—Hoy no me amargarás el día, chata.

—No, yo nunca haría tal cosa. —Se retiró el pelo remojado que se le pegaba a la cara—. Pero, escucha, ¿cómo te sientes, después de que te haya casado él?

—¿Él? ¿A quién te refieres? ¿Al padre Bola?

—Sí, sí, el padre. No pasa cada día que te case un padre de verdad.

Maldita Chinche; lo soltó y se quedó tan pancha. Supuse que se lo había inventado solo para incomodarme. Quizá sí; hacía años que escuchaba todo tipo de voces mal intencionadas. La única persona que de verdad me lo

podía confirmar era mi madre, y ella no estaba para estas historias. Siempre sentenciaba el tema con las mismas palabras, y de ahí no salía:

—Tu padre es el que te ha criado, *voilà*.

—¿Cuándo se lo han llevado? —Cogí a mi madre entre las manos—. ¿Quién ha sido?

—Los de siempre. —Se le cortaba el aliento—. Iban con unos jóvenes... del sindicato... y su hijo..., el otro gigante...

—¿Calígula y el Seisdedos? ¡Qué dices! —La obligué a sentarse—. Mira, madre, es importante que te quedes aquí y no te muevas. Cualquier persona que sepa algo nos buscará aquí. Quédate, por favor, y yo ya iré a buscar a mi padre.

—Han dicho que no me preocupara, que era para una reunión..., pero él no quería ir, y yo, yo no sabía qué hacer...

—Cálmate, pronto saldremos de dudas. Tú no te muevas, ¿de acuerdo?

No me soltaba el brazo.

—Te harán daño, no vayas...

—No te apures. Voy a subir para buscar refuerzos en el taller. Mira, si quieres, ven conmigo y te quedas con ellos en el piso de arriba.

La Gabacha se conformó y subió conmigo. En el taller estaba Lola, que había empezado a trabajar allí tal como le habían prometido, y otros miembros del equipo. Mi mujer estaba muy angustiada; también habían pasado por el taller. No, no habían tocado a Gaudí, había salido para ir a misa. Sí que se habían llevado al señor Sugrañes y a dos técnicos. La cosa se complicaba; era muy raro que se llevaran a personas que no tenían nada que ver con los sindicatos. A Lola le habían dicho que actuaban por orden de los militares; de hecho, los acompañaba el Babosa, con uniforme.

—Se los llevan por catalanistas —pontificó el Salchichón—; desde el atentado contra el rey están muy asustados, y dicen que hay un complot

separatista en marcha, y que la Sagrada Familia es el centro de la conspiración, y no sé qué más. Tienen ganas de encarcelar a gente. Aún tendremos que montar el templo en el patio de la cárcel Modelo.

—Ve a buscar al capitán Secano —me dijo Lola—; él puede ayudar. Y también el cura. Lo que necesitas ahora son uniformes y sotanas.

—Claro, bonita, tienes razón. —Le di un beso—. ¿Te quedas aquí con mi madre? Todo irá bien.

Me tropecé con el padre Bola cuando salía, y los dos fuimos a buscar al capitán de ingenieros. Lo encontramos en su casa, no muy lejos, y fue con él con quien iniciamos la búsqueda. Yo sugerí que fuéramos primero a la taberna de Calígula, donde con un poco de suerte podríamos aclarar lo que estaba ocurriendo. Cuando nos presentamos, las mesas estaban vacías y detrás del mostrador de mármol solo se encontraba la Chinche.

—¿Dónde está Calígula? ¿Y el Seisdedos? —pregunté, directo al grano.

—Bienvenido, amigo Bordillo —dijo con una sonrisa forzada—, y bienvenidas, autoridades. ¿Quieren tomar un vinito?

—Mira, no estamos para vinos. —Fruncí el ceño—. Tu chulo está llevándose a medio barrio.

—Te debes de referir a mi querido esposo. —Se retiró las greñas, tan rebeldes como siempre.

—¿Estáis casados? ¿Desde cuándo?

Miré al cura, y el hombre se retiró, como para dejar claro que él no había tenido nada que ver.

—Tú estás mal de la azotea —le espeté, y ella levantó la barbilla—. Bueno, ya no importa un disparate más, no pasa nada... Oye, ¿dónde están los secuestrados? ¿Adónde los ha llevado tu macarroncillo..., o sea, tu maridillo?

—¿Y yo por qué tengo que decirte nada?

—¡Porque viene acompañado de la autoridad militar! —intervino el capitán.

—Ja, ja, el general Bum Bum. —La mujer lo repasó de arriba abajo—. Que tiene un sable muy muy grande, ¿verdad, general?

—Déjate de sables y de generales, golfa —le ladré—. No es la primera vez que el Seisdedos secuestra a alguien, ¿sabes? ¿Y cómo acabó la otra vez? Lo sabes todo, ¿verdad? ¿Y sabes qué pena te cae por secuestro? ¿Y por violación? ¿Y por complicidad? ¿Y por encubrimiento?

Su sonrisita empezó a aflojar. Tras un breve silencio, cedió.

—Paco no ha secuestrado a nadie, a él también se lo han llevado detenido: a él, a su padre y a dos más del sindicato, el Melón y el Vodevil. Desde la última huelga los siguen muy de cerca. Son los más combativos, los hombres de Durruti. Tipos duros, machos entre los machos.

—¿Durruti? ¿Machos? ¿Sindicato? —exclamé—. No me hagas reír. Una panda de malhechores, eso es lo que son. Jugando siempre a dos bandas. O a tres o trescientas. ¿Quién dices que los ha detenido?

—Los militares.

—Militares..., déjame pensar... ¿El sargento Babosa y el cabo Cisco, tal vez?

No abrió la boca. Sabía que no me podía hacer comulgar con ruedas de molino. Era verdad que un grupo de radicales se estaba haciendo fuerte en la CNT, a las órdenes de ese tal Durruti, y que se dedicaban a asaltar bancos y a preparar atentados. Se hacían llamar los Solidarios. Pero detrás de los cuatro idealistas que participaban por principios, tan cuestionables como se quiera, también se ocultaban delincuentes normales y corrientes, algunos de ellos confidentes de la policía y de los militares. No había que ser muy listo para entender lo que estaban haciendo. Iban todos en la misma barca.

—Menudo sainete. O sea, ¿que los militares han acabado arrestando a aquellos que han detenido a Sugrañes y compañía? —preguntó el cura.

—No os creáis nada, mosén, no los han detenido. Son cómplices y actúan fuera de la ley. De qué pensáis que vive esta gente, ¿de este bar desértico? —fulminé a la Chinche—. Ahora dime adónde los han llevado.

Nos sirvió tres vasos de vino.

—A tu salud.

—¡Ni salud ni gaitas! —Golpeé el vaso contra el mármol—. ¿Dónde están los desaparecidos?

—Tranquilos, que yo sepa no se ha muerto nadie. —La chica suspiró—. Probad en el cuartel de Lepanto. El del Príncipe de Gerona. Quizá allí os dirán algo.

—Muy bien. Al cuartel.

—¿Seguro que no quieres un traguito, Jaume? Las autoridades no te necesitan para nada, podrías hacerme compañía un rato...

—No sabes cómo me gustaría, Chinche. Pero ahora mismo me ha surgido trabajo.

Cruzamos la media docena de calles que nos separaban del cuartel, y llegados a la puerta, fue el capitán Secano quien entró en acción. El recinto pertenecía al cuerpo de Caballería, y él era de Ingenieros, pero no dejaba de ser un oficial, y como tal los soldados se le tenían que cuadrar y lo tenían que atender. Así fue, y al poco ya nos encontrábamos en el despacho del comandante de la unidad. El capitán le hizo saber que, si tenían a alguien encerrado de forma irregular, debería notificarlo al Gobierno Militar de la región, más cuando entre los desaparecidos había gente distinguida de la Iglesia, veteranos de guerra y hombres de consideración.

El otro escuchó atentamente. Al cabo de un rato se rascó la barba y nos pidió que esperáramos fuera del despacho. Nos sentaron en una salita alejada, pero a base de ir al lavabo pudimos descubrir algunas cosas. El primero en salir fui yo, y vi entrar en el despacho del comandante al sargento Babosa, que era el Babosa de siempre aunque se paseara disfrazado de militar y llevara un bigotillo de feria. Al cabo de poco lo vi salir preocupado y con el sudor que le chorreaba cuello abajo. Lo fui a compartir con el cura y el capitán.

—No es un tema sindical —sentenció el padre de las gemelas—. Esto no tiene nada que ver con los derechos de los trabajadores.

—Entonces, ¿qué está pasando? —le pregunté.

—No lo sé. Parece una operación preventiva —señaló el capitán—; ya hace unos días que corren rumores. Sobre un segundo atentado contra el rey, un nuevo complot separatista desde el exterior.

—Pero vamos a ver —el padre Bola aún no ataba cabos—; usted es capitán del Ejército, tendría que saber lo que está sucediendo. ¿Está detrás de esto o no?

—Mire, padre, cómo se lo explicaría... —Se enroscó el bigote puntiagudo—. El primado de la Iglesia católica acaba de decir que la Inquisición tiene que volver. ¿Está usted de acuerdo?

—No sé quién ha dicho ese disparate, pero no, claro que no estoy de acuerdo.

El capitán, que no estaba al tanto de la sordera del religioso, arqueó una ceja.

—Se lo acabo de decir: el primado. Su jefe máximo. —Chasqueó la lengua—. Bueno, da igual. El caso es que no todo el mundo es idéntico, ni dentro de la Iglesia ni dentro del Ejército. Hay militares que querrían darle una patada al rey y proclamar una república. Y otros no; otros que quieren que pase esto.

—Claro, ya lo veo. Pero sigo sin entender por qué los militares han confiado en estos gamberros para arrestar al señor Sugrañes.

—La Virgen. —El capitán resopló—. Me voy al lavabo, a ver qué descubro.

—De verdad, Jaume —el cura se volvió hacia mí—, ¿tú entiendes lo que está pasando?

—No hay que entender nada, padre. —Le palmeé la espalda—. Están los buenos y están los malos. Nosotros somos los buenos.

—Pues yo creo lo contrario, creo que nosotros somos los buenos.

Por fortuna, el capitán volvió enseguida.

—He escuchado una bronca sensacional —susurró—: que si las órdenes no eran aquellas, que si no se podía actuar por interés personal, y muchos tacos. Muchos. A continuación, un grupo de jóvenes que salían precipitadamente del despacho. Las caras me sonaban, deben de ser del barrio. Había un sargento y un cabo de Caballería...

—El Babosa y el Cisco.

—Puede ser. Y también aquel tan alto, el hijo del tabernero.

—El Seisdedos.

—No lo sé —se encogió de hombros—, no le he visto los dedos. Y también uno que tenía cara de soso y otro con la cabeza de sandía.

—El Melón. Tiene cabeza de melón, no de sandía. —En eso me mostré inflexible—. Ese cabezón lo he sufrido muchos años. Y el otro sería el Vodevil. Una fiesta.

—Pues eso. Y no he visto nada más.

—¿Cómo puede ser? —El padre Bola iba negando con la cabeza—. Toda esa prole, tan monos que eran de pequeños, y ahora..., ¿cómo puede ser?

—De monos nada, padre. —Me salió del alma—. De pequeños ya nos querían matar..., y yo a ellos, la verdad. Lo que pasa es que no nos dejaron.

—Cuesta tanto aceptarlo. —Iba reflexionando en voz alta—. Si ahora ellos hacen el mal, es porque de pequeños les hicimos daño a ellos. ¿En qué nos equivocamos? Los niños son buenos por definición...

Justo en ese momento nos llamaron al despacho del comandante. El hombre liquidó el tema deprisa. Dijo que le habían llevado a esos hombres por equivocación, y que se disculpaba. Que lo habían hecho pensando en su propia protección, y por la seguridad de todos. Yo no me pude aguantar:

—¡¿De qué seguridad habla?! —exclamé—. ¿La seguridad de tratar con criminales...?

El capitán me pisó el pie para hacerme callar. Y juro que Secano tenía unas botas bien sólidas.

Salimos a la calle y al cabo de nada aparecieron los cuatro: Sugrañes, los dos aparejadores y mi padre. Nos abrazamos unos a otros, a pesar de su sorpresa inicial al vernos con un militar. Hicimos las presentaciones y, ya de vuelta hacia el Poblet, nos contaron su aventura.

*Les conté una parte de lo que me había pasado, solo una parte. No quería que mi hijo, mi mujer y otros sufrieran por mí. Ya sufriría a solas por algo me había endurecido en la guerra de Cuba. Tanto sol y tanta sed, tanta fiebre y tanta porquería me habían dejado una piel gruesa. Y la muerte, claro está. Recuerdo un día en concreto, en que los rebeldes nos tomaron prisioneros y comenzaron a cortar orejas y narices, para terminar decapitando a algunos de mis compañeros. Eran unos mulatos armados con unos machetes de tres palmos, y nuestros soldados llamaban a sus madres sobre todo, y algunos también a sus mujeres. Yo no tenía a nadie a quien llamar, y juré que haría lo que fuera para no volverme a encontrar tan desamparado. Para tener, en el momento final, al menos algún nombre, alguien a quien amase mucho.*

*No es que los cubanos fueran mucho más salvajes que nosotros. El general Weyler y todos los oficiales nos habían dejado bien claro que teníamos que sembrar el terror. Los unos por los otros, las barbaridades se multiplicaban en espiral. Pero insisto: no era tanto eso lo que me impresionaba, al menos al cabo de un tiempo; lo que más me aterraba era que algunos de nosotros nos encontráramos tan solos y abandonados al otro lado del Atlántico, que no lleváramos encima ni una puñetera foto, ni una mísera carta; que no nos acompañara la imagen de nadie en los momentos finales.*

*Por eso cuando volví, molido a palos, tenía claras mis prioridades. Formaría una familia. Buscaría una mujer ya curtida, porque yo no era ninguna criatura, y consumaría una unión sagrada, de aquellas que liquidan la soledad y llenan la vida de gritos —gritos de amor, gritos de niños, gritos de apareamiento—. Marie fue un regalo del cielo. Yo ya sabía que había tenido una vida muy dura, que otros hombres se habían aprovechado de ella, y que no se enamoraría de mí. No me hacía ilusiones. Pero también sabía que ella me estaba buscando a mí, o a alguien muy similar a mí. Un carpintero como el de los Evangelios, un padre putativo para el hijo que le había hecho otro; otro que sí, por supuesto, yo conocía de sobra.*

*Me daba exactamente igual lo que hubiera hecho ella o lo que le hubieran hecho otros hombres. Me importaba un bledo que a mí me llamaran el Putativo. Yo era tal cosa, literalmente, y contento de serlo. Tenía una misión sagrada, la de fundar una familia, y me había empleado a fondo en eso. Las cosas que dolían nos las guardábamos, ella las suyas y yo las mías. Como el día que me vinieron a buscar Calígula y los otros locos del sindicato. Primero vinieron a buscarme a mí, porque yo representaba la parte más dialogante de la CNT: queríamos mejorar los salarios y la vida de los obreros, no queríamos quemar iglesias. Queríamos ser útiles para la gente modesta, y eso no nos lo perdonaban.*

*Me arrastraron a las obras del templo y allí hicieron lo que les pareció. Cuando todavía me tenían solo a mí, me introdujeron en una vagoneta y golpearon el hierro con fuerza para asustarme. Después me metieron la cabeza y medio cuerpo dentro de una hormigonera de cemento, por suerte vacía, e hicieron girar la manivela —también por suerte era de las de antes, de las manuales—. Todo ello, entre carcajadas e insultos a Marie: que si mi mujer era una puta sin cobrar, que si las francesas se lo dejaban hacer todo, que si se había repasado a todos los arquitectos y obreros y*

*sacerdotes de la Sagrada Familia..., y que a mí me rebajarían los cuernos de ciervo dándome vueltas dentro de aquella hormigonera.*

*Luego me llevaron al cuartel de los soldados, donde me encontré con el señor arquitecto jefe y dos aparejadores. Estaban enteros y no los habían maltratado; mejor, pensé. A ellos no les dije nada de todo lo que me habían hecho, no dije nada a nadie ni lo pienso contar nunca. Lo voy a aguantar con resignación, pero especialmente con la satisfacción de saber que, mientras me humillaban, yo podía pensar en mis seres queridos. Pensaba en Marie y en la suerte que yo tenía de poder dedicarle tanta devoción. Pensaba en Jaume, y en su chica, y en cómo me regalarían un montón de nietos. Pensaba en que yo sería un buen abuelo. Ya me podían hacer dar vueltas la cabeza, que si salía ileso de aquello, y estaba seguro de que así sería, yo me convertiría en un gran abuelo.*

*No me molestaba ninguno de los insultos que proferían, sobre mí o sobre Marie. Siempre he tenido la facultad de distinguir perfectamente entre lo que es escandaloso y lo que es importante, y pensaba, con una insistencia que solo pueden gastar los que han sufrido una guerra salvaje, pensaba en la suerte de haber tenido un hijo propio. Aquello sí que era enorme. La gran suerte de haber visto nacer a Ferriol, sangre de mi sangre, y haberle tenido unos años. Pocos años, demasiado pocos, pero los suficientes para guardar la grandísima fortuna de recordarlo. Mientras me hacían girar la cabeza y me daban en las costillas, yo tenía la sonrisa de mi hijo, sus palabras dulces y sus ojos incondicionales.*

*Ellos tenían rabia, yo tenía serenidad. Ellos hacían daño, yo repartía tanta bondad como podía. Ellos gastaban odio, yo resistía con amor. Ferriol estaba conmigo y me ayudaba. Mi pequeño. Y yo sentía tanta paz porque soñaba, sin saber si había un cielo, yo soñaba que sí que lo había, y que allá arriba me volvería a reunir con él. El ángel de Ferriol. Me matarían y aún me harían un favor.*

—¿Es cierto que estáis pensando en hacer una estatua mía? —El maestro nos dejó helados con la pregunta.

—Perdón. —El señor Llorenç, el escultor, mostró su estupor con respiración pesada—. No lo entiendo... ¿A qué viene eso ahora, precisamente en este momento?

—Si es verdad lo que me llega, no tendré más remedio que destituiros a todos. No quiero ninguna figura mía en el templo. Ni una.

Nos encontrábamos en el taller, el equipo en pleno, y estábamos atónitos. No, realmente no era el momento, pensábamos... Tampoco era que el tema fuera menor; de hecho, era pertinente, y seguro que en otro momento habría merecido la pena discutirlo con todo detalle. Pero no, por supuesto que nadie veía que fuera el momento. Sobre todo porque había un cuerpo aplastado al pie de las torres, sí, tal como suena, y no era ninguna estatua, ni tenía ningún tipo de semejanza con Antoni Gaudí, y todavía no nos podíamos hacer cargo de... Porque el muerto nos era, además, bien conocido. Mi padre, siempre respetuoso hasta el extremo con Gaudí, no pudo evitar toser.

—¿Y si nos hacemos cargo del difunto?

Todo el mundo lo miró asustado, como quien mira a uno de aquellos dementes que osan decir grandes verdades.

—Pues tendremos que llamar a la policía —prosiguió—, que investiguen, que retiren el cuerpo..., y habrá que avisar a la familia, ¿no os parece?

Nadie quiso intervenir hasta que don Antón dictaminara. Lo hizo, a su manera.

—Ya no podemos hacer más que rezar por él, está en manos del Señor.

—Quizá... —el cura creyó que le tocaba meter baza—, quizá sí que podemos rezar por él; aunque rezar tampoco resolverá...

—Sigo pensando que es el momento propicio para hablar de lo que le os decía —insistió Gaudí impávido—: de la estatua que se está urdiendo en contra de mi voluntad...

—No, Antón, no es el momento.

Había hablado el único que podía poner cordura: el escultor Matamala, que había usado el nombre propio del maestro sin aditivos, lo cual constituía de veras una acción radical. Estaba con su hijo, Joanet *el Comemocos*, que ahora acompañaba a su padre a todas partes. El viejo Llorenç llevaba toda la nariz vendada debido al tumor que le consumía las fosas nasales, y respiraba con mucha dificultad; tenía la ascendencia del amigo, la del viejo y la del enfermo, las tres al mismo tiempo. Siguió hablando pausadamente, para asegurarse de que el arquitecto le escuchaba. Tuteándolo..., algo insólito.

—Maestro, me he dejado el pellejo en este templo, lo sabes —suspiró—. Siempre por delante... ha ido el templo. Y, sí, ahora tenemos otro milagro: y el cuerpo... podría haber aplastado a mucha gente, y no..., ni obreros ni párvulos..., ni maestros ni nadie. Así que no sufras, Antón —apuró todo el aire que pudo—; así lo diremos, como tú siempre quieres: aconteció otro milagro. Pero, por Dios, que se lleven el cadáver... y ya hablaremos de tu tema. Por favor..., por favor te lo ruego.

Los presentes agradecimos de todo corazón la intervención de aquel patriarca. Nadie más habría podido hablar con tanto aplomo y tanto afecto. Volvimos todos la mirada hacia el maestro Gaudí, que estaba absorto en su mundo de lógica singular. Al fin, alzó sus ojos lacustres y capituló.

—De acuerdo —se encogió de hombros mientras salía del taller—; avisad a la policía.

Tras él se fue una nube de plomo..., casi diría que la podíamos cortar con cuchillo. Y, una vez liberados de la nube, nos repartimos las tareas más urgentes. Lo primero que había que hacer era una identificación oficial del cuerpo, aunque algunos valoraban que era innecesario.

—¿Qué reconocimiento hay que hacer? —saltó el Salchichón, hasta entonces callado—. ¿No habéis visto lo que sobresalía por debajo de la manta?

—La cara le ha quedado del todo desfigurada —intervino Sugrañes—. La policía tendrá que hacer la identificación.

—A ver, señor mío —el ebanista se restregó las manos grasientas en el delantal—, olvidaos de las caras... Cuántos gigantes de dos metros conocéis en esta ciudad que...

—Pues unos cuantos. Seguro que la policía...

—¡Vale, pues que venga la policía! Pero a ver: ¿cuántos pies, pertenecientes a hombres de cierta edad, están equipados con seis dedos?

Calígula había caído desde una torre. Los operarios presentes, que en el último minuto habían esquivado el impacto, aseguraban que aquello no parecía nada fortuito. Había quien juraba que lo habían visto subir empujado por un granuja, como si le hubieran obligado a punta de pistola; otros aseguraban que lo habían visto discutir con una mujer justo antes de los hechos. El caso es que al gigante no le faltaban enredos y fechorías para alimentar todos los rumores imaginables.

El alborotador había dejado el mundo, al fin, y yacía aplastado y esparcido a los pies de la Sagrada Familia. Que si era el resultado de un asunto de faldas o de un asesinato en venganza por la acción contra el Electrizado, que si era una *vendetta* entre sindicalistas, o un poco de todo... Lo único cierto era que la cosa se estaba poniendo cruda. En caso de que se tratara de una venganza, vendría otra, y otra, y otra... Y aquella pesadilla de gánsteres y bandidos, disfrazados de uno u otro color, dejaría de ser solo un asunto de noticiarios. Habría llegado para quedarse en nuestro pequeño universo de la Sagrada Familia.

Nosotros currábamos todo el día para despegar, para rascar (o besar) el cielo con los pinchos del templo, y en cambio otros se empeñaban en descalabrarlo todo. Querían negar y destruir lo que habíamos sostenido siempre, lo que inspiraba nuestro crecimiento y nos obligaba a seguir, aquella idea de que el cielo comenzaba a partir del suelo que pisábamos. He aquí la impertinencia modesta del genio, renegando de la vanidad y de la suciedad de los hombres; Gaudí siempre huía de la vulgaridad y del vuelo gallináceo, y despegaba hacia el cielo y la pureza.

Cada día echaríamos más en falta aquella pureza; no podíamos prescindir de la roca, áspera y dura, donde anclábamos nuestras vidas. La misma roca contra la que chocábamos.

*OceanofPDF.com*

# IX

# El cielo

—Imposible..., tendremos que esperar a que suba al cielo —Matamala júnior suspiraba—; ya le conocéis.

—¡Lo tiene que aceptar! —insistía mosén Parés—. No se puede negar, él es el autor, es el creador máximo...

—No os empeñéis, no querrá —intervino Sugrañes sin parpadear—. Dirá que el Creador es Dios, y se quedará tan ancho. O lo hacemos sin él, o tendremos que esperar a que se lo lleven al cielo.

—Sin él podríamos hacer toda la estatua —aclaró el escultor—. Salvo la cara. Si queremos ser fieles a los modelos reales, como hasta ahora, necesitaríamos una máscara... o unas fotografías, que tampoco querrá...

El equipo de Gaudí había decidido algo sin Gaudí, cosa inédita. Habían llegado a la conclusión de que el arquitecto no podía estar ausente de la fachada del Nacimiento. Tenía que estar allí en forma de estatua; no era justo ni justificable que no estuviera. La estatua en sí no era obstáculo, podían esculpir un santo varón en una barca celestial; eso lo vería bien incluso el propio Gaudí, y no haría muchas preguntas. La pieza iría sobre el portal de la Esperanza, justo debajo de una cima de la montaña de Montserrat, y justo sobre el grupo escultórico de los Esponsales —aquel que habíamos representado Lola y yo arrodillados, con el cura haciendo de

alcahuete—. No, el problema era su cara; que presentara un perfil identificable.

—Tendremos que esperar —suspiró Matamala el joven—, porque no tiene ningún sentido empezar una escultura que no... Lo siento, tendremos que esperar a rematarla.

—¡*Rematar* es la palabra! —El Salchichón siempre con sus cuñas—. ¿Te refieres a la escultura o a don Antón?

El rubor se adueñó de la cara del Comemocos.

—No quería decir eso —objetó—, yo lo que quería decir...

—Tú lo que querías decir es que no piensas dar un palo al agua —le espetó Vicentet—. Cualquier excusa es buena para no dar golpe.

—Mira quién habla —saltó el escultor, hecho un manojo de nervios—; si tu padre levantara la cabeza...

—Eso, eso, ahora comparemos a padres e hijos —arrancaba Vicentet—; pero si compararte con el señor Llorenç sería comparar a un dragón mágico con un renacuajo. Un renacuajo, sí, señor —hacía el gesto cómico de aguantar la cabeza con las manos—; un renacuajo holgazán. Si no fuera por tu padre, no habrías conseguido una mierda en la vida.

—Chicos, chicos. —El padre Bola tuvo que intervenir como si todavía estuviéramos en la escuela—. Recordad la parábola del Evangelio, cuando Jesús...

—De acuerdo, ya callamos. —Vicentet presentó una rendición sumarísima.

—Sí, padre, no se preocupe. Todo en orden —remachó el Comemocos.

—Yo creo —mi padre tosió levemente antes de proseguir— que le podemos decir la verdad, o buena parte de la verdad.

—Tiene razón —saltó el cura—; no le podemos decir ni una parte de la verdad, por pequeña que sea. Se pondrá como una fiera.

Josep hizo un carraspeo de cortesía y continuó, armándose de paciencia.

—Le decimos que allí irá la estatua de un timonel en una barca, navegando por el lago celestial. No hace falta contar nada más, porque la verdad es que ahora mismo no sabemos nada más.

—¿Cómo que no? Sabemos que lo pondremos ahí dentro —alegó el joven Matamala.

—No, Joanet, eso no lo sabemos. Quizá al final no lo podremos hacer. Ahora mismo no lo tenemos claro... Mira cómo lo estamos discutiendo...

—¿Y si nos pregunta qué personaje pondremos? —intervino Sugrañes, que se había pasado toda la vida conviviendo con las preguntas del maestro —. ¿Qué le diremos?

—No lo sé. —Sonrió—. Le decimos que ahí irá san José. Es una figura que sirve para todo. Y es el santo que inspira la obra del templo desde el principio, ¿no es cierto? Y tenemos sus figuras por todas partes, ¿verdad? Pues por una más...

—Me parece bien —sentenció el segundo arquitecto—. Con todo, tendremos que poder explicar cómo le endosamos a san José la cara de Gaudí. Es una contradicción que precisamente don Antón, de todos los modelos imaginables, represente la paternidad...

—Yo también la he representado —dijo mi padre.

Se hizo un silencio. Todos los que queríamos protestar, como yo mismo, diciendo que por supuesto, que él era mi padre y también el padre de Ferriol, y que no se hablara más, nos dimos cuenta antes de abrir la boca de que el Putativo no tenía ningún hijo biológico en el mundo. Él había sido muy consciente de ello al hacer su comentario, y eso explicaba que golpeara suavemente con el bastón en el suelo y que tuviera los ojos húmedos. Se le veía que llevaba un rato dando vueltas a todo aquello dentro de su cabeza.

—No es necesario tener hijos propios para ser un buen padre —dijo muy bajito—, seguro que san José también lo podría decir. Y el gran Gaudí, padre de todo esto que nos rodea —alzó la vista—, también lo puede decir.

—Claro que sí —concedió Sugrañes—. Está decidido. Hacemos otra estatua dedicada a san José, y ya veremos cómo acabamos la cara. ¿Estamos de acuerdo?

Todo el mundo asintió, salvo el cura, que se rascaba las sienes.

—Así, ¿cómo quedamos? ¿Le embadurnamos la cara de yeso a don Antón?

—¡Mira, mira, es mi casa! —gritó una de las gemelas.

—Nuestra casa, ¿no? —la corrigió la otra.

Desde la ventanilla, señalaban hacia abajo. Estábamos a bordo de un avión militar que había pedido el padre de las damas, capitán de Ingenieros, interesado en sacar fotos aéreas del llano de Barcelona. Se trataba de un Fokker 13, un prodigio de modernidad; era un monoplano, o sea, que tenía un solo nivel de alas, no dos niveles como los demás, y, algo insólito, estaba hecho totalmente de metal. Esto nos sorprendía mucho, porque si ya era raro que una máquina pudiera volar, que fuera toda de hierro le añadía más misterio. Así que, armados de fe y de valor, estábamos allí arriba para acometer la tarea que nos habían encomendado.

—Silencio, señoritas... —las amonesté—, que aquí trabajamos.

—Sí, mejor que no nos despistéis ahora —pidió el Estrellas, mientras se esforzaba en atarme la cámara con estribos de cuero.

—Ata bien fuerte, que no se me caiga.

—Tranquilo, quiero más a mi cámara que a ti. —Tensó las correas—. A ti te ataré bien solo para que no te la lleves para abajo.

—Qué remedio. Valgo algo mientras lleve este trasto atado a mí. —Apunté al aparato, una Kodak acordeón último modelo.

—Exacto. Más vale ser consciente de la propia valía.

El Estrellas era un hombre listo, capacitado para la ironía, y yo seguía pensando que le había tocado ser elipsón por accidente. Era fotógrafo aficionado, y conocía mejor que nadie el mapa de Barcelona; por eso el capitán Secano lo había fichado como artista para la secuencia fotográfica. Pero aquel joven tenía todavía un problema de peso, y con sus carnes no se atrevía a colgarse de la escotilla inferior, sacar medio cuerpo e ir disparando, así que me había pedido ayuda a mí, un hombre joven que no temía a las alturas y que conocía bastante bien la ciudad. Y, sobre todo, que podía volar en ese avión porque generaba suficiente confianza al padre de las gemelas, protector como siempre de las virtudes femeninas; tan protector, de hecho, que las chicas se estaban quedando para vestir santos.

—¿Puedo sacar la cabeza por el agujero? —preguntó Ceuta.

—¿Y si me dejáis sacar la nariz por la trampilla? —añadió Melilla.

—¡No, ninguna de las dos! —ordené—. ¡¡Al final me haréis caer a mí!!

—¡Y aún peor, la cámara! —gritó el Estrellas.

Las mandamos a mirar por la ventanilla y nos centramos en nuestra misión. Ya bien atado y asegurado todo, preguntamos a voces al piloto si podíamos empezar la sesión.

—¡Sí, adelante! —Hizo la señal con el pulgar.

Asomado y enfocando desde el agujero, sacudido por ventoleras fortísimas, empecé a disparar instantáneas. El Estrellas me iba dando órdenes desde mi lado, y de vez en cuando llamaba al piloto para corregir el rumbo o entretenerse dando vueltas sobre un objetivo. Fuimos recorriendo el casco antiguo, el puerto, las obras de la exposición, el campo del Barça, las fábricas, los cuarteles..., y entonces, de repente, me apareció en el objetivo el templo de la Sagrada Familia. Confieso que el corazón me dio un brinco, y me puse a disparar y cargar el rodillo, disparar y cargar, disparar y cargar... Pedí que el avión descendiera al máximo e hiciera algunos círculos alrededor de la basílica.

«Esto es historia —me decía a mí mismo—. Estoy haciendo las primeras fotos aéreas de la Sagrada Familia.»

Sonreí pensando en lo que le diría a Gaudí: que había visto el templo como lo debía de ver Dios. En medio de aquella cantidad de espacios vacíos, descampados y huertos, estaba mi barrio. Los pisos, las casetas y los grupos de chozas punteaban el terreno sin saturarlo. El templo surgía de entre la maraña, o la semimaraña, con cuatro agujas bien verticales, que desde el cielo parecían finísimas. Una ya pinchaba, la segunda estaba a punto de hacerlo, y las dos restantes todavía mostraban un corte redondo allí donde quedaban truncadas; las cuatro adornadas con los andamios, a la manera de un traje de alambrada que les llegaba hasta el cuello.

Cerca de una esquina, podía distinguir perfectamente el techo ondulante de las escuelas, en apariencia muy bajito, a ras de suelo, tanto que parecía que ni los niños pudiesen entrar. Ahí estaba el patio central del recinto, con algunas hormiguitas que trabajaban, y el chaflán de arriba, el ángulo que formaban el taller y la portería. Todo mi mundo, toda una vida, en un espacio tan comprimido, dominado por aquellas torres soberbias que aún la empequeñecían más. Se apreciaban muy bien los senderos interiores, trazados a base de caminar entre puntos concretos, y también el bulto que hacía la cubierta de la cripta, contenida en el arco del ábside y tapizada del color de tierra, pero demasiado geométrica para ser una elevación natural.

Dejamos la Sagrada Familia, sobrevolamos el Clot, Poble Nou, la Barceloneta y luego seguimos la costa hasta acariciar la montaña de Montjuïc. Allí cerramos la escotilla, me deshice de las correas y me senté en una silla pequeña junto al Estrellas. Le devolví la cámara como si se tratara de un niño recién nacido y, con las gemelas bien atadas delante de nosotros, nos dispusimos a aterrizar en el aeródromo Canudas.

—Creo que ha ido bien. —Apreté los labios—. Saldrán buenas fotos.

—Yo también lo creo —coincidió él—; a ver los revelados. La verdad es que me irá muy bien el jornal, ahora que estoy solo con mi madre.

Al Estrellas se le había muerto el padre de tuberculosis, y poco después el hermano de silicosis. Había sufrido el proceso de las dos enfermedades, típicas de los canteros, con la agonía de la tos sangrienta, el aliento cortado, los silbidos al respirar, las fiebres, los sudores nocturnos, los ojos rojos, la delgadez y la blancura de piel... Ninguno de los dos había querido ir al sanatorio, porque no tenían ahorros para pagar un hospital de los buenos, y decidieron que, entre quedarse en casa o ir a morir a una cárcel terminal, preferían el calor de la familia. Con medio año de diferencia se fueron los dos, y ahora su madre y él tenían que hacer frente a la vida.

—Te gusta más esto que picar piedra, ¿verdad? —le pregunté por cortesía, porque ya sabía la respuesta.

—Y a ti, Bordillo, ¿qué te gusta más? ¿Comer o cagar?

—Hombre, pensándolo bien... —Me reí entre dientes—. No, oye, te entiendo muy bien. Pero podrías ser escultor algún día.

El avión dio un par de sacudidas.

—Ya estamos en el suelo. Bastante suave, habrá que felicitar al piloto. Pues la verdad es que soy más de pulir que de desbastar. —Hizo el gesto perezoso de picar con escarpa—. El berrugado, el punzonado, todo lo que son trabajos más bastos me cuestan mucho. Pero abujardar y pulir ya me gusta más.

—Tú lo que quieres es ser Auguste Rodin.

—Hale, qué dices —negó con la cabeza—; no, señor, ¡lo que me gustaría a mí es hacer directamente de pensador!

—Ja, ja, ja... Ya conozco a unos cuantos de esos.

—Mira, la verdad es que, si pudiera, dejaría la piedra completamente. La piedra embrutece, se te mete dentro, es traicionera. Mi pobre padre... y mi hermano... y tantos otros. La piedra mata.

Notamos que aparcábamos, y que el sonido de la hélice se detenía. Nos desatamos.

—El trabajo de cantero tendría que ser el mejor pagado —admití—. Y te lo dice un carpintero y herrero, lo que también tiene sus riesgos. Pero los médicos, los hospitales, los cuidados..., todo debería estar asegurado.

—¿Por qué crees que hay tanta rabia entre los de la piedra? Es más, ahora en confianza —se me acercó al oído—: esto se aguanta porque está don Antón. Y mosén Parés. Si ellos se van, esto se hunde. Ya nos podemos armar de valor.

—¿Tan mal estamos? —Abrí los ojos de par en par mientras me levantaba.

—Mira, yo no te he dicho nada. Pero hay una guerra soterrada. —Se levantó y cogió fuerte la cámara—. Cuando esto estalle... ¿Qué supones tú que pasó con el Electrizado? ¿Y con Calígula? Te diría aún más: ¿y con tu Charnega querida? Todo lleva a lo mismo: el sindicato, el descontento, la rabia...

—¿Lola? Ella me dijo que no, que el Seisdedos no le había hecho ningún daño.

—Eso no lo sé. —Me hizo el ademán de ir saliendo—. Pero ya te digo que fue Paquito quien la secuestró y se la llevó a la taberna. Lo que pasó luego ahí dentro no lo sé.

—¿Eso es verdad?

—Una verdad como el templo de la Sagrada Familia. Que negaré siempre haberte contado.

En la puerta nos despedimos del piloto, y bajamos a la pista por la escalerilla que habían colocado a toda prisa unos operarios. Allí las gemelas se me echaron encima.

—¡Me ha en-can-ta-do! —Recibí un besito de Melilla en la mejilla derecha.

—Estoy tan con-ten-ta. —Un beso de Ceuta en la derecha.

—Yo también, chicas, y ahora todos a casa.

—¡Qué dices, Jaume, esto hay que celebrarlo con champán! —dijo una tirándome de la manga.

—¡¡Es más, lo tendríamos que remojar!! —insistió la otra, tirándome del otro brazo.

—No, amigas, no. —Me desembaracé de ellas—. Mirad, allí os espera vuestro señor padre con sus medallas y sus galones.

Vieron al capitán Secano esperando ahí tieso, y pusieron la cara de cuando toca ir a la cama para madrugar al día siguiente.

—Qué pesadito llega a ser papá...

—Cada día más plomo...

—En fin, yo me voy a mi casa —me despedí de todos—, que con una mujer ya voy más que servido.

—¿Qué le parece si le ponemos Bernabé? —pregunté a Gaudí en un receso en el taller—. En homenaje a la primera torre culminada.

—El nombre no nos acaba de convencer —añadió Lola—, pero tendría mucho significado. Y hemos pensado que a usted le gustaría. En el idioma original significa «hijo de la profecía».

—¿Qué profecía? —Nos había parecido que don Antón se sentiría halagado, pero apenas alzó la vista—. Ponedle el nombre que queráis, es vuestro hijo.

—O hija —apuntó Lola muy acertadamente—. Todavía no hemos pensado en cómo la llamaremos si es una niña.

—No lo sé, a mí no me preguntéis. Para mí, vosotros aún sois unos críos... y eso de que los críos tengan niños... Me he quedado rezagado. En cualquier caso, Bernabé es nombre de estatua —sentenció el maestro—. No le hagáis esa jugarreta, que el pobre tendrá que aguantarla hasta el final de sus días.

El hombre se hacía mayor, sí, pero a menudo era mucho más sensato que todos los demás. Ambos, mi mujer y yo, nos sentimos avergonzados; nos miramos y nos encogimos, admitiendo al fin que el nombre realmente era horroroso, y que habíamos estado a punto de endosarle un muerto lamentable a nuestro hijo..., un muerto que habría tenido que arrastrar toda su vida. El arquitecto nos ayudó a dar carpetazo al tema.

—Hablando de la torre de Bernabé —dijo reanimado—, ¿no teníais que enseñarme unas fotos aéreas?

—Claro, por supuesto, ¡se me había pasado por alto! —Fui a buscar el álbum que nos había hecho llegar el Estrellas—. No las hemos puesto todas, hemos querido destacar las de la Sagrada Familia y el entorno.

—Bien hecho. —Se amorró a las fotos, casi oliéndolas—. ¡Qué flacuchas se ven las agujas desde arriba!

—Sí, desde arriba todo se ve muy pequeño —intervino Lola—. Deberíamos tenerlo siempre presente, nos haría más modestos.

—Es una gran verdad —se aclaró la voz—, somos muy pequeños. Y ya es triste que para perder toda arrogancia tengamos que subir al cielo.

—¿Se ha fijado en esta? Se ven incluso los tranvías circulando por la calle Valencia.

Volvió a acercarse, hipnotizado por las imágenes.

—Cuando yo nací —reflexionó, sin despegar la vista del álbum—, no existían esos malditos tranvías. Todo era más lento. No había trenes, ni metros, ni aviones ni fotos aéreas. Ni teléfono, ni coches, ni cine, ni radio ni siquiera luz eléctrica.

—Hemos avanzado mucho —afirmó Lola—, y esto acaba de empezar.

—Quizá sí —se mordió los pelos del bigote—, pero ya os lo dejo para vosotros. Este mundo..., yo ya estoy como de realquilado, ya no es mi mundo.

—Vamos, gruñón. —Mi mujer le hizo saltar una migaja de la solapa con una familiaridad sorprendente—. El mayor genio de todos los tiempos no

puede ir de vejestorio. ¿Os parece que repasemos el cálculo de estructuras de la fachada de la Pasión?

—Todavía hemos de acabar la del Nacimiento...

—No falta tanto. Dos o tres años, maestro, no tardaremos más.

—No sé si llegaré...

El aire se estaba espesando con aquella insistencia de Gaudí en morirse. Fue un regalo del cielo cuando entró Consuelo, animada, charlatana, expansiva como siempre.

—¡Maestro! —Le acercó las manos—. ¡He venido a decir adiós!

—¿Cómo? —Se incorporó con dificultad—. ¿Adónde vas, ahijada? ¿No te necesitan en la escuela?

—Don Antón, ¡qué despistado es! —Le tomó las manos entre las suyas, también una licencia nada corriente—. Me pagó las prácticas, ¿no lo recuerda? Y ahora me llaman de las escuelas de aquí y de ahí para enderezar a los niños...

Consuelo alzó el dedo bien recto, y acto seguido nos abrazó a nosotros.

—¡Mucha suerte, parejita! A ver si puedo venir para el bautizo. ¿Ya tenéis nombre?

Gaudí alzó la mano.

—En este taller —esbozó una sonrisa—, a partir de ahora, ya no se hablará de críos. O tendremos que prohibir la entrada a las mujeres.

—¡No sea anticuado, don Antón! —exclamó la maestra.

—Igual el que ya no entrará más será usted —Lola le hizo un guiño a Consuelo—, ¡que se está convirtiendo en una momia gruñona!

—Críos. —El hombre resopló y se sentó.

Nosotros, joviales, bajamos juntos. Ayudamos a Consuelo con las maletas y decidimos acompañarla hasta la estación.

Después lamentamos haber tenido una conversación como aquella con Gaudí. Al día siguiente se precipitarían los hechos, y a partir de entonces

echaríamos de menos las conversaciones profundas y algo chifladas del arquitecto.

*Quien tenga dos oídos que escuche, porque yo, mosén Gil Parés, os diré lo que los hombres vieron, pero también os diré lo que los hombres no pudieron ver. Si solo contase lo que vio todo el mundo, entonces hablaría sin tapujos de los hechos, los hechos secos y simples y solitarios. Y no respetaría la realidad de un santo, la verdad última de un hombre que nunca vivió siguiendo un trazo recto y aburrido. Abrid los oídos, porque os haré entender cómo murió un alma única que ahora reside en el cielo, el cielo de los justos y de los creadores y de los fecundos. Estoy tan seguro de lo que digo como lo estoy de la Trinidad, la virginidad de María o el milagro de los panes y los peces.*

*Que Antoni Gaudí sufrió un martirio no lo puede negar nadie. Que expió sus culpas, por escasas que fueran, tampoco se puede negar. Hasta el último aliento, obedeció al mismo principio de entrega absoluta, el principio que siempre ha regido la Sagrada Familia. ¿No me creéis? ¿Pensáis que soy un cura fanático, perdido en la superstición y el misticismo? ¿Eso pensáis? Pues no os perdáis detalle, porque entenderéis, por escépticos y descreídos que seáis, cómo el maestro sufrió su pasión y muerte, y cómo es merecedor de la condición espiritual más alta.*

*El calvario empezó cuando retrocedió para esquivar el tranvía 30. Fijaos: él eludió la muerte, como haría cualquiera de nosotros, pero entonces le embistió la otra muerte, el otro tranvía, que bajaba en dirección contraria... Escuchad, escuchad: aquella tarde de junio, en Gran Vía con Bailén, el calvario de don Antón estaba escrito, porque el Ser Superior lo había ordenado, y el pobre maestro no pudo hacer nada. El tranvía que lo*

*arrolló era la Providencia, que embestía e inauguraba el martirio del genio.*

*Como un pobre indigente, permaneció en el suelo, el abrigo abrochado con imperdibles, los pantalones atados con cuerda basta, la camisa raída, los trapos en los pies... No estaba destrozado, lo podían haber atendido; tenía moratones por todo el cuerpo, pero muy poca sangre, un poco en la cabeza, como si llevara una corona de espinas invisible. Y en los bolsillos, cuatro objetos: los Evangelios, la pequeña llave de casa, el crucifijo y el pañuelo. Sin ningún documento ni identificación, nadie supo que estaban ignorando al artista más destacado del país, hasta que pasó un buen samaritano, que no podía ser otra cosa que..., decidlo, si lo sabéis... ¿Cura? ¿Médico? ¿Dama de la caridad? No, no, el más improbable de los personajes.*

*Exacto, un guardia civil.*

*Quizá uno de los que lo habían detenido e insultado meses atrás, o no, pero en todo caso, la figura que menos habríamos imaginado se hizo cargo: lo metió dentro de un coche de alquiler y obligó al conductor a llevarlo hasta el hospital de los pobres. Mirad qué mensaje, qué claridad en los hechos. Y en el trayecto, nuestro creador había pedido agua, y el agente de la Benemérita le dio un trago de su cantimplora, como le fue dado a Nuestro Señor en plena Vía Dolorosa. ¡¡Ved cómo todo encaja, no hay ni una sola pieza de la historia que no esté preñada de significado!!*

*¿Y qué me podéis decir de la soledad que padeció? ¿Y de cómo le faltó la compañía de los amigos y discípulos? ¿Acaso no lo dejamos todos ahí, solo ante su vía crucis? ¿Acaso sus más fervientes seguidores no lo abandonamos, por vergüenza nuestra? ¿Y lo tuvimos que ir a encontrar, después de buscar bajo las piedras, en el hospital de los pobres, precisamente?*

*—¡Es él, es él! —dije con una simple cerilla en los dedos, porque fue así como lo reconocí, creedme porque es cierto. Primero vi a un mendigo viejo*

*y moribundo, y luego ya vi a Antoni Gaudí.*

*Estaba en una cama de la sala común, a oscuras, con todo tipo de vagabundos y mendigos. Íbamos el señor Sugrañes, mosén Jaume Llonch y yo. Los tres somos testigos de lo que pasó, no os engaño. Y os aseguro que tratamos de cambiarlo de clínica, pero él no quiso de ninguna manera, porque decía que su lugar estaba allí, entre la gente modesta. ¿Qué me decís? Él escogió aquella cueva, como José y María eligieron el establo de Belén. Lo que para la gente no era ningún hospital, sino la sala de espera del cementerio. O eso decía la voz del pueblo.*

*Entonces sí, cuando hicimos saber que en aquella convalecencia tenían al mayor profeta de la arquitectura, entonces todo fueron prisas y exclamaciones. Montamos una capilla para las visitas, ayudamos a las monjas a llevar al enfermo a una salita embaldosada de blanco, donde apenas cabía la cama de hierro, una mesita de noche, una silla de velatorio y un lavamanos. Sobre el cabezal de la cama había un cuadro de santo Tomás y un rosario colgando. Allí sufrió su pasión y muerte, que duró tres días, entre grandes sufrimientos, con una sed enorme y palabras muy breves, intentando vencer el sofoco que lo oprimía.*

*Tenía golpes y laceraciones como un eccehomo; politraumatismo, decían los médicos, con tres costillas rotas en el lado derecho, conmoción cerebral y derrame de la médula espinal. El pobre don Antón gemía a ratos, pero la mayor parte del tiempo dormía con un respirar pesado y lento. De madrugada, cuando apenas despuntaba el sol, se despejó un poco y dijo algo que me impresionó, cual discípulo al pie de la cruz:*

*—Dios mío, ¿por qué me abandonas?*

*Entonces vino un facultativo y le pinchó en el lado para sacarle fluidos, y yo empecé a repetir padrenuestros sin parar, porque hasta me estaba cogiendo miedo, de ver cómo aquel enfermo agónico que teníamos delante reproducía todos los pasos de la Pascua, y podía ser realmente un elegido del cielo, alguien mucho más trascendente y determinante de lo que*

*habíamos podido sospechar. El joven mosén Llonch, mucho más iluminado y exaltado que yo, lo expresó con una fuerza que asustaba:*

*—Es un nuevo Jesucristo... Es un segundo mesías...*

*Lo hice callar, temeroso de que la blasfemia llegara a oídos del obispado. Y me dirigí al médico:*

*—No me diga que le aplicarán una esponja con vinagre.*

*—¿Cómo? —Arqueó la ceja—. Lo desinfectaremos, pero el vinagre no se estila, usaremos yodo.*

*Al cabo de poco el desafortunado Antón, que no rehuía su destino, pidió la extremaunción, y le respondí sin reparos que sí, que lo prepararía todo. Y entonces, en uno de los pocos brotes de lucidez que tuvo, hizo una observación muy bonita:*

*—Afortunados los que lo veréis —murmuró en voz baja.*

*—¿A qué se refiere, don Antón?*

*—Los que lo verán crecer... quizá acabado. —Cerró los ojos—. Con vida dentro... voces blancas..., coros de mujeres..., las campanas...*

*—No se canse, maestro, no le conviene hacer esfuerzos.*

*—Aleluya...*

*Abrió los ojos en blanco. Y cayó de nuevo en el sopor.*

*Al poco empezó a llegar gente. Se habían congregado muchos curiosos, alrededor de ese monte Calvario de Gaudí. En la puerta del hospital había una nube de periodistas, que se aburrían y hacían preguntas a todo el mundo, sobre todo a los pacientes que salían vendados, y que solo por eso se suponía que habían tenido largas conversaciones con el arquitecto. También había grupos de espontáneos que se habían congregado a orar por la vida del moribundo. Y un par de abuelas cogidas de las manos, que lloraban como no debían de haber llorado por sus maridos.*

*También llegaron el obispo y el alcalde con sus respectivos séquitos. A lo largo del día, y del siguiente, irían pasando las autoridades militares, el arzobispo de Tarragona, empresarios como Francesc Cambó o los*

*miembros de la familia Güell, arquitectos destacados como Puig i Cadafalch... Todos rezaban un par de oraciones y acto seguido iban a sacar la nariz por la estancia, porque era lo que los había llevado hasta allí: poder decir que habían visto morir a Antoni Gaudí. Y os imaginaréis la vivencia que se llevarían de allí; si él los llegaba a ver, les agradecía la presencia y les deseaba la salvación.*

*Se le fue escurriendo la vida. Le costaba respirar, y de vez en cuando emitía quejidos de dolor. Cuando le practiqué la extremaunción pareció que reaccionaba. Abrió los ojos de par en par y soltó un «se acabó» bien claro. De inmediato recayó en la agonía.*

*Como suele ocurrir con las muertes, los que más dolor sintieron y más acompañaron no fueron los piadosos, sino los descreídos y festivaleros. Los que amaban a la persona pero sentían pavor por su final, porque no veían nada más allá; entre ellos, el dibujante Opisso, que ocupó la silla junto a la cama y no paró de rellenar páginas. Gaudí había dejado muy claro que no quería fotografías, ni vivo ni muerto, y por lo tanto era obligado hacer bocetos. Más tarde serían dibujos célebres: el maestro inconsciente, el rostro cadavérico, la boca abierta, el crucifijo en la almohada, junto a la cabeza...*

*Al tercer día se incorporó también el joven Matamala, el escultor. Fue mientras él y Opisso estaban allí, ya por la tarde, cuando sentí cómo el maestro soltaba un resoplido más largo de lo normal y después permanecía inmóvil. Entonces le puse los dedos en el cuello y vi que el latido había huido. Los otros me miraron. Negué con la cabeza y apreté los labios.*

*Yo había visto morir a personas; había presenciado cómo marchaban del siglo las mejores almas, las más bondadosas y las más queridas. Pero nunca, os lo aseguro, nunca había sentido lo que sentí en la muerte de mi adorado maestro. Aquella tarde se fue el astro solar. No os lo digo para quedar bien, no. Se fue de verdad. El cielo se oscureció de repente y las*

*nubes cayeron a ras de suelo. Nunca más he notado esa presión en el pecho y nunca he vuelto a derramar esas lágrimas puras, brillantes, imparables.*

*—Ya ha dejado de sufrir. —Me sequé los regueros de los pómulos—. Don Antón ya no es de este mundo.*

*—Vaya —musitó el escultor—. Así pues, ¿es hora de hacerle la máscara?*

*Los demás nos mostramos atónitos. Fue el dibujante el que reaccionó.*

*—¿Perdón? ¿Se puede ser más tonto? —exclamó—. ¿Os llaman escultor? ¿Y con tan poco tacto?*

*—Hermanos, os lo ruego... —pedí—, un poco de piedad...*

*—Sí. Oremos —propuso el organista, mosén Llonch—. Pero después procedemos. Un profeta debe tener su santo sudario.*

*—También es verdad —reconocí.*

*Así que le cerramos los párpados y rezamos. Y después, pasadas las gestiones mundanas de turno, nos ocupamos de inmortalizar a Gaudí. Y fue entonces, os lo digo con la mano en el corazón, cuando sucedió una de las cosas más portentosas y fenomenales que nunca he visto en la vida. Tal como ocurrió, tal os lo contaré. Escuchad, escuchad con atención, porque sé muy bien lo que diréis. Diréis: ¿cómo puedo creer en esa fábula?, ¿cómo puedo confiar en una narración tan prodigiosa? Pero yo os la contaré, a fe de Dios, porque lo que no puedo hacer de ninguna manera es mirar sin ver, o escuchar sin oír. Así que prestad atención.*

*He aquí que habiendo despachado a todas las autoridades médicas, hecho el papeleo de turno, habiendo desfilado las autoridades eclesiásticas, el joven Matamala se puso a trabajar. En juego estaban los bustos y otras representaciones que se pudieran hacer de Gaudí en el futuro; la posteridad dependía de aquel negativo en yeso de la cara. Y, muy especialmente, la estatua del timonel en la fachada del Nacimiento, lo tenéis presente, ¿verdad? Sí, aquella que hoy lleva las facciones exactas de Antoni Gaudí, la del navegante en una barca pasando la laguna Estigia. Yo*

*me ofrecí a ayudar cargando el cubo de agua, las brochas y las espátulas, el saco de yeso en polvo... Tampoco se lo quisieron perder Opisso, y mosén Llonch, que ayudaron en aquella larga operación hasta más allá de la medianoche.*

*—Haremos la cabeza entera —nos comunicó el escultor—. Que no digan nunca que no hemos trabajado muy a conciencia.*

*Los otros estuvimos de acuerdo, sin comprender que eso lo complicaba todo una barbaridad. Habíamos de incorporar el cadáver y trabarlo bien, para poder rebozar la cabeza por todos los lados con un yeso espeso que no chorreara, dejarlo secar bastante rato, y al final retirar las dos mitades que servirían para hacer el modelo de la cabeza en positivo. Cuando ya llevábamos el tercer intento de enderezar el cuerpo, y seguía cayendo por mucho que lo afianzáramos con maderas y cuerdas, Opisso exclamó:*

*—¿Seguro que estamos haciendo lo correcto? La inmortalidad no puede ser tan grotesca...*

*—Callad, si queréis ayudar —sentenció Joanet—, estamos haciendo una obra para la historia. Tiene que ser perfecto.*

*Cuando al fin conseguimos enderezar la espalda, entonces hubo que evitar que cayera la cabeza con un juego de cordones finos y resistentes, y después ir aplicando el yeso sin dejar agujeros, contando, eso sí, con la ventaja de que la víctima no podía lastimarse ni quejarse. Lo fuimos recubriendo todo con paciencia: la frente, el pelo, la nariz, los ojos cerrados, la boca en reposo... Y luego tuvimos que esperar un buen rato a que se secara todo aquel estuco. Hacia la medianoche, Matamala esgrimió el cincel y el martillo para picar.*

*—Se resquebraja —alertó al segundo toque—. Este es el momento más delicado.*

*Tomó un pequeño serrucho y fue alargando la grieta hasta que dio toda la vuelta a la cabeza, y pidió nuestra ayuda para separar las piezas sin que se estropeara el trabajo. Pero fue entonces, justo cuando le estábamos*

*retirando la pieza frontal e iba quedando de nuevo al descubierto la cara de Gaudí, concentrados como estábamos en el trabajo, el momento en que sucedió algo sobrenatural que nos hizo saltar el corazón.*

*—¡Los ojos! ¡¡Ha abierto los ojos!! —grité.*

*—¡¡Joder!! —El escultor levantó las manos, blancas de yeso.*

*—Es un milagro —dijo mosén Llonch sin alterarse—. Es una resurrección.*

*Vosotros no estabais, y no podéis saber cómo era la mirada de Gaudí. Podéis alegar que no había para tanto, que no era exactamente una mirada. Pues no diréis la verdad. Era directa, frontal, con aquellos ojos suyos de siempre, de un azul helado y penetrante. Os aseguro que, de todas las miradas que he tenido que sostener en mi vida, aquella era la más despierta y profunda y franca.*

*Opisso se acercó al difunto, le bajó los párpados y apagó aquella mirada. El organista Llonch se levantó, ahora sí, enojado como una mona.*

*—¡Lo ha apagado! ¡Estaba vivo y lo ha devuelto a la muerte!*

*—Por favor... —protestó el dibujante—. Sois unos principiantes. Esto es bastante normal. Al despegar la máscara, algunas pieles se adhieren y tiramos hacia arriba de ella. Eso es lo que ha pasado con los párpados. Ya está.*

*—¡Que no! ¡Sacrílego! Ha estropeado el milagro... ¡Esto lo tendremos que contar a todo el mundo!*

*Entonces vi que don Antón movía los labios. Os lo juro por el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y la Sagrada Familia en pleno. Sin poder ni pronunciar palabra, di codazos a los demás y les tiré de las mangas para que miraran al maestro. Os lo juro, abrió y cerró los labios, y no lo escuchamos, pero todo indicaba que decía* «hosanna, hosanna»*, que como bien sabéis significa «salvado, salvado». Permanecimos en silencio mientras movía los labios un par de veces, hasta que se detuvo. Entonces nos quedamos un rato largo mirándolo, no fuera que lo repitiese. Como no*

*pasó nada, al cabo de media hora lo hicimos yacer, recuperamos el aliento y nos conjuramos para no explicar nada de lo que habíamos visto.*

*Cumplimos, claro. Tal como lo habíamos acordado, todos los presentes prometimos que seríamos muy discretos, y que el pensamiento de si había revivido o no lo dejaríamos a la fe de cada cual. Lo que puedo asegurar es que cuando le volví a tomar el pulso, el cuerpo de nuevo acostado en la cama, puedo asegurar que el maestro Antoni Gaudí estaba de veras difunto. O, mejor dicho, el maestro Gaudí había vuelto a morir. Sí, tal cual os lo digo. Sé que os puede costar creerlo, y podéis pensar: «¿Qué dice este cura mayor, que ya no discierne?».*

*A ver, dejad que lo diga bien claro: quien tenga fe, y quien quiera saber la verdad, más vale que me escuche. Aquellos ojos que yo vi no eran los de un muerto. Ahí estaba todo el genio, la fuerza, el alma creadora y la sabiduría del maestro. Como lo había visto en sus momentos más ardientes, como cuando había terminado la primera torre, o cuando había creado las escuelas, o cuando había contemplado la primera foto aérea del templo. Os lo digo de corazón: don Antón murió y luego volvió para mirarnos bien, cara a cara, y regañarnos con los ojos porque nos preocupábamos demasiado de él y demasiado poco de su obra, que es la obra de Dios.*

*Creedme, esto sucedió, y ahora que lo sabéis, podéis decir que no creéis en los milagros. Decid que no pensáis que Gaudí fuera un santo, que no lo veis como un profeta, que su arte no es de inspiración divina. Decid todas las sandeces que queráis, que no os atenderemos. Porque hemos visto la mano de Dios haciendo prodigios ante nuestros ojos, y eso no pasa todos los días.*

*OceanofPDF.com*

# X

# La cima

—Buenos días, venimos a cubrir el gran acontecimiento —dijeron los dos jóvenes—; somos de Radio Barcelona.

A veces alcanzamos la cima de la vida con la muerte. Así ocurre con las personas de relieve, que no tienen ocasión de asistir a la culminación de su paso por el mundo. Y así fue con Antoni Gaudí. En sus exequias, el único hombre importante que se echó de menos fue a Gaudí. El resto estaba allí: autoridades y plebeyos, creyentes y ateos, partidarios y detractores; había todo tipo de banderas, velas, cruces, antorchas, carrozas y coches de pompa. Y la última innovación de nuestros tiempos, la última sensación, que estaba de moda y en boca de todos: la radiodifusión. Ese era un momento culminante para nuestra ciudad, y una ocasión tan sentida y tan deslumbrante se tenía que divulgar.

De todo lo que sucedió, dio fe aquella voz nueva y poderosa, que había empezado a hacerse oír pocos años antes y que ya resonaba por todas las casas de la ciudad. Desde un estudio provisional en el templo, decidieron seguir el entierro de Gaudí por radioconferencia. Los aparatos, las mesas y los micrófonos se instalaron en la terraza del taller de arriba, desde donde se observaba la mole del templo y se vería la procesión y los oficios del culto. Había que organizarlo todo el mismo día, y los operarios no lo habían hecho

nunca. Me animé a ayudarles, como portero del recinto; creo que mi entusiasmo quedó más que demostrado.

—¿Por dónde entrará la comitiva? —me pedían a gritos desde la terraza.

—Por la puerta, previsiblemente. —Sonreí—. Por la esquina de ahí abajo, junto a las escuelas.

—Ah, ¿eso son unas escuelas? Me puede pescar este cable, ¿por favor? —Me lo tiró y lo recogí del suelo—. ¿Y quién va a esa escuela?

—Los hijos de los trabajadores, como yo mismo o mi mujer. En su día, claro. Una escuela muy buena, moderna, sencilla y risueña. A la sombra de Gaudí.

—¡Ah, caramba! —exclamó el otro, alzando el cable que estaba enroscando—. ¿Y los podríamos entrevistar?

—No sé si les contaría nada de interés... —Me encogí de hombros—. En una jornada tan importante como mañana... tendrán a todas las autoridades... ¿Qué demonios hago con este cable?

—Nada, nada, aguántelo un rato, si no es molestia. Mire, las autoridades son aburridas, amigo. La radio es para el pueblo. Y el pueblo quiere historias del pueblo.

—Pues yo —me puse la mano en el pecho— tengo que ir a la comitiva. Soy un hombre del pueblo que amaba a Gaudí. Quisiera ir con mi mujer, pero ella se encuentra en estado, no puede participar en el desfile.

—¡Ah, fabuloso! Que no se mueva de aquí. Que se quede con nosotros y le haremos preguntas.

—Hummm... ¿Sabe qué? —Me rasqué la cabeza—. Si le parece, todo lo que tenga que ver con Lola se lo comentan a ella, ¿de acuerdo? Yo apenas llego a administrarme a mí mismo.

—¡Así lo haremos! —Hizo un gesto de aprobación con la cabeza—. Vaya, no había visto nunca unos porteros tan... tan... Aquí va otro cable..., ¿lo coge?

Esperábamos a mucha gente para el cortejo, pero aquello no fue mucha gente, eso fue toda la gente.

A media mañana, mosén Parés ofició una primera misa en la capilla ardiente que se había instalado en el hospital de la Santa Cruz. Delante de él estaba el ataúd, que era muy especial; habían embalsamado al maestro con el sistema Aeternitas, que dura más que lo de las momias del Antiguo Egipto. El cofre era de zinc, y quedaba sellado de forma hermética y profiláctica; a la altura de la cara, un cristal dejaba ver la expresión del difunto. La parte inferior estaba cubierta por un damasco de terciopelo morado con el ave fénix de la Asociación de Arquitectos. Y un crucifijo, claro.

Toda la mañana y parte de la tarde se dieron misas y el público desfiló para ofrecer el último adiós a Gaudí. Los visitantes soltaban unas lágrimas gordas como cerezas. Hasta que, a las cinco de la tarde, los hombres elegidos levantamos el ataúd: Sugrañes, Opisso, el cura, Matamala, un servidor... lo sacamos del hospital a hombros y lo subimos al carruaje fúnebre. El cabo dio la orden, los dos caballos empezaron a tirar, precedidos por una sección de gala de la guardia urbana y por los portadores del estandarte de los Devotos de San José. Seis barbudos, en una actuación poco épica, sostenían cintas de seda que los unían a la carroza; eran los insignes representantes de las principales entidades culturales de Cataluña. De entrada, no había música, sino un inmenso silencio.

Todo iba muy lento, porque las calles estrechas de la ciudad vieja estaban atiborradas de gente. Llegamos a La Rambla, descendimos hasta la calle Fernando y cuesta arriba hacia la plaza de San Jaime; allí torcimos por la calle del Obispo y, llegados a la catedral, entramos con el féretro encima. Y por lo que nos dijeron, una vez que estábamos dentro y el coro nos recibía con sus himnos, la cola de la comitiva aún no había empezado a caminar. Se hicieron unos responsorios breves ante el altar, y luego vuelta a

empezar, de nuevo la caja a hombros hasta la carroza, y arriba por Portal del Ángel hasta la plaza Cataluña. Fue entonces, al llegar a los espacios abiertos del Ensanche, cuando nos dimos cuenta de la magnitud de aquello.

Las aceras, generosas, estaban repletas de multitudes; los balcones también, y todo el mundo, todos, ancianos y niños incluidos, se mantenían mudos y vestidos de luto riguroso. Daba incluso miedo ver a aquella multitud sepulcral. No había casa sin sábana blanca ni crespón negro. El único contraste lo daban las banderas catalanas, que, a pesar de las prohibiciones de la dictadura, estaban por doquier y daban una nota de color al negro dominante. Estoy seguro de que Gaudí, pasado el ataque de modestia, se habría sentido orgulloso de ver aquel despliegue tan masivo, tan solemne y tan sincero.

De repente, sin anuncio previo, entre los que habíamos formado parte de los coros se abrió la veda y empezamos a entonar salmos espontáneos. Los del coro parroquial llevábamos la voz cantante, pero el resto se nos unió sin distinción, incluidos los espectadores. En los cantos se notaba el peso de la iglesia; tras el coche fúnebre, venían los representantes del capítulo y una multitud de arcedianos, vicarios, pavordes, sacerdotes y seminaristas. Había que esperar un rato para ver aparecer el sector civil. Ahí estaba el equipo de las obras en pleno, primero los arquitectos trajeados y luego los obreros, llevando cruces, velas y antorchas encendidas. Detrás venían los de la Liga de la Virgen, la Asociación Gregoriana, gremios y colectivos diversos.

Cerraba el desfile oficial la estampa más tierna de todas: los alumnos de las escuelas. Iban en tres grupos: el aula de la Purísima, la del Ángel y la del Sagrado Corazón, tras el estandarte respectivo que Gaudí había diseñado tiempo atrás para cada clase, y que nuestras madres habían bordado con paciencia y afecto en largas tardes de lluvia. Al principio las criaturas esgrimían velas encendidas, pero al rato de quemarse con la cera, Consuelo, María Luisa y las gemelas las apagaron. Su paso arrancaba aplausos y alguna lágrima de emoción.

Como conocía a casi todo el mundo, me tocó hacer de enlace y llevar mensajes arriba y abajo. Que si unos se amodorraban y frenaban la comitiva, que si un niño reclamaba a sus padres, que si tocaba cantar un salmo u otro..., y puedo decir que la concordia imperó en todo momento. No viví el menor altercado. Y eso que había incluso algunos alborotadores destacados. Entre los obreros se contaba el Estrellas, naturalmente, pero entre la comitiva del pueblo raso destacaba la atalaya del Seisdedos, y si te acercabas podías ver también al Melón, la Chinche, el Babosa... Primero me extrañó, pero luego pensé que era normal; querían rendir un último homenaje al profeta enemigo. O asegurarse de que se había ido de veras.

Sea como fuere, ese momento fue la cima de la admiración por el maestro. Y fue en el barrio del Poblet, entrando el ataúd en tierra propia, cuando la veneración se convirtió en apoteosis. Ahí se acabó el silencio reverencial de la ciudad acomodada, los salmos angelicales, las oraciones discretas. Justo al doblar por la calle Valencia, surgió una aclamación más propia de un césar que de un arquitecto muerto. Muchas personas habían esperado horas para ver pasar el cortejo, agitaban los pañuelos al paso del féretro, estallaban con gritos de «¡adiós, maestro!» o «¡viva Gaudí!». Acentos andaluces, aragoneses, gallegos; todos a su manera dedicaban palabras de emoción al personaje más querido del barrio.

En una esquina, apiñados para protegerse de los empujones, se agrupaban los *excombatientes* de la Sagrada Familia. Enfermos, heridos, lisiados, con las herramientas en la mano, despidiendo a aquel que seguramente más había hecho para que terminaran en aquella condición, pero sin ningún rastro de rencor. El Electrizado en la silla de ruedas, esgrimiendo una maza y un estilete como si le fuera la vida. Mi padre con el bastón, agitando el serrucho y tosiendo con fervor; mi madre sosteniéndolo y secándose las lágrimas con el pañuelo. Hombres y mujeres de ojos hundidos y rostro blanquecino, expresando su amor genuino, devoto, incombustible. Al pasar delante de ellos me llamaron:

—¡Cuídate mucho, hijo! —me dijo mi madre.

Los otros me saludaron con las manos. Les correspondí con sonrisas discretas y gestos de calma. Como para acompañarme, comenzó a sonar la campana tubular de la torre de Bernabé, la única que se había instalado. En homenaje al maestro, la habían tocado por primera vez. Yo estaba seguro de que sonaría muchas veces más a partir de ese momento, de que aquel cilindro de nota clara formaría parte de nuestro futuro inmediato y también ayudaría a calmar los espíritus, pero no sería así.

Eran cerca de las ocho cuando entramos en la explanada del templo. En la parte superior, cerca del ábside, se instaló una tarima negra para depositar el ataúd. Al lado, el padre Bola y sus ayudantes se plantaron ante un altar. El resto, tanto clero como laicos, fuimos ordenados en forma de arco, siempre con las velas y las antorchas encendidas. Enfrente teníamos a miles de personas, yo diría que a decenas de miles. Nunca la Sagrada Familia había sido el templo del pueblo hasta ese extremo, y Gaudí el arquitecto del pueblo. Sonaron las campanas, el Orfeó Català entonó el responsorio de la victoria, y prosiguió el funeral. Plegarias, salmos, lecturas y el inevitable sermón del cura.

Digámoslo claro: ese fue el pregón de su vida. Agradeció la presencia de todos, nos encomendó a orar por el alma de Gaudí, y después hizo llegar un mensaje cargado de intenciones, aprovechando la parábola de la viña.

—¿A quién le hablaba Jesús? Fijémonos, el Evangelio de Mateo nos lo dice muy claro: a fariseos y notables. Fariseos y notables, ¿me seguís?

Continuó con su desafío a los poderosos, diciendo que el Señor había hecho crecer un viñedo muy valioso y fecundo; que había erigido una torre para custodiar la viña, que había enviado vigilantes, pero que la avaricia de los notables había pasado por encima de la voluntad divina. Habían muerto los vigilantes, habían ignorado la torre y se habían quedado con la viña y sus frutos. Eso no podía pasar con la Sagrada Familia.

—Dios nos envió a Gaudí. —Hizo una pausa emocionada—. Y tal como nos lo mandó, ahora se lo lleva. Hemos de respetar su legado, la viña y la torre de vigilancia. ¿Qué dicen las Escrituras? «La piedra que los constructores desecharon», dice tex-tu-al-men-te, «ahora es la piedra principal.» Mirad, mirad qué dicen las Escrituras —leyó directamente de la Biblia—: «Por eso os digo, fariseos, que el Reino de Dios os será quitado y le será dado al pueblo para que rinda sus frutos». Tomad nota, notables de la tierra, porque esa es la palabra de Dios.

Se oyeron murmullos entre los prelados y las autoridades. A mí me pareció que el sacerdote había sido muy valiente. Sabía muy bien lo que se traía entre manos, y estaba diciéndoles a las jerarquías que él no abandonaría el mensaje de Gaudí ni el del Evangelio. Había que seguir con la basílica de los pobres, había que amar como siempre las líneas sagradas de la creación; él, el cura del lugar, haría todo lo posible para impedir que la Sagrada Familia cayera en manos de los que la querían anular. Así lo entendí yo y, estoy seguro, todos los que escucharon aquel sermón. La lealtad a Gaudí, al templo y al pueblo que llenaba las calles era granítica.

El último capítulo de ese día tan largo fue el descenso a la cripta. Volvimos a coger el féretro y lo llevamos abajo, hasta la capilla situada a la izquierda del altar. Con unas cuerdas lo introdujimos en el agujero, y luego unos operarios lo cubrieron con la lápida sepulcral. Nos persignamos y dejamos la cripta con los religiosos que velarían toda la noche. Me acerqué a Pepe Artigas, el padre de Lola.

—Lo felicito por la losa, Pepe. Ha quedado muy bien.

—Sencilla pero fuerte, como él.

—Sí, en paz descanse. —Le cogí el brazo—. ¿Ha visto a Lola?

—Estaba atendiendo a los señores de la radio.

—Ah, es verdad. Buenas noches, pues.

Entré en casa y subí a la terraza. Efectivamente, aún estaban allí, realmente animados, hablando por el micrófono. Lola los tenía embrujados.

—Es muy fácil, hombre, no hay que ser Isaac Newton. Repito —miraba a los locutores con cara de traviesa—: en la Sagrada Familia, ¿quién convierte los cuadrados en círculos?

—Ya nos ha dicho que no era Gaudí —exclamaba uno—; no se me ocurre quién podría ser, voy muy perdido...

—Nuestros oyentes están pendientes de la solución, señora Artigas —decía el otro—. De Montjuïc al Tibidabo, están todos en vilo. ¿Nos puede sacar de dudas?

—Sí que se lo diré, sí. Además, acaba de llegar mi marido —me saludó con la mano— y tendré que retirarme. ¿Se lo digo?

—Sí, por favor. —El locutor arqueó las cejas—. ¡Venga, que antes se acabará la obra de la Sagrada Familia!

—Je, je, ya me gustaría. Miren, son los apóstoles.

—¿Perdón? ¿Qué apóstoles?

—De momento cuatro: Bernabé, Simón, Judas Tadeo y Matías.

—Señora, ¿nos lo puede explicar? Seguro que nuestros oyentes ya lo han entendido, pero, en cuanto a mí..., ¿nos lo puede explicar mejor?

—Por supuesto. —Lola pidió paciencia con las manos—. Los cuatro apóstoles estos son los que dan nombre a las cuatro torres de la fachada del Nacimiento.

—Caramba, ya sabemos algo más. Pero, señora Artigas, ¿qué tienen que ver los cuatro discípulos con la cuadratura del círculo?

—No, no. —Lola negó con el dedo índice—. Es al revés. Las torres comienzan con una planta cuadrada, y de repente se transforman en pináculos redondos. Es una técnica muy ingeniosa, que nuestro maestro, en paz descanse, diseñó para...

—¡Por supuesto! ¡Gran maestro! Pero, vamos a ver, ¿qué pintan los apóstoles?

—Es que el cambio se produce justamente donde van las estatuas de los apóstoles que les he dicho. Exactamente ahí. Miren, si meten un círculo

dentro de un cuadrado, le quedarán cuatro rincones en las puntas.

—Eso lo saben hasta los alumnos de primaria.

—¡Exacto! Pues ahí, en uno de estos rincones, y en cada una de las torres, descansará la estatua del apóstol correspondiente. Es eso. Adivinanza resuelta. ¿Nos vamos a cenar?

—Eeeh, pues sí. —El locutor trató de borrar su expresión idiotizada—. Muchas gracias, querida, ha sido un placer. Hemos tenido con nosotros a Lola Artigas, estrecha colaboradora de Antoni Gaudí. Hoy hemos transmitido en directo los oficios del funeral y hemos tenido la suerte de contar con una mujer tan inteligente como usted.

—Muy agradecidos, señora —dijo el otro—. Y, antes de devolver la conexión a los estudios centrales, despedimos esta radioconferencia en vivo y en directo aquí mismo, en la Sagrada Familia de Barcelona, donde hoy les hemos podido ofrecer...

Le hicieron a Lola la señal de que se podía retirar. Ella se levantó sigilosamente, vino hacia mí y me dio un abrazo y un beso. Dijimos adiós a los radiofonistas y bajamos para refugiarnos en casa, en familia. Estábamos tristes por la muerte del maestro, pero también estábamos levitando. Ambas cosas a la vez, y la una no impedía la otra. Nosotros también habíamos alcanzado una cumbre, y por un día nos habíamos convertido en el faro y la luz más alta del país.

Sí. La muerte de Gaudí fue la cima de su vida, y tal vez también de las nuestras. Al día siguiente, los que sosteníamos los sueños y proyectos de la Sagrada Familia sentimos un vértigo de altura. De algún modo, entendíamos que habíamos culminado la montaña rusa, y luego, después..., ya no sabíamos nada. Nos enfrentábamos a la desorientación de los huérfanos. El primero que me lo hizo notar fue el cura, que con el sermón

del funeral ya había lanzado un grito de alerta, y que no se cansaría de insistir. Al cabo de unos meses todavía lo hacía.

—Nos hemos quedado desnudos, Jaume. —Se pasaba la mano por la calva, cada vez más reluciente—. Don Antón frenaba a los depredadores. ¿Ahora quién lo hará?

—Ahora está usted. Y Sugrañes, que tiene tanta cultura, y...

—Estoy de acuerdo contigo, Sugrañes no está a la altura —afirmó el sordo—. Despojados, estamos despojados. Y ahora el viejo Matamala, que nos deja.

Poco después de Gaudí, perdimos el puntal más tradicional, el escultor Matamala, aquel patriarca que parecía una copia ampliada de Gaudí, aquel auténtico señor que era enérgico con el cincel contra la piedra pero suave con las personas. Después de habérsele extendido el cáncer que tenía en la cara, un día dejó de sufrir. El viejo artista moría poco después de culminar una torre, como su amigo del alma. En su caso había sido la segunda, la de Matías, la del extremo derecho. Solo quedaban pendientes los dos campanarios centrales.

Sí, lo culminábamos. Estábamos en pleno momento álgido, en el punto más alto del ascenso, alcanzado con pena y esfuerzo. A hombros de gigantes, habíamos subido a un nivel que nadie hubiera imaginado. Los gigantes nos iban dejando, ciertamente, puesto que era ley de vida. Ellos habían construido sueños, habían creado fe y habían dejado huella. Nos habían dado un empujón, y nosotros no frenábamos; el impulso era demasiado fuerte y demasiado genial. Me resistía a compartir el pesimismo del cura.

—A ver, en resumidas cuentas, ¿qué problemas tenemos? Quiero decir cosas concretas.

—El organista es un problema: no quiere ni oír hablar de las obras; quiere una parroquia y basta, para decir misa. El padre Llonch, sí. Es un ultra, y el obispado cada vez le hace más caso.

—¿Qué esperaba del organista?

—¿Qué corista?

—Nada, padre, nada.

El hombre estaba realmente preocupado. La Sagrada Familia no se merecía los eclesiásticos que le habían tocado. Los que mandaban en la curia cada vez comprendían peor la magia y el poder redentor del templo expiatorio. ¡Acabarían coincidiendo con los españolistas, y con los anarquistas! Aquel monumento al talento acabaría uniendo en contra de él todo el abanico de personas, muy distintas, empeñadas en dañarlo. El cura estaba muy preocupado y ninguna parábola bíblica lo rescataba de sus tribulaciones.

Compartí mis conversaciones con Lola, que les restó dramatismo. Supongo que el embarazo la hacía mirar el futuro con alegría. Sufrir por la Sagrada Familia, me dijo, era como sufrir por la montaña de Montserrat; eran formas demasiado grandes y sólidas para que corrieran ningún peligro. Pero cuando lo hablé con mi padre, me sorprendió detectarle una preocupación mayor que la mía.

—Sí, ya sabes cómo están los ánimos. —Tosió—. Tú mismo me alertaste sobre la coalición entre las derechas más reaccionarias y los revolucionarios más alocados. Parece que vayan de la mano. Por lo que me dicen de Italia, eso es lo que está haciendo Mussolini.

—Puede ser, puede ser. No digo que no.

—Debemos proteger a tu madre.

—No te angusties, es una mujer fuerte y sabrá cómo...

—No me entiendes, hijo. Está en riesgo. Más que tú y que yo.

Mi padre golpeó con el bastón en el suelo. No estaba el horno para bollos. Le observé el rostro. Se le marcaban las bolsas de los ojos, unos ojos aguados por la edad. Él tampoco se sentía fuerte.

—¿Hay algo que tenga que saber, padre?

—No, en realidad no. —Se rascó la barba—. En fin, no sé si tiene mucha importancia...

—Di.

—El otro día vino la policía. Me hicieron preguntas.

—Ya estamos otra vez. Qué pesados. A la caza del sindicalista honrado.

—No, no preguntaban por mí.

—¿Ah, no? ¿Entonces? ¿Por mí?

Inspiró fuerte y luego se aclaró la voz, pero no alzó la mirada. Se dejó caer en la silla.

—Me hicieron preguntas sobre tu madre.

—¿Cómo? —Yo también me senté—. ¿En relación con qué? Ella no tiene ningún papel en el sindicato.

—Tal vez ella tenga más papel del que creemos, en relación con todo.

—Padre, ¿qué buscaba la policía?

—Investigaban la muerte de Villar.

—¿Villar? ¿Qué Vi...? —Me dio un vuelco el corazón—. Un momento. Espera un momento, padre. La policía preguntó por la muerte del tabernero, ¿Villar? ¿Calígula? ¿El padre del Seisdedos? ¿Y preguntaron por madre? ¿Me puedes decir qué está pasando aquí?

—No, no puedo.

El deceso de Gaudí supuso un reclamo para la Sagrada Familia, al menos durante una temporada. No puedo decir que se produjera una avalancha de visitantes, esto estaba claro que no pasaría nunca jamás; aquello no era el parque zoológico. Pero sí se advirtió un interés renovado, sobre todo por parte de los que querían dedicar su homenaje particular al difunto y a su obra. Yo los atendí a casi todos, y vi cómo algunos, claro, no tenían el más mínimo interés en el templo. Como en el caso del arquitecto de moda en

Europa, que repasó a toda prisa la fachada del Nacimiento, pero en cambio se entretuvo en admirar las escuelas y su estructura ondulante.

—*Quelle merveille* —suspiró Le Corbusier, golpeando los ladrillos del muro—; qué solidez, qué idea más original..., ¡habrá que copiarlo!

Le interesó mucho que yo hubiera estudiado en ese pabellón. Llamé a mi madre, para ayudar con el francés, y fue todo bastante fluido. No sé exactamente qué le decía la Gabacha, me imagino que comentarios irreverentes sobre los curas, pero aquel arquitecto malcarado de las gafas redondas se lo pasó en grande. Y yo venga a explicar que si pasábamos frío en invierno, que si no teníamos suficiente luz para leer al atardecer..., y él y Marie gastando bromas de todo. Realmente, dentro de mi madre, dentro de aquella mujer de carne y hueso que yo nunca había querido investigar, había una señora de calado. El intelectual suizo, hombre de mundo, lo captó enseguida.

Pero la visita que más me sorprendió, con mucho, fue la de un joven repeinado y de bigotes puntiagudos que apareció un día de la mano de Opisso. No era ninguna celebridad, así que lo recibí yo solo. Era un ampurdanés bronceado por el sol, y sin duda tocado por el viento de la tramontana, que sacaba pecho a cada sílaba que pronunciaba. La conversación se animó con la explicación que le di; justo el día antes, habíamos conseguido colocar un pararrayos en la cima de la torre de Bernabé. Era todo un hito, y habíamos tenido que esperar a enterrar a Gaudí para plantar, en palabras del maestro, aquel alambre vertical en la cabeza de un calvo.

—¡¡Es una paradoja estética mo-nu-men-tal!! —El chico tenía una tendencia, algo fastidiosa, a pontificar—. ¡¡Una con-tra-rie-dad mo-nu-men-tal!!

—Había que hacerlo, joven. —Me encogí de hombros—. Los rayos y truenos habían provocado demasiados sustos. No podía ser que en todo el recinto no hubiera ni una antena de seguridad.

La colocación del pararrayos no había sido nada sencilla. Para fijarlo en el pináculo, se había subido un obrero que por poco se deja el pellejo. Cuando golpeaba para hacer el agujero, se resquebrajó una bola entera de la corona lobulada, cubierta de baldosillas blancas, que cayó hecha mil pedazos y no mató a nadie de milagro —otro milagro para la posteridad—. Pero un fragmento grande se estrelló contra la caja de electricidad, y nos quedamos sin luz. El operario tuvo que regresar otro día, cuando la bola del pináculo volvía a estar en su lugar y se pudo repetir la acción. Pero todo esto al joven artista le daba igual. El pararrayos era un estorbo.

—Nuestro amigo cree que no se puede devaluar la belleza con cosas útiles —intervino Opisso, con una mueca socarrona—. Que el arte no debe tener utilidad, sino que debe ser para soñar.

—Pues hace poco Le Corbusier vino y dijo todo lo contrario —apunté—. Y le encantó el edificio de las escuelas.

—Pues yo no lo quiero ni ver —dijo el visitante—. Ese Le Corbusier quiere formas para vivir, pero Gaudí lo gana, porque quiere formas para des-pe-gar.

Las líneas rectas del arquitecto suizo, insistió, eran un pecado; las líneas blandas y peludas de Gaudí eran las buenas. El futuro, en contra de lo que decían los necios de la modernidad, no pasaba por un objetivo funcional que no funcionaba. Pasaba por el sentido áureo-místico helicoidal propio de un genio espiritual. El futuro y el siglo XX, si no el siglo XXI, serían de la arquitectura angélica. Aún diría más, anunció mientras se retorcía la punta del bigote: el mañana estará marcado por la cuestión central del alquitrán. Quien lo entienda mejor, con aquella viscosidad que une y vivifica, triunfará. Él mismo había obtenido un premio muy destacado impactando grumos oleosos en un lienzo hasta componer un desnudo femenino. Aquello era el futuro.

—Por Dios. —Miré de reojo al otro artista—. ¿Qué opina de eso, amigo Opisso?

—Lo veo más bien viscoso, pero ¿por qué no? Puede funcionar.

—Pues, artista del alquitrán —le dije a manera de despedida—, ¡le deseo muchos éxitos!

—Los tendré —espetó él sin ningún pudor.

—Y yo que me alegraré de ello, señor, esto..., ¿cuál era su nombre?

—Da-lí. Sal-va-dor Da-lí, para servirle a usted y a la cosmogonía pa-ra-bó-li-ca del mágico Gaudí.

Le hicimos caso al mágico Gaudí y no le pusimos Bernabé. En homenaje al maestro, lo bautizamos como Antoni, en una ceremonia llena de familiares y amigos. Desde su nacimiento yo había descubierto con Antoni el amor protector, aquel de matar o morir, un amor incondicional, extremo, sin preguntas. Cuando mosén Parés le vertió el agua bendita por la cabeza, aquel trozo de nervio tan pequeño ya me tenía el corazón robado. Del todo. Había salido prematuro, ocho meses justos después de nuestra boda, y eso nos obligaba a amarlo todavía más. De hecho, le tenía robado el corazón a todo el mundo, y el vacío dejado por don Antón lo suplía una nueva vida de nombre idéntico, en el mismo mundo e incluso en la misma casa.

La cripta parecía más luminosa que de costumbre. Creo que se debía al bautizo, porque una celebración de vida nueva siempre irradia claridad. Y quizá también se debía a la proximidad de la losa del genio y alma del templo, aquella losa de mármol claro, sencilla y reluciente. A pesar de las bóvedas neogóticas y las columnas rechonchas de la cripta, recuerdo el bautizo como corresponde al del primer hijo, con la luz y las esperanzas de un momento culminante. Una generación huía del mundo pero otra entraba, y pasara lo que pasase nos llevaría a un mundo más joven, más enérgico y más claro.

No teníamos dinero para hacer un agasajo como tocaba, pero hicimos pasar a los asistentes hasta el patio de delante de la portería, ahí mismo, a la

salida de la rampa de la cripta. Montamos allí una mesa con unos caballetes y unos tablones bajados del taller, y servimos ratafía y buñuelos. Mi padre y Pepe hicieron de anfitriones perfectos; se preocuparon de que todo el mundo pudiera ver al pequeño Toni y obsequiarle con el besito de rigor en la frente. Mi madre estaba también muy orgullosa, pero se mostraba esquiva. Desde que murió Ferriol se comportaba así, pero la impresión era que en tiempos recientes todavía se encerraba más en su propio mundo.

Mis antiguos compañeros de escuela nos trajeron vestidos, guantes, capuchas, delantales, baberos..., los clásicos regalos para querubines diminutos que debían despertar exclamaciones de ternura y aprobación. Fueron memorables los obsequios de las gemelas: un par de zapatitos, uno de parte de cada una, idénticos pero empaquetados por separado. Guillem *el Electrizado* no regaló nada, cosa extraña en él; apenas me saludó y se perdió con aire ausente entre los invitados. El dibujante Opisso, en cambio, fue una fiesta; me ofreció una revista de viñetas ilustradas que de entrada creí que serían suyas, pero al abrirlas comprobé que eran en inglés, y que el protagonista era un ratón no muy agraciado de orejas negras y enormes.

—El ratón Mickey —me informó—. Aquí no creo que tenga mucho éxito, pero en Estados Unidos es una revolución. Me lo ha traído Dalí..., dice que incluso han hecho una película animada.

—¿Animada? ¿Qué quieres decir?

—Con dibujos encadenados, para generar movimiento.

—Esos norteamericanos ya no saben qué inventar.

—Así es, chico. —Me puso la mano en el hombro—. Mientras nosotros todavía estamos con catedrales, ellos inventan muñecos mágicos.

Se nos acercó el Estrellas, que enlazó con el último comentario.

—¡Oh, pero hacemos fotos desde los aviones! No estamos tan atrasados...

Era el único de los elipsones que se había atrevido a venir —ni la Chinche había aparecido, con lo que disfrutaba haciéndome rabiar—. Me

alegré mucho de la presencia del picapedrero; desde el día de las fotos aéreas le había cogido un cierto afecto. Aunque no me transmitió optimismo, me felicitó, me dio un fuerte apretón de manos e hizo todo lo que marcaba la cortesía.

—Ve con mucho cuidado, Bordillo.

—Sí, ya lo sé. Lo que pasa es que no podemos estar todo el tiempo pendientes de la última fechoría de los rivales. Hoy es un día especial, y también vale la pena...

—Os tienen en el punto de mira.

—¿Quieres decir que se puede montar una guerra, aquí? Con la cantidad de cosas importantes que hay...

De repente, nos llegaron unos gritos agudos. Y unos golpes. Después, gritos apagados, y golpes más secos. Venían de la reja de entrada, detrás de las escuelas. Los más jóvenes arrancamos a correr, y yo llegué entre los primeros. En el patio de la escuela se veía la silla de ruedas tumbada de lado y en el suelo, medio apoyado en los muros redondeados del pabellón, el pobre Electrizado. Tenía la cabeza llena de sangre, la nariz destrozada y la mirada nublada. Le tomé el pulso; todavía latía, pero muy débil. Los ladrillos de la pared estaban manchados con regueros de sangre. La sangre de un exalumno.

—He visto a unos jóvenes correr Cerdeña abajo —informó el capitán Secano, que acto seguido organizó pelotones de persecución.

—Id, pero no los atraparéis —dijo Vicentet—; tampoco es necesario, ya sabemos quiénes son.

Yo estaba arrodillado junto a mi amigo. Mientras le sostenía el brazo, reclamaba un médico, con la esperanza de que en cualquier momento lo podríamos reanimar, abriría los ojos y nos empezaría a impartir lecciones sobre las formas estructurales de la Sagrada Familia. No le solté el brazo ni cuando dejó de respirar.

—¡Despierta, burro, despierta! —Le abracé y le sacudí—. ¡Que no puedes marcharte, carajo de Electrizado, que te necesitamos! Trozo de lisiado, amigo, ¿quieres despertarte? ¿Quién amará a esta puñetera iglesia? ¿Quién la enseñará a los cuatro turistas que vengan? ¿Quién? Vuelve ya, estúpido, ¿quieres volver?

En ese 1930, Toni ya caminaba y empezaba a hablar. Su abuelo babeaba tanto que ya no se acordaba ni de toser. Cayó la dictadura militar y aplaudimos; despedimos a Primo de Rivera creyendo que ya no veríamos nada peor. La política volvía, el sindicato volvía, la libertad volvía. Y, en la catedral de Barcelona, aterrizó el obispo Irurita, un navarro que todo el mundo creyó sensible al país... Todo el mundo, salvo los que lo conocían, como mosén Parés, que se subía por las paredes.

—Demasiado bien íbamos. —Se pasó las manos por la calva, ya desprovista de aquel pelo rubio tan admirado—. Madre mía...

—Nos apañaremos, padre. —Le di unos toquecitos en la espalda—. Un obispo no dañará a una iglesia, ¿verdad?

—¡Exacto! —Me miró con cara de perro apaleado—. Me has entendido a la perfección; este nos lo hará perder todo.

—No se amargue más. Lo que tiene que pensar es que pronto remataremos la última torre.

Me refería, claro, a la última de las cuatro torres de la fachada del Nacimiento. De los dieciocho pináculos previstos por Gaudí, aquellos cuatro eran los que contaban; el resto quedaban para un futuro que ni veíamos ni podíamos imaginar. Estábamos a punto de hacer historia y culminar la torre de Simón Apóstol, que daría al templo ese perfil tan característico de los cuatro dedos de la mano en forma de peine. Se acercaba un momento único, y había que preparar el acontecimiento. Lo

primero que debíamos hacer era decidir cuándo desplazábamos el andamio y dejábamos al descubierto todo el cuerpo de las torres.

—Eso lo dirá el señor Sugrañes —dijo el padre Bola sin entusiasmo—. Ahora que ya es oficialmente director, le tenemos que mostrar confianza.

—Bueno, en todo caso tendremos que pensar en qué día hacemos una fiesta de las buenas.

—No habrá fiesta —masculló—. El obispo no vendrá, las autoridades militares están encerradas en el cuartel, y las civiles..., las civiles no sabemos ni quiénes son.

—Mosén, todo irá bien.

Fue bastante bien, aunque las autoridades no se presentaron y no hubo protocolo. Cuando se hubieron pegado los últimos trocitos de azulejo veneciano en la cruz de arriba y se hubo movido el andamio de la torre de Simón, subimos los del equipo y nadie más. Fue una especie de visita de obras con una treintena de personas como mucho. Lola, que ya había ido a menudo, cedió su lugar a otra persona. Mi padre no estaba para torres, y el pequeño aún tampoco, así que le dijimos a Marie si quería trepar allá arriba con el equipo. Para sorpresa de todos, dijo que sí, que le hacía muchísima ilusión.

Me sorprendió la fuerza que tenía mi madre; cómo subía los escalones de un revuelo, de par en par, y sin perder el aliento. Es verdad que era una abuela joven, todo lo había hecho pronto en la vida, pero, caramba, es que dejó en ridículo a más de un cantero que, a base de silicio y de tabaco, no le aguantaron el ritmo. De alguna manera, con su energía, su buen humor y sus tacos en francés, la Gabacha se convirtió en el alma de aquella inauguración tan íntima.

—*Mon Dieu!* ¡¡Estamos en las nubes!! ¡¡Y qué pequeños son los hombres allá abajo!!

—Señora —protestó Vicentet, uno de los que más resoplaba—, a su lado, ¡los hombres siempre son pequeños!

La risa fue franca y compartida, pero se vio interrumpida por un hecho del todo excepcional: aquellos hombrecillos diminutos de la calle empezaron a detenerse y a mirar y señalar hacia arriba. Los íbamos saludando con los brazos, pero pronto quedó claro que el atractivo no éramos nosotros. Ya estábamos en lo más alto, el punto más elevado al que podíamos subir, cerca del pináculo, y nos dimos cuenta de que lo que les llamaba la atención era el campanario de al lado, el de Judas Tadeo. De entrada quedaba escondido al otro lado de la torre, pero de repente le vimos aparecer. Un hombrecillo pequeño, vestido de calle, con camisa y pantalón largo, que estaba escalando la torre.

—¡Es el hombre mosca! —exclamó un peón.

—¡¡No, no, ese es el hombre araña!!

La aparición del individuo, fuera el bicho que fuese, nos hizo olvidar las obras, la coronación de la torre de Simón y los comentarios graciosos de Marie. Nos concentramos en aquella figura frágil y suicida que, sin cuerdas ni nada, a pelo, trepaba por la aguja de al lado. Sin prisa, pero sin pausa, llegó a la cruz lobulada, donde estábamos convencidos de que resbalaría y caería. Había que superar una superficie inclinada hacia fuera, todo era baldosín reluciente y resbaladizo, y no había donde agarrarse. Se nos hacía un nudo en el estómago al ver a aquel inconsciente asirse a unos ángulos y salientes imposibles. Hasta que se subió a la bola de la punta de arriba, se sentó, dibujó una sonrisa de oreja a oreja y saludó al respetable que lo seguía desde la calle. Todavía lo ovacionaban cuando se giró un poco y nos saludó a nosotros... con las dos manos.

—¡¿Qué haces, hijo?! —El cura se agarró la cabeza, como si lo que peligrara fuera él—. ¿Quieres bajar de allá arriba?

—¡Aleluya! —gritó el hombrecillo, y nos enseñó lo que llevaba en el pecho.

En la camisa blanca llevaba cosida una calavera negra, con dos tibias cruzadas debajo, a la manera del símbolo pirata. Tenía el cabello

engominado hacia atrás, y exhibía una sonrisa generosa pero algo cadavérica, y allí encaramado parecía muy pequeño, aunque quizá era solo un efecto visual. Después supimos que era portugués, que se dedicaba a escalar edificios de toda Europa sin avisar nunca. En la Sagrada Familia había entrado como visitante, pagando su entrada y subiendo por la escalera hasta nuestro nivel; después había continuado como una lagartija por las paredes exteriores.

—Hay gente valiente —le dije a mi madre—. Pero un poco loca.

—Solo por vivir ya somos valientes —respondió ella, los ojos aún clavados en el hombre araña.

Nos habíamos quedado solos; todos los del equipo se habían acercado el máximo posible al espectáculo de la torre vecina. Al final, el estreno de la última torre había sido un éxito popular, tal vez más que si hubiéramos montado cualquier otra fiesta. Ni pagando una fortuna habríamos conseguido la admiración de tanta gente, que aplaudía hasta lastimarse las manos. El hombre araña, o mosca, o lagarto, nos había puesto la guinda de la culminación del templo. Quién lo iba a decir.

—Esto ya se ha terminado, madre. ¿Bajamos?

—Sí, vamos. —Empezó a pasar, pero antes de entrar en el interior de la torre se detuvo.

—¿Sucede algo? —pregunté.

—No, nada. —Se volvió hacia mí—. Hijo, ¿tú sabes quién fue?

—No, quiero decir... No sé... ¿Quién fue de qué?

—Yo sí lo sé —dijo ella dándose la vuelta—. Y yo hice lo que debía. *Bordel de merde*, hice lo que estaba obligada a hacer.

*OceanofPDF.com*

# XI

## La pasión

¿Qué haces cuando ves a tu madre descansando en el suelo, al aire libre, enamorada de la vida? ¿Bajo un sol tímido de abril, un sol emergente que le baña la cara y los brazos extendidos? No la descubres haciendo algo extravagante; pero la ves por primera vez allí, en la terraza del piso de arriba, tomando el sol. Ciertamente, en aquel balcón los arquitectos y delineantes a veces saludaban al astro solar, sin tumbarse por el suelo, claro. Aquel día no había nadie en el taller; todos estaban en la calle celebrando la llegada de los nuevos tiempos, y en cambio ella había aprovechado para subir. ¿Qué haces, pues, cuando la ves en el suelo, espléndidamente sola, sobre las baldosas rojas y cálidas?

Pues se te ocurre que no conoces mucho a aquella mujer. Y te unes a ella: te sientas en el suelo y le hablas.

—¿Te encuentras bien, madre?

—Sí. Mucho. Hoy vale la pena vivir. *Un beau jour.*

Nos llegaba el griterío de la gente en la calle. Era primavera; agitaban alegría y gritaban flores. Todo eran vivas a la República y al líder del momento, Francesc Macià. De repente, todo el mundo adoraba a aquel abuelo que había ganado las elecciones y que había proclamado la República Catalana. Grupos de jóvenes y no tan jóvenes bajaban hacia el centro con banderas, subidos a camiones, colgados de los carros, agarrados

a los guardabarros de los coches, alzando pañuelos y manos y gorras. Entre todos los vivas que subían de abajo, oí un «¡viva el amor libre!» seguido de risas y exclamaciones. La Gabacha esbozó una leve sonrisa. La acompañé en la sonrisa y cerré los ojos.

—Cuando viene la luz, tienes que absorberla toda. Porque nunca sabes cuándo volverá.

—Hay mucha confusión. Se han producido algunos saqueos, los de siempre han querido quemar iglesias...

En la calle, un hombre joven comenzó a entonar *La Marsellesa*, y al poco se le unieron docenas de voces. Marie también se unió a pleno pulmón. Traté de hacerla callar, pero no lo logré.

—*Le jour de gloire est arrivé* —cantaba sin freno, intercalando consignas suyas—; ¡ya era hora! ¡Aprovecha, hijo!

—Aún volverá la policía, madre.

—Que vuelvan, que vuelvan, aquí encontrarán a la mujer que ningún hombre ha podido doblegar... *Aux armes, citoyens!* Se encontrarán a la madre de Ferriol con las armas a punto.

—La madre de Ferriol... y la mía —dije con un punto impertinente.

—Sí, la tuya también.

—Madre, ¿qué ha pasado? —pregunté con timidez—. ¿Por qué vinieron a buscarte?

—Por nada.

—Madre. —La miré a los ojos, pero ella no los abría—. ¿Quieres hacer el favor de contestar?

Se hizo el silencio. Hasta que se aclaró la voz y apuntó al cielo con un dedo.

—Mira, ahora pasa una nube.

Suspiré y miré hacia arriba. El sol había quedado oculto por una nube gris y espesa, casi sólida, que se había adueñado del cielo. Muy por encima de los cuatro pináculos del templo. Parecía que la Sagrada Familia entera se

desplazara contra una nube inmóvil. Y que nosotros nos moviéramos también, al pie de las torres y aferrados a ellas. Me vino un vértigo que me obligó a bajar los ojos antes de que el cuerpo se quisiera ir, deslizarse, volar. Golpeé con la palma de la mano el suelo, como para asegurarme de que no se movía.

—¿Tiene que ver con Calígula? ¿Es eso?

Ella frunció la frente, como si de pronto el sol se hubiera encendido demasiado.

—¿El cura no te explicó lo de María Magdalena?

Abrí unos ojos como platos. No me respondía... y encima pretendía recitar pasajes de la Biblia. Le dije que no, que no sabía de qué me hablaba. Ella me recalcó que teníamos que fijarnos más en aquella mujer adúltera, la que Jesús había salvado de la lapidación. Y que según algunos era hermana de Lázaro, y que cuando este entró en agonía, avisó al Mesías. Pero Jesús llegó cuando el enfermo ya estaba muerto. Entonces aquella mujer tuvo un golpe de genio encantador y regañó a Jesús por no haber curado a su hermano, y le exigió que lo devolviera a la vida. Y mira cómo son las cosas, así fue: Jesús dio instrucciones a Lázaro, este obedeció, se levantó y anduvo. Mira qué sencillo.

—Qué quieres... —remató—; en los Evangelios casi todos son hombres. Pero aquella mujer, con su carácter, retornó la vida a su querido hermano. *Tout d'un coup.* Te imaginas... que yo tuviera ese don... ¿con tu hermano?

—Lo entiendo, madre. Pero no lo tienes, ni tú ni nadie. Como tampoco —negué con la cabeza— podemos expulsar del mundo a nadie.

—Estos brazos —levantó las extremidades— no han hecho nunca tal cosa.

—Eso espero —respondí con un soplo—. Eso espero. Y ahora haz el favor de rodearme con estos brazos que no han hecho nada.

Nos dimos un abrazo, demasiado breve, de personas que no están habituadas a hacerlo. Acto seguido se volvió a tumbar, y enmudeció para

absorber un buen rayo de sol en la cara.

—Pues el edificio más alto del mundo lo han terminado en un año —endiñó Vicentet, como siempre sembrando discordia—. Así que igual nos tenemos que espabilar, ¿no? Pronto llevaremos cincuenta años rascándonos la entrepierna.

—No se puede comparar —sentenció el arquitecto Sugrañes, sin despeinarse—. El maestro Gaudí era un perfeccionista, y un artista; odiaba los rascacielos como el Empire State Building de Nueva York.

—Pues resulta que diseñó uno, un rascacielos —intervino el raquítico de Matamala—. Yo aún conservo el croquis, y si se hubiera llegado a hacer seguro que hoy sería famoso en las Américas...

Estábamos en lo alto del andamio, inspeccionando dónde tenían que ir las estatuas, mirando qué teníamos que hacer para completar el ciprés central de la fachada, para situar los motivos decorativos... Nos habíamos reunido quizá una docena de personas, allí arriba. El problema era que no había ninguna voz con autoridad, ningún dedo inapelable que señalara por dónde había que ir, qué se tenía que hacer y quién lo tenía que decidir. Y, quizá por esta orfandad, de repente había aflorado la ansiedad; había que terminar las esculturas, rematar linternas y portales, en fin, acabar y rubricar de una vez la fachada del Nacimiento. El que más empujaba era mosén Parés, que anunciaba nubarrones oscuros provenientes del obispado.

—A ver, por caridad. —El sacerdote se pasaba los dedos por el cuello de la sotana—. Os digo que no vamos bien, que el nuevo obispo no ayudará. Lo quieren detener, creedme. ¿Y lo único que se nos ocurre es pelearnos? Alguien tiene que tomar decisiones...

—Se trata de ir moviendo los andamios y el montacargas —intervino Sugrañes—. Haciendo turnos con canteros y albañiles, e irlo colocando todo. No es tan difícil.

—Eso significa más horas de trabajo —anotó el Estrellas, añadiendo un toque de realidad—, y hace tiempo que no estamos contratando a operarios, más bien lo contrario. Tenemos menos de veinte obreros fijos. Los jornales son los mismos de hace diez años, no renovamos los equipos, y desde el sindicato...

—Olvida el sindicato, los anarcos siempre liándola parda —le soltó el Houdini—. Si el capitalismo es la explotación del hombre por el hombre, ¿sabes lo que es el anarquismo? ¿Lo sabes? —Se permitió una pausa dramática—. Pues muy sencillo: ¡exactamente lo contrario!

Nadie tuvo ánimo de reírle la gracia. El escultor Matamala —no el padre, ya difunto, sino el hijo, el que de pequeño se comía los mocos— trató de hacer una aportación positiva al debate. Apuntó hacia el espacio de en medio, entre las dos torres centrales, y ofreció su opinión:

—Aquí hay que completar el ciprés central, enorme, poblado de palomas y gaviotas, creciendo hasta erigir una pequeña torre vegetal entre los dos grandes campanarios de Simón y de Judas Tadeo. Es la parte más compleja, hay que centrarse en el modo de activar esta parte tan laboriosa. Se debe componer, anclar bien, calzar por las bandas... Más abajo también están las estatuas de los cuatro apóstoles y los tres grupos escultóricos que faltan, pero por eso no sufráis, ya me ocupo yo; si es necesario vendré los domingos por...

—¿Tú? ¿Los domingos? —Vicentet no perdía ocasión de mofarse—. Pero si el domingo no tienes ánimo ni para ir a comprar el roscón...

—Mira quién habla, ese al que le da pereza posar como modelo... Hace años que prometiste hacer de Jesús en la cruz, y mira el resultado: tenemos una iglesia sin Cristo crucificado porque se escaquea Houdini el escapista, el cantero aristócrata, el que vive de la memoria de su padre...

—¡Mañana! —respondió rebotado el otro—. Mañana a las nueve en punto en el taller. ¡¡Llegarás frotándote los ojos y ya me encontrarás en pañales colgado de la cruz!!

—Chicos, chicos. —El padre Bola recuperaba los hábitos de maestro de primaria, por muy sordo que fuera—. Es fantástico que crucifiquemos a Vicentet, eso nos ayudará mucho. Pero ¿podemos hablar del resto? Tenemos mucho trabajo.

—Padre —Lola quiso aportar su granito de arena—, ¿cómo están las cuentas? ¿Tenemos ahorros? Si desea, repaso la contabilidad y hacemos cuadrar los salarios, a ver si podemos cubrir más jornales...

—Gracias, hija, eres muy amable. —El clérigo sonrió con bondad—. Pero no, cariño, me niego en redondo a que tú cubras el gasto con tus ahorros.

Lola se quedó viendo visiones, y le di en el codo para que no dijera nada. Interpelé al cura:

—¿Qué le ha dicho el señor obispo, padre? ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Hace buen día, por suerte —miró hacia arriba—, creo que la mañana aguantará. Y, volviendo al reverendísimo Irurita..., es un auténtico drama. Me gustaría endulzar las cosas, pero no puedo. Desde que llegó, exige que esto sea una parroquia, y que todo el dinero se destine a construir una sala de culto mayor. Ah, y no tolera que paseemos la bandera catalana en el Corpus. La semana pasada me recibió, por fin, y lo primero que me largó, cuando le solicité la bendición, fue un «hábleme en cristiano, por Dios». Y cuando le expuse las necesidades de la Sagrada Familia, lo despachó todo con un brevísimo «no son tiempos de grandes catedrales».

No pintaba nada bien, se lo querían cargar todo, insistió. Intervenir las cuentas, controlar los jornales, parar las obras, despedir a los obreros, nombrar un rector para la nueva parroquia, cambiar todos los curas, echar a los miembros veteranos de la junta de obras... Todo, desbaratarlo todo. Todo lo que había creado Gaudí, lo que habíamos levantado sudando a lo largo de cincuenta años. Y si no derribaban el templo era porque era demasiado costoso, que si no...

—Pero ¿tenemos o no tenemos dinero? —insistió Lola, la única de todos nosotros que habría podido gestionar una empresa.

—Ay, hijita. —El cura suspiró—. Dineritos sí que tenemos, en la reserva: y el patrimonio de Gaudí, las donaciones de años atrás..., pero no podemos disponer de ellos libremente, necesitamos al obispado. Esto no había pasado nunca, no sé qué podemos hacer, siempre habíamos ido todos a una.

—A ver, escuchad —reclamé atención—. Puedo pedir esfuerzos a los obreros. Le diré a mi padre que nos eche una mano, él que tiene peso en el sindicato; hoy no ha podido venir, porque está aprendiendo a leer en el ateneo. Sí, sí, tal como lo oís, es un fenómeno, el Putativo —lo dije con afecto, y creo que se me notó—. Vamos, estoy seguro de que él nos ayudará, lo respetan mucho..., ¿no crees, Nadal? ¿Tú cómo lo ves?

—Tu padre es importante, sí —admitió el Estrellas, mientras se rascaba la barbilla—. Pero pienso también en los folloneros del sindicato. Están los moderados como tu padre, pero ahora han perdido ante la FAI, los *Solidarios* que ahora mandan, los de Durruti y compañía. Estos querrán amotinar a los trabajadores.

—Ya me lo imaginaba. —Hice un chasquido con la lengua—. Tendremos que contar con Artigas, ¿verdad, Lola? Seguro que colabora para calmar los ánimos.

—Sí, amor, mi padre ayudará. Pero lo que dice Nadal me inquieta. Nos buscarán. Por un lado tendremos al obispo tocando las narices, y por el otro a los revolucionarios de medio pelo. Quedaremos atrapados y no sé si seremos lo bastante fuertes. Ya sabéis cómo las gastan, unos y otros.

—Yo me la juego —afirmé sacando pecho, quizá porque tenía a mi mujer allí delante.

—Yo haré lo que pueda —dijo el Estrellas con más recato, quizá porque no tenía a ninguna enamorada delante—. No será nada fácil... Tenemos al personal muy quemado. No cobran ni doce pesetas de jornal... y ya hacen

unos horarios muy largos, la mayoría de ellos pasan de la cincuentena y no paran de toser. Si tenemos un accidente más, un solo accidente, saltará todo por los aires. Creedme, basta una chispa para que todo se inflame.

Se hizo un silencio incómodo; uno de esos silencios que nacen de la admisión de una gran verdad. Pero lo rompió una voz gritando desde abajo:

—¿Está mosén Gil Parés allá arriba?

Era la voz de mosén Llonch. Iba acompañado de un joven trajeado que resultó ser el Cisco, antiguo compañero nuestro de clase. Había abandonado el uniforme de cabo para hacer de chupatintas y vestirse de maniquí.

—Sí, aquí estoy —dijo el padre Bola, que de lejos oía mejor que de cerca—. ¿Qué desea?

—¡Ahora le subimos un sobre!

El cura organista le pasó un sobre al operario del montacargas, que se subió a la jaula y se fue aproximando a nuestro nivel. Desde abajo, aquellos dos hombres nos miraban con fruición. Ambos iban impecables: cabello lacado hacia atrás, a la moda; gafas finas y redondas, labios tirando a femeninos; el uno con la sotana ajustada, el otro con traje y corbata conjuntados. Se iban frotando las manos, que sabíamos esbeltas. Era evidente que esperaban nuestra reacción.

El ascensorista llegó a donde estábamos, saltó sobre la plataforma y se aproximó. En la mano llevaba el sobre blanco, inmaculado, terrorífico. Se abrió camino y le entregó la misiva a mosén Parés. El cura le dio las gracias, tomó el sobre con dedos trémulos y lo abrió con muy poca maña, rompiéndolo por la mitad. Extrajo un papel doblado, con el timbre del obispado. Lo leyó con atención y fue abriendo los ojos. Suspiró, alzó la cabeza con cara de sufrimiento y lo volvió a leer.

—Padre, ¿qué dice?

—No me lo puedo creer. —Dio un soplo pesado, doloroso—. Yo..., sin ella yo no soy nada... Es mi vida, es mi madre y es mi padre —soltó un hilo de voz—; es mi familia...

—¡Padre, hombre! ¿Qué dice el oficio? —Lola lo sacudió, y como no reaccionaba, le arrancó el papel de las manos—. Dice que... no puede ser, esto es una inmensa cabronada...

Domènec Sugrañes le arrebató el papel, lo leyó y tuvo que apoyarse en la barandilla. El resto mirábamos la escena boquiabiertos: sosteníamos al cura, abanicábamos a Sugrañes, intentábamos que alguien nos explicara algo. Yo le hacía gestos a Lola, pero ella solo me dedicaba unos ojos muy abiertos. Tuvimos que enterarnos uno a uno, pasándonos la misiva, encajando el sobresalto de forma individual, hasta que nos interrumpió mosén Llonch, que chillaba a pleno pulmón para que lo oyera el barrio entero.

—¡Tiene hasta mañana, mosén Parés, mañana y basta!

Había estallado la guerra del obispo contra la Sagrada Familia.

Se notó la marcha atrás en muchos aspectos. Cuando llegó el momento, en el templo no había urnas para votar el Estatuto de Núria, aquella ley para el autogobierno de Cataluña. Los nuevos responsables de la parroquia no habían querido oír hablar de ello. Y aún menos de la gran novedad de la jornada: el voto femenino. Las mujeres todavía no votaban, pero el tema ya estaba candente, y en aquella ocasión se había organizado lo que se vino a llamar un plebiscito femenino. Habría recogida de firmas, se haría el cómputo y se tendría muy en cuenta el resultado, al menos como medida de apoyo moral.

Fuimos en familia al nuevo colegio electoral. La canícula de agosto invitaba a salir, sobre todo a primera hora, al encuentro de un airecillo fresco. Y podíamos permitirnos el lujo de ir a pasear endomingados, las tres generaciones juntas. Por delante, Toni, que celebraba sus cinco años con todo tipo de saltos, gritos y risas. Siguiéndolo, Lola y mi madre, pendientes del niño y sacando pecho en todo momento, desafiando a cualquier hombre que las mirara sin respeto; ese día ellas iban a romper un monopolio.

Detrás, un bastón, el hombre del bastón y yo, a paso lento pero seguro, contentos del protagonismo de dos mujeres que, ricas en temperamento y en juicio, nos dirigían.

Nos tocaba ir a las Salesas del paseo de San Juan, y a cierta distancia ya veíamos la aguja enorme y solitaria de aquel templo que había comenzado exactamente al mismo tiempo que la Sagrada Familia, pero que había sido despachado en tres años. A medida que nos acercábamos, y andando al ritmo pausado del padre, pude admirar aquel conjunto neogótico. Lo había diseñado el profesor de Gaudí, justamente el maestro que lo había recomendado para el nuevo templo, y si eso no hubiera sucedido y aquel hombre no lo hubiera recomendado, ironías de la vida, nuestra iglesia y la de las Salesas serían idénticas.

—¡Che! ¡¡Hola!! —Consuelo nos llamaba a más de treinta pasos—. ¿Cómo estáis, familita? Venid, venid..., ay, y mi chiquito preferido, ¡qué guapo!

Corrió hacia Toni, el niño se abalanzó hacia ella, se abrazaron y la maestra lo levantó en alto, llenándolo de besos, dejando caer algunos de los folletos políticos que llevaba en la mano. El niño estaba emocionado.

—Es mi maestra —proclamaba orgulloso—; ¡mi maestra!

La que sería la próxima directora de las escuelas siguió besándolo. Le costó soltar al niño en brazos de su abuela, que lo reclamaba en una animada disputa de mujeres consentidoras.

—Tenga, Marie, tenga al niño; no se puede competir con una abuela joven y fuerte...

—No te lo aconsejo, señorita —le dije con una sonrisa de oreja a oreja —. Y, por cierto, buenos días. Ya sé que desde que ha aparecido mi hijo yo ya he perdido todos los atractivos, pero...

—¡Ay, qué borrico llegas a ser! —Se me acercó—. ¡Venga un abracito!

Mientras me abrazaba como solía hacerlo ella, un poco demasiado fuerte y un poco demasiado largo, fueron llegando las otras amigas que estaban

haciendo campaña por el plebiscito femenino, todas con folletos en las manos, todas con la cara encendida y acalorada. Era un gran día para todas, un gran día merecido. Cuando Consuelo me soltó, saludé a las demás: a María Luisa, con aquella expresión de captarlo todo que tumbaba de espaldas; las gemelas, que por captar no debieron captar ni un voto; y unas chicas más jóvenes que no conocía de nada. Con todas ellas, un apretón formal y palabras muy ilusionadas sobre la jornada memorable.

—¡Es un día que siempre recordaremos! —exclamó Ceuta.

—¡Yo lo que creo que recordaremos es el día de hoy! —aseguró Melilla.

—Sin duda, señoritas, sin duda. ¿Cómo se encuentra el capitán Secano?

—Bien, bien, nervioso por los altibajos de la política, pero bien.

—No se crea nada de lo que le diga mi hermana —advirtió Ceuta—. Mi padre dice que la República está bien, aunque parece una montaña rusa. Esto es lo que dice.

—Pues le dais muchos recuerdos, ¿sí? A ver cuándo pasa por la portería; le invitaré a un moscatel y quizá lo pueda tranquilizar un poco.

Fue justo entonces cuando me palmearon la espalda; me di la vuelta y vi una cara enormemente familiar y enormemente cambiada. Era el padre Bola.

—¡Padre! ¡Qué alegría! ¿Cómo está?

—Estoy aquí, en las Salesas. Soy el confesor de las monjas. Y hoy hago campaña por el voto de las mujeres, quién me lo iba a decir..., que me acabaría consagrando a las mujeres...

—No es una mala causa...

—Hombre, no diga eso..., yo creo que es una buena causa.

La sordera había avanzado. Los ojos claros se le habían nublado, y el cansancio se le traducía en arrugas. Y él, que había presumido de una alfombra reluciente de cabellos rubios, apenas conservaba una docena de hilillos de oro. Me preguntó por la Sagrada Familia, y me escuchó como quien oye hablar de los parientes que están en el exilio, apesadumbrado y

con la cabeza ladeada. Sabía que habían nombrado rector de la nueva parroquia a mosén Mariano Bertran, un hombre viejo y enfermo que se limitaba a obedecer lo que le mandaban, y que habían escogido vicario a Jaume Llonch, que hacía lo que le venía en gana y tenía línea directa con el obispo. Se lo confirmé: el amargado del organista era quien cortaba el bacalao, y se reunía regularmente con el Seisdedos, el Babosa, el Melón, el Vodevil, el Cisco...

—Qué mala pinta; y lo que no sé cómo ha acabado es la junta de obras. ¿También la han manipulado?

—Me temo que sí, padre. El obispo es su presidente, recuerde.

—En realidad, el presidente es el obispo Irurita.

En fin. Le expliqué todos los cambios, y cómo habían volado los veteranos, los fieles a Gaudí y a la filosofía del templo expiatorio y el monumento artístico. Habían ido colocando a religiosos de fuera, que no habían pisado la Sagrada Familia en su vida y que solo querían quedar bien con el obispado. Es decir, hombres que hacían lo que les ordenaban para reducir la obra de Gaudí a una parroquia cualquiera. Peor, porque las inquietudes de los feligreses tampoco los conmovían. La caridad, las acciones con jóvenes, los coros, la catequesis..., todo iba mal. Los arquitectos y los obreros molestaban, y en consecuencia, cuanto más descontento y más conflicto hubiera, mejor. Las donaciones habían caído en picado y del dinero de reserva nadie sabía nada.

—Lo están convirtiendo en un centro reaccionario, mosén.

—¿Hablas de las escuelas?

—No, por suerte en las escuelas está Consuelo, y de momento aguanta bien. A los padres y a los niños se los ve contentos. Mi hijo, Toni, no quiere perderse ni un minuto de escuela. Se nota que los niños se sienten felices.

—Menos mal que tengo a Consuelo, realmente hace honor a su nombre —me dijo con una ternura interpretable—. Bueno, y mi hermana María Luisa. No es muy cariñosa, pero siempre está ahí. No falla nunca.

—Es muy buena mujer, y muy piadosa.

—No, no tiene nada de patosa. Es muy diestra. ¡Ah, mirad! —Saludó con la mano a una pareja que se acercaba, con un crío que caminaba de lado —. Mis vecinos, los Coll. Son una pareja fabulosa.

Me los presentó. Eran republicanos de pura cepa, y estaban encantados de vivir un día como aquel. Habían coincidido con el cura, Consuelo y María Luisa en la finca de la calle Mallorca, donde vivían unos y otros, y allí se ayudaban mutuamente. Ellos se llamaban Clodomiro y Trinidad, pero me aclararon que no tenían ninguna culpa de ello, que los nombres habían sido cosa de los respectivos padres. Me presentaron al chavalín, Jordi, que debía de tener la edad de mi hijo, pero que no iba derecho. Saltaba a la vista que estaba atacado de alguna enfermedad.

—Hace unos años sufrió la polio, pobrecito —me explicó Clodomiro—, y quedó así. El cura y Consuelo nos ayudan mucho, en casa y en la escuela. Hemos tenido suerte, son muy buena gente.

—¡Jordi, Jordi! —Era mi hijo, que venía corriendo de lejos. En nuestro círculo acababa de descubrir un amigo.

Los dos niños se abrazaron fuerte y sin vergüenza, como solo saben hacer los hombrecitos menudos, los que aún no se han rendido a los complejos. Los que ven las diferencias como una curiosidad, no como un obstáculo. Realmente se entendían muy bien. Lo hablamos entre los padres, y descubrimos que iban a la misma clase. Saltó la chispa de una nueva complicidad.

—¡Parabolones, cara de melones! —iban cantando los dos chiquillos.

—Cantan unas cosas muy extrañas —me confió la madre, Trinidad—. ¿Tú sabes de dónde sacan todo eso?

—Ja, ja, ja. —Moví la cabeza de un lado a otro—. Parece mentira cómo algunas cosas pueden llegar a sobrevivir.

Yo me encontraba a pie de obra, hablando con los peones y los canteros; me ayudaban mi padre y mi suegro. Enfrente había cerca de veinte trabajadores, discutiendo acaloradamente, aunque el hombre de la FAI ya se había ido. El problema principal era la inseguridad. Se quejaban de que si se ponían enfermos, o si tenían un accidente, o si se morían, nadie se acordaba de ellos ni de sus familias. El jornal, entre ocho y doce pesetas, no llegaba a cubrir ni las necesidades básicas de comida, no digamos de alquiler o de vestir decente. Y la crisis... cada vez pegaba más fuerte. Mi padre y el suegro, veteranos respetados, les pedían calma y un punto de realismo.

—Si hacéis huelga, aprovecharán para cerrar la obra —decía Artigas—. Y se acabó lo que se daba.

—Ya sabéis que yo estuve muchos años como vosotros —añadió mi padre—. Tragando polvo y pasándolas canutas. Os entiendo muy bien. Busquemos una ayuda en el Montepío, o donde sea..., pero Artigas tiene razón.

Los obreros protestaron: los dos abuelos ya no tenían una familia a su cargo, decían, y por ello podían hablar cómodamente sin tener que sufrir por el día de mañana.

—Precisamente —cortó en seco el Estrellas—, y ya sabéis que yo no soy ningún gran amigo de este par. Pero el hecho de que estén aquí, hablando con vosotros, ayudando a encontrar una salida, habla por sí solo. Ahora mismo, podrían estar tan tranquilos en casa jugando con los nietos.

—El nieto —corrigió mi padre, con orgullo en las mejillas—. De momento nada más uno.

—Pues eso, jugando con el nieto. No tienen ninguna necesidad de estar aquí en la brecha, y lo sabéis.

Se oyeron murmullos de aprobación entre los presentes. Las miradas se fueron girando hacia el talud que dominaba la explanada del recinto, donde se instalaba el altar provisional para las grandes ocasiones. Allí asomados se encontraban mosén Llonch y el Cisco, que se estaban convirtiendo en

compañeros inseparables. Ambos iban impecables, como siempre, y sin mezclarse con la plebe. Lo miraban todo a cierta distancia. Intenté ignorarlos y tomé el relevo de Nadal, que lo estaba haciendo muy bien pero que no podía cargar con todo el peso de la explicación.

—Sabéis que los médicos de don Antón os atenderán siempre que convenga; quedamos así antes de que él muriera. Quien lo necesite, basta que se acerque a la portería y pediremos que lo vengan a curar. Sin cobrar.

—Eso no basta, Bordillo. —Un cantero corpulento se tocó el pecho, y siguió con voz ronca—: No basta. La caridad es un parche. Hace dos semanas, un peón tuvo un accidente en los almacenes del ábside... y vamos sumando. Es muy importante que tenga médico, no digo que no, pero ¿quién le pagará el jornal? ¿De qué vivirá la familia?

—Hablaremos con el señor Sugrañes —intervino Artigas—. Sacaremos dinero de donde sea para redondear los jornales.

—En el sindicato ya nos acusan de esquiroles —saltó un obrero más joven, que fruncía la nariz—. Dicen que nos lo estamos tragando todo, que nos están explotando. Que no luchamos por nuestros derechos.

—Hay algo mucho peor que ser explotado, mozo —irrumpió Vicentet con su estilo impetuoso.

—No soy ningún mozo —respondió el otro—. Y no sé de qué hablas.

—Pues mira, mucho peor es que no te quiera explotar ni Dios —pontificó Vicentet—. Nunca mejor dicho, en esta casa.

—Compañeros, compañeros. —El Estrellas extendió las manos—. Calma. No nos alarmemos. ¿Veis aquellos dos que nos observan desde allá arriba? Están esperando a ver si nos peleamos unos contra otros, y así ellos se ahorran la faena.

Cuando vieron que los estábamos mirando todos al mismo tiempo, las dos figuras se fueron. Se deslizaron por el lado de la fachada del Nacimiento, sin decir ni pío, y nosotros continuamos la reunión. El punto principal era cómo podíamos garantizar unos mínimos a los trabajadores

para permitir seguir con el trabajo sin dar excusas a los que lo querían estropear todo.

—Reduzcamos la carga —dijo mi padre—. Hagamos turnos, montemos mejor las jornadas. Quien se quiera buscar un segundo empleo, que lo haga. Miremos si nos ayudan los del ateneo, los de las parroquias, los del sindicato...

—Cuidado con el sindicato —advirtió el Estrellas—. La cosa está que arde. No la liemos.

—Mira —le hizo ver Vicentet—. Hablando del rey de Roma..., ¡los del sindicato de la pipa!

Por el mismo punto por donde se habían esfumado el cura y su compañero, estaba apareciendo un cuarteto de individuos. Solo por la forma de caminar, pisando fuerte y el pecho hinchado, la gorra calada, ya se veía que no venían a mejorar las cosas. No podía faltar el gigante de dos metros, que abría paso a la comitiva. A medida que se acercaban iban cobrando identidad: el Seisdedos y el Babosa delante, sujetando un objeto corto en la cintura; el Melón y el Vodevil, más atrás y desganados, arrastrando barras de hierro. Y todavía más lejos, de hecho, sin formar parte del grupo, pero sin poder evitar ir a la zaga, la inefable Chinche. De entrada, Vicentet y yo nos encaramos.

—¿Y ahora qué queréis? ¿Habéis venido a hacer el gallito?

—Eh, calma. —Le pellizqué el brazo a mi amigo, y me dirigí a los recién llegados—. Estábamos hablando sobre los problemas de las obras. Es un encuentro de obreros de la Sagrada Familia. ¿Os interesa?

—Tú me interesas. —El gigante me señaló—. Y tú. —A Vicentet—. Y tú. —Al Estrellas—. Los otros ya os podéis marchar todos. Se acabó el trabajo por hoy.

Estaba claro que el Seisdedos y yo nos queríamos matar. Desde pequeños lo habíamos querido. El problema era que él tenía manera de hacerlo y yo no. Los tres señalados nos colocamos entre los trabajadores y

la partida de gánsteres, el Estrellas con los pies bien clavados en el suelo, yo con cierto temblor y Vicentet dando pasos adelante y atrás. A pesar del terror que sentíamos, en diversos grados, nos interpusimos entre unos y otros.

Entonces, el Babosa, que iba sin uniforme militar, desenfundó el Astra y nos paseó la pistola por delante de las narices. El Houdini dio unos pasos a un lado, para salir del ángulo de tiro, y acto seguido echó a correr. Los trabajadores que teníamos detrás también empezaron a desfilar, aunque sin tanto gas. Y yo, lo reconozco, empecé a sentir un sudor frío que me bajaba por el cuello, la nuca y se metía debajo de la blusa. Nadal me dedicó una mirada severa.

—No te muevas, ¿eh? No podemos ceder ahora.

Yo solo tenía ojos para el cañón del Astra, muy cerca de la punta de mi nariz.

—Está claro que podemos ceder. No me puedes obligar.

La pistola seguía allí delante.

—Quédate o te las verás conmigo —me dijo con toda la seguridad del mundo—. Yo me lo he jugado todo, tú no puedes abandonar.

—Mierda, mierda. —Di unos pasos atrás—. Que no me haré el valiente, que no.

—Gallina. Bordillo. Eres un gallina.

—¿Quieres morir? Hazte el héroe. Yo no quiero.

No tendría que haber hecho ese comentario, ya lo sé. Pero estaba aterrorizado, y quien ha tenido un arma de fuego en los morros sabe de lo que estoy hablando. No razonas, no calculas; solo quieres irte, desertar, fundirte y abandonarlo todo. Y a todos. Eso fue lo que hice. Di media vuelta, simulando la calma y el aplomo que no tenía, y cuando pasé la choza de los albañiles ya no hubo ni calma ni aplomo: arranqué a correr como un endemoniado, como no había corrido desde que era pequeño, desde que me quería matar el Gigante y yo ya lo sabía.

Me encerré en casa con la familia, y cuando llamaron Lola fue a abrir. Yo estaba temblando en la cocina. Entraron mi padre y mi suegro, abrazaron a Lola y me miraron con lástima.

—Se han llevado al Estrellas —dijo el padre de Lola—. Los piquetes de la FAI.

Nos sentamos a beber una infusión. Al cabo de muy poco rato oímos alboroto y gritos, y enseguida, yo habría jurado que casi al mismo tiempo, unos golpes insistentes en la puerta. Mi padre miró por la mirilla y abrió. Era la Chinche. Iba rebozada de polvo de arriba abajo, y llevaba algún rasguño ensangrentado, como de haber caído al suelo. Los ojos los tenía bien vivos.

—Ya no puedo más. Ha sido él. —Se pasó la mano por la nariz—. Ya no lo aguanto más. Ha salido a su padre.

Nos la quedamos mirando. Estábamos como helados, no nos decidíamos a decir ni a hacer nada. La Chinche abrió los ojos de par en par, bajando de otro mundo.

—¡Venid, coño, rápido, que aún respira!

—Tú no hagas nada; lo tenemos todo amarrado.

Si no hubiera hablado con aquella frescura, si no hubiera mirado con esos ojos tan claros y no me hubiera dedicado esa sonrisa tan generosa, Lola habría resultado repelente. Gastaba una seguridad alarmante. Estaba frente a mí, en la mesa de aquel piso donde me había refugiado; mirándome a los ojos, en compañía de mi madre, y ambas me decían que tenían la sartén por el mango y que no me preocupara de nada. Que tranquilo, que paciencia, que ellas se ocuparían de todo. Y que lo resolverían.

No sé si las intenciones de aquellas dos mujeres me tranquilizaban, sobre todo por parte de mi madre, pero ¿qué queríais que hiciera? Protección y seguridad a prueba de bombas, eso era exactamente lo que necesitaba.

Todavía sentía el cañón de aquella pistola en la punta de mi nariz, y veía el cuerpo de Nadal tendido en el suelo, una mancha espesa y roja debajo, la rodilla torcida en una postura imposible, el cráneo agrietado como una granada.

Tras los hechos, durante varios días no pasé por casa. El padre Parés me acogió en su piso de la calle Mallorca. En el piso de al lado tenía a su hermana, María Luisa, y a Consuelo, que vivían juntas y que no veían el rellano como una frontera, sino como un puente para visitar al cura mañana y tarde. Debajo, vivía la familia Coll, con su hijo poliomielítico, los tres también muy asiduos. Cuando no había ocasiones sociales y nos quedábamos solos en el piso, el padre Bola estaba encantado de largarme sermones, y yo no le hacía ascos. Cuando vinieron mi madre y mi mujer, él también estaba en la mesa, aderezando la conversación con sus particulares fórmulas sedantes.

—Si te sientes en paz ante Dios —insistía con el vaso de moscatel entre los dedos—, tú no tienes por qué sufrir.

—No sufro por Dios, sufro por los bestias que me persiguen...

—De los bestias ya nos encargamos nosotros —me aseguraba Lola mientras me acariciaba la mano sobre la mesa—. Déjanos a las mujeres.

—Ahora debes tener confianza en las mujeres —añadió mi madre—, *¿n'est-ce pas,* padre?

—Ah, supongo, Marie, supongo. Ahora que podréis votar... Pero no digo nada más, que después acusáis a los curas de explotar los confesonarios para influir en las feligresas...

La República española iba a las urnas de nuevo, y esta vez habría una novedad histórica; ahora sí que las mujeres se iniciaban en el voto. Las izquierdas, y el mismo presidente Macià, se habían resistido alegando que el voto femenino estaría marcado por las consignas de la Iglesia. Pero si nos fijábamos en mi esposa y en mi madre, no había acusación más ridícula que esa. Lola le dio un vuelco al debate con un toque de ironía.

—Lo que me extraña es que no hablen nunca de los curas que irán a votar presionados por sus feligresas...

—¡Eso, eso! ¡Ja, ja, ja! —El padre Bola volvió a levantar el vaso de vino —. ¡Brindemos por las poderosas feligresas! Las amazonas... ¡Mira! ¡Hablando de guerreras! Creo que os llegan refuerzos...

Consuelo y María Luisa irrumpieron en el piso, en una de sus clásicas idas y venidas. Allí no te aburrías nunca, y realmente te podías sentir seguro. No había maldad por ningún lado, nadie te esperaba con una daga en la esquina. Buena gente. De los que mantienen como principal obsesión la de ayudar.

—¡Jaume! —exclamó Consuelo—. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien con el cura? ¡Mira que puede ser palizas con sus parábolas!

—Mmm..., una cosa... —despisté con una pregunta al aire—; ¿cómo va todo? Tras la desgracia del Estrellas, supongo que debe de ser muy difícil.

—Ahora lo llaman el Estrellado —soltó mi madre—. Desde que lo despeñaron, *pauvre mec*.

—Y en las escuelas... ahora siempre hay peleas. —La maestra hizo un gesto con la cabeza—. Es una lástima, los problemas de los mayores se contagian a los niños...

—Los niños siempre se han apaleado entre ellos —aclaré—; os lo digo por experiencia. El problema es que se hacen mayores.

—Pues con los mayores estamos pasando por un estado de amotinamiento. —Mi mujer me volvió a coger la mano—. Y lo peor es que te acusan a ti.

—¿A mí? Manda huevos...

El Seisdedos y sus esbirros habían reivindicado al Estrellado como una víctima de su bando. Todo el mundo sabía que era de los suyos, decían; sindicalista de los buenos. Extendían el rumor de que el día aquel, en la explanada, yo discutí mucho con él y le amenacé de muerte. Sí, eso decían, sin vergüenza. Y que me lo había llevado a la torre de Simón Apóstol y le

había pegado un empujón desde treinta metros de altura. ¿Quién más podía ser, si no era yo? Yo tenía acceso a todas partes, era el portero del recinto, no podía haber sido ningún otro. Y mira, una vez despeñado mi rival de siempre, yo me había quedado allí plantado, como un mirón; no había ayudado a introducirlo, hecho papilla, en el coche. Y no lo había ido a visitar a la clínica en los tres días de agonía. Y, después, desaparecido. Todas las malas voces apuntaban a mí.

—¡Es una locura! —Golpeé la mesa con el puño—. Pero... pero ¡si todo el mundo sabe que fue Paquito! ¡Yo estaba en la portería, hay testigos!

—En el entierro, él y sus amigos estaban ahí —observó Marie—. Consolaron a la viuda y toda la comedia. Tú no estabas.

—El caso es que te acusan a ti, y mucha gente se lo traga. Ay, basta, mosén —Lola le retiró al cura la botella de moscatel—, tanto vino le hará daño... Jaume, al fin y al cabo fuiste tú el que convenció al Estrellado...

—¿Que yo le convencí? Pero si fue él quien...

—¡No me regañes a mí, hombre! Solo te digo lo que cuentan. —Lola se sirvió el vino para ella misma—. En resumen, ahora ya volvemos a lo de siempre: huelga hasta que tengan la semana de seis días, medidas de seguridad, aumentos de jornal...

—Detendrán las obras —suspiré—. Y cerrarán el negocio. Y lo habremos perdido todo.

—En las escuelas todavía llevamos la voz cantante nosotros —dijo la hermana del cura—. Ya sé que no es mucho, pero es el futuro.

—Bueno, con los niños que se zurran un día tras otro, pero sí, tiene razón. —Lola dio un trago de moscatel—. Y en el taller aún no han podido sabotear nada. Allí todavía manda el espíritu de Gaudí. Los trabajos de las estatuas y la decoración continúan. A buen ritmo, además.

Asentimos con la cabeza. La idea de que el taller era el último reducto de trabajo y talento nos consolaba.

—¡Niña, por cierto! —Consuelo le cogió el brazo a mi esposa—. ¿Me han dicho que buscan una modelo para la Virgen María?

—Sí, la Coronación de la Virgen. Es de las últimas esculturas que faltan.

—¡Quiero ser yo! La Virgen quiero ser yo, lo haría muy bien, te lo aseguro. Tengo madera de virgen.

Todos miramos a la maestra. Convencida, confiada, nos mostraba su perfil barriéndolo de arriba abajo con las manos. Después, en un gesto reflejo, cómo son las cosas, miramos al padre Bola para ver qué cara ponía. Él no se dio cuenta de que lo observábamos, porque se había quedado con los ojos perdidos, y sin rescate posible, en el cuerpo de su ahijada y firme candidata a madre virgen.

—¿Cuánto tiempo hace que no vas por ahí? —me preguntó Lola.

—Días. Semanas. No lo sé. —Me puse obediente el abrigo—. ¿No es demasiado peligroso? Todavía deben de estar buscándome, me querrán hacer daño, piensan que soy un estorbo, o un asesino...

—Tú lo que eres es un pesado. Venga, salgamos.

En la escalera se nos unieron el cura, Consuelo y María Luisa. Un poco más abajo, Clodomiro y Trinidad y su hijo, que al pasar delante hizo que tardásemos una eternidad en bajar. Una vez en la calle, me encontré a mis padres y a un Toni que, con seis años robustos, se me echó al cuello y a punto estuvo de tumbarme. Y así, en comitiva, los que cada vez encarnábamos más aquellas enseñanzas de la escuela moderna, sencilla y risueña, y que cada día estábamos más inseguros, cubrimos las dos calles que nos separaban del templo.

Al llegar a la fachada del Nacimiento, al pie del andamio, y ver a los operarios que trabajaban, no tuve ninguna sensación de hostilidad. Nadie me miró de soslayo, no me señalaron con un dedo acusador ni llamaron a los bandidos del barrio. Siguieron haciendo su trabajo, a ritmo pausado. No

había grandes cambios, solo que todo estaba más rematado. Los goteos de formas montserratinas que señalaban el diciembre congelado; el ciprés, casi completo, que dominaba la parte central, y que era la eternidad incorruptible; el corazón sangriento de Jesús y los ángeles que recogían la sangre para esparcirla; el pelícano que alimentaba a sus crías y las palomas que anunciaban la paz. Todo estaba en su sitio y la sensación que tuve, al contemplar aquella preciosidad, es que yo ya no hacía falta.

Mi hijo me lo dejó muy claro, con un cachete verbal espontáneo y juguetón.

—Padre, ¿qué te pasa? Pones cara de abuelo.

Me volví hacia mi padre, esbozando una leve sonrisa y encogiendo los hombros.

—Pues un punto de razón sí que tiene el niño. —Mi padre me guiñó el ojo—. A ver si todavía me pasarás por delante...

—No temas. —Mi esposa me acarició el brazo—. Cuando vuelvas a la portería y cada día te levantes y veas la estampa del templo, ya resurgirá el jovencito que llevas dentro...

—No tengo claro que deba volver —murmuré, sin apartar los ojos de la fachada—. Quizá no sea seguro, tal vez ahora no conviene que...

—Hijo, ya basta —me cortó mi madre—. *Ça suffit.* Aquí encerrado en ese piso sí que corres peligro, sin tu familia y mareando la perdiz.

Me mordí el labio y levanté de nuevo la vista. Habían empezado a colocar a los santos apóstoles. Entre los hierros y tablones del andamio se veía la estatua de Judas Tadeo en el nicho correspondiente y, aunque a medio remontar, la de Matías. Cuando descansaran en su sitio, desplazarían todo el andamio hacia el otro lado, y entonces acometerían las del lado izquierdo. Joan Matamala debía de estar contento; casi todo lo que avanzaba en el templo eran motivos escultóricos. A falta de obra mayor, de muros de carga y arcos parabólicos, torres y pináculos, seguramente eso era

lo mejor que se podía hacer. Como mínimo los trabajos no se frenaban por completo.

—Está bien, ¿verdad? —El cura intentó animarme—. No está mal lo que conseguimos hacer.

—Sí, tiene razón, me lo imaginaba peor. La cuestión es que cuando se acaben las estatuas y los ornamentos de esta fachada, ¿qué haremos? ¿Cuál será el rumbo? ¿Adónde iremos?

—¿Cómo? ¿Qué les diremos? —El padre Bola no había oído bien la pregunta, y se la inventaba—. Les diremos que esto sigue adelante, hombre. La sacristía, el baptisterio, la fachada de la Pasión... Todo está dibujado, hay maquetas...

Vinieron las mujeres a despabilarnos, y yo me arrimé a las mujeres de mi vida.

—Madre, Lola, venid aquí. —Las cogí a las dos, una por brazo—. Qué suerte que os tengo.

—Y nosotros que te tenemos a ti, mi amor. —Lola me plantó un beso sonoro en los labios.

—No, no compares. Menos mal que estás aquí. Menos mal que estáis aquí. Algunos días incluso me hacéis olvidar que... —bajé la voz, para evitar que me oyeran los pequeños—, que hay un ogro que tiene seis dedos en los pies, que asesinó al Electrizado y al Estrellado, y media docena de matones que ahora me buscan a mí, y que si no fuera por este pequeño detalle, si no fuera porque soy el próximo candidato a morir, hoy yo sería feliz.

—Hijo. —Mi madre me regañó con los ojos—. Déjalo. De verdad.

—Carajo, es muy fácil decirlo, pero ya te digo yo que esta panda no tienen freno, y en cualquier momento...

—No. *C'est fini.* Estás protegido. No te tocarán. Ni a ti ni a nadie de la familia.

—¿Cómo lo sabes?

—Jaume... ¿Todavía dudas de mí?

*OceanofPDF.com*

# XII

## La sombra

Creedme, las personas somos criaturas muy extrañas. A veces insistimos en ocultar lo mejor que tenemos; fabricamos auténticas maravillas, y a continuación corremos a esconderlas. La Sagrada Familia está llena de casos de este tipo. El maestro Gaudí tenía afición a disimular y ocultar partes esplendorosas del templo. Mostrarlas todas le habría parecido vulgar, casi indecoroso, como si hubiera desplegado todo el erotismo de una modelo desnuda. Y si la gente no podía ver las perlas escondidas, pensaba el maestro, pues ningún problema; Nuestro Señor sí que lo podría admirar todo.

Quizá la perla más escondida de todas, diría yo, era la lonja de la Coronación de la Virgen. Subimos un día Matamala, Consuelo, mosén Parés y yo, en una expedición deliberadamente discreta. La maestra quería ver cuál sería el emplazamiento de su estatua. Tenía asumido que nadie le robaría aquella escultura. Es más, creía que tenía derecho a ella; por devota y célibe, por maestra y vecina veterana, por espiritual y por parecido físico. Podéis creerme, no era ninguna broma; ella estaba convencida de que se parecía a la Virgen María..., o más bien lo contrario: que la Virgen había salido clavada a ella.

—La Virgen —afirmaba mientras se presentaba ella misma con las manos—. Clavadita a mí, la Virgen. Lo dicen los Evangelios.

Nadie le llevaba la contraria. Todo el mundo sabía que había hecho méritos de sobra para encarnar a esa figura tan destacada. Unos años atrás, incluso había jurado que probaría su devoción viajando a pie hasta Tierra Santa. Lo iba repitiendo, y un buen día, cuando ya habían empezado las vacaciones de verano, obedeció a su corazón y se puso en marcha. Volvió esa misma noche, reventada de andar. Había llegado hasta Premià de Mar, seis horas a pie..., y una vez allí, al caer el sol, había decidido dar media vuelta.

—Che, no me habían dicho que esto de Palestina... —se quejó—. Nadie me había avisado de que quedaba tan apartadito...

Nos pareció que, habiendo descartado la peregrinación a Jerusalén, la manía mariana de la maestra se esfumaría. Pero no fue así, y nos pareció bien, porque aquella quimera de la buena mujer no estorbaba a nadie... y los que teníamos hijos la queríamos mucho. Cuando el centro escolar se había quedado sin dirección, ella se había presentado al concurso y había aprobado con buena nota; y a la cabeza del centro educativo había conseguido que el colapso general del templo no afectara a las aulas. Y si la señorita Consuelo quería ser virgen, pues que fuera virgen.

Por todo ello no tuvimos inconveniente en ascender con ella a la cueva que había de ocupar su estatua. Fue el día del funeral de Macià, el presidente de Cataluña, muerto en una tristísima noche de Navidad. Volviendo de las exequias, al caer la tarde, con un frío de mil demonios y la calle todavía poblada de siluetas negras, subimos al nicho en cuestión. Aquella era una hora afligida, en todas partes crecían las sombras y se agrandaban las nubes; la República no tenía salud, el abuelo de los catalanes había muerto, la Sagrada Familia estaba embarrancada, había revueltas, atentados, faltaba trabajo... Y, en las elecciones de ese año, se había impuesto la derecha reaccionaria española, que se parecía un poco demasiado a Hitler y a Mussolini. No era para tirar cohetes.

Por fortuna aún había alegrías, claro: Lola y yo esperábamos un niño, el segundo, y estábamos seguros de que su nacimiento desharía todos los malos augurios. Consuelo trataba al cura con una ternura infinita, y le daba la mano para subir la escalera como si fuera un niño. Ah, y yo estaba protegido, diría que del todo fuera de peligro; ni a mí ni a mi familia nos habían creado ni un solo enredo. Nadie me había explicado nada, pero estaba claro que me habían concedido una tregua definitiva. Ni un reproche, ni una amenaza ni una mirada de soslayo. Lo único que me había llegado era el rumor, poco fiable, de que habían visto a mi madre hablando con malhechores. En fin..., dicen tantas cosas...

—¿Ya estamos? —Joanet, el escultor, había perdido la orientación.

—Sí, perdonad, es aquí mismo. —Indiqué con el dedo—. Seguimos por el andamio hasta el centro de la fachada. Exacto, por aquí.

Nos colamos en el palco por una abertura lateral. Como todavía no se había instalado el grupo escultórico, se abría por completo al cielo de la noche y a la calle, allá abajo, llena de hormiguitas diminutas. Alrededor de la cavidad, se apreciaban las estalactitas montserratinas que caían por delante, y las hojas de palma que trepaban por el lado interior —uno de los elementos que no se lograba apreciar desde la calle—. Las palmas marcaban el margen interior de la cueva, a ambos lados en una curva progresiva, y al unirse formaban una parábola perfecta.

El suelo, asimismo, solo se podía observar desde dentro, donde estábamos nosotros; la piedra imitaba la forma de un tejado, para escupir la lluvia hacia abajo. El espacio era bastante amplio, por supuesto mucho más de lo que podía parecer desde la calle, y por encima todavía más; si mirabas hacia arriba veías que el ciprés central de la fachada, vacío por dentro, hacía las veces de sombrero, formando una cúpula oscura e interminable. Y, por supuesto, también estaban los elementos más preciosos detrás de nosotros; una serie de formas simbólicas, un gran rosetón y vitrales policromados.

Había inscripciones relativas a la Trinidad, piedra labrada y colores delicados.

Lo más incomprensible de todo era que, cuando colocaran las estatuas, todo aquello acabaría cegado. Solo la naturaleza misteriosa de Gaudí podía explicar ese contrasentido. Horas y horas de diseño, de reflexión, de trabajar la piedra en una artesanía de locos, para crear prodigios que no admiraría nadie, apenas los elegidos que pudieran subir y deslizarse en el interior de la lonja como habíamos hecho nosotros. Consuelo lo captó enseguida.

—A ver si lo entiendo —comentó con un gorgoteo de voz—: ¿todas estas preciosidades son las que taparé con mi figura?

—Sí, señorita —dijo Matamala—. Una figura que, no lo dude, también será una preciosidad.

—Oh, qué galante que llega usted a ser. —Se ajustó la bufanda dentro del abrigo, observando el lugar—. Me encanta este refugio. Tienen mi permiso para meterme en forma de estatua; lo veo bien.

Los demás también lo vimos bien, siempre afirmando con una leve sonrisa. Así que, aprobado ya el emplazamiento, fuimos descendiendo, poco a poco, porque era de noche. Cuando pusimos pie en tierra firme y llegamos hasta la puerta de casa, se nos acercó un cartero con un sobre.

—¿Ustedes saben dónde está el taller de la Sagrada Familia? Tengo que entregar esta notificación del obispado.

Le señalamos la casa que teníamos enfrente, y le dijimos que nos podía dar el sobre a nosotros, porque formábamos parte del equipo. Nos pidió un nombre y una firma, para cumplir formalidades, nos pasó el oficio y se marchó agradecido. Al girarse, no nos pudimos reprimir y abrimos la carta. Procedía de la secretaría del obispado, y el mensaje era cristianamente claro: rogaba encarecidamente al equipo de obras, encabezado por el señor Sugrañes, que detuvieran inmediatamente los trabajos y transfieran todos los fondos disponibles a la administración diocesana.

El señor vicario se acercó a Sugrañes y le abroncó allí mismo, en medio de toda la gente que salía de la cripta. El arquitecto alzó las cejas, pero no pudo decir nada. Se quedó inmóvil con las estampitas en la mano, un paquete grueso de cromos para sufragar tantos trabajos como fuera posible. Dado que los obreros no recibían el jornal, hacíamos una colecta popular para mantenerlos tan activos como fuera posible. Y como estaba funcionando bastante bien, el grupo de Llonch se puso furioso. Era indigno..., pero el arquitecto permaneció sin abrir la boca. La que sí explotó fue Consuelo, que estaba a su lado.

—¿Que no podemos vender las imágenes? —Le plantó una estampita ante las gafas—. Vicario, son imágenes religiosas, claro que podemos. ¿Qué se ha creído? ¿Que yo me quedaré sin estatua?

—Aquí damos misa, no vendemos lotería.

—¿Lotería? ¿Lotería? —La maestra sacó el nervio—. De su bolsillo deberían salir los cuartos. ¿Me entiende? A ver si le mando a los niños para que nos devuelva el dinero que se embolsa.

—Si me amenazáis mí, estáis amenazando a la Iglesia de Dios en la tierra.

La detuvimos a tiempo, porque a la señorita las manos se le iban directas a la yugular del cura. Entre María Luisa y yo la alejamos de ahí y la calmamos. Yo no quería escenas, y menos aún ese día.

—Consuelo, hoy no —imploré a aquellos ojos enrojecidos—. Hoy es el bautizo de Aurora. Cálmate, hazlo por mi hija. Y por mí. Te lo ruego.

El bautizo ya había sido bastante difícil hasta aquel momento. No habían dejado oficiar a mosén Parés, que asistía como un feligrés cualquiera. Mosén Llonch lo había excluido; decía que no podía celebrar sacramentos allí. De hecho, aseguraba que en ausencia del rector Bertran, como siempre enfermo en la cama, era él, el vicario, quien debía hacerse cargo de todas

las ceremonias importantes. Detrás de tales disputas parroquianas se ocultaba la guerra que mantenía el obispado contra el legado anterior y contra el templo como obra monumental.

En el bautizo, el vicario había elegido una lectura, y luego un sermón, claramente inadecuados. Ni una palabra sobre la nueva vida, sobre el prodigio del nacimiento y la ilusión de ser padre, eso de sumar a la comunidad una nueva personita..., nada de lo que en cualquier bautizo habría sido considerado normal. Esgrimió la parábola del rico, aquel que según Jesús acumulaba riquezas y no las repartía para hacer el bien, sino que las guardaba por avaricia. ¡Y lo comparó con lo que había sucedido en el pasado con la Sagrada Familia!

—No podemos hacer como el rico chiflado —advirtió—; y aquí, con este templo expiatorio, eso se ha hecho. ¡Por supuesto que se ha hecho! Hemos hecho crecer la vanidad cada vez más. —Nos repasó con ojos de hielo —. ¡De nada nos valdrán las riquezas cuando demos cuentas a Dios! De nada contará ante el Señor la vanidad, los grandes monumentos humanos, si no hemos dedicado todos nuestros esfuerzos a la fe y a la caridad cristiana.

Se oyeron susurros, porque todos sabíamos que los ingresos del templo se habían dedicado a algo muy distinto: a arreglar los estipendios de los curas, y muy en concreto, del vicario. No había que ser muy sagaz para comprobar cómo las donaciones de los fieles habían beneficiado a los zapatos, las sotanas, los abrigos y los perfumes de mosén Llonch, y también de su amigo el Cisco, sin hablar del destino de aquellas ochocientas mil pesetas que estaban en boca de todos, aquellas custodiadas en la caja de reserva y que las malas lenguas sostenían que habían sido transferidas al extranjero.

Bueno, pero ¿qué voy a decir? Me bautizaron a la hija, que de eso se trataba, aunque no lo hizo mi cura favorito; en realidad fue el más odiado. No había el buen ambiente de otras épocas, a sabiendas de que los obreros

estaban apenas sin blanca y de que pedían seguridad. Aunque se sentían más tranquilos respecto a mí, sin acusarme y como mucho con la mera sospecha de que yo no había hecho nada para evitar la muerte del Estrellado. Y los arquitectos organizando colectas para pagar algo a los trabajadores, y el vicario prohibiéndoles incluso eso. Pero, mira, al final la niña recibió el agua bendita y se pegó un berrinche de lo más adorable, de forma que ingresó con el llanto en nuestra comunidad espiritual.

Terminado el bautizo, fuimos desfilando hasta la calle Marina. Fuera del recinto, pero a la sombra de la imponente fachada del Nacimiento, podíamos celebrar el convite tranquilamente y podíamos vender las estampitas que nos diera la gana. Toni, una carga de dinamita de siete años, empezó a jugar con todo el mundo, a hablar por los codos y a arrastrar todo lo que encontraba hacia su hermanita. Aunque lo hubiéramos buscado, nunca habríamos encontrado un maestro de ceremonias mejor.

—Esta es Aurora —apuntó al bulto que descansaba en brazos de su madre—. Acaba de nacer.

—Bueno, tiene lógica —le respondió Opisso dibujando una sonrisa—. Una aurora ya vendría a ser eso.

—Y este, ¿sabéis quién es? —continuó el niño, señalando a Vicentet.

—No sé..., un pedazo de vago, ¿quizá?

—No. —Reclamó que el dibujante se inclinara para hablarle al oído—. Es Jesucristo. El crucificado. Pronto lo pondrán allá arriba. Pero no se va a morir, ¿eh?

Opisso se nos acercó y nos contó lo que le había confiado el muchacho, despertando una risa general. Toni, sin embargo, no la aceptó de buen grado y prefirió irse a buscar a alguien con quien practicar sus dotes de relaciones públicas. Fue entonces cuando Joan Matamala entró en acción, detallando lo que estaban colocando en la fachada.

—Falta el Cristo crucificado, en efecto —dio la razón al niño—, y la Coronación de María, pero el resto ya lo tenemos casi listo.

—La Virgen, la Virgen —irrumpió Consuelo—; es la pieza fundamental. No sé qué esperáis, che... Hace meses que me sacasteis las fotos por delante y por detrás...

—La Virgen no debería decir estas vulgaridades —soltó Vicentet.

—Yo digo lo que me viene en gana. Y si no sabe terminar la estatua, pues que me ponga a mí en persona.

—Sería una escultura más virginal que la Virgen —bromeó Vicentet.

—Pues no te digo que no, chico. No te digo que no.

El escultor continuó con su conferencia: que si la Presentación de Jesús en el Templo, que si la Santísima Trinidad, que si la Inmaculada, la Visitación de Isabel, Gaudí —o sea, san José— en la barca... Todo ello en un enorme pesebre de piedra que ya casi tenía todas las piezas. Faltaban el Cristo en la cruz y la Virgen, las dos figuras más importantes de la cristiandad, pero no había que ponerse nerviosos, estaban en camino. Si nos fijábamos, veríamos que buena parte de los andamios ya no existían; solo los indispensables para subir lo que faltaba.

—Y los apóstoles, ¿los veis? —Nos hizo levantar la vista—. Cada uno en su torre: Bernabé, aquel de la izquierda que nos estaba riñendo; Simón, el siguiente, como si se hubiera tragado un hueso; Judas Tadeo, que nos aleccionaba, y el último a la derecha, el único sin barba, jovencito y un poco perdido, Matías.

—Da gusto —dijo Opisso—, pero ahora que ya no rebozas los modelos con yeso, como hacía tu padre, no sé si cuenta igual...

—Pronto no sé si contará nada —respondió el Comemocos.

—Sí, hombre, claro que sí —salí en defensa del antiguo compañero de escuela—. Todo lo que has creado es magnífico, quizá requiera su tiempo, pero ¡mira lo que has llegado a hacer! ¡El mejor pesebre de Cataluña!

—Pues el pesebrista ya lo ha visto bastante —espetó, y todos lo miramos sorprendidos—. Sí, tal como lo escucháis. Me han despedido. El vicario y

compañía rechazan mi presupuesto, y dicen que ya no me aceptarán nada más a mí. Eso suponiendo que se lo acepten a alguien.

Me hubiera gustado saber si mosén Llonch encontraba algún sentido en su proceder. Yo no le veía ni pies ni cabeza, más allá de la obsesión destructora y paralizadora. Pero por mucho que no nos gustara el hombre, y a mí no me gustaba ni pizca, es obvio que el primer organista y todopoderoso vicario era el elegido para marcar aquella etapa de la Sagrada Familia.

*Es cierto que los caminos del Señor son inescrutables. Nunca en la vida me imaginé que tendría que frenar a los constructores de una iglesia católica, de un templo expiatorio de pecados, ni que me tendría que esforzar en contar, con gran paciencia, que la modestia y la humildad y la medida son virtudes bíblicas. Que nos deberíamos guiar por la fe y la devoción más pura, sin caer en los pecados más comunes de los mortales. Porque siento decirlo, pero debo hacerlo: la Sagrada Familia cargaba con un saco de vanidad humana. Era nuestra Babilonia, una producción megalómana que no tenía nada que ver con la piedad.*

*«Oh, es que pretende reventar la obra de Gaudí —protestaban a menudo los que ahí se ganaban la vida—. Gaudí, un hombre de tanta visión y santidad.»*

*Y yo les decía que de acuerdo, que el maestro Gaudí era un beato y un hacedor de milagros, pero que no tocaba con los pies en el suelo; si hubiera tenido una idea más ajustada del apostolado, habría acabado la iglesia mucho antes, y no habría dilapidado fortunas en un edificio que no iba ni por la mitad..., ¡qué digo, ni por un cuarto! Yo lo que exigía era una iglesia útil. Y qué queréis, no era Gaudí quien representaba los designios de Dios, era el obispo, y le debíamos obediencia. Ya no eran tiempos de*

*catedrales, nos decía el obispo Irurita; la fe tenía muchas necesidades y carencias que había que afrontar.*

*Encima, el taller, la obra, las escuelas y el recinto entero estaban consagrados al adoctrinamiento. Allí había un gran nido de separatistas y de republicanos, fabricado por Gaudí y el cura custodio, a cuál más radical. El padre Parés, durante muchos años, había promovido unas escuelas anticlericales. Y unos corazones catalanistas, con festivales y conciertos a raudales, sin afinar mucho pero haciendo reverberar buena parte de sus consignas y sin respetar ninguno de los himnos recomendados por la Iglesia española. Cuando aterricé como organista intenté reorientar tal blasfemia, pero la cosa estaba demasiado arraigada.*

*Hubo que esperar a la muerte del arquitecto, y a la llegada de un obispo con ideas claras, para poder echar al cura subversivo. Resultó fácil, dado que era sospechoso de beneficiarse de una ahijada suya, así como de haber tenido una larga colección de queridas a lo largo de su ministerio. Lo mandamos con las monjas, para aprender cómo había que vivir rodeado de mujeres castas. Todavía quedaban en el templo una caterva de personajes afines: una francesa que tenía facilidad para distraer a los hombres; el hijo de esta, un calzonazos que hacía de portero y que tenía por mujer a una perdida sabelotodo que quería dirigir las obras; las maestras de la escuela, que enseñaban con métodos poco católicos, y un inútil cuyo único mérito era ser el hijo de un maestro de obras accidentado antaño.*

*Expulsado el gallo, apenas habían quedado los polluelos. No tuvimos que hacer otra cosa que ignorar las menudencias y, manteniendo el rumbo de la vera doctrina, resolver los problemas atascados. El obispo pudo crear una parroquia, con un retraso que ya indica que las cosas no se habían gestionado bien... ¿Por qué los responsables de una iglesia, en una barriada tan grande, se habían resistido a la creación de una parroquia, negándose a contar con un rector, un equipo de religiosos, con*

*instrumentos para extender la doctrina de Jesús? Aquello ya decía mucho del carácter poco cristiano de aquella empresa.*

*Se enmendó el error, y don Mariano Bertran fue nombrado rector. A causa de su enfermedad crónica, que le obligaba siempre a guardar cama, el peso del trabajo recayó sobre los hombros de un humilde servidor de ustedes. Así pasé de una existencia armónica y contemplativa como organista, a una misión ardua y comprometida ejerciendo como rector sustituto de uno de los templos más complicados y crispados de la ciudad. Lo primero que me propuse fue ordenar las cuentas de la casa, una casa que gastaba a espuertas en producciones suntuarias.*

*Había vicios que clamaban al cielo. Las limosnas, por ejemplo, en lugar de dedicarse a la caridad y al fomento de la piedad, se dilapidaban en arte suntuario de piedra y dibujantes fantasiosos. Pues dije basta; a partir de ese momento, todas las donaciones, entregadas por los feligreses a cuenta de indulgencias papales, las encauzaría debidamente hacia la parroquia. Dejé claro que la expiación de los pecados no podía depender de los arquitectos. Y no solo las limosnas, sino también aquellas herencias de feligreses ricos o del propio Gaudí, con un montante total de casi un millón de pesetas, que eran responsabilidad de la Iglesia.*

*El señor obispo ya decidiría, como correspondía, si aquellos emolumentos iban a las obras en piedra o a las obras espirituales. Cabe decir que los idólatras de la piedra no entendieron aquella decisión tan razonable y cristiana. Ellos querían seguir derrochando con sus ídolos escandalosos, porque si bien es cierto que la mayoría de las imágenes eran de santos, no faltaban animales fantásticos, delincuentes, anarquistas e incluso alguna prostituta. Ante aquel desasosiego constante, el obispo Irurita me llamó un día para informarme de lo que había decidido.*

*—Las obras tienen que acabar, vicario —me ordenó sin parpadear—. No es necesario derribar nada, sería demasiado caro, pero no quiero ver ni un albañil trabajando en ese becerro de oro.*

*Me puse manos a la obra con entusiasmo, y reconozco que no resultó nada fácil. Eran muchos años de inercia, medio barrio estaba implicado en el negocio, y la sombra intocable de Gaudí se cernía por encima de todo. Tuve que formar una red de personas interesadas en poner punto final a aquel disparate, y que Dios me perdone, no todas eran almas puras y bondadosas. Lo admito, tuve que trabajar con gente indeseable para alcanzar aquella noble y elevada misión que me había sido encomendada.*

*Lo más importante era cerrar el grifo del dispendio; luego habría que despedir a los trabajadores. Pero insisto: no era nada fácil. Los arquitectos, por ejemplo, continuaron trabajando por amor al arte, incluso tras perder los salarios. Como los escultores. Iban y venían del taller, trazaban planos, diseñaban estatuas y seguían como si nada. Uno de ellos, el jefe de las esculturas, uno pequeño y raquítico que llamaban Matamala, se buscó un segundo empleo para subsistir, pero siguió dirigiendo todos los grupos escultóricos del templo. Sin cobrar. No los podía sacar de allí ni con aguarrás. Lo que hace el orgullo; se morirían de hambre, y aún buscarían entre las migajas el pecado de la fama y de la soberbia.*

*No quedaba más remedio que recortar la paga de los obreros; aquella pobre gente no tenía ni rentas familiares, ni ahorros ni nada que no fuera el jornal justísimo de la Sagrada Familia. Lo fuimos trabajando con la ayuda del Cisco, un excabo de la guerra de Marruecos, hombre de mi plena confianza que se dedicaba al mundo de la empresa. No lo podíamos hacer de golpe, sin motivo claro, porque se nos habría levantado el barrio en contra, así que nos entendimos con unos sinvergüenzas de la FAI, compañeros de infancia del contable, que se ofrecieron encantados a caldear el ambiente. Tal y como estaban las cosas, no costó nada impulsar reivindicaciones para mejorar los salarios, las jubilaciones, la cobertura médica..., y venga amenazas de huelga y venga disputas entre obreros.*

*En eso estábamos cuando murió un cantero, Lluís Nadal, que cayó descalabrado del andamio y entregó el alma al Creador. Juraría que fue un*

*accidente, como tantos había en aquella obra tan ciclópea como peligrosa. Dicen que los sindicalistas tuvieron algo que ver..., o que fueron los defensores de la obra, dirigidos por el portero de la finca y su mujer, que quisieron sacarse de encima a un trabajador más bien contrario a sus proyectos. Incluso me llegaron rumores que acusaban a la madre de este, la francesa de mal nombre que había conservado conexiones con los bajos fondos. Da igual; el caso es que los obreros se asustaron y aflojaron el ritmo. Como faenaban en el trabajo más inseguro de la ciudad, era fácil sublevarlos a partir de las exigencias de seguridad.*

*Esparcimos rumores de cierre y de despido, con el fin de animarlos a buscar otro empleo. De veintitantos operarios, al cabo de poco tiempo pasamos a una quincena, y los que quedaban eran ya mayores y gruñones. Los mejores, por supuesto, encontraron oportunidades en otras obras. Estábamos seguros de que tardaríamos pocos meses, o incluso pocas semanas, en detener por completo los trabajos de la Sagrada Familia. Pero entonces nos encontramos con una sorpresa: una insubordinación no de los obreros, sino de los técnicos y de la gente que quería mantener viva la llama de Gaudí, como si el maestro nunca hubiera abandonado este mundo.*

*Empezaron a montar rabietas y numeritos extravagantes, como imprimir unas estampitas, por cierto de muy mal gusto, que vendían durante las entradas y salidas de misa. Lo tuve que prohibir, evidentemente, dejando claro, como Jesucristo en su tiempo, que el templo no era lugar para el mercadeo. Siguieron haciéndolo por los alrededores de la iglesia, y tengo entendido que no consiguieron ninguna fortuna, pero sí lo suficiente para engañar a los albañiles y canteros unos pocos meses más. Os ahorro consideraciones sobre el ridículo que hicieron algunos arquitectos de renombre, a las órdenes del señor Sugrañes, vendiendo cromos como si fueran colegiales.*

*Llegados a este punto, el obispo tuvo que decretar la interrupción de las obras durante dos años, pero ellos cometieron la mayor de las deslealtades, de aquellas que te llevan derecho hasta las mismas puertas del infierno. Se reunieron y, de espaldas al obispado, acordaron que invertirían siete mil pesetas (¿qué?) en un monumento dedicado a Antoni Gaudí. No había dinero, casi no quedaban obreros, y sin encomendarse a nadie, aquel grupo de iluminados decidieron que iban a construir un mausoleo para cantar las glorias del hombre que había puesto en marcha aquella muestra de inmodestia humana. En teoría, el edificio debía ser de un tamaño y una estructura similar a la de las escuelas; incluso tuvieron la desfachatez de programar una ceremonia para colocar la primera piedra del pabellón.*

*El día en cuestión, ni yo ni ningún representante de la parroquia quisimos asistir a tal calaverada. Dicen que me estuvieron esperando dos horas, y al no aparecer, llenaron un agujero en el suelo con un ladrillo y cemento rápido y pronunciaron unos discursos encendidos sobre la herencia de Gaudí y sobre los ingresos espectaculares que arrojaría aquel museo, porque medio mundo vendría a visitarlo. Por lo que tengo entendido, ese pabellón debía erigirse entre las escuelas y la rectoría, de forma harto imprudente encima del vertedero del recinto. Ya habían hecho un plano, y tuvieron la insolencia de publicarlo en la revista del templo. Convoqué a Sugrañes.*

*—El obispo está furioso con usted. Si no rectifica, será excomulgado.*

*—Ah, caramba. —El arquitecto se quedó ahí enfrente, impávido, retorciéndose el bigote con los dedos—. ¿Y eso qué conlleva?*

*—Se ha excedido. Rectifique.*

*—Bueno, podemos hablar. Pero ¿qué sucede cuando te excomulgan?*

*—Nada, olvide la excomunión. A ver cómo podemos reconducir esta barbaridad.*

*Nos pusimos a intentarlo, y no me costó mucho hacer cambiar de criterio al sucesor de Gaudí. Era el hombre menos batallador que he*

*conocido. Acordamos que la junta de obras modificaría el acuerdo anterior, y en lugar del museo, aprobarían habilitar la primera planta del taller como exposición provisional. De hecho, allí era donde el maestro había trabajado físicamente, y tenía sentido acondicionar un pequeño santuario. Si la exposición crecía, habría que buscar espacio para la casa del rector, ahora en la planta baja, construyéndola en otro lugar con un coste de cuarenta y cinco mil pesetas. Sin apenas pelearme, conseguí deshacer aquella comedia y a la vez destinar siete veces más dinero a nuestra rectoría.*

*Al margen de los idólatras y derrochadores de siempre, fui creando otro proyecto, a petición del obispo Irurita, que acabaríamos encargando a un equipo de arquitectos y obreros ajenos al templo. Se trataba de una simplificación arquitectónica que resolvería, en cuestión de meses, las necesidades de la parroquia. Desde el primer momento, el obispo entendió que el barrio de la Sagrada Familia crecía mucho, y que la cripta de Gaudí se había quedado muy pequeña para atender a las treinta mil almas que vivían en la zona. Teníamos una misión evangelizadora, pues, que obligaba a buscar espacios.*

*Lo más fácil, claro, era aprovechar la explanada central del templo, donde se habían celebrado multitud de misas y actos al aire libre. Se trataba, por lo tanto, de algo tan simple como cubrir la zona del ábside, el crucero y un poco más, para disponer de un enorme espacio de culto. Estaba todo contado y previsto; se podían aprovechar como muros de carga la fachada y el ábside, y con unos cuantos tabiques, vigas de acero y ventanales grandes y cuadrados ya lo tendríamos a punto. Sería una estructura moderna y funcional, no tan diferente de un hangar o un garaje. Habría que echar a los canteros de siempre, demasiado artesanales para una empresa así, fichar a albañiles normales y corrientes, y ordenar definitivamente el espacio central del templo.*

*Lo llevamos con mucha discreción, pero aun así algo se filtró, y se desencadenaron las iras de los históricos. Me acusaban de insensible, de chapucero, de traidor, de miserable, de avaro... ¡a mí! Me convertí en blanco de todas las iras por el abandono del recinto, lo cual en parte debo admitir, ya que, mientras no hicieran lo que pedía el obispo y no comprendieran que se había terminado la quimera insaciable de los últimos años, la parálisis dejaba todo el recinto en suspenso. Y llovían las quejas: que si el terreno era un gran vertedero, un urinario público, que si los gamberros rompían las figuras al aire libre, que si se producían robos en el vestuario, en la caseta de obras y en los almacenes...*

*Me propusieron instalar una reja permanente alrededor del recinto, pero no era práctico, porque los coches necesitaban buenas aberturas para entrar y salir de los bautizos, bodas, convites... Y, además, ¡qué demonios! Había unos porteros en la finca; que compraran perros o lo que fuera para vigilar el recinto... o que llamaran a la Guardia Urbana. También recibí muchas quejas de las escuelas; las plantas de bambú y los arbustos que delimitaban la finca ya no estaban allí, del boj perimetral solo quedaban los alambres, como en el umbráculo, que no daba sombra, y había papeles y basura por todas partes. En los patios donde jugaban los niños olía a orines.*

*Todo tenía solución, y todo se habría resuelto muy rápido si los depositarios de las esencias —carísimas— de Gaudí hubieran aceptado que los tiempos habían cambiado. No lo hicieron, y solo se dedicaron a desacreditarme. Sé perfectamente que me insultaban con palabras y adjetivos ridículos. Sé que despotricaban de una relación impropia mía con el Cisco, la persona más recta, entregada y devota que he conocido. También criticaban mi manera de vestir; yo no hacía mucho caso, consciente de que un ejemplo de pulcritud y elegancia es necesario en alguien que quiere defender la excelencia del espíritu.*

*Y luego, el dinero, siempre el dinero. Yo no me quedé ni un solo centavo que no me correspondiera. No lo he hecho nunca, y la riqueza material no me interesa. ¿Que me había doblado el sueldo? Vamos a ver, es lo que corresponde cuando te ascienden a vicario, pero no os creáis que era ninguna maravilla, ya que el doble de una miseria suele seguir siendo una miseria. Sea como fuere, creo que un ministro de la Iglesia no tiene por qué pasearse como un mendigo. Un aspecto limpio ayuda a tener un alma limpia.*

*Y, finalmente, el reproche que más daño me ha hecho, porque yo soy un hombre católico, apostólico y romano, un pastor obediente de la Iglesia, y no acepto ningún género de duda sobre mis lealtades. Dicen que en el ejercicio de mis funciones me dejé llevar por revolucionarios e incendiarios ateos. Traté con ellos, es cierto, pero el resultado fue el contrario: fui yo quien se sirvió de ellos. Aunque cueste creerlo, los matones de la FAI, los Solidarios o como los llamen, fueron un instrumento del Señor. Había que romper la resistencia de los idólatras de la Sagrada Familia, los separatistas con ínfulas de genio que tenían delirios de grandeza y que se querían aprovechar de la devoción de la gente corriente.*

*Es verdad, traté con el Seisdedos, con el Vodevil, con el Melón. Me los presentó el Cisco a través del Babosa, que había sido legionario y compañero suyo en la guerra del Rif. Lo hice porque era necesario; había que romper el muro de los obreros, romper las obras en sí, y me vi obligado a unir esfuerzos porque ellos querían lo mismo: romper las obras. Lo que hicieron esos indeseables, con todo detalle, solo lo sabe Dios Nuestro Señor. Es posible que se les escapara la mano en alguna ocasión, lo ignoro. Yo sé lo que tengo que saber; que desempeñaron la función que se les pedía, y que funcionó.*

*Pero ya he pasado página de ese episodio. Por supuesto, con aquellos que son militares y policías no tengo ningún problema, y creo que debemos seguir de la mano. Pero los otros, los anticlericales que no nos han*

*respetado ni nos respetarán nunca, con esos ya he terminado. Son gente peligrosa, incendiarios en el sentido estricto, y ya se ocupará el Altísimo de darles lo que se merecen cuando caigan en las llamas del averno. No descarto ayudar un poco al Altísimo cuando se ocupe de ellos, ya veremos. Lo que sea para servir a los designios de nuestro querido y reverendísimo obispo de Barcelona, que no son otra cosa que los designios celestiales puestos en la tierra.*

*A fe de Dios que los caminos del Señor son inescrutables. A los simples mortales no nos corresponde juzgar las maneras y trayectorias de la Providencia. Yo me limité a obrar con lo que se me dio, y lo hice movido por una buena y bondadosa causa. La Sagrada Familia llevaba encima un gran saco de vanidad humana. Era nuestra Babilonia, una producción megalómana que no tenía nada que ver con la piedad. Y había que ponerla de rodillas y vaciarla de soberbia. Lo hice, no me arrepiento de nada, y al cielo me encomiendo.*

—¿Quieres bajar al centro? ¿A La Rambla? —Me llevé las manos a la cabeza—. Pero, capitán, ¿tú sabes cómo está aquello?

Ese otoño del 34 las cosas se habían complicado mucho. Los Gobiernos españoles de derechas se enfrentaban a los sindicatos y también al Gobierno catalán, que ahora dirigía Lluís Companys, un hombre inflamado, del mismo partido que Macià, pero sin el aplomo del abuelo. Había huelgas, los militares disparaban a los mineros que las secundaban, en Asturias crearon un sóviet y, en Barcelona, Companys tuvo una ocurrencia de las suyas y proclamó el Estado catalán. Se promovió una huelga masiva en apoyo del presidente, pero los radicales que mandaban en la CNT, los chicos de Durruti y de la FAI, no se quisieron sumar.

El capitán Secano quería bajar a La Rambla para rescatar a sus hijas. Sabía que se habían encerrado para apoyar el golpe catalanista en un local

de dependientes de comercio que frecuentaban los jóvenes tenderos y profesionales. Las gemelas habían ido a menudo allí para bailes y fiestas, siempre invitadas por el bueno del señor Coll, miembro destacado de aquel centro social. Lo cierto era que el militar no había mostrado reparos para que sus hijas frecuentaran ese lugar; todo era muy decente y respetable, sus dos plazas inexpugnables no corrían peligro, no se quedaban nunca hasta muy tarde, y los hombres que podían conocer ahí eran todos serios y formales. Pero, aquel octubre, ese jardín aburrido se había convertido en un polvorín.

—¡Sí, tengo que ir! —Me cogió del brazo—. Si no quieres acompañarme, iré solo.

—¿Así, vestido de militar? Acabarás fatal...

—Si me toca hablar con los míos, me vendrá muy bien. Para activistas y alborotadores ya te tenemos a ti.

—Muy gracioso. —Negué con la cabeza—. Espera, que aviso a mi mujer y me visto para salir.

Al poco ya bajábamos, a pie, porque los tranvías habían quedado interrumpidos. Deteníamos a personas que venían en dirección contraria y les preguntábamos qué estaba pasando; de vez en cuando entrábamos en alguna tienda que tenía la radio encendida. La gente recelaba del uniforme del capitán, pero cuando les espetaba un «viva la República» enseguida lo abrazaban y le regalaban toda la información que tenían. Supimos que había dos focos de resistencia: de un lado, el palacio de la Generalitat, con todo el Gobierno catalán dentro, y del otro el centro de dependientes, en La Rambla, donde estaban las gemelas y compañía.

—*Cagondiez* —decía mi acompañante—; van las niñas y se meten, precisamente, en la boca del lobo.

—Ya no son tan niñas.

—Son mis niñas y siempre serán niñas. Va, deprisa, no quiero llegar tarde.

Esquivamos la plaza de San Jaime, donde teníamos entendido que había posiciones de artillería y tanquetas a punto de asaltar el gobierno, y entramos en La Rambla por abajo, subiendo desde el puerto; enseguida tropezamos con unos batallones que esperaban órdenes. El día estaba oscureciendo, y el capitán se estaba poniendo nervioso. Se acercó a un sargento y, a pesar de las prisas, se tomó la molestia de hacerlo cuadrar antes de preguntarle:

—Sargento, ¿dónde está su superior?

Esta vez el bicho raro era yo. El militar me repasó de arriba abajo, y Secano le tuvo que llamar la atención. Que él se hacía acompañar de quien quería, y que hiciera el favor de responder a su interpelación.

—Sí, perdone. —Volvió a cuadrarse—. El teniente está ahí a la izquierda, detrás de aquellos sacos. Pero mejor que salgan de en medio de la calle, porque estamos a punto de abrir fuego.

Agazapados, nos apresuramos hacia donde nos había indicado. Los dos oficiales se encontraron y se pusieron a cubierto, yo siempre a sus espaldas. Empezaron a discutir; Secano le insistía en que tenía que detener las órdenes, hacer salir a todas las mujeres y las personas mayores, y luego si quería podía disparar. Que si sus hijas recibían algún daño, lo denunciaría y le formarían un consejo de guerra y no tendría nunca más ningún ascenso y todas aquellas lindezas que los militares se escupen entre ellos. Estaban a punto de ponerse de acuerdo cuando un estruendo nos hizo caer al suelo; bueno, en realidad me hizo caer a mí, y a los soldados casi también.

—Pero ¡a ver, teniente! —exclamó mi amigo—. ¿Me hace el favor de interrumpir la orden? ¿Cómo se lo tengo que decir?

—¡Vale, vale! —Se sacudió el polvo de los galones y gritó hacia el cañón—: ¡Alto el fuego! ¡Que calle la batería! ¿Me escucháis?

A continuación, cogió un altavoz de cartón, de aquellos con forma de cono, y se fue hacia el edificio en compañía del capitán. Alzó un pañuelo blanco. Primero conminó a los rebeldes a dejar las armas y a abandonar el

reducto. La respuesta fue una bala perdida que le pasó silbando a ras de oreja. Yo me protegí detrás de un árbol, pero los dos oficiales ni se movieron. El teniente volvió a llamar, esta vez para ofrecer una tregua de diez minutos; dejarían salir a mujeres, niños y ancianos. Los pondrían en libertad, no harían prisioneros, pero recalcó que no volverían a repetir la oferta. O de inmediato o que se atuviesen a las consecuencias. El capitán Secano le quitó el megáfono.

—¡Hijas, soy vuestro padre! ¡Salid, no os pasará nada, os lo prometo! ¡Que salga quien quiera, tenéis diez minutos!

—Yo no he dicho eso —protestó el teniente de artillería—. No he dicho que saliera quien quisiera.

—Ya lo sé —le soltó Secano—; por eso lo he dicho yo, porque usted no lo había hecho.

La llamada surtió efecto, ya que enseguida empezó a salir gente polvorienta, las manos arriba y agitando pañuelos más o menos blancos. Ceuta y Melilla vieron a su padre, echaron a correr disparadas y ya no se separaron de él. También aparecieron Consuelo y María Luisa, una con ganas de cháchara y otra con ganas de callar. Había otras mujeres, y también un grupo nutrido de hombres adultos, que fueron detenidos a punta de pistola y separados del resto. Entre ellos distinguí a Coll, que hacía señales con los brazos.

—¡Capitán, es Clodomiro! ¡¡Se llevan a Clodomiro!!

—Caramba, a ver qué podemos hacer.

Se acercó, con una hija en cada brazo, y estuvo un rato agitando el cuerpo y discutiendo sobre consejos de guerra y delicadezas por el estilo. Luego, volvió con los hombros encogidos.

—No hay nada que hacer. —Arqueó las cejas—. Se los llevan.

—Pero si es Clodomiro, hombre, que es republicano, que no haría daño ni a una mosca..., y tiene un hijo, pobre, que...

—Ya lo sé, Jaume, ya lo sé. —Apretó los labios—. Pero no me hacen caso. Se ve que un tipo con este nombre ha de ser sospechoso a la fuerza.

—¡Caray, con lo bonito que es el nombre de Clodomiro! —exclamó Ceuta.

—Es un nombre precioso —añadió Melilla—. Si no estuviera casado, me enamoraría de él.

—Bueno, chicas, ha llegado el momento de irse a casa. Vuestra madre debe de estar sufriendo.

—Y el pobre cura.... —suspiró Consuelo—; ya nos advertía él, que no nos metiéramos en fregados...

Un día subí al taller. Quería comprobar si, tal como decían los arquitectos, ahí se podría montar una exposición permanente de Gaudí. No lo acababa de ver, me imaginaba a un montón de gente paseando entre las mesas, esquivando maquetas de yeso, carpetas de planos... Niños jugando en ese espacio sagrado, padres llamándoles la atención, cuatro golfos riéndose de la cama de Gaudí, o de las maquetas esqueléticas, o del desorden imperante. Habría que emplearse a fondo para asear todo aquel espacio. Y, además, me rondaba una sensación incómoda: la idea de que convertir el taller en museo era una manera de dar por finiquitadas las obras.

Aparte, con disturbios brotando como setas, hacer entrar multitudes en el taller de Gaudí, el sanctasanctórum de las obras, era una gran imprudencia. Cualquier desaprensivo podría arremeter contra los testigos de aquel proceso creativo: las maquetas, los planos, los modelos de yeso..., todo estaba tan preñado de amor y a la vez era tan frágil como el espacio de cualquier familia humana. Fijé la vista en la maqueta enorme y preciosa de las columnas del interior, sin duda el mayor legado creativo del genio.

Ahí se veía cómo la nave central de la iglesia rompía del todo con el románico, el gótico, el barroco y todos los estilos históricos. Reinaba sin

oposición la parábola, tal como el maestro lo había impuesto antes de morir. Aprovechando la caja de la claraboya, aquellos árboles se levantaban a dos y tres niveles, y mostrando allí una vigésima parte de la altura que debían alcanzar a tamaño real, ya daban vértigo.

Algún día, la entraña del templo crecería como un bosque, abriéndose en lo alto con ramas, ramilletes y hojas que filtrarían la luz exterior. Situándote en la nave central podrías admirar cómo trepaban los troncos por una parte, se tocaban en la cima con los de la otra parte, y volvían a bajar en una caída inclinada: una perfecta catenaria, la línea más bella y más fuerte, que no quería ni muros de carga ni contrafuertes. Se aguantaba sola, esbelta y sólida como la naturaleza.

—¡Ah, estás aquí! —Lola me sobresaltó y por poco me hace perder el equilibrio—. Ya me imaginaba que te encontraría aquí.

—Uf. Me has asustado.

—Es que tendremos que cenar algún día, ¿no crees?

—Sí, bonita, ya estoy.

—¡Por cierto! ¿Te cuento una buena?

—Pues vamos bajando y me lo cuentas. Necesito estímulos.

—A ver, ¿sabías que la Sagrada Familia actuaba como un gran reloj de sol?

—Pues no, Lola, no lo sabía. —Bajé la escalera detrás de ella.

—Las torres se proyectan desde occidente a oriente a lo largo del día. —Se detuvo, apoyada en el pasamanos, para escenificar la trayectoria—. La sombra empieza en Cerdeña con Provenza, y muere en Marina con Mallorca. Un semicírculo perfecto.

—Está muy bien eso. Seguro que el maestro Gaudí era consciente de ello: de pequeño había vivido en una masía rústica y...

—Pues se lo quedó para sus adentros. Porque —hizo una mueca traviesa —, a las doce del mediodía, ¿sabes hacia dónde se orienta la sombra?

—Hacia el norte, es decir... —Me rasqué la cabeza—. ¿Hacia la avenida Gaudí?

—¡Sí, señor! Un paseo que lleva su nombre, pero sobre todo que no estaba previsto, y que él se preocupó de que se diseñara y se abriera. Un paseo que apunta exactamente al norte, como la Meridiana..., igual. Él quería que quedara clara la marca de las doce.

—¡La hora del ángelus!

—Sí. Y también la hora del avemaría —insistió en la mueca juguetona —. Cuando el edificio esté terminado...

—Ya no estaremos nosotros.

—Seguramente no..., pero da igual, Bordillo. La sombra de la torre de la Virgen, así como la de su hijo, sí estarán. Y marcarán con nitidez la hora de María. Enormes agujas de un colosal reloj de sol.

—Qué pedazo de pillo, el abuelo de Reus.

—Y aún hay más: ¿sabes dónde impacta el primer sol?

—Naturalmente, en la fachada del Nacimiento. —No se contentó con mi respuesta.

—Sí, tontín. Pero ¿dónde, concretamente?

—Pues no lo sé, amor mío.

—¡En la gruta de María! ¡La Coronación de la Virgen! ¡De lleno!

—¡Mecachis el viejo! ¡De lleno en la cara de Consuelo! ¿Quieres decir que Gaudí...? ¿O mosén Parés...?

—No lo sé, pero —bajó los últimos escalones— era su ahijada, ¿verdad? La de ambos, como si dijéramos...

—Carajo de viejo..., y carajo de cura. —Se me escapó una risita—. ¡Todo Barcelona se despertará el día de mañana con la cara angelical iluminada de... de *la seño*!

—Me quiero jubilar —me confió mi suegro mientras paseábamos—. Tengo derecho a ello, y ahora dicen que la República nos lo asegura.

—Sobre el papel, Pepe. No está claro si a la hora de la verdad te cubrirán la pensión de vejez.

—Lo pediré. En las obras ya no nos quieren. —Se encogió de hombros y señaló la iglesia—. Ahora incluso nos han hecho retirar los andamios. Pero tiene buen aspecto, ¿no crees? ¿Cómo lo ves tú?

—Lindo, lindo.

—El caso es que aquí no hay trabajo. —De repente, vi que se le abría el rostro—. ¡Oooh, mira quién llega!

Lola apareció en la esquina con Toni y Aurora, dos terremotos de nueve y dos años. Los niños bajaron corriendo, cogidos de la mano; uno pisando firme, la otra tambaleándose. Pepe los cogió en brazos, riendo a pleno pulmón, pero al cabo de nada apareció la suegra, Paca, que echó cuatro gritos y se llevó a los chiquillos hacia el parque.

—¡Dejad de molestar al abuelo! ¿No veis que están hablando de cosas de mayores? Venga, Lola, vamos a comprar castañas a los niños.

—Ve tú mejor —dijo Lola, ignorando las órdenes de su madre—. Yo me uno a las cosas de mayores.

—Claro que sí, hija..., y de paso cómprate unos pantalones. —Se llevó a la niña en brazos y al niño corriendo al lado—. Si es que no sé adónde iremos a parar, tanto divorcio y tanta mujer libre y tanta política...

Padre e hija compartieron un bufido.

—Escuchad —Lola alzó las manos para reclamarnos atención—; me ha llegado que el Seisdedos y sus secuaces estaban entre los detenidos de octubre.

—Pues ahora que lo comentas... —Me rasqué la nariz—. Hace tiempo que no he oído nada de ellos. Mejor —sentencié—. ¿Todavía están encerrados?

—Yo diría que sí..., en la cárcel Modelo, si no me equivoco. Lo que no entiendo es por qué han pagado el pato, estos incendiarios que siempre han odiado a los catalanistas...

—Ahora que lo dices —Pepe Artigas se tocó la barbilla—, unos días antes de los disturbios, oí una conversación entre mosén Llonch y el Cisco.

El suegro nos explicó que, mientras trabajaban en la obra, aquel par habían estado discutiendo en voz alta sobre la necesidad de deshacerse de los indeseables del barrio. Y no, no se referían a los que querían continuar la obra. Mencionaron claramente a los que les habían sido útiles en algún momento, pero que se habían convertido en una molestia excesiva. Los locos de la FAI y los bandidos de Durruti, concretaron. Que tenían pruebas; que sabían que escondían gasolina, armas y material inflamable, que a la mínima oportunidad volverían a quemar iglesias y que tenían que pararles los pies cuando todavía podían.

—Hombre, padre, ¿y no nos dijiste nada?

—Pues no, hija, me pareció una típica conversación de extremistas. No es tan raro, ¿no? Unos integristas diciendo que hay que denunciar a unos incendiarios.

—Bueno, el caso es que han roto, ¿no? —Abrí los brazos—. Que ya no se ayudarán entre ellos para hacernos daño, ¿verdad? Y que los malditos elipsones están en la cárcel, ¿verdad?

—¿Quién? —Pepe puso cara de póquer.

—Nada, padre. Nuestros enemigos.

—Ya. Pues qué quieres que te diga. —Negó con la cabeza—. No lo veo muy claro. Los curas se están creciendo, actúan con demasiado descaro. Este Gobierno de derechas que se quiere cargar la República no tiene muy buena pinta... Quieren eliminar el divorcio, la reforma agraria, las libertades..., mantienen todavía a Companys y a su Gobierno en la cárcel... A Paca le gustan estos ultras, pero yo no duermo tranquilo...

—No están de acuerdo ni con la obra de Gaudí —añadí—. ¡Es increíble que el clero se quiera cargar todo un templo expiatorio!

—¿Sabéis que han enviado el dinero de la reserva —dejó caer Lola— a un banco inglés?

—¡¿Cómo?! —exclamé—. ¡No lo pueden hacer! ¡Sinvergüenzas!

—Lo pueden hacer y lo han hecho. Transferencia al Bank of London. Movimiento contable. Lo he comprobado con estos ojos. Ochocientas cincuenta y tres mil doscientas veintitrés pesetas.

—La madre que parió a Llonch y a todos los demás —suspiré hondo—. Y tú tampoco explicas mucho las cosas, Lola.

—Es que es ahora cuando voy atando cabos. Creía que era un simple cambio de depósito.

Nos miramos. Los tres fruncíamos el cejo.

—El otro día, ¿recuerdas cuando vino el príncipe aquel? ¿Cómo se llamaba?

—¿Te refieres al príncipe de Gales? ¿Eduardo de Inglaterra?

—¡Ese! Muy bien, Lola. —Le di un besito en la frente, que no pudo esquivar—. ¡Pues no lo quisieron recibir! ¡Es muy fuerte! Ya sabemos que el rector se pasa la vida en la cama, en la rectoría..., pero ni el vicario quiso hacer la visita...

—¿Y eso? Que esquiven a la realeza no parece propio de ellos...

—No estás al día. —Lola puso la carita de repelente consumada—. Vino con su querida, la señora Simpson, una mujer norteamericana que ya se ha divorciado dos veces. Imposible salir a saludar a una zorra como esa, por mucho que acabe siendo reina...

—¿Por eso no salieron a recibirlos? ¿En serio? —Abrí la boca, y Lola me la cerró en un acto de venganza—. Están perdiendo los papeles. Mosén Llonch no anda fino. ¿Sabéis qué me dijo el otro día?

Ambos dijeron que no a la vez con una sonrisa expectante.

—Sí, vale, yo también os oculto confidencias. Pero es que no paran de pasar cosas. Aquí —indiqué el portal de la fachada—, el otro día me lo encontré aquí mismo. Yo entraba y él salía. Sí, el señor vicario.

—¿Y...?

—Espera. No os lo creeréis. Me ordenó —levanté el dedo—; sí, ordenar es la palabra... Me ordenó que no dejara entrar ni a Sugrañes ni a ninguno de los arquitectos, ¡que les prohibiera el acceso al recinto!

—¡¿Cómo?! —exclamó Pepe—. ¿Y tú has obedecido?

—No, hombre, no. Hace siglos que entran y salen... Que vaya el cura y los pare él, ¿me entiendes? O que lo hablen civilizadamente. Yo le dije que muy bien, que a sus órdenes, pero no pienso hacerle ningún caso. Este hombre se ha vuelto loco.

—Es lo que os digo, hijos —musitó Artigas cabizbajo—. Se han emborrachado de fuerza y de poder. Esto acabará peor que la guerra de Abisinia. Se nos merendarán.

—El caso es que aún hay cosas pendientes. —Los miré a los ojos—. ¿Cómo terminaremos el trabajo que queda? Tú, que te quieres jubilar... y sin andamios de la fachada...

—Calla, ¿no os he contado cómo nos los hicieron desmontar? A toda prisa, sin ninguna consideración, con unos ayudantes que venían de los Monegros o de no sé dónde y que no tenían ni idea.

—Padre, para desmontar no hay que ser ningún ingeniero...

—¿Que no? ¡Niña, rompieron uno de los ángeles trompeteros! ¿Y sabes cómo le recolocaron el brazo? Con un cabestrillo pasado por el cuello, como si fuera una persona... Y los chapuceros rompieron otras piezas, también..., y agrietaron una...

—Entonces, Pepe —interrumpí—, ¿ya no podemos subir más estatuas a la fachada?

—¿Te preocupa la Virgen de la señorita? —Me dedicó una sonrisa pícara —. Está todo estudiado. No sufras.

—¿Ah, sí? ¿Qué haréis?

—Con el montacargas la pueden subir, y meter el grupo escultórico dentro del palco central no es problema, hay espacio de sobra. Una grúa, unas poleas, palancas..., y para arriba.

—Vaya, qué descanso.

—Sí, Jaume, no te apures. Será la última cosa que haga en esta obra, o en esta vida, y no me pienso jubilar sin resolverlo. Pero una vez hecho...

—Estaremos al cabo de la calle.

—Eso mismo, hijos míos. Se habrá completado el Nacimiento de la Sagrada Familia. —Forzó una sonrisa—. Mira, ¡ya vuelven mis niños favoritos! —Se agachó y abrió los brazos para estrechar a los nietos contra sí—. Es ley de vida, lo que pase después ya será cosa vuestra... o de estos que llegan corriendo. ¡Venid, angelitos, venid!

Nadie se lo quería perder. Todos los históricos estaban allí, trabajando o ayudando sin cobrar; tampoco faltaban los que insistían en molestar, eso sí, de forma desinteresada. El montacargas subía las partes del grupo escultórico por turnos, y luego un juego de grúas con contrapeso las iba colocando en su sitio. La base consistía en el trono en que debía sentarse Jesús y, justo delante para recibir la corona, la Virgen —o mejor dicho las rodillas y la túnica de la Virgen, puesto que el torso y la cara subirían después—. Entre todos los operarios y técnicos, los útiles y los inútiles, se fijó la piedra sobre la pendiente de tejas que cubrían el suelo de la cueva.

Parecía que la base no había quedado bien fijada, ya que sobresalía por delante y no tocaba el suelo, pero era correcto; la escultura quedaba anclada por las molduras traseras, donde la superficie era más elevada, y en cambio en la parte de fuera, la que daba al exterior más visible, parecía que las figuras volaban sin tener los pies en el suelo. El caso es que acabó bien amarrada, y quedó todo listo para acomodar las piezas superiores, que

asimismo recibieron los elogios y las atenciones entusiastas de todos los presentes.

Sugrañes ejercía de director sin tener que hacer nada; el cura intentaba dar algún sermón; Vicentet se mofaba de todo; Opisso fabricaba chistes elegantes; Consuelo se preocupaba de la estatua como si fuera su propia hija; Lola ponía cordura y cálculo; Artigas trabajaba en silencio, como mi padre; y yo cuidaba de que los críos no se acercaran demasiado. Matamala no paraba de hablar en voz baja, como si estuviera realizando una acción clandestina. Hasta que un detalle, mientras izaban la cabeza de la Virgen, le hizo estallar.

—¡Munné! ¿Dónde está Munné?

—Aquí estoy, Joanet. —Una cabecita envejecida pero feliz salió de detrás de la estatua—. ¿Ocurre algo, hijo?

El hombre era de los más veteranos, y tenía el respeto de todos. Por eso le habían pedido que viniera en una ocasión tan especial, a pesar de que un carpintero y ebanista poco podía aportar en semejante operación. Básicamente, estaba ahí para reforzar el testimonio de los de siempre, los que llevaban el espíritu de Gaudí en los poros de la piel.

—Ha sido usted, ¿verdad? ¡No me engañe, que nos conocemos!

—Lo que diga. —El Salchichón se enroscó el bigote—. Si hace falta he sido yo... Pero ¿exactamente qué he hecho? ¿Me lo puede explicar?

—Allí, bajo la capucha de la Virgen, en ese agujero, entre el cuello y el velo que cuelga.

Nos fijamos y, sí, todos vimos un objeto allí metido en un agujero de la estatua, un bulto de palmo y medio, más bien alargado, envuelto en papel de periódico. A medida que íbamos reconociendo el objeto, antes que compartir la cólera del escultor principal, estallamos uno a uno en grandes carcajadas. Algunos, especialmente los más mayores, que ya no tenían que guardar las formas y que conocían bien a Munné, se retorcieron literalmente de risa: porque el célebre carpintero se había olvidado nada menos que su

no menos célebre bocadillo, ahí metido, a la espera del primer bocado. Tuvimos que detener la operación unos minutos para que todo se calmara.

No podíamos retirar el desayuno hasta que la figura no estuviera en su lugar, y eso lo hizo aún más cómico. La Virgen no se inmutaba con aquel hatillo al hombro; rezaba sin estorbo, los ojos cerrados y las palmas de las manos perfectamente adheridas la una contra otra. A la izquierda, un san José todavía más arrodillado que ella, y a la derecha un joven pastor, con el zurrón a la espalda, se mostraban poco pendientes del mundo material. Tampoco se daba cuenta de nada el hijo de María, Jesucristo, que sentado en el trono levantaba la corona y solo tenía ojos para acertar en el cogote de su madre.

Me subí a la parte trasera de la escultura, dentro de la gran lonja. Detrás de Cristo podía contemplar toda la riqueza de detalles que la gente de la calle, aquellas hormiguitas que se adivinaban allá abajo, no verían nunca. El respaldo del trono, rematado con dos esferas a cada lado; la cabellera abundante y trabajada del Mesías y su espalda, con los pliegues de la túnica pulidos con amor, pliegues que quedarían para siempre ocultos; la parte interior de la corona de hierro, tan bien forjada como en el exterior; el zurrón detrás del pastor, la espalda rugosa del padre putativo... y, al fondo de la cueva, el conjunto magnífico del rosetón, los nervios de piedra, las inscripciones..., todo había quedado en la oscuridad más absoluta.

—¡Una obra maestra! —gritaba Consuelo—. ¡Es lo mejorcito del templo, sí, señor!

Poco le importaba a la directora de las escuelas que todo aquel arte quedara tapado por la figura de la Virgen. Le parecía incluso normal que el talento no se exhibiera por completo. Al fin y al cabo, eso expresaba uno de los principios que nos habían inculcado en las escuelas: no presumir nunca, llevar el genio con modestia, que la inteligencia sea amable y discreta..., muy a tono con el espíritu de la Sagrada Familia y de cualquier familia decente que fuera digna de tal nombre.

Retiramos el bocadillo del Salchichón, también las cuerdas y correas, y seguidamente bajamos a pie de calle para admirarlo todo como el resto de los mortales. Nos abrazamos y nos felicitamos unos a otros. Aquello era el final de una etapa. Teníamos la certeza de haber cerrado un ciclo, el ciclo de la fachada del Nacimiento.

Todo lo que habíamos empezado con Gaudí estaba completo, colocado, a la vista de la gente. De allí en adelante quedaba mucho por andar; nos podíamos dedicar a crear e innovar. Pero antes sospechábamos que nos dedicaríamos a discutir sobre la iglesia-garaje, el pabellón-museo, las cuentas, los obreros y técnicos despedidos, las colectas para poder poner cuatro piedras más..., y todas las sombras que nos rodeaban, que estaban presentes siempre y en todas partes, pero que no sabíamos leer porque lo único que veíamos eran las figuras que estaban de cara a la luz del sol. Las cuevas que se ocultaban detrás no las percibíamos.

Aquel verano de 1936, llevábamos recaudados unos donativos de 2.981 pesetas, que Lola tenía perfectamente contadas y que, poco o mucho, podríamos dedicar a alguna pequeña obra. O al décimo aniversario de la muerte de Gaudí, que había pasado con dos misas y poco más. Desde el día de San Juan, nos habían visitado veinte personas de Castilla, siete de Galicia, veintidós británicos o americanos (incluidos el príncipe y la divorciada), trece franceses, nueve alemanes... Habían sido unas buenas semanas, con éxito de visitas. Hacía buen tiempo y ya podíamos presumir de una fachada completa, de piedra desnuda, libre de andamios. Daba gusto.

Cuando escuchamos que unos militares españoles se habían sublevado en Marruecos, la noticia nos entró por un oído y nos salió por el otro. Habíamos escuchado ya un montón de sables haciendo ruido. Aquello no era nuevo. Y nos caía muy lejos, quedaba oculto en la penumbra de hechos remotos que no nos afectaban. Era mucho más importante lo que sí veíamos, no había ni punto de comparación. Estábamos de estreno con la fachada del Nacimiento, la de Gaudí.

La Virgen, o sea, nuestra querida Consuelo, recibía cada madrugada los primeros rayos de sol en la faz. La sombra de los pináculos, de las cuatro torres, se proyectaba primero hacia un lado, y llegaba a su cénit cuando se posaba sobre la avenida Gaudí, y por la tarde completaba el medio círculo hasta la caída del día. Ningún reloj de sol había sido nunca tan divino, nunca había marcado tanto nuestras vidas sobre el tejido mismo de la ciudad. Entre las sombras, la vida aún brotaba.

*OceanofPDF.com*

# XIII

# La lucha

Creedme, cantaban los grillos. Como si adoraran a la silueta del templo en esa noche calurosa, preñada de humedad. Una penumbra de julio que imponía su quietud delicada. Recuerdo haber salido a revisar las vallas y las rejas, y a dar comida y desatar a los perros que acabábamos de comprar, dos mastines pirenaicos que nos ayudaban a vigilar la finca. Tiré al suelo los huesos y otras sobras, y mientras se lo zampaban todo me senté en el pozo que había ante nuestra puerta. Cantaban los grillos, sí, en la nitidez de la oscuridad, a la luz de las estrellas. Recuerdo una noche quieta y calmada. Recuerdo la paz.

—Padre, ¿nos llevas a la cama? —Toni, equipado con diez años de energía, me llamaba.

—Ahora voy, hijo.

Acaricié a los perros, que habíamos bautizado con los nombres de las grandes estrellas del momento, Mickey y Donald, apuré el último respiro de aire de lavanda y tomillo, y volví para dentro, donde estaba todo lo que contaba para mí: Toni y Aurora, Lola, mis padres. Aquello era lo que merecía la pena, pensé; lo que era sólido como una roca. La familia. Intocable. Aquel sábado por la noche, 18 de julio, me podía considerar un hombre afortunado. En la mesa había aceitunas amargas, tomates del huerto y tortilla de patatas con pan de la última hornada. Y todo tipo de fruta

estival, de la que se deshace en la boca. Los niños ya habían comido y me esperaban en la cama. No podía pedir más.

A lo largo del día, todo había seguido su curso habitual. Sin ninguna actividad de obras, en la Sagrada Familia mandaba el ritual de misa, como en cualquier otra parroquia. Por la mañana, los monaguillos barrían la cripta, supervisados por una de las feligresas beatas. Por la tarde, las niñas se movilizaban para quitar el polvo de los bancos y de los altares; pulían los candelabros y los atriles, y se ocupaban de las pilas de agua bendita. Entonces se abría la cripta al público para rezar el rosario y para las confesiones, y al anochecer los chicos acudían en tromba, para colocar a toda prisa las sillas que habían sido guardadas en una capillita. Todo quedaba listo para la primera misa del día siguiente, la de las seis de la mañana.

Sí que recuerdo alguna observación de mi padre, del estilo de «parece que han liquidado la revuelta militar de Marruecos». Pero no puedo acordarme siquiera de una sola conversación a fondo sobre la noticia. Ninguna discusión, ningún debate sobre qué había pasado, si era grave o si no tenía importancia. Los niños, mientras se acostaban, estaban muy ocupados pensando en la excursión que harían al día siguiente. Estaba programada una salida a la feria de muestras, como cada año, y Toni no paraba de dar consejos a Aurora, que lo miraba con unos ojos enormes poblados de prevención.

—¿Las muestras son muy grandes? —preguntó con un hilillo de voz—. ¿Y si nos perdemos?

—Un año se perdió una niña —le confió Toni, bajando la voz y alertando con las manos—. Todavía no la han encontrado.

—No, no quiero. —La pequeña se cubrió con la sábana y empezó a sollozar—. No quiero muestras, no quiero muestras.

—Cariño, ¿no ves que te está tomando el pelo? —Lola le dio un cachete al niño—. No le hagas caso a tu hermano. ¿No le ves la cara? ¿No le

conoces esa cara de pillo?

—Vamos, *les gamins*, a dormir, que mañana tenéis que madrugar —intervino Marie, mostrándose cada día menos paciente con los críos.

Nos costó que Aurora cerrara los ojos, porque su hermano le había metido el miedo en el cuerpo. Al cabo de un rato cayó y entonces, respetando el protocolo habitual, me senté en la cama de Toni y tuvimos la última charla del día. En ese momento el abusador de hermanas me expresó una cierta desazón.

—¿Habrá guerra?

—Pero qué dices... —Me reí por lo bajo—. Hemos visto unos cuantos pronunciamientos de estos, y parece que lo que han hecho ahora en Marruecos es como una parodia.

—Entonces, ¿no mandarán los militares?

—Mira, recuerdo el golpe de Primo de Rivera, no hace tanto; ¡eso sí que fue un golpe de verdad! —Levanté las cejas—. Tú aún no habías nacido. Y es que entonces... todos, absolutamente todos los militares, le dieron apoyo. Y el rey. Al cabo de pocas horas lo tuvieron listo. No fue esta farsa de Marruecos, no.

—¿Os encerrarán en la cárcel?

—No, tranquilo. Tú duerme, que mañana tienes toda una feria para ti.

—Me fijaré en todas las máquinas, ¿de acuerdo?

—Sí, sobre todo en las americanas y las rusas. Y luego me lo cuentas todo.

—Sí, padre.

Reconozco que el chiquillo me hizo pensar, pero luego Lola y yo no le dedicamos ni cinco minutos. Hablamos de la gente que se iba de vacaciones: los de bolsillo modesto cogían el tren para ir a la montaña, y los más acomodados iban a sus chalets; los que subían a Horta pasaban por delante de casa, con los coches cargados hasta arriba, como si fueran a hacer las Américas. Los trabajadores de a pie, que no viajaban a ninguna

parte, aprovechaban para ir al cine; los que querían pensar elegían *Tiempos modernos*, de Charlot, y los que querían matar el rato con aventuras de capa y espada más bien se inclinaban por *Rebelión a bordo*, con Clark Gable.

Y luego, tantas familias que hacían como nosotros, enviando a los niños a dormir pronto para llevarlos a la feria, o a bailar sardanas, o de excursión al Carmelo. Yo no tenía ningún tipo de incertidumbre; me despertaría al día siguiente y mi peor quebradero de cabeza sería aguantar a mosén Llonch en la misa de las seis. Así que lo único a lo que le di unas cuantas vueltas fue a la cuerda del despertador. Apagué la lámpara de la mesilla y dejé a Lola leyendo, ya que ella no solía madrugar tanto como yo.

A primera hora me levanté, y mis padres ya corrían por la casa. Los dejé a cargo de los niños y les pedí que prepararan el desayuno y lo necesario para la feria de muestras, porque pasarían a recogerlos en breve. Habían alquilado un camión para llevarlos hasta Montjuïc, y teníamos que ser puntuales, insistí; no podíamos hacer esperar a las otras familias. Tras esto, me encaminé a la cripta, y justo cuando estaba abriendo la puerta oí las sirenas del puerto. Era una buena sinfonía, no recordaba haberlas escuchado nunca tan fuertes y tan largas. En ese preciso momento apareció mosén Llonch.

—Tendremos niebla —dije.

—La única niebla que veo está en la cabeza de la gente —me respondió con cara de pocos amigos.

Me encogí de hombros, lo dejé pasar y me quedé en la puerta para saludar a los que venían a misa. Poco antes de la hora, ajusté la puerta y me metí adentro. Tuve el placer incomparable de oír la misa de mosén Llonch. Cuando llegó al sermón, aprovechó para echar una de sus filípicas particulares. En ese momento no le di mucha importancia, pero con el tiempo he ido recordando lo que dijo, y creo que no fue nada casual que eligiera ese tema y ese fragmento de las Escrituras.

—Jesucristo, en esta parábola, nos habla del sacrificio. ¿Qué estamos dispuestos a dar? ¿Estamos dispuestos a luchar por Dios Nuestro Señor? ¿Le ofreceremos la vida? ¿O solo recordaremos nuestras riquezas, nuestras vanidades?

Era su discurso de siempre, no destacaba especialmente. Pero pronunciado justo en esa hora, pensándolo bien, creo que llevaba más intención que de costumbre.

—¿Qué rey que marche a la guerra contra otro rey no se sienta primero a calcular si puede hacerle frente con diez mil soldados, al que viene a atacarlo con veinte mil? Porque de verdad os digo: ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se pone primero a calcular el costo, para ver si tiene con qué terminarla? De lo contrario, si no valorara bien el esfuerzo, todo el mundo se burlaría de él y diría: «¡Mirad, este todo lo empieza y no lo acaba nunca!». ¿Sabéis lo que quiero decir? ¿Me entendéis, vosotros, ovejas del rebaño de la Sagrada Familia, fieles de este templo que no se acaba nunca?

Es pesado como él solo, recuerdo que me dije para mis adentros. Ha ganado la guerra del templo y no se puede reprimir, es más fuerte que él. Sí, de acuerdo, está diciendo que toda fuerza es poca, y que hay que medir muy bien nuestras posibilidades antes de entrar en una lucha para mayor gloria del Señor. Que Dios exige grandes sacrificios y que los sacrificios deben llegar hasta el final. Sí, entendido. Pero tiene narices que vuelva a insultar a los impulsores del templo donde él predica, pensé. Que los ofenda como si hubieran sido unos cobardes y unos locos. El loco es él, me repetí, venga a hablar de guerras y soldados y luchas. Qué loco.

En ese preciso momento sonaron unos chasquidos. Detonaciones secas y cercanas. Salvo alguna abuela sorda, los escuchamos todos. El sacerdote interrumpió la homilía. Al cabo de nada, una ráfaga inconfundible: una metralleta. Y, poco después, una detonación escandalosa, un gran estruendo que hizo tambalearse los muros de piedra, provocó que los cristales

tintinearan e hizo desprenderse polvillo del techo de la cripta. Se produjo un silencio espeso, y pasados unos instantes chilló una mujer, después otra, y en cosa de segundos eso era el pandemonio: los feligreses se agarraban, se atropellaban, buscaban la escalera de salida y se empujaban unos a otros. Mosén Llonch bajó del estrado y vino hacia mí.

—Organízalo todo. Ciérralo todo. Escóndelo todo. Que no nos roben nada.

Yo estaba indeciso, desorientado todavía por las explosiones. Pregunté lo que me vino a la cabeza.

—Eh, eso..., ¿y el rector? ¿Aviso al rector? O vaya..., quizá también al arquitecto Sugrañes, ¿que venga al taller y...?

—Haz lo que te parezca. —Me dio un empujón—. Yo tengo que largarme y dirigir mis oraciones al Altísimo.

—Ah. Sí, por supuesto, el Altísimo. —Fruncí la frente—. Eso... Si tenemos que localizarle, ¿dónde estará con sus oraciones?

—En el infierno, lerdo. Estaré en el infierno.

De golpe y porrazo se quitó la sotana, me la tiró a las manos y se marchó sin mediar palabra.

Me quedé allí plantado, con la sotana colgando de las manos, y lo primero que tuve que resolver fue qué demonios se suponía que haría con aquella ropa eclesiástica. Después de mirarla del derecho y del revés, con más estupor que interés, la dejé tirada en una silla de la cripta. Me vino a la cabeza mi familia, los curas, los tesoros litúrgicos, el taller, los planos y las maquetas... Mi primer impulso fue ir hacia el taller para salvar los documentos de Gaudí. Es cierto, lo confieso, antes que salvar a los míos, me inquieté por lo que pudieran hacer con ese patrimonio.

Por fortuna, el taller estaba en el mismo edificio que mi familia, y cuando abrí la puerta, yo ya volvía a ser persona y podía pensar con amor y

con decencia, y empecé a llamarlos a filas:

—¿Dónde estáis?, ¿ya estáis todos levantados? Coged a los niños, tenemos que...

Mis padres y Lola estaban sentados en la mesa. Los tres tenían los ojos enrojecidos.

—Los niños se han ido, Jaume —dijo mi mujer—. El camión ya se los ha llevado a la feria. Estamos intentando organizar...

—¿Perdón? ¿Organizar qué? —Me tapé la boca—. ¿Qué coño de feria? ¿No habéis oído los tiros?

—Ha sido justo antes de los disparos..., qué desastre. Y aún no sabemos por qué no han vuelto. Estamos mirando cómo podemos...

—Pero ¡cómo se os ha ocurrido! —los abronqué—. ¿Sabéis lo que está pasando ahí fuera?

—Tú cálmate, hijo. —Mi madre me cortó en seco—. Tú estabas con los de misa..., *putain de prêtres*... Todo es culpa de ellos, no entienden nada...

—Todos estamos muy asustados —dijo mi padre, poniendo paz—, pero así no recuperaremos a los niños. ¿Qué hacemos? ¿Los vamos a buscar? ¿Esperamos noticias?

Empezó a toser con insistencia, como hacía tiempo que no le oía hacerlo.

—No sé ni por dónde empezar —admití con un resoplido—. Hay huelga general, me lo han dicho los que iban a misa. No funcionan los transportes, no funciona nada. Por la calle solo hay grupos armados.

—A ver. —Lola apretó los labios—. Arriba hay un teléfono. Que alguien suba y llame a la feria de muestras. Sí, ya sé que el teléfono no es nuestro, pero ¡me importa una mierda! Se trata de salvar a los niños, ¿me oís? ¿A quién carajo le importa quién sea el dueño del jodido teléfono?

—Tienes razón. Mucha razón tienes. Voy yo. —Marie se dio la vuelta para enfilar la escalera.

—Padre, tú y yo saldremos a preguntar y a buscar, aunque sea a pie. A ver si hay controles... No sé, llegaremos a donde podamos.

—No debe de ser tan complicado, ¿no? —Un par de toses—. ¿Cuántos camiones se deben de haber visto rondando por la ciudad? ¿Llenos de niños?

—Mejor que salga yo con Jaume —dijo Lola—; una madre siempre es más convincente.

—No. —El Putativo pegó con el bastón en el suelo—. Cuando vuelvan los niños, seguro que necesitarán a su madre. A su abuelo, si le pasa algo..., yo creo que tendrán buen recuerdo de él, ¿no?

Lola me miró, los ojos bien abiertos, y luego acarició con afecto el hombro del abuelo.

—Muy buen recuerdo, Josep. El mejor que te puedas imaginar.

—Entendido —di unas palmas—; vamos, pues. Lola, tú mejor que te quedes aquí para cuando vuelvan, o por si hay que hacerte llegar algún mensaje.

Solo salir a la calle, nos tuvimos que parar porque bajaba un regimiento entero de artillería: el Séptimo de San Andrés, me informó mi padre, que de eso sabía un rato. Habían salido del cuartel y se dirigían, al parecer, hacia el centro. En todo caso, se acercaban a los chasquidos de bala, como tienen costumbre de hacer los soldados. Tardaron un buen rato en pasar, con los caballos, los cañones, los carros, los camiones, las motos y la tropa a pie. No nos atrevimos a preguntar nada, y ellos no nos consideraron merecedores de ningún tipo de atención. Solo un par de hombres con boina roja, que no tenían pinta de soldados, alzaron el brazo. Nosotros les respondimos con un saludo. Cuando hubo pasado el último soldado, y el ruido de hierros y de caballos se alejó, seguimos para abajo.

En la calle Valencia encontramos a unos milicianos vestidos con monos de obrero, alpargatas y brazaletes rojos y negros. Nos saludaron con el puño en alto y les devolvimos el gesto. Se nos aproximó uno que llevaba un máuser y nos acribilló a preguntas: quiénes éramos, qué queríamos, qué habíamos visto y si teníamos papeles de algún tipo. Mi padre llevaba el

carnet de la CNT, y lo cierto es que ante aquellos hombres nos abrió todas las sonrisas. Les explicamos que habíamos visto pasar la columna armada, de la que ellos ya estaban informados. Sabían muy bien lo que estaban haciendo, nos dijeron con seguridad.

—Eso que decís de la escuela..., tú, ¡Cojo! —llamó a un compañero que estaba amontonando adoquines en la barricada—. Tú has hablado con unos que llevaban niños, ¿puede ser?

—Sí, unas maestras chaladas... Les he dicho que fueran al control de más abajo y que hablaran con el compañero comisario de ahí, que manda más que nosotros. Hace unos veinte minutos.

Les agradecimos la información, y apresuramos el paso hasta el siguiente control. Allí la barricada ya estaba montada, con media calle levantada y sacos de arena por todos los lados. Habían atravesado también un camión negro que llevaba tres letras blancas pintadas en la puerta —FAI —, además de golpes y rasguños en toda la carrocería. Mi padre me tocó el codo; era el vehículo de la escuela. Los milicianos iban mejor vestidos que en el otro control, con chaquetas de cuero, botas altas y gorras de visera. Vi alguna metralleta y cartucheras de través en el pecho de los hombres. Nos dieron el alto. Nosotros levantamos los dos brazos, siempre mostrando los puños cerrados.

—¿Qué pasa? —oímos una voz familiar detrás los sacos, y cuando la figura se incorporó di un brinco. Destacaba un palmo por encima de todos los demás.

—Los niños —dijo mi padre—, solo buscamos a los niños.

—¿Qué cojones hacéis vosotros aquí? ¿Queréis que os mate? Solo me faltaba esto hoy: el Bordillo de los huevos y su padre lisiado. Iros a la puta mierda, hombre.

—Los niños —insistió mi padre—. Queremos verlos.

—Los niños están bien —sentenció el Seisdedos—. Hemos confiscado el transporte y ellos están protegidos en un lugar seguro. No, no podéis ir.

Tenéis mi palabra y punto. Se encuentran bien. Hala, media vuelta y andando. Ya os avisarán.

Estaba chupado de cara, los pómulos marcados, y tenía unas ojeras considerables. Había envejecido de golpe. Hizo un par de señales con los dedos al hombre que tenía al lado, uno que cargaba con una cabeza notable; el miliciano empuñó el fusil. Era el Melón, y no salió con ninguna de sus proverbiales guasas. Una colilla apagada de cigarrillo le colgaba de los labios y se le veía con gran determinación. Me acerqué, sin pensar mucho en lo que hacía; estaba decidido a encontrar a mis hijos como fuera. El Melón disparó un tiro al aire y nos desafió con los ojos. Tenía cara de haberse bebido algo fuerte. Mi padre y yo lo miramos con recelo.

—¿Qué hacemos? —dije.

—Parece un paisaje de guerra, Jaume.

—Es una guerra, padre. ¿No escuchas la artillería por todas partes?

—Sí. Mejor que demos media vuelta y volvamos con refuerzos.

—Igual sí. —Tragué saliva—. La Semana Trágica fue una chiquillada comparada con esto.

No vimos ningún tranvía; ni el 37 o el 51 en Mallorca, ni el 45 o el 46 subiendo por Cerdeña. Todas las tiendas estaban cerradas, no había ni un solo bar abierto. Ni siquiera los comercios más esenciales, los ultramarinos y los hornos, los quioscos..., nada. Aparte de la lucha, lo único que nos llegaba era el sonido de la radio, que no callaba ni un momento; todas las casas tenían los aparatos encendidos y, de hecho, cuando volvimos a la portería, lo que estaban haciendo Lola y Marie era escuchar la radio. Cuando nos vieron, se pusieron a hablar sin freno.

—En la feria no responden —soltó mi madre—. Ahí no debe de quedar ni un alma.

—Y aquí han venido todos a preguntar —añadió Lola sofocada—, esto parece la oficina de turismo. Pero nadie sabe nada, nadie explica nada..., solo la radio va informando. Dicen que...

—Pues nosotros sí sabemos cosas de los niños...

—Ah, *salope*! ¿Y por qué no nos lo decís? A qué estabais esperando, ¿eh? ¿A que nos muriéramos de un ataque de angustia?

—Pero, entonces..., ¿venís con las manos vacías? —exclamó Lola, a un palmo de mi cara—. Pero... pero... ¿qué tipo de hombres sois?

—Había milicianos, nos han disparado. —La nuez se me iba moviendo en la garganta—. Los niños están bien, nos han asegurado que...

—¿Quién? ¿Quién os ha asegurado qué?

—El Seisdedos. Sí, ya lo sé... Un momento, un momento, calma. Os lo contaremos todo. Solo un momento.

Les describimos la situación, tratando de hacer ver a las mujeres que una discusión con milicianos podía poner en peligro a nuestros hijos. Era mejor no alarmar a aquella gente que se pasaba el día metiendo tiros por la calle, no era buena idea. Tanto mi madre como mi esposa pusieron morros todo el rato, pero escucharon. Y una vez que hubimos hablado, siempre acompañados de malas caras, acordamos que lo mejor que podíamos hacer era reunir a tantos padres y madres como fuera posible en nuestro patio. Era un lugar céntrico, todos lo conocían, teníamos teléfono y estábamos cerca del control que había requisado el transporte de los críos. Nos pondríamos en marcha para rescatar a los niños, y si con un poco de suerte flaqueaban los combates...

—El problema será cuando dejen de luchar —observó Lola.

—¿Por qué?

—Porque entonces se acordarán de los niños. Y de las escuelas, y de las iglesias. Y será peor para todos.

—Tienes razón —asintió mi padre—. Esto hay que hacerlo rápido.

—¿No deberíamos vaciar la casa? —se me ocurrió plantear—. ¿Es prudente que alguien se quede aquí?

—Cuando tengamos a los niños —Lola me fulminó— lo decidiremos. Ellos son lo primero.

—Está claro. La lástima —encogí los hombros— es que dependemos del cafre del Seisdedos.

—No, Jaume. Dependemos del amor que sentimos por nuestros hijos.

*Me lo habría cargado allí mismo. Ganas no me faltaban, creo que desde que éramos niños quería liquidar al Bordillo ese. Y él también a mí, aunque era demasiado gallina para atreverse a hacer nada. Yo me lo habría ventilado en dos segundos: un tiro en la nuca y a la mierda. Estaba harto de aquel meapilas que se había quedado con una mujer que valía diez mil como él, que tenía la jeta de llamarme Seisdedos por un defecto físico que nadie tenía por qué saber, que lo había proclamado en público, a los cuatro vientos... Qué tipo más asqueroso.*

*Pero ese día tenía cosas más importantes que hacer, estábamos luchando calle a calle para abortar el golpe militar, requisando armas y coches, reclutando a milicianos... No era el momento de perseguir a rivales de infancia. Y, además, no podía matarlo, lo había prometido. Y yo puedo ser lo que se quiera, puedo tener muy mala leche cuando toca, pero soy un hombre de palabra. No como mi padre, que hasta incumplió su palabra conmigo, y siempre hacía lo que le salía de los huevos. Y encima decía que no lo volvería a repetir nunca más..., como cuando molestaba a una mujer y lo volvía a hacer.*

*Digo que aquel 19 de julio, domingo, fue de los más movidos; llevábamos meses preparando la defensa popular, y no podíamos perder la posibilidad de hacer la revolución y de ponernos a mandar nosotros, que ya era hora. Con «nosotros» quiero decir la clase obrera. No había tiempo para historias de cuando éramos niños, para antiguos asuntos de faldas o para historias que mi padre había enredado, que eran unas cuantas. Llevábamos unas armas robadas que teníamos que usar, teníamos gente en los lugares clave, se debía detener todo, que había huelga general*

*decretada, y ocupar los puntos centrales de la ciudad. A mí Durruti me había encargado toda la zona de la Sagrada Familia.*

*—Tú eres de por ahí, conoces bien las calles y a la gente. Serás el comisario del sector.*

*—Sí, compañero. Cuenta con ello.*

*—Y tú has estado en la guerra del Rif. Sabes cómo parar un batallón de soldados. Hazlo, sin compasión.*

*Le dije que por supuesto, que además conocía a algunos militares, y que podía negociar con ellos, tratar de que se sumaran a nuestra causa... Él se enfadó mucho y me dijo que nada de nada. Que la única bandera que queríamos ver en manos de los militares era la blanca. Hasta que los oficiales fueran capturados, hasta que la tropa estuviera desarmada, no me podía fiar de nadie. A disparar, si era necesario matar fascistas, y san se acabó. Las amistades no contaban para nada. En la revolución no valían sentimentalismos. Le respondí que a sus órdenes.*

*El domingo de madrugada, cuando oímos las sirenas del puerto y de los barcos, supimos que era hora de actuar. Era la señal convenida con los sindicatos portuarios; confirmaba que los militares se habían sublevado y que estaban abandonando los cuarteles. Todos los pelotones salimos a la calle, requisamos camiones, coches, de todo; pintamos las siglas bien claras y nos los quedamos. Asaltamos las tiendas para obtener chaquetas de cuero, gorras, botas, correas y cinturones. Perfectamente equipados, situamos controles en toda la ciudad.*

*Desde muy pronto supe que en ese sector habría dos grandes columnas que se dirigirían hacia el centro de la ciudad. Una era la de artillería de San Andrés, y otra era la de caballería de los cuarteles de Gerona. Las teníamos que interceptar antes de que bajaran hacia la plaza Cataluña. A base de mensajeros volantes, acordamos con las otras barricadas que los dejaríamos caer en la trampa. Que pasaran de largo, que llegasen hasta el*

*Cinc d'Oros, y una vez allí los tendríamos rodeados para aplastarlos por todos los flancos.*

*Hacia las seis de la mañana, como un clavo, nos llegaron las armas que repartían los responsables de la FAI. Algunas habían sido requisadas de algún depósito aquella misma madrugada. Mucha munición, un par de metralletas y rifles de todo tipo. Fuimos recibiendo informaciones de la ruta que seguían los regimientos. Justo cuando se estaban produciendo todos estos movimientos, vimos aparecer un camión adaptado como autobús que venía desde la Sagrada Familia. De entrada pensamos que llegaban refuerzos. O quizá no, quizá eran facciosos, carlistas o falangistas que acudían a ayudar a los soldados. Di la orden de empuñar las armas y mantener las metralletas en posición de combate. El Melón, que me hacía de segundo, se puso muy nervioso.*

*—¡Yo disparo, yo disparo! Ya preguntaremos más tarde.*

*—Tú cálmate —le dije—. Dales el alto y a ver qué pasa.*

*—¡Compañero comisario, si abren fuego estamos perdidos! —Iba apuntando la escopeta y le temblaban las manos—. Y mira cómo vienen, directos hacia nosotros... ¡Nos joderán, Paco, nos joderán!*

*—Cuando yo lo diga disparad. ¡Todos preparados!*

*Salió una cabecita por debajo de la lona del camión. La encañonaron, y seguro que los míos habrían abierto fuego si yo no hubiera tenido vista de águila.*

*—¡Parad! No disparéis.*

*Los ojos que nos miraban eran los de un crío. A medida que se acercaba el camión, pudimos ver que era un niño pequeño, quizá de cinco o seis años. Y entonces también pudimos apreciar que en la cabina había dos mujeres. Y que las conocíamos de las escuelas de la Sagrada Familia. Consuelo y su ayudante. Todavía no di la orden de bajar las armas, porque todo aquello era muy extraño. Le dije al Melón que él y otro fueran hasta el camión y lo inspeccionaran. Así lo hicieron; detuvieron el vehículo y se*

*subieron a la parte de carga. Al cabo de un rato, el Melón saltó a tierra y gritó a pleno pulmón:*

*—¡Son niños y niñas! ¡Los hijoputas son niños y niñas!*

*—¿No hay armas? ¿Nada sospechoso?*

*—Nada. Todo limpio. Solo estos niños de los cojones. Y las maestras delante.*

*—Haced bajar a todo quisqui. Requisamos el transporte. Y la maestra, que venga hacia aquí.*

*Me la trajeron. Era la valenciana de siempre, a mí me había dado clases, una beata pánfila que, según decían, se beneficiaba del cura. Decían. La Consuelo. Seño para los niños.*

*—¿Qué sucede, Paco? —me preguntó con cara de atontada.*

*—Sucede que hay una revolución.*

*—Ah, vaya. No me han informado. Lo que no entiendo... es por qué no nos dejáis pasar.*

*—¿Os habéis vuelto locos o qué? La pregunta es qué narices estáis haciendo aquí con todos estos mocosos. En plena batalla.*

*—Se trata de una salida a la feria de muestras, como cada año desde hace...*

*—Ni feria ni hostias, no tengo tiempo para gilipolleces.*

*—Joven, tampoco es necesario ese lenguaje...*

*—¡Basta! —Empecé a jadear—. ¡Compañeros, llevaos a esta mujer! Y a todos los niños. Buscad un lugar donde estén seguros.*

*—¿No crees, Paco —dijo el compañero Melón, empuñando todavía el rifle—, que quizá deberíamos someterlo a votación? Las normas del comité de huelga dicen muy claro que...*

*—Soy el compañero comisario y me paso por los huevos las normas de los cojones. Tú haz lo que te digo o te llevas un culatazo.*

*—Sí, compañero comisario. No hay que ponerse así, yo solo decía que... Bueno, bueno, está entendido. —Se encogió de hombros—. ¿Y qué quieres*

*que hagamos con el camión?*

*—Le pintas las letras y lo dejas aquí. Venga, rápido, llévate a los niños y todos en su sitio, ya hemos perdido demasiado tiempo.*

*—Ahora mismo, compañero comisario.*

*Se los llevó al Patronato, que estaba justo allí al lado, un espacio escolar donde estarían protegidos. No podíamos correr riesgos. Solo me faltaría pasar a la historia por inaugurar la revolución obrera con una carnicería de párvulos... Así que los despaché y seguimos prestando atención a lo que tocaba. Nos llegaba que las columnas estaban intentando confluir en la Diagonal, muy cerca del Cinc d'Oros. Pronto nos tendríamos que mover para impedir que se juntaran y al mismo tiempo cerrarles la retirada, pero otra anécdota irritante nos hizo perder más tiempo. Yo estaba agachado recogiendo el equipo cuando los compañeros me avisaron de que dos hombres preguntaban por el jefe; uno joven y otro viejo. Levanté la vista.*

*Allí estaban plantados, aquel par de bobos, veinte pasos más arriba. De todas las personas que me podía haber encontrado en plena insurgencia proletaria, aquellos dos eran los que tenía menos ganas de ver. El retrasado del Bordillo y el calzonazos de su padre. Los habría fulminado a ambos allí mismo. Lo pensé, por supuesto que lo pensé; en plena lucha de calle, con el golpe militar y la revolución en marcha, ¿quién lo habría notado? ¿Quién le hubiera dado la más mínima importancia? Acaricié el cañón de la pistola y puse el dedo en el gatillo.*

*Ahí lo tenía, a bocajarro. El que me había amargado la vida desde pequeño, el que había saboteado el sindicato, el que me había robado la mujer, el que se escondía entre sotanas y en el taller del papanatas de Gaudí. El mismo que pretendía hacernos creer que la Sagrada Familia era lo más importante que teníamos entre manos. Él y el inútil de su padre putativo. Allí ante mí, reclamando a gritos que les reventara la cabeza. Toqué el cañón liso y frío, el metal que decidía quién vivía y quién moría en*

*un día como aquel. Pero respiré hondo. Había hecho una promesa y debía cumplirla.*

*Ahora bien, lo que no haría sería darles lo que exigían.*

*—Los niños están bien —dije con toda la calma del mundo, sin dejar de acariciar la pistola—. Venga, iros a la mierda. Ya os avisarán.*

*Tampoco insistieron mucho. Si en vez de ellos hubiera sido Lola, o Marie, se habrían puesto como unas fieras y quizá habrían salido de allí con toda la pandilla de enanos detrás. Pero aquel par de asnos no. Es cierto que disparamos varios tiros para asustarlos. Y ellos agacharon la cabeza, la cabeza aquella regada por sangre de horchata, y dieron la vuelta. Yo volví a lo que nos ocupaba, chasqueé la lengua y ordené a los compañeros que levantaran la barricada.*

*—Vamos, que ahora toca divertirnos. A ver a cuántos fascistas destripamos hoy. Melón, tú llevarás las cuentas, ¿de acuerdo?*

*Subimos al camión autobús y avanzamos hasta que tropezamos con tanta gente nuestra que tuvimos que frenar y bajar. Uno de los compañeros se quedó guardando el vehículo, y los otros nos unimos a la milicia. Llegué a la parte de delante, donde los guardias de asalto dirigían la operación. Llevaban uniformes y gorras impecables, pero abrían los ojos como platos y parecían más preocupados por frenar a la multitud que les apretaba desde atrás que por avanzar contra el enemigo. Les metí una bronca y me puse delante.*

*—¡Un poco de valentía! ¡Rápido, que no se nos escapen!*

*Un chico raquítico y sucio, que no tendría más de quince años, salió de la multitud y se puso a mi lado enarbolando una bandera roja. Al cabo de muy poco apareció otro con un paño con los colores rojo y negro y nuestras siglas. Como no tenía palo, se acercó al primer miliciano que encontró con una bayoneta y ató la bandera al fusil. Y fue así, ondeando banderas, como activamos el ritmo de la acción. Me informaron de que había habido disparos contra los de artillería, y que se habían tenido que desviar. Se*

*habían visto obligados a bajar por Pau Claris, sin unirse a los otros. Habíamos conseguido separarlos; ahora había que tomar una decisión.*

*—¿Qué hacemos? —consulté a los compañeros—. ¿Perseguimos a los que se escapan o atacamos a los que están aquí?*

*—¡Los de aquí, los de aquí!*

*Todo el mundo quería entrar en acción; si teníamos la caza ahí cerca, ¿qué sentido tenía correr detrás de los que nos esquivaban? Además, ya se oía el trote de los caballos que se aproximaban.*

*—¡Al suelo, todos al suelo! ¡Traed sacos, muebles, coches! ¡Traed todos los trastos que encontréis, vamos a hacer barricadas!*

*—¡Sí, compañero comisario!*

*Nos atrincheramos tan bien como pudimos, y enseguida los vimos aparecer. Reconozco que el corazón me dio un vuelco ante tanta furia y gallardía. Con los sables desenvainados, con un trote cada vez más ligero, los soldados se nos tiraban encima. Era el momento crítico; si nos pasaban por encima, o si huíamos, perdíamos la batalla. Durante unos segundos, no sé si muchos o pocos, sentimos las patas de los animales golpeando contra la dureza del asfalto. Y gritos, gritos de hombres suicidas. Al galope. Ordené contención, pero de pronto alguien disparó, luego un par más, y pronto era todo un caos de fuego y humo. Vimos que caían caballos, hombres que bramaban, uniformes que daban media vuelta... Hice detener la descarga.*

*—¡Basta, alto, basta!*

*Un grupo de milicianos se adelantó, por su cuenta, para rematar a los heridos sirviéndose de bayonetas, culatas, cuchillos. Acabaron con los gritos de los soldados caídos, uno por uno. Entre ellos estaba el Melón, fuera de sí, que abría las tripas por igual a los animales y a los hombres. Lo llamé para que volviera, pero no me hizo caso. Él iba pinchando cuerpos y hurgando con el puñal. Se levantó y vi cómo abría los brazos, con la cuchilla en una mano y la gorra de un oficial en la otra. En aquel*

*momento preciso se oyó un disparo, uno de tantos, y de repente le estalló la cabeza. Sin más. Y lo que quedaba de él, su cuerpo decapitado, cayó redondo.*

*—¡No! ¡Hostia, no! ¡Joder, qué burro eres! ¡Qué burro eres, que me dejas solo! ¿Y ahora qué? —Me acurruqué tras la carcasa de un caballo y tomé aliento—. Ahora verán estos fascistas. ¡Me cago en la madre que los parió! ¡Cabrones!*

*—¡No salgas, no salgas!*

*Tenía cuatro o cinco guardias de asalto agarrados a mí, que me cogían la ropa y no me dejaban moverme. Los insulté e increpé, les pegué patadas y codazos, pero ellos insistieron en salvarme la vida. Al cabo de unos minutos me derrumbé y entonces ellos me soltaron. Me hablaron suave, como si fuera un niño. Lo mejor que podía hacer por mi amigo era usar la cabeza, me dijeron. Si nos centrábamos en la lucha, si olvidábamos las vísceras y pensábamos un poco, lo teníamos ganado, me insistieron. Les regalé un silencio.*

*Reptando como una serpiente, me acerqué al cuerpo del Melón, que todavía estaba caliente. Le cogí el rifle y el cuchillo, y una foto de una puta de Melilla que siempre llevaba encima como un tesoro. Ya volveré a buscarte, chico, le dije; no sufras, que enseguida lo tendremos ganado. Me mordí los labios y volví a dar órdenes a diestro y siniestro.*

*Nos teníamos que parapetar tras los caballos muertos, dije a los compañeros, y avanzar de portal en portal; así nos situaríamos frente al convento de los Carmelitas, que era donde la tropa se había refugiado después de abandonar vehículos y monturas. Nos fuimos protegiendo en barricadas improvisadas, y di instrucciones para que el máximo número de los nuestros subieran a las azoteas. Al otro lado del convento veía las barricadas de los compañeros de Gracia, con lo cual quedaba bien claro: los teníamos rodeados.*

*Pedí a todos que mantuvieran las posiciones, y volví unos pasos atrás para hacerme cargo del Melón. Lo habían destrozado, pobrecito. Era un objetivo demasiado fácil en todos los sentidos. Mientras lo recogíamos, pensé en mi padre. ¿Qué habría hecho Calígula en aquella contienda? Se habría apuntado a la refriega, claro, pero no como yo, sino de aquella manera tan bestia que tenía él de hacer las cosas. Era un hombre fuerte y valiente, admirable en muchos sentidos, el problema era que no tenía medida. Le faltaban principios, tan pronto usaba la fuerza para cambiar la sociedad como para robar o para violar a mujeres.*

*Yo no, me dije para mis adentros. Mientras poníamos a mi compañero en unas sábanas, me lo fui repitiendo a mí mismo: se me podía escapar la mano, pero yo no era un salvaje. Yo era un hombre de acción, que no violaba ni mataba por placer. Había acordado que no tocaría ni al Bordillo ni a su familia, y no lo haría. Se lo había prometido a Lola y a Marie, y no faltaría a mi palabra. Yo tenía ideas, era un revolucionario, hacía las cosas por convicción. Y siempre había respetado a las mujeres; era incapaz de hacer lo que mi padre había hecho con mi madre, después con Marie, y... con todas las mujeres que había querido.*

*Pensar que alguna vez le había facilitado el trabajo, que le había llevado chicas a la bodega para que hiciera lo que le pareciera... Le llevé incluso a la mujer que yo más admiraba y deseaba. Qué estúpido y qué joven era, entonces. La pobre Lola venga a chillar y yo allí fuera, vigilando la puerta, cagado de miedo. No, mi misión en la vida no era pasar miedo ni asustar a las mujeres, yo era diferente. Incluso con la Chinche me llevaba bien. Y eso que la marrana se lo buscaba, pero no podía tener ni una queja de mí, yo nunca la había zurrado sin motivo. Y mira que la puta las hacía bien gordas. Pero me había llevado bien con ella, nunca le había faltado de nada. Incluso le había hecho un rinconcito en la bodega.*

*Sin ser ningún tonto, yo era buena persona. Y ese día de julio me tocaba hacerme cargo del pobre Melón. Lo depositaron en el camión y ordené a*

*los compañeros que lo llevaran a los enlaces sindicales del cementerio del Pueblo Nuevo. Ellos sabrían qué hacer. Y que avisaran también a los primos del muchacho —creo que no le quedaba otra familia—. Tras esto, volví al campo de batalla, dispuesto a cargármelos a todos. No porque yo fuera un sádico, no, no era mi estilo. Pero es que ese día tenía la oportunidad de ganar, de una jodida vez; era mi momento. Sí, ya lo sé, yo había luchado codo con codo con muchos de aquellos soldados en África. Y me había entendido con ellos cuando fue necesario, como a la hora de frenar a los cazurros de la Sagrada Familia, catalanistas y beatos y adoradores de templos y de delirios burgueses.*

*Pero todo aquello había pasado a un segundo plano, y en cualquier caso tendría que esperar, ya volveríamos a por ellos si era necesario. Lo que se imponía, aquel 19 de julio del 36 en Barcelona, a media mañana, era acabar con el fascismo de una vez por todas. Y aplastar a los que habían reventado la cabeza de mi amigo de toda la vida. Sí, lo puedo admitir, ese muchacho alocado igual no tenía gran cosa para ser reventada, pero qué coño, era fiel y entregado como pocos. No había excusas, tanta nobleza contra tanta bajeza tenía que ganar. Aquellos reaccionarios debían caer. Después... después ya veríamos.*

*—Compañero comisario.*

*—Dime. —Bajé de las nubes.*

*—Me informan que la Guardia Civil se ha puesto del lado de la República. De nuestro lado. —Me miró para ver mi reacción—. Y el general de los facciosos parece que se quiere rendir.*

*—Hostia. ¿Me lo juras? Hostia, hostia. Muy buenas noticias, compañero. —Me di un puñetazo en mi propia mano—. Igual sí que vamos a ganar. Igual sí. Ya iba siendo hora.*

En casa ya no cabía ni un alfiler. La mayoría se había quedado afuera, en el patio soleado, y buscaba la larga sombra de la Sagrada Familia. Había padres, madres, abuelos, maestros. El día se había caldeado mucho en todos los sentidos. Se veía a los hombres sudar; algunos incluso se habían quitado la camisa. De vez en cuando, se formaban corros de gente que discutía con pasión sobre cómo formaría pelotones y liberaría a los niños por la fuerza. Pero entonces llegaba alguien de fuera, todavía más sudoroso y sofocado, y anunciaba que había montones de muertos en las calles, que caían hombres como moscas, y que salir era un suicidio absoluto. Al parecer, las fuerzas del orden defendían la República y se habían unido a los milicianos, y la tropa empezaba a desertar del Ejército; los oficiales rebeldes lo tenían cada vez peor.

Unas mujeres se habían llevado al rector Bertran en una camilla; el cáncer no lo dejaba ni caminar. Según decían, lo habían trasladado a la lechería del barrio, donde no lo encontraría ni Dios —siempre había alguien dispuesto a hacer guasa—. Otros feligreses se habían organizado para llevarse el Santísimo Sacramento y el resto de los objetos sagrados o de valor, entre ellos los que había diseñado don Antón en persona. En pleno barullo, apareció de la nada un personaje del todo inesperado.

—Padre Parés, ¿qué caray hace aquí? —le dije en voz baja, absurdamente—. Vuelva a casa, hombre... ¿No ve cómo está la cosa?

—Ni hablar —me espetó con una voz más oxidada que nunca, pero firme—. Los niños de la escuela están en peligro. Y mi hermana, y Consuelo. Yo no me pienso quedar con los brazos cruzados.

—Pero vamos, ¿se ha vuelto loco? No nos puede ayudar, siendo cura como es.

—Ahora te escucho, hijo. Me gusta oír que agradeces la ayuda de un cura.

Se pasó los dedos temblorosos por la cabeza, ya casi pelada del todo, y preguntó por mi padre y por mi mujer. Los localicé cerca y los llamé para

que se acercaran.

—Tenemos que ir a salvar a los niños. Yo iré delante, con los feligreses de más edad. Somos los más prescindibles.

—Pero, a ver, mosén —le toqué la espalda—, no nos podemos arriesgar de esta manera, ¿no ve que en la calle...?

—El cura tiene razón —me cortó Lola—. Ya basta de tanta comedia. Somos más de cincuenta personas. Vamos a buscar a los niños y se acabaron las excusas.

Miré a mi padre, que tosió y me devolvió la mirada con unos ojos líquidos y sinceros, apretando los labios y poniendo una mueca de asentimiento. Respiré hondo y solté un resoplido. Al final yo también asentí levemente.

—De acuerdo. Vamos. Pero ¡no, no, eh! Lo haremos lo mejor posible. Y ni decir tiene que mosén Parés no vendrá. A ver si lo reconocen y se nos echan encima. No puede venir, es peligroso para él y para todos.

Todo el mundo estuvo de acuerdo, salvo el padre Bola, que no lo había escuchado del todo bien. Me lo llevé unos pasos atrás y le dije bien claro y alto que no podía venir. De ninguna manera, lo matarían, y bastantes problemas teníamos, no quería que su muerte pesara sobre mi cabeza. A él no le gustó, pero alcé la voz y le dejé bien claro que no. Que no. El hombre seguía sin entenderlo. En fin, había cosas más urgentes; volví con el grupo, y pude comprobar con satisfacción que ya estaban organizando la expedición. Mi padre llevaba la voz cantante.

—Ser valiente no tiene ningún sentido; los valientes son los primeros en caer. Creedme —tosió—, sé de sobra de lo que os hablo. En la guerra, lo que cuenta es no perder la cabeza.

—Pues si los padres no mostramos coraje con los hijos —dijo uno, algo fanfarrón—, ya me dirás con quién...

—Los hijos no necesitan valientes, necesitan padres. —Esgrimió el bastón—. Y, por encima de todo, madres. De hecho, propongo que las

madres no se expongan en absoluto y esperen aquí.

Se oyó un murmullo de desaprobación. Pero mi padre insistió; los que más se habían de arriesgar eran ellos, los abuelos. Y la gente que no tenía hijos. Las que menos, las madres. Ya podrían abrazar a los niños cuando los hubieran rescatado. Al final se impuso el sentido común, y la expedición que salió estaba formada sobre todo por hombres, con los abuelos en primera fila. Eso sí, Lola no cedió ni un ápice y se apuntó. Lo único que conseguimos fue que anduviera metida en medio, protegida en el grueso del grupo. También se nos añadieron, a última hora, las gemelas.

—Yo no tengo hijos —afirmó Melilla—. Pero siempre he sentido a vuestros hijos como propios.

—Y yo —añadió Ceuta—, los trato en la escuela y es como si estos pequeños fueran míos.

Y dicho y hecho. La expedición emprendió la marcha; sin duda, la columna más amorosa y entregada que desfiló por Barcelona ese día. Mi padre iba con el bastón, acompañado de mi suegro y de los eméritos del barrio. Bajamos las cuatro calles que nos separaban del Patronato, y una vez allí nos sorprendimos: en la distancia se oían disparos, pero en esa calle la barricada estaba abandonada, y ni en la puerta del local ni dentro encontramos a ningún hombre armado. Nos adentramos angustiados, temiendo lo peor. Nos pusimos a gritar nombres, cada uno los suyos, y nada. Llegamos al patio y lo encontramos vacío. Entonces reventamos la puerta de la bodega, que estaba cerrada, y bajamos en tromba la escalera.

En la penumbra había cincuenta pares de ojos que nos miraban totalmente aterrorizados. Y vivos. Estaban muy vivos. Un breve silencio y de golpe el sótano se llenó de gritos, correteos, abrazos, lágrimas, risas, todo. Lola cogió a Toni con un brazo y a Aurora con el otro. Yo los estreché a los tres contra mí, apretándolos y notando sus sollozos en el pecho. Lo que más me importaba en este mundo lo tenía ahí, entre mis brazos. Los únicos que me importaban. A salvo.

—Quizá deberíamos ir saliendo —nos alertó una de las gemelas.

—No nos podemos entretener —redondeó la otra.

Fuimos empujando a los críos escaleras arriba y hasta la salida. Los padres cruzábamos miradas y nos íbamos reconfortando. No ha pasado nada, nos decíamos con los ojos, todos están bien. Y, sobre todo, nos tocábamos; tocábamos a los niños, tocábamos a la pareja, a los abuelos, o nos tocábamos entre nosotros. Así salíamos, todos en hermandad y bien palpados, a la canícula de la calle, con ese sol que nos freía y un bochorno que no era nuevo, pero que nos pegó en la cara sin aviso. Sin mucho orden ni concierto, fuimos apresurando el paso para llegar a casa. Pero las cosas se complicaron.

—¡Cuidado! ¡Vienen los milicianos!

Los últimos de nuestro rebaño nos alertaron a gritos; habían visto cómo aparecían, en las esquinas de más abajo, escuadrones armados que entraban en la calle y se aproximaban. Entre chillidos y nombres de niños, hubo una desbandada general, huyendo calle arriba. El problema fue que, de repente, los que iban delante también cayeron presa del pánico, gritando que delante de ellos había soldados. Los militares estaban en lo alto de la calle, provocando que muchos de los nuestros echaran a correr hacia abajo. Los unos chocamos contra los otros. Los que pudieron se pegaron a los portales, chillando para que alguien bajara a abrir. El resto nos quedamos en medio de la calle.

—Aquí habrá una carnicería —me dijo Lola.

Aurora, aferrada a su pecho, berreaba desconsolada. Toni no decía nada, abría los ojos como platos y no me soltaba la mano. Por la parte de arriba llegaban gritos de la tropa, supongo que ordenando que saliéramos de allí. Por la parte de abajo, lo mismo; los milicianos nos querían fuera de allí. El problema es que no sabíamos adónde ir, estábamos atrapados entre dos fuegos. Había padres que corrían de un lado al otro sin criterio; algunos retrocedían ante los soldados y cuando llegaban abajo veían a los milicianos

y daban media vuelta de nuevo. En todo el desbarajuste, una sola figura se alzó para poner orden: Josep el Putativo. De pie, apoyado en el bastón, en medio de la calle, sacó una voz como un trueno del interior de alguna víscera:

—¡Basta! ¡Alto!

El rugido surtió efecto. La gente se quedó petrificada.

—¿Y qué quieres que hagamos? —le pedí, por mí y por todos.

—¡Todos al suelo! ¡A tierra!

Hizo una señal a los soldados, extendiendo los brazos y el bastón; luego se giró e hizo lo mismo con los sindicalistas. Que hay niños, iba diciendo; ¡no disparéis, que hay niños! Se acercó a algunas familias, y con el bastón, exhibiendo una voz más enérgica con los mayores y más dulce con los pequeños, hizo agachar todas las cabezas. Entonces hubo una primera ráfaga, que no sé si venía del ejército o de los revolucionarios; y el caso es que el gallinero se volvió a alarmar, y mi padre volvió a actuar, con paciencia y con determinación. Pidió calma a los dos bandos en disputa, y luego se dirigió a los padres:

—Así, cuerpo a tierra... No, gateando no..., completamente planos contra el suelo. Quered a los adoquines, abrazadlos... Así, muy bien, señora... Tú también, hijo, muy bien. Parece que hayas hecho la guerra en Cuba, muy bien.

Empezó a doblar la rodilla, para yacer él también en el suelo, pero de repente hubo otra ráfaga, diría que de metralleta. Yo escondí la cabeza y apreté a Toni con fuerza contra mis costillas. Cuando levanté la vista de nuevo, mi padre se tambaleaba. Parecía borracho, la cabeza se le caía y se le escapaba el bastón. Entonces se derrumbó como un saco. No hubo ningún ruido, ningún grito, ninguna muestra de dolor. Solo se hundió.

—¡Padre!

Había caído a un par de metros. Me arrastré hasta ahí, protegiendo en todo momento la cabeza del niño, que se arrastraba conmigo. Cuando llegué

aún respiraba. Le busqué la herida. Las gemelas se me acercaron, aparecidas de no sé dónde; se desgarraron las faldas e hicieron vendas para atajar la sangre, que le brotaba del tórax, y tal vez de más lugares. Toni se tumbó a su lado y le empezó a decir cosas.

—Abuelo, no te duermas —lloriqueaba—; abuelo, tú eres un soldado, tú eres el más fuerte. ¿Verdad que sí, abuelo?

Yo le miraba a la cara. Más tarde me relataron todo lo que había sucedido, pero yo personalmente no tengo ningún recuerdo de ello; ni de los milicianos que nos pasaron por encima, persiguiendo al regimiento de soldados; ni de cómo gritaban que iban a asaltar el cuartel de Gerona para requisar armas; ni de todos los padres que se iban levantando y, escuchando los disparos que se alejaban, cogieron a sus hijos y se largaron; ni de Lola, que estuvo un buen rato a nuestro lado; ni de cuando dijo que me enviaría un coche y un médico; ni de que se fue con los niños; ni de que yo me quedé solo allí, con mi padre en el suelo.

—Padre, padre, padre.

Me pareció que aquello le reconfortaba. Que dibujaba una sonrisa de serenidad como pidiendo más.

—Padre, el mejor padre, mi padre.

Y no sé si lo vi de verdad o solo me lo pareció, pero diría —sí, eso lo recuerdo casi con toda certeza— que sin abrir mucho los labios, y con el último aliento de voz, dijo:

—Hijo.

No era ninguna pesadilla, no. Yo estaba subido en un camión, sentado en la barandilla, con el cuerpo de mi padre a mis pies. Bueno, había tres cadáveres más, pero los otros eran simples bultos. Antes de la llegada del camión había estado esperando en la acera, mirando al pobre hombre, la cara chupada pero la barba copiosa y firme, como si aún estuviese viva. Al

cabo de mucho tiempo llegaron los del Clínico, que no eran más que dos operarios y un médico para certificar la defunción. Lo cargaron detrás, y yo insistí en que no se podía quedar solo.

—No se lo merece, ha sido muy buen padre..., y no tenía ninguna obligación de serlo.

Me miraron extrañados. Acto seguido se encogieron de hombros y permitieron que me subiera. Arrancamos de golpe; por suerte tuve la buena ocurrencia de agarrarme a la barandilla, porque si no, me hubiera despeñado sobre los adoquines. Cuando estuve bien sentado y afianzado, y a medida que acelerábamos, los cuerpos empezaron a brincar compulsivamente, al ritmo de los baches de la calle. Me fijé en que las sábanas de los difuntos tenían manchas de sangre por todas partes. En cambio, el envoltorio de mi padre no era tan escandaloso; también daba brincos, diría que menos, y lo habían cubierto con una manta gris, cuyas manchas eran de un tono oscuro indeterminado. Era un fardo mucho más digno. Le ajusté la manta y le di unas palmadas en el pecho.

El que ha llegado a hacer compañía al cadáver de su padre sabrá de lo que hablo. No te lo crees. Y piensas que en cualquier momento se levantará y te dedicará aquella expresión tan suya. Le haces todo tipo de reproches, algunos en voz alta, sobre lo que le ha pasado y sobre cómo ha dejado que ocurriera; a ver, ¿por qué te has comportado como un héroe? ¿No podías haberte agachado? ¿No sabías tantísimo de la guerra y de las armas? ¿Sobreviviste a Cuba y te tumban en un tiroteo callejero en Barcelona? ¿Cómo crees que se queda mi madre? ¿Y nosotros, y tus nietos, pobrecitos? Aún imaginarán que has muerto por culpa de ellos... Y escucha, ¿no podías ocuparte de los tuyos y olvidarte de los hijos de los demás?

Mucho antes de llegar al Clínico, fuimos aminorando la marcha y las sacudidas hasta detenernos del todo. Había un atasco de gente en la calle Córcega y no podíamos avanzar. Me acerqué a la cabina y golpeé el techo. Salió una cabeza por la ventana.

—¿Algún problema? —dijo el camionero, mientras masticaba un palillo.

—Sí, ¿por qué estamos parados? Llevamos cuerpos de difuntos, aquí en el camión.

—Gracias por avisar, compañero —suspiró—. Pero estamos muy cerca de las barricadas, hay una multitud... y no podemos atropellar a la gente, ¿verdad?

—Pues dé media vuelta.

—No podemos —cogió el palillo con los dedos—; tenemos órdenes de esperar por si hay que cargar más cadáveres.

—Pero es que lleva a mi padre, ¿no se da cuenta?

—¿Su padre? Vaya, mi más sincero pésame. —Volvió a masticar el palillo—. Pero no veo que se queje mucho, pobre hombre.

Volvió a esconder la cabeza y me dejó con dos palmos de narices, condenado a maldecir en silencio. Pronto entendí lo que pasaba: nos encontrábamos muy cerca de los Carmelitas, y el camión había sido enviado ahí para cumplir su cometido, a la espera del resultado fúnebre de los combates. No se oían disparos, lo cual significaba que o bien se había terminado todo, o bien estaban negociando algún tipo de trato. Me levanté y desde la altura del remolque pude ver lo que pasaba como si estuviera en el palco del teatro. Lo primero que vi fueron unos milicianos que se abrían paso hasta nosotros con cuerpos en los hombros, y que me pidieron que les ayudara.

—Compañero, mueve el culo, que no tenemos todo el día. Tira para arriba los muertos.

No sabía ni por dónde tirar de los cuerpos. El primero era un chico que no debía de tener más de diecisiete años. Estaba perfecto, apenas tenía un toque de palidez. Le guie la cabeza con toda la delicadeza que pude.

—Coño, que está muerto. Dale un tirón para arriba, ¡joder! ¡Tírale del pelo si es necesario!

—Ah, es que..., en realidad..., nada, nada.

Lo agarré por debajo de las axilas. Y así con cuatro más. Una vez arriba, busqué sábanas, pero no había ni una. Quedaron al descubierto. Entonces subió el médico y los miró. Les comprobó el latido del corazón, les abrió los ojos, también la boca, y apuntó cuatro cosas en la carpeta que llevaba. Yo le di los datos de mi padre.

—¿Ha muerto de golpe o se ha ido desangrando?

Me quedé mudo. Los ojos se me congestionaron. El médico me tocó la espalda y se guardó la pluma.

—Bueno, da igual. Ahora ya no es importante. —Se arrodilló delante de mí—. ¿Está bien? ¿Tiene familia? ¿Hijos? Tendrá que ser fuerte para ellos.

—Sí. —Me pasé la manga por los ojos—. Es verdad.

—Todavía tardaremos en llegar al hospital. ¿Seguro que desea seguir aquí arriba?

—Seguro. No me moveré de aquí.

Dio un leve cabezazo y bajó del camión. En ese momento, oímos un griterío que venía de las barricadas. Alargué el cuello para observar la escena. Parecía que un soldado salía del convento, las manos arriba y agitando dos pañuelos blancos. Se fue acercando a los enemigos. Como para dejar muy claro lo que pretendía, empezó a gritar:

—¡Viva la República! ¡Muera el fascismo!

La respuesta de la barricada también fue clara, pero sonaron unos disparos aislados. El soldado agachó la cabeza y echó a correr hacia los milicianos. Eran los militares los que le disparaban. Por traidor. Antes de saltarse la montaña de adoquines y de sacos, acertó a dar un último grito desafiante:

—¡A las barricadas! ¡¡Viva la FAI!!

Aquí el clamor sí que fue total. Cientos de voces lo aclamaron, y una ráfaga de disparos salió de las filas anarquistas en dirección al convento, supongo que para celebrar el ingreso del fugado en el bando bueno. Encontrándose ya sano y salvo, pero aún correteando con la cabeza gacha,

se prodigaron los abrazos y las palmadas en la espalda. Vi que se acercaba un hombre muy voluminoso, un auténtico gigante disfrazado de miliciano. Me puse a parpadear; era el Seisdedos en persona. Rodeó con el brazo al soldado, que a su lado parecía un enano, y le levantó el brazo en señal de victoria. Les pude ver la cara a los dos con claridad.

—La madre que los parió.

El que vestía de soldado era el Babosa, amigo inseparable y correveidile del Seisdedos. Habían quedado separados en bandos diferentes, y ahora se reencontraban. Parecía evidente que el Gigante haría lo que fuera para proteger a su amigo, y este actuaría como fuera necesario para salvar el pellejo. Ambos se fueron adentrando en la multitud, abriéndose paso en un pasillo en el que todo el mundo los saludaba con el puño en alto —y ellos devolvían el saludo—. Llegados a cierto punto, muy cerca del camión donde estaba yo, el Babosa se quitó el uniforme y se puso una simple camisa, en la cabeza le pusieron una boina y en la boca un cigarrillo. Él lo aceptó todo encantado.

De repente, aparecieron como caídos del cielo un montón de armas. Eran requisas de los cuarteles que habían sido asaltados y capturados por los sindicatos. Los rifles se repartieron con marcada alegría, y en concreto vi que al Babosa le tocó una cartuchera de torso entero y un rifle. A cada novedad, él y los que lo rodeaban lo celebraban con un griterío. Pero la fiesta no duró mucho, porque se volvían a oír chasquidos; el tiroteo se propagaba sin fisuras, incluso desde las azoteas y alrededor de los Carmelitas. Aquello era la Bastilla, y, por supuesto, la resistencia de los militares había encabritado todavía más a los atacantes.

—Padre, esto lo tendrías que ver —le dije al bulto que yacía bajo la manta—. Es la revolución en marcha.

Al camión iban llegando noticias de todos los lados. Se conoce que las guarniciones se estaban rindiendo por doquier, y quedaba poco más que aquel foco del convento de los Carmelitas. Mucha gente había caído, pero

en principio la República estaba salvada, y en parte gracias a gente como los que empezaban a subir desde el centro de la ciudad, perfectamente uniformados, en una columna doble de color verde, con los tricornios relucientes bajo las farolas y cara de poca broma. Justo entonces aparecieron en el último reducto de lucha, dispuestos a resolver el embrollo con orden y fuerza.

—¡Mira, padre, la Guardia Civil! ¡La Guardia Civil y la FAI, codo con codo, imponiendo la ley republicana!

Lo hubiera querido resucitar, agitarlo bajo la manta hasta que se enderezara, cual un Lázaro asombrado de haber dormido tanto. Y que tosiera un par de veces, buscara su bastón y contemplara, entornando los ojos, aquella escena insólita. Porque insólita lo era por completo; el comandante de la tropa de tricornios, o coronel, fue haciendo preguntas hasta que se presentó el Seisdedos, y estuvieron hablando un buen rato. A su lado estaba el Babosa, que también estaba invitado a meter baza de vez en cuando. Hasta que el jefe de los uniformados pareció que se hacía cargo de la situación e hizo un saludo militar. Los otros se lo devolvieron con el puño en alto. Un tricornio, un incendiario y un militar convertido en revolucionario.

Con la llegada de la Guardia Civil el fuego fue disminuyendo, y cuando ya llevábamos un tiempo de silencio, unos oficiales de la Benemérita emergieron de la barricada con una bandera blanca en un palo. Se acercaron al convento y les abrieron la puerta; se deslizaron adentro y enseguida la puerta se cerró detrás de ellos. La noche se fue alargando en espera de que volvieran a salir. Yo insistí ante el médico y el camionero en que teníamos que irnos, que no era nada recomendable que estuviéramos allí parados con una carga de cadáveres. Que estábamos en pleno mes de julio y que la higiene de todos exigía que... El médico se encogió y el otro se limitó a masticar el palillo. Así que corrí hasta mi casa, para asegurarme de que todo estaba bien, y me senté un rato a hablar con mi madre.

No estaba trastornada. Triste sí, claro, pero al mismo tiempo orgullosa de que su hombre hubiera salvado tantas vidas con un gesto. Y agradecida de que yo lo velara; ella no se sentía preparada.

—Prefiero a los vivos que a los muertos. A Josep lo quiero recordar vivo.

—Claro que sí.

Volví a salir, y cuando alcancé el camión trepé al remolque. Retomé la charla con mi padre; le dije que no sufriera por su mujer, que la había visto bastante entera. Que Lola estaba bien y los niños ya dormían. Gracias a él, aquella casa vivía en paz.

Era medianoche cuando salieron los negociadores, y transcurrió un buen rato hasta que volvieron al convento para rematar el acuerdo. También tardaron en salir de los Carmelitas; era ya de madrugada cuando aparecieron, con caras de cansancio, y se acercaron a los jefes. Nosotros, el camión y la multitud aún estábamos allí. Había miles de personas, bebiendo y esperando que pasara algo por esas latitudes. De repente, todo se aceleró. Se oyeron gritos, y los uniformados crearon un pasillo, una doble hilera de guardias, desde la salida del convento hasta sus vehículos.

Se abrió la puerta y apareció un coronel. Henchía el pecho y miraba desafiante. Detrás de él había media docena de oficiales; los escudriñé y me pareció que estaban muy asustados. Los oficiales se fueron desabrochando las correas y arrojando las armas dentro de una furgoneta aparcada junto a la puerta. Me dio un vuelco el corazón cuando reconocí una de las caras. Era la del capitán Secano. Era él sin lugar a dudas, se le veía sereno y triste, poniendo cara de militar. Quiero decir que se apreciaba a la legua que se limitaba a cumplir con su deber. Comenzó a hacer muecas de desaprobación cuando le llegaron, como a los otros, los insultos y la lluvia de objetos que les regalaban desde la multitud.

—¡Fascistas! ¡Hijos de puta! ¡Muerte a los fascistas!

Primero fueron los que se encontraban cerca, pero paulatinamente el abucheo se fue extendiendo entre toda la multitud, incluso entre los que estaban en el otro lado del edificio. Y la masa humana, que llevaba muchas horas esperando y empinando el codo, se volcó sobre los soldados, empujando y apretujando. De entrada todo parecía bastante inocuo; se querían desahogar, y la mayoría solo sentían curiosidad morbosa para ver el pánico en la cara de los facciosos. Pero la marea era cada vez más formidable; pronto se rompió el cordón de la Guardia Civil y los obreros se toparon de frente con los golpistas. Un miliciano sacó una pistola y disparó a la cabeza del coronel, a bocajarro. Fue el tiro de salida.

A partir de ahí se vieron remolinos de gente en torno a cada víctima. Al coronel, o a lo que quedaba de él, lo engulleron docenas de hombres con cuchillos, gritando que lo querían castrar. A los oficiales igual; entre cuchillos y bayonetas, se desató una carnicería en el sentido más estricto de la palabra. También se produjeron disparos aislados, culatazos, e incluso un grupo de locos que habían conseguido hachas y cuchillos de matarife, y que trituraban todo lo que se les ponía por delante. Pronto se abalanzaron también sobre los frailes que salían a empujones del convento. Les arrancaban la sotana, los arrojaban al suelo, los pisaban y desgarraban y humillaban tanto como podían.

—Qué suerte que te hayas ahorrado todo esto, padre. Tu CNT... ensuciada con algo así... Suerte que te has ido en paz.

Yo no me moví del camión en ningún momento. Me quedé arriba, en compañía de los muertos, mucho más correctos que los vivos. De vez en cuando me asomaba para ver si la cosa aflojaba. En una de esas comprobaciones, adiviné la cabeza del capitán Secano que flotaba, hierática y férrea, por encima de la chusma. Le habían empalado la cabeza en lo alto de una pica, y se lo llevaban calle abajo mientras entonaban cánticos revolucionarios. Uno de los que cantaban con más ímpetu era el Babosa, converso a la causa como el que más.

Me llenaron el camión de cuerpos ensangrentados, tan viscosos que resbalaban entre ellos. Había extremidades sin dueño y todo tipo de mutilaciones, que yo iba alejando con los pies para que no mancharan el cuerpo de mi padre. Y cuando ya no cabía ni una mano ni una oreja ni un dedo del pie, nos pusimos en marcha. Finalmente. De camino hacia el Clínico abrí la manta para observar la cara del buen Josep. Él no vería el final de las obras del templo, como quizá yo tampoco, pero había pasado a la otra vida con la dignidad de haber hecho lo mejor para los que le querían y lo rodeaban. Su rostro grisáceo transmitía calma.

—Qué bonito lo que has hecho. Qué bonito eres, Putativo. Cómo nos has amado. A tu sagrada familia.

Antes de entrar en casa, me senté un momento en el patio. Estaba exhausto, y sabía que si me acostaba enseguida no me podría dormir. Aunque fuera de madrugada, me sentía tan agotado mentalmente que me costaría desconectar. Desde aquel banco de piedra se veían las estrellas, podía oler la piedra húmeda del pozo, y los perros se acercaban a mí para que los acariciara. Los cogí por el collar, primero uno y después el otro, mirándolos a los ojos. Qué buena idea, lo de fichar a Donald y a Mickey. Vigilaban el recinto, nos hacían compañía a los mayores y jugaban con los niños. Echarían de menos a mi padre, sin duda.

—No, chuchos, no. El abuelo no vendrá. Venga, iros a dormir. —Les di palmadas en el lomo—. No os preocupéis, él descansa en paz.

No me habían permitido quedarme en el depósito de cadáveres. Había rellenado todos los papeles, poniendo en marcha las gestiones para un entierro digno. Ya veríamos lo que se podía hacer, me dijeron, dependería de la situación y de cómo evolucionaba todo. Yo estaba seguro de que la cosa no iría más allá y de que al día siguiente nos despertaríamos como cualquier otro lunes del año. La gente acudiría al trabajo, los tranvías

volverían a chirriar en cada esquina, los niños se reirían y se pelearían, y se acabó lo que se daba. Olvidaríamos a los muertos, quizá castigarían a los militares rebeldes, o quizá no, y soportaríamos los discursos encendidos de turno. No, ya no tendríamos más sobresaltos. Si algo queríamos los barceloneses con locura, más que la política, era ese aire tan nuestro de vacaciones estivales. La normalidad de la hamaca de julio.

Los golpistas habían fracasado en casi todas las plazas, según decían. Solo en Sevilla y Navarra tal vez resistían. En el resto, el pueblo los había aplastado. No habían ganado en ninguna ciudad importante, en ninguna región industrial, no tenían ni los aviones, ni los barcos, ni los trenes, ni la policía ni siquiera la Guardia Civil. Era evidente que les había salido el tiro por la culata. Yo había visto con mis propios ojos cómo un regimiento entero había sido aniquilado, humillado, aplastado sin compasión. Quizá los sublevados habían conservado algún pedazo insignificante de colonia africana, pero en los lugares destacados habían recibido una buena paliza. Tanto era así que el Gobierno no se había molestado ni en declarar el estado de guerra.

—Tendrías que estar aquí, padre. Después de tantos horrores y excesos a lo largo del día, te sentarías aquí conmigo y me dirías: «Hijo, no hay que rendirse nunca».

Del centro de Barcelona subía cada vez más un fuerte hedor a quemado; puede que estuvieran convirtiendo en ceniza a los caballos muertos, o habían incendiado algún bastión militar, como la Capitanía General. Nada inquietante, los bomberos ya se emplearían a fondo todo el día. Como los hospitales, y los sepultureros, y la policía, o sea, aquellos que siempre tienen que pasar la escoba. No, los culpables no pagarían por las atrocidades. Pasaría el brote latino del 19 de julio, que sería recordado siempre como el día en que los de la alpargata pararon a los de la bota militar. Y el día en que un puñado de alocados aprovecharon para hacer daño. Mucho daño. Aparte de eso, nada. La ciudad latiría de nuevo, y la

silueta del templo nos continuaría protegiendo, a nosotros, los afortunados que vivíamos a la sombra de gigantes.

—Padre, me voy a la cama. Estoy que no me aguanto derecho. Mañana será otro día y tendremos que arreglar muchas cosas.

Me levanté y pareció que de pronto cantaban los grillos. Como si adoraran la silueta recortada del templo. Cantaban los grillos, sí, en la nitidez de la oscuridad, bajo las estrellas —cuanto más las mirabas, más aparecían—. La noche era silenciosa y calmada. Después de la lucha, del furor y de la rabia, volvía la paz. Nada nos podía hacer pensar que dormíamos encima de un barril de pólvora. Creedme, tenéis que creerme. Ahí solo se oía el canto de los grillos.

*OceanofPDF.com*

# XIV

## La ceniza

Me desperté antes del alba, sobre aquella hora que suele enamorar a los solitarios, porque creen que no existen más que ellos en el mundo. Aún no había amanecido; todo era sombra, todo era quietud. La tormenta ya había pasado, me dije a mí mismo. Me había quedado sin padre, y aquello era tan enorme y tan difícil que ya no podía suceder nada peor. Afuera los perros ladraban, y lo único que rompía la rutina habitual, lo único que indicaba que la gente se había estado matando, era un corte de electricidad. Encendí la vela que guardaba en la mesita y la cogí para salir de la habitación. Me vino a la cabeza una conversación reciente con el pequeño Toni.

—¿Por qué la mecha arde y en cambio la cera se derrite?

—No lo sé, hijo.

—La cera la puedes usar de nuevo: la pones otra vez en la vela y se vuelve a derretir... El cordelito no, se convierte en humo y ya está...

—¿A quién habrás salido tú? —Me reí—. Pero lo que dices también pasa con las personas; las hay que se queman y que se van; por el contrario, los hay que solo se funden y se pueden reaprovechar.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú eres de los que se queman? ¿O de los que se funden y después...?

—Ay, Toni, déjalo estar. No he dicho nada.

—Sí, pero es que yo quiero saber...

—Tú lo quieres saber todo, hijo. Como tu madre.

El niño era inquisitivo, había nacido con preguntas escritas en los ojos. Era un caso aparte, siempre cuestionándolo todo. Eso sí: cuando dormía, como hacía en aquella madrugada de julio, se convertía en símbolo de paz y de serenidad, igual que su hermana, en la cuna cercana. Seguí con la vela, descalzo hasta la puerta, y ahí me puse las zapatillas. El día era caluroso y tranquilo. No, no se quemaría nada más, nada más que las velas. No habría más muertos. Los años volverían a su ritmo de siempre, y el tiempo decidiría quién se fundía, quién convalecía, quién ardía y qué desaparecía. Pobre padre, calcinado por una llamarada de verano. Pobre hombre tranquilo.

El viento se había parado y el bochorno no se levantaba. Algunos pájaros ya cantaban y los animales buscaban la brisa del propio movimiento. Mickey y Donald, por supuesto, lo hacían con las colas. Lo recuerdo con mucha claridad, porque cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que las bestias presentían la tormenta. Salvo las humanas. Y eso que subía aquel hedor persistente de la ciudad baja, aquel humo que recordaba a la Semana Trágica. Sí, claro que lo pude oler, tal vez incluso venía de los Claretianos, a pocas calles, pero es que nos habíamos civilizado, me decía por dentro..., ya no éramos tan salvajes. Y la Sagrada Familia era diferente, no había ardido nunca, ni en los peores disturbios. Allí no pasaría nada, era el templo de los pobres, del estimado Gaudí, de las escuelas populares y de la obra social del cura de barrio...

Até las correas a los perros y fuimos a dar la vuelta de las mañanas. Todo estaba en perfecto orden. Las escuelas cerradas, algo revueltas, pero intactas. Los almacenes dormidos, sin trabajo ni obra en marcha. El templo lo contemplaba todo con indiferencia, desde la señoría de sus alturas, emergiendo de la penumbra matinal como un gigante antiguo que no se impresionaba por nada. Habían matado a mi padre, habían reventado al

padre de las gemelas y a tanta otra gente, pero la Sagrada Familia no se inmutaba. Aquella mole estaba para otras cosas.

—Vamos a dar la vuelta a la fachada y volvemos, ¿de acuerdo?

Los dos perros me miraron como afirmando.

Delante de la fachada del Nacimiento me detuve un rato. Destellaba un primer rayo de sol, y los pináculos ya tenían luz en la cima. Las bolas de color y el mosaico lucían presumidos, como a ninguna otra hora. Los demás detalles, desde la punta hasta ras de tierra, también se iban revelando con la moderación y la suavidad de las primeras luces. Me gustaban sobre todo aquellos carámbanos de piedra, estalactitas montserratinas, que caían desde el arco central. Representaban el frío de diciembre, aunque en pleno mes de julio más bien parecían goteras de cera. Lo de Toni: la Sagrada Familia no ardía, en todo caso se derretía.

Encima estaba el gran ciprés, símbolo de lo incorruptible. Con un poco más de esfuerzo, se podía adivinar el corazón de Jesús, la sangre manando y los ángeles que la recogían para esparcirla por doquier. El pelícano de la esperanza que alimentaba sus crías con la sangre... ¿Cómo no acerté a descubrir tanta sangre ante mí? Quizá me gustaban más las palomas de alabastro, que se esforzaban en anunciar una paz imposible. Todos los colores de julio, cada día más ardientes, se conjuraban para explicar la tragedia. Y solo parecía que lo supieran las bestias, especialmente las de piedra, como las dos tortugas que sostenían las columnas del portal, sabias y resignadas; la de mar en la parte de abajo y la de tierra en la parte de montaña.

Entonces escuché los primeros estallidos del día. No sonaban muy lejos.

Corrí para casa, tirando de los perros. Abrí la puerta y pegué un brinco; tenía delante los ojos aterrorizados de Lola. Iba despeinada y con su camisón de encajes.

—Jaume, ¿qué está pasando?

—No lo sé. —Dejé a los perros fuera y cerré la puerta—. Hace un minuto todo estaba tranquilo, y ahora...

—¿Qué hacemos?

—¿Tú qué crees?

—Ante todo, pensemos en los niños.

—*Putain!* —irrumpió mi madre, despeinada y con la mirada encendida —. *Vous êtes cons?* ¿Qué diablos hacéis aquí como unos papanatas?

—Estamos hablando, madre.

—¿Sois *conards* o qué? Coged a los niños, las cosas de valor, lo más querido, y salgamos corriendo. ¿Ha quedado claro?

Nos echamos un poco hacia atrás, asustados, y asentimos con la cabeza, sin articular palabra. Entonces fuimos al cuarto de los niños, pero una vez allí nos dimos cuenta de que antes de despertarlos teníamos que arreglar otras cosas.

—Tú te ocupas de los papeles y del dinero, Jaume, y yo de la ropa y de las joyas. Lo tendremos listo en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, claro. Coge la maleta aquella grande, la de tus padres. Yo lleno la mochila, y si es necesario hacemos fardos.

—De acuerdo.

Estábamos terminando de empaquetar cuando llamaron a la puerta. Era Consuelo. Venía para avisar de que nos fuéramos volando, que había pelotones de milicianos desplegados por todas partes, que estaban atacando e incendiando las iglesias. Buscaban religiosos, gente de misa en general, y destrozaban todo lo que encontraban. No podíamos distraernos ni un minuto, insistió. La maestra añadió que tenía que ir a asegurarse de que el rector estaba bien, y una vez hecho eso se encerraría en casa. Las cosas se estaban poniendo feas.

—Al rector lo encontrarás en la lechería —informé—, desde ayer lo tienen escondido allí. Pero está más muerto que vivo. Yo creo que si se lo

cargan aún le harán un favor...

—Sí, pobrecito. Que Dios se apiade de su alma. Va, despabilaos.

Si queríamos podíamos ir a su casa, comentó; nos podíamos refugiar allí. Ya eran tres, con el cura y su hermana... En fin, si es que nos parecía buena idea...

—Habíamos pensado en ir a casa del suegro. —Le toqué el codo—. Pero no sabes cómo te lo agradezco. Tienes un gran corazón.

—Exageras. —Soltó una risita nerviosa—. Y, cuando puedas, pásate a saludar al mosén, estará encantado. Van a visitarlo muchos del grupo. Che, ya nos veremos, Jaume. Rezaré por vosotros.

Al cerrarse la puerta, se coló hacia dentro una bocanada cargada de humo. No podía venir de muy lejos. A continuación se oyeron unas explosiones vecinas. Até bien todo lo que había recogido y lo dejé en la entrada. Entonces fui a buscar a mi madre a su habitación. Tenía un montón de ropa sobre la cama, la suya y la del marido. Y por el suelo, una colección enorme de latas de conserva. Había tapizado literalmente las baldosas.

—Madre, ¿de dónde sale esto?

—Lo necesitaremos. Vendrán días malos. Muy malos.

—Pero, a ver, no nos lo podemos llevar. ¿Cómo se te ha ocurrido...?

Di un resoplido y fui a buscar a Lola. Le expliqué lo que había visto y me dijo que tranquilo, que ella ya se había dado cuenta. La buena mujer llevaba muchos meses recogiendo latas. Desde que encarcelaron a Companys y a todos los demás. Dos años atrás, cuando la revuelta aquella.

—No le hagas mucho caso, Jaume. Ya sabes que tu madre a veces es la más despierta... y a veces no carbura. Venga, vamos a despertar a los niños. Centrémonos en lo importante.

La acompañé al cuarto de los pequeños.

—Mujer, tienes toda la razón... Pero ¿se puede saber qué haremos con estas latas? ¿Has visto cuántas hay?

—Le decimos que ya volveremos a buscarlas y punto. —Subió la persiana y con los primeros rayos fue a abrazar a la pequeña—. Buenos días, cariñito... Venga —me dijo en voz baja—, ocúpate de Toni.

Vestimos a los niños, salimos y cargamos todo lo que cabía en una carretilla. Las latas, claro, se quedaron atrás. La ropa de mi padre también. Lo enterraríamos como pudiéramos, le dije a mi madre; eso si nos permitían oficiar un funeral. No podíamos hacer nada más por él; cuando tuviera un momento ya me acercaría al depósito y discutiríamos qué posibilidades nos daban. La prioridad éramos los vivos, y sobre todo los niños. No éramos *conards*, como había exclamado ella. Y, por supuesto, las latas no nos las podíamos llevar, pero ya volveríamos a buscarlas, seguro. No, no dejaríamos que se las quedaran los de la FAI. Volveríamos a recuperarlas.

—¿Vamos de vacaciones? —preguntó Toni, frotándose los ojos—. Yo quiero ir de veraneo, como los ricos.

Se acercaron los perros, que fueron directos a lamer a los pequeños.

—El veraneo lo haremos en casa de los abuelos, hijo —le dijo Lola—. Ya verás qué bien nos lo pasamos todos juntos.

—¡Qué bien! —saltó la pequeña, que estaba jugando con los animales—. Con Mickey y Donald, ¿verdad?

—Los perros tal vez vendrán más tarde, bonita.

—¡No! —gritó con firmeza—. Si no vienen Mickey y Donald, yo no voy. —Miró a las dos mascotas como para informarlas de que estaba defendiéndolas debidamente.

Aurora cruzó los brazos sobre el pecho, e hizo el gesto de no moverse ni un paso. Lola se arrodilló ante ella y le explicó, con toda la dulzura que pudo reunir, que en ese mismo momento no podía ser, pero que después ya lo veríamos... En plena discusión pedagógica, vi unas figuras que aparecían por la reja del recinto, y le tiré de la manga a mi mujer. Aquellos individuos no tenían buena pinta. Iban vestidos con monos azules de obrero y alpargatas, y ondeaban una bandera roja y negra. Enfrente reconocí a una

figura: era la Chinche, con una gorra de aviador y ropa de cuero. Cuando se acercó me fijé en los pantalones ajustados y en la chaqueta. No llevaba sujetador y portaba una cartuchera de través. Fumaba.

—Hola, familieta —dijo con una mueca—. Veo que vais de viaje.

—Vamos de veraneo —explicó la pequeña—, pero tienen que venir Mickey y Donald; si no, no me muevo de aquí.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes? ¿Unos muñecos?

—Son los perros —apunté—. Ya nos íbamos, espero que no nos lo impidáis.

—Impedir algo, ¿yo? ¿A ti? ¿Desde cuándo, Bordillo? —Me echó el humo del tabaco—. Pero habrá que esperar al comisario López, es él quien da las órdenes.

—Vamos, Chinche. —Lola se armó de paciencia—. Nos conocemos de toda la vida. Olvida a los comisarios. Vosotros haced lo que tengáis que hacer y dejadnos ir en paz.

—No te equivoques, niña lista —le espetó a Lola—. Ahora mandamos nosotros. Yo ya no soy ninguna Chinche, y el compañero López ya no es ningún Babosa. Ha ido a por gasolina y debe de estar a punto de llegar.

Todavía no había acabado de hablar cuando ya aparecía el compañero comisario en cuestión, acompañado de media docena de hombres, con la vestimenta proletaria de rigor y sudando a causa de la cuestecita y de los grandes bidones de gasolina que llevaban. Dejaron la carga en el suelo y se saludaron unos a otros con el puño en alto.

—Compañero —preguntó la Chinche—, ¿qué hacemos con estos?

El Babosa nos miró despectivo y se sacó la pistola de la funda. Me encañonó y murmuró en voz baja:

—Darles lo que se merecen.

—Por el amor de Dios, Babo..., quiero decir, compañero comisario. Déjanos irnos en paz..., que estamos con los niños y la abuela y mi mujer y...

—¡Y los perros! —chilló Aurora bien fuerte—. ¡Los perros tienen que venir!

El hombre activó el seguro del arma, sin dejar de apuntarme. Entonces resopló y bajó la pistola. De repente, sin avisar, como quien tira la basura, dos disparos precisos contra Mickey y Donald. Los dejó tendidos en el suelo, gimiendo.

—Hala, a la mierda. Largaos ya... o acabaréis como los chuchos.

Acomodamos a la familia en casa de los suegros. El piso no era muy grande; tuvimos que colocar colchones por el suelo y juntar a mayores y pequeños en alguna cama. Aurora no paraba de lloriquear y Toni estaba aturdido. Si he de ser franco, me molestó que se sintieran más dolidos por los perros que por la pérdida de su abuelo, pero qué se le va a hacer, no es fácil poner orden en el corazón de un crío.

Cuando estuvimos todos en nuestro sitio, Pepe y yo sentimos la necesidad de escaparnos de aquella caldera alimentada por la suegra. No sé si Paca me ponía más nervioso a mí o a su marido —la cosa estaba reñida, porque él llevaba más años acumulados—. En cualquier caso, realmente yo tenía muchas cosas que hacer: organizar la despedida de mi padre, hablar con las gemelas sobre la muerte del suyo, pasar a saludar al cura, informar a Sugrañes... Tranquilicé a Lola. Todo iría bien, ella ya sabía que yo no me metía en líos. Y no creía que la cosa pasara de cuatro alocados prendiendo fuego a cuatro sacristías.

—Yo me casé contigo —suspiró ella— pensando que no tendría ningún sobresalto...

—Pues mira —esbocé una leve sonrisa—, ahora tendrás que aceptar una pizca de drama y de pasión.

—Voy con vosotros. —Mi madre se había recogido el pelo y llevaba calzado de calle.

—Madre, mejor quédate con los niños; aquí serás mucho más útil y ya lo sabes...

—Iré y le diré adiós a mi marido.

—No hay problema, señora Marie, faltaría más. —Pepe me hizo un gesto con la mano, invitándome a callar y aceptándola como acompañante.

Así que salimos los tres. Apenas pusimos los pies en la calle, entendimos que aquello no sería ningún paseo; por suerte íbamos con Pepe, su lenguaje de albañil y su carnet de la CNT, que a veces reforzábamos con el de mi padre. Cada tres esquinas había controles de la milicia; con frecuencia se trataba de gente que aún no había descubierto la navaja de afeitar, o que no había dormido mucho, o que había bebido demasiado, o una mezcla de todo ello. El caso es que, mostrando los carnets y alzando los puños en cada esquina, fuimos avanzando, eso sí, vestidos con el uniforme de rigor: alpargatas, ropa de obrero y gorra calada. Y siempre contando con la inestimable ayuda de mi madre, siempre con algún taco marsellés a punto.

Las gestiones de mi padre las liquidamos rápido; no habría funeral. En el Clínico nos atendió un tal doctor Broggi, un joven que nos convenció de que era mejor no arriesgarse, y de que con el calor que hacía no podíamos aplazar el entierro. Además, no era aconsejable oficiar ninguna misa ni nada que se le pareciera; ellos ya se encargarían de enterrarlo en un lugar decente, nos aseguró. Me dio un número de teléfono para estar en contacto e informados de todo. Todo eso no le bastó a mi madre, naturalmente, y presionó para ver a su hombre por última vez.

—Lo tenemos en el depósito de cadáveres —dijo el médico—. No es lugar para una dama.

—No soy ninguna dama —largó ella—; soy una puñetera viuda. *Toute ma vie*, me entiende, *toute ma vie* he tenido que pelearme con hombres que querían abusar de mí. ¿Me dejaréis despedirme del único que me ha respetado?

—Mujer, no pretendía faltarle, solo que... —El doctor se encogió de hombros—. Por supuesto..., síganme.

Bajamos al sótano y recorrimos varios pasillos oscuros. El olor de formol y de alcohol se hacía cada vez más presente. Entramos en una sala bien iluminada y alicatada de arriba abajo. Sobre unos tablones largos había docenas de cuerpos desnudos, con una etiqueta atada a los pies. No parecían personas, sino muñecos de cera, todos del mismo color grisáceo y con la piel tensa. Algunos no tenían rostro. Seguimos al médico, que inspeccionaba a una hilera de muertos, y los tres nos detuvimos en un espacio donde parecía no haber nadie, pero de repente vimos allí el cuerpo de un niño que no tendría más de ocho años, con un agujero en el pecho y los ojos abiertos y llenos de tristeza.

Tanto nos impresionó el niño que tardamos en detectar el cadáver que yacía justo a su lado, que no era otro que el de Josep Ferris, llamado el Putativo. Con el tiempo, y recordando aquella estampa desoladora, he acabado pensando que mi padre estaba en buen lugar, haciendo compañía a aquel pobre muchacho, tan pequeño y tan solo. Mi madre tocó al niño, exclamó que estaba frío, y luego se acercó a las piernas de su marido y le besó la rodilla, que era lo más arriba que podía llegar. Entonces se enderezó e hizo un gesto curioso: comprobó la etiqueta y asintió, pero acto seguido me pidió a mí que me asegurara de que lo había leído bien.

—Es correcto, madre. No sufras. Descansará tranquilo y no lo confundirán con otro.

—Pobres de ellos. —Fulminó al médico con la mirada, y este respondió con una leve inclinación—. No lo permitiré. Me pienso quedar aquí.

—No está permitido quedarse en el depósito, señora —aclaró el facultativo.

—No, en esta sala no. Quiero decir en el hospital.

—Madre —le acaricié el brazo—, tenemos que volver a casa, con los niños y con...

—Ya no tenemos casa, seguro que nos la han quemado.

—Marie —intervino su consuegro—, nuestra casa es tu casa, por eso no hay que...

—Me quedo aquí. Con mi hombre.

Yo estaba perdiendo la paciencia, y admito que pensé que la puñetera lo amaba más muerto que vivo. Le atenacé el codo y tiré de ella. Se libró de mí con fuerza.

—*Arrête, conard!* —Me penetró con la vista—. He dicho que me quedo. ¿No quieren enfermeras, doctor? ¿No necesitan ayuda? Pues aquí estoy yo, con los heridos y los muertos.

—Pero es que, señora...

—Marie, por favor...

—Madre, por amor de...

—¡A callar! ¡Panda de palurdos! —Se alisó la falda—. ¿Tienen una bata blanca? ¿Sí? Pues no me pueden rechazar. Necesitan voluntarios.

—Bueno, la verdad es que empezamos a estar desbordados. —El doctor se rascó la cabeza—. Y no encuentro motivos para... ¿Qué dice usted, como hijo de la señora?

—Como hijo de la señora le digo que mi madre es un personaje. Y también le digo que no la haremos cambiar de opinión.

Recibió una bata limpia y ahí se quedó. Ya sé que suena extraño, pero así fue, en aquellos días en los que no había que entender mucho porque nada era como antes. Le hice prometer que vendría a casa por las noches, con una ambulancia o algún vehículo seguro. La abracé y le dije al oído que estaba como un cencerro y que la admiraba mucho. Pepe y yo volvimos hacia el barrio, en un camión que iba a recoger muertos a la otra punta de la ciudad.

Intentamos ver a Ceuta y Melilla, pero no lo logramos. Una vecina nos aseguró que ya estaban al corriente del asesinato de su padre y que debían de estar escondidas o visitando el depósito de cadáveres, como habíamos

hecho nosotros y como estaba haciendo media población de Barcelona. Quizá nos habíamos cruzado sin vernos. Quizá ahora estaban con Marie, consolándose mutuamente.

Fuimos al piso donde estaba refugiado el mosén, y nos extrañó que de entrada el portero nos preguntara si íbamos a ver al cura. Le dijimos que no, claro, que no conocíamos a ningún sacerdote, y que solo queríamos visitar a Consuelo y a los Coll. El hombre nos dirigió una mirada esquiva y nos dejó pasar. Una vez arriba, llamamos a la puerta y nos abrió la maestra, con su sonrisa cándida de siempre, y le comentamos extrañados lo que nos había preguntado el portero.

—No os preocupéis, es de confianza...

—No te fíes de nadie —alerté—. Ni de nosotros.

—Che, callad y pasad, venga, que hay bastante gente.

Lo que vi no me gustó. Contándonos a nosotros, en aquel piso estaban reunidas más de diez personas. Todos eran viejos conocidos, y aparte del aspecto, como de haber envejecido veinte años de golpe, no había nadie de quien desconfiar. Ahí se hallaba concentrada la plana mayor de la Sagrada Familia, alrededor de mosén Parés, que estaba acomodado y sonriendo en un sillón. El encuentro era muy poco discreto, y avisé del problema:

—Esto es muy peligroso. ¿Tenéis idea de lo que está pasando en la calle?

—¡Salve, hijo! —me dijo el padre Bola visiblemente emocionado—. Han tenido que montar una revolución para que todos volvamos a estar juntos.

—La cosa pinta muy mal —añadió Sugrañes, con sus grandes ojeras—. Pero ya que estamos... Al menos ahora todavía nos podemos reunir y hablar de lo que más nos motiva.

—Seguro que si don Antón nos viera —intervino Joanet Matamala—, estaría orgulloso de nosotros.

—¿Qué dices de don Antón, chico? —dijo el cura.

—Que si continuamos montando fiestas como esta —Vicentet no se pudo aguantar— pronto iremos a hacerle compañía. Así que, si no tenemos nada más concreto que hacer, yo me despido. Me voy para el templo, donde aún podemos evitar que pase lo peor.

—Un momento, un momento. —Opisso retuvo al mozo sujetándole del brazo—. Estoy de acuerdo contigo: si nos quedamos aquí pillaremos todos, y en cambio en el templo podemos hacer algunas cosas. Pero, antes de irnos, vamos a organizarnos.

—¿Por qué? —El Houdini se libró de la presión en el brazo—. Quizá ahora nos están derribando la iglesia. ¡Tenemos que ser resolutivos, dar muestras de firmeza y coraje! Debemos hacer algo, rápido, antes de que sea demasiado tarde...

—No hay nada que hacer, estamos perdidos. —Sugrañes no modificaba la letanía.

—¿Alguien ha avisado a la policía? —preguntó Opisso, y se hizo un silencio sepulcral—. Pues hagámoslo. Aquí hay teléfono, ¿verdad? Pues venga. ¿Consuelo? ¿Te ocupas tú? Sí, ya lo sé —Nos miró a la cara uno por uno—: Lo más seguro es que no aparezca ni un uniformado, pero probémoslo. Nuestra iglesia es distinta a cualquier otra. Es patrimonio, tiene valor artístico.

—Yo conozco al consejero de Cultura —dijo el Comemocos—. Lo puedo llamar.

—Pues sí, pruébalo. Vamos a ver... —Opisso se enroscó el bigote—. ¿Alguien tiene carnet sindical?

—¡Aquí tengo uno! —Pepe se metió la mano en el bolsillo y sacó el carnet, como llevaba haciendo toda la mañana.

—Yo tengo el de mi padre —lo mostré—, pero si ven que no soy yo, que los engaño..., no sé...

—Tú llévalo encima, todo puede ser útil. —El dibujante dio unas palmas —. Vamos, acompañadme al templo. Los otros mejor que os disperséis.

¡Hasta la vista, mosén!

—¿Qué dices? —Abrió la palma de la mano detrás de la oreja—. Bueno, oye, igual tendríais que ir desfilando, porque si se enteran de que estamos aquí reunidos...

Mosén Parés se levantó y nos abrazó uno a uno, susurrándonos que estaba muy contento de habernos visto. Cuando llegó a mí, además de repetir la fórmula, me palmeó la nuca suavemente.

—Que Dios te ayude, hijo. Yo ya no puedo.

Salí a toda prisa con Opisso y mi suegro hacia la obra. A dos calles ya olíamos el olor a chamusquina, y el humo se esparcía por todas partes. Poco a poco fuimos distinguiendo los focos principales de las llamas: por un lado el taller, y por otro, más abajo, las escuelas. La iglesia en sí no parecía que estuviese ardiendo. Pasamos por una fuente, nos mojamos las camisas y nos las subimos hasta la nariz; así pudimos filtrar el aire viciado, y atravesar las espesas nubes de humo, para llegar a lo que horas antes había sido nuestra casa.

Las llamas se habían extendido por el piso de arriba; la impresión era que la galería de estatuas, la claraboya, el taller y los despachos se habían convertido en una enorme chimenea. Se oía el crepitar fuerte de la madera y el silbido del yeso. El piso de abajo también empezaba a echar humo; la rectoría estaba impracticable, y nuestra casa quizá aguantaba un poquito más. Saqué las llaves y fui hacia la puerta. Le dije a Vicentet que me acompañara, y dijo que de acuerdo, pero cuando empujé la puerta y me volví para dejarlo entrar, él ya no estaba. Chasqueé la lengua.

Dentro había más fuego de lo que parecía. El ardor se aferraba a las paredes y a todas partes, también a mis mejillas. Intenté llegar a la escalera y subir al piso de arriba, pero había vigas caídas y llamaradas que salían de todos los lados. La camisa se me había secado y ya no ofrecía mucha protección contra el humo. Salí de casa tosiendo compulsivamente, y Pepe me sentó en la pared del pozo. Cogió el cubo, lo dejó caer dentro del

agujero, después lo izó y me dio el cucharón lleno de agua. Me la tragué en dos sorbos.

—No hagas disparates, Jaume. Déjalo, cuando se apague ya veremos qué podemos salvar.

—Será muy tarde, demasiado tarde. Es ahora o nunca. Se están quemando auténticos tesoros...

—El mayor tesoro son los niños. Piensa en tus hijos.

—Qué frase tan amañada. —Me sequé con la manga—. Y tan cierta.

Opisso llegó con un policía municipal salido de quién sabe dónde. El agente me hizo algunas preguntas sobre el interior, y entre toses le expliqué lo que había visto. Los tres le insistimos en que había que salvar el legado de Gaudí: que avisara a los bomberos, que vinieran más guardias..., necesitábamos a la Guardia Urbana en pleno.

—Estamos desbordados, señor. —Hizo un gesto con la cabeza—. Quiero decir..., compañero.

—Las escuelas están peor —informó Opisso—. El fuego sale como si fuera un volcán. Y los pirómanos todavía rondan por aquí.

—Mejor que nos vayamos. —Pepe se colgó de mi brazo—. Creo que los veo venir.

Entre nieblas, se veían unas figuras armadas. Una de ellas destacaba por su altura.

—Agente —miré al policía a la cara—, ¿no puede echar a estos incendiarios?

—Puedo hablar con ellos. —Esbozó una sonrisa de impotencia—. Pero tiene que comprenderme, yo tengo una familia, señor. O sea, compañero.

—Sí, claro. —Me mordí la lengua—. Gracias por el trabajo, de todos modos. Buena suerte y salud, eso..., compañero.

—A ver, Jaume; imagínate que un hombre queda abandonado en una isla cubierta de bosques. —Lola abarcó la mesa como si fuera la isla—. Un buen día se declara un gran incendio en el extremo oriental, aquí, y un fuerte viento de levante lo empuja hacia la punta occidental, por allá.

—Cariño, no estoy para ocurrencias ahora mismo. ¿Por qué no nos olvidamos un rato del fuego y de las desgracias? Acabamos de comer, ¿qué tal si intentamos descansar?

—Tú escucha y reflexiona. —Me golpeó levemente el pecho—. Al paso que avanza el fuego, al cabo de pocos días arderá toda la isla, y nuestro hombre será devorado por las llamas. ¿Cómo se lo monta para sobrevivir?

—No lo sé. ¿Se escapa por mar?

—Que no sabe nadar, hombre. Y la isla está muy lejos de cualquier otro pedazo de tierra firme.

—Pues se muere y ya está —resoplé—. Acaba chamuscado.

—Jaume..., no seas burro. ¿Tú qué harías?

—Ni idea, Lola. Llamaría a mi madre para que viniera con una ambulancia.

—Deja tranquila a Marie, hombre. Mira —señaló la mesa—: si empezó a arder por aquí y avanzó hacia allí, pues es muy sencillo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Camina por la playa hasta que pasa de largo la cabeza del fuego, y se refugia detrás, en la zona carbonizada. Ahí espera tranquilamente hasta que se haya quemado todo.

—Qué tontería, mujer. Se moriría de asco. O de hambre, o de sed.

—No, de ninguna manera. Los ríos aún corren, hay agua. Y tiene un montón de animales asados por las llamas, no le falta carne.

La primera impresión que tuve es que se trataba de una adivinanza más bien estúpida. Luego, sin perder del todo esa sensación, sospeché que Lola me estaba enviando algún mensaje; tal vez incluso se lo había inventado a propósito.

—¿Me estás diciendo que tendríamos que meternos detrás del fuego?

—Te estoy diciendo que no irán a quemar una cosa ya quemada. No encontrarás lugar más seguro ni espacio más tranquilo. Vayamos ahora.

—Hummm..., ¿estás segura?

Dimos un par de vueltas, y al poco nos decidimos. Informamos a los suegros de que tenían que cuidar de los niños. Paca nos recriminó que los hijos no se tienen para dejarlos tirados, y menos aún en días como aquellos. Su marido la calmó y nos dijo que podíamos marcharnos tranquilos, así que tomamos unos pañuelos mojados y fuimos a inspeccionar los restos del incendio. El hedor de gasolina y de madera quemada inundaba el aire, la ceniza se sostenía en el ambiente y se nos aferraba a la ropa y al cabello. Llegamos al templo y aún se levantaba una buena humareda.

Por la fachada del Nacimiento no había gran cosa afectada, pero, pasado el portal, el panorama ya era diferente: los almacenes pegados al ábside estaban derrumbados y aún salía humo. Lo mismo había sucedido con los barracones de los trabajadores, y no digamos la carpintería. No quedaba ni una de las herramientas, y la madera carbonizada desprendía una intensa pestilencia de resina. En el sótano, los talleres de los escultores y de los modelistas habían sido vandalizados de arriba abajo. Las maquetas grandes todavía aguantaban; supongo que les había dado pereza desmenuzarlo todo.

No pudimos entrar en la cripta, que era un espacio subterráneo y cerrado, apenas acercarnos a la puerta tuvimos la sensación de que aquello era un horno prohibitivo. Al parecer habían amontonado el mobiliario para encender una enorme pira, que aún estaba en combustión. Lo dejamos para otro día, pues, y nos acercamos a las escuelas. Lola me cogió del brazo y respiró hondo. Con el pañuelo en la nariz, atravesamos la entrada derribada, y de repente nos enfrentamos a la destrucción de nuestra infancia. Todos los muros estaban negros, y no había ni pupitres, ni mesas, ni tarimas, ni armarios, ni perchas ni imágenes de santos: solo unos montones enormes de carbón humeante, las vigas de madera desplomadas y los techos hundidos.

—Aquí aprendimos a sumar —dijo ella.

—Sí, Lola. Aquí nació todo.

—Cierto. Tan cierto como que los que lo han derribado también formaban parte de ello. —Sacudió la cabeza—. Nuestros compañeros de clase.

—Y ahora caemos aquí mismo, donde estábamos al principio, siguiendo la trayectoria de una piedra lanzada hacia arriba. Aquí mismo..., hace unos cuantos años.

Estudiamos el patio del recreo. El lugar donde habíamos jugado, donde ella y yo nos habíamos hecho amigos, donde habíamos aprendido parábolas y donde habíamos nacido como pandilla. Toda la madera de la pérgola se había quemado, pero los bancos de mosaico estaban enteros y el arenero estaba igual de intacto —o de abandonado—que en los últimos tiempos. Recogí una maceta todavía entera y la llené de tierra oscura. Plantaría unas flores allí, me dije; un poco de color iría bien en aquel gran cenicero. Lola añadió que le parecía muy bien, y suspiró.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¿Echamos un vistazo a nuestro hogar?

—Sí, tenemos que hacerlo. —Tragué saliva—. Y miramos la rectoría, y el taller, y..., en fin, vamos allá.

Antes de entrar ya se nos hizo un nudo en la garganta. Desde fuera, aquella masía soleada y luminosa se veía del todo ennegrecida. Era una carcasa calcinada. La planta de arriba prácticamente no existía; apenas algún tabique que se aguantaba en un equilibrio imposible, una ventana que dejaba ver las nubes, el cuerpo de la chimenea... Fue justo entonces cuando tropezamos con unos bomberos, sucios como ladrones de caminos, que salían del interior cargando con sus cascos y hachas en las manos. El que aparentaba ser el jefe se dirigió a nosotros:

—No entréis, está a punto de derrumbarse.

—Es nuestro —protestó Lola.

—Vaya. —Se secó el sudor de la frente—. Como queráis..., sabéis que no encontraréis nada, ¿verdad? Y lo que encontraréis valdría más que no lo vierais...

—Lo sabemos —afirmé—. Pero debemos hacerlo. Escuche, ¿ha encontrado algún documento, algún plano, maqueta, apunte...? En el piso de arriba, quiero decir.

—Ceniza. No hay más que ceniza.

Les agradecimos el trabajo y tratamos de subir a lo que había sido el taller. Realmente era desolador. Por la escalera ya tenías que luchar contra un barro pegajoso que era una mezcla de ceniza, yeso requemado y agua de los bomberos. Arriba no quedaba ni un palmo de techo: la galería de esculturas, la claraboya, la sala de planos, el despacho de Gaudí, su cuarto..., todo había quedado al descubierto, iluminado por la luz potente de julio. Quizá al arquitecto le hubiera gustado tanta claridad. Había que mirar abajo y tener cuidado con los agujeros por donde podías caer, las pilas de desechos y el amasijo mugroso que lo cubría todo.

Había detalles interesantes que a los bomberos, naturalmente, se les habían escapado. Por ejemplo, todavía se adivinaban los barrotes de hierro de la cama de don Antón, y los trabajos de forja, lagartos y demonios, que habían quedado un poco más retorcidos entre los escombros. Todo lo que era de papel y de madera había desaparecido; pero la piedra ennegrecida había aguantado en muchos lugares, y el yeso estaba desmenuzado y arrugado por el fuego. Fui hacia el espacio de la claraboya, pero no había ni rastro de la gran maqueta de la nave central. Inspeccionando los restos, encontré pedazos de los capiteles.

—Cuánta ceniza —observó mi mujer.

—Y humo. El testamento de Gaudí.

Me arrodillé y revolví la porquería del suelo, hasta que separando unos objetos me quemé con el calor de la brasa. Era inútil, los milicianos habían arrasado con todo lo que tenía valor, a fuerza de fuego purificador. ¿O quizá

lo habían saqueado y se lo habían llevado...? ¿Por qué no? Quizá algún día los planos de Gaudí aparecerían en los archivos de algún sindicato, o en algún cuartel de la milicia, o vete tú a saber... No importa, me dije por dentro; se había acabado todo. Sugrañes tenía razón, no había nada que hacer.

—Bajemos a nuestra casa, Jaume, a ver qué queda.

—Sí, bajemos.

Como mínimo, en casa no se habían desplomado los techos, y las habitaciones aún se veían en su forma original. Los muebles se habían quemado todos, excepto la cuna de Aurora; por algún motivo extraño, las llamas solo la habían lamido, y coincidimos en que con un buen repaso podría quedar impecable. Y a la niña le haría ilusión, dijimos. En la cocina también había algún utensilio aprovechable. Y poco más; las latas de mi madre aún estaban, llenas de hollín. Cogí un par y pensé que el resto ya las iríamos a buscar con una carretilla.

Sin pensarlo demasiado, rescaté la cerradura de la puerta. La madera se había esfumado, y tan solo quedaban un par de listones carbonizados alrededor de ella. Le di fuerte contra la pared y enseguida me quedé con la cerradura a secas. Me la metí en el bolsillo. Seguramente no serviría de mucho, pero me daba seguridad; parece mentira cómo nos funciona el cerebro. Nuestra casa había quedado reducida a escombros y a brasas, y yo buscaba consuelo quedándome una triste cerradura.

—Venga. —Soplé sobre la cerradura para quitarle el polvo—. Vayamos con los niños. Mientras los tengamos a ellos, poco importa la casa.

—Claro —asintió ella—; ahora ya hemos visitado la parte quemada de la isla.

—Exacto. —Solté una risa forzada—. Pero ¿no se supone que nos teníamos que quedar? Esperando que acabe de arder todo...

—Bueno, por mí ningún problema —me guiñó el ojo—, pero con nuestros hijos, ¿eh? Si no vienen ellos, ni hablar del extremo oriental.

—Totalmente de acuerdo.

Llegamos a casa de los suegros deseando abrazar a los niños. Ellos nos correspondieron, y cuando Aurora vio la cuna se puso a dar gritos de alegría. De golpe y porrazo, ya había superado el trance del abuelo, el de los perros y todos los cambios del día. Toni se quedó algo mustio, porque no habíamos rescatado nada suyo, así que le enseñé la cerradura.

—Mira, hijo, tú serás el encargado de custodiar la cerradura de casa.

—¿La cerradura? —Frunció el ceño—. ¿La has arrancado de la puerta?

—Ya no hay puerta, Toni. Cuando volvamos a tener una, le pondremos la misma cerradura. Solo nosotros tenemos estas llaves. Así volverá a ser nuestra casa, y de nadie más. ¿La guardarás?

—Hasta la muerte, padre.

—Hombre, hijo, no digas eso. Con que digas que sí basta.

—Pues sí.

—Ese es mi chico. —Le besé en la frente—. ¡Venga, prepárate para cenar!

En ese momento llegó Marie. Los niños se alegraron mucho, nosotros algo menos, y Paca lo mínimo. De hecho, no le dijo ni pío. Murmuró algo incomprensible y se metió en la cocina.

Mi madre contó lo que había hecho a lo largo del día: llenar la despensa de los médicos, que no podían parar de trabajar ni para comer; lavar platos y ropa y limpiar suelos y aseos; asear muertos, porque, por supuesto, para las autopsias... Perdón, que los niños estaban escuchando, cierto. Y también acompañar a los heridos, lavar, vendar, hacer camas, de todo. Y, de vez en cuando, ir a ver cómo estaba el abuelo Josep. Sí, lo tenían allí muy tranquilo, junto a un niño muerto que se había hecho amigo suyo... Perdón, que están aquí los niños... Al atardecer la habían mandado a donde había más gente: a las ambulancias para cubrir los hospitales de sangre, donde se hacían las transfusiones que salvaban vidas. Su jefe, el doctor Broggi, era

un joven menudo y muy agradable, que decía que la mayoría de las muertes sucedían por culpa de infecciones y hemorragias...

—Muy bien, muy bien —hice un gesto para interrumpirla—; ya nos lo contarás con todo lujo de detalle después de cenar.

—Debes de estar contenta, ¿no? —Paca había salido de la cocina para entrometerse—. Ahora ya has salvado a la humanidad. Supongo que mañana no irás a aquella cueva de muertos y lisiados...

—¡Por supuesto que iré! Y los de la FAI me han dicho que también vendrán a buscarte a ti. A la fuerza. Movilizan a todas las mujeres que no tengan hijos pequeños...

A Paca se le desencajó el rostro.

—¡Pepe! ¡Haz el favor de decirle algo! ¡Hay que ver, la chalada esta!

—Chicas, chicas. —Artigas hizo unos movimientos de cabeza—. Bastante tenemos con lo que está pasando ahí fuera...

—Nadie obligará a nadie a marcharse —sentenció Lola—, ni a quedarse.

Me dedicó una mirada frontal. Yo bajé la cabeza y apreté los labios. Más valía que aquella revolución, o levantamiento, o guerra, o lo que fuera aquello, se acabara sin demora. Santa paciencia.

El martes todavía había huelga, y nos levantamos a oscuras. Cuando ya asomaba el día decidí bajar a la Sagrada Familia; esta vez me acompañaron mi suegro y el vecino, Clodomiro Coll, que tenía ganas de ayudar en algo. Su mujer intentó retenerlo, alegando que su hijo lo necesitaba en casa, pero el hombre no le hizo caso; exclamó que lo mejor que podían hacer por el hijo era tratarlo como a cualquier otro niño, no como a un impedido. Y si yo podía salir, a pesar de mi condición de padre, pues él también.

La ciudad presentaba hilillos de humo, más delgados que el día antes, pero inagotables. Al llegar a la explanada del templo, nos encontramos con la banda del Seisdedos y el Babosa. Eran una docena de hombres, no más, y

la mitad estaba descargando cartuchos de dinamita de un camión. La otra mitad se arremolinaba alrededor de una pieza de artillería, diría que un cañón Krupp un poco antiguo, que estaban anclando y apuntando hacia la fachada del Nacimiento. Pepe los interpeló:

—Pero ¡a ver, chicos! ¿Qué os creéis que estáis haciendo?

—Tú calla, abuelo. —El Babosa le respondió sin levantar la vista, mientras deslizaba una piedra bajo la rueda—. Si no quieres que te friamos igual que a la iglesia.

Entendí que poco caso nos harían, y le pedí a Clodomiro que fuera a buscar a un concejal del ayuntamiento que vivía por allí, un republicano que quizá tendría más fuerza que nosotros. Él asintió y se marchó a toda prisa. Mi suegro y yo tratamos de entretener a los milicianos mientras ellos se esforzaban en preparar la munición.

—Pero ¿vosotros dónde habéis hecho la mili? —exclamó Pepe, sacando barriga—. ¡No tenéis ni idea! ¿Y tú dices que estabas en el Ejército, Pablito? ¿Qué Ejército? ¿El de Pancho Villa? ¡No sabéis ni cargar un obús!

—¡Lárgate, Matusalén! —endiñó uno de los revolucionarios.

—El abuelo tiene razón —intervine, sin tener ni idea—. Esta pieza que habéis traído es de fabricación alemana, no funciona como un Vickers cualquiera.

—Tú siempre tan listo, Bordillo —me ladró el Seisdedos—; ¿quieres que te carguemos a ti dentro del cañón?

—Coño de sabelotodo, cago en tu puta madre —resopló Pablito, con el sudor que ya le chorreaba por el pecho aún de madrugada.

Les estábamos poniendo nerviosos, y ese era justamente el objetivo: retrasar los disparos letales, que podían derribar el monumento en cuestión de minutos. Ya no sabíamos qué más inventar cuando llegó Clodomiro con el concejal. Este último, de nombre Ramón, se hizo cargo perfectamente de la situación, y hasta ofreció una sonrisa diplomática y se dirigió a los milicianos:

—Compañeros, tengo aquí un salvoconducto del Comité Antifascista de la ciudad de Barcelona.

Les enseñó un papel arrugado, grasiento, pero timbrado y sellado con profusión, que no ofrecía margen de duda: se trataba de una muestra de autoridad revolucionaria. Se fueron pasando la nota de uno a otro, y todo el pelotón puso la misma cara de adoración cuando vieron quién la firmaba. Bueno, un par no podían leer y pidieron que se lo explicaran. Firmaba ni más ni menos que el ínclito Durruti, quien facultaba a aquel modesto concejal para que tomara decisiones en su distrito. Hecha la presentación, el buen Ramón se enzarzó en una explicación acalorada y concienzuda.

—¡No se puede volar este edificio! ¡Cometeríais un gran disparate, un enorme disparate! ¿Es que no conocéis el valor de estas cuatro torres?

—Mira, politiquillo —el Seisdedos parecía una torre más del templo, por la manera condescendiente con que miraba al concejal—, ni obra maestra de Gaudí, ni iglesia sagrada ni pollas en vinagre. Esto debe saltar y se acabó lo que se daba.

—¡No, no, qué dices! No estoy hablando del valor artístico o litúrgico, de ninguna manera. —Se restregó un pañuelo por el cuello—. Os estoy hablando de su valor militar, es-tra-té-gi-co. Si disparáis el cañón, puede ser un error fa-tal.

—No nos engañaréis —protestó el Babosa—. Iros a la puta mierda ya o dispararemos la artillería contra vosotros.

—Yo lo que quiero es ganar a los fascistas —aseguró Ramón—. Como vosotros. Y creedme, estas torres son necesarias para derrotarlos.

—Basta ya de cuentos chinos —murmuró otro de los milicianos.

—¡Os equivocáis, de verdad! ¿Veis aquel puente de allá arriba, entre las dos torres centrales?

Todos los mozos proletarios miraron hacia arriba, abriendo la boca y asintiendo con la cabeza.

—¿Qué le pasa al puente?

—Pues que es la posición ideal para un nido de ametralladoras. —Aguzó la mirada—. Para una batería antiaérea, si me apuráis. Absolutamente im-pres-cin-di-ble, ¡creedme!

Los menos instruidos en el arte de la guerra empezaron a flaquear. Entre la firma de su ídolo anarcosindicalista y aquella explicación tan contundente, se vieron obligados a rascarse la barbilla. Pero el Seisdedos todavía no quería bajar del burro.

—Ni antiaéreos ni puñetas. Tú has leído demasiadas novelas.

El concejal hizo una pausa dramática, mirándolos a todos a los ojos, y preparó la estocada:

—Estamos en el centro mismo del llano de Barcelona. Ninguna otra ubicación tiene tanto alcance y tanto ángulo. Estamos en el centro geo-dé-si-co. Sabéis qué significa eso, ¿verdad?

Los anarquistas pronunciaron un sí raquítico.

—Pues ya está. Al menos, antes de hacer algo irreversible, consultad al Comité Antifascista. No me creáis si no queréis, pero consultad a los líderes.

Enarboló el papel arrugado y apuntó con el dedo el punto en donde estaba la firma de Durruti. Los artilleros de fin de semana se fueron achicando.

—De acuerdo, politiquillo; ya nos esperamos. Y mientras tanto... —Soltó un silbido con dos dedos entre los labios—. ¡Muchachos, tomad las mazas y las barras de hierro! ¡Hala, a divertirnos!

Les dejamos tranquilos un rato, sin intervenir, a pesar de saber que iban a destrozarlo todo. Despedimos al concejal republicano y le agradecimos la destreza con la que había esquivado el desastre. Él se quitó importancia y se despidió de nosotros porque, dijo, había muchos incendios por apagar. Dejamos marcharse al pequeño héroe del día, pues, y comentamos la jugada. Estaba claro que caerían sobre la fachada, la capilla del Rosario y la cripta para ver cuántas estatuas lograban mutilar. Así que acordamos que les

iríamos siguiendo, dándoles la lata, para ver si podíamos impedir algo, sin que se lastimase nadie. No teníamos otra opción.

En ese momento llegó Opisso. Iba como de costumbre, con la indumentaria bohemia: el corbatín, las gafas redondas y finas, la pipa en la boca. El cabello más blanco lo hacía parecer más sabio, pero el resto se mantenía lozano como siempre; para el dibujante no existía guerra alguna. Vio el cañón, la munición y las cargas de dinamita. Le explicamos lo que había pasado, y se puso a reír por lo bajo.

—Están furiosos con la Sagrada Familia —dijo.

—Como no la han podido dinamitar...

—También por eso, pero ya venían calientes de antes. El problema de fondo es que esta maldita piedra no arde.

—Cuánta razón. —Arqueé las cejas—. Y como no hay mobiliario dentro... Ni bancos, ni retablos, ni santos, ni vigas, ni nada...

—Si fuerais ellos —planteó Coll—, habiendo quemado ya todo lo que podía prender, ¿ahora qué destrozaríais primero?

—Hombre, si pudieran reventar a Gaudí en persona. —Pepe resopló—. Lo harían seguro, son muy bestias...

No nos reímos, no estaba el horno para bollos. Nos miramos y dimos algunas cabezadas. De repente, Opisso pegó un grito, se dio en la frente y levantó la pipa.

—¡Gaudí! ¡Claro! ¿Qué estamos haciendo aquí?

Dio media vuelta y se fue corriendo hacia la cripta. Los demás fuimos tras él, procurando no tropezar mientras bajábamos, preguntándole qué pasaba y tratando de adivinar cuál era la urgencia. Él solo agitaba la pipa por encima de la cabeza y hacía señales para que lo siguiéramos. Corrimos a grandes zancadas por la escalera circular y entramos en la cueva, donde todavía había humo y calor de brasas. Y entonces lo entendimos: los milicianos estaban golpeando con los mazos y los palos de hierro encima de Gaudí; bueno, en realidad, encima de la tumba de Gaudí.

—¿Qué hacéis, desgraciados, qué hacéis? Alto...

—¿Y ahora qué os pica? Ya basta de chorradas, ¿eh? —dijo un anarquista barbilampiño que no tendría más de diecisiete años—. ¿Tú también vienes de parte de Durruti?

—Bueno, lo conozco muy bien y no descarto hacerme miliciano, pero no, ahora no represento a nadie.

—Pues lárgate o cobrarás.

—Soy Opisso.

—Ni piso ni aplasto.

En ese momento el Seisdedos apareció, el mazo en la mano, y se acercó al artista. Comunicó a los demás que era cierto, que aquel hombre era Opisso, «el dibujante del pueblo», y los milicianos se olvidaron de la tumba, cuando ya tenían la lápida desplazada y el ataúd fuera, y se agruparon alrededor del popular caricaturista. La cara les había cambiado, habían rejuvenecido diez o veinte años y exhibían unos ojos relucientes.

—¿De verdad? —dijo uno—. ¿El Opisso de los dibujitos?

—Sí..., ni yo mismo me podría presentar mejor.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó otro.

—Pues visitar a un amigo artista. El que duerme en la caja. —Señaló el cofre.

—Oye, oye —un tercero le tiró de la manga—, ¿y por qué dibujas a tanta gente? ¿Aquellas multitudes tan divertidas? Qué complicado, ¿no?

—Es que me pagan por personaje.

Las fieras de antaño se pusieron a reír como si fueran niños. El interrogatorio continuó un rato, ante nuestro estupor y la incomodidad del Babosa, que intervino con una mueca de desprecio:

—Vamos, se acabó la cháchara. Volvamos al trabajo.

—Hombre, compañero —dijo el que parecía más joven, y señaló el ataúd—, pero al compañero del compañero no lo podemos tocar...

—¿Cómo? ¿Qué te ha picado ahora? ¿Gustos burgueses?

—Pues yo estoy de acuerdo con el chico —dijo el Seisdedos, que siempre había admirado secretamente a Opisso—. No nos podemos arriesgar a que el pueblo diga que hemos destrozado la tumba del compañero del dibujante del pueblo.

—¡Hostia! —exclamó Pablito—. ¡Ya me estáis fastidiando, con tanto pueblo y tanto compañero! ¡Pues abriremos la otra tumba, la de los marqueses ricos!

No era la tumba de ningún marqués ni de ningún rico; era la de Bocabella, el promotor de la Sagrada Familia: un integrista religioso, un librero católico que había puesto en marcha el proyecto del templo expiatorio. Había comprado el terreno con poco dinero, ciento setenta mil pesetas, y había encargado la construcción de la iglesia a Gaudí. En el caso de Bocabella, todos entendimos que la tumba de aquel buen hombre —y de su mujer— estaba sentenciada. Vimos que el grupo se metía en la capilla en cuestión y en un abrir y cerrar de ojos profanaban la sepultura. Primero hicieron palanca y golpearon para reventar y desplazar la lápida. Después sacaron un ataúd, seguidamente otro, y los subieron a la explanada exterior.

El pobre Opisso, que cuando era muy joven había conocido al anciano librero, no lo pudo soportar y tuvo que largarse. Los demás seguimos toda la etiqueta de los anticlericales. Vimos cómo sacaban los cuerpos con sumo cuidado, para que no se deshicieran, y cómo los dejaban apuntalados contra un muro. El cadáver del hombre era un simple esqueleto con cuatro harapos y una larga barba, pero el de la mujer impresionaba porque estaba momificado y aún conservaba el maquillaje exagerado de la cara. Parecía que se hubiera despertado de un sobresalto y nos suplicara volver a la cama.

Tras el numerito, se dirigieron a la fachada para ver con qué se podían entretener, treparon como pudieron y la emprendieron a golpes de mazo contra las esculturas más accesibles. Intentaron destruir la figura del centurión romano, supongo que por indicación del Seisdedos, y también la del trompetero inspirado en el padre del Babosa, pero como el trabajo era

muy duro, los resultados escasos y visto que por poco se descalabran pared abajo, se cansaron del tema al cabo de muy poco tiempo. Desmenuzaron alguna estatua de yeso, más fácil de martillear, y bajaron.

Entonces se metieron en la capilla del Rosario, donde se cargaron casi por completo las estatuas de los sabios bíblicos. Cuando llegaron a Salomón, Pepe se mostró firme:

—Si os cargáis esta figura, es como si me estuvierais destrozando a mí.

Uno de los milicianos se fijó en él detenidamente, y luego estudió la imagen del sabio Salomón.

—La verdad es que os parecéis mucho...

—Puede que te destrocemos a ti directamente, porque mira que llegas a ser tocacojones...

—Soy compañero del sindicato. —Mostró el carnet de la CNT—. Carnet número ciento treinta y cuatro. Hacedme algún daño y os caerá toda la confederación encima.

El Seisdedos ordenó que no tocaran ni al compañero Pepe ni al compañero Salomón. Por figuras de santos no quedaría... Y nos ordenó por enésima vez que nos fuéramos, amenazando con echarnos a golpes, pero nosotros no nos movimos en absoluto. Nuestra presencia les era molesta y, mira, si salvábamos ni que fuera una sola escultura, ya nos daríamos por satisfechos. El Gigante resopló y se empleó a fondo, con la ayuda de la cuadrilla, de la escena horizontal de la Muerte del Justo, que fue borrada por completo.

Uno de los hombres llamó la atención sobre las figuras que se veían más arriba, ejerciendo la función de capiteles del portal. Preguntó qué significaban, y qué debían hacer con ellas.

—Ah, una es la puta de Gaudí —apuntó el Babosa—, y la otra es el anarquista con la bomba.

En ese momento hubo un debate encendido, porque no tenían claro si debían hacer añicos esos dos símbolos. Por un lado, era evidente que

estaban allí como representaciones maléficas, pero por otro no dejaban de ser monumentos a las compañeras trabajadoras del sexo, y aún más importante, a los compañeros de la acción directa, y que si galgos y que si podencos. Como no lograban ponerse de acuerdo, pronto no quedó ni un cincel martilleando la piedra y los milicianos se enzarzaron en una discusión de todos contra todos. De los argumentos pasaron a los gritos, luego a los insultos, y cuando estábamos en la fase de los empujones, nosotros aprovechamos para agacharnos y empezar a recoger fragmentos de las esculturas mutiladas.

—Eh, ¿qué haces? ¡No toques nada de lo que hay en el suelo!

—Esto no te servirá de nada —dijo Coll—. ¿Qué problema tienes?

—¡Suéltalo ya! —exclamó el Seisdedos, algo acalorado por la discusión con los suyos—. ¡Que dejes los trozos donde estaban, he dicho!

Uno de los milicianos aprovechó la interrupción para trepar y darle un mazazo a la prostituta; un compañero suyo hizo lo mismo al otro lado, con el delincuente de la bomba. Los que se estaban ocupando de nosotros se dieron la vuelta y arremetieron contra sus compañeros, y en plena pelea uno de ellos echó atrás la maza, para amenazar, y sin darse cuenta golpeó la cabeza de Pepe. El pobre abuelo cayó redondo, inconsciente; se hizo un silencio y tiré de la camisa de Clodomiro.

—Corre, ve a buscar a un médico. O un teléfono, ¡y que venga alguien! ¡Rápido, por favor, muévete!

Salió corriendo y yo me quedé arrodillado en el suelo, abanicando a mi suegro, y acompañándolo como una madona ante un Cristo descendido. Los milicianos nos miraban estupefactos. Uno de ellos, el que había aprovechado antes para atacar la imagen de la prostituta, volvió a la carga y no se cortó ni un pelo, ahora centrándose en la cara de la mujer. Los compañeros se volvieron hacia él y se enzarzaron de nuevo en una fuerte discusión, dejándome solo a mí con el pobre Pepe, cuya cabeza reposaba en mi regazo, durante unos minutos que me parecieron eternos, aunque

después me aseguraron que no, que la ayuda había llegado enseguida. Y llegó en forma de madre.

—*Oh, merde*, ¿qué ha pasado aquí? —Se arrodilló junto al consuegro y le tomó el pulso.

Detrás de ella apareció un médico, que también se sentó en el suelo y fue palpando la cabeza y abriendo los ojos del paciente.

—Nos lo tenemos que llevar, Marie. A la ambulancia. ¡Vosotros, ayudadme!

Los milicianos no movieron ni un dedo. Me levanté, y como no se movían, les conminé a que al menos dejaran paso. El Babosa resopló, se plantó en medio y me fulminó con los ojos. Se le movía la nuez del cuello; lentamente cogió la pistola y la desenfundó. La alzó muy lentamente y me encañonó.

—Ya estoy hasta los huevos de ti. No estamos haciendo la revolución para que nos manden monaguillos de tu calaña.

—¿Ah, no? —Me notaba el latido del corazón—. ¿Para quién la vais a hacer? ¿Para soldaditos convertidos en fascistas de la FAI?

—Hijo, no te metas. —Mi madre se incorporó—. *Laisse, laisse-les!!* Y vosotros —chilló, fulminando al Seisdedos—, no le puedes hacer daño, a él no, ¡está pactado!

—Ni pactado ni porras —dijo el Babosa, que retiró el seguro de la pistola sin dejar de apuntarme.

Mi madre se interpuso entre la pistola y mi cuerpo. Traté de apartarla, pero no se dejó; era increíble la fuerza que podía llegar a tener.

—¡Está pactado! —insistió mi madre, y miró de nuevo al Seisdedos—. ¡Un hermano no mata a un hermano! *Vous êtes frères!*

Nos quedamos pasmados y abrimos unos ojos como platos. El Babosa hizo un gesto extraño. Pareció que se le caía la pistola. La recuperó. Se sintió un chasquido fuerte. Dejó caer el arma. Mi madre se desmoronó. La cogí en brazos. El Seisdedos se acercó. El médico también. La acostaron

sobre el suelo. Yo no entendía nada. Mi madre quería hablar. Yo quería escucharla. Ferriol, dijo, Ferriol, repitió. *Je t'aime, mon petit*, dijo. Le salía sangre por la boca. La limpié. El médico le practicó masajes en el pecho. Mi madre estaba blanca. Ferriol, volvió a decir. Y eso fue todo.

—Yo os bautizo con agua para que os convirtáis —recitaba mosén Parés, los ojos clavados en el suelo—, pero lo que viene después de mí es más fuerte que yo... Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego..., y quemará la paja en un fuego que no se apaga.

»Eso escribe Mateo. —El cura seguía con las palmas juntas y la mirada hacia abajo—. Habla del Bautista, que anunció al Mesías con un bautismo mucho más duro y mucho más sacrificado que el suyo, a la orilla del Jordán. Un bautismo de fuego y sangre. Un bautismo de calvario cristiano. Como el que estamos pasando nosotros. Marie, en paz descanses, fuiste fuerte; nosotros debemos ser fuertes.

Habíamos celebrado una pequeña ceremonia privada en el piso, para recordar a mi madre. El día en que se nos fue no hubo forma de hacer nada. Su cuerpo inerte se lo llevó la ambulancia y ya no la volvimos a ver. A Pepe sí que lo volvimos a ver, un poco molido, pero comprensivo y conciliador como siempre. Suerte tuve de él, y de Lola, y de los niños. Suerte tuve del amor que me rodeaba, porque yo estaba perdido. Perdido de verdad, entre las sombras de la ruina y las cenizas de la vida. Perdido para mí, perdido para la mujer que me amaba, perdido para mis hijos. No me despertaba ni el dolor; deambulaba en la indiferencia y residía entre recuerdos de planos y fragmentos de estatuas.

Mi madre había emprendido el camino de la oscuridad, como tendremos que hacer todos. Pero no me había dejado ni un rayo de luz. Me había dejado huérfano el mismo día en que yo había ganado una bestia como hermano y un criminal como padre. Había pasado de tener un padre

protector, comprensivo y afable, por putativo que fuera, a ser el hijo de un monstruo, un asesino y estuprador, y luego medio hermano de un deforme que a todos asustaba. En lugar de Ferriol, de aquel ángel ausente, siempre cándido, ahora tenía a un gigante que me odiaba. Y al que yo odiaba. Confieso que no sabía si amar locamente a mi madre o detestar para siempre a la persona que me había abandonado en medio de tanta catástrofe.

El cura terminó la pequeña ceremonia y nos abrazamos entre todos. Marie estaba en el mundo del recuerdo, donde todos tenemos un lugar de honor. ¿Recordáis el día en que murió la Gabacha? Dirán eso. ¿El día en que una abuela francesita se inmoló para salvar a su hijo? ¿El día en que salvaron la Sagrada Familia? Porque, a ver, ¿qué hay más sagrado que una madre salvando a su hijo? ¿Una madre que no había podido salvar al pequeño y salvaba al mayor? Y, cómo no, ¿el mismo día en que unos valientes impidieron que el templo de la familia volara por los aires?

Habían llegado el fuego y la ceniza. No había marcha atrás. Todos perdíamos, todos sufríamos los ardores más extremados. Algunos se quemarían como una mecha y ya no volverían. Como el pobre Josep, como Marie, y como tantos más. Otros tendríamos que aprender a ser cera, como yo mismo, aprender a fundirnos y después endurecernos para poder seguir. Todos pasaríamos por el fuego y pretendíamos imaginar, estúpidos de nosotros, que eso sería muy rápido. ¿Cómo podíamos estar tan ciegos? La única que lo captaba todo era la Sagrada Familia, vertiginosa por encima de los mortales, la atalaya que besaba las nubes. Solo ella seguiría reinando en medio del sufrimiento humano.

*OceanofPDF.com*

# XV

## La sangre

Cuando el mal cabalga sobre ideales, hace correr más sangre. Como aquella pancarta que colgaba entre las dos torres centrales, enorme, estrecha y larga, tan larga que el extremo inferior peinaba las figuras de la Coronación de María. La miré un poco de lado, para leer bien las letras escritas en vertical: «Por la libertad, contra el fascismo». La proclama revoloteaba al viento henchida de orgullo. ¿Quién podía estar en contra de ideales tan nobles? La firmaban la CNT y la FAI, o sea, gente comprometida como los que más, luchadores de corazón.

Al final no habían dinamitado la iglesia, ni habían instalado un nido de ametralladoras en las torres de la Sagrada Familia, pero habían conseguido colgar una pancarta para reclamar carta blanca. A ver, si no hubieran matado a mi padre y a mi madre, tal vez los habría creído. Si no hubieran secuestrado a mis hijos y a todos los chiquillos del barrio, si no hubieran abatido y descuartizado al capitán Secano, como a tantos otros soldados y curas y monjas y personas de todo tipo y condición... Quizá si el Seisdedos y el Babosa no fueran tan odiosos, tal vez si aquellos con los que yo me había peleado siempre no hubieran hecho tanto daño, tal vez si fuera cierto eso, que la lucha contra el fascismo y por la libertad iban por delante...

Estaba parado ante la fachada del Nacimiento y repasé a toda la gente que estaba representada ahí, en aquel pesebre de piedra. La mayoría eran

conocidos míos: empezando por Gaudí, o mosén Parés, el viejo Matamala, Consuelo, Vicentet, Lola o yo mismo..., o mis padres huyendo hacia Egipto, inmortalizados en ese éxodo figurado que ojalá hubiera sido de verdad. Qué más hubiera querido yo que haber cogido un asno tiempo atrás y haber escapado de la locura, camino de la Marsella de mi madre o de la Cuba que recordaba mi padre, sin guerra ya...

Me encogí de hombros. Una proclama en una pancarta no cambiaba nada, y si ese era el peaje, lo que nos permitía conservar la obra y pasar el apuro, pues adelante con la consigna que fuera. El problema no era una pancarta que, cuando llegaran los demás, cambiarían por una de su cuerda. Admito que yo tal vez estaba tocado personalmente. Me habían dejado huérfano en dos días, sin sol y sin luna, colgado y desorientado, en compañía de mi miedo. Ni Lola me ofrecía el consuelo habitual: ella sufría por los hijos, la mirada se le extraviaba y dormía en breves oleadas, estrellándose a menudo contra la roca de su insomnio. Le quería preguntar sobre casi todo, sobre qué había pasado con Calígula, qué manos lo mataron, quién lo decidió, quién lo ordenó...

Pero no. Ella estaba desbordada con su pánico. Y yo estaba tirado en medio de aquel charco de sangre. Cada día caían religiosos a docenas; aparecían en cualquier cuneta con un tiro en la nuca. Y también los llamados colaboradores, la quinta columna de los fascistas, que podían ser desde gente muy significada hasta gente corriente como..., gente como yo mismo. Tener amigos de misa era una razón de peso para que te liquidaran. Y no parecía existir ni el Gobierno de la República, ni el de la Generalitat, ni la policía; nadie podía detener nada. Era una locura perfectamente organizada, descabellada a golpe de lemas, bajo la autoridad absurda de una pancarta. Alguien gritaba fuerte «libertad y muerte al fascismo», y acto seguido hacía saltar la tapa de los sesos a otro.

En disturbios anteriores, como durante la Semana Trágica, las personas de orden se podían encerrar en casa y esperar a que todo pasara. Aquel julio

del 36 no fue así. Nadie estaba realmente protegido; ni casa, ni piso ni finca alguna estaban a buen recaudo. Golpeaban las puertas, reventaban las cerraduras, gritaban en catalán o en castellano, proferían insultos, acusaban y humillaban, arrastraban a la gente y se la llevaban. A veces el carnet del sindicato o del partido de turno te salvaba la vida; a veces te condenaba. A menudo el conocimiento personal te permitía sobrevivir, pero si se trataba de un rival, podía significar la muerte inmediata.

Aparecían de día o de noche, a cualquier hora. Rastreaban y husmeaban a los industriales, a gente conservadora, a ricos y militares. Registraban las casas, buscaban papeles, revistas delatadoras... y, sobre todo, símbolos religiosos. Una capilla de santo, una imagen de virgen, un crucifijo o una estampita podían significar la muerte. Los sicarios, a menudo menores de edad, iban apuntando por doquier con las escopetas. Los cabecillas llevaban la pistola en la cintura y no la esgrimían en exceso, pero la palpaban mucho, de forma ostensible. Entonces alguien decía:

—En esta casa hay muchas cruces.

Y se acabó, de cabeza al camión, media hora botando en los bancos traseros, luego saltar al suelo y plantarse frente a la tapia del cementerio. Adiós muy buenas. Y los milicianos cantando «sotana que pillamos, sotana que matamos». No hacían pancartas, nada de eso. Lo que sí que hacían era reírse de manera estridente, levantar los rifles y descargar las culatas sobre el prisionero de turno. Y nuestras noches eran como un alambre, tiesas y llenas de pinchos. Las horas no pasaban, cada voz y cada timbre y cada disparo nos hacía saltar de la cama. Solo la Sagrada Familia lo miraba indiferente; solo sus figuras de piedra mantenían la calma, y se dejaban acariciar por la larga pancarta. Por debajo, a pie de calle, o dentro de las casas, los párpados medio abiertos, el espanto.

Fui a visitar a las gemelas con Vicentet. Yo había visto caer al capitán, y les debía una explicación sobre cómo lo había vivido. Las dos mujeres estaban encerradas en casa, muertas de miedo como tantísima gente, y con la tristeza de haber perdido al gran astro de sus vidas. Descubrí que tenían una madre, una señora pequeña y discreta que hasta entonces ni sospechaba que fuera real. El padre había sido tan omnipresente, un hombre tan visible y audible, que la madre había quedado en la sombra. Me preguntaron sobre mis pérdidas, y fuimos canjeando suspiros y lágrimas.

—A mí me resulta extraña vuestra pena —metió baza Vicentet—. Yo soy huérfano desde que nací, no me parece doloroso ni dramático.

—Claro, pobre —dijo Ceuta—. Tú siempre has vivido sin padre.

—Sin el padre, ahora lo entiendo —añadió Melilla—. Y nosotros, que no le dábamos ninguna importancia...

—Ya, es que si te soy sincero...

—No importa, Vicentet —le interrumpí—. Creo que habláis de cosas distintas.

Las gemelas tampoco quisieron liarse en una competición de aquel improvisado club de huérfanos. De golpe y porrazo, recordaron convenientemente que todavía existían las personas vivas, y empezaron a repetir que echaban de menos a Consuelo, su gran amiga, así como al cura. Los querían ir a ver, y quisieron ir enseguida. Tratamos de disuadirlas, pero no se rindieron: ya que tenían dos hombres para hacer las veces de escolta, era el momento ideal para acercarse hasta ahí. Además, comentaron, qué peligro le veía, si mi hijo y mi mujer estaba en esa casa...

—¿Cómo? ¿Toni y Lola? No me lo creo.

—Sí —aseguró Melilla—, nos lo ha dicho la vecina del tercero.

—La del tercero, por supuesto —apuntó Ceuta—, la que conoce a los Coll...

—Ah, ¿quieres decir que están en casa de los Coll?

Eso sería ya algo diferente; posiblemente Lola había tenido que alejarse de su madre, y habían decidido ir a buscar a Jordi, el amigo impedido del niño. De todos modos, no estaban los tiempos para salir a la calle y visitar amiguitos... ¿En qué estaría pensando Lola? Me levanté, dispuesto a irme; no estaría tranquilo hasta que viera a los míos, me asegurase de que se encontraban bien y los devolviera a casa sanos y salvos. Dije a las gemelas y a mi compañero que de acuerdo, que las acompañaríamos a la casa del cura. Vicentet protestó, pero le hice callar.

—¿No eres bueno ni para hacer compañía a dos damas desoladas?

—Hombre, es que las patrullas...

—Vamos, no seas gallina.

—¿Qué? ¿Gallina? —me desafió levantando la barbilla—. Ya sabes que a la hora de ser valiente siempre soy el primero. ¿Recuerdas cuando aquellos chalados querían quemar el templo y yo...?

—Te haré un favor y no recordaremos nada.

—¿A qué te refieres? —Me frenó con las manos—. No, no, Bordillo, ahora me lo cuentas..., ¿qué estás insinuando?

Iba a replicar, pero las mujeres pusieron paz.

—Chicos, chicos, ¿la competición de glándulas se puede hacer en la calle?

—Eso mismo —remachó la gemela—, muy bien dicho. Las glándulas, a la calle.

Cuando bajamos ya no nos recriminamos nada, evidentemente; bastante preocupación teníamos en vigilar por todos los lados, por si había patrullas incontroladas haciendo de las suyas. Escuchamos disparos en la distancia y no apresuramos el paso, en realidad no hicimos nada especial; solo espiar por las esquinas. Al poco llegamos a la finca en cuestión, y las gemelas entraron primero. Fueron directas a la portería; ni Vicentet ni yo estuvimos a tiempo de evitarlo.

—Venimos a ver al cura y a su sobrina —dijo una.

—Sí —comentó la otra ante la estupefacción del hombre—, aquel alto y un poco calvo; mosén Gil Parés, ¿sabe?

Vicentet y yo nos mirábamos con ojos como platos, y de entrada no supimos cómo reaccionar. Reconozco que aquella candidez extrema de Ceuta y Melilla nos pilló del todo desprevenidos; estábamos alarmados y paralizados. Finalmente, me llené el pecho de aire y de valor, e intenté subsanar el patinazo.

—No buscamos a ningún religioso —dije—. Vamos a la casa donde había vivido el cura, pero ya se puede imaginar que hace mucho tiempo que se esfumó.

—Así pues..., ¿a quién vienen a ver? —preguntó el portero.

—A los Coll, esos que tienen aquel niño lisiado.

—Claro, claro. ¿Saben dónde viven? Muy bien, pues ya pueden subir.

Espié con el rabillo del ojo al portero. Su cara me resultaba familiar. Juraría que lo había visto en algún club de borrachos, quizá en la bodega con la Chinche; podía ser un amigo de ella, o un mancebo. En todo caso, fuera quien fuese aquel hombre, la pregunta de las gemelas había sido la cosa más tonta y torpe que yo había presenciado en muchos años. Y, con franqueza, no estoy seguro de que yo lo hubiese arreglado. Tal vez aún lo había empeorado metiendo a los Coll en la ecuación, como si todos formáramos parte de la misma secta católica, un clan de misas que se reunía en aquella finca desafiando los aires del momento. En fin, todo un desastre, pero había que seguir y tratar de dispersar los nubarrones.

—Mira que llegan a ser tontas —me susurró Vicentet al oído—. Tontas de remate. Deberíamos irnos.

—No, colega. Al menos hay que avisar a los que están arriba.

Llamamos a la puerta y nos vino a abrir Consuelo. Al vernos se le iluminaron los ojos y nos dio unos besos muy fugaces en las mejillas, hablando en voz baja. Hasta que cerró la puerta no volvió a ser ella misma, sociable y expansiva como antes.

—Venid, venid, que veréis al señor Gil. —Nos hizo pasar a una salita modesta, donde estaba el cura sentado en un sillón—. Ahora se llama señor Gil.

El señor Gil, vestido con una camisa blanca y unos pantalones bien plisados, se levantó. Sonriente, nos dio un apretón de manos a nosotros y abrazó a las chicas. Desde ese momento, y casi todo el rato, mostró unos ojos pequeños y húmedos que delataban mucho agradecimiento. Estaba al corriente de casi todo lo que había pasado. Acompañó a las gemelas en el sentimiento, y a mí también, con un detalle muy especial que no todos los religiosos habrían tenido: me tomó las manos entre las suyas, y me miró fijamente mientras se mordía los labios.

—Si he visto una familia sagrada, Jaume —inspiró—, es la tuya. Buena gente, hijo, buena gente. Que estén con Dios.

—Gracias, padre. No eran muy de misa, pero...

—Buena gente. Y familia lo sois, por supuesto.

Para alguien a quien toda la vida habían ridiculizado y despreciado por bastardo, con un padre putativo y una madre de pasado confuso, aquellas palabras eran música celestial. Le di un toquecillo en la mano y, sin más demora, le advertí.

—Corre peligro, padre. El portero sabe que usted reside aquí.

—Las estúpidas de las gemelas —protestó Vicentet—. ¡Mira que llegan a ser cortitas!

El padre Bola hizo una mueca de aceptación. En aquellas horas difíciles, hasta parecía que había recuperado el oído y lo comprendía todo.

—No os acuséis los unos a los otros. —Nos miró con ternura, como si volviera a hablar con alumnos de diez años—. Ayudaos entre vosotros. Y perdonáoslo todo, ¿me oís? Todo.

Acarició a las gemelas en la mejilla, primero a una y luego a la otra.

—Yo también tendré que perdonar a los que me vengan a buscar. —Forzó una sonrisa—. Y a los que me quieran matar. Mirad, cuando

Jesucristo estaba clavado en la cruz, el ladrón bueno se giró hacia él y...

No escuché la historia, ya me la sabía de memoria. El ladrón bueno era perdonado, pero sobre todo era perdonado el ladrón malo. Ese era el que tenía mérito. Perdonar a los que no te hacen ningún daño es fácil; lo que realmente tiene valor es perdonar a los que han dedicado toda una vida a herir y a maltratar a los demás. Lo miré con atención: había envejecido de golpe, incluso le había salido un poco de joroba. Aquel hombre fornido se había vuelto un anciano frágil. Pero por dentro se mostraba fuerte. Tal vez era el único de aquella estancia que no estaba asustado. Pensé que igual tenía ganas de reunirse con su amado don Antón y volver a enzarzarse en aquellas discusiones vehementes. Vicentet cortó la estampa.

—Debe irse, señor Gil. Se está poniendo en riesgo usted..., y todos nosotros también corremos riesgo.

—¿Cómo dices? ¿Que estamos en Cristo?

—¡No, joder! ¡Que nos larguemos!

—Ah.

Aceptó la propuesta, pero insistió en marcharse solo; no quería poner en peligro a ninguno de sus chicos —los chicos y chicas de las escuelas, entendí, o sea, nosotros: los que él había visto crecer, los que él había instruido y los que, de alguna manera, éramos su obra humana—. Estuvimos de acuerdo, lo dejamos bajar. Y respiramos aliviados. Cuando apenas hacía unos minutos que estaba fuera, oímos voces en la calle. Era una patrulla de milicianos que venían a armar bronca. Entendimos que el cura se había salvado por los pelos; quizá incluso los hombres armados se lo habían cruzado en la calle, pero en todo caso los había esquivado. Ahora nos tocaba defendernos a nosotros.

—¡Comité de Milicias, abrid!

Estaban en el rellano de abajo, golpeando la puerta de los Coll; primero con el picaporte, luego con los puños y, como último recurso, con las

culatas de los rifles. Le dije a Vicentet que teníamos que bajar. En ese piso había niños. Estaban mi hijo y mi mujer.

—Déjalo, hombre; ya se cansarán de aporrear.

—¿Cansarse? —Lo repasé de arriba abajo—. Aquí lo que pasa es que tú eres un cagado, eso es lo que pasa.

—¿Yo? —protestó—. Yo trato de ser inteligente, eso es todo. Pero vale. Hala, ve tirando, que yo te sigo.

Nos presentamos donde estaban los milicianos, que nos miraron como si hubiéramos bajado de la luna. El que estaba a punto de derribar la puerta se volvió y, con el fusil en alto, no supo si detenerse por completo o si pegarnos el culatazo a nosotros. Otro que estaba más atrás, escondido por los compañeros, se nos acercó resoplando. Era el Babosa.

—¿No sabéis quedaros en casa?

—Eso mismo te digo a ti, compañero —le solté, y noté que Vicentet me tiraba de la camisa.

—Estamos haciendo nuestro trabajo. —Acarició la funda de la pistola—. Tenemos información; hay fascistas en este piso.

—Ya. ¿Y tienen diez años? ¿Son mujeres? ¿Son de mi familia los fascistas esos?

Me leyó la mirada. Me creía.

—Bueno, que nos dejen entrar y no les pasará nada. Si de veras son mujeres y niños, no tienen que temer nada, ¿no?

—Tienen miedo de vosotros. —Tragué saliva—. De vuestros golpes. De vuestros gritos. De vuestras armas. Pero si me lo permites, conseguiré que os abran sin problema.

Pablito no dijo nada. Sin dejar de mirarme, dio un paso atrás y me invitó a pasar con un gesto de la mano. Me puse delante de la puerta, grité que era yo, que no tenían que preocuparse, y fui repitiendo los nombres de Lola y de Clodomiro.

—A ver —protestó uno de los milicianos jóvenes—, ¿Clodomiro es nombre de mujer? ¿De niño? ¿Quién es ese Clodomiro?

—Tranquilo, es un padre de familia —expliqué sin alzar la voz—. El único hombre que hay ahora en el piso. Un ateo de izquierdas y republicano de siempre... aunque tenga nombre de rey visigodo. Cuando entremos lo podréis comprobar vosotros mismos.

Se oyó una vocecita que venía del interior, preguntando si era yo el que llamaba a la puerta.

—Sí, Lola, soy yo, Jaume. Tu marido, padre de Toni y de Aurora. Abre la puerta, no tengas miedo. Estoy aquí con una patrulla y está todo bajo control. No tengas ningún miedo, de verdad.

Mirando atrás, a veces he pensado que actué como un irresponsable. Yo no sabía lo que pasaría, y desde luego no tenía nada bajo control. Solo tenía la intuición de que sin el cura saldríamos indemnes, y de que merecía la pena no resistir. O tal vez solo quería combatir mis propias dudas repitiéndome que todo iba bien, haciéndome el hombrecillo ante la familia y transmitiendo seguridad. No lo sé, yo y todos vivíamos presos del pánico, y cada uno luchaba contra sus temores como podía. El caso es que escuchamos vueltas en la cerradura y la puerta se entreabrió con un chirrido.

—Bajad las armas —dijo ella mientras un ojo azul y un mechón de pelo rubio aparecían en la rendija—. Hola, Jaume. Quiero que estos hombres se comporten. ¿Seréis decentes?

Uno de los milicianos se dispuso a empujar la puerta, pero el Babosa lo detuvo.

—Lo seremos, Lola. Abre de una vez. Si no ocultáis nada, no pasará nada, tienes mi palabra.

Lola negó con la cabeza, pero abrió la puerta de par en par y los invitó a pasar; Clodomiro, de pie detrás de ella, no saludó de lo asustado que estaba. Un par de milicianos lo encañonaron y lo empujaron al rellano para

bombardearlo a preguntas; los demás entraron y empezaron a remover la casa. No buscaban objetos de valor ni papeles, registraban para encontrar bultos grandes, es decir, personas. Yo me abracé a Lola y le susurré al oído que me llevara con Toni, y ella me condujo hasta la habitación de matrimonio. Los dos niños estaban tumbados en la cama con Trinidad. Sollozaban muy bajito.

—No pasa nada, no pasa nada. —Me tumbé al lado de mi hijo y enseguida se me añadió el otro—. No os harán nada, no lloréis.

—¿Dónde está mi marido? —me preguntó Trinidad con la voz quebrada —. ¿Se lo han llevado?

—No, mujer, no sufras. Le están haciendo preguntas en el rellano, no tardará en venir.

Efectivamente, Clodomiro apareció enseguida y se abrazó a la mujer. Los milicianos terminaron muy rápido, se dieron por satisfechos y exigieron que los acompañara al piso de arriba. Respiré hondo, me encogí de hombros y pedí a Lola que se ocupara de los niños. Ella asintió e intentó calmar los gemidos que afloraban de nuevo. Yo subí con zancadas largas y, resoplando, llamé a la puerta. Tenían que abrir, grité. No había peligro, los milicianos me habían dado su palabra revolucionaria.

Abrió Consuelo. La miraron con recelo, como si fuera un saltamontes y no una mujer, y entraron en el piso para realizar otro registro rápido. En cosa de minutos lo tuvieron visto y volvieron a salir pasando por delante de mí. El Babosa, visiblemente molesto por el fracaso de la operación, me dio un empujón.

—Que no salga nadie, ¿me oyes? Al menos hasta mañana, todos aquí encerrados. Venga, a otra cosa, mariposa. —Espabiló a los suyos con un manotazo—. Vamos a informar al compañero comisario.

Me quedé en el rellano, oyendo el galope de las botas escaleras abajo, y antes de que salieran del edificio pude escuchar cómo llamaban al portero. No distinguí lo que decían, pero, por los gritos que resonaban por el hueco

de la escalera, estaba claro que lo abroncaban por haberlos engañado o por haberles hecho perder el tiempo. Entonces se produjo un portazo y se impuso el silencio. Me noté el corazón latiendo en la cabeza y el espíritu se me derritió. Pensé que lo peor había pasado, que habíamos salvado al cura y que nos habíamos salvado todos. Eso pensé.

Sobre la hora de la cena volvió el señor Gil, sin mostrarse ni agitado ni apurado. Abrió él mismo, con sus llaves, y saludó con un salve más que apacible. Consuelo, las gemelas y yo, que en ese momento nos encontrábamos en su piso, sí que estábamos en estado de alerta; nos miramos alarmados y saltamos de las sillas. Habíamos dado por sentado que el hombre se escondería en alguna parte y que tardaría al menos unos días en dar señales de vida. Pero se nos apareció jovial, las manos en los bolsillos, algo encorvado y con una sonrisa de oreja a oreja. Entró hasta el comedor y dejó las llaves sobre la cómoda.

—No hace tanto calor como anoche —comentó—. No parece que estemos ya a finales de julio.

Se hizo un silencio. Consuelo fue quien rompió el hielo, con su dulzura habitual.

—Padre..., che, ¿está seguro de que esta casa es la mejor para...? Es que nos tiene muy preocupados...

—Lo sé, querida, sé que estáis muy ocupados. —Se pasó la mano por la calva—. No quiero ser ningún estorbo, ya me apañaré solo. Estoy bien.

—A ver, buen hombre —me acerqué a su oído—, ¿le ha visto el portero? ¿Le ha visto alguien entrar en la casa?

—He saludado al portero, claro. Que me estén persiguiendo no es motivo para que sea maleducado.

Respiré hondo y me dije: la madre que lo parió, este hombre no carbura bien. Le palmeé la mano diciendo que no pasaba nada y me levanté.

Consuelo me acompañó hasta la puerta y me preguntó si creía que volverían, y le dije que tarde o temprano claro que sí, que si no era hoy sería mañana. El miserable del portero debía de tener unas ganas locas de resarcirse de la bronca del Babosa. Yo era partidario de evacuar al cura tan rápido como fuera posible. Dicho esto, bajé al piso de los Coll para hablar con Lola y los demás, y cuando me abrieron la puerta se lo comuniqué enseguida: volvíamos a tener al cura ahí.

—¿Qué? ¡Este cazurro nos quiere matar a todos! —soltó Vicentet—. Yo no aguanto ni un minuto más aquí. Esto es una ratonera.

—Nos han ordenado que nos quedemos. —Lo detuve con un ademán—. Si te ven salir, irán a por ti.

—¡Y si me encuentran aquí también! —espetó con un alarido.

Fuimos al comedor, donde estaba el matrimonio Coll. La puerta del cuarto estaba abierta y se podía ver a los dos niños durmiendo como unos angelitos en la cama grande.

—A ver —Lola apeló a la cordura—, ahora lo más importante es pensar en los críos. Antes han respetado a los niños, y no veo por qué no lo han de volver a hacer ahora. En cambio, si salimos, se pueden poner rabiosos.

—Tienes razón —observó Clodomiro—. Si nos vamos, sonarán todas las alarmas..., aparte de que dejaremos solos al cura y a Consuelo.

—Me la suda. —El Houdini estaba cada vez más alterado—. Me la suda, ¿me oís? ¡El padre Bola y la seño de los cojones! Es que nos jugamos el pellejo...

Llamaron a la puerta y nos quedamos quietos. Clodomiro fue a comprobar quién era, pegó la nariz a la mirilla y abrió lentamente. Se volvió hacia nosotros y dijo que era Consuelo... acompañada de mosén Parés. Vicentet se subía por las paredes; exigió a gritos que ni se le ocurriera abrir. Pero el hombre de la casa, naturalmente, abrió la puerta. Los oímos hablar.

—Debe ser así, Clodomiro, él tiene que refugiarse aquí.

—No lo veo, Consuelo, no lo veo; ¿lo tienes claro?

—Pues ¿qué quieres? ¿Tirarlo debajo de un puente?

Negó con la cabeza y dejó pasar al cura, que entró con parsimonia, calmoso y sin perder la sonrisa. El dueño del piso se despidió de la maestra y cerró la puerta. A todo eso, Vicentet golpeó la mesa con el puño, luego enfiló el pasillo y, habiendo esquivado al cura y al dueño de la casa, se plantó en la puerta. Trató de girar la llave, pero lo hizo sin confianza; se le cayó el manojo y tuvo que volver a probar un par de veces. Al fin pudo abrir y salió, y después dio un portazo fuerte y seco que sacudió los muros. El resto nos quedamos ahí parados, mudos, los ojos clavados en el suelo. Los niños seguían durmiendo.

—Así que será aquí. —El padre se sentó, repasó la mesa, la cómoda y las naturalezas muertas colgadas en la pared—. Mi Getsemaní.

Yo no sabía qué decir. Me senté junto a él y le tomé la mano. Todo iría bien, estábamos con él y todo iría bien. Miré a Lola, a los Coll, levanté las cejas..., quizá no pasaría nada, no había nada escrito.

—Son muchos años, mosén. ¿Recuerda cuando le cantábamos «padre Bola» como si fuera el *Aleluya*, imitando *El Mesías* de Händel?

—¿Eso hacíais? —Dibujó una sonrisa ausente.

Escuchamos gritos resonando por la escalera. El cura empezó a hablar, pero le tapé la boca con la mano. Lola, Clodomiro, Trinidad, todos se pusieron de acuerdo para sellar los labios con el dedo índice. Fuimos siguiendo el griterío; subía de piso en piso, y al llegar a nuestro rellano se hizo muy audible. Eran hombres, y no venían con actitud amigable. Pero siguieron subiendo y pensamos que todavía tendríamos una oportunidad. Arriba los oímos cómo rugían contra Consuelo, y cómo se abrían paso a golpes para registrar el piso. Desde abajo, escuchábamos cómo arrastraban muebles y sus botas recorrían el pasillo. De repente, nos llegó un estruendo impresionante, desde la calle. Era algo grande que se había estrellado, seguido de unos gritos de mujer.

—¿Qué ha pasado? —susurré.

—Es mi escritorio —dijo el cura—. El que me regaló Gaudí. Espachurrado en la acera.

Le pedimos que hablara más flojito, y él se encogió de hombros. También se pasó el dedo por dentro del cuello de la camisa. Le dije que no hiciera ese gesto porque lo delataba como cura. Entonces oímos más objetos estrellarse contra la acera. Estaban rabiosos, querían encontrar al religioso, y como no eran capaces, lo destrozaban todo. Por el ruido que nos llegaba, diría que volaban sillas, estantes, libros, platos, copas... todo lo que se cruzaba en su camino de furia. Era cosa de minutos que bajaran a nuestro piso.

—Padre, salga ahora mismo. —Lo cogí por el brazo—. Igual aún los podemos burlar.

—No, hijo —dijo, y se deshizo de mi brazo con una fuerza inesperada.

Oímos el picaporte.

—Dios del cielo. —La señora Coll se puso a llorar.

—Escóndase, padre —dijo Lola—; ¡debajo de la cama! Si están los niños, creo que no...

—Haced el favor de abrir —dijo con autoridad, y de pronto se sorprendió a sí mismo—. O no, no es necesario. Ya voy yo.

—Por favor, buen hombre, por favor. —Clodomiro intentó que no se levantara.

Pero el hombre se alzó despacio, apartó las manos que lo querían retener y fue hasta la puerta. Se aclaró la voz, giró la cerradura, y se dirigió a los milicianos sin temblor en la voz:

—Puede que me busquéis a mí.

Enfrente tenía al Babosa, al Seisdedos y a un grupo de chicos muy jóvenes, que le clavaban la mirada como quien ve un fantasma. Desarmados por la paz que transmitía el religioso, no abrieron la boca. El cura pidió que le dejaran rezar las oraciones antes de partir, y ellos asintieron. Se volvió a

meter dentro del piso, entró en un cuarto, dejando la puerta abierta, y se arrodilló a los pies de la cama.

Los de la patrulla estaban satisfechos. Mi medio hermano suspiró y dijo algo como «ya era hora»; el Babosa sonrió como un zorro y se encendió un cigarrillo.

—Vosotros, vestíos —nos ordenó mientras daba una calada—. Vendréis todos. Y los de arriba también. Tú —le endiñó a uno de los milicianos—, sube al piso de arriba y hazlos bajar a todos.

—No —intervino el Seisdedos—, hemos venido a buscar al cura.

—Esta misión es mía, ¿me oyes? —Chupó fuerte del cigarro—. Nos llevaremos al hijo de puta del cura... y a todos los demás cabrones que nos han mentido y que lo han ocultado. Todos estos imbéciles son contrarrevolucionarios. ¡Todos al camión!

—Ni hablar. —El Seisdedos le arrancó el cigarrillo de la boca y lo tiró al suelo—. Con una sotana basta.

—*Cagondiós.* —El Babosa desenfundó la pistola y apuntó al Gigante, que le sacaba dos cabezas—. ¡Te pienso denunciar, compañero comisario! ¡Estás salvando a fascistas!

—¿Fascistas? —Lola, detrás de mí, saltó indignada—. Niños de diez años, ¿fascistas? ¿Luchadores, obreros, sindicalistas, compañeros vuestros? ¿Fascistas? ¡El fascista eres tú!

Me di la vuelta y la empujé con mucha ternura hacia dentro, cubriéndola con el cuerpo y alejándola de la zona caliente.

—Qué se ha creído esta puta, ¿eh? —Pablito esgrimía el arma de un lado a otro, amenazador—. ¿Que no tengo cojones para cargarme a una mujer? ¿Qué coño se ha creído?

Bajaron unos milicianos con Consuelo y las gemelas. Estaban todas blancas y temblando como hojas. Ya no cabía más gente en aquel rellano, y estábamos en pleno mes de julio, pero temblaban. Todo el mundo estaba

pendiente de todos, en cualquier momento podía desencadenarse la tragedia. Imploré al Seisdedos que diera un golpe de autoridad.

—Eres el comisario. —Junté las manos—. Eres mi hermano. Hay niños, hay mujeres...

—¡Ni mujeres ni mierdas! —bramó el Babosa—. Todos al paredón, ¡basta ya de gilipolleces!

—Haremos una cosa —dijo el Gigante—. Nos llevamos a la maestra por mentirosa y al dueño de la casa por haber encubierto al cura. Al resto los dejamos.

De repente, la cabeza de Consuelo desapareció y oímos cómo su cuerpo caía por la escalera, a plomo, reproduciendo el sonido de un saco de patatas. Trinidad empezó a chillar que ella no se separaría de su marido, y que su hijo tampoco. Lola protestaba airadamente, y yo intentaba poner un poco de orden. El Babosa no estaba muy contento, pero tenía ganas de acabar y nos hizo callar con un disparo al techo. Cayeron pedazos de yeso y se hizo un silencio absoluto.

—Que venga el puto cura —ordenó.

El hombre apareció, abrazándose a todos los que encontraba por el camino.

—¡Basta de mariconadas! —gritó Pablito, y tiró con fuerza del cura—. A ver, ¿dónde están los dos que faltan?

Un miliciano empezó a pegar empujones a Clodomiro y, sin dejar ni que le diera un último beso a su mujer, lo despeñó escaleras abajo. Otro levantó el cuerpo menudo de Consuelo en brazos mientras la maestra gemía. El cura se le acercó y le besó la frente. Entonces volvió la cabeza y nos miró, y nos dedicó unas palabras que juraría que tenía preparadas:

—Ya no hay nada que hacer, hermanos. —Apretó los labios—. Nos veremos en el cielo.

*Joder, me los tendría que haber cargado a todos. Como me llamo Pablo López, por mis cojones. No sé si como católicos, fascistas, burgueses, catalufos de misa o como imbéciles. A la hora de la verdad, los contrarrevolucionarios son eso: unos imbéciles. No saben elegir, no entienden que andar contracorriente es igual que dejarse matar. Hostia, si hay una revolución, y la revolución gana, pues hala, a las barricadas y a levantar el puño. Me ponen negro los que no quieren ver quién manda y se aferran a sus estúpidos ideales, sus principios y creencias de perdedores. Hasta tienen cara de bofetada, o de tiro en la nuca.*

*Además, ¡a mí me llamaban el Babosa! Asquerosos... Ya no recordaban ni mi nombre. Un mal día decidieron que me humillarían, que me obligarían a hacer el ridículo delante del maestro Gaudí —caray, qué pedazo de atontado, ese también—, y ya no pararon. Porque yo, Pablo López, que había querido unirme a su grupo de listos y empollones y meapilas, yo me convertí en el hazmerreír de todo el mundo, fui expulsado y repudiado por aquellos hijos de puta sardanistas y cantores de feria. No me quisieron ni para cantar música; ¡yo, hijo del cabo López, el corneta de los cuarteles de Lepanto! Hijo del que había sido engañado por Gaudí, rebozado en yeso y convertido en estatua por los siglos de los siglos tocando una trompeta desde la fachada de la Sagrada Familia.*

*Los habría liquidado a todos. Matar es fácil. Lo aprendí en el Rif, tras el desembarco de Alhucemas. Con los legionarios nos pegamos un hartón de matar. Atacábamos a los moros, les prometíamos que si se rendían les salvaríamos la vida, y cuando se entregaban, los degollábamos a todos. Al igual que hacían ellos, los salvajes. Solo había que engañar —qué simple es engañar a los que se cagan de miedo—, y cuando los tenías, les pasabas la navaja por el cuello. Rápido y gratis. Incluso hicimos alguna competición, a ver quién cortaba más cuellos en una noche. Yo no ganaba nunca porque me emborrachaba.*

*Pues ese día de julio, cuando conseguí que nos lleváramos a tres de ellos y salimos con el camión hacia el descampado, me senté detrás para controlarlos. Me hacían reír, porque todo se había vuelto del revés y los ridículos eran ellos. Ponían unas caras largas y blancas..., como aquel pintor antiguo, el de los santos alargados, no sé cómo coño le llaman. Y el sacerdote de los huevos, el sordo aquel del padre Bola —qué tipo más pesado, joder, no lo había soportado nunca— y la puta beata aquella que se lo follaba, y el otro, el padre del subnormal, que no sabía ni cómo le había tocado la lotería negra, ja, ja, ja, qué trío, todos allí orando en voz baja..., no aguanto a la gente cuando reza, me sacan de quicio, murmurando como unos retrasados..., ¡hostia, que hablen normal!*

*Estaba cantado que tenían que morir, aunque fuera por la risa que daban. Permití que se dijeran sus secretillos de confesionario. Y yo iba pensando: el camión tendría que ir lleno. Todos a la cuneta, se lo merecían. El Bordillo más que nadie, qué pedazo de idiota, el idiota con más suerte de la Tierra, aquel que sin hacer nada había conseguido un buen trabajo, el favor de los arquitectos y los sacerdotes, una mujer que estaba como un tren, hijos, dinero, casa, familia, ¡todo! El cabrón lo tenía todo, y no había dado golpe en su puta vida. Tendría que haber subido a ese camión como todos los demás, los niños también..., y sé lo que digo, no hablo por hablar.*

*El trayecto no fue muy largo. Fuimos por detrás del hospital de San Pablo, y por la carretera del Guinardó para arriba, pasada la Torre dels Pardals, pero antes de llegar a la cantera. Allí los hicimos bajar y, sí, saltaron del camión como unos terneros, la cabeza gacha, sin protestar lo más mínimo. Qué sensación de poder, qué fuerza y qué autoridad; no hay nada como decidir quién debe vivir y quién debe morir. Los obligué a arrodillarse y les regalé un rato más para que hablaran, a ver si delataban algo interesante, y de paso sufrían un poco más, que siempre divierte, y sirve para demostrar quién manda. La seño, patética, no paraba de gimotear.*

*—Los niños, los pobres niños, ¿quién cuidará de ellos? Y la escuela, ¿quién les enseñará a sumar, a leer, a pensar?*

*Enseñar a pensar...* cagondiós, *¿cómo se puede ser tan lamentable? ¿Aquella lerda, aquella ramera de sacristía, enseñar a pensar? ¿En valenciano? ¡Anda, venga, a hacer puñetas! Aquello era lo único que podía enseñar. Puñetas. Pero dejé que continuara..., y cómo temblaba, la muy burra. Los otros no, el cura venga a rezar y a hacer la señal de la cruz, y el otro ni eso. El otro no entendía nada de lo que le estaba pasando. Qué espectáculo, merecía la pena hacer una revolución solo para ver aquella estampa, ese trío, qué gracia... Y lástima que solo había podido arrastrar a tres...*

*La idea era liquidar a muchos, nos lo habían dicho claramente los Solidarios. El Comité de Milicias Antifascistas tenía que hacer la guerra hacia fuera, pero también hacia dentro. Era esencial extirpar el cáncer, por eso habíamos armado a la clase obrera, ¿verdad? Estaba todo perfectamente organizado. Durruti y compañía habían llegado a desplegar doscientas patrullas..., ¡doscientas solo en Cataluña! Las instrucciones eran propias de los intelectuales: ¡quemar, saquear y matar! Ja, ja, ja, muy intelectuales, sí, alta teoría revolucionaria, me cago en su madre. De modo que desde el golpe, en cosa de días, ya habíamos incendiado cientos de iglesias y habíamos hecho caer cientos de sotanas. Y a unos cuantos industriales, y a monjas, y a todos los fascistas y reaccionarios que encontrábamos.*

*Si la mano se nos iba un poquito, bueno, ya nos lo habían dicho: no estábamos jugando a ningún juego de niños, y mejor pasarse que quedarse corto. Cada faccioso perdonado era un faccioso que luego vendría a matarnos; más claro el agua. Al paredón todos, y como eran muy cristianos, pues Dios ya separaría a los buenos de los malos. Pero el tonto de Paquito todo lo estropeaba; parecía tan alto y bestia y nada, era una niña. Toda la vida le habían insultado, con aquellos pies deformes, y él*

*nada. Le habían robado a la chica guapa del barrio, y nada; era alto y fuerte y no usaba su planta. Había tenido un padre ejemplar, un hombre de acción duro y firme, que se hacía respetar, y nada, él no aprendía. Incluso tenía a la Chinche tan colgada de él, a la mujer más, ufff, más sabrosa y más erótica del mundo, y no la aprovechaba..., y mira que la mujer se movía bien.*

*Fue todo culpa de él, del Gigante. Ya llevábamos un tiempo peleados, porque él no quería tocar ni al Bordillo ni a su familia. Habíamos tenido mil oportunidades, y nada. No quería matar a su rival, porque resulta que eran medio hermanos..., qué burrada. Y porque había hecho no sé qué pacto con la madre del otro y con Lola, y quería respetar el acuerdo. Menudo pedazo de idiota. Lo que le pasaba al puto Seisdedos es que babeaba por Lola, toda la vida se le había notado. Llegaba aquella rubia sabelotodo haciendo como que el mundo era suyo, y él se meaba encima. Si al menos hubiera hecho como su padre... Te la follas, la dejas tirada entre los barriles de la bodega, y basta de gilipolleces.*

*Además, la Lola aquella de los huevos sabía demasiado. No le interesaba hablar, pero nunca se sabe..., en un momento tan enredado, con la gente matándose por la calle, hay personas que pierden el norte. La Gabacha ya no estaba, digamos que se me disparó el arma en un mal movimiento y la borré del mapa, a tomar por saco la cerda francesa aquella. Y Lola y su maridito, y los cristianillos de mierda, y aquellos niños, todos a paseo, hombre. Sí, los niños también, uno que era lisiado y no servía para nada, y otro que era hijo de... En fin, yo los habría eliminado a todos, y el burro de Paquito aguantándosela con papel de fumar...*

*Qué diferencia entre padre e hijo. Calígula..., ¡ese sí que era un centurión romano! ¡Qué voz, qué autoridad, qué fuerza! Aquel sí que tenía dos cojones bien puestos, no como su hijo. Mira lo que digo: si su hijo hubiera sido más duro, más hombre, habría salvado a su padre, y ahora lo*

*tendríamos entre nosotros, dirigiendo el terror como quien lleva el volante. Yo quise avisarlo, y él nada, no entendió nada. Le dije: necesito dinero, y me pagan bien, y haré lo que me piden. Pero si encuentras los cuartos y me dices: toma, no te acerques a mi padre, no importa lo que haya hecho, no le hagas daño, total, es un tema de faldas... Si me hubieras dicho: mi padre es importante para todos, no te metas, que no pasa nada. Y toma, si quieres dinero, aquí lo tienes.*

*Pues no, el rejodido del Seisdedos no hizo lo que tenía que hacer, dijo: ya te apañarás tú con las dos mujeres, la guapita del barrio y la Gabacha, y si te quieren pagar por escarmentar a mi padre, pues tú sabrás. Mi padre sabe de sobra que hay cosas que tienen un precio, dijo, y si tú quieres cobrar por hacerle daño, pues allá tú y allá él. No puso ni una pega, el cabronazo. Era más importante la ramera francesa y, sobre todo, la niña prodigio de los cojones..., mira que anda embobado con la chalada esa..., más importante que su padre, ¡y que yo!*

*Así que fui y me llevé a Calígula hasta allí en lo alto de las torres, y él vino porque confiaba en mí, y yo solo quería asustarlo y cobrar lo acordado, que acababa de regresar de Marruecos y no tenía la paga y no podía ni ir de putas, solo quería montar el numerito y, hostia divina, no me lo imaginaba. Alto y corpulento como era Calígula, y aquella barandilla de hierro no lo aguantó, y se desplomó abajo, ante mis ojos.*

*El caso es que el Seisdedos siempre había sido más flojo que su padre, mucho más flojo. Enfrente teníamos escoria, unos indeseables que desde pequeños nos habían odiado y nos habían hecho la vida imposible. Y van y se ponen de nombre los Parabolones,* cagondiós, *qué ridiculez, y se piensan quién sabe qué, del bracito del puto Gaudí y del puto cura y de todos los de misa y de todos los catalanistas. Pues mira, si Paco no sabía acabar con toda aquella escoria, ya lo haría yo, Pablo López, sargento del Ejército español, hombre de pies a cabeza, hijo del corneta y cabo López. En España —repito: en España—, que es donde estamos, guste o no, las cosas*

*se hacen de esta manera. Y quien sabe hacer las cosas a la manera española es el que acaba ganando en España.*

*No me gusta perder. En la vida ya he pringado bastante, y ahora me toca ganar. ¿Que suben los anarquistas? Pues soy de la CNT y de la FAI, y soy Bakunin en persona, si conviene. Eh, que tengo muy claro que esto no está decidido. Por eso paso información al otro lado. Por eso no dejo que toquen al rector de la Sagrada Familia, el cura Mariano ese, que no se aguanta ni los pedos. Se morirá solo; ¿no lo veis, que se está muriendo solo? Esto es lo que les digo a los milicianos, y todos asienten con la cabeza, porque el rector ese de verdad que es un pingajo lastimoso. ¡Y Llonch! A ese lo tengo bien localizado, sé perfectamente dónde se esconde, el tonto..., en casa del Cisco, el cabo con quien compartimos tantas marranadas en el Rif. Ahora ese par de maricones son muy amigos. Pues a Llonch que no me lo toquen, que es mi pasaporte por si ganan los nacionales.*

*Si gana el hijoputa de Franco —ese sí que es el hijoputa más grande de todos, es más listo que el hambre—; pues bien, si gana el hijoputa del general bajito con voz de periquito, eh, yo lo quiero tener todo cubierto. Así que tengo al cura organista facha allí encerrado a cal y canto, porque es tan facha, tanto, que seguro que lo hacen obispo o papa. Y entonces me tendrá que agradecer la protección y los favores prestados, y yo volveré a estar con los vencedores. Menos mal que pienso un poco y hago planes, porque si no sabes cambiar de bando, si yo... Si hubiera luchado con los soldados hasta el final..., qué desgracia, muy «arriba España» y mucho «viva Cristo Rey», pero yo, frito en la primera barricada.*

*Militares inútiles, el 19 de julio tenían una turba anárquica delante y no supieron poner orden. Ya lo pude comprobar en el Rif, cómo las gastan estos del uniforme. Venga a desfilar y venga a visitar burdeles, pero a la hora de la verdad no tienen ni idea. No saben luchar, no saben imponerse, no saben matar. Por eso Franco les da diez mil vueltas; no es que sea*

*ningún sabio, qué va, no lo es en absoluto, pero sabe matar gente. Y mira que es fácil eso de matar. Basta un arma, unas balas y, sobre todo, sobre todo, un buen par de cojones.*

*Bueno, pensé, vale ya de chorradas. A hacer el trabajo. Informé al Seisdedos de que procedía a efectuar el ajuste y él no dijo ni que sí ni que no. Los milicianos me miraron con cara de miedo. Todo el rato presumiendo y haciendo el gallito, y cuando llegaba la hora de la verdad solo recordaban que tenían dieciséis y diecisiete años. Pues iros con mamá, les dije; si todo lo que sabéis es que sois niñatos, pues iros con mamá. Tomé uno de sus fusiles y pedí las balas explosivas. Tenían que ser explosivas porque eran más seguras y desfiguraban la cabeza y la cara, y entonces costaba reconocerlos y..., por si nos equivocábamos de persona, vamos, que no nos tocaran los huevos si resultaba que habíamos matado al hijo de no sé qué político o al padre de no sé qué sindicalista.*

*Primero fui hacia el cura; si me desembarazaba de él antes, los otros no recibirían ningún apoyo espiritual y sufrirían mucho más. Además, ya me estaba hinchando las pelotas con sus murmullos.*

*—Don Antón, ruega por nosotros, nos veremos en el cielo. Dios te salve, María, nos veremos en el cielo. Dios te guarde, Clodomiro, Dios te guarde, Consuelo, nos veremos en el cielo.*

*Le toqué la nuca con el cañón, para que él lo notara, y lo mantuve ahí un rato mientras él iba jodiendo con sus rezos. Entonces apreté el gatillo y le saltó todo. La cochinería de siempre, vamos. Los chicos chillaron y la beata amancebada del cura también. Pero no le tocaba a ella, no, ella todavía tendría que sudar la gota gorda. Volví a cargar y fui hacia el padre de familia. Le había dado por llorar, al muy cateto.*

*—Lo siento, Jordi; lo siento, hijo... No te quiero dejar; perdona, hijo; perdóname, Jordi, perdona...*

*Ya daba pena incluso. Acabé rápido. Explosión, cerebro salpicado por todas partes y san se acabó. Solo faltaba la putita del cura. Con ella sí que*

*me quise recrear; hasta dejé ir alguna carcajada. Ella decía cosas sin mucho sentido, temblaba como un flan y soltaba un rechinar muy molesto.*

*—Pecadora... Dios... los niños... cura... la Virgen... la escuela... perdón... soy una mujer, soy una mujer...*

*Saqué el cuchillo y se lo acerqué a los pechos. Sería interesante ver qué forma quedaba cuando le cortara una teta, le dije, y ella venga a lloriquear. Como cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas, seño? Me lo tomé con calma; me encendí un cigarrillo mientras con la otra mano blandía el cuchillo y le pinchaba la mama. Ella no levantaba la cabeza, y le empecé a pasear el cuchillo por el cuello. Levanta la cabeza, le decía yo, deja de temblar como una hoja y levanta la cabeza, que te quiero ver la cara de tonta que pones. Sobre todo cuando te corte la teta, dije.*

*Justo entonces, ¿sabéis qué? Cuesta creerlo, pero la imbécil va y se me desmaya. Joder, qué cerda. Cayó redonda, ¿os lo podéis creer? Y el blando del Seisdedos detrás, diciéndome que vale ya, tío, que acaba el trabajo de una vez. Y yo que no, que quiero que se despierte, y venga a chupar el cigarro, para apagárselo en las mejillas, pero ni así, la mujer aquella estaba en el suelo, blanca como el mármol, y entonces se acerca Paco* el Gigante *y el hijoputa le pega un tiro en la frente, y yo rabioso. No soportaba que me estropearan el trabajo.*

*En fin. Le descargué la bala explosiva, quedó hecha un cromo y nos fuimos.*

Tardamos unos días en ir al depósito de cadáveres. Las cosas estaban realmente movidas, y daba reparo salir a la calle. En cada mirada, cada palabra, cada paso había peligro. Nadie miraba a nadie a la cara; no te podías fiar ni de los vecinos, ni de los tenderos, y mucho menos de los porteros, por lo que habíamos visto. Además, en el piso nuestra presencia era necesaria; habíamos acogido a Trinidad y a su hijo Jordi, y en ese

espacio pequeño y repoblado la convivencia colgaba de un hilo. Paca no dejaba de sembrar discordia, su marido ya no sabía qué hacer, los niños estaban asustados, y la señora Coll ni comía ni dormía esperando las respuestas que ya sabía.

Fuimos al hospital Clínico y encontramos al joven doctor Broggi, siempre atento, pero un poco agobiado porque tenía que hacer las maletas.

—Me voy al frente, señores. Esta locura de aquí es demasiado dura para mí. —Se rascó la cabeza—. Necesito ir a la guerra para calmarme.

—Claro —respondí de todo corazón—, esto es irrespirable. Qué ganas de perder que tenemos todos.

—En las trincheras es más fácil. —Se quitó la gorra blanca acalorado—. Sabes quién es quién. Y puedes salvar vidas. Esto de pasarse el día reconociendo muertos...

—Es horroroso para todos, doctor —añadió Lola.

—¿Ustedes son marido y mujer? —Nos miró con atención, como descubriéndonos por primera vez—. Hacen buena pareja. Pues si vienen a por la madre, les tengo que decir que...

—No, compañero médico, ya sabemos que se ha ocupado de ello. Gracias.

—Ah. —Alzó las cejas—. Sí, la llevamos al cementerio, puede pasar por las oficinas a recoger los papeles. Y los de su padre también.

—Gracias, doctor. —Lola le cogió el brazo—. Marie me confesó cómo le admiraba, y sé que ella se entregó por completo al trabajo; los últimos días de su vida fueron tan intensos, y...

—Venimos por otra cosa —interrumpí los elogios—. Unos desaparecidos, un cura de unos sesenta años y dos acompañantes, un hombre de unos cuarenta y una mujer algo mayor.

—Vaya..., ¿amigos suyos?

—No, imposible —mi mujer reaccionó sin dudar—; nosotros no hemos tenido nunca amigos religiosos. Son del barrio, y las familias...

—Naturalmente. —El médico no hizo más preguntas, y nos pidió con un ademán que lo siguiéramos—. Vengan conmigo.

Recorrimos los pasillos que yo ya conocía, y entramos en la sala del depósito, que se encontraba aún más llena que el día que había estado allí. En un lado, los cadáveres incluso estaban amontonados unos encima de otros.

—La mitad son sacerdotes. —Sacudió la cabeza—. Pero vamos, una vez cadáveres, todos son bastante iguales.

—Cuánta gente —observó Lola.

—Cada noche entran más de cien cuerpos, señora. —Broggi se encogió de hombros.

—No, quiero decir cuánta gente mirando muertos.

—Ah, sí. —Frunció el ceño—. Es un problema. Muchos son turistas.

—¿Perdón? —Levanté la ceja—. ¿Quiere decir extranjeros?

—No, no. Quiero decir curiosos. Vienen a pasar el día. ¿Ven a aquella parejita de enamorados de allí? —Apuntó discretamente con el mentón—. Llevan media mañana. Y no hacen preguntas. Si no preguntan, son simples mirones.

—Qué vergüenza. —Lola repasó a la pareja de arriba abajo—. Realmente, hay gente para todo.

—Pues sí, desgraciadamente es así. Bien —abrió los brazos—, no puedo quedarme más tiempo con ustedes, lo siento...

—Lo entendemos, doctor. —Le apreté la mano—. Y suerte y mucha prudencia en la guerra.

—Gracias, pero ya les digo, tengo ganas de ejercer de médico. Por cierto —dijo mientras apartaba a la gente para salir—, si no los encuentran aquí, vayan a ver las fotos colgadas afuera. Sobre todo si hace ya algunos días que se los llevaron...

—¡Sí, han pasado un par de días! —exclamó Lola—. Lo haremos.

Miré a todos los lados. No era muy aconsejable hablar de curas, ni de desaparecidos, ni de gente que se habían llevado, ni siquiera del parentesco o del tipo de relación con aquellos muertos. Podía haber milicianos vigilando, atentos a personas que fueran demasiado amigas de los muertos; personas que podían ser ellas mismas curas o monjas, o sospechosos de fascistas. Ya lo sé, era todo parte de una obsesión, pero vivíamos en un mundo cada día más paranoico.

Repasamos los cadáveres uno a uno, y al tercer muerto ya nos tuvimos que coger las manos para no salir corriendo. Ver muertos nunca es agradable, al menos no lo es para las personas con corazón, pero ver a tantos, y en aquellas condiciones, y tantos jóvenes, las vidas segadas a sangre fría... Encima, muchos tenían el rostro desfigurado, y realmente debías fijarte: tenías que mirarles el pelo, las barbas y los bigotes, si lucían anillos o cadenas, la ropa interior si todavía llevaban..., ir leyendo todas las etiquetas para ver el día y la hora del ingreso, si había algún nombre, el lugar donde los habían encontrado, cualquier cosa que pudiera ayudar a reconocer unos cuerpos muy destrozados.

Solo tuvimos estómago para hacer dos repasos. Nos pareció que no estaban allí. Ninguno de los tres. En cualquier caso, los tres juntos seguro que no estaban, y por lógica, aunque una lógica discutible, entendíamos que debían de estar juntos. Así que salimos de aquella sala de los horrores y fuimos hasta un banco público, sin decir palabra, y allí nos dejamos caer. Nos abrazamos un rato largo en silencio, y cuando ya habíamos respirado bastante aire fresco nos levantamos para ir a mirar las fotos.

—Vamos —suspiró ella—. Segunda galería del terror.

Nos acercamos al muro. Habían montado un panel donde iban clavando fotos de muertos con chinchetas, las caras destrozadas, y notas sobre los pocos datos disponibles del difunto. Llenaban toda la pared de la calle, hasta la esquina, y los que lo miraban lo hacían rápido y sin levantar los ojos del panel. Algunos llevaban gafas oscuras, otros gorras o boinas, el

cuello alzado... La cuestión era que no te reconocieran, y que no te pudieran tomar por fascista o amigo de fascista. No se podía mostrar ninguna emoción. Me pareció que algunos incluso forzaban la risa para parecer que curioseaban por gusto, que eran turistas necrológicos.

Hacia el final, Lola me apretó el brazo con fuerza.

—Es ella, es Consuelo.

—¿Estás segura?

Me acerqué. Había muchas menos mujeres, y era razonable que la encontráramos antes a ella que a los dos hombres. La miré detenidamente. Tenía un boquete en medio del rostro, pero podía ser. Aquel peinado, aquellos dientes pequeños... Miré la foto de al lado, y sí, parecía el cura..., o tal vez no, pero podía ser, las entradas de la calva... Y un poco más allá... había un candidato a Clodomiro. Leímos las fichas de los tres.

Ficha 3993. Mujer 1,50 m. Ingresa difunta 27 jul., 7 h. Localización ctra. Guinardó. Fosa común Montjuïc.

Ficha 3994. Hombre 1,80 m. Ingresa difunto 27 jul., 7 h. Localización ctra. Guinardó. Fosa común Montjuïc.

Ficha 3990. Hombre 1,70 m. Ingresa difunto 27 jul., 7 h. Localización ctra. Guinardó. Fosa común Montjuïc.

Eso era todo, no había nada más para explicar a los familiares y amigos. Tres notas y tres muertes que ya podíamos dar por seguras. El resto lo tendríamos que llenar de miedo y de imaginación. Arrancamos las fotografías con las notas y nos las guardamos en el bolsillo. Después pasamos por las oficinas a pedir los certificados de defunción de mis padres y los papeles del entierro. Unas fotos y unos papeles. Poca cosa. Qué fácil era matar y qué difícil era perdonar. El cura nos dijo que había que perdonar, que Jesucristo siempre perdonaba. Ya. Pues yo no.

*OceanofPDF.com*

# XVI

## La oscuridad

*Era una guerra a ciegas. Había cortes constantes de luz; o bien por las huelgas, o por la falta de combustible, o para despistar a los bombarderos. Pero también estábamos a oscuras porque nadie sabía hacia dónde íbamos. Aparte de matar a curas y a fascistas, o a todos los que lo parecieran, no teníamos nada claro. Había peleas entre sectas: los anarquistas contra los comunistas, los separatistas contra los republicanos españoles, todos contra todos y nadie contra el general Franco. No había estrategia ni política ni militar, perdíamos en todos los frentes. La República tenía la industria y las ciudades, pero carecía de luz.*

*Cuántas veces recordé aquella viñeta mía: un hombre con el cayado y el perro, sentado en una acera, con la boina en el suelo para pedir limosna. En el cuello, un cartel colgado que decía: «Ciego de nacimiento». Y, tras él, un rótulo donde ponía bien claro: «Prohibido mendigar». Firmado: Opisso. Pues bien, nosotros éramos como el mendigo ciego, desconocíamos los signos que nos decían bien claro lo que no teníamos que hacer de ninguna manera. No os peleéis entre vosotros, decía el cartel que colgaba a nuestra espalda; no hagáis la guerra en casa, hacedla en el frente; no elijáis una ofensiva diferente cada día, olvidad las cruces y centraos en las armas. Nada, nos movíamos a oscuras y no conseguíamos ver nada.*

*Qué contraste con el abril del 31, cuando habíamos subido al balcón del ayuntamiento con Companys, que entonces aún no era presidente. Habíamos ganado las elecciones de forma brillante, e hicimos una apuesta: a ver si alguien tenía cojones de proclamar la República, dijimos. Y que sí, y que yo más, y que yo también... Fuimos a buscar una bandera tricolor, entramos en la casa consistorial y la colgamos del mástil. Así de fácil. Entonces todo era luz, todo era color, todo era explosivo. Cinco años después, todo era ceguera.*

*Como la parábola que siempre explicaba mosén Parés, D. E. P., aquella del elefante. Parece ser que en tiempos de Jesús (quien tenga oídos que escuche) había cinco ciegos, y los llevaron a donde había un elefante. Entonces les dijeron que tocaran aquello y dijeran qué era lo que palpaban. Uno tocó el lomo y dijo que era un muro; otro el colmillo y pensó que era una espada; uno la trompa, y se asustó porque le parecía una serpiente; el cuarto tropezó con la pata, y dijo que era un árbol, y el último tocó la cola y juró que se trataba de una cuerda. El cura explicaba que el elefante era como Dios; nosotros, los ciegos, lo veíamos diferente porque apreciábamos solo el trocito que nos había tocado.*

*Pues eso era la guerra. Para unos tocaba la revolución, para otros la hora de la revancha, para los cazafortunas una gran oportunidad, para muchos un tormento interminable, y aún para muchos más, el hambre y la muerte. Solo en una cosa coincidíamos todos, y es que íbamos a tientas, tocando la parte que nos había correspondido. La guerra nos hacía ciegos a todos. No era la mejor de las épocas para un dibujante como yo, permitidme que lo diga. Podía llegar a encontrar un punto cómico, claro, siempre se puede, pero demasiado trabajo tenía para encontrar el camino..., cualquier camino, el que fuera, para sobrevivir.*

*La buena noticia era que los que conseguíamos ser un poco tuertos podíamos ser los reyes. Porque había muchos tontos, muchísimos, que encima de no ver bien, eran cretinos y fáciles de engañar. Lo comprobé*

*desde el primer minuto, cuando vi a unos milicianos del barrio dirigidos por el gigante aquel. Estaban tratando de quemar la Sagrada Familia, hasta que se dieron cuenta de que estaba hecha de piedra, un material digamos que poco combustible. Entonces profanaron la tumba de los Bocabella, pero antes lo intentaron con la de Gaudí, y yo intervine para detenerlos.*

*Tenía sus ventajas ser el dibujante del pueblo (detesto ese apodo tanto como lo exploto); también fue útil que compartiera alguna broma sobre las caricaturas y que usara su mismo lenguaje. Me los metí en el bolsillo en nada y salvé al pobre Gaudí, que, seamos sinceros, era más pesadito cuando estaba vivo que muerto. A Bocabella y a su mujer no, no pude; aquel par de carlistas ultras eran insalvables, hablaras el lenguaje que hablaras. Así que sacaron los cadáveres a pasear, y en ese momento tuve que marcharme porque yo los había conocido, y eso de ver sus cadáveres por ahí..., en fin, que me fui.*

*Aquel episodio me confirmó que con un poco de ingenio podía sobrevivir mucho mejor. Al día siguiente me fui al sindicato de pintores y dibujantes, todos anarquistas, y me ofrecí para organizarlos. Al tercer discurso, ya era comisario y jefe de guerrilla. Con gorra y pistola. Nunca conseguí que los míos dejaran de cometer disparates, de quemar y requisar coches y rifles, pero creo que mi patrulla fue la única de Cataluña que nunca mató a nadie. Un día me trajeron a un cura muy asustado e insistí en que me lo quería cargar yo solito. Lo arrastré a empujones detrás de unos árboles, allí disparé dos balazos al aire y le ordené que no dejara de correr hasta que llegara a Perpiñán.*

*También me ocupé de que llenaran de escombros la tumba de los Bocabella, de que los servicios municipales se llevaran las momias y de que los compañeros pintaran unas letras enormes de la FAI sobre la lápida de don Antón. Sobre todo, con letras curvilíneas, insistí, nada de trazos rectos, que el compañero difunto se cabrearía y resucitaría con aquella mala leche*

*proverbial tan suya. Y, bueno, en definitiva todo iba así: yo engañaba a los chicos y ellos encantados de la vida. De paso, durante el tiempo que duró esa comedia, pude seguir los líos de los milicianos sin correr ningún peligro. Enseguida comprobé que los que se agrupan para hacer daño se acaban lastimando entre ellos.*

*Tengo bien presente un caso que dio mucho que hablar, el del miliciano Pablito, para entendernos el segundo del comisario gigante. Este hombre, que se había despojado del uniforme militar en el momento álgido de la revolución obrera, era un oportunista de categoría, y como suele ocurrir con los conversos, era el más fanático y sanguinario de todos. Pero tenía a fascistas y a religiosos bajo su protección, y eso comportaba muchas peleas. Al principio se salía con la suya, siempre funcionando a punta de pistola, disfrutando de las matanzas y defendiendo a sus protegidos. Hasta que un día me explicaron que el Gigante, de nombre Paquito, le obligó a denunciar a los curas que tenía escondidos.*

*—O nos los traes, o acabas tú en la cuneta —se ve que le dijeron.*

*El energúmeno cedió, siendo como era en el fondo un cobarde de los gordos. Primero condujo a sus compañeros hasta el lugar donde se ocultaba el rector de la Sagrada Familia, mosén Bertran. Cuando llegaron allí se lo encontraron en la cama, porque hacía meses que estaba postrado, y cuando se acercaron pudieron ver que el pobre hombre ya estaba muerto. Los del pelotón se molestaron mucho, ya que no hay nada peor que un verdugo sin víctima... por motivos comprensibles. Los pone frenéticos. El Gigante clavó la pistola en la cabeza de Pablito y lo acusó de llevarlos allí porque sabía perfectamente que el cura acababa de morir. El otro se iba acurrucando en el suelo y gemía. Se salvó con otra delación.*

*—Llonch, Llonch —lloriqueó—; os llevaré hasta él.*

*—Si lo encontramos, podrás salvar la vida —dijo el comisario—. Si no, ocuparás su lugar.*

*Mira qué fácil es ser un carcamal. Si no lo encontramos a él, te tocará a ti. A veces pienso que yo debería ser así de primitivo, todo sería mucho más sencillo. Pues lo que os decía: aquel jueves de septiembre fueron a la ronda San Pedro, junto a una casa donde pocos días antes habían pescado a siete monjes de Montserrat y se los habían llevado para freírlos. Aquella vez, entraron en una finca de un poco más abajo, y subieron al piso de los Diéguez. Ahí descubrieron a mosén Llonch y a Mercè Diéguez, que era catequista y beata reconocida. Esperaron a que llegara el hermano de esta, un tal Cisco, y cuando subió a su casa, se los llevaron a los tres.*

*Pablito no puso reparos en ningún momento, no trató de salvar a sus protegidos. Todo lo contrario, era el que más insultos profería y más empujones pegaba. Dicen que los encerraron en una checa del Tibidabo un par de días, vejándolos, quemándolos con cigarrillos, violándolos a los tres y dándoles tortazos a diestro y siniestro. Eran tres personas de aspecto refinado, ya me entendéis, y los dejaron hechos una piltrafa. A los hombres les reventaron los testículos a martillazos; según me dijeron, a instancias de Pablito. Luego, sangrando abundantemente, se los llevaron al Morrot. Allí les hicieron saltar la tapa de los sesos con balas explosivas, y los metieron sin contemplaciones en la fosa común.*

*Todo esto me lo contaron los jóvenes de mi pelotón, como diciendo: Opisso, por tu culpa nos estamos perdiendo toda la fiesta, mira estos cómo se divierten. Y yo les pregunté si querían acabar como habían acabado los miembros de aquella patrulla, la del comisario gigante. Y los mozos bajaron la cabeza porque sabían perfectamente que habían despachado al pedazo de asno de Pablito. Aquel sargento convertido en revolucionario desapareció del mapa; unos decían que cayó en la misma fosa común que los tres ajusticiados, los demás que fue enviado al frente, y aún otros que huyó. El caso es que se esfumó.*

*A finales de año desarticulé mi patrulla. No quiero que acabéis como los demás, les dije. Aquí se apagará tanto la luz que no tendremos ni rayos de*

*sol por las mañanas, les dije, y entonces nos molestaremos los unos a los otros, y nos mataremos entre nosotros, y acabaremos pisándonos los huevos y los miembros viriles, y eso sería un escándalo. Me despedí de los muchachos insistiendo en que, si querían hacer de hombrecillos valientes, se apuntaran a los comunistas, que por lo menos eran ciegos disciplinados y que se mantendrían unidos hasta ingresar en el matadero. En fin, que hicieran lo que les diera la puta gana, que yo me lavaba las manos y volvía a mis dibujitos y a pintar carteles sectarios. Es decir, a sobrevivir.*

Y entonces, de repente, la Sagrada Familia era mía.

No estaba previsto, yo no lo había pedido ni había hecho nada para quedármela. Pero, de repente, un día me desperté y era el dueño del templo. No porque yo fuera el emperador del barrio, ni tampoco porque tuviera madera de conquistador. Fue una carambola del destino. Los defensores de la República estaban demasiado ocupados matando a soldados o a sacerdotes, y también, cada vez más, matándose entre ellos. La antigua familia que poblaba aquel recinto se había dispersado, o bien hacia el otro mundo o bien hacia el olvido. Todo el mundo nos había abandonado, y por eso mi familia se había quedado sola. Y yo era el rey de un paraíso perdido.

El primer paso fue volver a casa. Con la ayuda de Pepe habíamos cogido cuatro ladrillos, cemento y tablones, habíamos vuelto a levantar tabiques y habíamos asegurado los techos. Un par de tablas para la cama, y muebles recuperados un poco de todas partes. No era ningún palacio, pero se podía vivir ahí, sobre todo al recuperar la estufa de leña, que había quedado enterrada entre escombros. No tocamos ni la parte de la rectoría ni el taller de arriba, era demasiado trabajo y no lo necesitábamos, pero nuestro rinconcito volvió a ser nuestro. La primera noche que dormimos ahí me abracé con delirio a Lola.

—¡Libres! ¡Somos libres al fin!

—Hombre —ella movió la cabeza—, en medio de una guerra y con todas las carencias, pero, bueno, si tú lo dices...

—¡Libres de la suegra! —Le sobé los pechos y ella me dio en los dedos.

—¡Eh! ¡Tú, quieto! —Se le escapó una sonrisa—. También eres libre de agasajar con galantería...

—Cierto. Vamos, princesa preciosa, no seas así..., celebremos...

—Eres muy burro. —Se le encendió la mirada—. Ve a mirar si los niños ya duermen.

Nuestra libertad conyugal llegó acompañada de una cierta libertad de movimientos. La obra de Gaudí había dejado de ser un campo de batalla, y el campo de batalla bélico, en el frente de Aragón, quedaba muy lejos. Se respiró, al menos durante unos meses, una frágil seguridad. Cuando los niños pedían más comida, les decíamos que tranquilos, que pronto se terminaría la guerra. Cuando alguien refunfuñaba por tener un hijo en el frente, le decíamos que tranquilo, que pronto se terminaría la guerra. Y ganaríamos, claro; teníamos las ciudades, teníamos las fábricas, teníamos las Brigadas Internacionales y teníamos a los mejores profesionales, los mejores maestros y las mejores ideas.

Me aficioné a pasar por las escuelas; había que trabajar desbrozando maleza, retirando escombros y limpiando. Las flores que habíamos plantado con Lola, milagros de aquel lugar, habían aguantado; conseguí más macetas y me puse a cultivar geranios y rosas, como en los mejores tiempos. Vicentet y Pepe se unieron al trabajo, pero ellos no tenían humor para flores; ellos enseguida se pusieron a levantar de nuevo los muros ondulados y a ir restituyendo las vigas caídas. Era un edificio sencillo y robusto; pronto entendimos que se podrían volver a dar clases sin muchas complicaciones. Propuse a las gemelas que organizaran los grupos.

—Sería un homenaje muy bonito a Consuelo —dijo Ceuta.

—Y que lo digas —recalcó Melilla—, la seño estaría orgullosa de nosotros. Sería como un homenaje de nuestra parte.

—Pero habría que obtener los permisos y todo esto —observó una.

—¿Puedes encargarte de los papeles y tal? —remató la otra.

Me empecé a mover. Yo era el primer interesado en que mis hijos volvieran a la escuela lo antes posible, y me dediqué a averiguar qué comité sindical, de tantos como había, se ocupaba de aquellas cosas. También fui realizando, con mis dos socios, pequeñas reparaciones. Tapiamos algunas grietas y agujeros en la cubierta de la cripta, que no eran importantes pero que amenazaban con dañar las estructuras. Limpiamos algunas ornamentaciones, como el rosetón de la Anunciación y otras tantas figuras mutiladas, e incluso, cuando encontramos las piezas, nos dedicamos a pegar brazos y narices y cruces. Y rehicimos la escalera que había en la explanada, allí donde había desaparecido el antiguo altar al aire libre.

Dentro de la cripta, aseamos un poco el espacio. En el boquete de la tumba de Bocabella encontramos todo tipo de desechos y detritos. Le pusimos devoción y lo limpiamos; nos sorprendió encontrar un Cristo del escultor Llimona que había ido a parar allí dentro. Con discreción lo retiramos y lo guardamos en casa, debajo de nuestra cama, a la espera de momentos mejores. Entonces cubrimos la tumba con losas y lo fijamos todo con argamasa. Ya lo sé, eso no era gran cosa, pero servía para mantener alta la moral y para preparar una reanudación más seria cuando la situación lo permitiera. Un día fui a buscar a Sugrañes para explicarle lo que hacíamos y para conseguir su aprobación.

—Te lo agradezco mucho, Jaume, pero no tengo ganas de salir.

Se había abandonado. Él siempre había sido un hombre más bien reflexivo, con aquella cara de niño maltratado que tienen todos los huérfanos. Pero a lo largo de la vida lo había compensado con una elegancia y un porte exquisitos. Ese día lo encontré en mangas de camisa y con unos pantalones mal abrochados que hacían bolsa. Le crecía el pelo blanco, y aún abundante, en franca desbandada. Le insistí en que viniera, en que la

manera de recuperar la ilusión era hacer cosas pequeñas. Que ya no mataban a tanta gente, no había que sufrir, lo protegeríamos entre todos.

—Usted es el director, hombre, don Antón lo dejó todo en sus manos.

—No soy nada. —Suspiró—. ¿Has oído lo de Munné?

—¿El Salchichón? No, ¿qué le han hecho?

—Se murió, el pobre. No, las patrullas no. —Negó con la mano—. En este caso fue la edad.

En el fondo, no era tan extraño; el ebanista era el único que quedaba en pie de la generación de Gaudí, tenía cerca de ochenta años. Parece ser que el buen hombre, a la vista de todo lo que pasaba, se había cansado de vivir y se había marchitado. Igual que Sugrañes, que se mostraba realmente abatido. Supongo que él no podía evitar tener la sensación —compartida por todos— de que la obra de tantos años era vilipendiada, pisoteada y ultrajada. Su mundo se hundía sin remisión, fuera por la acción de las armas, fuera por la acción del tiempo.

—Venga, maestro, venga. El templo le reavivará.

—No, hijo, no tengo ánimos —masculló—. No volveré a poner los pies allí. Se ha terminado.

—No se lo tome así. La Sagrada Familia renacerá, ya lo verá.

—Lo han quemado todo. —Aspiró por la nariz—. Yo ya no veré nada...

—Va, hombre...

Se puso a llorar. No era un llanto disimulado y avergonzado, no; eran sollozos de lo más aparatosos. Se quitó el pañuelo y se fue secando las lágrimas que se deslizaban mejillas abajo. No paraba de decir se ha terminado, se ha acabado todo, no hay nada que hacer, y ni siquiera levantaba los ojos. Sin avisar ni hacer ningún ruido, apareció su mujer, que le acarició el pelo, pero ni así se calmó. La buena señora se encogió de hombros y me pidió que me fuera. Yo esbocé una mueca de comprensión y me despedí de aquella tristeza.

Pocos días después comenzaron los tiroteos. En La Rambla, y en los barrios, los milicianos se perseguían unos a otros como conejos. Hacía meses que se iban ventilando sus absurdas diferencias, pero aquella primavera se lo tomaron muy en serio. Los revolucionarios contra los hiperrevolucionarios; los socialistas contra los supersocialistas; los antifascistas contra los megaantifascistas..., y así todo. No había pasado ni un año del golpe militar, y las calles volvían a quedar tapizadas de cadáveres. Y si en julio del 36 la gente tenía muy claro quién iba contra quién, al cabo de un tiempo, todo el mundo se había perdido en una sopa de siglas y eslóganes.

Era desesperante, realmente parecía que queríamos perder, que, a pesar de tener más fuerza y más gente y más herramientas, teníamos unas ganas locas de perder. La única ventaja era que aquella vez a los de la calle, la gente normal y corriente, nos dejaron bastante tranquilos. Se acabó la fobia contra los curas y sus colaboradores; tener un crucifijo en casa ya no era castigado con la muerte, y los excesos se centraban en aquella guerra dentro de la guerra que era imposible entender. Lo vi muy claro en una visita a la Sagrada Familia que me tocó atender en esos tiempos.

Era un hombre alto y delgado, con una cara y un bigotito estilo Errol Flynn, pero más presumido y fanfarrón que el famoso actor. No recuerdo si era americano o inglés, pero no hablaba ni catalán ni casi castellano. Apareció con sus amigos revolucionarios, no sé qué comisario mal afeitado, y se entretuvo en dar un repaso breve a la fachada del Nacimiento.

—*Fucking atrocious* —dijo, que según me contaron equivalía a «qué gran mierda»—. ¿Por qué no *dynamite*? *Why?*

Le recordé cómo lo habían intentado reventar los de la FAI al principio de la guerra, pero que no se salieron con la suya porque los vecinos, dije sacando pecho, habíamos salvado el monumento.

—Es una gran obra de arte —proclamé—. Que sea una iglesia no es tan importante...

Me fulminó como quien mira a un escarabajo a punto de ser exterminado.

—¿Cómo? *It's a monument to the* contrarrevolución! —exclamó mientras se ajustaba las correas—. Mira las campanarias. —Apuntó arriba con la nariz—. *Like bloody Mosel wine* botellos*!!* ¡¡¡Botellos vino nazi!!!

Yo no sé cómo es el vino de los nazis, pero sí sé distinguir a una persona que está dominada por el desprecio. Me pareció que aquel brigadista, y escritor de oficio según me dijeron, quería hacer una revolución a costa de los indígenas. Se puso a insultar a los anarquistas, por ineptos y burros, sobre todo por no haber sabido derribar aquella catedral. Porque él creía que se trataba de una catedral. También dijo pestes de lo que él bautizaba como la *Généralité*, y de los catalanes en general, que le parecían provincianos y primitivos. También se sorprendió de que Gaudí aún descansara dentro de su sepultura sin problemas.

—Picasso dijo *verdade*. —Asintió varias veces con la cabeza—. *The young painter is right!*

Yo sabía a qué se refería. El pintor, que detestaba a Gaudí, había proclamado desde su refugio de París que tenían que haber sacado al arquitecto de su tumba y arrastrarlo por Barcelona atado con cuerdas a un carro. Que los supuestos intelectuales hicieran escarnio con cosas así, cuando había una guerra en marcha para detener a los reaccionarios más oscuros, me parecía un abuso. Tal cual se lo dije a nuestro visitante estirado.

—¿Y usted cómo se llama?

—George. Me *digo* George Orwell.

—Pues, señor George, si no le gusta la Sagrada Familia, ni la gente de aquí, ni nuestro país, nadie le obliga a quedarse ni a hacernos ningún homenaje.

—*Homage?* —Se rascó la barbilla—. *How interesting*, amigo camarada. Buena *concepta*.

Así se fue aquel singular personaje gilipollas, siempre pensativo y con los dedos en el mentón.

El señor Orwell me acabó de convencer de que estábamos solos. No interesábamos a nadie. El mundo observaba nuestra guerra como si fuera una continuación de la revolución de Pancho Villa, una oportunidad para el romanticismo trasnochado que no tenía nada que ver con la realidad. Querían salvar el mundo pisoteándonos a nosotros. El periodista había aguantado poco más de diez minutos contemplando la obra de Gaudí, y se había marchado con los mismos prejuicios con los que había llegado. Nadie valoraba nuestro país o la Sagrada Familia, ni nativo ni forastero; todo el mundo estaba demasiado ocupado en hacer la guerra y en matarse por causas incomprensibles.

Yo me había convertido en el dueño de aquel jardín perdido. Habiendo nacido y habiendo vivido a la sombra de gigantes, al final me había erigido en su custodio y señor. Mi familia y yo. Nos habíamos convertido en capitanes de las parábolas. Me dediqué a pasear por la Sagrada Familia.

Subí a la hornacina de la Coronación de María, allí donde aquella estatua inspirada en Consuelo recibía la primera luz del sol naciente. Se había instalado ahí una familia entera de refugiados, unos campesinos que venían de Aragón. El padre era comunista, y con el avance de Franco habían tenido que retirarse siguiendo a nuestras tropas. Hacía unas semanas que estaban allí; tenían hasta colchones, y habían extendido la ropa encima de las esculturas: unos pantalones colgados de la cabeza de Jesús, camisas en las figuras de los pastores, unos calcetines sobre las manos en rezo de la Virgen, y una sábana colgada de la corona que sostenía el hijo de Dios.

Hablé con ellos un rato, para conocer su situación, y me relataron las peripecias típicas de todos los refugiados. Les habían robado, agredido, insultado. Les iría muy bien alguna cobertura de lona, dijeron, ya que

cuando llovía toda la cavidad se mojaba y ellos pasaban frío. Les sugerí que miraran a ver qué encontraban en los almacenes del ábside, aunque las cosas de valor habían sido saqueadas repetidamente. Les deseé suerte.

En la escalera de caracol había unas cuantas familias más. Los que podían poblaban los rellanos, encajando colchones y mantas, y dejando siempre a alguien de guardia para no perder la posición. En todas partes se oían llantos de niños y a mayores tosiendo. Fui repartiendo mensajes de ánimo y sugiriendo remedios imposibles a carencias muy graves. También intentaba hacerles entender que estábamos en guerra, y que no podían hacer ciertas cosas.

—No encendáis ninguna luz por las noches, ¿de acuerdo? Ni linternas, ni fuegos ni nada de nada...

—Es que si no tenemos fuego no podemos preparar la sopa...

—Ya lo sé —seguía advirtiendo, siempre igual—, pero pensarán que hacéis señales a los aviones, que sois quintacolumnistas...

Los ocupantes asentían con la cabeza, y luego encendían fuegos igualmente. Eran pastores de los valles de Aragón, sindicalistas de Asturias o maestros de escuela de Andalucía, jornaleros de Extremadura o labradores del Maestrazgo. Gente sencilla y comprometida, que habían hecho cientos de kilómetros a pie para salvar el pellejo. Tenían muy claro que si alguien los tomaba por espías es que era tonto de remate.

Las capillas de la cripta también estaban ocupadas. De hecho habían sido los primeros espacios en ser tomados, porque estaban del todo a salvo, y ahora los desplazados que dormían en aquellas *suites* eran la aristocracia del refugio. En algún caso incluso habían conseguido tener una capilla entera para una sola familia. Con ellos también charlaba a menudo. En una ocasión me entretuve una hora larga con un abuelo que venía de Guernica, que me enseñó una libreta donde tenía abundantes anotaciones estrenadas el día del bombardeo de su casa por los alemanes.

—Fuimos conejillos de Indias —me aseguró—; Hitler está preparando la barbarie. Ya lo verá, esto no ha hecho más que empezar.

—¿Está seguro? ¿Aún puede empeorar?

—¡Todavía no hemos visto nada! —exclamó—. ¡Viviremos el apocalipsis! ¡¡El apocalipsis!!

Le di una palmadita en la espalda, le dediqué un gesto cómplice y me encaminé hacia la escuela. No para inspeccionar el terreno, no; eso ya lo había hecho un montón de veces y ya no quedaba nada por descubrir. Pero habíamos conseguido que arrancaran las clases, y eso estaba lleno de niños durante el día. Y ya se sabe, los niños son una gran fuente de información. Me acerqué al pabellón de los muros ondulantes y saludé a las maestras. Había colocado a las gemelas y a Lola, mientras que Vicentet y yo hacíamos las veces de compañeros coordinadores.

—Hola, chicas —saludé—. Tranquilas, tranquilas, seguid, los niños son más importantes que yo.

Vi a un niño de ojos redondos en una cara chupada por el susto bajo un sombrero de hombre. Uno más pequeño tenía unos ojos como cabezas de alfileres, pequeños e incisivos. Junto a él estaba mi Toni, bien alimentado, que al lado de los otros casi parecía un marqués. Más allá, en un rincón, había uno muy sucio, con los ojos negros y gastados, casi opacos, herencia de antiguas lágrimas, pasadas de generación en generación. Vete a saber cuántas miserias había ido coleccionando.

—No encontrarás mejores alumnos —dijo Ceuta—. Nos han pedido que les enseñemos a escribir.

—Han venido ellos —aclaró Melilla—. Una buena maestra no se habrá tropezado con alumnos más ávidos.

—Es verdad —insistió Lola—. Mientras dure la guerra y estén por aquí, estos hombrecitos medio cabritas aprovecharán el tiempo. Y dicen que cuando se termine todo volverán al pueblo y serán los mejores.

—No tengo ninguna duda. —Levanté el puño, y todos ellos me correspondieron—. Serán hombres nuevos gracias a una escuela libre.

El lema no era mío, era un eslogan que se repetía en todas partes, en los carteles de propaganda del momento. Los de la CNT habían conseguido la autoridad educativa, y todo el día nos disparaban frases grandilocuentes, y carteles con maestros y alumnos modélicos en los que no existían niños flacos. Hacía meses que me peleaba con el Comité de la Escuela Nueva Unificada, que pretendía que fabricáramos superhombres sin un mendrugo de pan. Los comisarios del comité hacían un montón de llamamientos idílicos, por ejemplo para integrar a chicos y chicas (cuando las madres se quedaban a las niñas en casa), o para hacer regresar a los maestros que habían ido al frente (cosa improbable, o bien porque habían muerto o bien porque no los dejaban volver). La realidad siempre nos superaba.

Después de enfrentarme con algunos milicianos analfabetos, conseguí todos los permisos para dar clases en la Sagrada Familia. Me pasaron cupones de comida para los maestros y las familias, y algún dinerito para ir tirando, nosotros y los hijos, con cuatro migajas. El dinero cada día valía menos y las tiendas cada día estaban más vacías, pero aquello era mejor que nada. Y la ilusión de crear una normalidad, por débil que fuera, nos ayudaba a salir de la depresión. Está claro que de eso a producir el hombre nuevo, o la mujer nueva, terciaba un abismo de los grandes. Todo lo de la escuela pública, laica, catalana, gratuita y en coeducación era tan bonito como complicado de montar.

—¿Cómo estáis aquí? —pregunté—. ¿Os falta algo?

Me regalaron miradas vacías. No era la primera vez que preguntaba, y empezaban a estar un poco hartos de mí. Las primeras veces había provocado una auténtica revolución participativa: echaban de menos carne asada, y costillas, y unas rebanadas de aquel pan tan bueno de antes, y tabletas de chocolate, y roscos de nata y... Pero viendo los resultados, al cabo de un tiempo habían aborrecido mis preguntas de buen compañero, y

me respondían con un silencio elocuente. Preferían invertir su tiempo libre en actividades más edificantes, como robar pedazos de estatua, piezas de metal u objetos religiosos, y tratar de venderlos en los Encantes.

Una de las aficiones más populares entre los niños era robar tramos de cable. De un día para otro, además de todas las restricciones que sufríamos, nos podíamos quedar sin luz o sin teléfono porque algunos mocosos se habían llevado los hilos al chatarrero. Uno de los robos más graves era el del cable del pararrayos, que tanto había costado instalar. En plena guerra, nos encontrábamos con que los rayos volvían a caer en el pináculo de cualquier torre. Solo los milagros, los milagros proverbiales del templo, impedían que los refugiados que habitaban en los campanarios se asaran vivos.

—Mira, padre, ¡hoy hemos encontrado un tesoro!

Toni llegaba con pequeñas piezas de mosaico que habían caído al suelo tras el latigazo de un rayo sobre los lóbulos de los pináculos. Los trocitos eran brillantes y coloreados, y bastante valiosos, porque estaban hechos de vidrio veneciano que Gaudí había encargado directamente en Murano.

—Sí, hijo, guárdalo en un cajón para cuando podamos reconstruir las cúpulas.

—Oh, ya lo veremos. Dependerá de lo que me paguen. ¡Es mi tesoro, padre!

—Mira por dónde. —Le di en la cabeza—. Nada, tú trata de guardarlos bien y de recoger tantos como puedas. Cuando seas mayor ya hablaremos.

—Sí, padre, lo que tú digas —me respondía, cavilando a ver qué podría conseguir a cambio de aquellas joyas.

Poco a poco, los chiquillos se convirtieron en la tropa de aquel territorio. Yo podía ser el capitán, pero ellos eran los guerreros. Habían formado grupos de combate, como yo mismo a su edad, y se disputaban las zonas de influencia con todo tipo de argucias e incursiones. Aurora era todavía demasiado pequeña para tomar parte en eso; Toni, en cambio, estaba en su

salsa, se pasaba el día rondando en campaña. Y creo que era mucho más listo, y reunía mucha más autoridad, que yo a su misma edad.

Fue entonces cuando llegó la guerra a aquella isla autogestionaria. Hasta ese momento la guerra había sido una palabra forastera, y de pronto se convirtió en un cúmulo de sufrimientos cotidianos. Los siete azotes divinos fueron llegando, uno a uno, para reventar nuestra pequeña y precaria paz social. Primero llegó la hambruna: al principio no había carne —un problema relativo porque nadie se la podía pagar—, después faltaron las frutas, después las legumbres y el arroz, luego el pan blanco, y al final incluso costaba encontrar pan negro. El mercado de estraperlo era carísimo; los vecinos estaban dispuestos a matar y morir por una lata de conservas.

Una tarde llegué a casa y me encontré a Lola y Aurora tumbadas en la cama, acurrucadas bajo una manta para sobrellevar el frío. No hacía frío, pero ellas sí que tenían. Les toqué en la frente y estaban hirviendo. No tosían, no habían pillado ninguna gripe ni resfriado: solo tenían hambre. La pequeña explicaba verdaderas pesadillas, monstruos que salían de las torres y nos robaban rebanadas de pan con tomate y chocolate. Su madre estaba consumida y hacía de tripas corazón toda la mañana, iba a la escuela y enseñaba con toda la dedicación del mundo, pero por la tarde sucumbía y con el cuerpo trataba de pasarle calor a la niña.

Me dediqué a buscar pan debajo de las piedras. Los dueños del templo estábamos a punto de convertirnos en capitanes de la miseria. Tuve que reaccionar y hacer lo que habían hecho siempre, por los siglos de los siglos, los de nuestra condición. Luchar. Vivir.

—¿Y ahora qué hago? ¿Qué se supone que debo hacer?

Vicentet estaba de pie delante de mí. Le temblaba el papel que sujetaba con la mano, y ni siquiera se molestaba en fingir que le quedaba alguna migaja de coraje. Estaba cagado de miedo. Le habían enviado la citación

para incorporarse al Ejército Popular. Se acababan los jóvenes en edad militar y empezaban a llamar a los hombres maduros, sobre todo a los que no tenían familia. Yo le miraba y no sabía si reír o llorar. Su situación no era agradable, como la de miles de hombres, pero había organizado un drama que desmontaba para siempre a aquel fanfarrón.

—No tienes que hacer nada. —Chasqueé la lengua—. Te ha tocado y tendrás que ir. Pero no sufras, esto se acabará pronto.

—¿Pronto? —Me refregó el papel por las narices—. ¡Si ya llevamos un par de años!

—No puede alargarse mucho más.

—Pues peor, Bordillo. —Tiró el papel al suelo—. ¿Ir a morir para perder? ¿Qué tipo de destino es ese?

—Es el destino de un montón de hombres. Mañana será mi turno, hoy te ha tocado a ti...

—Ni hablar —me interrumpió—. Yo no soy como los demás. Yo soy un maestro, soy un experto.

—¿Ah, sí? Ya me dirás en qué, Vicentet.

—En fugarme. A eso no me gana ni Dios.

—Ahora debo admitir que estás en lo cierto. —Solté una risita—. Bueno, haz lo que te parezca. Te deseo mucha suerte.

El caso es que al cabo de unos días el Houdini desapareció. No sabíamos si se había incorporado a filas, si había huido a Francia o si se había pasado al enemigo. Tampoco me dediqué a hacer pesquisas, puesto que no quería levantar la liebre. Quise pensar que, siendo doctor en despistes, debía de haber encontrado un lugar para escurrir el bulto y seguir vivo. Tal pensamiento me confortó: todavía quedaba alguien lo bastante libre para esfumarse en la negrura. Si yo hubiera sido soltero y sin hijos, creo que habría hecho lo mismo. O no.

Pocos días después de la desaparición de Vicentet, llegó el turno del pobre Sugrañes. La versión oficial era que le había dado un ataque al

corazón en una estación de tren, cuando volvía de visitar a unos familiares. Pero las malas lenguas chismorreaban que se había tirado a la vía, en su último intento por parecerse al maestro, al menos en la forma de morir. Yo no puedo decir lo que pasó. Lo que puedo decir es que de repente la obra del templo se quedó sin dirección, y aunque eso fuera irrelevante, porque en la obra ya no se hacía nada, era la primera vez que sucedía.

Irse cuanto antes no parecía tan mala opción. La verdad es que cada día que pasaba conocíamos una plaga nueva. Por esa época nos cayó la que tal vez fue la peor de todas las maldiciones. Se desencadenó sin aviso previo, en pleno día. Un zumbido de abejas, un escuadrón de aviones italianos, sirenas de alarma, silbatos de vuelo en picado, y aullidos de obuses que caían a plomo. Entonces las explosiones, primero más lejos, luego cada vez más cerca. Niños que chillaban y hombres que bramaban. Una mañana unas cuantas bombas, al cabo de una semana unas cuantas más, después casi siempre, día y noche.

—¿No podemos encender aunque solo sea una vela? —Lola abrazaba a los dos niños en la cama.

—No, no podemos.

—No sé si lo aguantaré, Jaume, no puedo... Y los niños, míralos, esto no es lo...

—Pensaré en algo —la acaricié—, y para los niños también.

Teníamos que vivir la tortura a oscuras; las normas de seguridad obligaban a apagar todo el alumbrado, público y privado. Había que encerrarse en casa muchas noches, sin ver absolutamente nada, solo los resplandores de los truenos; había que aguantar y aguantar y aguantar. Aurora se pasaba el rato sollozando y Toni, que se tapaba los oídos, ni siquiera reunía ánimo para llorar. Entendí que teníamos que hacer algo, nos teníamos que mover para luchar contra aquella barbaridad, para poder sobrevivir sin caer en la demencia.

Lo primero que hice fue estudiar la cripta; era una cueva semienterrada, de muros gruesos y columnas robustas, y en el barrio todo el mundo la conocía. Conseguí liberar de gente la parte central, para colocar los bancos de misa, y así cuando sonaban las alarmas abríamos las puertas de par en par y teníamos a cientos de personas que entraban de la forma más natural. Además, la escalera formaba una amplia curva, que reducía el riesgo de caídas y lo hacía todo más rápido. Había trabajo para acondicionar, organizar, mover a la gente... La mujer y los hijos me ayudaban, y lo llegamos a hacer tan bien que la Junta de Defensa de la ciudad nos asignó unos cupones extra.

Corrió la voz y nos reclamaron para otros refugios. La cripta quedaba demasiado lejos de algunos vecinos, especialmente gente mayor que no podía correr, y con las bombas, un par de minutos era lo que separaba la vida de la muerte. Surgieron cerca de una docena de refugios en el Poblet, todos dentro de un radio de cuatro o cinco manzanas. Primero nos pusimos a trabajar en un sótano pequeño de un pasaje; se entraba a través de los bajos de un edificio y una vez dentro realmente era muy estrecho. No cabía ni una persona tumbada a lo ancho, y los más altos frotaban la bóveda con el pelo. Tenía unos diez pasos de largo, luego adoptaba una forma de codo y aún cinco pasos más.

—¡Este refugio sí que me gusta! —decía Toni mientras me ayudaba—. Es pequeño y todos somos del barrio. Hay amigos de la escuela.

—Claro, hijo. Bajar aquí es como ir a casa de unos amigos.

—Eso mismo.

Construimos a toda prisa un banco de obra en el lado izquierdo, recubrimos las bóvedas con ladrillos, y colgamos unas taquillas en el muro para dejar cuatro botellas de agua y hasta unos pocos medicamentos de botiquín. A lo largo del techo clavamos un cable en soportes de porcelana blanca, alimentando unas simples bombillas. Ahí sí que podíamos encender la luz, porque era un espacio totalmente subterráneo, y eso lo hacía más

acogedor para los niños. Y las explosiones, si no eran realmente muy cercanas, no se oían. Ayudamos en otros refugios, pero la pequeña bodega del pasaje fue siempre nuestro preferido. Aunque fuera un espacio pequeño, aunque no tuviera ni letrinas, ni radio ni carteles de propaganda pegados en las paredes, allí nos sentíamos recogidos.

Con los niños, todos de familias conocidas, ideamos un sistema para ahuyentar el miedo: cuando oíamos las explosiones, teníamos que decir algún taco nuevo para provocar la risa de los demás. Quien no cumplía era castigado y lo mandábamos sentar en la punta del banco, un extremo oscuro que no le gustaba a nadie. A los más pequeños siempre les ayudábamos con palabras al oído, para que no perdieran. Las intervenciones seguían un turno muy estricto, de forma que había que tener las palabras preparadas para el momento de la explosión. Podíamos llegar a generar momentos memorables.

—¡Mierda seca del culo del general Franco! —Toni nos hizo reír después de una detonación—. ¡Ahora tú, madre!

—Espera, espera, que no explota nada. —Esperó hasta que hubo un estallido e incluso cayó arenilla del techo—. A ver, a ver... ¡Culo de Hitler en persona!

La congregación se sumió en carcajadas sin distinción de edad. Le tocaba el turno a Aurora, que me pedía con los ojos algún taco. Le chivé algo, escuchamos el trueno y la niña entró en el juego.

—¡Culo de fascista Musa la india! —gritó con todas sus fuerzas.

Fue el delirio. A nosotros nos pareció relativamente gracioso, pero a nuestros vecinos, quizá no tan acostumbrados a las salidas de la niña, los hizo retorcerse de risa. Recuerdo un abuelo de edad avanzada que abría la boca como un buzón y que no podía parar de mostrar su diente y medio a la concurrencia; una mujer mayor, sin duda su esposa, se disparaba con unos silbidos histriónicos que dejaban la sirena de alarma en ridículo. El resto de los niños, la mayoría sin entender de qué iba la ocurrencia, se pusieron a

imitar con ganas a los mayores. Y, lo más importante de todo, la pequeña Aurora, arrullada por su madre, no se sintió objeto de burla por regalarnos aquellas risas de niño que derrotan a todos los males.

Aquellas veladas aderezadas con risa no ahorraban el hambre, las pesadillas, las peleas a gritos y las noches desveladas que aquejaban a grandes y chicos; y, a la que más, a mi suegra. Por suerte, Paca y Pepe solían ir a otro refugio que tenían más cerca, porque si no ella sola nos habría amargado la fraternidad de los bombardeos. Cuando la veíamos exhibía irritación permanente y contagiaba su angustia a los niños.

—Toni, Aurora, ¿rezáis cada noche?

—Déjalos, pobrecitos. —Su marido le daba en el codo—. A ver si se enteran en la escuela y...

—¿Y qué? —respondió ella, frunciendo el ceño—. A ver si no pueden limpiar su alma... ¡Cualquier día les cae una bomba encima y no los pilla preparados!

—¡Madre, basta! —Lola tenía los nervios a flor de piel, sobre todo cuando se trataba de los niños—. Compórtate, ¿quieres?

—Oh —seguía la abuela—; es que no sabemos qué puede pasar mañana.

—Paca, hazme el favor. —El marido se la llevaba, ya que no había otra manera de silenciarla.

En el fondo, la pobre mujer no sabía hacerlo mejor. No se le puede pedir peras al olmo. Y su marido, mártir de la humanidad y justo entre los justos, se la llevaba para que les diera el aire a ambos: bajaban a la plaza Cataluña, a La Rambla o a la catedral, que era lo que ellos realmente entendían por ciudad. Un día no volvieron para comer —se trataba de un par de galletas, igual un mendrugo, un poco de vino, pero insistíamos en llamarlo comida —. Era extraño, puesto que no fallaban nunca y tampoco tenían nada mejor que hacer que comer con la familia, pero llegaron las cuatro y las cinco y todavía no teníamos noticias de ellos. Lola se fue alterando, pidió la

bicicleta a unos vecinos y se fue a hacer la ronda. Volvió al caer la tarde. Una sombra había oscurecido su cara.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—En San Felipe Neri, en el colegio. —Aspiró por la nariz—. Una bomba.

—¿Tus padres estaban ahí? ¿Están heridos?

—La bomba ha caído cuando los niños estaban fuera jugando. Han muerto muchos. Ellos estaban cerca y han ido a ayudar, a sacar escombros y salvar niños. Mi padre ha cogido un pico y ha hecho lo que sabe hacer, mover piedras.

—Lola —me mordía el labio—, ¿qué ha pasado? ¿Se encuentran bien?

—Mientras limpiaban y rescataban a niños sucios y heridos, ha caído un segundo obús. Justo en el mismo lugar.

—¿Qué dices? No puede ser...

—Todos muertos, Jaume, todos muertos. —Soltó unas lágrimas como naranjas, pero parecía serena—. Y ahora lo que cuesta es identificar todos los pedazos de persona...

Aquí rompió a llorar y no pudo seguir. Quise abrazarla, pero se apartó de mí. Suspiré y fui a ver a los niños, que jugaban fuera, y los mandé a dormir sin cenar, como teníamos que hacer cada día. Se quejaron de hambre hasta que el sueño les apagó el dolor de estómago; una vez dormidos volví con mi mujer.

—¿Cómo estás? —Finalmente dejó que la abrazara fuerte—. Bueno..., qué pregunta..., ven aquí, tranquilízate.

No se tranquilizó. Fijó la vista en la ventana, en el rojo durmiente de la tarde, a punto de morir, y habló con los dientes apretados:

—Los niños. Los quiero fuera.

—¿Fuera? ¿Qué quieres decir? ¿En Francia, en Rusia...? En el puerto hay dos barcos que dicen que...

—Fuera de este infierno. Mañana.

Mandamos a Aurora y Toni al Papiol, a casa de la señora Munné. Desde que había muerto el Salchichón, su mujer se sentía sola, con los hijos ya mayores y fuera de casa, y le pareció maravilloso tener a dos niños pequeños corriendo por la finca, alimentándolos con las provisiones que todavía tenían aseguradas en el campo. Nos insistió en que nos quedáramos nosotros también, que había sitio de sobra, que lo más natural era que los padres estuvieran con sus hijos, y que si tal y que si cual, pero no queríamos dejar la casa sola, ni tampoco la Sagrada Familia. Y el poco trabajo que teníamos, con los refugios y con las escuelas, lo teníamos en Barcelona.

A los pocos días, recibí un sobre oficial en casa. Lo abrí despacio, porque me temía lo peor. Lola no me quitaba los ojos de encima. Saqué el papel doblado del interior y lo leí. Era del Centro de Reclutamiento 134. «En cumplimiento de las disposiciones legales sobre reclutamiento y reemplazo del Ejército de la República, a fin de cumplir con la más estricta observancia de las normas, se ordena que se presente en este centro el mozo de nombre y apellidos...», y a continuación, escrito a mano, mi nombre completo. Parecía imposible, pero era yo, y me llamaban a filas. Le pasé el papel a Lola, que lo leyó sin parpadear.

—No puede ser —dijo—. Se han equivocado.

—No hay ningún error, es lo que hay.

—¿Cómo? ¿Un hombre casado y con dos hijos, de casi cuarenta años? Ahora sí que ganaremos la guerra..., hay que ser imbéciles.

—Lola, tengo tres días.

No fue fácil. Lola quería pasar los tres días en la cama, pero yo la arranqué del colchón para ir al cine: daban una película que no era de propaganda, y quizá merecía la pena. La pasaban a pleno día, a causa del toque de queda. Estuvimos de suerte y no se interrumpió la sesión en ningún momento: dos horas seguidas sin bombas... Era una producción muy

moderna, *Superman*, con un héroe que volaba por encima de la ciudad y hacía favores a todo el mundo. Confieso que mientras la veía soñaba despierto; me veía a mí mismo volando con la capa, desviando los bombarderos Savoia, salvando a los niños hambrientos y paseando por las nubes con Lola cogida de la mano.

Al salir paseamos un poco por la Gran Vía. Era la hora de comer y lucía un sol esplendoroso.

—Suerte de la fantasía —le dije a mi mujer—; volar de vez en cuando nos ayuda.

—No sé, Jaume —dijo ella—. A mí el cine ya no me quita la ansiedad. Ni el hambre. Ni la fatiga.

—Es normal. Pero no sufras, si me mandan al frente volveré al cabo de cuatro días. Esto no durará mucho.

—No se te pueden llevar, no es justo. —Se detuvo en seco y respiró hondo—. No me puedes dejar sola.

—Oye, ¿y si vas al Papiol, con los niños? Sería como una excursión de fin de semana; cuando te des cuenta ya se habrá terminado todo.

—Deja de soñar despierto, hombre, que no eres Superman. Esto es un tormento, ya llevamos dos años. Estamos en el año ocho, ¿sabes?

—Lo sé, Lola. En 1938. Pero yo creo que este año...

—¿Tú sabes —me interrumpió— qué número dice «no me tumbes porque no acabarías nunca»?

—A ver..., ¿qué me estás diciendo? ¿Que hay un número que no me lo acabaré nunca?

—No seas cortito. ¿Sabes cuál es el signo del infinito? Sí, eso mismo. Como un lazo. Pues es un ocho tumbado de lado.

—Ah..., ¿y qué?

—Tumbas el ocho, y no se termina nunca..., ¿lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—¡Joder, Bordillo! ¡No puedes ser tan torpe! —Soltó una risa fugaz.

Fue justo en ese momento cuando aparecieron en formación de flecha. Venían del mar. Las sirenas de la universidad se dispararon y los peatones empezaron a correr —no todos; es lo que hacía el exceso de costumbre—. Los tranvías y los autobuses, llenos de gente, aceleraron un poco, pero no se detuvieron, y algunos pasajeros treparon a ellos sobre la marcha. Los motores de los aviones se fueron acercando, y el zumbido derivó en un silbido. La secuencia, que habíamos visto tantas veces, no era desagradable en sí como espectáculo. De repente, sonaron las tracas de las baterías antiaéreas. Y el aullido de los obuses. Escuchamos una primera explosión seca y fuerte, detrás de nosotros. Chillidos. Más sirenas.

—Vamos, vamos. —Lola me tiró del codo.

—Sí, amor.

No había terminado de hablar cuando se encendió una gran luminosidad y todo se pintó de un blanco poderoso. Una fuerte oleada de aire nos empujó y me hizo volar. Perdí la mano de Lola. Todo era polvo y no se podía respirar. Yo volaba. Se oían chillidos en las casas, aullidos escalofriantes, que iban descendiendo mientras los edificios se derrumbaban. Y yo todavía volaba..., o me lo parecía. Volaba el mortero, el cañizo, las piedrecitas, las maderas, los trozos de personas. Me estampé contra el suelo. Ya no volaba. Comía polvo y apenas podía respirar.

Entonces la ceguera. La oscuridad.

*OceanofPDF.com*

# XVII

## La derrota

*Tendréis amigos, tendréis amor. Tendréis de todo. También tendréis enemigos, odios, envidias, insultos. No me tendréis a mí, pero no os faltará nada. Tal vez un día desearéis no haber nacido, y ese día me recordaréis. Diréis no puedo más, aquí me paro, echo de menos a Lola, la madre, la mujer. Ese día me amaréis y me echaréis en falta más que nunca. Pero os levantaréis y caminaréis, pensaréis: «Si ella estuviera aquí con nosotros, nos animaría a luchar», y por supuesto que lucharéis, porque vosotros, como yo, amáis la vida y pensáis que vivir vale la pena.*

*Como yo. Pero vosotros os quedáis y yo no. Lo noto en las caras de los médicos y en sus silencios. Estoy triturada por todas partes, y ya bastante han hecho regalándome unos días más. Os he sentido a mi lado, y aunque no os he visto porque no veo nada, os he escuchado a los tres. Aurora, Toni, Jaume. No os he perdido en ningún momento, me habéis acompañado tanto como habéis podido, a mi lado, tomándome la mano, diciéndome cosas cuando hablaba y cuando no hablaba. Desde el día de la explosión no me habéis querido abandonar y yo, que no siempre os lo he podido agradecer de palabra, siempre os he acariciado para deciros que estaba ahí.*

*Desde el momento del estallido entendí que algo se había roto para siempre. La niebla se tendría que haber aclarado, pero los ojos me ardían, y aquella nube tan blanca, tan radiante e hiriente no se acababa de*

*dispersar. Las orejas me silbaban y no han dejado de hacerlo, incluso ahora siguen silbando. Podía oler, eso sí, y me llegaba el hedor espeso de coches y tranvías calcinados, de carne asada, de una especie de pólvora dulce y de mi propio cuerpo reventado.*

*Me arrastré por el suelo hasta que toqué un zapato y luego una pierna, hinchada y caliente. Moví los dedos por la pierna, y al llegar al muslo la pierna se acababa. Más allá palpé un brazo alzado, clamando al cielo; estaba unido a un hombro, un cuello y una cara. Todo quemaba y supuraba. Pero no tenía piernas, el cuerpo había quedado partido. Me costaba respirar y aún más hablar, y por dentro iba repitiendo: «Jaume, Jaume, ¿estás aquí?». Y nadie me respondía, y pensé que allí todo había muerto, y pensé en vosotros, hijos míos, y no sé si lo decía o no lo decía, pero también repetía vuestros nombres sin parar.*

*—Lola, ¿dónde estás? ¿Lola?*

*Era tu voz, Jaume, y no procedía del cuerpo quemado y roto que había tocado yo. Venía de más atrás; me estabas intentando encontrar.*

*—Estoy aquí —dije, o no sé si lo dije, el caso es que me esforcé en decirlo, pero no sé si me salió.*

*—Lola, estás aquí, Dios, sí, estás aquí. —Me agarró la cabeza con las manos, me estuvo palpando el cuello un buen rato—. Estás viva, Lola, estás viva, tienes que vivir...*

*Ya no recuerdo más hasta que me desperté en esta cama de hospital. Aquí recuerdo los pinchazos y los tubos, y yo como un escarabajo sin poderme levantar, ni comer, ni mear ni hacer nada como una persona. Y las conversaciones en voz baja, los susurros y los rumores. La alegría de los niños, sobre todo de Aurora, diciendo que, de pie o tumbada en una cama, yo era su madre y ya está. Y Toni sollozando, y tú, Jaume, aun destartalado, haciendo y fingiendo todo lo que podías. Desde el principio supe que no saldría de esta; no voy bien, cada día estoy peor y me apago. No tienen*

*medicamentos, no tienen alimentos, allá afuera hay una guerra y yo necesitaría cosas que no están aquí.*

*A ratos quiero marcharme. La cabeza está a punto de reventarme, todo se me reseca, tengo el pecho aplastado y cada vez que respiro tengo que levantar una montaña. Pero hay ratos que huelo a los niños y no quiero dejar de hacerlo por nada del mundo; pasaría todos los tormentos de la Tierra, me podrían descuartizar y desollar a lo vivo y aún querría ese olor de niños míos, ese olor de siempre limpios aunque se ensucien, ese olor de hijos pequeños e imposibles de abandonar. Ya sé que te tienen a ti, Jaume, que tendrán padre y madre y amigo y abuelo y abuela y todo en una sola persona. Pero ese olor, ese olor.*

*Tú, Jaume, eres un pedazo de Bordillo, lo supe desde el primer momento, lo eres en el mejor de los sentidos. Has tenido que batallar para tener padres. Algo que casi todos damos por hecho, que no nos obliga a luchar. Tú has tenido que luchar, en el colegio y en la calle y en el trabajo, para dejar claro que tu padre era tu padre. Y que tu madre era la mejor de las madres. Y que formasteis una familia de las sagradas, de las que se construyen sobre el amor y haciendo crecer el amor. Una familia de la que me enamoré; estabas tú, pero también tu padre y tu madre. A ti, ser hijo natural te ha hecho más hijo. Y te ha hecho más padre, aunque... en fin.*

*Me voy, me deslizo para abajo y no puedo pensar con claridad. Tengo momentos que debo aprovechar, en los que lo entiendo todo, quizá mejor que nunca, pero a continuación me sube el sopor y ya no sé adónde voy... porque ya no sé si realmente voy a algún lugar. El caso es..., Jaume..., en fin, que no eres hijo de tu padre, ya lo sabes... o no eres padre de tu hijo... o ambas cosas... Mira, lo hemos hecho bien, hemos sido felices, y eso es lo que importa. Si tengo que irme, puedo irme muy tranquila, no hay persona en el mundo que me deje más tranquila que tú. No eres ningún genio de las ciencias..., pero sabes muy bien lo que significa ser hijo y lo que significa ser padre. Lo seas o no lo seas.*

*Marie fue quien te hizo, eso no se puede discutir, y Marie te hizo bien parido. No me salvaste nunca de nada, no has sido mi caballero apuesto que ha aparecido en el fragor de la batalla para defender mi honor y mi dignidad. No, tú no naciste para eso. Me ha pasado de todo y tú no has podido hacer nada ni para evitarlo ni para repararlo. Como aquel día que fuimos con Marie a ver al Babosa. Tú no estabas, no podías estar. Y le dijimos: «A ver, pedazo de reptil, ¿tú cuánto quieres para darle una lección a Calígula?». Porque aquel gigante bestia se merecía la lección, no podía seguir haciendo daño de aquella manera; no estaba previsto que lo tirasen de cabeza al vacío, pero el otro era más bestia que él y mira...*

*Tú has sido fiel, que para un hombre no es poco, y has sido leal, que es todavía más. Pero ahora me noto el pecho aplastado y no puedo respirar, y tú tampoco oyes nada de lo que digo, así que no sé..., ya hablaremos otro día, pero puede que no haya otro, yo no sé si habrá otro día..., y todo me duele y tengo que concentrarme solo en respirar así, poco a poco, pero cuesta tanto... Y ahora viene la enfermera, que es muy buena mujer pero muy pesada, porque me dice que luche y que mis hijos y que mi marido y que no os puedo perder porque soy muy fuerte, y seguro que salgo de esta y cariño y tal.*

*Tengo un gran dolor de cabeza, Jaume. Te dije esto, que tenía un gran dolor de cabeza, y hay que ver cómo lo tenía, de los gordos. Entonces te sentaste en la cama, lo recuerdo todo como si lo estuviera volviendo a vivir. Entramos en mi habitación, nos sentamos en mi cama y me preguntaste si no estaría dudando, si teníamos que detener la boda. Y te dije que había pillado una gripe, y me cogiste del brazo, lo noto como si me lo volvieras a hacer, y yo di un brinco de dolor, y tú confiando, siempre confiando. Y yo te di las gracias por ser tan comprensivo, pero no te dije te quiero con locura ni me muero por casarme contigo, te dije que te agradecía que fueras buena persona. Y un beso en la mejilla, eso fue lo que te di, lo tengo en la*

*cabeza, lo veo como una película, un beso en la mejilla y la cara que pusiste tú.*

*No te lo podía contar, no te lo contaría nunca. ¿Cómo le cuentas al que será tu marido que ha vuelto a pasar? ¿Cómo te lo podía contar? Ni en ese momento ni ahora, de ningún modo. ¿Que lo había vuelto a hacer ese animal, y que de la segunda vez se había creado un fruto, y que yo estaba llevando el niño de otro, y que aquel otro era el de antes, y que tu hijo no es hijo del padre sino hijo del otro, que realmente es su padre? ¿Cómo se lleva eso? ¿Cómo se cuenta? Ya te lo digo yo, que eso no se cuenta nunca.*

*¿Cómo te lo podía explicar? ¿Cómo podía ni siquiera imaginar que esto algún día lo podía llegar a saber el mismo Toni? Dime, amor mío, Bordillo fiel y comprensivo..., di, ¿cómo te podía contar que me había vuelto a forzar Calígula, que llevaba su semilla, que tú, hijo bastardo, serías padre de bastardo, y que además de ser hermano de tu peor enemigo, el Seisdedos, ahora también serías el hermano de tu propio hijo? ¿Y que el pequeño Toni, tu no hijo y tu medio hermano de sangre, viviría toda la vida como habías vivido tú, luchando por tener un padre?*

*No. No. No.*

*Hay cosas que más vale que se esfumen. Más valía que Calígula se largase. Fuera del mundo. Y ahora más vale que se vaya mi secreto. Que me acompañe a la tumba y que quede bien enterrado. Y, sobre todo, sobre todo, que no sepa nadie, ni siquiera Nuestro Señor, que debe de estar allí adonde voy, o no, o no lo sé, el caso es que nadie sepa nada de cómo pasó. Porque ya tengo suficiente y de sobra conmigo misma. Conmigo misma preguntándome cómo me lo dejé hacer, cómo lo permití, cómo no luché como una fiera, cómo yo, la niña lista de la clase, cuando ya no era una niña, sino una mujer hecha y derecha, cómo no fui a buscar un cuchillo, cómo le dejé actuar, abandonándome, anulándome, deslizándome para abajo...*

*Quiero que seas libre, no te quiero encadenar a una bola que no digo que sea culpa mía, pero tuya menos aún. No quiero que seas el mismo padre que a ti te llegó en préstamo, que te tuvo que conquistar, que abrazaste con más fuerza que si hubiera sido realmente tuyo; quiero que a ti eso no te haga falta y que a Toni tampoco, quiero todo lo contrario. No os lo merecéis, ninguno de los dos. Quiero que nuestra familia no tenga que luchar para ser sagrada, para hacer una especie de pesebre bíblico con el establo y el asno y el buey. No quiero que seas ningún putativo, y ante todo, por piedad, que no lo tengas que ser nunca con alguien que es tu hermano.*

*Ahora tendré que emprender un viaje y no volveré. Sé comprensivo de nuevo, sedlo los tres. Yo no lo he querido así, es lo que nos ha tocado. No estéis tristes porque me habéis perdido, quiero que os alegréis de haberme tenido. A mí, la pequeña Lola, que desde que tuvo uso de razón escogió a Jaume, con un sexto sentido que solo tenemos las niñas listas. La Charnega, que no se dejó pisar casi nunca, que plantó cara a Gaudí y a quien fuera y que si la pisaron se vengó. Y que te ha querido, a su manera, claro, como tú a la tuya. Porque tú quizá tendrás otro amor, algún día, y será bueno, por qué no; pero sé que siempre buscarás mi boca húmeda y mi piel de aceituna y mis ojos claros en la oscuridad de las noches.*

*La vida vale la pena, Jaume, porque se acaba. Porque se acaba después de haber recorrido el camino más bonito. Y cuando ya toca a vísperas, ves la línea que has descrito, torcida y exagerada, pero larga y acampanada. La línea más bella, aquella parábola que sale de tierra y crece y crece hasta que gira y desciende y desciende. Y al final, cuando vuelves a la tierra, cuando ves cómo has descrito aquel trayecto de piedra lanzada hacia el cielo, y adivinas el instante y el lugar exacto donde caerá, te das cuenta del regalo que has recibido. Has hecho la curva tan larga como has podido, y, vista desde el final, ves que ha tenido una elegancia y por encima de todo, sí, sin discusión, ha tenido una belleza de la que nunca habrán disfrutado los que han vivido en línea recta.*

¿Dios? No sé ni dónde está. La Iglesia sí, eso existe. Está hecha de gente, de sacerdotes que han sido perseguidos y muertos; de feligreses que han tenido que esconder los rosarios; de edificios altos y gruesos, imponentes por fuera y mudos por dentro. Pero ¿Dios? Dios es una suposición. Es muy difícil amar o creer en una suposición. La Sagrada Familia no, eso es diferente, es una realidad, y te puede gustar más o menos, pero la tienes ahí delante, y te puede emocionar, te puede hacer saltar el corazón, o no, te puede decepcionar. Yo estoy enamorado de la Sagrada Familia, y de las personas que la han hecho y la han acompañado. Ahora, en lo que se refiere al Altísimo y Misericordioso, no sé qué decirte.

¿Cómo puede haber un Dios cuando muere un solo niño, un solo niño inocente? ¿Cuando la gente buena enferma y es torturada, y en cambio los malvados no son ni regañados? ¿Y la Sagrada Familia? ¿Puede que sea una demostración de la presencia de Dios, como predicaba Gaudí, con sus innumerables milagros y su belleza divina? ¿No puede ser que sea todo lo contrario? ¿Y si la Sagrada Familia fuera la demostración de que no hay Dios? ¿De verdad que Dios permitiría una obra de tanta idolatría, una pirámide faraónica del mundo moderno, cuando la pobreza y la carestía campan a sus anchas?

¡Cuánta gente ha dicho que la Sagrada Familia no tenía sentido, que era un dispendio o un sacrilegio! Y yo pregunto: ¿qué sentido tiene el Señor Supremo? ¿Y cómo se entendería que en su nombre se preservara este monumento desafiante? ¿Cómo podemos dejar que todo se hunda, que mueran los niños y la buena gente, y en cambio este altar blasfemo todavía aguante, incólume al paso del tiempo, casi intacto ante revoluciones y guerras y sangre y fuego? Y, por encima de todo, ¿cómo puede ser que todavía esté ahí, y que yo todavía adore esa torre de Babel, cuando el Creador se ha llevado al amor de mi vida? ¿La madre de mis hijos, mi

amiga y compañera, la persona que me hacía sentir vivo, la mujer que siempre quise y amé?

—¿Ha ido al lado de Dios? —me preguntó Toni cuando los devolvía al Papiol con el tren. Aurora miraba por la ventana.

—Quiero pensar que sí, hijo.

Se puso de pie para estirarse los pantalones, y vi que había crecido mucho. Me alegré; saldría un hombre más alto y fuerte que yo. Me miró intensamente y se me abrazó.

—Tú no te irás, ¿verdad? ¿No preferirás estar con ella que con nosotros?

—No, cariño, yo me quedaré con vosotros. Hasta que seáis mayores como yo no os tenéis que preocupar por nada.

—¿Me lo prometes?

—Claro, Toni. Y a ti también, embobada. —Le acaricié el pelo a la niña.

—No es verdad —dijo ella poniendo morritos, y sin dejar de mirar el paisaje.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nos dejas en el pueblo y te vas.

Vaya lengua de seis años, inteligente y veloz. Me sentí estúpido y volví a necesitar, acuciantemente, la compañía de mi mujer. A Toni sabía manejarlo mejor, se parecía más a mí. Pero ¿cómo me las arreglaría con Aurora, que era calcada a su madre? Aquella chiquilla siempre me dejaría con la palabra en la boca...

—Es solo por una temporada, bonita. Ahí podéis comer y estáis seguros. Y cuando se acabe la guerra, ya lo verás, todo volverá a la normalidad y...

—La guerra no se acabará nunca.

Di un resoplido. Era imposible derrotar a Aurora, no tenía rival. Por suerte, en los últimos tiempos me había ayudado Ceuta. Su hermana gemela había muerto de enfermedad y de pena, y ella se había quedado, como yo, sin su media naranja. Descubrí que se llamaba Marga, y que era una soltera muy trabajadora y muy diestra con los niños. Había aprendido una

barbaridad en la escuela, claro, pero además tenía un don del que muy poca gente hacía gala: sabía calmar a los niños rabiosos. Los míos sentían rabia a menudo, tras quedar huérfanos de madre, y especialmente la pequeña, que podía llegar a ser un bicho.

Ceuta, o sea, Marga, sabía resolver los conflictos. Daba mucha importancia a lo que decían los niños, los trataba como adultos, y ofrecía soluciones prácticas. No impartía sermones, no abucheaba ni gritaba. Decía: «¿Y si tratas de pensar en cosas que te gustaría hacer?». Y ya ocupaba la cabeza del crío. O saltaba con un «piensa en tu mejor amigo, y dime cómo le contarías tu problema». Y entonces, sin paternalismo y sin ocupar el lugar del amigo, que no le correspondía, introducía en la escena alguna figura que obligaba a enfocarlo de otro modo, colocándose a su altura. En fin, que me iba muy bien tener a Marga cerca de mí.

—Lo sé, Jaume —me decía—. Sé perfectamente que no soy Lola ni lo seré nunca.

—No te lo pido —protestaba yo.

—Ya lo sé. —Me paraba con la mano—. No digo que lo hayas dicho. —Hizo una pausa, como esperando a que su gemela repitiera lo que decía—. Solo tienes que saber que lo sé. ¿Me entiendes?

—Hummm.

—Yo quisiera ser como ella. —Se me acercó a dos dedos de la cara—. Pero ya sé que tú no quieres.

—Mujer, cada persona es un mundo aparte, y...

—Sí, sí. —Hizo el gesto de besarme, pero yo me eché atrás—. Perdona. Entendido.

—Nada que perdonar.

—Jaume. —Forzó una mueca—. No te preocupes lo más mínimo. Hay guerra, tratamos de sobrevivir. Como todo el mundo.

—De acuerdo. —Me rasqué la cabeza—. De acuerdo, Ceuta. Perdón, quiero decir Marga.

Era una compañera de fatigas y punto. No nos hacíamos preguntas ni reproches. Procurábamos salir adelante. Encontrar comida, criar a los niños y ayudarnos. Sin tocarnos. Ella dejó de hacer aproximaciones, supongo que el amor propio no se lo permitía. Por suerte, había trabajo de sobra, fuese en la escuela con los pequeños que se habían quedado en la ciudad, o trabajando en los refugios, que por desgracia todavía eran muy necesarios. Yo también volví a rondar por el recinto de la Sagrada Familia. Me mantenía como el dueño absoluto del templo, pero no por imposición, ni por actos de fuerza, sino por deserción del resto.

A veces pensaba en la ironía de todo lo que había vivido. Tantas pugnas entre bandas rivales, fueran infantiles o adultas, y al final el destino me había regalado el templo entero. Ni Parabolones, ni Elipsones, ni anarquistas, ni ultras, ni republicanos, ni fascistas ni nada. El Bordillo y su hacienda. Conocía a los refugiados que dormían con colchones y mantas en las torres y en la cripta. Seguía hablando de vez en cuando con ellos, les preguntaba de dónde venían, y les aconsejaba adónde podían ir para estar mejor. Había llegado a un punto en que siempre les decía lo mismo:

—¿Qué os pasará si entra Franco?

—Nos matará —me decían con los ojos hundidos—. No dudará ni un momento.

—Pues no sé qué hacéis aquí, cualquier día de estos entrará.

—¿Tú crees? ¿Ganará Franco? —decían con un hilo de voz—. ¿La República se perderá?

—Se perderá.

Yo no tenía víveres para distribuir ni medicinas para curar heridas, pero quiero pensar que, con esas charlas, salvé varias vidas. Y Marga, en fin, ella hacía una tarea todavía más importante. Ella se ocupaba de los chavales, de los del barrio y de los que estaban de paso. Arrastraba a los niños y niñas a las aulas, hacía lo que podía, y luego les dejaba un terreno de libertad alrededor del templo. Los pequeños recogían piedras y se las arrojaban

entre ellos, u ocasionalmente a algún viejo o a algún ciego. La seño intentaba poner orden y evitar excesos. Lo que no podía evitar, claro, era que entraran en la cripta, que subieran a las torres, que treparan a las estatuas de la explanada o a las gárgolas sin montar.

Los críos, por supuesto, jugaban a su guerra. Montaban sus grupos y se peleaban, como han hecho siempre y harán siempre los niños. Mis hijos, cuando estaban conmigo en la ciudad, me informaban de casi todo. Una pedrada por aquí, una niña a la que le robaban las bragas por allí, uno al que ataban de pies y manos, una que era cortita y los hacía reír a todos, rasguños, rodillas peladas..., cosas de chiquillos. Pero un día, poco antes de marchar de nuevo al Papiol, Toni me comentó un detalle curioso:

—Ya no estoy con los Parabolones.

—¿Ah, no? Caramba, ¿por qué? —dije—. ¿Quiénes son esos?

—Son los malos, claro. Los que quieren que vuelvan los curas y que nos obliguen a construir de nuevo la Sagrada Familia.

—Vaya, hombre. ¿Y tú con qué grupo vas?

—No tenemos nombre. Pero somos los buenos. No queremos curas.

Me abstuve de hacer comentarios. El terror anticlerical había pasado, ya no era como al principio de la guerra, pero era aconsejable no profundizar demasiado en esas historias. Y menos con los niños. Ya tendrían tiempo de pensar en cómo querían ser y si querían parecerse a los padres o no. Pero sus observaciones me sorprendieron, y confieso que durante unos minutos me pregunté si aquello era el anuncio de otra guerra, igual o peor, en un plazo de treinta años. Porque ya se sabe, el nivel de las disputas entre niños crece a medida que crecen los niños.

También fue en aquella época extraña, de malos augurios y de hambre y de frío, de revolución agotada, cuando me dediqué a recoger restos de la iglesia. Un trozo de maqueta de yeso, un crucifijo artístico, un pedazo de papel, una figura de alambre, del todo estrujada y cubierta de polvo... Con la ayuda de un arquitecto joven, un tal Bonet, fuimos coleccionando lo que

pudimos. Pensábamos que quizá no tardaríamos mucho en poderlo estudiar y, en la medida de lo posible, usarlo para la restitución de la obra. Solo podía haber planes para cuando llegara la paz; antes de eso, imposible.

Lo malo es que, cuando llegó la paz..., en fin.

Pero antes de aquella paz que no sería tal cosa, llegó el invierno, que sí que sería tal cosa. Había dejado a los niños una temporada en el Papiol, y si en Barcelona nos pelábamos de frío, allí aún más. Decidí que subiría a buscarlos, porque además los de Franco cada día estaban más cerca; el frente se estaba moviendo a gran velocidad, y no quería quedar separado de mis hijos. Los trenes y los autobuses ya no funcionaban y en cualquier momento podía quedar desconectado de los niños. Así que me subí a transportes militares, los que buenamente me quisieron llevar, y me dirigí hacia la línea del frente. A contracorriente de lo que hacía todo el mundo.

Las carreteras estaban colapsadas por ríos de personas que caminaban hacia Barcelona. A pie la mayoría, y mirando al suelo. Algunos subidos a un burro o a un carro, también con la cabeza gacha. Muchos debían de venir de lejos; se los veía sucios y cansados. Bebés en brazos, niños cogidos de la mano, hombres cargando mantas y gallinas y fusiles y abuelos y abuelas a sus espaldas. Me fijé en que, a pesar del frío, pocos llevaban botas. Casi todos calzaban alpargatas andrajosas y algunos caminaban descalzos. Otros no podían más y yacían un rato, o vete a saber si para siempre, en las cunetas. De vez en cuando se agrupaban tres o cuatro hombres para orinar, y apenas se tomaban la molestia de girarse para hacer la faena.

Entramos en el puente viejo de Molins, donde había destacamentos de soldados encaramados en las barandillas.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Ni puta idea —respondió un soldado con la colilla apagada y pegada al labio.

—Son dinamiteros —comentó su compañero, más joven y despierto.

—¿Volarán el puente? —pregunté alarmado.

Ambos se encogieron de hombros. Golpeé el techo de la cabina, y grité al conductor que me dejara bajar. Si atravesaba el río, me podía quedar aislado en la otra orilla; El Papiol está en el lado izquierdo del Llobregat. Y si bien por carretera, siguiendo la orilla derecha, me acercaría más rápido, prefería no atravesar un río que después tal vez no podría volver a cruzar. No quería quedarme en la zona de los nacionales, los puentes dinamitados, y mis hijos al otro lado. Me daba pavor imaginar que me capturasen, o cualquier cosa, lejos de casa y sin los niños. Decidí que no cruzaría el puente y que si era necesario llegaría al pueblo andando.

Es lo que me tocó hacer, a la vista de que nadie, absolutamente nadie, circulaba en mi dirección. Todos me venían de cara. El tráfico ya no era de forasteros venidos de lejos, era básicamente de campesinos y aldeanos que habían empaquetado cuatro cosas para bajar a la capital. Se los veía frescos, la cara lavada, bien abrigados y con el paso ligero. No tenían ganas de hablar, iban con prisa y como mucho saludaban con un gesto de cabeza. Me fijé en que, por primera vez en varios años, nadie levantaba el puño en alto. Cuando digo nadie, quiero decir nadie.

En menos de dos horas, un poco fatigado por la prisa y la angustia, me presenté en casa de los Munné. La señora se alegró mucho de verme y me rogó que no me fuera esa misma tarde. Decía que se me haría de noche, y con los dos niños eso podía ser un suplicio. Era posible que no encontráramos transporte y tuviéramos que andar hasta la ciudad. Le di la razón. Los niños tampoco querían marcharse, no sé si para hacerme la puñeta o porque sabían que en ningún otro lugar estarían tan bien cuidados. Acordamos que pasaríamos ahí la noche, y que por la mañana saldríamos temprano. Tuve una excelente cena caliente y dormí como un tronco.

Al romper el alba me despertaron unos cañonazos. La dueña me ayudó a arrancar a los niños de las sábanas, e insistió en darme un auténtico tesoro

en forma de pan, queso y, eso me hizo sonreír, dos espléndidos salchichones. Era como si el fantasma del admirado maestro ebanista hubiera tenido el detalle póstumo, ahí donde estuviera, de obsequiarme con dos preciosos embutidos. Traté de darle algo de dinero a la señora, pero no lo quiso —la verdad es que aquello ya no lo quería nadie, era papel mojado, pero yo creo que fue más una reacción de dignidad—. Entonces nos abrazó con ganas, caló dos gorras bien enfundadas en las cabezas de los niños, y los obligó a prometer que volverían muy pronto. Ambos lo garantizaron de corazón.

Salimos al camino y nos enfrentamos a unas ráfagas de viento heladas, que se clavaban en las mejillas y no permitían respirar bien. Al cabo de muy poco tuve que tomar a Aurora en brazos, y pedirle a Toni que caminara sin cogerme la mano; en todo caso, que tirase de mi abrigo. Así llegamos, a duras penas, hasta la carretera. Los cañones retumbaban. A diferencia del día anterior, en la ruta no quedaba nadie. Cuatro soldados que huían del frente, y que nos pasaron de largo sin ni siquiera mirarnos. Al otro lado del río sí que se veía movimiento. El sol ya nos daba en la cara, y Aurora se divertía usándome como caballo.

—¡Mira, caballo, unos malos allí! ¡Vamos a matarlos!

—¿Cómo? ¿Dónde ves a los malos?

—¡Aquellos, caballete, los de la bandera mala!

La niña había detectado, con una mirada de halcón, las tropas de la otra orilla, y había adivinado que no eran de los nuestros. Vete a saber quién le había dicho, en la escuela o entre los amiguitos del grupo, cómo se distinguían unos de otros. Afiné la vista y, en efecto, pude confirmar que llevaban una bandera bicolor, la monárquica. La de Franco.

—Vamos, deprisa, nos vamos de aquí.

—¿De qué tienes miedo, caballo?

—Hija, deja de jugar. Tenemos que olvidarnos de las batallitas y llegar a casa.

Pasamos casi al galope por Molins, y me di cuenta de que no habían dinamitado el puente. Aquello era preocupante, porque el río era la única barrera entre los soldados enemigos y Barcelona, y si los puentes aún estaban practicables..., la ciudad podía caer en cuestión de días, o incluso de horas. Apresuramos el paso, en compañía de más y más soldados que se retiraban sin orden ni concierto. Algunos ya no llevaban rifle, se habían vestido de civiles o, a pesar del frío, hasta se habían desnudado de cintura para arriba, mostrando unas costillas bien angulosas. Hubo uno que me ofreció dinero, cigarrillos y todo lo que llevaba para cambiarse el uniforme por mi ropa. Infructuosamente, claro.

La artillería se oía menos, y lo que llegaba era el crepitar de las armas ligeras, que parecía venir del otro lado del río. No nos podíamos entretener. Yo estaba agotado de cargar con la niña, y Toni ya no podía avanzar más. Cuando llegamos al puente de Esplugues vi una barricada con una tropa numerosa de republicanos, así que pasamos al otro lado y pregunté a los muchachos si podíamos descansar un poco más abajo, detrás de un chalet de veraneo que estaba al lado de la carretera. Se dio la vuelta un oficial que me pasaba dos palmos:

—Sí, Bordillo, donde quieras. Pero a cubierto.

Lo miré a contraluz, con la mano haciendo de visera.

—¿Tú?

—Soy el capitán Villar.

Con aquel uniforme deshilachado y la barba abundante, el Seisdedos engañaba. Tenía la cara chupada y los ojos que miraban desde el fondo de dos cavidades oscuras. Supongo que él también me debía de ver transformado, atacado por el hambre, el cansancio y la dejadez. Aurora no encontró muy atractivo al capitán Villar y se echó a llorar. Le daba miedo el gigante, decía. Le daba mucho miedo. Y el gigante ni tan solo insinuó una sonrisa. Nos ordenó que nos pusiéramos a salvo y que no nos demorásemos

demasiado, en cualquier momento podía aparecer un pelotón de moros o de legionarios y acribillarnos a balazos.

—¿No pensáis volar el puente? —inquirí.

—Si me traes explosivos —masculló—, te volaré lo que quieras. Hala, id a cubriros.

Nos tumbamos en la hierba los tres, tras un muro bajo de piedra seca. Si levantaba un poco la vista, podía ver la barricada del puente y, en la lejanía, lo que se movía en la otra orilla. Acaricié con las manos el cabello de mis hijos. Era la manera de asegurarme de que no levantaran la cabeza. Al cabo de un rato de estar allí, interesado por unos motores que zumbaban con aire pesado, yo sí que alcé la cabeza. Al otro lado del río se veían unos blindados que avanzaban en fila india, y grupos de figuritas que corrían a su lado. Pocos minutos después llegarían a la cabeza del puente. Espabilé a los niños, que se habían dormido.

—¡Toni, Aurora! ¡Vamos, arriba, tenemos que marcharnos!

El chico se sobresaltó, asustado, y le tuve que bajar la cabeza. La niña dormía como un tronco, no había manera de despertarla. La cogí en brazos.

—¿Hay que correr? —me preguntó Toni, que ya me veía la ansiedad en la cara.

—Lo tendremos que hacer, sí, hijo. —Lo detuve con la mano—. Cuando yo te avise.

Eché un vistazo. El primer tanque ya se encarrilaba para entrar en el puente y enfocaba el cañón hacia la posición republicana. El Seisdedos, agachado detrás de los sacos, me hizo la señal de esperar. Me agaché de nuevo, le di un beso en la frente a Aurora y estreché a Toni contra mí con un solo brazo. Al cabo de una eternidad, oí un silbido humano y me asomé. Vi al Gigante que se levantaba y, sin girarse hacia mí, pegaba un grito:

—¡Ahora, Bordillo! ¡¡Corre!!

Salí disparado, tan agachado como pude y sin soltar a ninguno de los niños. A nuestra espalda, se produjeron varias ráfagas de fuego. Entramos

en un pinar espeso que recubría una colina. Si llegábamos a la vertiente opuesta, estaríamos a salvo. Corríamos. Miré atrás; los nuestros disparaban sin cesar. Aurora se descolgó de mí, y empezó a tirarme de la mano para correr más. Toni me tiraba de la otra. Más disparos. Volví a mirar. El tanque ya estaba sobre el puente. Detrás, boinas rojas. Soldados carlistas. Llegamos a la loma y bajamos un poco. Dije a los niños que pegaran la nariz al suelo. Lo hicieron. Sonó un trueno.

—¿Qué pasa, padre, qué pasa?

—Que se pelean. Preparaos para correr, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijeron los dos con voz trémula.

Eché una ojeada. La barricada ya no existía. Había llamas por todas partes y los soldados yacían en el suelo, inmóviles. Vi el cuerpo largo del Seisdedos. Tenía la pierna torcida de un modo imposible, y le corría sangre por la cara. Había perdido las zapatillas y se le veían los pies desnudos. Estaba demasiado lejos para contar los dedos; me pregunté si los de Franco se fijarían en eso.

Hacía cábalas de por qué nos había salvado la vida. Nos odiábamos desde pequeños, y no digo que fuera obligado matarme, pero aquella heroicidad... Una cosa era que hubiera hecho un pacto de no agresión con mi madre, y con Lola, porque compartíamos padre biológico y todo aquello... Pero ¿salvarnos la piel? Seguro que había sido por los niños. Nadie puede ser tan cruel para negar ayuda a unos niños en peligro. Les di un tirón en las manos, dieron un brinco y huimos pendiente abajo. Hacia el refugio de la gran ciudad.

Esa no era una ciudad para pasearse. Los vecinos se quedaban encerrados en casa, no circulaban ni tranvías ni casi vehículos, se había ido la luz y ahí no mandaba nadie. Se oían disparos aquí y allá, pero nada comparable a lo que habíamos visto en la barricada del Seisdedos. Nos encontramos a un

montón de gente que arrastraba sacos enormes y todo tipo de bultos. No, no eran los temibles hombres del saco, le dije a Aurora; podía estar tranquila, no estaban nada interesados en llevarse a ningún niño. Pronto vimos escaparates rotos y tiendas saqueadas por grupos de asaltantes.

Buscaban ante todo comida, pero también cualquier cosa de valor. Los hospitales y las farmacias se contaban entre los lugares más asaltados; había una carencia importante de medicamentos. Los grupos de ladrones corrían esquivando las hogueras; porque en las esquinas había pilas que humeaban y papeles que danzaban en la brisa. De vez en cuando veías a gente que se acercaba y tiraba más papeles, libros, carteles de propaganda..., todo lo que podía molestar a los nuevos amos. Y todavía podías ver a grupos de personas que huían a toda prisa, los que habían apurado hasta el último momento, con las maletas mal cerradas y fardos improvisados. Todos iban en la misma dirección: camino de Francia.

Fuimos bajando por la Diagonal, y cuando ya veíamos las puntas de la Sagrada Familia oímos caballos y botas militares. Nos escondimos en un portal. Una tropa de soldados marroquíes, con el fez y el bigote, bajaban de la montaña. Pegaban unos gritos muy agudos para celebrar que habían ganado, y agitaban una gran bandera monárquica. Pero, antes de que terminaran de pasar, se les cruzaron por delante unos soldados que cantaban en italiano sobre la juventud y la primavera. También ondeaban una bandera bicolor.

Ambos grupos coincidieron en el cruce y se detuvieron sin dejar de cantar y gritar. Se miraban sin saber qué hacer, si abrazarse o zurrarse. Entonces unos chillaron «viva l’Italia», y los otros no sé qué en su idioma. Intercambiaron insultos en castellano, y también en sus respectivas lenguas. Se iban calentando y realmente parecía que llegarían a las manos. Pero un oficial de los moros, uno que no parecía rifeño, sacó un látigo y comenzó a chasquearlo por encima de la tropa. Rugió con un trueno de voz un «arriba España» y un «viva Franco», y los soldados de ambos lados se calmaron y

se mezclaron y continuaron juntos calle abajo. Detrás de ellos, unas chicas con abrigos caros aclamaban a los vencedores... a una distancia prudencial.

—Venga, niños —me asomé desde el portal—, creo que ya podemos salir.

Llegamos a casa cuando ya oscurecía. Justo a tiempo, porque la electricidad no había vuelto y esa noche prometía ser de las más negras del año. Y de las más frías. Cuando nos vio, Marga empezó a lloriquear, se arrodilló y abrazó a los dos niños a la vez.

—Pensaba que ya no... —gimoteó—, que ya no os vería más. He perdido a tanta gente, a tanta gente.

—Ahora te lo cuento todo. Ha sido un poco accidentado.

—No tengo nada para comer —se secó los ojos con la blusa—, y me imagino el hambre que debéis de tener. Soy un desastre...

—Bueno, por eso no te angusties. —Me saqué el embutido de dentro del abrigo—. Hoy estamos de suerte.

Saqué todo lo que nos había dado la señora Munné, y nos regalamos lo que sería el último festín en mucho tiempo. Aurora no se lo pudo acabar; iba dando cabezaditas hasta que cayó de morros encima del plato y se durmió. Ceuta, quiero decir, Marga, se la llevó a la cama, y mientras la acostaba Toni desapareció y volvió con un objeto envuelto en un paño.

—¿Qué es eso, hijo?

—¿Me lo podrás quemar? —Me miró con ojos abatidos—. No quiero que lo encuentren.

—¿Lo puedo mirar?

—Tú sí, claro. Pero después te lo llevas a la hoguera, ¿de acuerdo?

—Mañana sin falta. Esta noche es peligroso.

—Lo entiendo, padre.

Se despidió del objeto con caricias y me lo confió. Me ofreció la mejilla y nos dimos las buenas noches. Cuando ya dormía, encendí una vela y lo inspeccioné; era un cuaderno con anotaciones y dibujos. El diario de guerra

de Toni. Había escenas de aviones, con bombas que caían sobre las casas, personas heridas o muertas tumbadas en el suelo, escenas de casa y del pueblo, estampas recordando las estancias con los vecinos en el refugio, todos amontonados, o dibujos del Papiol, con gallinas y gansos corriendo. En muchos de los dibujos salía su madre. Los escritos eran cotidianos, y hablaban tanto de las peleas con otros niños como del hambre o del miedo que pasaba su hermana pequeña. En la última página había un texto escrito esa misma noche: «Una aventura para volver a casa. Estamos bien, pero no sé mañana. No creo que haya clases ni nada, todos tenemos miedo. La gente quema cartas y periódicos y libros. Ahora quemo esta libreta porque si la encuentran los fascistas me matarán».

—¿Qué es eso? —me preguntó Marga mientras se sentaba a mi lado.

—Un tesoro.

Entendí que no lo podía quemar de ninguna manera. Borraría el nombre y los apellidos, lo escondería en casa y cuando tuviera la oportunidad lo enterraría en algún lugar cercano.

Era todo un acontecimiento: pasados casi tres años de guerra, volvían a celebrar misa en la Sagrada Familia. Y como tenían que venir algunas autoridades, nos habían movilizado para limpiar el recinto. Nosotros habíamos participado de buen grado; al menos hacíamos algo útil para ordenar y limpiar nuestro rincón de ciudad. En aquel barrido voluntario a la fuerza, me había encontrado a vecinos y amigos de siempre. Nos mirábamos con desconfianza; todos sabíamos cosas de unos y de otros que nos podían hacer daño, y el miedo estaba muy instalado en aquella sociedad plagada de delatores. Cierto, habían cambiado los jefes, pero no el afán de control. Por fortuna, estaban también aquellos de los que te podías fiar siempre.

—Hombre, ¡qué ilusión verte! —Era Opisso, muy desmejorado—. ¡Veo que la guerra no te ha podido tumbar!

—¡Ni a ti, dibujante del pueblo!

Me advirtió con el dedo y miró a ambos lados, para indicarme que incluso aquel apodo tan simpático podía resultar peligroso con el nuevo régimen. Ya no llevaba ni sombrero ni pajarita, y su aspecto bohemio había dejado paso a una pinta gris de empleado de banca jubilado. Me puso la mano en el hombro.

—Y aquella mujer tuya tan vivaracha, ¿dónde la tienes?

—Se murió.

Agachó la mirada y murmuró una disculpa en voz baja. Tampoco lo noté muy afectado; aquella situación era bastante habitual para todos. Unos habían pasado la selección, otros no. Y era imposible poder distinguir a unos de otros si no habíamos recibido la información. Chasqueó la lengua y cambió de tema, señalando al templo.

—¿Y eso qué? Han vuelto los de misa, ¿verdad?

—No los veo muy emocionados con las cosas de Gaudí —confesé sin rodeos—. Los veo más amigos de las espadas de fuego y de los arcángeles de la noche que de los genios de la creación. Creo que no interesa.

—Y entonces, ¿qué estamos haciendo aquí con la escoba y el recogedor?

—Nada que ver con el arte, esto va de penitencias. —Me encogí de hombros—. Los barceloneses tenemos que pagar algún precio.

Se apoyó en su escoba, y fijó la vista en la cima de las torres de la iglesia.

—¿Sabes cómo se conoce al buen barcelonés? ¿Al auténtico, al de verdad?

No respondí, dejé que siguiera solo y con la mirada alzada.

—Por la Sagrada Familia. —Apuntó hacia arriba con la barbilla—. El barcelonés de verdad no se querrá morir sin verla terminada. Tratará de alargar al máximo la existencia para ver el final. Y si algún día esto se

culmina, el barcelonés de corazón dirá: «Ahora ya puedo largarme de este mundo».

—Tal vez —asentí despacio—, pero nosotros lo tenemos complicado.

—¿Tú crees? —Se rascó la cabeza, y de pronto abrió más los ojos—. ¡Mira! ¡Ya estamos todos! ¡El maestro escultor!

Era el Matamala joven, que llevaba una pala en las manos y que al vernos se había acercado.

—¡Qué alegría, los verdaderos artistas del templo! —Esgrimió la pala con ironía—. ¡Ahora ya podemos continuar con el monumento más destacado de la ciudad!

Nos reímos discretamente. El Comemocos, que ya era raquítico de nacimiento, había adelgazado una barbaridad e iba encorvado como un signo de interrogación. Parecía llevar mucha derrota encima.

—Y aquella mujer tuya tan fantástica, Bordillo, ¿qué...?

Opisso le hizo un gesto para que se callara.

—Perdón, mi pésame.

—Una bomba.

Negaron con la cabeza, ambos al mismo tiempo.

—¡Por cierto! —El escultorcillo se sacó un tema de la manga—. ¿Sabéis que abrieron el ataúd de Gaudí?

—Algo había oído —admití—, pero cuenta, cuenta.

Nos confió que un grupo de arquitectos jóvenes, entre ellos Bonet, ayudados por albañiles amigos, habían retirado la losa y habían accedido al cofre. Sacaron muchos escombros y trozos de maquetas de yeso que ellos mismos habían metido en el agujero durante la revolución, lo recogieron y lo guardaron para examinarlo con calma. Cuando llegaron al ataúd de madera, comprobaron que tenía alguna grieta, pero externa. Dentro, el vaso de zinc estaba intacto, y por el vidrio transparente, a la altura del rostro, ¡se podía ver la cara de don Antón!

—¿Y qué, y qué? —pinchó el dibujante.

—Tenía la boca abierta.

—Ah. ¿Y abrieron la caja?

—¿La caja? —Joanet puso unos ojos maliciosos y nos hizo esperar—. Sí, la abrieron. ¿Y sabéis qué encontraron? —Hizo una pausa intrigante—. El cuerpo de Gaudí... ¡intacto! Las manos cruzadas, un crucifijo entre los dedos..., la ropa perfecta, todo impecable.

Por lo visto, volvieron a cerrar la caja, bien sellada al vacío. Comprobaron más allá de toda duda que el cuerpo era el auténtico, volvieron a colocar la gran losa y dejaron al maestro descansando en su tumba. También cerraron la fosa de los Bocabella, en este caso sin cuerpos, puesto que debieron de acabar en algún rincón de la fosa común. Únicamente sacaron el retablo y las piezas de valor que habían metido al principio de la guerra. Parece que pidieron al ayuntamiento un estudio a fondo de los daños, y las reparaciones de rigor, pero no había excesivo interés. Todo lo que tenía que ver con la Sagrada Familia estaba parado.

—Como tantas cosas —dijo Opisso—. Solo les interesa perseguir a los rojos.

Le di un toque en el codo.

—Sé discreto, hombre...

—¿Discreto? ¿Por qué? Lo hemos perdido todo.

—Casi todo. —Suspiré—. Y no sé cómo lo recuperaremos.

—Lo tendrán que hacer ellos. —Opisso señaló a unos niños que jugaban —. Nosotros ya estamos caducados.

Nos acicalamos tanto como pudimos, y Marga y yo cogimos a los niños de las manos para recorrer los cuatro pasos que nos separaban de la explanada central. Habían instalado un altar al aire libre, dado que la cripta todavía no estaba en condiciones para el culto. El espacio ya se estaba llenando de gente aunque faltaba un rato para la ceremonia, prevista para el mediodía.

Lucía un sol radiante de domingo en familia, y tampoco había nada más interesante que hacer en aquella ciudad tan torturada. Todos los que pudimos nos acercamos.

—Ahora que han ganado los de misa —me dijo Marga en la oreja—, quizá convendría que nos casáramos.

—¿Cómo? —La miré con estupor, y se me debía de notar—. Tienes razón, pero ¿estás segura? Si tú y yo no..., ya me entiendes...

—Precisamente —Mostró una sonrisa trémula—. Un matrimonio católico no... no debe hacer Pascua antes de Ramos...

—Eso es verdad.

—Y a ti —continuó— te conviene mucho, una mujer que sea hija de un mártir franquista.

—¿Qué quieres decir? —Me esforcé en pensar en el capitán Secano como lo que ella decía, un franquista—. Claro, es cierto..., no había caído, tienes razón... Uf, esta guerra no se acabará nunca.

Las heridas seguían bien visibles. Aquí y allí había edificios derrumbados, que habían dejado agujeros enormes, como muelas arrancadas de una dentadura. En la calle todavía se veían las montañas de escombros, y los sacos amontonados en los accesos de los refugios que no habían sido tapiados. Hacía semanas que no caía ni una bomba, pero los vecinos no habían alterado ni un ápice el estado de alerta en el que vivían. Como si no se fiaran. La mayoría de las ventanas o estaban reventadas o tenían papel de periódico pegado con cintas de papel engomado, para protegerlas de las explosiones y reverberaciones. No se había plantado ni un árbol en sustitución de tantos que habían sido serrados para hacer leña.

Era una ciudad rota, gris y sucia. Durante la guerra aún se limpiaban las calles, ya que la muerte y el hambre no habían suprimido la dignidad, pero luego llegó una suciedad permanente, como de pobreza indolente. Los basureros no barrían, los porteros no pasaban la fregona por su trozo de acera, y no había ni camiones para recoger los trastos; de hecho, no había

vehículos más allá de los militares y un par de tranvías trasnochados que empezaban a asomarse por las calles. En las esquinas, las pilas de libros y documentos comprometidos que habían quemado el día de la ocupación habían dejado una ceniza oscura, que con la lluvia se había convertido en papilla negra.

Yo iba con un paquete escondido debajo de la americana. Era la libretita de Toni, que no había tirado. Con su consentimiento, había decidido enterrarla por los alrededores, y pensaba aprovechar la ceremonia, con todos entonando oraciones en latín, para buscar un emplazamiento discreto. Había dejado la pala detrás de las escuelas, cerca de los antiguos arenales, que seguían tan abandonados como antes. Había quedado con Toni en que iríamos los dos y esconderíamos su obra maestra. Cuando fuera mayor lo agradecería. Esperamos en la explanada, hablando con unos y otros, y cuando comenzó la misa le dije a Marga que el chico tenía que orinar.

Nos separamos de la multitud y nos encaminamos hacia el patio de las escuelas.

—¿Aquí te parece bien? —Le señalé al chico el antiguo arenal, que quedaba disimulado tras unas malas hierbas.

—Sí, aquí va bien.

—Pues quédate en ese punto, contra el muro de la escuela. —Señalé el lugar—. Allí en la esquina, sí, para vigilar.

—De acuerdo —alzó el puño—, lo haré. Ay, perdón...

—Lo del puño ni en broma, ¿eh? Vamos, ponte ahí.

Demasiado inocente estaba saliendo el muchacho. Llevaba a su espalda tres años de guerra y unas semanas de supuesta paz, siempre bajo un régimen de terror, y aun así no era lo bastante consciente del peligro. Dejé la bolsa con la libreta en el suelo, y empecé a dar paletazos. Fuertes, profundos, incisivos. El suelo cedía bien, era blando y se dejaba excavar.

—¡Padre, corre, que viene alguien!

—De acuerdo, hijo. ¿Los distraes?

—Es que son falangistas..., van todos de azul.

Metí en el agujero la bolsita con las memorias de mi hijo, arrastré arena con la pala, y con cuatro repasos ya lo había cubierto todo. Removí los matorrales para tapar la arena fresca. Cuando los uniformados aparecieron por la esquina de las escuelas, pegando un manotazo a Toni para abrirse paso, yo ya había tirado la pala en los zarzales y me daba la vuelta para saludar a los recién llegados. Hice como que me abrochaba la bragueta.

—¿Qué se les ofrece, señores? Lamento no darles un apretón de manos...

—Calla, rojo separatista.

Dos hombres me atenazaron los brazos, uno por cada lado, y otro se me plantó delante. Tenía un aire familiar. Sacó un documento del bolsillo y leyó. Aquella boca, quizá sin el bigotito... Por orden del Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Barcelona, se ordenaba mi detención acusado de subversión del orden... Sí que lo conocía, sí. El juez militar resolvería si ingresaba en prisión, de acuerdo con la ley de febrero de 1939 que determinaba... Caray, por supuesto que lo conocía.

—¿Tú a qué te crees que estás jugando? —grité, intentando sacudirme las garras de los que me tenían cogido—. ¿Subversivo? ¿Yo soy el subversivo? Pero ¿tú qué te has creído?

—La resistencia a la autoridad puede conllevar empeoramiento de la pena —dijo el carcamal.

—¡Dejadme, os digo! —me intenté deshacer de los falangistas—. Que quiero hablar con mi, mi..., ¡quiero hablar con mis hijos, tengo derecho!

—Tú calla.

Me volví hacia Toni, que miraba sin rechistar.

—¡Toni, hijo, dile a Marga que se me llevan! ¡¡Corre, a ver si llega a tiempo!! ¡¡Dejadme, os digo!!

—Sí, padre. —El chico entrelazaba los dedos, estaba petrificado.

—Adiós, hijo, os quiero. ¡Lo sois todo!

El falangista que mandaba me dio un cachete en la nuca para hacerme callar.

—Camina.

—Tú calla, hijo de la gran puta. Babosa, que toda la vida no has sido más que una babosa.

*OceanofPDF.com*

# XVIII

## Fin de la parábola

Tras la detención, me fueron reubicando de campo en campo de concentración. No se me permitió ningún contacto escrito ni con mis hijos ni con nadie, y por lo que sé a ellos no se les informó sobre dónde me tenían y adónde me llevaban. Al cabo de unos meses, pidieron voluntarios para ir a una obra, y yo me presenté. Tenía ganas de trabajar al aire libre. Nos llevaron a una cantera que llamaban Cuelgamuros, donde me pasé cuatro años interminables trabajando en lo que luego sería conocido como el Valle de los Caídos.

De los míos, ni palabra. Solo un día un comentario, de paso, de un antiguo vecino del barrio que trasladaban en un camión y que me reconoció: «Están todos bien, tranquilo». Una sola noticia en aquellos largos cuatro años sobre mi familia, aunque la bendije como maná caído del cielo. En cambio, cada victoria de los nazis nos llegaba puntual y con todo lujo de detalles. Allí me enteré de la caída de París —qué mal le hubiera sentado a mi madre—, de la campaña de Rusia y de la división de voluntarios que Franco había enviado allí. Y aquella estúpida cantinela cuando nos repetían que Stalin estaba a punto de caer.

De proceso judicial, lo que se podría llegar a llamar judicial, ni rastro. Me acusaron de desafecto y de auxilio a la rebelión militar; ¡a mí, al Bordillo! Lo despacharon en menos de tres minutos, en una sala pequeña,

sin defensa ni declaraciones mías: diez años de prisión mayor. Los otros condenados me decían que había tenido suerte. Al cabo de unos meses, como os decía, opté por presentarme para trabajar en los Caídos. Empecé de peón, acarreando piedras y vertiendo en la fosa común cientos de restos humanos que venían de vete a saber qué cuneta, y puesto que no me gustaba discutir y que me ofrecí para trabajos de albañilería, pude mejorar mi situación.

Yo sabía lo que era una argamasa, una bujarda, una hormigonera y una plomada. Me gané la confianza de los capataces, y no acabé como un porteador cualquiera, de los que se deslomaban todo el día, recibían un rancho escaso y morían como moscas. También me libré de entrar en la brigada de explosivos, abriendo huecos dentro de la montaña. Yo estaba entre los cualificados, los que dormían en un barracón aparte. Disponíamos de extras como una cama —¡con colchón!—, duchas calientes y tres comidas al día. Y nos podíamos resguardar bien del frío, algo vital en ese lugar donde la nieve te atacaba siete meses, el sol te atacaba dos, y los otros tres meses te atacaba todo.

Costaba horrores empujar los días hacia adelante. Cada tarde, al terminar la jornada, me pasaba por la cabina de la Cruz Roja y preguntaba si había algo para mí. La respuesta era siempre la misma: por Jaime Ferris no les salía nada. Recibir noticias de los tuyos no entraba en ninguno de los procedimientos previstos, y no hablemos de reclamar derechos o condiciones de trabajo, palabras extranjeras en aquel lugar. Volvía a los barracones sin hablar con nadie, y de vez en cuando me paraba y miraba hacia arriba, al monumento, preguntándome qué habría pensado Gaudí de aquello. Habría formulado alguna teoría, seguro. Como que los del altiplano hacían líneas rectas y los mediterráneos las hacíamos curvas.

Quizá le hubiera gustado el emplazamiento: las formas naturales de la cordillera, con la entrada a la cueva; la cruz que ya te podías imaginar, levantándose para arriba y más arriba, mayestática, y que se vería a

kilómetros de distancia. Al arquitecto no le hubiera gustado la muerte de tantos presos forzados, claro, pero vete tú a saber, igual lo hubiera entendido como un milagro de los suyos; la guerra que dejaba una herencia de verticalidad y de religiosidad inconfundible. Pero no, no lo creo; aquel aire militar e imperial, aquella locura basada en la destrucción, no la hubiera aprobado nunca. Nunca. Él era un creador y un constructor.

Un buen día, me llamaron al barracón de administración. Un falangista ya mayor, con el cráneo del todo rasurado, gafas de montura fina y la camisa de un azul descolorido, escribía con letra enroscada en un libro de inventario.

—¿Ferri? ¿Jaime Ferri?

—Sí. Ferris.

—Viva Franco.

—Eso mismo —solté—. O sea, viva. Y arriba España.

—Firma aquí.

No pregunté nada, ahí no se estilaba preguntar. Firmé el papelito y apenas tuve tiempo para ver que mencionaba una donación que yo hacía a las obras del monumento. No lo acabé de entender, porque yo no tenía ni un duro. El hombre me alargó un folio, timbrado y rubricado, en el que se decía en un lenguaje muy barroco, o así me lo pareció a mí, que se había aprobado la redención de la pena y que era un hombre libre. Me quedé paralizado delante de aquella calva. El hombre me hizo un gesto, chasqueando los dedos, para echarme del barracón. Pero yo permanecí inmóvil, no podía ni obedecerle. Al final reuní fuerzas para preguntar qué había pasado.

—Que tienes amigos —se limitó a ladrar.

—¿Yo?

—Sí, imbécil. A ver... —Consultó un bloc lleno de notas escritas a mano —. En Buenos Aires. Uno que..., vamos a ver..., firma como Houdini. Menudo gilipollas.

Abrí los ojos como platos. Él volvió a hacer el chasquido con los dedos para sacarme de ahí delante. Le pregunté en qué consistía el primer papel que había firmado. Un puro trámite, dijo. Los presos en teoría recibíamos un estipendio de cincuenta céntimos al día, pero, por supuesto, antes de partir renunciábamos en beneficio de las obras del monumento nacional. Y lárgate ya, borrico. A recoger las pertenencias y luego a tomar uno de los camiones que salían para Madrid. Siempre tenía que llevar conmigo mi certificado de libertad, el folio que me había dado.

Pasé por los barracones, me duché y me vestí, y eché un vistazo al único espejo que teníamos, oxidado y sucio. Mi reflejo no presentaba tan mala pinta. Curtido por el sol, fuerte, anguloso, pero todavía apuesto. Pensé que tenía algo de aceituna, yo; cuanto más me oprimían, más buen aceite podía dar. Con una sonrisa de oreja a oreja, una auténtica sonrisa para dispersar años y años de pena, trepé al primer camión. Y rumbo a casa. A mi querida Barcelona, a mi aún más querida Sagrada Familia, a mis hijos, que abrazaría a uno en cada brazo y amaría con más locura que nunca.

Caí de rodillas. Te adoro, declaré por dentro. Adoro tu esbeltez, tu verticalidad, tu belleza. Tus líneas.

Tenía el templo delante, y me arrodillé porque no podía hacer otra cosa. Besando el suelo donde se habían enraizado mi pasado y mi mundo. Aquel día hacía un sol espléndido. Dos gatos se arañaban entre los matorrales. Pasaba un cura, con sombrero ancho y sotana hasta los pies, y me lo quedé mirando. Él me respondió a la mirada, extrañado, como pensando que me faltaba un tornillo. ¿Y tú, monaguillo?, me dije por dentro; como si tú fueras tan normal..., mira que si vuelve la revolución te meten un balazo y te dejan ahí tirado...

Una paloma batió las alas sobre mí. Una señora se acercó y me ofreció una moneda. Le dediqué unos ojos abiertos de par en par y la acepté. No

podía rechazar la primera muestra de caridad humana que recibía en muchos años. Estaba en casa, me fui repitiendo, eso era mi casa. Me quedé arrodillado un rato. Había vuelto, y veneraba lo que era mío. ¿Acaso no era lo que hacía todo el mundo? ¿O no? Se levantó una brisa y respiré a pleno pulmón. Me puse de pie y atravesé el descampado, más desatendido que nunca. Papeles y escombros por todas partes. Alambradas oxidadas y retorcidas.

Me planté en la puerta de casa. Me imaginaba a mi hija, preciosa y espigada, abriendo la puerta y abrazándome, y a mi hijo, tan reservado él, derramando lágrimas, y a Marga detrás dibujando una sonrisa que había guardado cuatro años en la despensa. Me temblaba la mano. Apreté con fuerza el picaporte y di hierro contra hierro. Nada. Volví a llamar. Nada de nuevo. Se oía ruido en la rectoría, en la parte derecha, pero no en nuestra casa. Llamé, pues, en la puerta de al lado, que abrió chirriando una mujer de mi edad.

—Míralo este —Apoyó la mano en la cintura y soltó una mueca característica—. El Bordillo ha resucitado.

La inspeccioné de arriba abajo. Delgada, holgazana, un cigarrillo en la mano libre. Vestida a la moda norteamericana, versión barata. La caída de ojos de siempre.

—Hola, Chinche.

—Pasa dentro, hombre —hizo un gesto con la mano—, que el señor cura no está.

—No, gracias. —Me mordí el labio—. Busco a los míos. ¿Sabes adónde han ido?

—Los tuyos. —Pegó una calada rápida—. Desapareces no sé cuántos años y ahora quieres a los tuyos.

—Pues los quiero, sí.

—Eres un rojo y un separatista, chaval. ¿Quién crees que te espera en la puerta? —Dio otra chupada al cigarrillo—. Aparte de mí, claro.

Se rio compulsivamente sin dejar de repasarme con los ojos.

—¿Me dirás dónde están o qué?

—O qué.

—Muy bien, si no me quieres ayudar —di media vuelta—, qué se le va a hacer.

—Espera, chato, espera. —Arrastró la voz y se adentró en la casa. Volvió al cabo de un rato entregándome un papelito.

—¿Cómo? —Miré la nota.

—Rambla Cataluña. Los encontrarás ahí. Si es que te quieres arriesgar.

Fruncí el ceño y leí la dirección.

—¿Arriesgarse? ¿Y ellos qué hacen, en la rambla Cataluña?

—Sobrevivir. Como todo el mundo. —Se encogió de hombros.

—Ah. Bien, gracias, Chinche.

—De nada. Y cuando te canses, aquí estaré, guapo. Que sepas que lo del cura —señaló adentro— es solo para comer caliente.

Negué con la cabeza y me encaminé a la dirección que me había dado. Andando. Tampoco sé si hubiera podido coger ningún transporte; todo el mundo iba a pie. Había cuatro tranvías en toda la ciudad, haciendo ruido de cacharros viejos. Y carros tirados por hombres porque ni las mulas habían sobrevivido. En las esquinas, pilas de basura quemada; las ventanas tapiadas, las fincas derrumbadas. Habían transcurrido ya varios años desde la guerra, y Barcelona era aún más gris y estaba más destrozada que cuando se me habían llevado. No es que fuera una ciudad derrotada, es que la ciudad misma era una derrota. Hasta que no estabas por la zona de paseo de Gracia no mejoraba un poco.

Llegué al portal indicado. Era una casa de señores. La portera no quería dejarme subir, pero cuando hablé un poco vio que no era ningún carretero y que realmente conocía a aquellos niños y a aquella dama. Dijo aquella dama, sí, y todo indicaba que se refería a Marga. El ascensor no funcionaba y subí los escalones de dos en dos, hasta el principal. Llamé al timbre y al

cabo de nada salió una criada, ataviada con delantal blanco. Me miró sorprendida, y me largó que no era día de limosna, que volviera en domingo, que estaría ahí el señor. Mientras intentaba hacerle entender que no era ningún vagabundo, apareció, sí, una dama. Era Marga, pero disfrazada de dama.

—¡Jaume! —Abrió los ojos de forma exagerada—. ¡Estás vivo!

—Sí, por supuesto. ¿Me querías muerto?

La criada se interpuso, bloqueando la puerta.

—¿Quiere que llame a la policía, señora?

—¿La policía? ¿Qué policía, Ramona? —La señora estaba extrañada—. Esto..., no, gracias, no será necesario. Ya me ocupo yo. Y no refunfuñes, Ramona, pasa adentro con los niños.

Me acerqué, extendiendo las dos manos para enlazarlas con las suyas. Ella se echó atrás.

—Marga, que soy yo.

—¿Y por qué... por qué no has avisado?

—¿Por qué tenía que avisar? —Me molesté, pero enseguida aflojé—. Mujer, no me dejaban, y cuando salí te mandé una nota que...

—¿Cuando saliste de dónde? —Le subieron los colores a la cara—. Hace más de cuatro años que se te llevaron... ¡y no has dicho ni mu! ¿Qué se supone que debía hacer yo?

—No sé, mujer, ¿qué has hecho? ¿Qué pasa? ¿Y los niños? Quiero ver a mis hijos...

Se oyó un chillido juguetón, y una niña ya crecida vino a aferrarse al codo de Marga. Era Aurora. Nueve años. Claro. Me llegaba al pecho, llevaba unas trenzas largas y me escudriñaba la cara con sus ojos claros. Apretó los dientes.

—¿Quién es este vagabundo?

—Nada, hija, vuelve hacia dentro —dijo Marga chasqueando la lengua —. Es un amigo de tu madre.

Fulminé a Marga y luego me volví hacia la niña.

—Aurora. —Pronuncié su nombre y me subió un ardor—. Soy tu padre. Sí, tu padre. ¿No me recuerdas?

—¿Mi qué? —Se aplastó la nariz con los dedos—. ¿Mi padre? ¿Así de apestoso?

Marga hizo un rebufo.

—Hija, déjame hablar con él.

Justo en ese instante apareció otra cabeza, por encima de las de ellas dos. Era un hombre en construcción. Alto y desgarbado, la mirada dormida, un leve vello sobre la boca. Me mordí el labio bien fuerte. Él abrió los ojos de forma exagerada. Era Toni, pero al hablar no puso voz de Toni, soltó una voz de barítono.

—Joder, padre. Joder, padre.

—Ven aquí, hijo.

Nos fundimos, con él sí, en un abrazo. Mezclamos los sollozos. Cortos y ahogados. No lo quería soltar. Él tampoco.

—Esto no puede ser. —Marga nos trató de separar—. En cualquier momento llegará Pablo.

—¿Qué Pablo? —La miré, abrazado a Toni—. ¿Quién está a punto de llegar?

—Mi marido.

—¿Qué marido? —Solté a mi hijo y me encaré—. Marga, ¿qué está pasando en esta casa? ¿Me quieres decir qué demonios está pasando?

La pequeña Aurora empezó a lloriquear.

—¿Por qué gritas? —Se secó los ojos—. Los padres no gritan...

—Jaume —Marga acarició a la niña y me clavó los ojos—, estoy casada con Pablito López.

Me acerqué a dos dedos de su nariz.

—¿Quién? ¿El puto Pablito? O sea, ¿el Babosa?

—Estaba sola con dos niños.

—Eres una cualquiera.

Noté que le temblaba el labio inferior. Y los ojos se le aguaban.

—Tienes que marcharte. Si llega te mandará de inmediato a la cárcel. Si quieres, trataremos de que puedas ver a los niños... a escondidas..., ya encontraremos la manera...

—¿Cómo? ¿Mis hijos? ¡¿A escondidas?!

Aurora lloraba sin parar y Toni tenía la vista en el suelo. Se oyeron unas voces en la planta baja.

—¡Es él! —Marga se asustó—. Está hablando con la portera. Vamos a ver: sube al piso de arriba, y cuando él haya entrado en casa, bajas tú.

—¿Qué mierda es esta...?

—Por favor, Jaume, que lleva pistola. Por favor.

Respiré hondo y me limité a hacer lo que se me ordenaba. Como siempre.

—¡Padre, espérame!

Era Toni. Yo me había alejado de la finca y él me había alcanzado, dos calles más arriba. Nos volvimos a abrazar un buen rato. Era él, aunque olía a hombre joven. Aquel sudor exagerado y sanote, que no tenía nada de encerrado ni de rancio. Era más alto que yo. Lo agarré con fuerza como quien se agarra a la vida.

—Mira lo que llevo —me soltó, y me entregó un objeto—. Hace tiempo que lo guardo.

—¿Qué es? —Desenvolví el papel—. No me digas que...

Me tapé la boca con una mano, y con la otra sostuve el objeto, levantándolo para estudiarlo bien. Era una cerradura, la vieja cerradura de casa que yo le había dado tras el incendio. Qué ocurrencia, el chico.

—Me dijiste que, con esto, fuéramos a donde fuéramos sería nuestro hogar.

—¿Eso te dije? Y tú.... —volví a abrazarlo—, ¿tú? Dios, cómo te quiero, chaval.

—Siempre lo he llevado conmigo. Ahora quiero que lo compartamos.

Noté su respiración pesada, cargada de emoción. Al cabo de un rato me separé y le miré a los ojos.

—¿No se enfadará, tu..., esto, tu padrastro? —Le di una palmada en el hombro y caminamos juntos.

—Nos peleamos mucho, es un gilipollas. Y me escapo de casa a menudo. Me juego lo que quieras a que Marga no le habrá explicado que has vuelto.

—Mejor.

Pasado el disgusto, podía entender cada vez más la jugada de Marga. Ella era hija de un militar, de un héroe del levantamiento, mártir de la cruzada nacional, católica y víctima de las hordas rojas. Al Babosa la esposa le iba como anillo al dedo, era una medalla ideal para blanquear su oscuro pasado. Marga le ofrecía un nombre, y a cambio ella obtenía seguridad, protección y la certeza de no pasar hambre. Ella había criado todos aquellos años a mis hijos, sola, y no debió de ser fácil. No la podía culpar, realmente había hecho lo más sensato, había puesto por delante la supervivencia de ella y de los niños. Me hería el amor propio, mucho, pero no vivíamos tiempos de orgullo.

—¿Tardasteis mucho en ir a vivir con el Ba..., quiero decir Pablito?

—Te fuiste tú y al cabo de unos meses ya andaba por casa. —Se rascó la barbilla—. Pero la mudanza fue más tarde, al cabo de unos dos años. Yo tenía doce y no quería ir con él ni borracho. Me escapé.

—¿Sí? —Disimulé mi satisfacción—. ¿Y adónde fuiste?

—Por las cárceles, preguntando por ti.

Le revolví el pelo con la mano, como cuando era pequeño, solo que tres palmos más arriba, y me aclaré la voz antes de hacerle la pregunta que tenía en la punta de la lengua:

—¿Crees que Aurora se acuerda de mí?

—Supongo. Pero se siente abandonada. —Tosió, y me recordó a su abuelo—. A partir de cierto momento, no quería ni oír hablar de ti. Y un día, hace cosa de un año, le pregunté si recordaba tu cara. O la de nuestra madre.

—¿Y qué dijo?

—Que no recordaba ni si erais altos o bajos.

Suspiré y luego esgrimí la cerradura que me había entregado.

—¿Me acompañas a casa?

—Claro. Hace cuatro años que espero para acompañarte.

—Y yo cuatro años que espero palabras así. —Le abracé la espalda, ancha y musculada—. Chico, tu madre estaría orgullosa de ti.

Fuimos cruzando el Ensanche, dejando el centro y entrando en unas barriadas cada vez más sucias y desnudas. No hablamos mucho, pero cada cosa que decíamos era única, preciosa, emocionante. Nos dirigimos directamente al arenero de las escuelas.

—¿Sabes si vuelven a dar clases aquí?

—No lo sé, nosotros ya no venimos por el barrio. Supongo que sí..., no hay dinero para construir colegios nuevos.

Vimos que el edificio estaba cerrado con llave. Habían tapado las ventanas con cartones o planchas de metal clavadas al marco, y alrededor del edificio no se había tocado nada. Había ramas caídas, restos de una hoguera, alambre sobrante y el arenal, aparentemente intacto. Cogí dos barras de hierro oxidado.

—¿Crees que esto servirá? —pregunté.

—Servirá. —Y tomó una de las barras.

Nos pusimos a cavar. Sabíamos con bastante exactitud dónde teníamos que hurgar, y no nos entretuvimos. Al poco Toni dio con un fardo. Liberamos los contornos de tierra, y sacamos la bolsa con la libretita del chico. Le sacudimos los restos de arena y lo miramos juntos. Comentamos

alguno de los dibujos y nos felicitamos, mucho, de haber tomado la decisión de enterrarlo. Gracias a aquella idea, los recuerdos de un niño no habían muerto del todo. El muchacho me confió la libreta y me miró a los ojos.

—Quiero ir a vivir contigo.

—Gracias, hijo. —Me limpié los ojos con los dedos de una mano—. Hablaré con Marga, lo tenemos que arreglar.

—Te dirá que no hay problema —apretó los labios—, siempre que ella se quede con Aurora.

—¿Tú crees? —Vi que no bromeaba y suspiré.

Lo que venía a continuación, ya se veía, sería duro. Habiendo regresado del infierno, superada la guerra y el campo de concentración, me vería obligado a pelear por mis hijos, sabiendo como sabía que no ganaría esa batalla, que como mucho podría llegar a cerrar un trato y seguir trampeando. Con Aurora lo tenía muy crudo; y quedaba claro que yo no podía exigir una hija que nadie me quería dar, teniendo todo el poder en contra. Y, encima, la niña ni siquiera quería verme. Lucharía por ella, hasta el final, pero como buen perdedor sabía que solo podía anhelar obtener una parte de lo que me tocaba.

Ya era de agradecer que mi hijo hubiera corrido detrás de mí, que compartiera mis inquietudes, que viniera conmigo a desenterrar el pasado y que quisiera residir en el mismo futuro que yo. Era muy de agradecer, porque tal como iban las cosas, eso también lo podía haber perdido. Así que tocaba dar gracias al cielo por tener a mi lado a aquel hombrecillo en proceso. Tan solo eso ya rompía el maleficio, y demostraba que podíamos trabajar el mañana y conquistarlo.

No, pensé, no llevamos la vida escrita en la frente. Aquel bebé que hay en brazos de su madre, en el grupo escultórico de la huida a Egipto, no marca el futuro de las cosas. Id ahí, a la fachada del Nacimiento, y fijaos bien. Aquel crío indefenso en manos de una madre pobre y abandonada,

buscando un triste establo para refugiarse de las inclemencias, yéndose de su pueblo para evitar los abusos del poder. No, eso ya era cosa del pasado. Y, sobre todo, fijaos en la figura del padre, y en el enojo que lleva, discutiéndose con el mundo..., un padre putativo, de préstamo. El mejor padre, sin duda, pero luchando siempre para poder ser padre sin discusión.

Eso no volvería a pasar. Yo había tenido que luchar contra la pobreza, mucho, y sobrevivir a una guerra, y perder a la gente que amaba. Pero el futuro no estaba escrito, y allí estaba mi hijo de verdad, que me había elegido, que no me dejaría ir. Carne de mi carne. A diferencia de lo que yo había vivido, aquí estaría el vínculo sólido, poderoso e inapelable de la sangre. Padre e hijo. Hijo y padre. Ya podía llover, nevar y granizar; que estallaran los relámpagos. Qué orgullo. Le puse las manos en los hombros y lo miré a la cara.

—Hijo. Seremos indestructibles. Sangre de mi sangre.

*OceanofPDF.com*

*El templo de los pobres*
Alfred Bosch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *El temple dels pobres*

© Alfred Bosch, 2022

Versión al castellano del autor
© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Jose Luis Paniagua

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.
institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-233-6133-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

*OceanofPDF.com*

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!




# ¡Síguenos en redes sociales!

*OceanofPDF.com*